

MEDITACIONES

SEGUNDA EDICIÓN

II

Tiempo de Cuaresma
Semana Santa
Tiempo de Pascua

ROMA, 1987

112.

MIÉRCOLES DE CENIZA

—La Iglesia nos ofrece hoy la oportunidad de una nueva conversión.

—La contrición ha de apoyarse en la misericordia infinita de Dios.

—Este tiempo de penitencia ha de manifestarse en propósitos concretos de mejora.

HOY EMPIEZA la Cuaresma, y llega a nuestros oídos la llamada divina a la penitencia. *Esto dice Yavé: convertios a mí de todo corazón, con ayuno, con llanto y con gemidos. Rasgad vuestros corazones, no vuestras vestiduras, y convertios al Señor Dios nuestro; porque es clemente y misericordioso, tardo a la ira y grande en misericordia, y se arrepiente de castigar. ¿Quién sabe si, mudando su consejo, no se arrepentirá y dejará tras sí bendición, sacrificio y ofrenda para el Señor Dios vuestro?*¹.

De parte de Dios, la Santa Madre Iglesia nos dirige una invitación imperiosa, porque le apremia la salvación eterna de sus hijos: *enmendémonos y mejoraremos en aquello en que por ignorancia hemos faltado; no sea que, sorprendidos por el día de la muerte, busquemos tiempo para la penitencia, y no podamos encontrarlo*². Ninguno puede sentirse eximido de es-

(1) L. I (loe! II, 12-14).

(2) Bened. cinerum, Resp. (cfr. Bar. III, 2).

te encuentro más sincero con la misericordia de Dios: *tocad la trompeta en Sión, promulgad ayuno, pregonad asamblea. Reunid al pueblo, ordenad congregación, convocad a los ancianos, reunid a los niños, aun a los infantes de pecho. Que deje el esposo su cámara, y su tálamo la esposa. Entre el pórtico y el altar lloren los sacerdotes, ministros de Yavé, diciendo: perdona, Señor, a tu pueblo*³.

Es necesario disponerse para aprovechar este *spatium verae poenitentiae*, el tiempo para la verdadera penitencia a que nos invita la liturgia. Exhortamur ne in vacuum gratiam Dei recipiatis (II Cor. VI, 1), *os exhortamos a no recibir en vano la gracia de Dios. Porque la gracia divina podrá llenar nuestras almas en esta Cuaresma, siempre que no cerremos las puertas del corazón. Hemos de tener estas buenas disposiciones, el deseo de transformarnos de verdad, de no jugar con la gracia del Señor*⁴. Todos los días son buenos para recomenzar en la vida interior, pero el inicio de la Cuaresma contiene una llamada —y una gracia— especial. Ecce nunc tempus acceptabile, ecce nunc dies salutis (II Cor. VI, 2): *éste es el tiempo oportuno, que puede ser el día de la salvación. Otra vez se oyen los silbidos del buen Pastor, con esa llamada cariñosa: ego vocavi te nomine tuo (Isai. XLIII, 1). Nos llama a cada uno por nuestro nombre, con el apelativo familiar con el que nos llaman las personas que nos*

(3) L. 1 (Joel II, 15-17).

(4) *Es Cristo que pasa*, n. 59.

quieren. La ternura de Jesús, por nosotros, no cabe en palabras (...).

Ecce nunc dies salutis, *aquí está frente a nosotros, este día de salvación. La llamada del buen Pastor llega hasta nosotros: ego vocavi te nomine tuo, te he llamado a ti, por tu nombre. Hay que contestar —amor con amor se paga— diciendo: ecce ego quia vocasti me (I Reg. III, 5), me has llamado y aquí estoy. Estoy decidido a que no pase este tiempo de Cuaresma como pasa el agua sobre las piedras, sin dejar rastro. Me dejaré empapar, transformar; me convertiré, me dirigiré de nuevo al Señor, queriéndole como El desea ser querido*⁵.

CON LAS palmas y ramos benditos el año pasado, se obtiene la ceniza que hoy la Iglesia impone sobre las cabezas de los fieles, que las reciben con espíritu de compunción. *Oh Dios, que te inclinas ante quien se humilla, y te complaces en quien expía sus pecados: escucha benignamente nuestras plegarias, y derrama la gracia de tu bendición sobre estos hijos tuyos que van a recibir la ceniza; para que, a través de las prácticas cuaresmales, lleguen a celebrar el Misterio Pascual con un corazón puro*⁶.

El alma se reconoce culpable: negligencias, faltas de generosidad y de vibración en el servicio de

(5) *Es Cristo que pasa*, n. 59.

(6) *Bened. cinerum, Orat.*

Dios, flaquezas diarias, omisiones, descuido en las Normas, indelicadezas causadas por el amor propio o la comodidad... Llenos de manchas nos sentimos ante el Santo de los santos; y, dolidos, hacemos nuestra la advertencia de la Sabiduría divina, que hoy nos repite la Iglesia: *acuérdate de que polvo eres y al polvo volverás*⁷. Pero anhelamos recibir *los rayos soberanos del Sol de Justicia*⁸, la gracia que Cristo nos ganó con su Sangre, y pedimos: *crea en mí, oh Dios, un corazón puro, y renueva en mis entrañas un espíritu recto. No me deseches de tu rostro, y no quites de mí tu Espíritu Santo*⁹.

Cada año que pasa, la luz de Dios nos hace ver más claramente nuestras ofensas y miserias, pero también la fuerza salvadora de Dios: *sálganos al encuentro tu misericordia, pues somos en extremo desventurados. Ayúdanos, Dios, Salvador nuestro, por la gloria de tu nombre (...). No hayan de decir las gentes: ¿dónde está su Dios?*¹⁰. Y como nos sabemos hijos, de la filiación divina brota la confianza en el perdón. *Dios no se escandaliza de los hombres. Dios no se cansa de nuestras infidelidades. Nuestro Padre del Cielo perdona cualquier ofensa, cuando el hijo vuelve de nuevo a El, cuando se arrepiente y pide perdón. Nuestro Señor es tan Padre, que previene nuestros deseos de*

(7) *Impos. cinerum* (cfr. Genes. III, 19).

(8) *Camino*, n. 599.

(9) *Ps. L.*, 12-13.

(10) *Ps. LXXVIII*, 8-10.

ser perdonados, y se adelanta, abriéndonos los brazos con su gracia".

Esa confianza en el abrazo cordial de nuestro Padre Dios, nos hace prorrumpir en una oración llena de sencillez: en Ti se apoyan nuestros deseos de quitar todo lo que empaña la limpieza de la entrega; en Ti se asienta la esperanza de iniciar ahora una nueva conversión en nuestra vida; en Ti descansa esa ilusión nuestra de mejorar cada día un poco. El Señor nos anima, como Padre bueno: *te oí en el tiempo oportuno, te ayudé en el día de la salvación*¹². Y puesto que *El te promete la gloria, el amor suyo, y te la da oportunamente, y te llama, tú, ¿qué le vas a dar al Señor?, ¿cómo responderás, cómo responderé también yo, a ese amor de Jesús que pasa?*¹³.

DURANTE la Cuaresma, revivimos los cuarenta días de ayuno de Cristo en el desierto, en los que preparó la fecundidad de su vida pública. Y ha dispuesto la Iglesia que sea tiempo de penitencia y que, a partir de la edad conveniente, los fieles se sujeten en estas fechas a la práctica del ayuno y de la abstinencia. Es un modo concreto de purificar nuestras disposiciones interiores, tantas veces enturbiadas por el apego desordenado a las criaturas.

(11) *Es Cristo que pasa*, n. 64.

(12) *L. II* (II Cor. VI, 2).

(13) *Es Cristo que pasa*, n. 59.

De cara a Dios, el espíritu de penitencia implica, sobre todo, que rompamos las ataduras del pecado, que sea sincera la conversión interior, para que el alma se transforme según la Vida divina. Cristo no quiere los alardes externos; al contrario, *cuando ayunes* —nos dice en el Evangelio de la Misa de hoy—, *perfuma tu cabeza y lava tu cara, para no parecer a los hombres que ayunas, sino solamente a tu Padre, que está en lo escondido; y tu Padre, que ve en lo escondido, te premiará*¹⁴. Porque, comenta San Agustín, debajo de un exterior humilde *puede haber mucha jactancia; y esto es más peligroso, pues, ocultándose en un manto de piedad, engaña con la apariencia de servir a Dios*¹⁵.

Queremos convertirnos de verdad: renovar el impulso del primer amor a Dios, quizá aminorado por los obstáculos de nuestra miseria. *No es tarea fácil. El cristianismo no es camino cómodo: no basta estar en la Iglesia y dejar que pasen los años. En la vida nuestra, en la vida de los cristianos, la conversión primera —ese momento único, que cada uno recuerda, en el que se advierte claramente todo lo que el Señor nos pide— es importante; pero más importantes aún, y más difíciles, son las sucesivas conversiones. Y para facilitar la labor de la gracia divina con estas conversiones sucesivas, hace falta mantener el alma joven, invocar*

(14) Év. (Matth. VI, 16-18).

(15) San Agustín, *De sermone Domini in monte* 2, 12.

*al Señor, saber oír, haber descubierto lo que va mal, pedir perdón*¹⁶.

Por eso invocamos ahora a Dios, que siempre nos oye *para intervenir, para meterse en nuestra vida, para librarnos del mal y llenarnos de bien: eripiam eum et glorificabo eum* (Ps. XC, 15), *lo libraré y lo glorificaré, dice del hombre. Esperanza de gloria, por tanto: ya tenemos aquí, como otras veces, el comienzo de ese movimiento íntimo, que es la vida espiritual. La esperanza de esa glorificación acentúa nuestra fe y estimula nuestra caridad. De este modo, las tres virtudes teologales, virtudes divinas, que nos asemejan a nuestro Padre Dios, se han puesto en movimiento.*

*¿Qué mejor manera de comenzar la Cuaresma? Renovamos la fe, la esperanza, la caridad. Esta es la fuente del espíritu de penitencia, del deseo de purificación. La Cuaresma no es sólo una ocasión para intensificar nuestras prácticas externas de mortificación: si pensásemos que es sólo eso, se nos escaparía su hondo sentido en la vida cristiana, porque esos actos externos son —repito— fruto de la fe, de la esperanza y del amor*¹⁷.

Si nuestro propósito de mejora es sincero, no nos faltará la ayuda de Dios y de su Madre Santa María.

(16) ÉS *Cristo que pasa*, n. 57.

(17) ÉS *Cristo que pasa*, n. 57.

113.

JUEVES DESPUÉS DE CENIZA

—La Cuaresma pone de actualidad en nuestra vida la necesidad de transformarnos en Cristo.

—Para transformarse en Cristo hay que conocerle y amarle.

—El verdadero amor lleva al sacrificio gustoso.

HABLO Moisés al pueblo diciendo: considera que hoy he puesto a tu vista la vida y el bien, y por el contrario la muerte y el mal, para que ames al Señor Dios tuyo y andes en sus caminos, y guardes sus mandamientos y ceremonias y juicios (...). Elige, pues, la vida para que vivas tú y tu posteridad, y ames al Señor Dios tuyo, y obedezcas a su voz, y te apegues a El, porque El es tu vida y la longitud de tus días^x.

La Iglesia nos invita, a lo largo de estos cuarenta días, a considerar el tesoro de amor y de vida que el Señor generosísimamente nos ofrece. Pero al mismo tiempo nos recuerda que Dios aguarda nuestra respuesta libre. Por eso *la Cuaresma ahora nos pone delante de estas preguntas fundamentales: ¿avanzo en mi fidelidad a Cristo?, ¿en deseos de santidad?, ¿en generosidad apostólica en mi vida diaria, en mi trabajo ordinario entre mis compañeros de profesión?*

Cada uno, sin ruido de palabras, que conteste a

(1) L. 1 (Deut. XXX, 15-20).

esas preguntas, y verá cómo es necesaria una nueva transformación, para que Cristo viva en nosotros, para que su imagen se refleje limpiamente en nuestra conducta.

Si alguno quiere venir en pos de mí, niegúese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame (Luc. IX, 23). *Nos lo dice Cristo otra vez a nosotros, como al oído, íntimamente: la Cruz cada día.* No sólo —*escribe San Jerónimo*— en el tiempo de la persecución, o cuando se presenta la posibilidad del martirio, sino en toda situación, en toda obra, en todo pensamiento, en toda palabra, neguemos aquello que antes éramos y confesemos lo que ahora somos, puesto que hemos renacido en Cristo (*San Jerónimo, Epístola 121, 3*).

Estas consideraciones no son en realidad más que el eco de aquellas otras del Apóstol: verdad es que en otro tiempo no erais sino tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor; y así, proceded como hijos de la luz. El fruto de la luz consiste en caminar con toda bondad y justicia y verdad: buscando lo que es agradable a Dios (Ephes. V, 8-10).

La conversión es cosa de un instante; la santificación es tarea para toda la vida. La semilla divina de la caridad, que Dios ha puesto en nuestras almas, aspira a crecer, a manifestarse en obras, a dar frutos que respondan en cada momento a lo que es agradable al Señor. Es indispensable por eso estar dispuestos a recomenzar, a reencontrar —en las nuevas situaciones de

*nuestra vida— la luz, el impulso de la primera conversión. Y ésta es la razón por la que hemos de prepararnos con un examen hondo, pidiendo ayuda al Señor, para que podamos conocerle mejor y nos conozcamos mejor a nosotros mismos. No hay otro camino, si hemos de convertirnos de nuevo*².

EN AQUEL tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: es necesario que el Hijo del hombre padezca muchas cosas, y sea condenado por los ancianos, los príncipes de los sacerdotes y los escribas, y que sea muerto y resucite al tercer día³. Y el evangelista comenta que los discípulos no entendían este lenguaje, y les resultaba tan oscuro que no lo comprendían⁴.

A primera vista, resulta un poco desconcertante este pasaje del Evangelio. Los Apóstoles llevaban ya tiempo con Jesús y, sin embargo, no entendían un lenguaje tan claro, tan diáfano. Y es que, aunque amaban al Señor, su amor era aún imperfecto: no habían llegado a esa identificación plena, a esa comunicación perfecta que es propia del amor y que hace tan inmediato el conocimiento, que ni siquiera necesita de palabras.

El amor con el que queremos corresponder a Jesús, ha de saber también entender con prontitud las

(2) *Es Cristo que pasa*, n. 58.

(3) *Ev. (Luc. IX, 22)*.

(4) *Luc. IX, 45*.

mociones que el Señor provoca en nuestra alma. No podemos dejar que sean *un lenguaje desconocido*⁵, como las palabras de Cristo eran para los Apóstoles. Busquemos siempre, pues, el diálogo, la conversación divina, que nos une a Jesucristo, que nos adentra en los afanes de su Corazón.

*Cuando se ama mucho a una persona, se desean saber cosas de esa persona. Nosotros meditamos la vida de Nuestro Señor, desde que nace en un pesebre hasta que muere en la Cruz, y luego resucita. Y tenemos en la cabeza la vida del Señor como en una película. Sin necesidad de libro, en cualquier momento, cerrando los ojos, podemos contemplarle, y vivir con El, y con Santa María, su Madre, que es Madre nuestra, y con aquellas santas mujeres, y con aquellos apóstoles. Nos los representamos, no sólo como si viésemos una película, sino formando parte nosotros mismos de esta película, por el amor*⁶.

Para ponernos en camino siguiendo a Jesús, que con paso decidido marcha hacia el Calvario, hemos de penetrar bien en la meditación de todo lo que el Señor ha hecho por nosotros, y llenarnos de deseos de corresponder, de seguirle resueltos, sin titubeos ni indecisiones; en una palabra, decidarnos a pagar amor con amor, a dar la vida por Jesucristo, *qui de*

(5) *Luc. XVIII, 34*.

(6) De nuestro Padre, Noticias 1-64, p. 17.

*coelo descendit pondere caritatis*⁷, que bajó del cielo arrastrado por el peso de su Amor.

*HERMANOS: si hablase yo las lenguas de los hombres y aun de los ángeles, mas no tuviese caridad, sería como bronce que resuena o campana que retiñe. Y si tuviese el don de profecía y penetrase todos los misterios y toda ciencia; y si tuviese toda la je, hasta trasladar los montes, mas no tuviese caridad, nada soy*⁸. El amor, nos lo dice bien claramente San Pablo, es lo que cuenta; por eso queremos tratar al Señor, conocerle más y más cada día en la lectura meditada del Evangelio, en la oración, en la Eucaristía.

*Que cada uno de los fieles se examine, pues, a sí mismo, esforzándose en discernir sus más íntimos afectos; y, si descubre en su conciencia frutos de caridad, tenga por cierto que Dios está en él y procure hacerse más y más capaz de tan gran huésped, perseverando con más generosidad en las obras de misericordia. Si Dios es amor, ningún límite debe tener la caridad, porque ningún límite puede encerrar a la Divinidad*⁹.

Pero el trato con Jesús no puede ser una manifestación aislada de nuestros deseos de Amor. Por-

(7) San Agustín, *De sancta virginitate* 37.

(8) I Cor. XIII, 1-2.

(9) San León Magno, *Homilía 10 in Quadragesima*.

que no podemos confundir el amor con unos sentimientos dulzones y blandos. Amor sin abnegación, sin renunciamento, es mentira, engaño; es egoísmo o sensiblería vana. Lo recuerda San Pablo con la apología de esta virtud: *la caridad es paciente (...); todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera, lo soporta todo*¹⁰. Y nuestro Padre nos dice: *el amor es sacrificio; y el sacrificio, por Amor, goce*¹¹.

Nuestro amor, ¿tiene estas características? ¿Sobrellevamos con alegría las pequeñas dificultades por amor a Jesucristo? En los momentos de cansancio, de dolor, ¿sabemos confiar en el Señor? ¿Llevamos con alegría los pequeños sufrimientos reales? Si no, es señal de que todavía tenemos que enamorarnos más de Jesucristo; tratarle y demostrar nuestra buena voluntad con pequeñas obras de amor. *En los momentos más dispares de la vida, en todas las situaciones* —insiste nuestro Fundador—, *hemos de comportarnos como servidores de Dios, sabiendo que el Señor está con nosotros, que somos hijos suyos. Hay que ser conscientes de esa raíz divina, que está injertada en nuestra vida, y actuar en consecuencia*¹².

Madre del Amor Hermoso, te pedimos que nos enseñes a querer a tu Hijo, con un amor que sea sacrificio, abnegación y holocausto.

(10) I Cor. XIII, 4-8.

(11) *Forja*, n. 504.

(12) *Es Cristo que pasa*, n. 60.

114.

VIERNES DESPUÉS DE CENIZA

—Valor de las obras de penitencia.

—La mortificación saludable para el alma ha de vivirse con sinceridad, con espíritu interior.

—El espíritu de penitencia y la mortificación se han de manifestar en los detalles de la vida ordinaria.

LA CUARESMA es tiempo de penitencia, de preparación para el misterio de la Cruz, que dará paso a la Resurrección. Si todo el año litúrgico se orienta hacia el misterio pascual —centro de nuestra fe, término de nuestro camino—, este tiempo *aún exige de nosotros una mayor devoción, dada su proximidad a los sublimes misterios de la misericordia divina*¹.

Es especialmente tiempo de morir a las obras de la carne, para renacer después a la Vida de Dios. *La liturgia de la Cuaresma cobra a veces acentos trágicos, consecuencia de la meditación de lo que significa para el hombre apartarse de Dios. Pero esta conclusión no es la última palabra. La última palabra la dice Dios, y es la palabra de su amor salvador y misericordioso y, por tanto, la palabra de nuestra filiación divina*². Y es este espíritu de filiación, de unión amorosa con nuestro Padre Dios, el que ha de orientar las prácti-

(1) San León Magno, *Homilía 9 in Quadragesima*.

(2) *Es Cristo que pasa*, n. 66.

cas de penitencia de las próximas semanas.

*Para estos días —señala San León Magno— los Santos Apóstoles, por inspiración del Espíritu Santo, ordenaron ayunos más rigurosos, para que, unidos a la Cruz de Cristo, también suframos algo de lo que Cristo sufrió por nosotros*³, pues hemos sido hechos herederos de Dios, coherederos con Cristo, con tal que padezcamos por El, para ser con El glorificados⁴.

Morir a las obras de la carne, expiar esa inclinación a las criaturas que puede apartarnos de Dios, reparar, corredimir, desprendiéndonos de las cosas de la tierra: éste es el valor de las obras de penitencia que maternalmente impone la Iglesia en estos días a sus hijos. *El ayuno riguroso es penitencia gratísima a Dios*⁵, escribió nuestro Fundador. Y con este espíritu de penitencia, de reparación, hemos de practicarlo: como una parte de la satisfacción que debemos, de la purificación que necesitamos. Y con el ayuno, una práctica más generosa de la mortificación corporal y de todas las obras de penitencia.

El mismo espíritu que llevaba a los primeros cristianos a rigurosos ayunos y penitencias, ha de ser el nuestro. Razones no faltan, ni tampoco ocasiones. *¿Motivos para la penitencia?: Desagravio, repara-*

(3) San León Magno, *Homilía 9 in Quadragesima*.

(4) *Rom.* VIII, 17.

(5) *Camino*, n. 231.

ción, petición, hacimiento de gracias: medio para ir adelante...: por ti, por mí, por los demás, por tu familia, por tu país, por la Iglesia... Y mil motivos más ⁶.

AYUNEN los ojos de toda mirada curiosa (...), escribe San Bernardo. Ayunen los oídos, no atendiendo a las palabras vanas y a cuanto no sea necesario para la salud del alma (...). Ayune la lengua de la difamación y la murmuración, de las palabras vanas, inútiles (...). Ayune la mano de estar ociosa y de todas las obras que no sean mandadas; pero ayune mucho más el alma misma de los vicios y pecados, y de imponer la propia voluntad y juicio. Pues sin este ayuno, todos los demás son reprobados por Dios ⁷.

Lo que el Señor busca ante todo, para perdonarnos, es el sacrificio interno, de la voluntad: un corazón contrito y humillado ⁸ agrada siempre a Dios. Y nos previene contra las prácticas meramente exteriores de penitencia: en el día de ayuno se descubre vuestra voluntad y oprimís a todos vuestros deudos. Ayunáis, sí, entre disputa y riña, golpeando inicuamente (...). No ayunéis como hasta ahora, para que vuestro clamor sea oído en lo alto ⁹.

El Señor desea un dolor sincero, que se mani-

(6) Camino, n. 232.

(7) San Bernardo, *Sermo 3 in principio ieiunii*.

(8) Ps. R. (Ps. L, 19).

(9) L. I (hai. LVIII, 3-4).

fieste en vivir los medios de penitencia que la Iglesia nos propone para la Cuaresma. Por eso hay que hacer que el corazón acompañe, compungido, estas pequeñas obras que, sin amor, no valdrían nada a los ojos de Dios. Si pierdes el sentido sobrenatural de tu vida, tu caridad será filantropía; tu pureza, decencia; tu mortificación, simpleza; tu disciplina, látigo, y todas tus obras, estériles ¹⁰.

Mortificación de los sentidos y de nuestro cuerpo; mortificación humilde y discreta, pero sincera y generosa que agrada a Dios de un modo particular. Quizá hasta estos momentos no nos habíamos sentido urgidos a seguir tan de cerca los pasos de Cristo. Quizá no nos habíamos percatado de que podemos unir a su sacrificio reparador nuestras pequeñas renunciaciones: por nuestros pecados, por los pecados de los hombres en todas las épocas, por esa labor malvada de Lucifer que continúa oponiendo a Dios su non serviam! ¿Cómo nos atreveremos a clamar sin hipocresía: Señor, me duelen las ofensas que hieren tu Corazón amabilísimo, si no nos decidimos a privarnos de una nimiedad o a ofrecer un sacrificio minúsculo en alabanza de su Amor? La penitencia —verdadero desagravio— nos lanza por el camino de la entrega, de la caridad. Entrega para reparar, y caridad para ayudar a los demás, como Cristo nos ha ayudado a nosotros ¹¹.

(10) Camino, n. 280.

(11) Amigos de Dios, n. 140.

NUESTRA penitencia ha de ser exigente pero alegre y sin ostentación, tal como la quería el Señor: *cuando ayunes, perfuma tu cabeza, y lava tu cara* ". Penitencia que desea pasar inadvertida, pero que es real, sin dejarse engañar por un falso pudor: cuando se ofrece algo por amor de Dios y con espíritu de reparación, no importa que, a pesar del deseo de no ser vistos, alguien pueda "advertirlo: si han sido testigos de tus debilidades y miserias, ¿qué importa que lo sean de tu penitencia?" ¹³.

¿Vivimos este espíritu de penitencia en la vida ordinaria? *Penitencia es el cumplimiento exacto del horario que te has fijado, aunque el cuerpo se resista o la mente pretenda evadirse con ensueños quiméricos. Penitencia es levantarse a la hora. Y también, no dejar para más tarde, sin un motivo justificado, esa tarea que te resulta más difícil o costosa.*

La penitencia está en saber compaginar tus obligaciones con Dios, con los demás y contigo mismo, exigiéndote de modo que logres encontrar el tiempo que cada cosa necesita. Eres penitente cuando te sujetas amorosamente a tu plan de oración, a pesar de que estés rendido, desgano o frío.

Penitencia es tratar siempre con la máxima caridad a los otros, empezando por los tuyos. Es atender con la mayor delicadeza a los que sufren, a los enfer-

(12) *Matth.* VI, 16.

(13) *Camino*, n. 197.

mos, a los que padecen. Es contestar con paciencia a los cargantes e inoportunos. Es interrumpir o modificar nuestros programas, cuando las circunstancias —los intereses buenos y justos de los demás, sobre todo— así lo requieran.

La penitencia consiste en soportar con buen humor las mil pequeñas contrariedades de la jornada; en no abandonar la ocupación, aunque de momento se te haya pasado la ilusión con que la comenzaste; en comer con agradecimiento lo que nos sirven, sin importunar con caprichos.

Penitencia, para los padres y, en general, para los que tienen una misión de gobierno o educativa, es corregir cuando hay que hacerlo, de acuerdo con la naturaleza del error y con las condiciones del que necesita esa ayuda, por encima de subjetivismos necios y sentimentales.

El espíritu de penitencia lleva a no apegarse desordenadamente a ese boceto monumental de los proyectos futuros, en el que ya hemos previsto cuáles serán nuestros trazos y pinceladas maestras. ¡Qué alegría damos a Dios cuando sabemos renunciar a nuestros garabatos y brochazos de maestrillo, y permitimos que sea El quien añada los rasgos y colores que más le plazcan!

Podría seguir señalándote una multitud de detalles —te he citado sólo los que ahora me venían a la cabeza—, que puedes aprovechar a lo largo del día, para acercarte más y más a Dios, más y más a tu prójimo ^M.

(14) *Amigos de Dios*, nn. 138-139.

No se trata de olvidar las penitencias grandes, sino de valorar el espíritu con que se hacen, aunque sean pequeñas. Porque *cuidar las cosas pequeñas supone una mortificación constante, camino para hacer más agradable la vida a los demás*¹⁵.

La ayuda de la Virgen María no nos faltará para que *a nuestras prácticas exteriores responda un corazón sincero*¹⁶.

(15) *Surco*, n. 991.

(16) *Oral*.

115.

SÁBADO DESPUÉS DE CENIZA

—El pecado es ofensa al amor paternal de Dios.

—Malicia de los pecados veniales.

—Si no se lucha seriamente contra el pecado venial no puede haber vida interior.

*YO HE criado hijos y los he engrandecido, y ellos se han rebelado contra mí*¹, dice el Señor por boca del profeta Isaías. Y la Cuaresma nos dispone para vivir dignamente los misterios de la Muerte y Resurrección del Señor, que ha querido venir a la tierra para librarnos del pecado. Porque *no tienen necesidad de médico los que están sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores a la penitencia*².

En la entraña de todo pecado late una orgullosa actitud rebelde, el eco de aquella complacencia con que acogieron nuestros primeros padres la sugestión del enemigo: *seréis como dioses*³. Y esa rebeldía se presenta bajo mil formas: *rompamos sus ataduras y arrojemos lejos de nosotros su yugo*⁴. El pecado se dirige contra Dios, desconoce su autoridad soberana, le niega su absoluto derecho, y cierra los oídos a las

(1) *Isai.* I, 2.

(2) *Ev. (Luc. V, 31-32).*

(3) *Cenes.* III, 5.

(4) *Ps.* II, 3.

invitaciones de su bondad. Es una injuria al amor paternal de Dios que, para redimirnos, *no paró hasta dar a su Hijo Unigénito*⁵, *como víctima de propiciación*⁶, por nuestros pecados.

El pecado mortal, en lo que está de su parte, renueva la Pasión de Nuestro Señor, vuelve a condenar a muerte a Cristo. Es *duro leer, en los Santos Evangelios, la pregunta de Pilato: "¿A quién queréis que os suelte, a Barrabás o a Jesús, que se llama Cristo?" —Es más penoso oír la respuesta: "¡A Barrabás!"*

*Y más terrible todavía darme cuenta de que ¡muchas veces!, al apartarme del camino, he dicho también "¡a Barrabás!", y he añadido "¿a Cristo?... «Crucifige eum!» —¡Crucifícalo!"*¹.

Ante el espectáculo de tantos pecados que se cometen cada día contra Dios —los nuestros personales y los de los demás—, *hemos de tener el alma y la inteligencia despiertas; hemos de ser realistas, sin derrotismos. Sólo una conciencia cauterizada, sólo la insensibilidad producida por la rutina, sólo el atolondramiento frívolo pueden permitir que se contemple el mundo sin ver el mal, la ofensa a Dios, el daño en ocasiones irreparable para las almas*⁸.

Pensemos ahora en nuestros pecados, pidiendo al Señor humildemente dolor de corazón, y digámosle la

(5) *Ioann.* III, 16.

(6) *1 Ioann.* IV, 10.

(7) *Camino*, n. 296.

(8) *Es Cristo que pasa*, n. 123.

oración que la liturgia pone en nuestros labios: *Dios todopoderoso y eterno, mira compasivo nuestra debilidad y extiende sobre nosotros tu mano protectora*⁹.

*NO OLVIDES, hijo, que para ti en la tierra sólo hay un mal, que habrás de temer, y evitar con la gracia divina: el pecado*¹⁰.

La mayor desgracia para el hombre es el pecado mortal, la ofensa —deliberada y consentida, en materia grave— a Dios, que trae consigo la pérdida de la gracia santificante, de las virtudes y dones, de los méritos pasados y de la herencia del Cielo. Pero después del pecado mortal, el peligro y la desdicha mayor para el alma es el pecado venial. Aunque no haga perder la amistad con Dios, priva de muchas gracias actuales, disminuye el fervor de la caridad, dificulta la práctica de las virtudes y dispone al pecado mortal. *¡Qué poco Amor de Dios tienes —escribe nuestro Padre— cuando cedes sin lucha porque no es pecado grave!* ".

Para manifestar su poder en nuestra flaqueza, Dios permite que seamos hostigados por el diablo y las tentaciones. *La guerra del cristiano es incesante, porque en la vida interior se da un perpetuo comenzar*

(9) *Orat.*

(10) *Camino*, n. 386.

(11) *Camino*, n. 328.

y recomenzar, que impide que, con la soberbia, nos imaginemos ya perfectos. Es inevitable que haya muchas dificultades en nuestro camino; si no encontrásemos obstáculos, no seríamos criaturas de carne y hueso. Siempre tendremos pasiones que nos tiren para abajo, y siempre tendremos que defendernos contra esos delirios más o menos vehementes.

Advertir en el cuerpo y en el alma el aguijón de la soberbia, de la sensualidad, de la envidia, de la pereza, del deseo de sojuzgar a los demás, no debería significar un descubrimiento¹². Además, a ninguna criatura, salvo por singular privilegio concedido a la Virgen Santísima, se le ha dado evitar a lo largo de su vida todos los pecados veniales, pues es imposible que mientras andamos por este mundo no ceda el ánimo unas veces a la curiosidad, otras al deleite, otras a la vanidad más de lo que convendría, aunque no sea más que por un poco de tiempo, "porque todos tropezamos en muchas cosas" (Iacob. III, 2). Sin embargo, advierte San Bernardo, ninguno desprecie estas culpas ni las tenga en poco. Porque es imposible ir al Cielo con ellas; e imposible es que se limpien sino en Cristo y por Cristo. Ninguno, repito, se duerma con una seguridad peligrosa, dejando que su corazón busque palabras engañosas con que excusarse de sus pecados, puesto que, si el Señor no los lava, no tendremos parte con El. Mas tampoco debemos estar an-

(12) £5 Cristo que pasa, n. 75.

gustados por ellas; El las perdonará fácilmente y aun gustosamente si nosotros las reconocemos¹³.

Con esta seguridad, renovemos el propósito de luchar decididamente contra los pecados veniales. Los pecados veniales hacen mucho daño al alma. —Por eso, "capite nobis vulpes párvulas, quae demoluntur vineas", dice el Señor en el "Cantar de los Cantares": cazad las pequeñas raposas que destruyen la viña".

HEMOS de convencernos de que el mayor enemigo de la roca no es el pico o el hacha, ni el golpe de cualquier otro instrumento, por contundente que sea: es esa agua menuda, que se mete, gota a gota, entre las grietas de la peña, hasta arruinar su estructura. El peligro más fuerte para el cristiano es despreciar la pelea en esas escaramuzas, que calan poco a poco en el alma, hasta volverla blanda, quebradiza e indiferente, insensible a las voces de Dios¹⁵.

Respecto a los pecados leves —añade San Bernardo—, una piadosa manera de obrar de Dios dispone que no se nos quiten totalmente, sino que en ellos mismos nos enseña que, si no podemos evitar los defectos mínimos, con toda seguridad no venceremos con nuestras propias fuerzas los defectos mayores, de

(13) San Bernardo, *Sermo in coena Domini* 4-5.

(H) *Camino*, n. 329.

(15) £5 Cristo que pasa, n. 77.

*modo que siempre estemos temerosos y solícitos para no perder su gracia, conociendo que de tantos modos nos es necesaria*¹⁶.

Esfuerzo y derrotas. Viva señal de que necesitamos más gracia. Llamada patente a ejercitar el temor filial: a buscar el apoyo del Todopoderoso, para que nos libre de ofenderle más. *Respóndeme, Señor, con la bondad de tu gracia; por tu gran compasión, vuélvete hacia nosotros*¹⁷.

Pero, junto con la oración, debe haber además una actitud de vigilancia. Hay que estar en guardia para que no se enfríe la caridad, pues sin esa pelea constante contra el pecado venial no puede haber verdadera vida interior. *El cristiano no debe esperar, para iniciar o sostener esta contienda, manifestaciones exteriores o sentimientos favorables. La vida interior no es cosa de sentimientos, sino de gracia divina y de voluntad, de amor*¹⁸.

Preguntémonos ahora en la presencia del Señor: ¿tratamos de averiguar en el examen dónde está la causa de esos pecados, medio deliberados, que cometemos por falta de presencia de Dios y que deslucen el brillo de nuestra entrega?, ¿les damos toda la importancia que tienen?, ¿ponemos los remedios eficaces para evitarlos?, ¿nos dolemos de verdad cuando,

(16) San Bernardo, *Sermo in coena Domini* 5.

(17) *Ant. ad Intr.* (Ps. LXVIII, 17).

(18) *Es Cristo que pasa*, n. 75.

a pesar de todo, volvemos a caer en ellos?... ¡Qué pena me das mientras no sientas dolor de tus pecados veniales! —Porque, hasta entonces, no habrás comenzado a tener verdadera vida interior¹⁹.

Dios nos quiere como a hijos predilectos, y nuestras infidelidades y nuestra falta de lucha son signos de mayor ingratitud y desamor. *No podemos detenernos. El Señor nos pide un batallar cada vez más rápido, cada vez más profundo, cada vez más amplio. Estamos obligados a superarnos, porque en esta competición la única meta es la llegada a la gloria del cielo. Y si no llegásemos al cielo, nada habría valido la pena*²⁰.

Pidamos, pues, la sensibilidad que precisamos para darnos cuenta de la malicia del pecado venial, para considerarlo como enemigo de la vida interior, y procurar evitarlo con la gracia de Dios.

Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, y alcánzanos el temor santo de pecar, fruto de un amor sincero y profundo.

(19) *Camino*, n. 330.

(20) *Es Cristo que pasa*, n. 77.

116.

DOMINGO I DE CUARESMA

—Cristo ha sido tentado para vencer las tentaciones nuestras.

—Con la gracia de Dios podemos sacar, de las tentaciones, gran provecho para la vida interior.

—La fidelidad a la llamada divina es la mejor defensa contra las tentaciones.

LA CUARESMA conmemora los cuarenta días que pasó Jesús en el desierto, como preparación de esos años de predicación, que culminan en la Cruz y en la gloria de la Pascua. Cuarenta días de oración y de penitencia. Al terminar, tuvo lugar la escena que la liturgia de hoy ofrece a nuestra consideración, recogiendo en el Evangelio de la Misa: las tentaciones de Cristo.

Una escena llena de misterio, que el hombre pretende en vano entender —Dios que se somete a la tentación, que deja hacer al Maligno—, pero que puede ser meditada, pidiendo al Señor que nos haga saber la enseñanza que contiene.

Jesucristo tentado. La tradición ilustra esta escena considerando que Nuestro Señor, para darnos ejemplo en todo, quiso también sufrir la tentación. Así es, porque Cristo fue perfecto Hombre, igual a nosotros, salvo en el pecado (cfr. Hebr. IV, 15). Después de cuarenta días de ayuno, con el solo alimento —quizá— de yer-

bas y de raíces y de un poco de agua, Jesús siente hambre: hambre de verdad, como la de cualquier criatura. Y cuando el diablo le propone que convierta en pan las piedras, Nuestro Señor no sólo rechaza el alimento que su cuerpo pedía, sino que aleja de sí una incitación mayor: la de usar del poder divino para remediar, si podemos hablar así, un problema personal (...).

En la segunda tentación, cuando el diablo le propone que se arroje desde lo alto del Templo, rechaza Jesús de nuevo ese querer servirse de su poder divino. Cristo no busca la vanagloria, el aparato, la comedia humana que intenta utilizar a Dios como telón de fondo de la propia excelencia. Jesucristo quiere cumplir la voluntad del Padre sin adelantar los tiempos ni anticipar la hora de los milagros, sino recorriendo paso a paso el duro sendero de los hombres, el amable camino de la Cruz.

*Algo muy parecido vemos en la tercera tentación: se le ofrecen reinos, poder, gloria. El demonio pretende extender, a ambiciones humanas, esa actitud que debe reservarse sólo a Dios: promete una vida fácil a quien se postra ante él, ante los ídolos. Nuestro Señor reconduce la adoración a su único y verdadero fin, Dios, y afirma su voluntad de servir: apártate, Satanás; porque está escrito: adorarás al Señor Dios tuyo, y a El solo servirás (Matth. IV, 10) *

(!) Es Cristo que pasa, n. 61.

Quiso el Señor soportar realmente la prueba en su naturaleza humana, sin usar su omnipotencia divina. Para que nos aprovechara su victoria, sólo empleó en la pelea los recursos que podemos utilizar también nosotros. Por eso, en el Evangelio de la Misa de hoy, hallamos un motivo poderoso para permanecer firmes y serenos ante las tentaciones: el Señor, que vino a vencer nuestra muerte con la suya, del mismo modo con sus tentaciones venció las nuestras².

EN ESTA escena evangélica, que precede al comienzo de la vida pública de Jesús, *lo verdaderamente maravilloso es que el Espíritu Santo le lleva al desierto, y para ser tentado: así lo afirma expresamente el Evangelio*, comenta San Juan Crisóstomo. Y es que, como el Señor todo lo hacía y soportaba para nuestra enseñanza, quiso también ser conducido al desierto y trabar allí combate contra el diablo, a fin de que los bautizados, si después del bautismo sufren mayores tentaciones, no se turben por eso, como si no fuera de esperar. No hay que turbarse, sino permanecer firme y soportarlo generosamente, como algo muy natural³.

Si no lo tuviéramos en cuenta, las tentaciones podrían abrir la puerta a un enemigo peligroso: el pesimismo. Pueden padecerlo —nos previene nuestro

(2) San Gregorio Magno, *Homiliae in Evangelio* 16, 1.

(3) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 13, 1.

Padre— *hombres que se saben hijos de Dios, pero a quienes, si se trata de una contradicción intensa, su soberbia o una especie de espíritu de cuerpo no les deja ver que son ut iumentum. Ya sabéis lo que digo del burro: cuantos más palos recibe, más trabaja. Nosotros hemos de tener tal espíritu que, si alguna vez hay alguna contradicción, no nos desalentemos*⁴.

El Señor permite que seamos tentados; al mismo tiempo, con su gracia, podemos sacar provecho para nuestra vida interior. Por eso, ni nuestra vocación de cristianos, ni la llamada a la Obra, impiden que nos acometan las tentaciones. Si luchamos, sirven —como dice San Juan Crisóstomo— *primero para que te des cuenta de que ahora eres ya más fuerte. Luego, para que tengas moderación y humildad, y no te engrías por la grandeza de los dones recibidos, pues las tentaciones pueden muy bien reprimir tu orgullo. Además de eso, la malicia del demonio, que acaso duda de si realmente le has abandonado, por la prueba de las tentaciones puede tener certidumbre plena de que te has apartado de él definitivamente. Cuarto motivo: las tentaciones te hacen más fuerte que el hierro mejor templado. Quinto: te dan la mejor prueba de lo preciosos que son los tesoros que se te han confiado; Porque si no hubiera visto el diablo que estás ahora constituido en más alto honor, no te hubiera atacado*⁶.

!f! 7^o n^{uestro} Padre, Crónica IX-61, pp. 7-8.

V>j San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 13, 1.

Las tentaciones nos ayudan a purificarnos, y, al mostrar nuestros puntos débiles, facilitan el conocimiento propio. Por eso, mantendremos la visión sobrenatural a la hora de la tentación, seguros de que —como enseña San Pablo— *fiel es Dios, que nunca permitirá que sedáis tentados por encima de vuestras fuerzas, sino que de la misma tentación os hará sacar provecho para que podáis sosteneros*⁶. Además, son garantía de fecundidad espiritual. *Una abeja es poca cosa, pero muchas juntas elaboran una miel maravillosa. En nuestra alma, las contrariedades hacen algo parecido a la labor de esos pequeños insectos: a veces se nos clavan y duelen; pero, si las aceptamos por amor de Dios, se vuelven dulces y son un tesoro espléndido*⁷.

POR TRES veces el enemigo de Dios se ha acercado al Señor para tentarle: *si eres el Hijo de Dios...* Y Jesucristo, una vez tras otra, ha rechazado esas tentaciones: *apártate, Satanás; porque está escrito: adorarás al Señor tu Dios, y a El solo servirás*⁸.

Aprendamos de esta actitud de Jesús. En su vida en la tierra, no ha querido ni siquiera la gloria que le pertenecía, porque teniendo derecho a ser tratado como Dios, ha asumido la forma de siervo, de esclavo (cfr. Philip. II, 6-7). El cristiano sabe así que es para Dios

(6) I Cor. X, 13.

(7) De nuestro Padre, n. 207.

(8) Ev. (A) [Matth. IV, 10].

toda la gloria; y que no puede utilizar como instrumento de intereses y de ambiciones humanas la sublimidad y la grandeza del Evangelio.

Aprendamos de Jesús. Su actitud, al oponerse a toda gloria humana, está en perfecta correlación con la grandeza de una misión única: la del Hijo amadísimo de Dios, que se encarna para salvar a los hombres. Una misión que el cariño del Padre ha rodeado de una solicitud colmada de ternura: Filius meus es tu, ego hodie genui te. Postula a me et dabo tibi gentes hereditatem tuam (Ps. II, 7): Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy. Pide, y te daré las gentes como heredad.

El cristiano que —siguiendo a Cristo— vive en esa actitud de completa adoración del Padre, recibe también del Señor palabras de amorosa solicitud: porque espera en mí, lo libraré; lo protegeré, porque conoce mi nombre (Ps. XC, 14).

*Jesús ha dicho que no al demonio, al príncipe de las tinieblas. Y enseguida se manifiesta la luz. Con eso le dejó el diablo; y he aquí que se acercaron los ángeles y le servían (Matth. IV, 11). Jesús ha soportado la prueba*⁹.

Apoyados en su ejemplo, con su fortaleza, también nosotros soportaremos todas las pruebas y tentaciones que el Señor permita. *La vida del cristiano es milicia, guerra, una hermosísima guerra de paz (...).*

(9) Es Cristo que pasa, nn. 62-63.

*Es la escaramuza sin tregua contra el orgullo, contra la prepotencia que nos dispone a obrar el mal, contra los juicios engréidos*¹⁰. Y en esta guerra, el Señor está con nosotros: *El te cubrirá con sus alas, y hallarás cobijo bajo sus plumas*ⁿ. Invoquémosle, pues, con palabras de la Iglesia: *Tú eres mi refugio y mi roca, mi Dios en quien confío*¹².

*Al callarme yo ahora —concluye nuestro Padre— y seguir la Santa Misa, cada uno de nosotros debe considerar qué le pide el Señor, qué propósitos, qué decisiones quiere promover en él la acción de la gracia. Y, al notar esas exigencias sobrenaturales y humanas de entrega y de lucha, recordad que Jesucristo es nuestro modelo. Y que Jesús, siendo Dios, permitió que le tentaran: para que así nos llenemos de ánimo y estemos seguros de la victoria. Porque El no pierde batallas y, encontrándonos unidos a El, nunca seremos vencidos, sino que podremos llamarnos y ser en verdad vencedores: buenos hijos de Dios*¹³.

(10) *Es Cristo que pasa*, n. 76.

(11) *Ant. ad Comm. (Ps. XC, 4)*.

(12) *Ps. resp. (C) (Ps. XC, 2)*.

(13) *Es Cristo que pasa*, n. 66.

117.

LUNES

—Para ser santos es preciso esforzarse, un día y otro, por realizar obras de amor.

—Hay que examinarse cada día, para mejorar el amor de Dios en las obras.

—El examen debe cuajar en propósitos concretos.

EN EL Evangelio nos habla el Señor de su venida al final de los tiempos, cuando llegará *el Hijo del hombre con toda su majestad acompañado de todos sus ángeles*, y *se sentará entonces en el trono de su gloria*, y *hará comparecer delante de El a todas las gentes*¹ para juzgarlas según sus obras. Entonces quedará de manifiesto —ante los ángeles y ante los hombres— la rectitud de cada uno, el amor que le movió a lo largo de su vida. Momento definitivo que aguardamos con la confianza puesta en Jesucristo, Nuestro Salvador, porque El —rezamos cada día en las Preces— es *nuestro Juez, nuestro Legislador, nuestro Rey; El nos salvará*².

Pensando en ese momento, *¿no brilla en tu alma —nos pregunta nuestro Padre— el deseo de que tu Padre-Dios se ponga contento cuando te tenga que juzgar?*³. Tanto lo anhelamos, que sólo para agradecer a

1) *Ev. (Matth. XXV, 31-32)*.

2) *Isai. XXXIII, 22*.

3) *Camino*, n. 746.

*Dios queremos usar los días que el Señor nos da*⁴.

Pero nuestra tarea de santificación no puede limitarse a buenos deseos. Jesús premia según la calidad del amor que cuaja en obras, no de las intenciones ineficaces. Cuando dice: *venid, benditos de mi Padre, a tomar posesión del reino, que os está preparado desde el principio del mundo*⁵, da como razón obras bien determinadas, quizá pequeñas, pero obras de amor: de amor a Dios y al prójimo. Porque *lo que hicisteis con alguno de estos hermanos míos más pequeños —dirá el Señor—, conmigo lo hicisteis*⁶.

Cada día hay que esforzarse por practicar estas obras de amor, porque cada jornada podemos y debemos estar más cerca del Señor. *Desde nuestra primera decisión consciente de vivir con integridad la doctrina de Cristo, es seguro que hemos avanzado mucho por el camino de la fidelidad a su Palabra. Sin embargo, ¿no es verdad que quedan aún tantas cosas por hacer?, ¿no es verdad que queda, sobre todo, tanta soberbia? Hace falta, sin duda, una nueva mudanza, una lealtad más plena, una humildad más profunda, de modo que, disminuyendo nuestro egoísmo, crezca Cristo en nosotros, ya que illum oportet crescere, me autem minui* (Ioann. III, 30), *hace falta que El crezca y que yo disminuya.*

(4) De nuestro Padre.
(5) Ev. (Matth. XXV, 34).
(6) Ibid., 40.

No es posible quedarse inmóviles. Es necesario ir adelante hacia la meta que San Pablo señalaba: no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí (Galat. II, 20). La ambición es alta y nobilísima: la identificación con Cristo, la santidad. Pero no hay otro camino, si se desea ser coherente con la vida divina que, por el Bautismo, Dios ha hecho nacer en nuestras almas. El avance es progreso en santidad; el retroceso es negarse al desarrollo normal de la vida cristiana. Porque el fuego del amor de Dios necesita ser alimentado, crecer cada día, arraigándose en el alma; y el fuego se mantiene vivo quemando cosas nuevas. Por eso, si no se hace más grande, va camino de extinguirse.

Recordad las palabras de San Agustín: Si dijeseis basta, estás perdido. Ve siempre a más, camina siempre, progresa siempre. No permanezcas en el mismo sitio, no retrocedas, no te desvíes (San Agustín, Sermo 169, 15).

NUESTRA lucha para hacernos merecedores de la bendición del Señor, no puede ser vaga, indeterminada. Hemos de conocernos bien, necesitamos poseer una conciencia clara de la propia debilidad personal, de los defectos dominantes, para dirigir allí nuestro esfuerzo, y así mejorar. *Examina en ti mis-*

P) Es Cristo que pasa, n. 58.

rao *qué es lo que eres* —aconseja San Basilio—; *haz todo lo posible por conocerte*⁸.

Aunque procuramos a lo largo del día estar cerca de Jesucristo, aunque nuestra intención sea buscar al Señor en todas nuestras acciones, muchas veces no lo conseguimos. *Todos necesitamos prevenir la falta de objetividad, siempre que se trata de juzgar la propia conducta...* —Tú, también⁹. En el examen, descubrimos faltas y omisiones en el cumplimiento de nuestro compromiso de amor; nos vemos todavía poco humildes, con un corazón que se apega a las criaturas, con un celo apostólico imperfecto. ¿Por qué todo esto? ¿A qué se deben tantos descuidos?

La prudencia de los hijos de Dios enseña a vigilar sin pausa: hay que dar importancia también a las dificultades pequeñas. *Mirad que, si no, ese camino tan llano y carretero se enreda, y lo que al principio no era nada, acaba convirtiéndose en un nudo que ahoga*. No penséis que los que se pierden caen víctimas de un fracaso repentino; cada uno de ellos erró en los comienzos de su senda, o bien descuidó por largo tiempo su alma, de modo que debilitándose progresivamente la fuerza de sus virtudes y creciendo, en cambio, poco a poco la de los vicios, vino a quebrantarse miserablemente... Una casa no se derrumba de golpe por un accidente imprevisible: o había ya algún defecto en sus fundamentos, o la

(8) San Basilio, *Homiliae* 3.

(9) *Surco*, n. 329.

desidia de los que la habitaban se prolongó por mucho tiempo, de forma que los desperfectos en un principio pequeñísimos fueron corroyendo la firmeza de la armadura, por lo que, cuando llegó la tempestad o arreciaron las lluvias torrenciales, se destruyó sin remedio, poniendo de manifiesto lo antiguo del descuido (*Casiano*, *Colaciones*, VI, XVII)¹⁰.

Con el examen nos iremos conociendo como somos, pecadores, y podremos disponer entonces los medios sobrenaturales y humanos para corregir lo que no lleva al Señor y para mejorar: *cuando te conozcas, podrás conocer a Dios y apartar, como conviene, tu ánimo de las criaturas*".

Este conocimiento no se puede dejar para un mañana indeterminado. Nos urge *hodie, nunc* —hoy, ahora— porque de él depende el aprovechamiento del tiempo que el Señor nos da: no podemos olvidar que no sabemos el día en que tendremos que dar cuenta a Dios. Y si deseamos en ese día ser de los que quedan a la diestra de Jesucristo, es preciso luchar ahora.

Hay que decidirse. No es lícito vivir manteniendo encendidas esas dos velas que, según el dicho popular, todo hombre se procura: una a San Miguel y otra al diablo. Hay que apagar la vela del diablo. Hemos de consumir nuestra vida haciendo que arda toda entera

(10) *Amigos de Dios*, n. 15.

(11) San Nilo, *Epístola* 3, 314.

al servicio del Señor. Si nuestro afán de santidad es sincero, si tenemos la docilidad de ponernos en las manos de Dios, todo irá bien. Porque El está siempre dispuesto a darnos su gracia, y, especialmente en este tiempo, la gracia para una nueva conversión, para una mejora de nuestra vida de cristianos.

No podemos considerar esta Cuaresma como una época más, repetición cíclica del tiempo litúrgico. Este momento es único; es una ayuda divina que hay que acoger. Jesús pasa a nuestro lado y espera de nosotros —hoy, ahora— una gran mudanza¹².

QUI HABITAT in adiutorio Altissimi, in protectione Dei coeli commorabitur (Ps. XC, 1), habitar bajo la protección de Dios, vivir con Dios: ésta es la arriesgada seguridad del cristiano. Hay que estar persuadidos de que Dios nos oye, de que está pendiente de nosotros: así se llenará de paz nuestro corazón. Pero vivir con Dios es indudablemente correr un riesgo, porque el Señor no se contenta compartiendo: lo quiere todo. Y acercarse un poco más a El quiere decir estar dispuesto a una nueva conversión, a una nueva rectificación, a escuchar más atentamente sus inspiraciones, los santos deseos que hace brotar en nuestra alma, y a ponerlos por obra¹³.

(12) *Es Cristo que pasa*, n. 59.

(13) *Es Cristo que pasa*, n. 58.

Pruébame, Dios mío, y sondea mi corazón: examíname y reconoce mis pasos¹⁴. En el examen nos vemos tan llenos de barro, tan pobres, que la confesión de nuestra miseria ha de salir espontánea. Y junto con el dolor de amor, el agradecimiento, porque el Señor es siempre misericordioso y clemente.

Qué buena razón la de aquel sacerdote, cuando predicaba así: "Jesús me ha perdonado toda la muchedumbre de mis pecados —¡cuánta generosidad!—, a pesar de mi ingratitud. Y, si a María Magdalena le fueron perdonados muchos pecados, porque amó mucho, a mí, que todavía me ha perdonado más, ¡qué gran deuda de amor me queda!"

¡Jesús, hasta la locura y el heroísmo! Con tu gracia, Señor, aunque me sea preciso morir por Ti, ya no te abandonaré¹⁵.

Esta disposición de reparar y de agradar a Dios hasta el heroísmo, fruto del amor, debe demostrarse ya ahora con pequeñas obras de amor. Por eso, nuestro examen cuajará de ordinario en un propósito concreto para el día siguiente: mejorar aquella Norma, vencerse en aquel punto de lucha que resulta más costoso, dar tal muestra de cariño a nuestros hermanos... Y para animarnos a transformar esos propósitos en obras eficaces, por la mañana, como nos recomendaba nuestro Padre, nada más levantar-

(14) *Ps. CXXXIX, 23.*

(15) *Forja*, n. 210.

nos procuramos recordarlos junto al ofrecimiento del día que comienza, y los ponemos en manos del Señor con un *serviam!* generoso.

Esforzándonos cada jornada por cumplir esos propósitos pequeños, vendrá el momento en que no nos costará ya trabajo formularlos; porque *cuando de verdad tenemos amor de Dios* —afirma nuestro Fundador— *casi, casi me atrevo a decirte que no hacen falta los propósitos: mi madre no hacía ningún propósito de tratarme bien, y ¡hay que ver qué detalles de cariño tenía continuamente conmigo!*¹⁶.

Pidamos luz y gracia a la Santísima Virgen, para hacer bien nuestro examen diario.

(16) De nuestro Padre, Noticias VI-58, pp. 21-22.

118.

MARTES

—El amor que tiene el Padre a sus hijos en la Obra.

—La petición por el Padre y por sus intenciones, manifestación de nuestro espíritu de filiación.

—Hemos de corresponder, con obediencia filial, con cariño efectivo al Padre y a los Directores.

LOS APOSTÓLES habían pedido al Señor que les enseñara a hacer oración, como Juan Bautista había enseñado a sus discípulos. Y Jesús les dijo: *al orar, no empleéis muchas palabras como los gentiles, que se figuran que por su locuacidad van a ser escuchados. No seáis, pues, como ellos; porque bien sabe vuestro Padre de qué tenéis necesidad, antes de que se lo pidáis. Vosotros, pues, orad así: Padre nuestro, que estás en los Cielos...*\

La vida del cristiano está empapada de ese espíritu de filiación divina, participación de la Filiación misma de Jesucristo. Dios ha querido elevarnos, por el Bautismo, a la inmensa dignidad de ser y llamarnos hijos suyos. Esta realidad, en la Obra, se refleja también en la filiación al Padre. *No puedo dejar de levantar el alma agradecida al Señor, de quien procede toda familia en los cielos y en la tierra* (Ephes. ///,

(1) Ev. (Matth. VI, 7-9).

15-16), por haberme dado esta paternidad espiritual, que, con su gracia, he asumido con la plena conciencia de estar sobre la tierra sólo para realizarla. Por eso, os quiero con corazón de padre y de madre².

*Hijos míos, yo os he engendrado como las madres, con dolor como las madres*³, exclamaba con toda verdad nuestro Fundador. Y algo semejante podrá decirnos siempre el Padre a sus hijos en el Opus Dei. Porque el Padre, sea quien sea, *quiere a cada uno como si no tuviese más que un hijo*⁴.

Esta paternidad espiritual, muy superior a la paternidad de la sangre, fruto de la oración y del sacrificio, es la de nuestro Padre y la de cada uno de sus sucesores. *Hijos míos* —nos confiaba nuestro Fundador—, os quiero —no me importa decirlo, porque no exagero— más que vuestros padres. Y estoy seguro de que en el corazón de los que me sucedan, encontraréis este mismo cariño —iba a añadir que más aunque me parece imposible—, porque tendrán muy metido dentro del alma este espíritu tan de familia que informa la Obra entera⁵.

La paternidad es uno de los bienes que nuestro Fundador —porque así lo quiso Dios— ha legado a todos sus sucesores, hasta el final de los tiempos. Lo comprobamos ahora en el Padre: cómo nos lleva en

(2) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945, n. 23.

(3) De nuestro Padre, *Crónica* XII-61, p. 7.

(4) De nuestro Padre, 23-VI-1956, en *Crónica* VII-56, p. 23.

(5) De nuestro Padre, *Crónica*, 1975, p. 1462.

el corazón; cómo se ocupa de darnos alimento espiritual para nuestras almas; con qué paterno y materno desvelo cumple sus deberes de Buen Pastor, guiando nuestros pasos, advirtiéndonos de los peligros, congregándonos en unidad de oraciones y de intentos con sus constantes llamadas a la responsabilidad y a la santidad...

CRISTO Señor Nuestro —nos enseñó nuestro Padre— *hablaba muchas veces de barcas y de redes, de mares y de peces... Pero ¿no le habéis oído tratar también de ovejas y de rebaños? ¡Y con qué ternura!; ¡cómo goza al describir la figura del Buen Pastor! Nos hace notar que las ovejas le siguen confiadas, y le quieren, y distinguen su voz, y se saben bien cuidadas cuando se arraciman a su alrededor, dentro del redil o en los anchos pastos.*

*El Opus Dei también es un rebaño de Cristo, con su Buen Pastor y sus ovejas. En la Obra habrá siempre un Padre que podrá decir: cognosco oves meas et cognoscunt me meae, conozco a mis hijos y mis hijos me conocen a mí. Porque el Buen Pastor, en el Opus Dei, será perpetuamente el que presida: el Padre, sea quien sea*⁶.

Normas, apostolado, trabajo... Luchamos y nos esforzamos por vivir cada vez con mayor delicadeza

(6) De nuestro Padre, *Tertulia*, 13-11-1955.

todo nuestro plan de vida. Pero si nos faltase la caridad —y una caridad con orden—, para nada serviría nuestro esfuerzo: *¿y yo distribuyese todos mis bienes para el sustento de los pobres, y si entregara mi cuerpo a las llamas, mas no tuviese caridad, todo lo dicho no me serviría para nada*⁷.

El orden de la caridad nos lleva a tener un gran amor filial al Padre, cauce obligado de nuestra unión con Dios, porque el espíritu de filiación es parte esencialísima del espíritu del Opus Dei. Hablando de sus sucesores, nuestro Fundador nos advertía: *cuando yo muera, hijos míos, al Padre, sea quien sea, amadle mucho, aunque se os pasen por la cabeza pensamientos de que no es suficientemente santo o inteligente, o mil ideas más que se os pueden ocurrir y que habréis de desechar inmediatamente, porque son malas. ¡Amadle mucho, hijos míos! Besad donde pise, no dejéis esa pequeña mortificación diaria y de rezar con amor la oración por el que hace cabeza. ¡Amadle mucho, hijos míos, que es muy duro llevar esto encima!*⁸.

Pero no debemos conformarnos con el amor que ya tenemos ahora al Padre. Nos recuerda el Apóstol que cuando era niño, hablaba como niño, juzgaba como niño, discurría como niño⁹; y, podríamos añadir, amaba como niño. Mas cuando fui ya hombre —con-

(7) I Cor. XIII, 3.

(8) De nuestro Padre, Meditación, 12-IV-1954.

(9) I Cor. XIII, 11.

tinúa— *dejé como inútiles las cosas de niño*¹⁰. Siendo el mismo, nuestro cariño al Padre tiene que crecer, ganar en profundidad y en eficacia. A su espontaneidad y ternura —porque espontáneo y tierno es el amor de los niños a sus padres—, debe unirse la hondura, la responsabilidad, el sacrificio de los hijos mayores.

El conocimiento y el trato engendran amor; y conoceremos y trataremos más al Padre considerando en la oración sus indicaciones y sus palabras. De ese cariño, cada vez más profundo —amor sacrificado—, surgirá una petición constante por su persona; vibraremos al unísono con sus deseos, y sus intenciones serán para nosotros lo importante, sabiendo ponerlas siempre por delante de otros afanes.

AMOR al Padre y amor a los que, en su nombre, gobiernan en la Obra con sacrificio, con renuncia de toda utilidad personal.

En el cuerpo humano, cualquier pequeño reflejo viene enseguida a la cabeza, al corazón. Un pinchazo, allá, en el dedo meñique de la mano derecha: todo lo doloroso viene a esas partes del cuerpo más nobles. Pues cabeza y corazón tienen que ser nuestros Directores: a ellos les llega todo lo desagradable. ¡Pobres Di-

(10) *Ibid.*

*rectores! No cargos: cargas. No honores: servicios*¹¹.

Y añadía nuestro Fundador: *hacer cabeza en una obra de apostolado es tanto como estar dispuesto a sufrirlo todo, de todos, con infinita caridad*¹².

Porque nos quieren, porque somos cada uno objeto directo de sus desvelos y de su oración, en la Obra todos hemos de tener con los Directores esa confianza —fraterna y filial a la vez—, que hace imposible cualquier forma de recelo o timidez. *Tener miedo a nada o a nadie, pero especialmente a los Directores, es impropio de un hijo de Dios*¹³. ¿Qué temor puede haber? La misión de los que gobiernan es de paz, no de aflicción. Y si alguna vez es necesario juzgar, lo hacen tamizando el juicio en la oración y con cariño de hermanos.

El amor a la libertad, característica importante de nuestro espíritu, se manifiesta también en el modo de mandar y de obedecer. En la Obra se gobierna *respetando la libertad, sin quitarla a nadie: si la quitamos, fomentamos el desgobierno*¹⁴, decía nuestro Padre. *Precisamente porque los miembros del Opus Dei están de ordinario lejos de todo control, obran con más celo y exactitud en la obediencia: son diligentes —hoy, ahora— en el cumplimiento de los mandatos apostólicos que reciben; tienen deseos de entregarse, de estar a disposición de sus Directores o de sus Directoras para*

(11) De nuestro Padre, Meditación, 29-111-1956.

(12) *Camino*, n. 951.

(13) De nuestro Padre, Crónica VI-54, p. 5.

(14) De nuestro Padre, Círculo Breve, 12-XI-1961.

*las tareas espirituales; preocupados de las alegrías, de las penas, de los intereses de sus hermanos, de la Iglesia y de la Obra, para que cada uno se sienta comprendido y amado, como lo exige el espíritu propio de nuestra vocación*¹⁵.

En correspondencia a la confianza y a la abnegación de los Directores, la obediencia nuestra debe ser pronta, delicada, llena de amor: *la caridad* —dice Santo Tomás— *es inseparable de la obediencia, y esto es así porque la amistad produce un mismo querer y no querer*¹⁶: una plena identificación, una estrecha unión con quienes hacen cabeza.

A la Santísima Virgen, que tan perfectamente se unió siempre a la Voluntad de Dios, pedimos la gracia de estar siempre unidos al Padre y a los Directores.

(15) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 61.

(16) Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 104, a. 3 c.

119.

MIÉRCOLES

- El Señor ha querido asociarnos a la obra de la Redención.
- La Santa Cruz es camino para la eficacia apostólica.
- El amor a la Voluntad de Dios da alegría al enfrentarnos con el sacrificio.

NOS ANIMA a perseverar en las obras de penitencia, durante este tiempo de Cuaresma, la lectura de ese pasaje de la Sagrada Escritura donde se narra la compasión de Dios con los habitantes de la populosa Nínive: *vio el Señor sus obras, cómo se apartaron de su mal camino, y tuvo Dios misericordia acerca del mal que había dicho que les haría, y no lo hizo*¹.

En esa lección de la misericordia divina, podemos detenernos ahora a considerar un aspecto particular. Estaba en los designios de Dios perdonar a los que se arrepintieran, y para moverles a penitencia se sirvió de la cooperación de un hombre elegido, de un profeta: *llegó por segunda vez a Jonás la palabra de Yavé, diciendo: levántate y ve a Nínive, la ciudad grande, y pregona en ella lo que Yo te diré. Alzóse Jonás y fue a Nínive, según la orden de Yavé*².

Desde que Jesús nos redimió con su Sangre, ins-

(1) L. I (Io. III, 10).

(2) *Ibid.*, 1-3.

taurando en la tierra un nuevo orden, todos los hombres hemos sido llamados a cooperar, unidos con Cristo, en la salvación de nuestros hermanos. Y para los que hemos recibido la vocación al Opus Dei, esa misión no es sólo una tarea buena, incluso urgente, sino *un mandato imperativo de Cristo*³.

*¿Es posible —se preguntaba nuestro Padre— que lleve Cristo tantos años —veinte siglos— actuando en la tierra, y que el mundo esté así? ¿Es posible que aún haya gente que no conozca al Señor? Tenemos la culpa nosotros, que hemos sido llamados a ser corredentores, y a veces no correspondemos a esa voluntad de Dios. Porque, contra la voluntad divina de redimir el mundo, está Satanás —que existe, con sus espíritus inmundos—, y están nuestras malas pasiones y nuestra libertad, con la que tenemos la tremenda facultad de poder escoger la Muerte en vez de la Vida*⁴.

Y añadía nuestro Fundador: *pero Cristo no ha fracasado: su palabra y su vida fecundan continuamente el mundo. La obra de Cristo, la tarea que su Padre le encomendó, se está realizando, su fuerza atraviesa la historia trayendo la verdadera vida, y cuando ya todas las cosas estén sujetas a El, entonces el Hijo mismo quedará sujeto en cuanto hombre al que se las sujetó todas, a fin de que en todas las cosas todo sea Dios (I Cor. XV, 28)*⁵.

(3) *Camino*, n. 942.

(4) De nuestro Padre, Tertulia, 13-IV-1968.

(5) *£5 Cristo que pasa*, n. 113.

También ahora, Cristo, que subió a la Cruz con los brazos así, abiertos de par en par, con gesto de Sacerdote Eterno, quiere contar con nosotros, que no somos nada, para llevar a los hombres los frutos de su Redención ⁶.

PARA corredimir con Cristo a impulsos de la caridad, debemos acompañarle en la Cruz. Yo creo —aseguraba nuestro Padre— que por esto el Señor, aquel 14 de febrero del 43, quiso poner la Cruz en el corazón nuestro, quiso coronar la fachada de su Obra con la Cruz, y quiso que nosotros lleváramos ese símbolo, la Cruz, metida en la entraña del mundo ⁷.

Aunque la Cruz de Cristo no tuviera otro significado que el señalado por el Apóstol: "quienes son de Jesucristo, tienen crucificada su carne, con todas sus pasiones y concupiscencias" (Galat. V, 24), ¿no sería éste —comenta San Agustín— un bien extraordinario? ⁸. Pero, además, la Santa Cruz es la condición necesaria para que la labor de almas dé frutos, porque para llegar a Dios, Cristo es el camino; pero Cristo está en la Cruz ⁹.

Después que el Señor resucitó y ascendió a los cielos, los discípulos obraron grandes maravillas. Pe-

(6) De nuestro Padre, Tertulia, 13-IV-1968.

(7) De nuestro Padre, Crónica XI-60, p. 8.

(8) San Agustín, *In Iohannis Evangelium tractatus* 118, 5.

(9) *Via Crucis*, X estación.

ro era El, el mismo que obró prodigios cuando estaba entre los hombres, el que continuaba actuando a través de sus discípulos. El mismo les había dicho: "sin Mí no podéis hacer nada" (Ioann. XV, 5). Cuando aquel cojo, que estaba sentado a la puerta del templo, se levantó a la voz de Pedro y empezó a andar con sus propios pies, causando la admiración de la gente, Pedro les aclaró que esto no lo había hecho en virtud de un poder peculiar suyo, sino en nombre de Aquél a quien habían crucificado ¹⁰.

Sin Jesucristo nada podemos; pero con El, unidos nuestros esfuerzos a su Sacrificio, se obrarán en las almas maravillas de gracia. Es necesario que te decidas voluntariamente a cargar con la cruz. Si no, dirás con la lengua que imitas a Cristo, pero tus hechos lo desmentirán; así no lograrás tratar con intimidad al Maestro, ni lo amarás de veras. Urge que los cristianos nos convenzamos bien de esta realidad: no marchamos cerca del Señor, cuando no sabemos privarnos espontáneamente de tantas cosas que reclaman el capricho, la vanidad, el regalo, el interés... No debe pasar una jornada sin que la hayas condimentado con la gracia y la sal de la mortificación. Y desecha esa idea de que estás, entonces, reducido a ser un desgraciado. Pobre felicidad será la tuya, si no aprendes a vencerte a ti mismo, si te dejas aplastar y dominar por

(10) San Agustín, *In Iohannis Evangelium tractatus* 31, 9.

tus pasiones y veleidades, en vez de tomar tu cruz gallardamente ".

Con este sentido sobrenatural hemos de ir al apostolado, de modo que busquemos la eficacia en la unión con el Señor, con Jesucristo crucificado: unión que hemos de buscar con la gracia, también mediante el sacrificio personal, la mortificación constante, la expiación generosa. Sin una participación personal en el sacrificio del Señor, no puede haber tampoco corredención. *£5 necesario, pues, que te crucifiques con el Crucificado, que padezcas con el que padeció, para que de este modo seas glorificado con el glorificado ".*

¡QUE ALEGRÍA sabernos corredentores con Cristo! Es la alegría del Apóstol San Pablo: *al presente —decía— me gozo de lo que padezco por vosotros, y estoy cumpliendo en mi carne lo que falta a la Pasión de Cristo en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia*¹³. Este es el sentido que adquieren entonces las incomodidades, el cansancio, los contratiempos, las pequeñas mortificaciones, cuando se ofrecen por la salvación de las almas. *Todo lo sufro por los elegidos, para que también ellos alcancen la salvación que está en Cristo Jesús*¹⁴. Tener un motivo apostólico ha-

(11) *Amigos de Dios*, n. 129.

(12) Pseudo Macario, *Homilía* 12, 5.

(13) *Cotos*, I, 24.

(14) *II Tim.* II, 10.

ce generosa al alma, a la hora de enfrentarse con el sacrificio. Le da el *gaudium cum pace*, la alegría y la paz en la Cruz, característica de los santos.

Sin embargo, *hay en el ambiente una especie de miedo a la Cruz, a la Cruz del Señor. Y es que han empezado a llamar cruces a todas las cosas desagradables que suceden en la vida, y no saben llevarlas con sentido de hijos de Dios, con visión sobrenatural. ¡Hasta quitan las cruces que plantaron nuestros abuelos en los caminos...!*

En la Pasión —nos recuerda nuestro Padre—, la Cruz dejó de ser símbolo de castigo para convertirse en señal de victoria. La Cruz es el emblema del Redentor: *in quo est salus, vita et resurrectio nostra: allí está nuestra salud, nuestra vida y nuestra resurrección*¹⁵.

Hemos de aceptar la mortificación —desde los pequeños detalles de puntualidad y orden en el trabajo, hasta la renuncia a todo lo nuestro— con los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo: *el Señor está en la Cruz, diciendo: Yo padezco para que mis hijos y hermanos los hombres sean felices, no sólo en el Cielo, sino también —en lo posible— en la tierra, si acatan la Santísima Voluntad de mi Padre celestial*¹⁶.

Como fruto de la oración de hoy, nos reafirmamos en la convicción que nos inculca nuestro Padre:

(15) *Via Crucis*, II estación, punto 5.

(16) *Forja*, n. 275.

*piensa que Dios te quiere contento y que, si tú pones de tu parte lo que puedes, serás feliz, muy feliz, felicísimo, aunque en ningún momento te falte la Cruz. Pero esa Cruz ya no es un patíbulo, sino el trono desde el que reina Cristo. Y a su lado, su Madre, Madre nuestra también. La Virgen Santa te alcanzará la fortaleza que necesitas para marchar con decisión tras los pasos de su Hijo*¹⁷.

(17) *Amigos de Dios*, n. 141.

120.

JUEVES

—Rezar con afán de reparación, pidiendo por la Iglesia y por todas las almas.

—La mejor ayuda a la Iglesia es vivir nuestro compromiso de amor: luchar día a día para ser santos.

—La obligación de ser fieles hasta el último momento.

ESCUCHA, Señor, mis palabras, atiende a mis gemidos, haz caso de mis gritos de auxilio^x. Así reza el introito de la Misa de hoy, impulsándonos a pedir a Dios por la Iglesia y por todas las almas.

Es el ejemplo de oración que se nos propone también en la primera lectura. Recuerda la plegaria de la reina Ester que, temerosa del peligro que amenazaba a su pueblo, *oraba al Señor Dios de Israel, diciendo: Señor mío, Tú que eres nuestro único Rey, socórreme (...). Acuérdate, Señor, de nosotros, y muéstratenos en el tiempo de la tribulación, y dame firmeza*².

Pero hemos de rezar con afán de reparación, recomendando nuestro Padre. Hay mucho que expiar, fuera y dentro de la Iglesia de Dios. Buscad unas palabras, haceos una jaculatoria personal, y repetidla muchas veces al día, pidiendo perdón al Señor: primero por nuestra flojedad personal y, después, por tantas accio-

(1) *Ant. ad Inlr.* (Ps. V, 2-3).

(2) *L. I* (Esth. XIV, 3 y 12).

*nes delictuosas que se cometen contra su Santo Nombre, contra sus Sacramentos, contra su doctrina (...). Pedid perdón, hijos, por esta confusión, por estas torpezas que se facilitan dentro de la Iglesia (...), corrompiendo a las almas casi desde la infancia. Si no es así, si no vamos por este camino de penitencia y de reparación, no lograremos nada*³.

Las necesidades de la Iglesia y de las almas han de movernos continuamente a hacer esta oración a Dios, pero con más urgencia cuando las circunstancias lo requieran de modo particular. Y siempre llenos de confianza.

¿Que somos pocos para tanta multitud? ¿Que estamos llenos de miserias y de debilidades? ¿Que humanamente no podemos nada? Meditad conmigo aquellas palabras de San Pablo: Dios ha escogido a los necios según el mundo, para confundir a los sabios; y Dios ha escogido a los flacos del mundo, para confundir a los fuertes; y a las cosas viles y despreciables del mundo, y a aquellas que eran nada, para destruir las que parece que son grandes, para que ningún mortal se dé importancia (I Cor. I, 27-29).

A pesar de nuestras miserias y de nuestros errores, el Señor nos ha elegido para ser instrumentos suyos, en estos momentos tan difíciles de la historia de la Iglesia. Hijos, no podemos escudarnos en la pequeñez per-

(3) De nuestro Padre, Meditación *Tiempo de reparar*, 20-11-1972.

sonal, no debemos enterrar el talento recibido (cfr. Luc. XIX, 20), no podemos desentendernos de las ofensas que se hacen a Dios y del mal que se ocasiona a las almas. Así que vosotros, avisados ya, estad alerta, no sea que seducidos por los insensatos, vengáis a perder vuestra firmeza (II Petr. III, 17).

Cada uno en su estado, y todos con la misma vocación, hemos respondido afirmativamente a la llamada divina, para servir a Dios y a la Iglesia, y para salvar almas. De modo que tenemos más deber y más derecho que otros para estar alerta; tenemos más responsabilidad para vivir con fortaleza; y tenemos también más gracia *.

La promesa de Jesucristo a la oración humilde, confiada y perseverante nos llena siempre de optimismo, aun en los momentos en que la situación, humanamente hablando, pudiera parecer menos propicia. Porque dice el Señor: *todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá*⁵.

EN LA Obra todos tenemos un compromiso de amor, aceptado libremente, con Dios Señor nuestro. Un compromiso que se fortalece con la gracia personal, propia del estado de cada uno, y con esa otra gracia específica que el Señor da a las almas que llama a su

(4) De nuestro Padre. Meditación *Tiempo de reparar*, 20-11-1972.

(5) Ant., ad Com. (Malth. VII, 8).

Opus Dei. ¡Cómo me sabe a miel y panal aquella divina declaración amorosa: ego redemi te, et vocavi te nomine tuo, meus es tu! (Isai. XLIII, 1); Yo te he redimido, y te he llamado por tu nombre, ¡tú eres mío! No nos pertenecemos, hijos; somos suyos, del Señor, porque nos ha dado la gana responder: ecce ego, quia vocasti me! (I Reg. VI, 9); aquí estoy, porque me has llamado (...).

Pero ese compromiso de amor, ¿qué materia tiene?, ¿a qué nos obliga? A luchar, hijas e hijos míos. A luchar, con el fin de poner en práctica los medios ascéticos que la Obra nos propone para ser santos; a luchar, para cumplir nuestras Normas y Costumbres; a esforzarnos por adquirir y defender la buena doctrina, y mejorar la propia conducta; a procurar vivir de oración, de sacrificio y de trabajo, y —si es posible— sonriendo: porque yo entiendo, hijos, que a veces no es fácil sonreír.

Padre, me diréis, ¿hemos de luchar para dar ejemplo? Sí, hijos, pero sin buscar aplausos en la tierra. No vaciléis si encontráis burlas, calumnias, odios, desprecios (...). No esperéis parabienes, ni palabras de aliento, en vuestra pelea cristiana. Hemos de tener la conciencia bien clara: ¿sabemos que nuestra lucha interior es necesaria para servir a Dios, a la Iglesia y a las almas?, ¿estamos convencidos de que el Señor se quiere servir —en estos momentos de tremenda deslealtad— del pequeño esfuerzo nuestro por ser fieles, para llenar de fe, de esperanza y de amor a miles de almas? Pues,

a luchar, hijas e hijos míos, cara a Dios y siempre contentos, sin pensar en alabanzas humanas (...).

A luchar, hijos, a luchar. No hagáis como ésos que dicen que la Confirmación no nos hace milites Christi. Quizá es que no quieren combatir, y así son lo que son: unos derrotados, unos vencidos, hombres sin fe, almas caídas, como Satanás. No han seguido el consejo del Apóstol: soporta el trabajo y la fatiga como buen soldado de Jesucristo (// Tim. II, 3).

Como soldados de Cristo, hay que pelear las batallas de Dios. In hoc pulcherrimo caritatis bello! No hay más remedio que tomarse con empeño esta hermosísima guerra de amor, si de verdad queremos conseguir la paz interior, y la serenidad de Dios para la Iglesia y para las almas⁶.

QUIERO recordaros que no es nuestra pelea contra la carne y la sangre, sino contra los príncipes y potestades, contra los adalides de estas tinieblas del mundo, contra los espíritus malignos... Por tanto, tomad las armas todas de Dios, para poder resistir en el día aciago y sosteneros apercebidos en todo (Ephes. VI, 12-13).

En la tierra no podemos tener nunca esa tranquilidad de los comodones, que se abandonan, porque piensan que el porvenir es seguro. El porvenir de todos

⁶ De nuestro Padre, Meditación Tiempo de reparar, 20-11-1972.

nosotros es incierto, en el sentido de que podemos ser traidores a Nuestro Señor, a la vocación y a la fe. Hemos de hacer el propósito de pelear siempre. El último día del año que pasó, escribí una ficha: éste es nuestro destino en la tierra: luchar, por Amor, hasta el último instante. Deo gratias!

Yo procuraré batallar hasta el postrer momento de mi vida; y vosotros, lo mismo (...). Si alguno de mis hijos se abandona y deja de guerrear, o vuelve la espalda, que sepa que nos hace traición a todos: a Jesucristo, a la Iglesia, a sus hermanos en la Obra, a todas las almas. Ninguno es una pieza aislada; somos todos miembros de un mismo Cuerpo Místico, que es la Iglesia Santa (cfr. I Cor. XII, 26-27), y —por compromiso de amor— miembros también de la Obra de Dios. Por eso, si alguien no combatiera, causaría un grave daño a sus hermanos, a su santidad y a su trabajo apostólico, y sería un obstáculo para superar estos momentos de prueba (...).

Pido a Jesús, por la intercesión de su Madre Bendita, y de nuestro Padre y Señor San José —a quien tanto quiero—, que me entendáis. Siempre, pero mucho más en estos momentos, sería una traición dejar de estar vigilantes, abrir la mano, consentir la más pequeña infidelidad. Cuando hay tanta gente desleal, estamos más obligados a ser fieles a nuestros compromisos de amor. No os importe si os parece que habéis perdido otros motivos, que antes os ayudaban a ir adelante, y ahora sólo os queda éste: la lealtad con Dios.

¡Lealtad! ¡Fidelidad! ¡Hombría de bien! En lo grande y en lo pequeño, en lo poco y en lo mucho. Querer luchar, aunque a veces parezca que no podemos querer. Si viene el momento de la debilidad, abrid el alma de par en par, y dejaos llevar suavemente: hoy subo dos escalones, mañana cuatro... Al día siguiente, quizá ninguno, porque nos hemos quedado sin fuerzas. Pero queremos querer. Tenemos, al menos, deseos de tener deseos. Hijos, eso es ya combatir.

Al que no estuviera decidido a ser constante con sus compromisos, a mantenerse íntegro en la fe e intachable en la conducta, yo le aconsejaría que desista de hacer el hipócrita, que se marche, y que nos deje a los demás tranquilos en nuestro camino. Hay un refrán en mi tierra que dice así: o herrar, o quitar el banco. O desempeñar el oficio propio de los cristianos, o suprimir el banco donde no se trabaja (...).

¿Qué haréis cuando veáis —porque eso se nota— que un hermano vuestro afloja, y no lucha? ¿Pues acogerle, ayudarle! Si os dais cuenta de que le cuesta rezar el Rosario, ¿por qué no invitarle a rezar con vosotros? Si se le hace más difícil la puntualidad: oye, que faltan cinco minutos para la oración o para la tertulia. ¿Para qué está la corrección fraterna? ¿Para qué está la charla personal, que hay en Casa? Tanto si la rehuyen como si la prolongan excesivamente, cuidado.

¿Y la Confesión? No la dejéis nunca, en los días que os corresponda y siempre que os haga falta, hijas^e hijos míos (...). Todos estos medios espirituales, faci-

*litados por el cariño que nos tenemos, están para ayudarnos a recomenzar, para que volvamos de nuevo a buscar el refugio de la presencia de Dios, con la piedad, con las pequeñas mortificaciones, con la preocupación por los demás. Esto es lo que nos hace fuertes, serenos y vencedores*⁷.

Pidamos a la Santísima Virgen, *Refugium nostrum et virtus*, que nos alcance de Dios la fortaleza que necesitamos para perseverar en nuestra pelea interior y ser fieles a nuestra vocación, pues así serviremos con eficacia a la Iglesia.

(7) De nuestro Padre, Meditación *Tiempo de reparar*, 20-11-1972.

121.

VIERNES

- El Purgatorio, lugar de purificación.
- Dios nos va purificando en esta vida.
- La purificación total, que permite entrar directamente en el Cielo, exige una continua expiación.

NUESTRO Padre Dios nos ha prometido la gloria. *¿Acaso quiero Yo la muerte del impío, dice el Señor Dios, y no que se convierta de sus caminos y viva?*¹. Y ha preparado un lugar, el Cielo, donde podremos contemplarle cara a cara en visión luminosa, en unidad total. Pero la morada del Altísimo es lugar santo: *no entrará en ella nada manchado, ni quien obre abominación y mentira, sino sólo los escritos en el libro de la vida*²; el alma afeada por la culpa no puede llegar a la plena visión de Dios.

Para entrar en el Cielo es preciso estar limpios de toda culpa. *Sed santos puesto que Yo soy santo*³, dice el Señor. El alma de quien muere en estado de gracia pero con culpas veniales o penas temporales todavía no expiadas completamente, necesita purificación, limpiar todo lo que la afea a los ojos de Dios. Este es el sentido del Purgatorio: una muestra del

¹) *L. I (Ezech. XVIII, 23).*
²) *Apoc. XXI, 27.*
³) *Uvit. XI, 44.*

amor divino que nuestro Padre comparaba al cariño de *una madre que coge al niño, y lo mete en agua y lo enjabona y lo perfuma y lo arregla, ¡y al fin el crío está hecho un cielo!*⁴.

Hemos de meditar esta verdad de la fe católica y verla como lo que realmente es: muestra del amor de Dios a los hombres que, mediante el fuego purificador, les evita la vergüenza de presentarse inmundos ante la Majestad divina. El Purgatorio existe; y, en ese crisol donde el alma se purifica totalmente, el dolor y la alegría se entremezclan de modo misterioso.

Hay dolor porque el alma, ansiosa de gozar de Dios, está privada temporalmente de su contemplación. Es la pena de daño: el alma se siente aún alejada de Dios, al mismo tiempo que anhela la Verdad y el Amor. Hay dolor y sufrimiento porque el alma se ve también purificada con la pena de sentido, un fuego *más doloroso que cualquier cosa que un hombre pueda padecer en esta vida*⁵. Pero con todo eso hay alegría, porque se tiene la seguridad de haber ganado ya la batalla, de haber sido llamado a gozar de Dios.

Para las ánimas del Purgatorio, hasta las penas son fuente de gozo: sufren entregadas plenamente a la Voluntad de Dios; y con amor encendido, aunque todavía imperfecto, reciben gustosas el

(4) De nuestro Padre, Obras VIII-63, p. 18.

(5) San Agustín, *Enarraciones in Psalmos* 37, 3.

fuego de la purificación: cada instante de sufrimiento es un escalón más que les acerca a la posesión plena del Señor.

El Purgatorio no es un infierno limitado; es la antesala del Cielo. Después del sufrimiento purificador, *los restos de Sión, los sobrevivientes de Jerusalén serán llamados santos*⁶.

EN ESTA vida, Dios purifica a los que son dóciles a su acción, y les prepara para la gloria. El sufrimiento alegremente aceptado y buscado por amor de Dios, el dolor y la penitencia, son instrumentos de expiación, nuestro purgatorio en la tierra. *¿Tienes miedo a la penitencia?... A la penitencia, que te ayudará a obtener la vida eterna. —En cambio, por conservar esta pobre vida de ahora, ¿no ves cómo los hombres se someten a las mil torturas de una cruenta operación quirúrgica?*⁷. Esos padecimientos que el Señor nos envía o permite, pueden ser la purificación que necesitamos para presentarnos sin mancha, llenos de amor, en la presencia de Dios.

Es mucho lo que tenemos que limpiar: pecados veniales, faltas de amor; la inclinación a pecar que nuestra naturaleza adquirió con la primera caída... Además, todos los pecados, aun los ya perdonados

(i) *Isai.* IV, 3.

(i) *Camino*, n. 224.

por la Penitencia, dejan en el alma una deuda insatisfecha, un reato de pena, que exige ser pagado en esta vida o en la otra. Por eso debemos pedir al Señor: *limpiame en esta vida y vuélveme tal, que no sea necesario el fuego que me enmiende*⁸.

Hay que unir al dolor la alegría: *si sabes que esos dolores —físicos o morales— son purificación y merecimiento, bendícelos*⁹. Hemos de convencernos de que el dolor y el sufrimiento entran en los designios de Dios, y con su gracia sirven de reparación en esta vida, y nos preparan a la unión definitiva con el Señor. *Hermanos, nos exhorta San Pablo, estoy persuadido de que los sufrimientos de la vida presente no son comparables con la gloria que ha de manifestarse en nosotros*¹⁰, cuando contemplemos a Dios cara a cara.

Podemos acercar ese momento buscando ahora, sin miedo, la expiación. *Si somos generosos en la expiación voluntaria, Jesús nos llenará de gracia para amar las expiaciones que El nos mande*¹¹. Sólo así, con esta perspectiva sobrenatural, comprenderemos el sentido último del dolor y del sufrimiento: *bendito sea el dolor. —Amado sea el dolor. —Santificado sea el dolor... ¡Glorificado sea el dolor!*¹².

(8) San Agustín, *Enarrationes in Psalmos* 37, 3.

(9) *Camino*, n. 219.

(10) *Rom.* VIII, 18.

(11) *Camino*, n. 221.

(12) *Camino*, n. 208.

*EXPIACIÓN: ésta es la senda que lleva a la Vida*¹³. Pero no debemos hacernos falsas ilusiones: la purificación total en esta vida, la limpieza de alma necesaria para volar directamente al Cielo tras la muerte, requiere mucha generosidad y mucho amor. Vale la pena acoger a manos llenas la mortificación, la expiación y la penitencia: *¡qué poco es una vida para reparar!*¹⁴, afirma nuestro Padre.

Queremos ir directamente al Cielo, después de una vida gastada toda en trabajar por el Señor; para eso es condición necesaria el sufrimiento, no tener miedo al dolor. *El cielo: "ni ojo alguno vio, ni oreja oyó, ni pasaron a hombre por pensamiento las cosas que tiene Dios preparadas para aquellos que le aman". ¿No te empujan a luchar esas revelaciones del Apóstol?*¹⁵. El pensamiento de la gloria que nos espera podrá ser acicate que nos anime a una mayor abnegación cuando el cuerpo se resista. Y para que no perdamos de vista los medios que están a nuestro alcance, nuestro Padre nos recuerda: *yo te voy a decir cuáles son los tesoros del hombre en la tierra para que no los desperdicies: hambre, sed, calor, frío, dolor, deshonra, pobreza, soledad, traición, calumnia, cárcel...*¹⁶.

Con esta nueva perspectiva, mientras atesoramos para el Cielo, mejoramos nuestros deseos de re-

(13) *Camino*, n. 210.

(14) *Via Crucis*, VIII estación.

(15) *Camino*, n. 751.

(16) *Camino*, n. 194.

paración. Y este afán nos empuja también a expiar por los pecados de los demás. *Ama a Dios por los que no le aman* —escribe nuestro Padre—: *debes hacer carne de tu carne este espíritu de desagravio y de reparación*¹⁷.

Toda la vida es tiempo de purificación, *spatium verae poenitentiae*; y de modo particular lo son estos días de Cuaresma. Mientras esperamos el momento de contemplar a Dios cara a cara, *también nosotros, que tenemos ya las primicias del Espíritu, suspiramos desde lo íntimo del corazón, aguardando el efecto de la adopción de los hijos de Dios, la redención de nuestro cuerpo*¹⁸. Hasta que llegue ese momento, decimos a Jesús con la Iglesia: *mira mis trabajos y mis penas, y perdona todos mis pecados*¹⁹.

A Santa María, *Refugium peccatorum*, le pedimos que el recuerdo del Purgatorio nos haga más generosos cada día en la reparación de nuestras culpas.

(17) *Forja*, n. 444.

(18) *Rom.* VIII, 23.

(19) *Ant. ad intr.* (Ps. XXIV, 18).

122.

SÁBADO

—El Amor que Dios nos tiene pide la correspondencia de un corazón puro.

—La virtud de la castidad, condición necesaria para la vida interior y para el apostolado.

—Medios que ayudan a vivir la santa pureza, y especialmente la sinceridad.

LEEMOS en la Misa estas palabras del Deuteronomio: *el Señor te ha elegido hoy para que seas un pueblo peculiar suyo, como te lo tiene dicho, y guardes todos sus preceptos, y para hacerte una nación más excelsa que todas las que crió, para alabanza y fama y gloria suya, y que seas el pueblo santo del Señor Dios tuyo*¹.

Como miembros del Pueblo santo de Dios, que nos ha comprado a gran precio², que nos ha convocado en su Santa Iglesia y nos ha llamado con una vocación específica a la santidad, hemos de reservarle enteramente todo nuestro ser. *Pertenece-mos totalmente a Dios, con alma y cuerpo, con la carne y con los huesos, con los sentidos y con las potencias. Rogadle con confianza: ¡Jesús, guarda nuestro corazón!, un corazón grande, fuerte y tierno*

(1) *L. 1 (Deut. XXVI, 18-19).*

(2) *Cfr. I Cor. VI, 20.*

y afectuoso y delicado, rebosante de caridad para Ti, para servir a todas las almas.

Nuestro cuerpo es santo, templo de Dios, precisa San Pablo. Esta exclamación del Apóstol trae a mi memoria la llamada universal a la santidad, que el Maestro dirige a los hombres: estote vos perfecti sicut et Pater vester caelestis perfectus est (Matth. V, 48). A todos, sin discriminaciones de ningún género, pide el Señor correspondencia a la gracia; a cada uno, de acuerdo con su situación personal, exige la práctica de las virtudes propias de los hijos de Dios³.

Dichosos los que caminan en la ley del Señor*. Dios quiere nuestra felicidad, y sus mandamientos se encaminan a darnos el gozo posible en esta tierra y la alegría plena en el Cielo. Pero es preciso comportarse, siempre y en todas las cosas, de acuerdo con los preceptos del Señor: bienaventurados los que obraron sus mandatos, los que de todo corazón le buscan⁵.

Necesito recordaros que no encontraréis la felicidad fuera de vuestras obligaciones cristianas. Si las abandonarais, os quedaría un remordimiento salvaje, y seríais unos desgraciados. Hasta las cosas más corrientes que traen un poquito de felicidad, y que son lícitas, se pueden volver entonces amargas como

(3) Amigos de Dios, n. 177.

(4) Ps. R. (Ps. CXVIII, 1).

(5) Ibid., 2.

la hiél, agrias como el vinagre, repugnantes como el rejalgar.

Cada uno de vosotros, y yo también, confiamos a Jesús: ¡Señor, que yo me propongo luchar y sé que Tú no pierdes batallas; y comprendo que, si alguna vez las pierdo, es porque me he alejado de Ti! ¡Llévame de tu mano, y no te fíes de mí, no me sueltes!

Pensaréis: Padre, ¡si soy tan feliz! ¡Si amo a Jesucristo! ¡Si, aunque soy de barro, deseo llegar a la santidad con la ayuda de Dios y de su Santísima Madre! No lo dudo; únicamente te prevengo con estas exhortaciones por si acaso, por si se presenta una dificultad.

Al mismo tiempo, he de repetirte que la existencia del cristiano —la tuya y la mía— es de Amor. Este corazón nuestro ha nacido para amar. Y cuando no se le da un afecto puro y limpio y noble, se venga y se inunda de miseria. El verdadero amor de Dios —la limpieza de vida, por tanto— se halla igualmente lejos de la sensualidad que de la insensibilidad, de cualquier sentimentalismo como de la ausencia o dureza de corazón⁶.

Pidamos ahora al Señor, con palabras de la Iglesia: Padre Santo, dirige hacia Ti nuestros corazones para que —buscando siempre el único bien necesario, y practicando la caridad— podamos celebrar dignamente la Liturgia⁷.

(6) Amigos de Dios, n. 183.

(7) Oral.

*BIENAVENTURADOS los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*⁸. Sin pureza de corazón, no se puede tener intimidad con el Señor. San Pablo nos lo repite: *esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación (...): que sepa cada uno de vosotros usar de su cuerpo santa y honestamente, no abandonándose a las pasiones, como hacen los gentiles, que no conocen a Dios*⁹.

Dios nos quiere santos. La santidad supone vida de oración, trato íntimo con el Señor. Para eso, condición necesaria es la castidad de cuerpo y de espíritu que queremos vivir, con la gracia de Dios. *Comparo esta virtud* —escribió nuestro Padre— *a unas alas que nos permiten transmitir los mandatos, la doctrina de Dios, por todos los ambientes de la tierra, sin temor a quedar enlodados. Las alas —también las de esas aves majestuosas que se remontan donde no alcanzan las nubes— pesan, y mucho. Pero si faltasen, no habría vuelo. Grabadlo en vuestras cabezas, decididos a no ceder si notáis el zarpazo de la tentación, que se insinúa presentando la pureza como una carga insostenible: ¡ánimo!, ¡arriba!, hasta el sol, a la caza del Amor*¹⁰.

La lucha para vivir la santa pureza podrá, en ocasiones, resultar más trabajosa. Pero siempre nos ayudarán —con el motivo fundamental del amor que da sentido a nuestra vida— aquellas palabras de

(8) *Matth.* V, 8.

(9) *1 The.* IV, 3-5.

(10) *Amigos de Dios*, n. 177.

nuestro Padre, que en cada uno de nosotros se traducen en convicción firme: la persona que *ha visto clara su vocación, aunque sólo haya sido una vez, aunque ya no vuelva a verla más, debe continuar para siempre, por sentido de fidelidad, sin volver la cara atrás, después de haber puesto la mano en el arado*¹¹.

No nos puede extrañar la permanencia en nosotros de inclinaciones que tratan de desviarnos del camino, la tentación que nos brinda consuelos terrenos. *Una cosa es sentir, y otra consentir. La tentación se puede rechazar fácilmente, con la ayuda de Dios. Lo que no conviene de ningún modo es dialogar*¹², nos recuerda nuestro Padre. Por el contrario, saber que Dios mismo nos llama, y que nos pide ser enteramente suyos, será siempre la garantía de que no habrá de faltarnos la gracia para ser fieles. *El Amor... ¡bien vale un amor!*¹³.

El conocimiento de nuestra flaqueza y una profunda decisión de fidelidad cueste lo que cueste, nos llevarán a contar con la gracia de Dios y a poner los medios para cooperar, porque *la castidad la da Dios a los que con empeño, con fe y con oraciones, continuamente la piden*¹⁴. Por eso hemos de rezar: *concédenos, Señor, que estos gloriosos misterios de nuestra redención nos hagan dignos de tu gracia*¹⁵.

(11) De nuestro Padre, *Crónica* VI-58, p. 8.

(12) *Amigos de Dios*, n. 184.

(13) *Camino*, n. 171.

(14) Orígenes, *In Evangelium Matthaei commentarium* 14, 25.

(15) *Oral, super oblata*.

PARA ser almas contemplativas es necesario vivir delicadamente la santa pureza. Los medios que ayudan a vivir esta virtud y le dan hondura y perfección, son algo precioso: el trabajo intenso y hecho con sentido de responsabilidad, huir de las ocasiones, la guarda del corazón y de los sentidos, la mortificación que somete nuestra afectividad y nuestro cuerpo, dándonos el señorío de los hijos de Dios; el trato con Jesús en la Eucaristía, la práctica de la Confesión frecuente, la devoción a la Santísima Virgen. Especialmente nos ayudará el rezar bien las tres avemarias que recitamos cada noche.

Y, como enlazando con los demás medios, algo que fundamenta toda su eficacia: la humildad y su consecuencia inmediata, la sinceridad. *Si el demonio mudo se introduce en un alma, lo echa todo a perder; en cambio, si se le arroja fuera inmediatamente, todo sale bien, somos felices, la vida marcha rectamente: seamos siempre salvajemente sinceros, pero con prudente educación.*

Quiero que esto quede claro; a mí no me preocupan tanto el corazón y la carne, como la soberbia. Humildes. Cuando penséis que tenéis toda la razón, no tenéis razón ninguna. Id a la dirección espiritual con el alma abierta: no la cerréis, porque —repito— se mete el demonio mudo, que es difícil de sacar.

Acordaos de aquel pobre endemoniado, que no consiguieron liberar los discípulos; sólo el Señor obtuvo su libertad, con oración y ayuno. En aquella oca-

sión obró el Maestro tres milagros: el primero, que oyera: porque cuando nos domina el demonio mudo, se niega el alma a oír; el segundo, que hablara; y el tercero, que se fuera el diablo.

Contad primero lo que deseáis que no se supiera. ¡Abajo el demonio mudo! De una cuestión pequeña, dándole vueltas, hacéis una bola grande, como con la nieve, y os encerráis dentro. ¿Por qué? ¡Abrid el alma! Yo os aseguro la felicidad, que es fidelidad al camino cristiano, si sois sinceros. Claridad, sencillez: son disposiciones absolutamente necesarias; hemos de abrir el alma, de par en par, de modo que entre el sol de Dios y la caridad del Amor¹⁶.

Sinceridad valiente, que al poner en evidencia los primeros chispazos de la pasión, contribuye a que ésta se apague o pierda fuerza. Humildad verdadera, que nos lleva —sin abandonar la lucha— a confiar sólo en Dios. *Este don —la castidad— fue dado a los que lo pidieron, a los que lo quisieron, a los que trabajaron por recibirlo. Porque todo aquel que pide, recibe, y el que busca, halla, y al que llama se le abrirá¹⁷.*

Nuestra petición humilde se llenará de eficacia por la intercesión de Santa María, *Mater Pulchrae Dilectionis*.

(16) Amigos de Dios, nn. 188-189.

commentarium 19, 11.

(17) San Jerónimo, 1ª Evangelium Matthaei comm

123.

DOMINGO II DE CUARESMA

—En el recogimiento interior, Dios se comunica con creciente claridad al alma.

—El silencio interior es necesario para el alma contemplativa.

—Aprovechar bien —con esfuerzo— el tiempo de la noche y el tiempo de trabajo de la tarde.

EN AQUEL tiempo, tomó Jesús consigo a Pedro y a Santiago y a Juan su hermano, y subiendo con ellos solos a un alto monte, se transfiguró en su presencia, de modo que su rostro resplandecía como el sol y sus vestidos se hicieron blancos como la nieve¹. La soledad del monte Tabor es el lugar escogido por Cristo para manifestar su gloria. Es como un adelanto del Cielo, que Pedro quería retener: Señor, bueno es quedarnos aquí: si te parece, hagamos aquí tres tiendas...².

Jesucristo, Dios y Hombre, quiere manifestarse también a todas las almas, porque a todos llama a la santidad. Pero, aunque la plenitud de esta contemplación —la visión de Dios cara a cara— no puede alcanzarse mientras estamos *todavía revestidos de la*

(1) Ev. (A) (Matth. XVII, 1-2).

(2) *Ibid.*, 2.

carne mortal³, debemos buscarla ansiosamente ya en el camino de la vida.

La vida interior es el preludio de la vida del Cielo; vida de fe que se va desarrollando mientras caminamos y que, si somos fieles, culmina en una verdadera contemplación de Jesucristo y del Padre y del Espíritu Santo. *Ahora bien —dice San Gregorio Magno—, mientras nuestra mente estuviere disipada en las imágenes carnales, jamás será capaz de contemplar (...), porque la ciegan tantos obstáculos cuantos son los pensamientos que la traen y la llevan. Por tanto, para que el alma llegue a contemplar la naturaleza invisible de Dios, el primer escalón es recogerse en sí misma⁴.*

Para nosotros resulta imprescindible el recogimiento interior porque, *aunque vivimos en el mundo y participamos de todos los afanes y trabajos de la sociedad*, nuestra vocación es necesariamente contemplativa: *estamos en continua, sencilla y filial unión con Dios, nuestro Padre. Si no fuéramos realmente contemplativos, sería difícil que pudiéramos perseverar en el Opus Dei⁵*. En el recogimiento interior, Dios se comunica al alma con claridad creciente, y hemos de saber acompañar con respetuoso silencio la presencia íntima de Cristo en nuestro corazón. Por eso nuestro Padre nos aconseja: *procura lograr diaria-*

(3) San León Magno, *Homilía in Transfiguratione Domini* 2.

(4) San Gregorio Magno, *In Ezechielem homiliae* II, 5, 8 y 9.

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 2-X-1958, n. 4.

*mente unos minutos de esa bendita soledad que tanta falta hace para tener en marcha la vida interior*⁶.

RECOGIMIENTO interior. Es indispensable para tener vida contemplativa. Corremos el riesgo, a diario, de perdernos en las criaturas, de dispersar nuestra vida escondida con Cristo en Dios⁷. En la soledad del Tabor pudieron los discípulos contemplar la gloria de Jesús transfigurado. En las cosas de la tierra brilla también la gloria de Cristo, pero sólo puede ser contemplada cuando se tiene presencia de Dios, un diálogo continuo con el Señor; así podremos referir nuestra propia vida y todo lo que nos rodea al servicio de Cristo y a la gloria de la Trinidad Santísima.

Para lograr esa contemplación, algunos se apartan del mundo. Nosotros, por voluntad divina, permanecemos en él. Pero ésta es una razón más para que cada uno se exija a sí mismo un hondo recogimiento interior. *Cuando yo os llamo contemplativos —decía nuestro Padre—, entiendo que en medio del fragor de la muchedumbre —porque nosotros estamos en medio de la muchedumbre, nos interesan todas las almas—, en medio del fragor del mundo, sabemos encontrar el silencio del alma contemplativa, y mirar a*

(6) Camino, n. 304.

(7) Cotos. III, 3.

*Dios como se mira a un Padre, como se mira a un amigo que se quiere con locura*⁸.

Nosotros somos para la muchedumbre, a la que tenemos que santificar, actuando como fermento divino, como sal de Dios. Y *¿dónde se encierra la sal? ¿No es para esparcirla? Pues nosotros tenemos que procurar que no haya nada insípido; por eso nuestro retiro han de ser todas las cosas del mundo*⁹. No podemos aislarnos, pero tampoco podemos perder el sabor divino, la capacidad de ser sal de Cristo en la tierra. *Vosotros sois la sal de la tierra; y si la sal se torna insípida, ¿con qué se le devolverá el sabor?*¹⁰.

Lo nuestro es meternos más y más en Dios, para arrastrar a las almas que nos rodean. Y *esto lo lograremos con nuestra vida interior. Mientras cumplimos nuestras Normas, estamos metidos en el mundo y, al mismo tiempo, de alguna manera separados y unidísimos. Tanto, que queremos estar metidos de lleno en ese torrente circulatorio de la sociedad, en todas las actividades de los hombres —todas las que son honestas—, para santificarlas, para sobrenaturalizarlas*¹¹.

Sabemos cuál debe ser nuestra vida, y sabemos también, por propia experiencia, que —si no estamos vigilantes— el alma tiende a verse hacia fuera, dan-

(8) De nuestro Padre, Crónica, 1967, p. 783.

(9) De nuestro Padre, Crónica, 1967, p. 789.

(10) Matth. V, 13.

(11) De nuestro Padre, Meditación, 4-IM962.

do rienda suelta a los sentidos; entonces se oscurece la visión de Dios, presente en ella por obra de la gracia: *los sentidos despiertos y el alma dormida*¹². Es el momento de acallar la algarabía de las cosas exteriores, de recogernos para conseguir otra vez el silencio interior, imprescindible para un alma contemplativa; y así poder escuchar con prontitud la voz del Señor, y orientar a su servicio nuestras energías. Es también la ocasión de vivir con más responsabilidad los medios que la Obra pone a nuestro alcance, para hacer crecer siempre esa vida interior.

*EL SEÑOR nos habla —si le queremos oír, en el fondo de nuestra alma, a través de personas y sucesos— como un Padre amoroso*¹³. Y así nos ha dicho también nuestro Fundador *que toda nuestra vida sea oración: ante lo agradable y lo desagradable (...). Ante todo, enseguida, la charla con tu Padre Dios, buscando al Señor en el centro de tu alma*¹⁴.

No nos faltan en Casa los medios para adquirir ese hábito que nos permite contemplar la mano de Dios en cada acontecimiento; y el Señor no nos negará su gracia para aprovecharlos. Lo que puede faltar, a veces, es su uso fiel, la correspondencia por

(12) *Camino*, n. 368.


(13) De nuestro Padre, *Carla*, 24-111-1931, n. 60.

(14) De nuestro Padre, *Meditación La oración de los hijos de Dios*, 4-IV-1955.

nuestra parte. Silencio para recogerse y preparar bien la Comunión del día siguiente o la oración de la tarde, para un trabajo más intenso y sobrenatural. En esos momentos, ¿podemos decir, como el Apóstol, que nuestra *conversación está en los cielos*?¹⁵.

*El silencio de la noche, para un alma de Dios, es una necesidad. Yo —nos dice nuestro Padre—, al llegar la noche siento la necesidad total de recogimiento. Hijos míos, el tiempo de la noche es una bendición de Dios*¹⁶. Callan los sentidos; concentradas en Dios la memoria y la imaginación, las pasiones se aquietan; y queda el alma a solas con Jesucristo, y con el Padre y con el Espíritu Santo, que habitan en su interior. Y crece el amor, y el deseo de poseerle. Y nacen los actos de contrición, las jaculatorias, las comuniones espirituales con las que nos disponemos a recibir a Jesús Sacramentado, y nos vamos preparando para la oración de la mañana. El comentario del Evangelio —conciso, práctico— nos ayuda también en esos momentos a concretar nuestra atención hacia el Señor en actos de amor, de petición, en propósitos de mejora.

Luego, durante el día, contamos con otro remanso para facilitar y mejorar nuestra vida contemplativa, luchando por mantener un especial recogimiento: el tiempo de trabajo de la tarde. Según las circuns-

 III, 20.
l'º) D

nuestro Padre, *Crónica*, 1967, p. 788.

tancias de cada uno, será posible incluso un recogimiento exterior, evitando conversaciones innecesarias. Sobre todo, a través de las Normas de siempre, nos ejercitamos especialmente en adquirir y fomentar el hábito de levantar el corazón a Dios en medio de nuestro trabajo, que se convierte así en instrumento de contemplación. Para eso, *puede ser oportuno dedicar el tiempo de trabajo de la tarde a una ocupación determinada, que constituya como el centro de nuestro trabajo, evitando la dispersión en muchas actividades sueltas; y convendrá intensificar durante ese tiempo la práctica de las mortificaciones pequeñas, tan propias de nuestro espíritu, sobre todo de aquellas que faciliten el cumplimiento intenso, fiel, acabado y amoroso de nuestro trabajo ordinario*¹⁷.

Hay que tener hambre de tratar, en esas horas de una manera particularmente íntima, al Señor y a la Santísima Virgen; y hay que luchar para conseguirlo: con esfuerzo constante, con tozudez sobrenatural, con la preocupación de hacer muchos actos de amor de Dios, y muchas jaculatorias. Lucha sin desmayos, con amor nuevo cada día. *¿Procuré —nos preguntamos todas las semanas— que mi primer pensamiento y el último de cada día fueran para Dios?*¹⁸.

Oigo en mi corazón: buscad mi rostro. Tu rostro

(17) De nuestro Padre, Crónica, 1967, p. 788.

(18) *Examen del Círculo Breve*.

*buscaré, Señor; no me escondas tu rostro*¹⁹. Con este espíritu de recogimiento interior nos dedicamos a nuestra labor profesional con todas nuestras fuerzas, sabiendo que ahí podemos contemplar a Dios, y santificarnos santificando el trabajo y a nuestros colegas. Así no habrá actividad humana que nos distraiga de la unión con el Señor, presente en nuestra alma en gracia. *¿Te sientes en el mundo* —nos pregunta nuestro Padre—, *y a la vez te sientes aislado del mundo, metido en Cristo? Por esa mortificación continua que no te mata, por esa piedad, por esa devoción a la Trinidad Beatísima, y a la Madre de Dios: goza llamándola Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo, Esposa de Dios Espíritu Santo*²⁰.

(19) *Ant. ad Intr.* [Ps. XXVI, 8-9).

(20) De nuestro Padre, Meditación, 4-11-1962.

124.

LUNES

—Sólo siendo humildes podemos ser gratos a Dios.

—Vigilantes, para no dejarnos engañar por una falsa humildad.

—Humildes y sencillos en la dirección espiritual y en el trato con nuestros hermanos.

EL PUEBLO elegido por Dios para suscitar de él al Mesías, violó tantas veces la alianza con el Señor, desoyendo la voz de sus enviados, los profetas, que al fin fue castigado: destruida la ciudad santa y el templo, los sobrevivientes fueron deportados a Babilonia. Y en medio de tanto dolor, un hombre, Daniel, reconoce sus culpas: *hemos pecado, hemos obrado la iniquidad, hemos vivido impiamente, hemos apostatado, desviándonos de tus mandamientos y tus juicios*¹.

En cualquier época, en cualquier situación humana, no existe más camino —para vivir vida divina— que el de la humildad. ¿Es que el Señor se goza acaso en nuestra humillación? No. ¿Qué alcanzaría con nuestro abatimiento el que ha creado todo, y mantiene y gobierna cuanto existe? Dios únicamente desea nuestra humildad, que nos vaciemos de nosotros mismos, para

(1) L. 1 (Dan. IX, 5).

*poder llenarnos; pretende que no le pongamos obstáculos, para que —hablando al modo humano— quepa más gracia suya en nuestro pobre corazón*².

El profeta Daniel, movido por el Espíritu Santo, dirige una plegaria humilde y contrita en nombre de todo el pueblo: *a ti, Señor, la justicia, mas a nosotros, la confusión del rostro (...). Pero a ti, Señor Dios nuestro, te es propia la misericordia y la clemencia*³.

*Si somos humildes —asegura de nuevo nuestro Padre—, Dios no nos abandonará nunca. El humilla la altivez del soberbio, pero salva a los humildes. El libera al inocente, que por la pureza de sus manos será rescatado (cfr. Iob XXII, 29-30). La infinita misericordia del Señor no tarda en acudir en socorro del que lo llama desde la humildad. Y entonces actúa como quien es: como Dios Omnipotente. Aunque haya muchos peligros, aunque el alma parezca acosada, aunque se encuentre cercada por todas partes por los enemigos de su salvación, no perecerá*⁴.

La oración humilde del profeta Daniel —que no se apoya en sus méritos, sino en la misericordia de Dios— obtuvo respuesta. Se le apareció el Arcángel Gabriel y le dijo: *cuando comenzaste tu plegaria fue dada la orden, y vengo para dártela a conocer, porque eres el predilecto*⁵. Y es que esta actitud interior es

2) Amigos de Dios, n. 98.

3) j~ I (Dan. IX, 7 y 9).

4) Amigos de Dios, n. 104.

5) Can. IX, 23.

la única agradable a los ojos de Dios, que *resiste a los soberbios y da la gracia a los humildes*⁶. La humildad hace eficaz la oración, deja obrar a Dios en el alma y abre las puertas a la santidad.

Me hizo pensar la frase dura, pero cierta, de aquel varón de Dios, al contemplar la altanería de aquella criatura: "se viste con la misma piel del diablo, la soberbia".

*Y vino a mi alma, por contraste, el deseo sincero de revestirme con la virtud que predicó Jesucristo, "quia mitis sum et humilis corde" —soy manso y humilde de corazón—; y que ha atraído la mirada de la Trinidad Beatísima sobre su Madre y Madre nuestra: la humildad, el sabernos y sentirnos nada*⁷.

COMO para todas las virtudes, para vivir la humildad se requiere lucha; una lucha que debe tomar impulso en el conocimiento del enemigo: la soberbia, el amor propio, la vanagloria. Un conocimiento difícil, porque el adversario se enmascara de mil maneras, e incluso puede tomar fuerza en sus aparentes derrotas.

Los otros vicios se manifiestan uniformes y simples, dice Casiano. La vanagloria es distinta, compleja y varia. Arremete por todos los flancos y su vencedor la encuentra en todo cuanto le circunda. El porte

(6) Prov. III, 34.
(7) Surco, n. 726.

*y la actitud, el modo de andar, la voz, el trabajo, las vigiliass, los ayunos, la plegaria, la soledad, la lectura, la ciencia, el silencio, la obediencia, la humildad, la longanimidad, son para este vicio otras tantas armas de que se sirve el enemigo para herir al soldado de Cristo*⁸.

Nuestro Padre nos lo ha advertido de modo gráfico. Oímos hablar de soberbia, y quizá nos imaginamos una conducta despótica, avasalladora: grandes ruidos de voces que aclaman y el triunfador que pasa, como un emperador romano, debajo de los altos arcos, con ademán de inclinar la cabeza, porque teme que su frente gloriosa toque el blanco mármol.

*Seamos realistas: esa soberbia sólo cabe en una loca fantasía. Hemos de luchar contra otras formas más sutiles, más frecuentes: el orgullo de preferir la propia excelencia a la del prójimo; la vanidad en las conversaciones, en los pensamientos y en los gestos; una susceptibilidad casi enfermiza, que se siente ofendida ante palabras y acciones que no significan en modo alguno un agravio*⁹.

Ese modo de ocultarse de la soberbia exige por parte nuestra una táctica especial para descubrirla y combatirla; y la piedra de toque nos la indica nuestro Padre: *no eres humilde cuando te humillas, sino*

(8) Casiano, *Instituciones* 11, 3.
(9) *Amigos de Dios*, n. 101.

cuando te humillan y lo llevas por Cristo ¹⁰. En realidad, a un hijo de Dios no debería poder humillarle nadie, porque sólo es posible humillar al que no es humilde. Por eso, cuando un alma se siente postergada, zaherida, aun en detalles sin importancia, debe pensar que todavía no es humilde de verdad: y ése es el momento de aceptar la propia pequenez y empezar así a ser humildes.

Todo esto —previene nuestro Padre— *sí que puede ser, que es, una tentación corriente. El hombre se considera, a sí mismo, como el sol y el centro de los que están a su alrededor. Todo debe girar en torno a él. Y no raramente recurre, con su afán morboso, hasta a la simulación del dolor, de la tristeza y de la enfermedad: para que los demás lo cuiden y lo mimen.*

La mayor parte de los conflictos, que se plantean en la vida interior de muchas gentes, los fabrica la imaginación: que si han dicho, que si pensarán, que si me consideran... Y esa pobre alma sufre, por su triste fatuidad, con sospechas que no son reales. En esa aventura desgraciada, su amargura es continua y procura producir desasosiego en los demás: porque no sabe ser humilde, porque no ha aprendido a olvidarse de sí misma para darse, generosamente, al servicio de los otros por amor de Dios ¹¹.

Supliquemos a Dios que nos ayude siempre a

(10) *Camino*, n. 594.

(11) *Amigos de Dios*, n. 101.

practicar esta virtud, porque, sin la gracia, la perdemos. *¡Cuánto cuesta vivir la humildad! Porque la soberbia muere veinticuatro horas después de haber muerto el individuo. Por eso, cuando —en contra de lo que os dice quien tiene gracia especial de Dios para aconsejaros— penséis que tenéis razón, sabed que no tenéis razón ninguna. Tened miedo a la soberbia, y acudid entonces deprisa, con el corazón contrito, a la Confesión y a la Confidencia, para que os ayuden a salir del error* ¹².

PARA que nuestra vida de hijos de Dios esté firmemente asentada, hemos de establecer en Dios nuestro apoyo, retirándolo una y otra vez de nosotros mismos. Hay momentos en los que el Señor nos urge a este abandono. *Nosotros que somos especialmente de Dios, instrumentos suyos a pesar de nuestra pobre miseria personal, seremos eficaces si no perdemos el conocimiento de nuestra flaqueza. Las tentaciones nos dan la dimensión de nuestra propia debilidad.*

Si sentís decaimiento, al experimentar —quizá de un modo particularmente vivo— la propia mezquindad, es el momento de abandonarse por completo, con docilidad, en las manos de Dios ¹³, porque su misericordia nunca nos defraudará.

(12) *De nuestro Padre*, n. 72.

(13) *Es Cristo que pasa*, n. 160.

*¿Quieres levantar un edificio que llegue hasta el cielo? Piensa primeramente en poner como fundamento la humildad*¹⁴. Una humildad que empiece por no turbarse ante las propias deficiencias, porque el asombro después de caer en una falta es fruto del orgullo. Dolor por la ofensa cometida, sí; pero no desaliento, que indicaría una lucha apoyada más en el esfuerzo personal que en la acción de Dios. *No te duela que vean tus faltas; la ofensa de Dios y la desedificación que puedas ocasionar, eso te ha de doler.*

—Por lo demás —escribe nuestro Padre—, *que sepan cómo eres y te desprecien. —No te cause pena ser nada, porque así Jesús tiene que ponerlo todo en ti*¹⁵. Y, como consecuencia, buscaremos poner todos los medios para seguir mejorando en conocimiento propio. *¿Por qué ese reparo de verte tú mismo y de hacerte ver por tu Director tal como en realidad eres?*

*Habrás ganado una gran batalla si pierdes el miedo a darte a conocer*¹⁶. Seremos auténticamente humildes siendo sencillos en la dirección espiritual, diciendo la verdad escueta, porque en todo lo complejo se esconde el orgullo, que teme siempre quedar malparado y lleva al circunloquio, a buscar atenuantes, justificaciones.

Cuando arranquemos ese amor propio de nosotros, nos resultará fácil reconocer nuestras equivo-

(14) San Agustín, *Enarraciones in Psalmos* 141, 7.

(15) *Camino*, n. 596.

(16) *Camino*, n. 65.

caciones, y nos será también fácil ceder, declinar el propio juicio en la amable conversación de nuestras tertulias. Practicaremos con todos el dulce mandato de Cristo: *sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso* ". Por el contrario, *cuando el orgullo se adueña del alma, no es extraño que detrás, como en una reata, vengan todos los vicios: la avaricia, las intemperancias, la envidia, la injusticia. El soberbio intenta inútilmente quitar de su solio a Dios, que es misericordioso con todas las criaturas, para acomodarse él, que actúa con entrañas de crueldad.*

*Hemos de pedir al Señor —recomienda encarecidamente nuestro Padre— que no nos deje caer en esta tentación. La soberbia es el peor de los pecados y el más ridículo. Si logra atenazar con sus múltiples alucinaciones, la persona atacada se viste de apariencia, se llena de vacío, se engríe como el sapo de la fábula, que hinchaba el buche, presumiendo, hasta que estalló. La soberbia es desagradable, también humana: el que se considera superior a todos y a todo, está continuamente contemplándose a sí mismo y despreciando a los demás, que le corresponden burlándose de su vana fatuidad*¹⁸.

Todo debe girar alrededor de Dios, y no alrededor de nosotros mismos. Es cuestión de desaparecer; ahí está nuestra humildad. *El ideal de un hijo de*

De A. (Luc - VI, 36)

U8) *Amigos de Dios*, n. 100.

*Dios en el Opus Dei es no ser necesario nunca. Que él falte y que lo que lleva entre manos puedan hacerlo inmediatamente otros, con la experiencia que él les dio*¹⁹; viendo con alegría que lo hacen mejor que nosotros.

En su acostumbrada misericordia, Dios, a través de la Santísima Virgen, *Mater misericordiae*, nos concederá la gracia de una sincera y profunda humildad.

(19) De nuestro Padre, Crónica XII-56, p. 8.

125.

MARTES

—Vivir conforme a lo que enseñamos: la santificación del trabajo ordinario.

—Rectitud de intención en el trabajo: *Deo omnis gloria*.

—Hemos de buscar la perfección humana y el prestigio profesional en nuestro trabajo.

EL EVANGELIO nos presenta a Jesucristo hablando a los discípulos y a todo el pueblo: *los escribas y los fariseos* —les dice— *están sentados en la cátedra de Moisés; practicad, pues, y haced todo lo que os dijeren; pero no acomodéis vuestra conducta a la suya, porque ellos dicen y no hacen*¹.

El Señor nos plantea, en toda su triste realidad, uno de los peligros más lamentables que acechan a las almas: la discordancia entre sus palabras y sus obras. Quizá esas personas recibieron la misión divina de ser luz y fermento entre sus compañeros, pero su luminosidad y su fuerza es brillo superficial, que no enciende, que no transforma, porque todo se va en fuegos de artificio, en palabrería inútil, sin obras. *¿Hay algo más triste*, comenta San Juan Crisóstomo, *que un maestro, cuando el único modo de salvar a sus discípulos es decirles que no se fijen en la vida del que les habla?*².

(1) *Év.* (Matth. XXIII, 2-3).

W san Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 72, 1.

Entre los que presenciaron la vida de Cristo, brotaba un comentario unánime: *bene omnia fecit* (Marc. VII, 37), *todo lo ha hecho admirablemente bien: los grandes prodigios, y las cosas menudas, cotidianas, que a nadie deslumhraron, pero que Cristo realizó con la plenitud de quien es perfectus Deus, perfectus homo* (Symb. Quicumquej, *perfecto Dios y hombre perfecto*³.

Es la enseñanza de nuestro Padre sobre nuestra vocación —santificarnos y santificar a los demás, mediante la santificación del trabajo profesional ordinario—, que hemos de proclamar con la entereza de nuestra entrega. *Puesto que hemos de comportarnos siempre como enviados de Dios, debemos tener muy presente que no le servimos con lealtad cuando abandonamos nuestra tarea* *. Es preciso, para que esa labor sea auténtica, que vaya respaldada por nuestra propia vida: que nosotros trabajemos *a conciencia, con sentido de responsabilidad, con amor y perseverancia, sin abandonos ni ligerezas*⁵.

Estamos, pues, todos nosotros obligados a trabajar: porque el trabajo es un mandato de Dios, y a Dios hay que obedecerle con alegría: servite Domino in laetitia (Ps. XCIX, 2).

De este modo se hace sobrenatural el trabajo, porque su fin es Dios, y el trabajo se hace pensando en

(3) *Amigos de Dios*, n. 56.

(4) *Amigos de Dios*, n. 62.

(5) De nuestro Padre, *Cana*, 31-V-1954, n. 18.

*El, como un acto de obediencia. No debemos abandonar el sitio, en el que nos ha sorprendido la llamada del Señor. Tenemos que convertir en servicio de Dios nuestra vida entera: el trabajo y el descanso, el llanto y la sonrisa. En la besana, en el taller, en el estudio, en la actuación pública, debemos permanecer fieles al medio habitual de vida; convertirlo todo en instrumento de santificación y en ejemplo apostólico, sin servirnos nunca de la Iglesia ni de la Obra: cada uno con responsabilidad personal*⁶.

Hacemos realidad este espíritu de la Obra cuando trabajamos intensamente, día tras día, en el lugar donde el Señor nos ha encontrado, codo con codo a los demás hombres, nuestros iguales. *No hacemos un favor al Señor* —nos decía nuestro Padre—, *cuando estamos sujetos a unas horas de trabajo, de labor. Como se sujetan los demás por muchísimas horas, por muchísimo tiempo, siempre. Un poquito de examen no vendría mal, para respetar con cariño las horas de trabajo, para hacerlas respetar, para poner en la conciencia de todos esta necesidad*⁷.

EN EL pasaje evangélico que estamos considerando, leemos unas palabras del Señor que explican por qué los fariseos y escribas no viven lo que dicen:

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 9-I-1932, nn. 5-6.

(7) °e nuestro Padre, *Meditación*, 4-III-1963.

*porque todas sus obras las hacen con el fin de ser vistos de los hombres*⁸.

¡La vanagloria! *Ella fue la que los apartó de Dios, comenta San Juan Crisóstomo; ella les hizo buscar otro teatro para sus luchas y los perdió. Porque como se procura agradar a los espectadores que cada uno tiene, según son los espectadores tales son los combates que se realizan*⁹.

El que busca agradar a los hombres, es lógico que abandone con facilidad la tarea escondida, oculta, aunque la haya iniciado con ilusión. Quizá en la falta de pureza de intención podremos encontrar muchas veces la causa latente de descuidos, de pequeñas faltas; la explicación de los trabajos que quedan sin terminar porque aparentemente no hemos tenido tiempo, cuando en realidad no hemos sabido aprovecharlo heroicamente.

Rectitud de intención: *conviene especialmente recordar esta faceta central de nuestro espíritu a mis hijas y a mis hijos jóvenes, porque —en los comienzos de la actividad profesional— hay que estar vigilantes, para evitar que los éxitos profesionales o los fracasos, que puedan venir, les hagan olvidar, aunque sólo sea momentáneamente, cuál es el verdadero fin de su trabajo.*

Es fácil en esas circunstancias valorar exageradamente las cosas, y pensar que están llamados a ocupar

(8) Ev. (Matth. XXIII, 5).

(9) San Juan Crisóstomo, *in Matthaeum homiliae* 72, 2.

puestos preeminentes o, por el contrario, que no sirven: todo eso es fruto de la inexperiencia juvenil, pero puede ser también, si no se corta a tiempo, el comienzo de una visión terrena de las cosas, y una falta de fe.

*Enseñad, a todos, que hacen falta muchos años de trabajo constante —con éxitos y con fracasos—, para lograr la suficiente experiencia y poder dar frutos maduros; y que, siempre y en todo momento, nuestro corazón debe estar puesto en el Señor, porque allí donde está nuestro tesoro, allí debe estar nuestro corazón (cfr. Matth. VI, 21)*TM.

Evitaremos el peligro de la vanagloria si procuramos rectificar la intención muchas veces al día, y si tenemos siempre presente que nuestro trabajo, sea cual sea, es instrumento del que se sirve Dios para instaurar su reinado en la tierra: *para trabajar con sentido sobrenatural, los miembros de la Obra tendrán presente la obligación de dar a su tarea profesional, en medio del mundo, su sentido cristiano más hondo y más pleno: ponerla en relación con la misión redentora de Cristo, orientándola hacia la salvación de las almas*".

HACER todas las cosas para la gloria de Dios, para agradarle; nada por propia satisfacción. Es la

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 15-X-1948, n. 19.

(11) *Catecismo*, 5ª ed., n. 72.

disposición que debemos grabar en nuestra alma. Y, para que nuestra labor profesional sea grata al Señor, además hemos de realizarla con perfección humana, con ilusión, con cariño: poniendo en esa tarea lo mejor de nuestras facultades.

Nuestro trabajo es un trabajo en medio del mundo, y un trabajo profesional. Por eso, al recordaros la necesidad de trabajar, he de recordaros al mismo tiempo la necesidad de trabajar bien. No se trata sólo de llenar las horas, sino de trabajar con competencia técnica y profesional.

El trabajo no puede ser nunca para vosotros un juego, que no se toma en serio; ni tampoco cosa de dilettanti o de aficionados. Qué me importa a mí, que me digan de uno de mis hijos que es, por ejemplo, un mal maestro y un buen hijo mío: si no es un buen maestro, ¿de qué me sirve? Porque, en realidad, no es un buen hijo mío, si no ha puesto los medios para mejorar en su profesión. Hemos de trabajar como el mejor de los colegas. Y si puede ser, mejor que el mejor. Un hombre sin ilusión profesional no me sirve".

La ilusión profesional es parte integrante del espíritu que Dios ha querido para el Opus Dei. Por eso cada uno de nosotros debe alcanzar un prestigio profesional entre sus colegas, y de este modo tendrá la posibilidad de acercar más almas al Señor, ya que el prestigio profesional es el anzuelo de pescador de

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 15-X-1948, n. 15.

*hombres*¹³. Esto exigirá trabajar mucho, aprovechando bien todos los minutos de nuestra jornada. *No entiendo que un hijo mío esté mano sobre mano, matando el tiempo, como suele decirse. ¡Qué pena matar el tiempo que es un tesoro de Dios! Si un hijo mío, si una hija mía, dijera que le sobra tiempo, es que no cumple con su deber. A mí, siempre me quedan cosas para el día siguiente. Hemos de llegar a la noche, después de un día lleno de trabajo, con faena de sobra para la siguiente jornada. Hemos de llegar a la noche cargados, como borriquillos de Dios.*

Mé gusta hablar de nuestra vida de trabajo, usando una metáfora, una parábola: la del borrico de noria. Me atrae ese animal paciente y laborioso, porque el borrico es recio y austero, porque es humilde. Pero, sobre todo, porque trabaja: porque sabe perseverar día tras día dando vueltas a la noria, sacando el agua que hace florecer el huerto. El borrico se conforma con todo, hasta con los palos. Trabaja y trabaja, y con un puñado de paja o de hierba tiene bastante. Así hasta el fin, porque la historia de mi borrico termina bien: muere trabajando. Y que lo destrocen después, que lo despellejen y que, con su piel, hagan tambores, para una guerra de paz; y zambombas, para cantar al Niño Dios.

Esa es nuestra vida. Muchas veces pienso que sería una comodidad morir pronto. No deseo la muerte:

(13) *Camino*, n. 372.

*debemos desear vivir muchos años, y trabajar. Es propio de nuestra vocación morir viejos, y bien estrujados, como un limón que no puede dar ni una gota más*¹⁴.

Apoyados en la intercesión de la Virgen, pidamos al Señor que nos ayude a trabajar bien, con ilustración humana, con sacrificio, con rectitud de intención. *Comenzar es de muchos; acabar, de pocos, y entre estos pocos* —señala nuestro Padre— *hemos de estar los que procuramos comportarnos como hijos de Dios. No lo olvidéis: sólo las tareas terminadas con amor, bien acabadas, merecen aquel aplauso del Señor, que se lee en la Sagrada Escritura: mejor es el fin de la obra que su principio* (Eccli. VII, 9)¹⁵.

(14) De nuestro Padre, *Carta*, 15-X-1948, nn. 10-11.

(15) *Amigos de Dios*, n. 55.

126.

MIÉRCOLES

—Para seguir a Cristo hay que acompañarle en el sufrimiento.

—Sobre todo, vencer constantemente las sugerencias del egoísmo.

—Vivir generosamente las mortificaciones que faciliten a los demás su entrega.

IBA Jesucristo camino de Jerusalén, camino de la Cruz, y le acompañaban los discípulos y las santas mujeres. Cerca ya de Jericó, en un alto del camino, la madre de Juan y Santiago se acercó *con sus hijos; adorándole como para pedirle algo. Jesús le dijo: ¿qué quieres? Y ella le respondió: dispon que estos dos hijos míos se sienten en tu reino, uno a tu derecha y otro a tu izquierda*¹. La respuesta de Cristo fue instantánea: *no sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?*².

Es el cáliz amargo y fecundo de la abnegación. Jesús —escribe nuestro Padre— *es la única senda que enlaza el Cielo con la tierra. Lo declara a todos los hombres, pero especialmente nos lo recuerda a quienes, como tú y como yo, le hemos dicho que estamos decididos a tomarnos en serio nuestra vocación de*

(1) *Ev. [Mcuth. XX, 20-21]*.

(2) *Ibid.*, 22.

cristianos, de modo que Dios se halle siempre presente en nuestros pensamientos, en nuestros labios y en todas las acciones nuestras, también en aquellas más ordinarias y corrientes.

*Jesús es el camino. El ha dejado sobre este mundo las huellas limpias de sus pasos, señales indelebles que ni el desgaste de los años ni la perfidia del enemigo han logrado borrar*³. Sin embargo, nos puede suceder lo mismo que a los discípulos: cuando Jesús les había anunciado la necesidad de que El padeciese el suplicio de la cruz, comenta San Lucas que ellos *ninguna de estas cosas comprendían; al contrario, para ellos era como un lenguaje desconocido, y no entendían lo que les decía*⁴.

Es preciso que pidamos luz y gracia al Espíritu Santo, para convencernos de modo práctico de que el reino de Dios no es un reino terreno, no consiste en honores ni en encumbramiento personal. El Señor quiere imperar en los corazones, y para eso es necesario que el alma se vacíe de sí misma, y se una a la Cruz de Cristo por la mortificación. *Hemos de aprender de El, de Jesús, nuestro único modelo. Si quieres ir adelante previniendo tropiezos y extravíos, no tienes más que andar por donde El anduvo, apoyar tus plantas sobre la impronta de sus pisadas, adentrarte en su Corazón humilde y paciente, beber del manantial de sus mandatos*

(3) *Amigos de Dios*, n. 127.

(4) *Luc.* XVIII, 34.

*y afectos; en una palabra, has de identificarte con Jesucristo, has de procurar convertirte de verdad en otro Cristo entre tus hermanos los hombres*⁵.

Cuando hizo esa pregunta a sus discípulos —¿podéis beber el cáliz?— el Señor sabía que podrían imitar su pasión, y sin embargo les pregunta, para que todos oigamos que nadie puede reinar con Cristo si no ha imitado su pasión; porque las cosas de mucho valor no se consiguen más que a un precio muy alto⁶.

Morir es nuestra ganancia: es el precio que hemos de pagar para alcanzar el reino de Dios; mortificación continua, mortificación generosa, como generosa ha sido la Pasión y Muerte de Nuestro Señor.

PARA redimirnos, y mostrarnos el camino del Cielo, Cristo se abraza a la Cruz. Y cuando la madre de los dos Apóstoles pide para sus hijos la participación en su reino, el Señor pone una condición: ¿podéis beber el cáliz que yo he de beber?⁷. No es un cáliz cualquiera, sino el mismo que bebió Cristo; lo que El indica de modo explícito —sus mandamientos, sus deseos, sus mociones en el alma—, y lo que permite que suceda: incomprendiones, dificultades...: todo lo que supone luchar contra el egoísmo.

(5) *Amigos de Dios*, n. 128.

(6) San Juan Crisóstomo, *Super Matthaeum opus imperfectum* 35.

(7) *Ev. (Matth. XX, 22)*.

También a nosotros nos llama —comentaba nuestro Padre—, y nos pregunta, como a Santiago y a Juan: potestis bibere calicem, quem ego bibiturus sum? (Matth. XX, 22): ¿estáis dispuestos a beber el cáliz —este cáliz de la entrega completa al cumplimiento de la voluntad del Padre— que yo voy a beber? Possumus! (Matth. XX, 22); ¡sí, estamos dispuestos!, es la respuesta de Juan y de Santiago. Vosotros y yo, ¿estamos seriamente dispuestos a cumplir, en todo, la voluntad de nuestro Padre Dios? ¿Hemos dado al Señor nuestro corazón entero, o seguimos apegados a nosotros mismos, a nuestros intereses, a nuestra comodidad, a nuestro amor propio? ¿Hay algo que no responde a nuestra condición de cristianos, y que hace que no queramos purificarnos? Hoy se nos presenta la ocasión de rectificar⁸.

Mortificación de los sentidos, mortificación corporal...: bien. Pero eso, siendo indispensable, no basta. *¿Tú crees —pregunta San Jerónimo— que has llegado a la cumbre de las virtudes, porque has ofrecido una parte del todo? A ti mismo te quiere el Señor como hostia viva y acepta a Dios⁹.* Desea que nada quede del propio yo, que sepamos renunciar a nosotros mismos, que nada condicione nuestra entrega. Porque todo lo que la condiciona es, en el fondo, simplemente egoísmo, deseo desordenado del propio bien.

Es necesario empezar por convencerse de que Jesús

(8) *Es Cristo que pasa*, n. 15.

(9) San Jerónimo, *Epístola* 118, 5.

nos dirige personalmente estas preguntas. Es El quien las hace, no yo. Yo no me atrevería ni a planteármelas a mí mismo. Estoy siguiendo mi oración en voz alta, y vosotros, cada uno de nosotros, por dentro, está confesando al Señor: Señor, ¡qué poco valgo, qué cobarde he sido tantas veces! ¡Cuántos errores! en esta ocasión y en aquélla, y aquí y allá. Y podemos exclamar aún: menos mal, Señor, que me has sostenido con tu mano, porque me veo capaz de todas las infamias. No me sueltes, no me dejes, trátame siempre como a un niño. Que sea yo fuerte, valiente, entero. Pero ayúdame como a una criatura inexperta; llévame de tu mano, Señor, y haz que tu Madre esté también a mi lado y me proteja. Y así, possumus!, podremos, seremos capaces de tenerte a Ti por modelo¹⁰.

CUANDO, en el camino, los otros diez discípulos se enteraron de la petición de Juan y Santiago, *se indignaron contra los dos hermanos. Mas Jesús les llamó, y les dijo: no ignoráis que los príncipes de las naciones avasallan a sus pueblos, y que sus magnates los dominan con imperio. No ha de ser así entre vosotros, sino que quien aspire a ser mayor, debe ser vuestro criado; y el que quiera ser entre vosotros el primero, ha de ser vuestro siervo¹¹.*

(10) *Es Cristo que pasa*, n. 15.

(11) *Ev. (Matth. XX, 25-27).*

Jesús conoce nuestra profunda inclinación a justificar el desmedido afán de independencia y dominio; así señala sin vacilar la calidad de la abnegación que pide a sus discípulos. Nuestro Padre nos insta a vivir ese sacrificio, sin interrupción, en detalles cotidianos: *procura enseguida sacar propósitos concretos: corta de una vez, aunque duela, ese detalle que estorba, y que Dios y tú conocéis bien. La soberbia, la sensualidad, la falta de sentido sobrenatural se aliarán para susurrarte: ¿eso? ¡Pero si se trata de una circunstancia tonta, insignificante! Tú responde, sin dialogar más con la tentación: ¡me entregaré también en esa exigencia divina! Y no te faltará razón: el amor se demuestra de modo especial en pequeneces. Ordinariamente, los sacrificios que nos pide el Señor, los más arduos, son minúsculos, pero tan continuos y valiosos como el latir del corazón.*

¿Cuántas madres has conocido tú como protagonistas de un acto heroico, extraordinario? Pocas, muy pocas. Y, sin embargo, madres heroicas, verdaderamente heroicas, que no aparecen como figuras de nada espectacular, que nunca serán noticia —como se dice—, tú y yo conocemos muchas: viven negándose a toda hora, recortando con alegría sus propios gustos y aficiones, su tiempo, sus posibilidades de afirmación o de éxito, para alfombrar de felicidad los días de sus hijos".

La enseñanza del Señor es que la mejor manera

(12) *Amigos de Dios*, n. 134.

de dar la vida, de combatir el egoísmo, es servir a los demás, ayudándoles a ser santos. El mismo se pone como ejemplo, porque *no vino a ser servido, sino a servir*¹³. ¿Cuál será, entonces, la mejor mortificación? La mortificación que no mortifique a los demás; la mortificación que les haga la entrega más fácil y amable; la mortificación que alivia la carga del trabajo ajeno; la mortificación de la sonrisa habitual, que anima e inspira confianza; la mortificación, en una palabra, que es también servicio. *Cuando os digo, comenta nuestro Padre, que hay que hacerse alfombra en donde pisen blando los demás, no hago una frase bonita; ha de ser una realidad. Esto es difícil, como es difícil la santidad; pero es fácil, porque la santidad es asequible a todos*¹⁴.

Mortificación abundante, sin límites. *Por mucho que te humilles*, dice San Juan Crisóstomo, *jamás podrás llegar tan bajo como llegó tu Señor*¹⁵. Por eso, en los momentos en que la carne se resista, y una falsa prudencia arguya en el alma, recordaremos esta lección que nos ha dado Jesús. Y recurramos a Santa María, *Ancilla Domini*, para que nos ayude a ser abnegados, a servir a todos con sacrificio personal.

¹³ E. V. (M. 111), XX, 28.
¹⁴ E. V. (M. 111), XX, 28.
¹⁵ E. V. (M. 111), XX, 28.
 Padre. Crónica VII-55, p. 5.
 San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 65, 4.

127.

JUEVES

—Dios es el que santifica.

—La confianza en el Señor da seguridad y alegría.

—Dios quiere que correspondamos a la gracia, que pongamos todo el esfuerzo de que somos capaces.

UNO a uno, hemos sido llamados por Dios a participar, como hijos de adopción, en la gloria de su santidad. En justa y filial correspondencia, se *acepta gustosamente la necesidad de trabajar en este mundo, durante muchos años, porque Jesús tiene pocos amigos aquí abajo. No rehusemos* —invita nuestro Padre— *la obligación de vivir, de gastarnos —bien exprimidos— al servicio de Dios y de la Iglesia*¹.

Pero el camino es prolongado, como el del pueblo de Israel en el desierto, y muchas veces vemos que nuestras fuerzas flaquean, que la senda se hace cuesta empinada y difícil. En ocasiones, sobre todo después de un tiempo de continuo esfuerzo, puede incluso llegarnos a embargar un sentimiento de hastío y desgana, que abre las puertas a la tentación de descuidar la lucha; pero hemos de reaccionar y acudir presurosos en busca de ayuda, como la Iglesia nos invita: *oh Dios, que amas la inocencia y nos la*

(1) *Amigos de Dios*, n. 297.

*haces recobrar; levanta hacia Ti el corazón de tus siervos, para que, iluminados con el fervor de tu Espíritu Santo, permanezcamos firmes en la fe y eficaces en las obras*².

Sin embargo, ¿por qué ese tedio, por qué ese cansancio? Tal vez, sin darnos cuenta, hemos intentado edificar una santidad con nuestras propias manos, sin apoyarnos en el Señor; y entonces, El permite un estado interior de soledad y desabrimiento. Porque una santidad sin Dios es un contrasentido. El profeta Jeremías nos advierte con claridad el peligro: *maldito el hombre que pone en el hombre su confianza, y de la carne hace su apoyo, y aleja del Señor su corazón. Porque será como desnudo arbusto en el desierto; que aunque le venga algún bien, no lo aprovecha, sino que habita en la sequedad del desierto, en tierra salada e inhabitable*³.

La amonestación del profeta nos impulsa a purificar nuestra intención una vez más, a hacer más teologal nuestra fe, a que nuestra esperanza descansa plenamente en la asistencia amorosa del Señor. *Contamos con una guía clara* —nos anima nuestro Padre—, *con una realidad de la que no debemos ni podemos prescindir: somos amados por Dios, y dejaremos que el Espíritu Santo actúe en nosotros y nos puri-*

(2) *Orat.*(3) *L. 1 (Jerem. XVII, 5-6).*

*fique, para poder así abrazarnos al Hijo de Dios en la Cruz, resucitando luego con El, porque la alegría de la Resurrección está enraizada en la Cruz*⁴.

¿Podremos todavía confiar en nosotros, en nuestro valer, en nuestra fuerza de voluntad...? Ciertamente, Dios nos ha dado unos talentos; pero si queremos utilizarlos como recursos propios para escalar la cima de la santidad, no encontraremos más que dificultades, porque entonces estaríamos intentando conseguir un fin sobrenatural con medios inadecuados, con medios humanos.

Acudamos siempre al Señor; pidámosle que no nos deje apartarnos de El, que luchemos siempre con la esperanza puesta en su omnipotencia: es una parte importante de la conversión íntima que Dios, Padre de Bondad, quiere operar en nosotros.

LA SANTIDAD no depende sólo de nosotros. Más aún, depende principalmente de Dios: es la gracia de Dios la que santifica, secundada por la buena voluntad y el propio esfuerzo. Debemos *confiar en que El, que ha empezado en nosotros la obra de la santificación, la llevará a cabo*⁵, hasta el final, obrando el querer y el hacer, siempre que no nos apartemos de su gracia⁶. Dichoso el varón —leemos en la Sagrada

(4) *Es Cristo que pasa*, n. 66.

(5) *Philip*. I, 6.

(6) Concilio de Trento, sess. VI, decr. *De iustificatione*, cap. 13.

*Escritura— que confía en el Señor y en El pone su esperanza. Es como un árbol plantado a la vera de las aguas, que hunde sus raíces hacia la corriente y no teme la llegada del calor. Sus hojas conservan el verdor perenne, en año de sequía no la siente, y nunca deja de dar fruto*⁷.

No soy —recalca nuestro Padre—, ni he sido nunca pesimista, porque la fe me dice que Cristo ha vencido definitivamente y nos ha dado, como prenda de su conquista, un mandato, que es también un compromiso: luchar. Los cristianos tenemos un empeño de amor, que hemos aceptado libremente, ante la llamada de la gracia divina: una obligación que nos anima a pelear con tenacidad, porque sabemos que somos tan frágiles como los demás hombres. Pero a la vez no podemos olvidar que, si ponemos los medios, seremos la sal, la luz y la levadura del mundo: seremos el consuelo de Dios⁸.

Una persona de corazón enamorado conserva siempre el espíritu joven y animoso, y nunca se cansa de luchar porque la esperanza es aliento y empuje, es alegría y fecundidad. *De ahora en adelante, tened prisa en amar. El amor nos impedirá la queja, la protesta. Porque con frecuencia soportamos la contrariedad, sí; pero nos lamentamos; y entonces, además de desperdiciar la gracia de Dios, le cortamos las manos Para futuros requerimientos. Hilarem enim datorem di-*

(7) *L. I (Ierem. XVII, 7-8).*

(8) *Es Cristo que pasa*, n. 74.

ligit Deus (II Cor. IX, 7). Dios ama al que da con alegría, con la espontaneidad que nace de un corazón enamorado, sin los aspavientos de quien se entrega como si prestara un favor⁹.

Es cierto que siempre habrá dificultades. Pero el Señor nos invita a elevar nuestra mirada hacia el premio que nos aguarda. El Evangelio nos recuerda a aquel mendigo despreciado, que confió en Dios hasta la muerte, y fue llevado por los ángeles hasta el seno de Abraham. Cuando el rico, condenado, pidió clemencia, *Abrahám respondió: hijo, acuérdate de que tú recibiste bienes durante tu vida y Lázaro, en cambio, males; pero ahora él es aquí consolado, mientras que tú sufres gran dolor*¹⁰. En un instante, sus dolores y fatigas pasaron, mudándose en una felicidad infinita, eterna. *Por eso*, comenta San Juan Crisóstomo, *cuando nos oprima la grandeza de las tribulaciones y enfermedades, acordémonos de Lázaro, y aceptaremos con alegría las cosas malas en nuestra vida*¹¹.

Luchemos siempre con la esperanza puesta en el Amor Omnipotente del Señor y en su gran misericordia. Y hagamos nuestro el consejo de nuestro Padre: *llénate de confianza en Dios y ten, cada día más hondo, un gran deseo de no huir jamás de El*¹².

(9) Amigos de Dios, n. 140.

(10) Ev. (Luc. XVI, 25).

(11) San Juan Crisóstomo, De Lázaro homilía 3.

(12) Forja, n. 214.

*HOY, COMO ayer, del cristiano se espera heroísmo. Heroísmo en grandes contiendas, si es preciso. Heroísmo —y será lo normal— en las pequeñas penden- cias de cada jornada. Cuando se pelea de continuo, con Amor y de este modo que parece insignificante, el Señor está siempre al lado de sus hijos, como pastor amoroso*¹³.

A Dios le importa nuestra salvación más que a nosotros mismos. *Pero, como nadie será salvado contra su voluntad (pues somos libres), desea que nosotros queramos el bien*¹⁴, que queramos ser santos. No podemos perder nunca de vista que, para levantar el edificio de la propia santidad, el Señor reclama nuestra cooperación.

Dios nos quiere más que nosotros mismos nos queremos, y nos proporciona los medios para alcanzar el bien; pero también es verdad que hemos de corresponder a esos medios que nos ofrece, que debemos estar pendientes para atacar los malos brotes que descubramos. La fe nos muestra que no valen excusas. *Nuestro ánimo de perseverar con tesón en este propósito de Amor es, además, deber de justicia. Y la materia de esta exigencia, común a todos los fieles, se concreta en una batalla constante. Toda la tradición de la Iglesia ha hablado de los cristianos como de milites Christi, soldados de Cristo. Soldados que llevan la serenidad a los demás, mientras combaten continua-*

(13) f⁵ Cris. in pas. 1182.

(14) San Jerónimo, In Epistolam ad Ephesios commentarium 1, 1, 11.

mente contra las personales malas inclinaciones. A veces, por escasez de sentido sobrenatural, por un descreimiento práctico, no se quiere entender nada de la vida en la tierra como milicia. Insinúan maliciosamente que, si nos consideramos milites Christi, cabe el peligro de utilizar la fe para fines temporales de violencia, de banderías. Ese modo de pensar es una triste simplificación poco lógica, que suele ir unida a la comodidad y a la cobardía¹⁵.

Por el contrario, los hijos de Dios entendemos la lucha, según la enseñanza del Maestro, *como guerra de cada uno consigo mismo, como esfuerzo siempre renovado de amar más a Dios, de desterrar el egoísmo, de servir a todos los hombres. Renunciar a esta contienda, con la excusa que sea, es declararse de antemano derrotado, aniquilado, sin fe, con el alma caída, desparramada en complacencias mezquinas.*

Para el cristiano, el combate espiritual delante de Dios y de todos los hermanos en la fe, es una necesidad, una consecuencia de su condición. Por eso, si alguno no lucha, está haciendo traición a Jesucristo y a todo su cuerpo místico, que es la Iglesia¹⁶.

Por una parte, lucha, como si todo dependiera de nosotros; por otra, acudir a Dios con la confianza del que sabe que todo lo hace El, con la seguridad de que nuestra petición será oída. Y el Señor, con nues-

(15) *Es Cristo que pasa*, n. 74.

(16) *Es Cristo que pasa*, n. 74.

tra lucha alegre, con nuestra pelea confiada, estará contento de nosotros. Confianza en Dios y esfuerzo personal son los dos quicios sobre los que debe apoyarse nuestro combate diario, generoso, heroico; con la mirada puesta en Jesús y María: *si se tambalea tu edificio espiritual, si todo te parece estar en el aire..., apóyate en la confianza filial en Jesús y en María, piedra firme y segura sobre la que debiste edificar desde el principio¹⁷.*

(17) *Camino*, n. 721.

128.

VIERNES

—Responsabilidad personal de cada uno ante la Pasión de Cristo.

—Dios nos ha hecho hijos suyos, a pesar de nuestras miserias.

—Es de almas agradecidas corresponder con generosidad al amor de Dios.

DÍA a día, la Cuaresma nos introduce en el misterio de la entrega del Hijo de Dios por los hombres. Y para ayudarnos a penetrar en esa gran *locura* del Amor divino, la liturgia nos propone personajes del Antiguo Testamento, como José, que son figuras del Cristo Redentor.

La Escritura muestra cómo José, por encargo de su padre, Jacob, iba en busca de sus hermanos. Su misión era de paz: les llevaba los alimentos, y quería saber si estaban bien ellos y sus ganados. Y al fin, después de caminar por el valle de Hebrón y la tierra de Siquem, los halló en Dotayin. Pero sus hermanos reaccionaron de un modo muy distinto a como era de esperar: *viéronle ellos desde lejos, antes de que se aproximara, y concibieron el proyecto de matarle. Dijéronse unos a otros: mirad, ahí viene el soñador; vamos a matarle y le arrojaremos a uno de*

*esos pozos, y diremos que le ha devorado una fiera*¹.

También bajó el Señor en busca de sus hermanos, los hombres. Venía de parte del Padre Eterno y les traía en sus manos el alimento. Pero los hombres no quisieron saber de El, le tomaron por soñador, por loco y endemoniado: *vino a su casa y los suyos no le recibieron*². Y no fue eso todo; en sus corazones, endurecidos, esclavizados por el odio y la ingratitud, pensaron: *éste es el heredero; venid, matémosle, y nos haremos con su herencia*³.

Aunque nos pese, no somos ajenos a la Pasión y Muerte de Cristo, porque los pecados de todos los hombres —los nuestros también— fueron los que le clavaron en el madero. *Viene a mi memoria* —decía nuestro Padre en cierta ocasión— *algo que sucedió hace muchos años. Estaba dirigiendo un retiro espiritual y, en una de las meditaciones, traté de la Pasión del Señor. Había hecho mucho hincapié en que no fue sólo el pecado original la causa de esos tremendos sufrimientos de Jesús, sino también los pecados personales, los de cada uno: mis miserias, las miserias de los que me escuchaban. Me sentí conmovido, y se conmovía también la gente. Pero cuando terminé, se me acercó una de esas personas que, sin saber siquiera el catecismo de la doctrina cristiana, se tienen a sí mismos por teólogos; y me dijo: "¿Por qué tanto sufrir, y hacer*

(1) L. 1 [Genes. XXXVII, 18-20].

(2) Ioann. I, 11.

(3) Ev. (Matth. XXI, 38).

sufrir con la Pasión de Cristo? ¿Por qué hablar tanto de que nuestros pecados han originado la Pasión de Cristo? ¿Por qué, si Dios no puede padecer, hablar de los padecimientos de Cristo?"

Me puse a su altura de teólogo, me hice todo lo pequeño que pude, sonreí y le dije que recordara lo que había estudiado en el catecismo: que Dios tiene todas las cosas presentes, que no hay para El ni pasado ni futuro; y que, por tanto, Cristo Jesús, dejándonos libres, conocía todas nuestras traiciones, durante su Pasión y en la Cruz. Padeció por las traiciones de aquel señor y por las mías, y por las de todos los hombres que habían de venir a la tierra⁴.

Nuestros pecados hicieron más pesada, más costosa la Pasión del Señor. Debemos tener conciencia clara de esta verdad, y sentir la responsabilidad personal ante aquellos acontecimientos que tuvieron lugar hace casi dos mil años: no cabe esconderse en el anonimato. Y desagraviar, y reparar: amor con amor se paga.

SIGUIENDO el relato bíblico de la historia de José —figura de Nuestro Redentor—, comprobamos el cariño que demuestra con los suyos: con Benjamín, el menor, y con todos los demás hermanos.

(4) De nuestro Padre, Meditación, 15-IX-1970.

Aquellos que tiempo atrás le habían traicionado, se echan a sus pies, arrepentidos y avergonzados, cuando le reconocen en Egipto, al frente de la casa del Faraón. Y José, lleno de amor, rompe en sollozos, les besa y atiende a todas sus necesidades. Es su querer tan fuerte y expresivo que hace decir, conmovido, al Faraón: *tomad a vuestro padre y vuestras familias, y venid a mí. Yo os daré lo mejor de la tierra de Egipto y comeréis lo mejor de la tierra...*⁵.

De nuevo se nos hace patente la insondable misericordia divina. *Nuestro Padre Dios, cuando acudimos a El con arrepentimiento, saca, de nuestra miseria, riqueza; de nuestra debilidad, fortaleza. ¿Qué nos preparará, si no lo abandonamos, si lo frecuentamos cada día, si le dirigimos palabras de cariño confirmado con nuestras acciones, si le pedimos todo, confiados en su omnipotencia y en su misericordia?*⁶. Si muestra de infinito amor es ya la venida del Señor y sus padecimientos en la Cruz, ¿qué será el habernos adoptado como hijos suyos, haciéndonos partícipes de su vida divina, herederos de su gloria! *Mirad qué amor hacia nosotros ha tenido el Padre, queriendo que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos de verdad*⁷. A nosotros, que éramos sólo unos siervos, nos adoptó como a hijos. Favor sobre favor, amor sobre amor.

Son las llamadas que brotan amorosas de la bo-

⁵ Genes. XLV, 18.

⁶ Amigos de Dios, n. 309.

⁷ I Ioann. IV, 11.

ca de Dios, invitándonos a volver enseguida, con premura filial, aunque nos abruma el peso de repetidas rebeldías. *La conciencia de nuestra filiación divina da alegría a nuestra conversión: nos dice que estamos volviendo hacia la casa del Padre.*

La filiación divina es el fundamento del espíritu del Opus Dei. Todos los hombres son hijos de Dios. Pero un hijo puede reaccionar, frente a su padre, de muchas maneras. Hay que esforzarse por ser hijos que procuran darse cuenta de que el Señor, al querernos como hijos, ha hecho que vivamos en su casa, en medio de este mundo, que seamos de su familia, que lo suyo sea nuestro y lo nuestro suyo, que tengamos esa familiaridad y confianza con El que nos hace pedir, como el niño pequeño, ¡la luna!⁸.

No acaban nunca las gracias del Señor: Jesús que nos ha redimido, Jesús que nos ha hecho hijos de Dios, nos designa personalmente, con la llamada a su Obra, para que le sigamos más de cerca, para que disfrutemos de una amistad más íntima con El. *Carísimos*, nos recuerda San Juan, *si así nos amó Dios⁹...*, ¿cómo habremos de amarle nosotros?, ¿cómo habremos de corresponder? Nuestro Fundador, paladeando esa realidad que nos sostiene siempre, nos sugiere una respuesta vibrante. *Ante un Dios que corre hacia nosotros, no podemos callarnos, y le*

(8) *Es Cristo que pasa*, n. 64.
(9) I Ioann. IV, 11.

diremos con San Pablo, Abba, Pater! (Rom. VIII, 15), Padre, ¡Padre mío!, porque, siendo el Creador del universo, no le importa que no utilicemos títulos altisonantes, ni echa de menos la debida confesión de su señorío. Quiere que le llamemos Padre, que saboreemos esa palabra, llenándonos el alma de gozo¹⁰.

EL SEÑOR nos cuida como el padre de familia cuida de su viña. Es la parábola que hoy recoge el Evangelio. *Un padre de familia plantó una viña y la cercó de vallado; cavando, hizo en ella un lagar y edificó una torre* ".

Estamos en el Opus Dei, que es viña sembrada por Cristo en el gran campo de su Iglesia. Y son muchas las tareas que hay que llevar a cabo en el viñedo: cavar, podar y mullir las vides; protegerlas contra las plagas; vendimiar la uva y pisarla en el lagar... Muchos trabajos son necesarios, antes de obtener el vino.

La aplicación de esta parábola la hacía así nuestro Padre: *hijo mío, de esta viña donde te ha metido eí Señor, tú no te puedes marchar; tú no te puedes ausentar; tú tienes que estar en la viña, dentro de la cerca, trabajando en el lagar, descansando en la torre que hay dentro de la viña: si te fueras, sería como de-*

(10) *Es Cristo que pasa*, n. 64.
Ul) Ev. (Matth. XXI, 33).

*cir a Cristo: jeh, que mi tiempo es para mí, no para Ti! ¡No trabajo más en tu viña!*¹².

El Señor, en justicia, espera mucho fruto de nosotros, porque mucho nos ha dado. Nuestro peligro está precisamente ahí: en no dar el fruto que debemos; en no rendir de acuerdo con lo que Dios ha hecho por nosotros; en no ser generosos —aquí, ahora—, en la proporción que el Señor quiere; en no darnos cuenta del mal *que habríamos cometido, si El, Jesús, no nos hubiera confortado con la luz de su mirada amabilísima*¹³. Al meditarlo, surge inmediatamente la necesidad de reparar. *"Lo que debo a Dios, por cristiano: mi falta de correspondencia, ante esa deuda, me ha hecho llorar de dolor: de dolor de amor. «Mea culpa!»" —Bueno es que vayas reconociendo tus deudas: pero no olvides cómo se pagan: con lágrimas... y con obras*¹⁴.

Obras de penitencia —concretas, sinceras— espera el Señor. Y la mejor penitencia es cumplir, momento a momento, lo que nos vaya pidiendo Jesucristo. Nuestro Padre nos recalcó el modo específico de encauzar nuestra penitencia, para desagrarar con abundancia. Nos previno contra la tentación de emprender penitencias aparatosas, que miran solamente a lo extraordinario; es verdad que las grandes

(12) De nuestro Padre, Meditación, 9-1-1956.

(13) *Via Crucis*, VIII estación.

(14) *Camino*, n. 242.

penitencias —nos dice— se demuestran santas y buenas, y aun necesarias, cuando el Señor llama por ese camino, contando siempre con la aprobación de quien dirige tu alma. Pero te advierto que las grandes penitencias son compatibles también con las caídas aparatosas, provocadas por la soberbia. En cambio, con ese deseo continuo de agradar a Dios en las pequeñas batallas personales —como sonreír cuando no se tienen ganas: yo os aseguro, además, que en ocasiones resulta más costosa una sonrisa que una hora de cilicio—, es difícil dar pábulo al orgullo, a la ridícula ingenuidad de considerarnos héroes notables: nos veremos como un niño que apenas alcanza a ofrecer a su padre naderías, pero que son recibidas con inmenso gozo¹⁵.

Es lo que el Señor espera una y otra vez de nosotros, para que aprovechemos las incidencias a lo largo de la jornada. Así debes ejercitarte en el espíritu de penitencia: cara a Dios y como un hijo, como el pequeño que demuestra a su padre cuánto le ama, renunciando a sus pocos tesoros de escaso valor —un carrete, un soldado descabezado, una chapa de botella—; le cuesta dar ese paso, pero al fin puede más el cariño, y extiende satisfecho la mano".

La Santísima Virgen nos ayuda a ser más generosos en este empeño del desagrar, que mejora nuestra entrega.

(15) *Amigos de Dios*, n. 139.

(16) *Amigos de Dios*, n. 136.

129.

SÁBADO

—La parábola del hijo pródigo: una historia que puede repetirse en nuestra vida.

—Hemos de volver a la casa del Padre, siempre que tengamos la desgracia de alejarnos de Dios.

—Confianza: Dios nos espera con los brazos abiertos.

*EL SEÑOR es clemente y misericordioso, tardo a la ira y rico en piedad; el Señor es bueno con todos, es cariñoso con todas sus criaturas*¹. Nos lo recuerda hoy la Iglesia, presentándonos a Jesús rodeado de publicanos y de pecadores, que se acercaban para escucharle. Y como *los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: Este recibe a los pecadores y come con ellos*², el Señor les propuso una de las parábolas más conmovedoras que salieron de sus labios: la del hijo pródigo.

*Un hombre tenía dos hijos; el más joven de ellos dijo a su padre: padre, dame la parte de hacienda que me corresponde. Y les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo más joven, reuniendo todo, se fue a un país lejano y malbarató allí su fortuna viviendo disolutamente*³. En pocos trazos nos presenta

(1) Ant. ad Intr. (Ps. CXLIV, 8-9).

(2) Ev. (Luc. XV, 2).

(3) *ibid.*, 11-13.

Jesús la tragedia de un hijo que abandona el hogar paterno, donde nada le falta, para correr la triste aventura de una libertad mal empleada. *Aquel hijo, que recibe del padre la parte de patrimonio que le corresponde y abandona la casa para malgastarla en un país lejano, "viviendo disolutamente", es en cierto sentido el hombre de todos los tiempos, comenzando por aquél que primeramente perdió la herencia de la gracia y de la justicia original (...). La parábola toca indirectamente toda clase de rupturas de la alianza de amor, toda pérdida de la gracia, todo pecado* *.

Cualquiera de nosotros, si el Señor nos dejara de su mano, podría ser ese hijo pródigo. Cualquiera de nosotros es capaz de cometer esa gran equivocación que lamentamos en la parábola evangélica, y alejarse de la casa paterna, porque *los cristianos llevamos los grandes tesoros de la gracia en vasos de barro* (cfr. II Cor. IV, 7); *Dios ha confiado sus dones a la frágil y débil libertad humana y, aunque la fuerza del Señor ciertamente nos asiste, nuestra concupiscencia, nuestra comodidad y nuestro orgullo la rechazan a veces y nos llevan a caer en pecado*⁵.

Sin embargo, jamás debemos desanimarnos. El Señor, que es nuestro Creador y nuestro Redentor, conoce perfectamente el barro de que estamos hechos y siempre tiene abiertos los brazos de su misericordia, Para perdonarnos. *Puesto que la fragilidad humana*

ífl í Uan 9abio H. Litt. «>c. Dives "m' misericordia, 30-XI-1980, n. 5.
V>) t.s Cristo que pasa, n. 131.

no puede conservarse en línea recta en medio de este mundo tan corrompido —escribe San Ambrosio—, *ese buen Médico te ha proporcionado los remedios, aun contra el error, y ese Juez misericordioso te ha ofrecido la esperanza del perdón. Y así, no sin razón, San Lucas ha narrado en orden tres parábolas: la de la oveja perdida y luego hallada, la de la dracma que se había extraviado y fue encontrada, y la del hijo que había muerto y volvió a la vida; y todo esto para que, aleccionados con este triple remedio, podamos curar nuestras heridas, pues "una cuerda de tres hilos no es fácil de romper"*(Eccles. IV, 12)⁶.

Acudamos siempre a la misericordia de Dios, para que nos libre de los pecados y para que nos perdone cuando los cometamos, siguiendo la oración de la Iglesia en la Misa de hoy. *Oh Dios, que mientras estamos en la tierra, con gloriosos remedios, nos haces consortes de las cosas celestiales; gobiéranos en la vida diaria de tal modo que lleguemos al esplendor de tu luz*⁷.

DESPUÉS de haber dilapidado la herencia, aquel hijo se vio reducido a una extrema miseria, hasta el punto de que *fue y se puso a servir a un hombre de aquella región, el cual lo mandó a sus tierras a guardar*

(6) San Ambrosio, *Expositio Evangelii secundum Lucam* VII, 207.

(7) Oral.

*cerdos; le entraban ganas de saciarse con las algarrobas que comían los puercos; y nadie se las daba*⁸.

Hasta esa degradación extrema lleva el pecado mortal, el apartamiento voluntario de la casa del Padre. El hambre del hijo pródigo es una pálida imagen del vacío y la ansiedad del alma que ha perdido a Dios; la esclavitud a que se ve sometido, un modo gráfico de indicar que, quien se aparta del suave yugo del Señor, cae bajo la opresión de dueños tiránicos: la soberbia, la concupiscencia de la carne, la avidez de riquezas... En definitiva, bajo la esclavitud del demonio.

En esta situación, el hijo pródigo recuerda las riquezas de la casa paterna, donde ningún bien le faltaba: *¡cuántos jornaleros de mi padre tienen pan abundante, mientras yo aquí me muero de hambre!*⁹. No había caído en la cuenta anteriormente, cuando despreció no sólo los bienes materiales que le ofrecía su padre, sino —lo que es más grave— su cariño y su generosidad. Ahora, en cambio, una luz se enciende en el fondo de su alma, y decide regresar: *me levantaré e iré a mi padre, y le diré: padre, he pecado contra el Cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo. Trátame como a uno de tus jornaleros*¹⁰.

La conciencia de que somos hijos de Dios, a pesar de nuestras ofensas y de nuestras miserias, porque Cristo ha muerto por cada uno de nosotros, nos

(8) Ev. (Luc. XV, 15-16).

(9) *Ibid.*, 17.

(10) *Ibid.*, 18-19.

dará confianza para volver al Señor siempre que haga falta. *La vida humana es, en cierto modo, un constante volver hacia la casa de nuestro Padre. Volver mediante la contrición, esa conversión del corazón que supone el deseo de cambiar, la decisión firme de mejorar nuestra vida, y que —por tanto— se manifiesta en obras de sacrificio y de entrega. Volver hacia la casa del Padre, por medio de ese sacramento del perdón en el que, al confesar nuestros pecados, nos revestimos de Cristo y nos hacemos así hermanos suyos, miembros de la familia de Dios.*

Dios nos espera, como el padre de la parábola, extendidos los brazos, aunque no lo merezcamos. No importa nuestra deuda. Como en el caso del hijo pródigo, hace falta sólo que abramos el corazón, que tengamos añoranza del hogar de nuestro Padre, que nos maravillemos y nos alegremos ante el don que Dios nos hace de podernos llamar y de ser, a pesar de tanta falta de correspondencia por nuestra parte, verdaderamente hijos suyos ".

CUANDO aún estaba lejos, dice la Escritura, lo vio su padre, y enterneciéronse las entrañas y corriéndolo a su encuentro, le echó los brazos al cuello y le dio mil besos (Luc. XV, 20). *Estas son las palabras del libro sagrado: le dio mil besos, se lo comía a besos. ¿Se puede hablar más humanamente? ¿Se puede des-*

(11) *Es Cristo que pasa*, n. 64.

*cribir de manera más gráfica el amor paternal de Dios por los hombres?*¹².

El comportamiento del padre de la parábola, que es imagen de nuestro Padre Dios, ha de llenarnos de confianza en la misericordia divina. *El padre del hijo pródigo es fiel a su paternidad, fiel al amor que desde siempre sentía por su hijo. Tal fidelidad se expresa en la parábola, no sólo con la inmediata prontitud en acogerlo cuando vuelve a casa después de haber malgastado el patrimonio; se expresa aún más plenamente con aquella alegría, con aquella fastuosidad tan generosa respecto al disipador después de su vuelta, de tal manera que suscita contrariedad en el hermano mayor, quien no se había alejado nunca del padre ni había abandonado la casa*¹³.

El Señor no deja nunca de perdonarnos, cuando nos arrepentimos de nuestros pecados; nuestras miserias le brindan la ocasión de manifestar la hondura de esa misericordia suya, que llena toda la tierra¹⁴. Como nos recuerda hoy la Iglesia, invitándonos a la confianza, *El perdona todas tus maldades, El sana todas tus enfermedades. El redime tu vida de la muerte, El te corona de misericordia y de piedad*¹⁵.

No temamos, pues, haber despilfarrado el patrimonio de la dignidad espiritual en placeres terrenales —escribe San Ambrosio—. *El padre vuelve a dar al*

!!? *Es Cristo que pasa*, n. 64.

(13) Juan Pablo II, Litt. enc. *Dives in misericordia*, 30-XI-1980, n. 6.

(14) Cfr. Ps. XXXII, 5.

(15) Ps. R. (ps. en. 3-4).

hijo el tesoro que antes poseía. El tesoro de la fe, que nunca disminuye; pues, aunque lo hubiese dado todo, el que no perdió lo que había recibido, lo tiene todo. Y no temas que no te vaya a recibir, porque Dios "no se alegra de la perdición de los vivos" (Sap. I, 13). En verdad, saldrá corriendo a tu encuentro y se arrojará a tu cuello (...), te dará un beso, que es la señal de la ternura y del amor, y mandará que te pongan el vestido, el anillo y las sandalias. Tú todavía temes por la afrenta que le has causado, pero El te devuelve tu dignidad perdida; tú tienes miedo al castigo, y El, sin embargo, te besa; tú temes, en fin, el reproche, pero El te agasaja con un banquete ¹⁶.

Que saquemos alegría y optimismo de la meditación de hoy, porque la alegría es un bien cristiano. Únicamente se oculta con la ofensa a Dios: porque el pecado es producto del egoísmo, y el egoísmo es causa de la tristeza. Aún entonces —comenta nuestro Fundador—, esa alegría permanece en el rescoldo del alma, porque nos consta que Dios y su Madre no se olvidan nunca de los hombres. Si nos arrepentimos, si brota de nuestro corazón un acto de dolor, si nos purificamos en el santo sacramento de la penitencia, Dios sale a nuestro encuentro y nos perdona; y ya no hay tristeza: es muy justo regocijarse porque tu hermano había muerto y ha resucitado; estaba perdido y ha sido hallado (Luc. XV, 32) ».

(16) San Ambrosio, *Expositio Evangelii secundum Lucam* VII, 212.

(17) *Es Cristo que pasa*, n. 178.



130.

DOMINGO III DE CUARESMA

—Jesucristo ha venido al mundo para salvarnos.

—Y tomó consigo nuestra debilidad: *perfectus Deus, perfectus homo*.

—La Humanidad del Señor es el camino. Enamorarnos de Jesús, para vivir su vida.

EN SU largo peregrinar por el desierto del Sinaí, el pueblo de Israel acampó en un lugar donde no había agua para beber. La gente, exasperada por lo inhóspito del lugar y por el cansancio del viaje, *murmuró contra Moisés diciendo: ¿por qué nos has hecho salir de Egipto, para matarnos de sed, a nuestros hijos y a nuestros ganados?*¹. El profeta oró a Dios, y su oración fue escuchada. *Yavé dijo a Moisés: "vete delante del pueblo y lleva contigo a ancianos de Israel; lleva en tu mano el cayado con que heriste el río, y ve, que Yo estaré allí delante de ti, en la roca de Horeb. Hiere la roca, y saldrá de allí agua para que beba el pueblo"*².

Esa roca, donde saciaron su sed los hijos del pueblo de Israel, era figura de Jesús, el Mesías Redentor: *la piedra era Cristo*³. Nos lo muestra de manera gráfica el Evangelio de la Misa de hoy.

(1) i. / (A) *Éxod.* XVII, 3).

(2) *Ibid.*, 5-6.

(3) *1 Cor.* X, 4.

Llegó Jesús a la ciudad de Samaría, llamada Sincar, vecina a la heredad que Jacob dio a su hijo José. Allí estaba la fuente de Jacob⁴. Recoged los ojos del alma y revivid despacio la escena, nos invita nuestro Padre: Jesucristo, perfectus Deus, perfectus homo fSymb. Quicumque), está fatigado por el camino y por el trabajo apostólico. Como quizá os ha sucedido alguna vez a vosotros, que acabáis rendidos, porque no aguantáis más. Es conmovedor observar al Maestro agotado. Además, tiene hambre: los discípulos han ido al pueblo vecino, para buscar algo de comer. Y tiene sed.

Pero más que la fatiga del cuerpo, le consume la sed de almas. Por esto, al llegar la samaritana, aquella mujer pecadora, el corazón sacerdotal de Cristo se vuelca, diligente, para recuperar la oveja perdida: olvidando el cansancio, el hambre y la sed⁵.

Jesús es la verdadera fuente de agua viva⁶, y no ahorra esfuerzos —hasta su holocausto en la Cruz— para dárnosla, porque el que beba del agua que Yo le daré —dice a la Samaritana—, no tendrá sed nunca más, sino que el agua que Yo le daré se hará en él fuente de agua que salta hasta la vida eterna⁷.

Sabe el Señor que los hombres tienen sed. Una sed que es anhelo de Dios, y que no pueden saciar las aguas de la tierra, que —por sí mismas— dan só-

(4) Ev. (A) (Ioann. IV, 5-6).

(5) Amigos de Dios, n. 176.

(6) Ev. (A) (Ioann. IV, 10).

(7) Ibid., 13-14.

lo una satisfacción pasajera, que dejan un sabor de tristeza. Jesucristo ha venido a traernos el agua de la vida, de la gracia, de la felicidad, de la alegría. Lo declara a aquella pobre mujer samaritana, que llega hasta el pozo para llenar su cántaro: si tú conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: dame de beber, puede ser que le hubieras pedido a El, y El te hubiera dado agua viva...⁸.

En Cristo se han hecho realidad las promesas antiguas de salvación. El vino a apagar nuestra sed, a abrírnos el camino de la felicidad. Basta ahora que pidamos con fe: Señor, dame de esa agua, para que no tenga más sed⁹.

EN EL pasaje que estamos considerando, hay un detalle luminoso. Jesús —dice el evangelista—, cansado del camino, se sentó sobre el brocal del pozo. Era ya cerca de la hora sexta¹⁰, el mediodía. Jesucristo, perfectus Deus, perfectus homo (Symb. QuicumqueA se presenta a nuestra consideración, para que estemos serenos ante las exigencias limpias de nuestra pobre naturaleza, para que las sepamos olvidar o —al menos— ponerlas en segundo término ante el bien de las almas ~de todas las almas—, para animarnos a dar cumplimiento a la Obra que Dios nos ha encomendado y se-

(8) Ibid., 10.

(9) Ibid., 15.

(10) Ibid., 6.

pamos amar su voluntad santísima, alimentándonos siempre de ese afán ¹¹.

No es tal nuestro Pontífice, que sea incapaz de compadecerse de nuestras miserias, habiendo experimentado todas las tentaciones, a excepción del pecado, por razón de la semejanza con nosotros ¹². Efectivamente, comenta San Agustín, vemos que Jesús es fuerte y al mismo tiempo débil. Fuerte, porque "al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios (...). Todo se hizo por El, y sin El nada se hizo" (Ioann. I, 1-3), y sin cansancio alguno lo hizo todo. ¿Qué fortaleza, pues, mayor que la de Aquel que lo hizo todo sin sombra de fatiga? ¿Quieres ahora conocer su debilidad?: "El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros" (Ibid., 14). La fortaleza de Cristo te creó; la debilidad de Cristo te redimió. La fortaleza de Cristo hizo que lo que no era existiese; la debilidad de Cristo hizo que lo que ya existía no pereciese. Nos hizo con su fortaleza, y nos salvó con su debilidad ¹³.

A veces permite el Señor que notemos especialmente el peso de nuestra condición humana. Para entonces ha escrito nuestro Padre: *cuando nos cansemos —en el trabajo, en el estudio, en la tarea apostólica—, cuando encontremos cerrazón en el horizonte, entonces, los ojos a Cristo: a Jesús bueno, a Jesús cansado, a Jesús hambriento y sediento. ¡Cómo te haces en-*

(11) De nuestro Padre, Crónica, 1968, p. 761.

(12) Hebr. IV, 15.

(13) San Agustín, In Ioannis Evangelium tractatus 15, 6.

tender, Señor! ¡Cómo te haces querer! Te nos muestras como nosotros, en todo menos en el pecado: para que palpemos que contigo podremos vencer nuestras malas inclinaciones, nuestras culpas. Porque no importan ni el cansancio, ni el hambre, ni la sed, ni las lágrimas... Cristo se cansó, pasó hambre, estuvo sediento, lloró. Lo que importa es la lucha —una contienda amable, porque el Señor permanece siempre a nuestro lado— para cumplir la voluntad del Padre que está en los cielos (cfr. Ioann. IV, 34) ¹⁴.

HIJOS míos, seguir a Cristo (...) es nuestra vocación. Y seguirle tan de cerca que vivamos con El, como los primeros Doce; tan de cerca que nos identifiquemos con El, que vivamos su Vida, hasta que llegue un momento, cuando no hemos puesto obstáculos, en el que podamos decir con San Pablo: no vivo yo, sino que vive Cristo en mí (Galat II, 20) ¹⁵.

Vivir la vida del Señor no es una frase. Es una realidad que se alcanza cuando nos enamoramos de Jesucristo; cuando procuramos contemplarle, que es mirarle con amor; cuando luchamos por estar junto a El, viviendo con entereza nuestra vocación. Porque si de verdad tenemos amor a Jesucristo, si de verdad sentís esta entrega y este amor, con ganas y sin ganas,

(14) Amigos de Dios, n. 201.

(15) De nuestro Padre, Meditación Vivir para la gloria de Dios, 21-XI-1954.

*lloviendo y con sol, en la calle y en la casa, de día y de noche, en el trabajo y en el descanso, en todo resplandecerá el amor, y, con el amor, la alegría; y también ese sentido de responsabilidad, del que en tantas ocasiones os he hablado, que os ayudará a ser santos*¹⁶, a identificarnos por completo con el Señor.

Nuestro plan de vida, junto con la formación que recibimos, nos lleva a seguir de cerca la vida de Cristo, a tratar a su Humanidad Santísima. Porque cuando se ama a una persona se desean saber hasta los más mínimos detalles de su existencia, de su carácter, para así identificarse con ella. Por eso —escribió nuestro Padre— *hemos de meditar la historia de Cristo, desde su nacimiento en un pesebre, hasta su muerte y su resurrección (...). Porque hace falta que la conozcamos bien, que la tengamos toda entera en la cabeza y en el corazón, de modo que, en cualquier momento, sin necesidad de ningún libro, cerrando los ojos, podamos contemplarla como en una película; de forma que, en las diversas situaciones de nuestra conducta, acudan a la memoria las palabras y los hechos del Señor*¹⁷.

Pero también nos ha enseñado nuestro Padre que *no se trata sólo de pensar en Jesús, de representarnos aquellas escenas. Hemos de meternos de lleno en ellas, ser actores. Seguir a Cristo tan de cerca como*

(16) De nuestro Padre, Noticias VI-58, p. 21.

(17) Es *Cristo que pasa*, n. 107.

*Santa María, su Madre, como los primeros Doce, como las santas mujeres, como aquellas muchedumbres que se agolpaban a su alrededor. Si obramos así, si no ponemos obstáculos, las palabras de Cristo entrarán hasta el fondo del alma y nos transformarán*¹⁸.

Y si alguna vez sentimos el pasmo de esta empresa, de este vivir Cristo en mí, lo mismo que cuando sentimos todo el peso de nuestra miseria, de toda esta pobre carne, de toda esta vileza, de este pobre barro, siempre tenemos presente esta llamada de Dios: de Jesucristo, que es Dios, que es Hombre, que me entiende, porque es mi Padre, mi Hermano, mi Amigo...¹⁹.

La Virgen Santísima, en cuyo seno quiso encarnarse el Hijo de Dios y que tan íntimamente le trató durante más de treinta años, nos enseñará a enamorarnos más y más de la Humanidad Santísima del Señor.

(18) *£5 Cristo que pasa*, n. 107.

(19) De nuestro Padre, Palabras en la consagración del altar del oratorio de Pentecostés, 4-III-1957.

131.

LUNES

—Docilidad en la dirección espiritual, para quitar de nuestro corazón lo que no es de Dios.

—Con la correspondencia a la gracia se divinizan el alma y el cuerpo.

—Los frutos de la templanza.

EL ANTIGUO Testamento narra la historia de Naamán, general del ejército del rey de Siria que, enfermo de lepra, se puso en camino hacia Israel. Una esclava le había hablado de un profeta de Yavé, que vivía en Samaría, y que podría curarle de su mal. Después de un largo viaje, *llegó Naamán con sus caballos y carros, y se paró ante la puerta de la casa de Elíseo. Y el profeta le mandó un mensajero diciendo: ve, y lávate siete veces en el Jordán, y tu carne recobrará la salud, y quedarás limpio*¹.

Pero Naamán, ajeno a los caminos de Dios, no entendió. *Yo creía que saldría a mí, y puesto en pie invocarí el nombre de Yavé, su Dios, y tocaría con su mano el lugar de la lepra y me curaría. Pues qué, ¿no son mejores el Abana y el Farfar, ríos de Damas-*

(1) L. I (II Reg. V. 9-10).

*co, que todas las aguas de Israel, para lavarme en ellas y limpiarme?*².

Quería curarse, y para eso había hecho un viaje tan largo; pero quizá esperaba una curación espectacular, a la medida de sus deseos. Cuando, contrariado, regresaba a su país, sus criados, más sencillos, le dijeron: *Padre, aunque el profeta te hubiese mandado una cosa difícil, debieras hacerla. ¿Cuánto más habiéndote dicho: lávate y serás limpio?*³.

Naamán recapacitó y reconoció con humildad que sus siervos tenían razón. *Marchó, pues, y se lavó siete veces en el Jordán, conforme a la palabra del hombre de Dios, y su carne se volvió como la de un niño, y quedó limpio*⁴.

Un acto de humildad, de docilidad para seguir el consejo recibido, hizo posible el milagro. Es una enseñanza que no debemos olvidar. En la Confidencia y en la Confesión recibiremos indicaciones que alguna vez, con visión humana, podrían parecer inútiles para combatir las malas inclinaciones, para vencer nuestras miserias. Sin embargo, la gracia de Dios vendrá abundante con el cumplimiento de esos consejos, cuando los vivimos con una docilidad llena de fe.

(2) *Ibid.*, 11.12.

(3) *Ibid.*, 13

(4) *Ibid.*, 14

*¡Señor, con tu gracia, con la ayuda de Nuestra Madre del Cielo, yo (...) dejaré que las manos de los Directores me moldeen, para hacerme hermoso en tu presencia, fuerte, recio, eficaz! Para tener, de veras, en toda la vida interior y en el trabajo externo, este bullir limpio, sobrenatural, de la sangre de familia*⁵.

MUCHOS leprosos había en Israel en tiempos de Elíseo profeta —dice el Señor en el Evangelio—; mas ninguno de ellos fue limpiado sino Naamán, natural de Siria⁶. En estas palabras del Señor —comenta San Ambrosio— (...) queda patente que no es curado ni limpiado de las manchas del cuerpo sino el que busca la salud con esfuerzo. Pues los divinos beneficios no se conceden a los que duermen, sino a los que vigilan⁷. Hay que corresponder a la gracia; y para esto, sostener con esfuerzo una actitud de vigilancia, prontos para rechazar lo que nos aparte de Dios.

Los sentidos son como las puertas del alma. Las potencias espirituales se nutren de lo que les proporcionan los sentidos. Por eso debemos guardarlos, para evitar que entre por ellos lo que hace daño al alma. *Disipación*. —*Dejas que se abreen tus sentidos y*

(5) De nuestro Padre, *Meditación Con la docilidad del barro*, 3-XI-1955.

(6) *Ev. (Luc. IV, 27)*.

(7) San Ambrosio, *Expositio Evangelii secundum Lucam* 4.

potencias en cualquier charca. —Así andas tú luego: sin fijeza, esparcida la atención, dormida la voluntad y despierta la concupiscencia.

—*Vuelve con seriedad a sujetarte a un plan, que te haga llevar vida de cristiano, o nunca harás nada de provecho*⁸, nos recuerda nuestro Padre. Y San Agustín dice que, para vivir la virtud, hay que tener la mirada en Dios y vivir ofrecido a El⁹.

Tenemos que luchar contra nuestras pasiones, aumentando diariamente la vida de piedad. No me canso de decir que, en la Obra, ninguno puede pensar que está desprovisto de los medios necesarios para la lucha. Tampoco me cansaré de repetir que, si alguno abandona esos medios, caerá. Es un síntoma evidente: cuando un alma está habitualmente apagada, sin vida o con una vida lánguida, es seguro que hace tiempo que ha dejado de luchar, que tiene el corazón vacío de Dios, y lo va llenando de egoísmo, de comodidad, de carne (...). Alimentad, por tanto, el corazón con amor de Dios. ¡Dádselo todo!¹⁰.

Debemos amar a Dios con todo nuestro ser; también con nuestro cuerpo y nuestros sentidos, que han de ser instrumentos al servicio del Señor. Siempre resultará costosa esa tensión por centrar

(8) C^omo, n. 375.

(9) San Agustín, *De beata vita* 3, 18.

(10) De nuestro Padre, *Crónica*, 1974, p. 219.

nuestro ser en Dios, porque tendemos a lo que resulta placentero. Por eso hay que luchar. *Hay algunos* —observa San Gregorio— *que quieren ser humildes, pero sin ser despreciados; quieren contentarse con lo que tienen, pero sin padecer necesidad; ser castos, pero sin mortificar su cuerpo (...). Cuando tratan de adquirir virtudes pero rehuyen los trabajos que las virtudes llevan consigo, es como si, no queriendo saber nada de los combates en el campo de batalla, quisieran ganar la guerra viviendo cómodamente en la ciudad*¹¹. Y así no es posible vencer: vencen los que permanecen vigilantes, los que pelean, los que saben mortificarse de forma habitual. Y esas personas son, precisamente, las más felices. Porque *lo que se necesita para conseguir la felicidad, no es una vida cómoda, sino un corazón enamorado*¹².

*MI ALMA se consume y anhela los atrios del Señor; mi corazón y mi carne exultan por el Dios vivo*¹³, leemos en el introito de la Misa de hoy. Es una invitación a guardar el corazón y los sentidos, el alma y el cuerpo, sólo para Dios. Y como solos no podemos nada, la Iglesia reza en la colecta: *con amor*

(11) San Gregorio Magno, *Moralia* 7, 28, 34.

(12) *Surco*, n. 795.

(13) *Anl. ad irxtr.* (fs. LXXXIII, 3).

*incansable, Señor, limpia y protege siempre a tu pueblo; y como no puede vivir sin tu apoyo, gobiérnalo con tu constante bondad*¹⁴.

¿Cómo guardar el corazón y los sentidos sólo para Dios? Amando la virtud de la templanza, que tiende a reprimir y pacificar las pasiones que ansian lo que nos desvía de las leyes de Dios y de su bondad, o lo que es lo mismo, de la bienaventuranza (...). Esta es la función de la templanza: despojarnos del hombre viejo y renovarnos en Dios, es decir, despreciar todos los placeres del cuerpo y las alabanzas humanas, y referir todo su amor a las cosas invisibles y divinas¹⁵.

Templanza es señorío. No todo lo que experimentamos en el cuerpo y en el alma ha de resolverse a rienda suelta. No todo lo que se puede hacer se debe hacer. Resulta más cómodo dejarse arrastrar por los impulsos que llaman naturales; pero al final de ese camino se encuentra la tristeza, el aislamiento en la propia miseria.

Algunos —escribe nuestro Padre— *no desean negar nada al estómago, a los ojos, a las manos; se niegan a escuchar a quien aconseje vivir una vida limpia. La facultad de engendrar —que es una realidad noble, participación en el poder creador de Dios— la*

(14) *Oral.*

(15) San Agustín, *De moribus Ecclesiae Catholicae et de moribus manicheorum* I, cap. XIX, nn. 35-36.

utilizan desordenadamente, como un instrumento al servicio del egoísmo.

Pero no me ha gustado nunca hablar de impureza. Yo quiero considerar los frutos de la templanza, quiero ver al hombre verdaderamente hombre, que no está atado a las cosas que brillan sin valor, como las baratijas que recoge la urraca. Ese hombre sabe prescindir de lo que produce daño a su alma, y se da cuenta de que el sacrificio es sólo aparente: porque al vivir así —con sacrificio— se libra de muchas esclavitudes y logra, en lo íntimo de su corazón, saborear todo el amor de Dios.

La vida recobra entonces los matices que la destemplanza difumina; se está en condiciones de preocuparse de los demás, de compartir lo propio con todos, de dedicarse a tareas grandes. La templanza cría al alma sobria, modesta, comprensiva; le facilita un natural recato que es siempre atractivo, porque se nota en la conducta el señorío de la inteligencia. La templanza no supone limitación, sino grandeza. Hay mucha más privación en la destemplanza, en la que el corazón abdica de sí mismo, para servir al primero que le presente el pobre sonido de unos cencerros de lata¹⁶.

Recurriendo con filial piedad a la Virgen, la tem-

(16) *Amigos de Dios*, n. 84.

planza producirá sus frutos, y el corazón y los sentidos, la vida entera estará llena de Dios.

Si quieres ser fiel, sé muy mañana.

Nuestra Madre —desde la embajada del Ángel, hasta su agonía al pie de la Cruz— no tuvo más corazón ni más vida que la de Jesús.

Acude a María con tierna devoción de hijo, y Ella te alcanzará esa lealtad y abnegación que deseas ".

(07) *Vía Crucis*, XIII estación, punto 4.

132.

MARTES

—La corrección fraterna asegura el ambiente de lealtad y confianza propio de nuestro espíritu.

—La corrección fraterna es un deber de caridad, a veces grave.

—Es, además, una obligación de justicia con la Obra.

UNA vez Pedro quiso saber del Señor: *¿cuántas veces he de perdonar a mi hermano, cuando peque contra mí? ¿Hasta siete? Jesús le respondió: no te digo que hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete*; es decir, siempre, como El mismo hizo y continúa haciendo. Y un ejemplo concreto de esa divina enseñanza es la parábola que les expone a continuación: la de aquel siervo despiadado, que no quiso perdonar a su compañero una pequeña cantidad, cuando a él le había sido condonada una deuda enorme.

El perdón es consecuencia y manifestación del amor. *Yo no he necesitado aprender a perdonar, porque Dios me ha enseñado a querer*², decía nuestro Padre. Por eso, en el trato con nuestros hermanos, no podemos tener resquemores, ni resentimientos que enturbiarían —y hasta podrían anular— el cariño

(1) *Ev. (Matth. XVIII, 21-22).*

(2) De nuestro Padre, Crónica, 1976, p. 907.

fraterno. Cuando es necesario, tenemos al alcance un remedio eficacísimo: la corrección fraterna.

Aseguraba nuestro Fundador que en la Obra disponemos de *todos los medios para decir la verdad, sin herir, de manera que sea útil sobrenaturalmente. Se consulta: ¿puedo hacer esta corrección fraterna? Te pueden responder que no conviene, porque no se trata de algo objetivo, o porque ya se lo ha dicho otro, o porque no hay motivo suficiente, o por otras razones. Si te responden que sí, haces la corrección fraterna enseguida, cara a cara, porque la murmuración no cabe en la Obra, no puede haberla, ni siquiera la indirecta: la murmuración indirecta es propia de personas que tienen miedo a decir la verdad.*

*Hay un refrán que advierte: el que dice las verdades, pierde las amistades. En el Opus Dei es al revés. Aquí la verdad se dice, por motivos de cariño, a solas, a la cara; y todos nos sentimos felices y seguros, con las espaldas bien guardadas. No toleréis nunca la menor murmuración, y mucho menos si es contra algún Director*³.

Cuando tenemos algo que no está bien, nos ayudan con esa bendita corrección fraterna, que exige un cariño muy sobrenatural y hacerse mucha fuerza, porque a veces cuesta mucho ejercitar la corrección fraterna. Con lealtad nos advierten lo que no va, y nos dan

(3) De nuestro Padre, Meditación *Vivir para la gloria de Dios*, 21-XI-1954.

las razones. En cambio, detrás de ti están diciendo que eres un santazo, que eres más bueno que el pan.

¿No es esto una hermosura, hijos míos? Hablamos de lealtad, y esto es lealtad humana. No mentimos, no afirmamos de otra persona que tiene unas excelencias humanas de las que carece; pero no toleramos jamás que se le critique a sus espaldas. Y las cosas desagradables las decimos así, cariñosamente, para que las corrija⁴.

PREDICANDO en el círculo íntimo de sus discípulos, Jesús les mostraba la figura amable del Buen Pastor que, teniendo cien ovejas, si una se descarría, deja las otras noventa y nueve en el aprisco y sale en su busca.

Y nuestro Padre comentaba así esa alegoría del Señor: *no os olvidéis de que cada uno de vosotros, además de ser oveja que está en este redil, de algún modo es también Buen Pastor. Porque es deber de todos, y no sólo de los Directores o Directoras y de los sacerdotes, ejercer una dirección espiritual, prudente y a veces heroica, con los hermanos que tienen alrededor⁵.*

Procurar que cada uno de nuestros hermanos sea santo es un deber que nos lleva a pensar en los demás. Bonus Pastor animan suam dat pro ovibus

(4) De nuestro Padre, Crónica, 1970, p. 1015.

(5) De nuestro Padre, Carta, 28-111-1955, n. 30.

suis (Ioann. X, 11), el Buen Pastor da la vida por sus ovejas. Daréis vuestra vida, como buenos pastores de vuestros hermanos, preocupándoos unos de otros con caridad, ejerciendo la corrección fraterna, cumpliendo con amor aquel mandato del Señor: compelle intrare (Luc. XIV, 23), ayudándoles a seguir con alegría el camino de su dedicación al servicio de Dios.

Si el Señor quería que se obligara a ir a su cena a personas extrañas, ¡cuánto más querrá que uséis una santa coacción con los que son hermanos vuestros y ovejas del mismo rebaño de Jesucristo! Esta hermosísima coacción de caridad, lejos de quitar la libertad a vuestro hermano, le ayuda delicadamente a administrarla bien⁶.

Como un modo práctico de vivir esa caridad del Buen Pastor, Jesucristo manifestaba a continuación: *si tu hermano pecare, ve, y corrígele estando a solas con él. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano⁷.* Nos lo repiten también estas palabras de la epístola a los Hebreos: *mirad, hermanos, que no se le malee el corazón a ninguno de vosotros por la incredulidad, hasta abandonar al Dios vivo; sino exhortaos mutuamente cada día, mientras perdura el "hoy", a fin de que ninguno de vosotros se endurezca en el engaño del pecado⁸.*

Advertir a nuestros hermanos de las desviacio-

(6) De nuestro Padre, Carta, 28-111-1955, n. 32.

(7) *Malth.* XVIII, 15.

d) *Hebr.* III, 12-13.

nes o los peligros en su camino hacia la santidad es un deber de caridad, a veces grave. Porque *Dios cuenta con nuestras flaquezas, con nuestra debilidad, y con la debilidad de los demás; pero cuenta también con la fortaleza de todos, si la caridad nos une. Amad la bendita corrección fraterna, que asegura la rectitud de nuestro caminar, la identidad del buen espíritu*⁹.

SI LA práctica de la corrección fraterna es una obligación de caridad con nuestros hermanos, es también un deber de justicia hacia la Obra. *La falta de alguien es nociva para la persona que la realiza —dice Santo Tomás—; pero también recae en daño de otros, que resultan lesionados y desedificados, e incluso lesiona el bien común. Por eso, procurar el bien del hermano pertenece a la caridad; pero en cuanto mira al bien común, es un acto de justicia*¹⁰.

*No podéis ceder en las cosas que son de Dios*ⁿ, nos ha advertido nuestro Padre. No podemos permitir que, por comodidad, dejadez o pereza, se origine en alguno un hábito ajeno al espíritu de la Obra, que pueda ocasionar un perjuicio a su alma, a las de los otros, al apostolado... *Debéis tener la convicción de que, de alguna manera, todas las almas de la Obra dependen de cada uno de nosotros: con tu conducta pue-*

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 56.

(10) Santo Tomás, S. Th. II-II, q. 33, a. 1.

(11) De nuestro Padre, *Obras*, IV-56, p. 9.

*des ayudar o puedes hacer daño a todos. Esta responsabilidad santa te dará fortaleza*ⁿ. El mal de la parte acarrea un mal para el todo, y tenemos que procurar lo contrario: que la actuación de cada uno contribuya siempre al bien de la Obra, a su desarrollo. Por eso nuestro Fundador nos dice: *cuando hacéis la corrección fraterna, además de vivir la caridad con vuestros hermanos, estáis amando a la Obra, porque la santificáis* ⁿ.

Motivos de caridad y de justicia que nos impelen a no inhibirnos, a practicar la corrección fraterna sin retraernos por falsas razones. La doctrina es clara: después de pensarlo en la presencia de Dios, aún tenemos un medio más para asegurar la objetividad de la corrección: la consulta al Director.

Haznos mantener siempre, Madre nuestra, *Virgo fidelis*, esta responsabilidad de *buen pastor*, junto a un afán grande por conservar la pureza y la integridad del espíritu de la Obra.

(12) De nuestro Padre, n. 114.

(13) De nuestro Padre, n. 133.

133.

MIÉRCOLES

—El motivo sobrenatural de la obediencia: identificarse con la Voluntad divina.

—La obediencia verdaderamente sobrenatural lleva a obedecer aun en los mínimos detalles.

—En la obediencia hay que tener iniciativa, y también prontitud para deponer el propio juicio.

EN AQUEL tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: no penséis que he venido a abolir la Ley o los profetas; no he venido a abolirlos, sino a darles su plenitud \ El Señor viene a la tierra para dar cumplimiento a la Voluntad del Padre. Y éste ha de ser siempre también nuestro deseo: identificarnos con la Voluntad divina en todo, y particularmente en los mandatos y consejos de los Directores.

No obedecemos por atención a la persona, o porque nos parezca útil lo que manda, sino porque el Director es un instrumento de que se sirve el Señor para darnos a conocer su Voluntad. *El estímulo más fuerte que tenéis para actuar* —nos enseñó nuestro Padre—, *es el sentido sobrenatural y humano de responsabilidad en que os habéis formado. La mayoría de mis hijos viven y actúan, muchas veces físicamente,*

(1) Ev. (Matth. V, 17).

lejos de sus Directores —aunque nunca les falta la atención espiritual necesaria, ni la continua formación—, y me consta que, por esa razón, se esfuerzan en ser más fieles a nuestro espíritu en sus actividades, que si sintiesen más próximo un control inmediato. Ahora entenderéis por qué os he repetido con frecuencia que, para cada uno de nosotros, el motivo más sobrenatural es porque me da la gana².

Obedecemos siempre con la misma delicadeza que pondríamos si el mismo Jesucristo nos lo indicara: *todo lo que hagáis, hacedlo de buena gana, como obedeciendo al Señor y no a los hombres³*, exhorta San Pablo. Esa entrega obediente es fuente de eficacia sobrenatural. *Ya veis, hijas e hijos míos, lo que ocurrió en Cana de Galilea: implete hydrias (Ioann. //, 7), llenad las vasijas, había dicho Jesús, y el milagro viene. Así, con esa sencillez. Todo ordinario. Aquellos cumplían su oficio. El agua estaba al alcance de la mano. Y es la primera manifestación de la Divinidad del Señor. Lo más vulgar se convierte en extraordinario, en sobrenatural, cuando tenemos la buena voluntad de atender a lo que Dios nos pide⁴.*

Se precisa un gran sentido sobrenatural, una entrega a Dios sin condiciones, para aceptar siempre con docilidad las indicaciones de los que gobiernan,

(2) De nuestro Padre, Carta, 6-V-1945, n. 33.

(3) Colos. III, 23.

W De nuestro Padre. Carta, 14-IX-1951, n. 23.

que se extienden exclusivamente a todo lo que se refiere al fin de la Obra. Es muy sobrenatural y muy heroico tener de modo estable la disposición de obedecer rendidamente. *¡Qué bien has entendido la obediencia cuando me has escrito: "obedecer siempre es ser mártir sin morir"!⁵*. Obedecer una vez, y dos veces, y tres es fácil. Obedecer siempre es heroísmo, fruto de una fe y un amor poco comunes. Y ésta es la fe y el amor que el Señor espera de nosotros. Así, incluso cuando la obediencia resulte costosa, no faltará la alegría íntima que da siempre el amor; y diremos: *¡Jesús, que haga buena cara!⁶*.

COMO la Obra es una familia, aunque de vínculos sobrenaturales, las órdenes son semejantes a las que suelen emplearse en las familias de sangre: el mandato más fuerte es por favor o una frase análoga⁷. Formas delicadas que, a quien entiende la obediencia, le llevan a hacer las cosas inmediatamente.

Hay que estar pendientes de los Directores. Así —dice un Salmo— *como los ojos de los siervos están atentos siempre a los gestos y deseos de sus amos, así como la esclava tiene fijos sus ojos en su dueña, así nuestros ojos están clavados en el Señor Dios Nues-*

(5) Camino, n. 622.

(6) Camino, n. 626.

(7) Catecismo, 5ª ed., n. 94.

*tro*⁸. El Señor quiere que nos dejemos guiar. En ese texto nos indica la actitud de la visión sobrenatural en la obediencia. *Al vivir la obediencia* —dice nuestro Padre—, *debéis coger al vuelo las insinuaciones de vuestros Directores, que nunca son coacción*⁹.

No olvidéis, hijas e hijos míos, que Cristo, aunque era el Hijo de Dios, para darnos ejemplo, quiso aprender a obedecer sometándose a los sufrimientos de la Pasión y de la Muerte: cum esset Filius Dei, didicit ex iis quae passus est oboedientiam (Hebr. V, 8)¹⁰. La actitud del Señor ilustra el camino que debemos seguir: el de una prontitud delicada para responder a Dios, a través de los Directores.

No se trata sólo de cumplir las indicaciones expresas, sino de identificarnos interiormente con quienes gobiernan. Vivir con fidelidad el espíritu de la Obra nos dará finura de espíritu para descubrir los requerimientos divinos y obedecer. Muchas veces serán detalles de poco relieve, pero que, si no se cumplen, entorpecen la labor, porque impiden la acción de la gracia. *En los trabajos de apostolado no hay desobediencia pequeña*¹¹. Es menester obedecer hasta en lo mínimo: *el verdadero obediente no desprecia jamás las cosas pequeñas*¹².

(8) Ps. CXIX, 2.

(9) Camino.

(10) Ine. *En el Padre*, n. 141.

(11) *En el Padre*, Carta, 29-IX-1957, n. 59.

(12) *En el Padre*, n. 614.

(13) En Bernardo, *De praecepto et dispensa* 5.

Es lo que el Señor quiere remacharnos en el Evangelio de la Misa de hoy. *En verdad os digo que mientras no pasen el cielo y la tierra no pasará de la Ley ni la más pequeña letra o trazo hasta que todo se cumpla. Así, el que quebrantare uno solo de estos mandamientos, incluso de los más pequeños, y enseñe a los hombres a hacer lo mismo, será el más pequeño en el Reino de los Cielos. Por el contrario, el que los cumpla y enseñe, será grande en el Reino de los Cielos*¹³.

Aun cuando se trate de algo de escasa importancia —desde un punto de vista exclusivamente humano— y nos lo indicasen como siempre, a modo de invitación, enseguida hemos de ver allí la ocasión de entregar nuestra actitud personal, de hacer propia la voluntad de los que dirigen, que velan por la eficacia del conjunto. Y siempre es una oportunidad para mejorar nuestra dedicación personal a Dios por amor. Y si, por alguna causa, tuviéramos un momento de vacilación, habríamos de levantar enseguida el pensamiento a un plano sobrenatural: *el enemigo: ¿obedecerás... hasta en ese detalle "ridículo"? —Tú, con la gracia de Dios: obedeceré... hasta en ese detalle "heroico"*¹⁴.

TODAS las ideas y soluciones personales, dentro de la materia de la obediencia para los miembros de

(13) Ev. (Matth. V, 18-19).

(14) Camino, n. 618.

la Obra, por perfectas que parezcan, servirían de bien poco si no tuvieran el sello, la garantía de que lo quiere Dios. Hay que preguntar y consultar, para no andar nunca fuera del ámbito del querer de Dios, privados de mérito, y para que el Señor no pueda hacernos este reproche: *no me hagáis más sacrificios inútiles*¹⁵.

Además, nos sentimos libres y comprendidos a la hora de obedecer, con la espiritualidad de la Obra: *porque nos mandan, teniendo en cuenta que somos gentes con inteligencia, con mayoría de edad, con responsabilidad personal, que han de poner en la obediencia activamente su entendimiento y su voluntad, y que aceptan la responsabilidad consiguiente en cada acto de obediencia. Somos seres vivos, hijos de Dios: a los muertos los sepultamos piadosamente*¹⁶.

Movidos por esa libertad efectiva, queremos re-frendar nuestra iniciativa con quien tiene misión de gobierno para decidir. Así, llegado el caso, exponemos también las posibilidades contrarias a aquello que se nos haya indicado, para que las conozcan. Pero dispuestos siempre a cumplir lo que nos dicen. *Obedece sin tantas cavilaciones inútiles... Mostrar tristeza o desgana ante el mandato es falta muy considerable. Pero sentirla nada más, no sólo no es culpa —escribe nuestro Padre—, sino que puede ser la ocasión de un vencimiento grande, de coronar un acto de virtud heroico.*

05) ¡sai. I, 13.

(16) De nuestro Padre, Carta, 31-V-1954, n. 22.

No me lo invento yo. ¿Te acuerdas? Narra el Evangelio que un padre de familia hizo el mismo encargo a sus dos hijos... Y Jesús se goza en el que, a pesar de haber puesto dificultades, ¡cumple!; se goza, porque la disciplina es fruto del Amor¹⁷.

Conocido el parecer del Director, pongámoslo enseguida por obra, sin retrasos y con responsabilidad personal; precisamente la virtud de *la obediencia nos da un ánimo pronto para cumplir la voluntad del que manda*¹⁸. Y escribe nuestro Padre que *al obedecer, hay que escuchar, porque no somos instrumentos inertes ni pasivos, sin responsabilidad ni pensamiento. Y luego, con originalidad, con iniciativa, con espontaneidad, poner todas las energías de la inteligencia y de la voluntad en lo que se nos manda, para ejecutar todo lo que se manda y sólo lo que se manda. Otra cosa sería anárquica. La obediencia en la Obra favorece el desarrollo de todos vuestros valores individuales y hace que, sin perder vuestra personalidad, viváis, crezcáis y adquiráis una mayor madurez, siendo la misma persona a los dos años que a los ochenta y dos*¹⁹.

Acudiendo a la intercesión de la Santísima Virgen, pedimos al Señor: *concédenos que por las saludables penitencias de la Cuaresma, y alimentados con tu palabra, nos entreguemos a Ti de todo corazón*²⁰.

(17) *Surco*, n. 378.

(18) Santo Tomás, S. Th. II-II, q. 104, a. 2 ad 3.

(19) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945, n. 39.

(20) *Oral*.

134.

JUEVES

—La santa pureza es virtud para todos: afirmación gozosa que requiere plenitud de amor.

—Humildad, sinceridad y santa pureza.

—El *demonio modo*. Consejos de nuestro Padre para vencerlo.

LA IGLESIA nos invita a considerar la vida de los Santos Patriarcas del Antiguo Testamento *para que, al conocer por su lectura la historia de Abrahám, de Isaac, de Jacob, de todos los justos, siguiendo sus pisadas, caminemos por la senda de la santidad, que ellos hicieron accesible con su esfuerzo. Con frecuencia me he ocupado de ellos* —comenta San Ambrosio—; *mas hoy toca hacerlo de la historia de José. En él, aunque fueron muchas sus virtudes, sin embargo brilla de un modo especial la castidad. Es natural que así como aprendisteis en Abrahám la firmeza infatigable de la fe; y en Isaac, la pureza de un corazón sincero; y en Jacob, la maravillosa paciencia de ánimo en las dificultades (...), el santo José nos sea ahora propuesto como espejo de castidad*¹.

Es el Apóstol San Pablo quien nos exhorta: *hermanos, sed imitadores de Dios, como hijos suyos muy queridos, y proceded con amor, a ejemplo de Cristo*

(¹) San Ambrosio, *De Joseph* 1.

*que nos amó y se ofreció a sí mismo a Dios en oblación y hostia de olor suavísimo (...), y toda especie de impureza o de avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como corresponde a los santos*².

Muy lejos del alma ha de estar cuanto de alguna manera pueda empañar la santa pureza, que es virtud para todos. *Por eso, al recordaros ahora que el cristiano ha de guardar una castidad perfecta, me estoy refiriendo a todos: a los solteros, que han de atenerse a una completa continencia; y a los casados, que viven castamente cumpliendo las obligaciones propias de su estado.*

*Con el espíritu de Dios, la castidad no resulta un peso molesto y humillante. Es una afirmación gozosa: el querer, el dominio, el vencimiento, no lo da la carne, ni viene del instinto; procede de la voluntad, sobre todo si está unida a la Voluntad del Señor. Para ser castos —y no simplemente continentes u honestos—, hemos de someter las pasiones a la razón, pero por un motivo alto, por un impulso de Amor*³.

Hemos de proceder con amor: con un amor celoso, grande y total, que nada oscurezca. San Pablo nos recuerda: *en otro tiempo erais tinieblas; mas ahora sois luz en el Señor. Andad, pues, como hijos de la luz*⁴. Y ese andar como hijos de la luz requiere de no-

(2) Ephes. V, 1-3.

(3) Amigos de Dios, n. 177.

(4) Ephes. V, 8.

sotros lucha llena de rectitud, sin diálogo con esas cosas perversas, que suben y suben, hirviendo dentro de ti*.

Un día —el día que nos decidimos a servir a Dios en su Obra— escogimos un camino, y la elección fue para siempre; lucharemos tantas veces como permita el Señor que seamos tentados, pero nuestra actitud debe ser diáfana: no hay lugar para concesiones parciales, porque *todo reino dividido contra sí mismo será devastado*⁶.

NUESTRA castidad es una afirmación gozosa, un triunfo, que nos da una paternidad maravillosa, muy superior a la de la carne.

Y no tengamos miedo de decir que tenemos defectos. Las malas inclinaciones de nuestra naturaleza se sienten lo mismo a los veinte años que a los cincuenta. Hay que saber decir que no por el gran Amor, con mayúscula. ¡Hijos míos, no lo olvidéis en la vida!

*Por tanto, tenemos que ser humildes*⁷.

Para ser castos, limpios, nos apoyamos en el conocimiento de la personal fragilidad, y en el amor de Dios y de su Madre purísima, que no nos niegan su ayuda. *Aprendamos a ser humildes*, insiste nuestro

(5) Caalino, n. 493.

(6) E. (Luc. XI, 17).

(7) De nuestro Padre, Tertulia, 9-XI-1960.

Padre. *Para custodiar el Amor se precisa la prudencia, vigilar con cuidado y no dejarse dominar por el miedo. Entre los autores clásicos de espiritualidad, muchos comparan al demonio con un perro rabioso, sujeto por una cadena: si no nos acercamos, no nos morde-rá, aunque ladre continuamente. Si fomentáis en vuestras almas la humildad, es seguro que evitaréis las ocasiones, reaccionaréis con la valentía de huir; y acudiréis diariamente al auxilio del Cielo, para avanzar con garbo por este sendero de enamorados*⁸.

Será la humildad lo que nos lleve a emplear además otro medio eficacísimo: la sinceridad. *Sed siempre sinceros. Sinceros con vuestros Directores y con vuestros hermanos sacerdotes; sinceros finalmente con vosotros mismos*⁹.

Es lógico que sintamos en el corazón las inclinaciones de la concupiscencia. Pero, para vencerlas, con la gracia de Dios, basta que acudamos con humildad y sinceridad a la dirección espiritual que nos proporciona la Obra. *Un enfermo que se quiere curar—escribía nuestro Padre—, va a un médico determinado, que le conoce bien, y no superficialmente. No pone el menor obstáculo para que el médico le examine con detenimiento.*

Y el médico, si cumple con su deber, procurará que el enfermo le diga todo lo que le pasa, y que —por debí-

*lidad, por inadvertencia— no deje de contarle alguna cosa que pueda ser de interés. Y el enfermo, si no es un loco, se apresurará a decir al médico todos los síntomas, todas las circunstancias que puedan ser manifestaciones de su enfermedad, hasta las más nimias*¹⁰.

Ocultar algo, aun en pequeñas cosas, sería alejamiento de la luz, juego peligroso que cerraría las puertas a la curación. La sinceridad, en cambio, es ya en sí misma una muestra clara de buena voluntad, de que se desea vivir *como hijos de la luz*; y el *fruto de la luz consiste en proceder con toda rectitud, con justicia y con verdad* ".

*EN AQUEL tiempo, estaba Jesús lanzando un demonio, que era mudo*¹². Recordándonos esta escena de la vida de Jesús, recogida por el Evangelio de la Misa de hoy, nos decía nuestro Fundador: *en Casa, si nos preocupa algo, lo contamos. Porque ninguno tendrá el demonio mudo; ¿verdad, hijos?*¹³.

El demonio mudo es el único enemigo considerable. Tres milagros hizo el Señor para poder curar a aquel endemoniado del Evangelio: *hacer que escuchara, porque no quería escuchar; hacer que hablara, porque no quería hablar; y hacer que se fuera, porque*

(8) *Amigos de Dios*, n. 180.

(9) De nuestro Padre.

00) De nuestro Padre, *Carta*, 28-IIM955, n. 20.

(U) *Ephes.* V, 8-9.

(J2) *Ev.* (Luc. XI, 14).

(J3) De nuestro Padre, *Crónica* XI-62, p. 72.

tampoco quería irse. De modo que no deis lugar a que tengan que obrarse en vosotros esos tres milagros: ¡hablad claro!

¿Qué creéis que somos los demás? Yo también me siento lleno de miserias: lo más bellaco y lo más villano, lo más miserable que pueda hacer un hombre, eso soy capaz de hacer yo también, si Dios me deja de su mano. Nunca me avergonzaré de lo que pueda contarme un hijo mío, e igual les pasa a vuestros hermanos.

*Hay que hablar con confianza plena. Si no habláis, se acabó todo: es el principio del fin. Si sois sinceros, pase lo que pase seréis fieles y seréis felices*¹⁴.

Si alguna vez nos hallásemos en circunstancias en que —por falsa vergüenza, por soberbia oculta— nos costase más hablar, y empezara a apoderarse de nosotros el demonio mudo, hemos de reaccionar con prontitud y energía, y con sentido común. Cuando yo iba —recordaba nuestro Fundador— con vuestros hermanos a explicar el catecismo en unos barrios pobres, en Madrid, enseñábamos a los niños a ser sinceros en la Confesión. Y a aquellos niños les decía lo mismo que digo ahora tantas veces a la gente mayor y también a mis hijos:

Tú suponte que una persona camina con una piedra grande en la espalda y con los bolsillos llenos de piedrecitas que, entre todas, pesan cien gramos...

(14) De nuestro Padre, Tertulia, 2-X-1969,

*Cuando llegue al final del trayecto, ¿verdad que no sacará una a una las piedras de los bolsillos quedándose, mientras, con la grande encima? Hijos míos, pues vosotros igual. Lo primero que tenéis que hacer es echar fuera lo que pesa, ¿está claro?*¹⁵.

*Os lo repetiré siempre, con machaconería, insiste nuestro Padre: para ser fieles, sed sinceros. Para ser fieles, sed muy humildes y nunca os dejéis dominar por el miedo a los Directores. Están para ayudarnos; también cuando con mano de padre, dura pero segura y llena de cariño, nos impiden que vayamos por un camino que no es el bueno*¹⁶.

La Virgen Nuestra Señora, Madre del Amor Hermoso, nos quiere humildes y sinceros. Ella nos ayudará a conservar siempre limpio el corazón, a llenarlo de amor de Dios.

(15) De nuestro Padre, Noticias XI-63, p. 15.

(16) De nuestro Padre.

135.

VIERNES

—Una característica de nuestra vida interior es pensar siempre en la santidad de los demás.

—Somos corredentores con Cristo: serenidad y alegría.

—Sentido de responsabilidad en el amor a la Obra y a nuestros hermanos.

UN DOCTOR de la Ley había preguntado al Señor cuál era el principal mandamiento. Cristo le respondió citando las palabras del Deuteronomio: *el primero es: escucha, Israel, el Señor Dios nuestro es el único Señor; y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente y con todas tus fuerzas. El segundo es éste: amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay otro mandamiento mayor que éstos*¹.

Las palabras de Jesús recuerdan cuál es el centro de toda vida auténticamente cristiana, en un compendio perfecto: la tarea de concretar los detalles la deja a la responsabilidad de sus oyentes. Y eso es lo que vamos a hacer hoy en este rato de oración, guiados por una meditación predicada hace años por nuestro Padre.

Cada persona acomoda las cosas generales a su

(1) Ev. (Marc. XII, 29-31).

necesidad, y a sus circunstancias concretas. Con el mismo género de tela se hacen trajes muy distintos: unos más grandes y otros más pequeños, unos más anchos y otros más estrechos. Millones de hombres toman la misma medicina, y cada uno la usa según su necesidad personal. Cuando esas particularidades o esas circunstancias son más o menos permanentes, originan un modo específico de mirar la vida. Todos tenemos experiencia, por ejemplo, de lo que podríamos llamar la psicología o el prejuicio psicológico de la profesión. Un médico, si se fija en una persona por la calle, intuitivamente quizá piense: está enfermo del hígado; si la ve un sastre, dirá: va mal vestido; si es un zapatero, posiblemente pensará: qué buenos zapatos lleva...

Mirad, hijos míos: si esto pasa en la vida profesional, en las cosas humanas, también en lo espiritual sucede lo mismo. Nosotros tenemos una vida interior particular, propia, en parte común sólo a nosotros. Característica de esa vida interior de los miembros de la Obra, que ha de darnos a cada uno un modo particular de ver las cosas, es procurar activamente la santidad de los demás. No amamos a Dios si nos dedicamos a pensar sólo en nuestra propia santidad: hay que pensar en los demás, en la santidad de nuestros hermanos y de todas las almas.

Después de mi muerte, podéis romper el silencio que vengo guardando desde hace tanto tiempo, y gritar, gritar. He tenido que callar por años y años; frente mis papeles encontraréis muchas exhortaciones a la

prudencia, al silencio, a vencer las dificultades con la oración y la mortificación, con la humildad, con el trabajo y los hechos, y no sólo con la lengua. Había una cosa que me impedía hablar, que me llevaba a callar, y que tiene relación con todo el preámbulo que he venido haciendo. Yo tenía —no es cosa mía, es gracia de Dios Nuestro Señor— la psicología del que no se encuentra nunca solo, ni humana ni sobrenaturalmente solo. Tenía un gran compromiso divino y humano. Y quisiera que vosotros participaseis también de este gran compromiso que persiste y persistirá siempre.

No me he encontrado nunca solo. Esto me ha hecho callar ante cosas objetivamente intolerables: ¡hubiera podido producir un buen escándalo! Era muy fácil, muy fácil... Pero no, he preferido callar, he preferido ser yo personalmente el escándalo, porque pensaba en los demás.

No tenemos más remedio que contar con ese —vamos a llamarlo así— prejuicio psicológico de pensar habitualmente en los demás, tener este punto de vista determinado, propio, exclusivo nuestro. Querría que lo consideraraís cuando estéis dispersos por todas las Regiones. No os asustéis nunca de la imprudencia de la gente, pero los que tenemos misión de velar por los demás, no podemos permitirnos ese lujo: al contrario, hemos de concedernos el lujo de la prudencia, de la serenidad, de la caridad que a nadie excluye².

(2) De nuestro Padre, *Meditación Señal de vida interior*, 3-III-1963.

EL SEÑOR nos ha dado el sistema, en el Opus Dei, para que la Cruz que El mismo nos impone —o permite que nos impongan las circunstancias, las cosas o las personas—, para que la Cruz que El ha hecho para nosotros, no pese: y ese sistema es amar la Cruz de Cristo, es llevar la Cruz serenamente, a plomo, sin dejarla caer, sin arrastrarla; es abrazarse a la contradicción, la que sea —interna y externa—, y saber que todas tienen su fin, y que todas son un tesoro maravilloso. Cuando se trata realmente de la Cruz de Cristo, esa Cruz ya no pesa, porque no es nuestra: no es ya mía, sino de El, y El la lleva conmigo. De este modo, hijos, no hay pena que no se venza con rapidez, y no habrá nadie que pueda quitarnos la paz y la alegría.

Diligam te, Domine, fortitudo mea! (Ps. XVII, 2): te amo, Señor, porque Tú eres mi fortaleza: quia tu es, Deus, fortitudo mea (Ps. XLII, 2). ¡Descanso en Ti! ¡No sé hacer ninguna cosa, ni grande ni pequeña —no hay cosas pequeñas, si las hago por Amor—, si Tú no me ayudas! Pero si pongo mi buena voluntad, el brazo poderoso de Dios vendrá a fortalecer, a templar, a sostener, a llevar aquel dolor; y ese peso ya no nos abruma.

Pensadlo bien, hijos míos; pensad en las circunstancias que a cada uno os rodean: y sabed que nos sirven más las cosas que aparentemente no van y nos contrarían y nos cuestan, que aquellas otras que al parecer van sin esfuerzo. Si no tenemos clara esta doctri-

na, estalla el desconcierto, el desconsuelo. En cambio, si tenemos bien cogida toda esta sabiduría espiritual, aceptando la voluntad de Dios —aunque cueste—, en esas circunstancias precisas, amando a Cristo Jesús y sabiéndonos corredores con El, no nos faltará la claridad, la fortaleza para cumplir con nuestro deber: la serenidad.

Decidle a Jesús conmigo: ¡Señor, queremos sólo servirte! ¡Sólo queremos cumplir nuestros deberes particulares, y amarte como enamorados! Haznos sentir tu paso firme a nuestro lado. Sé Tú nuestro único apoyo. Nada os robará la paz, hijos míos; si vivís con esa confianza, nada os podrá quitar la alegría; nadie podrá hacer vacilar nuestra serenidad: en la vida todo tiene arreglo menos la muerte, y la muerte es, para nosotros, Vida.

¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos corren, pero uno solo alcanza el premio? (I Cor. IX, 24). Si alguna ascética dentro de la Iglesia tiene ese carácter deportivo, es la ascética propia de nuestra Obra. El deportista insiste, el buen deportista pasa mucho tiempo entrenándose, preparándose. Si se trata de saltar, lo intenta una y otra vez. Le ponen la barra más alta, y quizá no logra superarla; pero porfía tenazmente, hasta que sobrepasa el obstáculo.

Hijos míos, la vida es esto. Si comenzáis y recomenzáis, va bien. Si tenéis moral de victoria, si hay lucha, con la ayuda de Dios, ¡saltáis! ¡No hay dificultad que no se venza! Cada día será para nosotros ocasión

de renovarnos, con la seguridad de que llegaremos al final de nuestro camino, que es el Amor³.

DAN PENA los que se han torcido un pie, y no saben sufrir con espíritu cristiano, deportivo, y no toleran que intervenga el médico y el masajista, ¡y dicen que no quieren volver a saltar!

Quien se prepara para la lucha —os leo de nuevo unas palabras de San Pablo—, de todo se abstiene, y eso para alcanzar una corona perecedera, pero nosotros la esperamos eterna (I Cor. XI, 25). Hay que poner los medios, los que consiente nuestra debilidad. Muchos llevan una vida sacrificada por un motivo simplemente humano; no se acuerdan esas pobres criaturas de que son hijos de Dios, y se mueven quizá por soberbia, por destacar: se abstienen de todo (Ibid.). Y tú, hijo mío, que tienes a la Obra, tu Madre; y que tienes a tus hermanos, mis hijos, ¿qué haces?, ¿con qué sentido de responsabilidad reaccionas?

Más de una vez, a los que se tuercen los tobillos, a los que se dislocan las muñecas, les he dicho que no están solos. Tú, mi hijo, no tienes derecho a volver la cara atrás, a condenar tu alma o, al menos, a ponerte en grave e inminente peligro de perderla. Además, no tienes derecho a dejar esa carga que el Señor, amorosa

(3) De nuestro Padre, Meditación Señal de vida interior, 3-IIM963.

y confiadamente, ha puesto sobre tus hombros. No tienes derecho a prescindir de la Obra y de tus hermanos, de tus responsabilidades. Yo te quiero pedir, Jesús Señor Nuestro, que nunca más nos apartemos del camino por las dificultades, que nunca más dejemos de tomar tu Cruz y de llevarla gustosos sobre nosotros.

¿Veis cómo en todo se manifiesta esa psicología de que os hablaba? ¿Veis cómo hacemos la oración desde nuestro punto de vista, a la medida, según nuestra necesidad personal, que no es solamente nuestra, sino necesidad de todos vuestros hermanos, de la Obra entera? Enseñad a los demás esta doctrina, acomodándola a las circunstancias personales de cada uno. Llevad a vuestros hermanos este pensamiento que os he predicado tanto. Repetid, por todos lados, las cosas que hemos considerado juntos en este rato de oración.

Voy corriendo, no como quien corre a la ventura; peleo, no como quien tira golpes al aire, sino que castigo mi cuerpo y lo esclavizo, no sea que, habiendo predicado a los otros, venga yo a ser reprobado (*I Cor. IX, 27*). *Piensa si tú y yo podemos decir esto, con el Apóstol. Hijos míos, creo que para la oración de hoy basta ya. Hay que ser fieles a esas pequeñas mortificaciones, las corrientes, las de cada día. Y recibir además todas las mortificaciones pasivas que el Señor nos mande: llevar una vida personal, de tal calidad, que haga imposible ese ser reprobado de que nos habla San Pablo.*

Un hombre que lucha, que comienza y recomienza,

que se agarra una y otra vez a la Cruz de Cristo, ése marcha. Pero nosotros también debemos poner siempre, aun en el más pequeño cumplimiento, un motivo de preocupación por los demás, por vuestros hermanos. Hemos de pensar constantemente —como un modo muy nuestro de ver las cosas— que no estamos solos, que no es lógico que estemos solos. Hemos de pensar siempre en los otros: en todas las almas⁴.

A la Santísima Virgen, siempre pendiente de las necesidades de sus hijos, pedimos hoy que nos enseñe a tener, jornada tras jornada, una preocupación bendita por las almas de nuestros hermanos.

(4) De nuestro Padre, *Meditación Señal de vida interior*, 3-IIM963.

136.

SÁBADO

—Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes.

—Obtendremos la humildad, si la pedimos al Señor y reconocemos las personales miserias.

—La vida de infancia, camino para conseguir la humildad.

ANTES de narrar la parábola del fariseo y del publicano, que se recoge en el Evangelio de la Misa de hoy, San Lucas se preocupa de señalar que Jesucristo hablaba *a ciertos hombres que presumían de justos y despreciaban a los demás* *K* La advertencia del evangelista nos hace caer en la cuenta, una vez más, de que la caridad —virtud que nos hace partícipes de la misma vida divina— es fundamental en la vida cristiana: *si yo hablo las lenguas de los hombres y de los ángeles* —escribe San Pablo—, *pero no tengo caridad, vengo a ser como un metal que suena o'una campana que retiñe*². Y vemos también —la experiencia nos lo enseña— que sin humildad no hay caridad: caridad con Dios, caridad con los demás.

La parábola que nos propone el Señor no deja lugar a dudas: el fariseo ha entrado en el templo a orar, y no ha sido capaz de hacer el más pequeño acto de amor. El es el centro de sus pensamientos y el

objeto de su propia estimación: se limita a dar gracias a Dios por lo que considera que hace bien, pero no mira —no quiere ver— sus pecados, su falta de correspondencia: no es sincero con Dios. Y, como consecuencia, en vez de alabar a Dios, se alaba a sí mismo. No hay amor en su alma, no tiene caridad.

Solamente Dios —Creador de todas las cosas— puede tenerse como fin a sí mismo. Los demás somos criaturas: nuestro fin está en Dios. El soberbio, en cambio, se convierte en fin de sus propios actos, y ese amor desordenado a la propia excelencia no deja sitio a la caridad, que consiste en amar a Dios sobre todas las cosas y a los demás —incluido uno mismo— por Dios.

Pero volvamos a la escena del Evangelio. El fariseo está de pie. Ora, da gracias por lo que es, por lo que hace. Está satisfecho. Se compara con los demás y se considera más justo, mejor cumplidor de la ley. Y no piensa que Dios se merece más de dos ayunos por semana y más, muchísimo más que los diezmos que entrega. *El pecado de los fariseos no consistía en no ver en Cristo a Dios, sino en encerrarse voluntariamente en sí mismos; en no tolerar que Jesús, que es la luz, les abriera los ojos (cfr. Ioann. IX, 39-41). Esta cerrazón tiene resultados inmediatos en la vida de relación con nuestros semejantes. El fariseo que, creyéndose luz, no deja que Dios le abra los ojos, es el mismo que tratará soberbia e injustamente al prójimo: yo te doy gracias de que no soy como los otros hombres, que son ladrones, in-*

(1) Ev. (Luc. XVIII, 9).

(2) I Cor. XIII, 1.

justos, adúlteros, ni tampoco como este publicano (Luc. XVIII, 11), *reza*³. En cambio, el publicano —que también ha pecado—, es humilde y confía en la misericordia de Dios. Y Dios, que *resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes*⁴, le justifica.

Seamos, pues, humildes, hermanos —escribe San Clemente Romano—, *deponiendo toda jactancia, os-tentación, insensatez y arrebatos de ira, y cumplamos lo que está escrito (...). Porque a los humildes pertenece Cristo, no a los que se exaltan sobre su rebaño. El Señor Jesucristo, teniendo el cetro de la grandeza de Dios, no vino al mundo con aparato de arrogancia ni de soberbia, aunque hubiera podido, sino en espíritu de humildad, conforme a lo que había dicho de El el Espíritu Santo: "yo soy un gusano y no un hombre, oprobio de los hombres y desecho de la plebe" (Ps. XXI, 7)(...).* Mirad, carísimos, qué ejemplo se nos propone. Pues si hasta ese extremo se humilló el Señor, ¿qué será conveniente que hagamos nosotros, los que por El nos hemos puesto bajo el yugo de su gracia?⁵.

SEREMOS humildes si se lo pedimos al Señor con tesón y confianza, si de veras estamos convencidos de que sólo El puede hacer que la virtud prenda en el alma. Además hay que disponerse a recibirla y

(3) *Es Cristo que pasa*, n. 71.

(4) *Iacob. IV*, 6.

(5) San Clemente Romano, *Epístola ad Corinthios XIII*, 1 y XVI, 1, 2, 15 y 17.

reconocer la propia nada. De Dios hemos recibido todo, hasta el polvo de que estamos hechos; no somos más que receptáculos de los dones divinos.

Meditar frecuentemente esta realidad es presupuesto de la verdadera vida interior, porque la humildad es *la virtud que nos ayuda a conocer, simultáneamente, nuestra miseria y nuestra grandeza*.

Nuestra miseria resalta con demasiada evidencia. No me refiero a las limitaciones naturales: a tantas aspiraciones grandes con las que el hombre sueña y que, en cambio, no efectuará nunca, aunque sólo sea por falta de tiempo. Pienso en lo que realizamos mal, en las caídas, en las equivocaciones que podrían evitarse y no se evitan. Continuamente experimentamos nuestra personal ineficacia. Pero, a veces, parece como si se juntasen todas estas cosas, como si se nos manifestase con mayor relieve, para que nos demos cuenta de cuan poco somos. ¿Qué hacer?

Expecta **Dominum** (Ps. XXVI, 14), *espera en el Señor; vive de la esperanza, nos sugiere la Iglesia, con amor y con fe. Viriliter age (Ibid.), pórtate varonilmente. ¿Qué importa que seamos criaturas de lodo, si tenemos la esperanza puesta en Dios? Y si en algún momento un alma sufre una caída, un retroceso —no es necesario que suceda—, se le aplica el remedio, como se procede normalmente en la vida ordinaria con *a salud del cuerpo, y ¡a recomenzar de nuevo!*⁶.

Esto es lo que no sabe el fariseo de la parábola.

(6) *Amigos de Dios*, n. 94.

El se siente satisfecho con su vida aparentemente llena, cumplida, sin que le falte nada —ni siquiera Dios—, a quien en realidad no ama. Es la suya una existencia inútil, encerrada en sí misma. Se le escapa la infinita distancia entre Dios y él, olvida sus pecados de omisión, y nunca ha llegado a saber que *el propio conocimiento nos lleva como de la mano a la humildad* ⁷.

No es suficiente orar, ni dar gracias, ni reconocer los dones recibidos de Dios. Es preciso utilizarlos, hacerlos rendir, y arrodillarse luego reconociendo la miseria personal y la falta de correspondencia a los dones divinos, sin miedo a tener que adoptar la actitud del publicano. *Si obraras conforme a los impulsos que sientes en tu corazón y a los que la razón te dicta, afirma nuestro Padre, estarías de continuo con la boca en tierra, en postración, como un gusano sucio, feo y despreciable... delante de jese Dios! que tanto te va aguantando* ⁸.

PARA ser humildes de verdad es preciso sentirse niños, muy niños delante de Dios, con la conciencia de la propia debilidad. Nos lo enseña Jesucristo mismo cuando, ante las disputas de los discípulos sobre quién iba a ser el mayor en el Reino de los Cielos, *tomando a un niño, lo puso en medio de ellos, lo abra-*

(7) Camino, n. 609.

(8) Camino, n. 597.

zó y les dijo: el que reciba en mi nombre a uno de estos niños, a mí me recibe; y quien me recibe, no me recibe a mí, sino al que me envió ⁹. Y comenta nuestro Padre: *¿no os enamora este modo de proceder de Jesús? Les enseña la doctrina y, para que entiendan, les pone un ejemplo vivo. Llama a un niño, de los que correrían por aquella casa, y le estrecha contra su pecho. ¡Este silencio elocuente de Nuestro Señor! Ya lo ha dicho todo: El ama a los que se hacen como niños. Después añade que el resultado de esta sencillez, de esta humildad de espíritu es poder abrazarle a El y al Padre que está en los cielos* ¹⁰.

La sabiduría cristiana —enseña San León Magno— *no consiste en la abundancia de palabras, ni en las argucias del discutir, ni en el deseo de gloria y de alabanza, sino en la verdadera y voluntaria humildad que el Señor eligió y enseñó a todos con fortaleza desde el seno materno hasta el suplicio de la cruz. Y así, cuando disputaban sus discípulos entre sí, según narra el evangelista, sobre quién de ellos sería "el mayor en el reino de los cielos, llamando a un niño, lo puso en medio de ellos, y dijo: os doy mi palabra de que si no os convertís y hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos"* (Matth. XVIII, 1-4),

Ama Cristo la infancia, que El mismo recibió en cuerpo y alma. Ama Cristo la infancia, maestra de hu-

(9) Marc. IX, 36-37.

(10) Amigos de Dios, n. 102.

*mudad, regla de la inocencia, jorna de la mansedumbre. Ama Cristo la infancia, y a ella encamina las costumbres de los mayores, y hace volver la edad de los ancianos; e inclina con su ejemplo a los que destina para el reino eterno*¹¹.

Es preciso sentir siempre que se nos ha dado la vida para servir a Dios. Y nuestra incapacidad —si somos niños— se resuelve en acudir al amor misericordioso de nuestro Padre Dios, que sólo espera esa actitud humilde del alma para llenarla de sus dones, de su eficacia.

No podemos complacernos en nosotros mismos. Nada somos, nada tenemos, nada podemos. Gocémos en nuestro Dios, de quien todo bien procede. Alegrémonos, porque somos hijos suyos, porque nos ama con locura. Este gozo no nos quitará humildad. Es verdad, somos muy pequeños, pero precisamente por eso Dios tiene más cuidado de nosotros, nos perdona con más facilidad.

El Señor adornó a María con tantos dones porque vio su humildad. A nuestra Madre acudimos: *nos acogemos bajo tu amparo: sub tuum praesidium. Debajo de ese manto —de tu manto— hemos crecido siempre, como crecen los niños en los brazos de su madre. Que tú seas siempre nuestra Maestra, para que aprendamos a tratar y a querer a tu Hijo*¹².

(11) San León Magno, *Homilía 7 in Epiphania Domini*.

(12) De nuestro Padre, *Noticias* 111-56, p. 14.

137.

DOMINGO IV DE CUARESMA

—Alegría ante la proximidad de la Redención.

—Confianza en el Señor, que está siempre dispuesto a perdonarnos.

—Manifestaciones de esa confianza.

AVANZADA la Cuaresma, los altares se cubren de flores, y resuena en los textos litúrgicos una llamada a la alegría: "*laetare*": *alégrate, Jerusalén; convocad la asamblea los que la amáis; llenaos de alegría los que estáis tristes*¹.

Jesús sigue su marcha hacia la Ciudad Santa; se acerca ya el momento tan deseado de abrazarse a la Cruz, y la Iglesia se llena de júbilo pensando en la redención del género humano. *Hermanos, en otro tiempo erais tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor*². *Alabad, pues, a Yavé porque es benigno; cantad himnos a su nombre porque es suave*³.

La Iglesia, al hacernos meditar estos pasajes de la vida de Cristo, nos recuerda que, en el tiempo de Cuaresma, en el que nos reconocemos pecadores, llenos de niiserias, necesitados de purificación, también cabe la alegría. Porque la Cuaresma es simultáneamente tiem-

(1) *Ant. ad Intr.* (cfr. *Isai.* LXVI, 10).

(2) *L. II (A) (Ephes. V, 8).*

(3) *Ps. CXXXIV, 3.*

*po de fortaleza y de gozo: hemos de llenarnos de aliento ya que la gracia del Señor no nos faltará, porque Dios estará a nuestro lado*⁴.

Hoy, sin dejar de vivir el espíritu de penitencia, hemos de llenarnos especialmente del *gaudium cum pace*, que el Señor nos da con generosidad divina. Ni siquiera el dolor de nuestros pecados, aunque sean muchos, puede privarnos del contento, pues Dios, *que es rico en misericordia, por la extremada caridad con que nos amó, aun cuando estábamos muertos por los pecados, nos dio la vida juntamente en Cristo*⁵.

Tenemos cerca el perdón, la misericordia, la compasión divina, la sobreabundancia de la gracia. Unas jornadas más, y el misterio de nuestra salud quedará consumado. Si sentimos el cansancio del esfuerzo y de la lucha, éste es el momento de cobrar nuevos ánimos. Si alguna vez hemos tenido miedo a la penitencia, a la expiación, llenémonos de valor, pensando en que el tiempo es breve y el premio grande, sin proporción con la pequeñez de nuestro esfuerzo. Sigamos con alegría a Jesús, hasta Jerusalén, hasta el Calvario, hasta la Cruz. Además, *¿no es verdad que en cuanto dejas de tener miedo a la Cruz, a eso que la gente llama cruz, cuando pones tu voluntad en aceptar la Voluntad divina, eres feliz, y se pasan todas las preocupaciones, los sufrimientos físicos o morales?*

(4) *É5 Cristo que pasa*, n. 63.

(5) *L. II (B) (Ephes. II, 4-5)*.

*Es verdaderamente suave y amable la Cruz de Jesús. Ahí no cuentan las penas; sólo la alegría de saberse corredores con El*⁶.

HABÍA en Jerusalén, cerca del Templo, un pobre ciego de nacimiento pidiendo limosna. Y un sábado pasó por allí Jesús. *Si penetramos —comenta San Agustín— en el significado de este hecho, diremos que este ciego representa el género humano. La ceguera llegó al primer hombre por el pecado, en el que tiene para todos su origen no sólo la muerte, sino también la iniquidad*⁷.

Todos —cualquiera de nosotros— podemos encontrarnos de algún modo en la situación de aquel ciego. *Pasó Jesús. Y con El los discípulos que seguían de cerca al Señor. No te extrañe, hijo mío, si en el rodar de la vida, cuando tú sirves a la Iglesia, otros discípulos del Señor —buenos, con recta intención, apóstoles— hacen algo semejante a lo que vamos a oír de boca de los primeros Doce.*

Dijeron los discípulos: quis peccavit, hic aut parentes eius? floann. IX, 2). Mirad cómo interpretan la desgracia de este hombre: ¿quién pecó, éste o sus padres?; y conocéis la respuesta del Maestro: no es culpa de éste

(6) *Vía Crucis*, II estación.

(7) San Agustín, *In Ioannis Evangelium tractatus* 44, 1.

ni de sus padres; sino para que las obras de Dios resplandezcan en él (Ioann. IX, 3)⁸.

No sólo la limitación de nuestros talentos personales, sino también nuestros errores, nuestras faltas —si somos humildes y procuramos dolemos y rectificar— serán ocasión *ut manifestentur opera Dei*⁹, para que el poder de Dios brille en nosotros, dándonos nueva gracia. Si estamos ciegos, ¿no nos dice El: *mientras estoy en el mundo soy la luz del mundo*?¹⁰. Cristo es la luz que necesitamos, y está junto a nosotros. *Oye su promesa y no le creas ausente, pues El dijo: "sabed que estoy con vosotros". Mas, ¿hasta cuándo? No demos entrada a la congoja los que ahora vivimos y, en lo posible, transmitamos a los que han de venir una certeza absoluta, con estas palabras: "Yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos" (Matth. XXVIII, 20) ».*

Nada ha de turbarnos. Jesucristo está siempre dispuesto a darnos su gracia, a borrar con su misericordia nuestras miserias: sólo nos pide arrepentimiento, dolor, contrición. *¿Cómo se explica esa oración confiada, ese saber que no pereceremos en la batalla? Es un convencimiento que arranca de una realidad que nunca me cansaré de admirar: nuestra filiación divina. El Señor que, en esta Cuaresma, pide que*

(8) De nuestro Padre, Meditación, 12-X-1947.

(9) Ev. (A) (Ioann. IX, 3).

(10) *Ibid.*, 5.

(11) San Agustín, In Ioannis Evangelium tractatus 44, 6.

*nos convirtamos no es un Dominador tiránico, ni un Juez rígido e implacable: es nuestro Padre. Nos habla de nuestros pecados, de nuestros errores, de nuestra falta de generosidad: pero es para librarnos de ellos, para prometernos su Amistad y su Amor*¹².

NUESTROS pecados fueron la causa de la Pasión: de aquella tortura que deformaba el semblante amabilísimo de Jesús, perfectus Deus, perfectus homo. Y son también nuestras miserias las que ahora nos impiden contemplar al Señor, y nos presentan opaca y contrahecha su figura.

*Cuando tenemos turbia la vista, cuando los ojos se nublan, necesitamos ir a la luz. Y Cristo ha dicho: ego sum lux mundi! (Ioann. VIII, 12), yo soy la luz del mundo. Y añade: el que me sigue no camina a oscuras, sino que tendrá la luz de la vida*¹³.

Mientras hablaba Jesús, aquel ciego sintió la mirada del Maestro en sus ojos apagados. El Señor *escupió en tierra, y formó lodo con saliva, y lo aplicó a los ojos del ciego, y le dijo: ve, lávate en la piscina de Siloé*¹⁴.

No vacilaron sus pies, no dudó el mendigo en su corazón. Se alzó rápido y, con andar apresurado, se alejó. *Abiit ergo —sigo leyendo el Evangelio— et lavit*

(12) *Ev. Cristo que pasa*, n. 64.

(13) *V. Crucis*, VI estación, punto 1.

(14) Ev. (A) (Ioann. IX, 6-7).

et venit videns floann. IX, 7). *Se marchó, se lavó, y vino con luz en los ojos. Hijo mío, ¡qué lección estamos viviendo!; lección de fe, una fe viva, operativa; lección de obediencia. ¿Haces tú así con los mandatos de Dios, cuando muchas veces estás ciego, cuando en las cosas del alma te falta la luz? ¿Sabes acudir entonces al que está en lugar de Dios?*¹⁵.

La ceguera, las miserias personales son un mal que hemos de curar. Nosotros no podemos nada, pero contamos con la omnipotencia de Dios, si somos humildes, si obedecemos. *Mira a ese pobre ciego. ¿Qué poder tenía el agua, para que al lavarse los ojos fuesen curados? Pero aquel hombre cree y pone por obra el mandato. Así tú. Que tu fe, en lo sucesivo, sea operativa; una fe que se manifieste en tu conducta, en la rapidez de tu obediencia, en la seguridad de lograr los propósitos que te propone el que manda en nombre de Dios*¹⁶.

El agua de Siloé siguió siendo agua; y el lodo, lodo. El mendigo —lleno de luz porque hizo lo que se le mandó— cantaba los prodigios del Señor.

—*¿No es éste aquel que, sentado allá, pedía limosna?*

—*No es él, sino alguno que se le parece.*

—*Sí que soy yo (...). Aquel hombre que se lla-*

(15) De nuestro Padre, Meditación, 12X4947.

(16) De nuestro Padre, Meditación, 12-X1947.

ma Jesús, hizo lodo y lo aplicó a mis ojos, y me dijo: ve a la piscina de Siloé, y lávate allí. Yo fui, me lavé y veo".

También nosotros podremos cantar las alabanzas del Señor, que realizará prodigios en nuestra vida, sobre todo si acudimos a la intercesión de la Virgen. *Sin el auxilio de Nuestra Madre, ¿cómo vamos a sostenernos en la lucha diaria?*¹⁸, exclama nuestro Fundador. Y añade, dirigiéndose a cada uno: *¿lo buscas constantemente?*¹⁹.

15. 16. WUoann. IX, 8-11).

17. Surco, n. 692.

18. Surco, n. 692.

138.

LUNES

—Los sacramentos, fuentes de la vida sobrenatural.

—Son signos sensibles que producen la gracia.

—Agradecimiento al Señor por estos dones.

NOS ACERCAMOS a la gran fiesta de Pascua, y la Iglesia no puede contener su júbilo al pensar en la obra de nuestra redención, ya inminente. *Yo confío en el Señor* —nos invita a clamar en el introito de la Misa de hoy—: *tu misericordia sea mi gozo y mi alegría, porque te has fijado en mi aflicción*¹.

El Corazón de Cristo es siempre misericordioso, y ha dispuesto los medios para que, en cualquier tiempo y lugar, podamos hacer presentes y aplicarnos los méritos de su Pasión redentora. *Y así, llegado el tiempo de la gracia, la misma Sabiduría de Dios encarnada, por la cual fuimos llamados a la libertad, estableció algunos sacramentos saludables con los que se mantuviese unida la comunidad del pueblo cristiano*².

Los sacramentos, canales divinos por los que fluye la gracia hasta llegar a las almas, son a la vez signo conmemorativo de la pasión de Cristo, que ya pasó;

(1) *Ant. ad intr.* (Ps. XXX, 7-8).(2) San Agustín, *De vera religione* 17, 33.

*signo manifestativo de la gracia, que en nosotros se produce mediante esa pasión, y anuncio y prenda de la gloria futura*³. Cada vez que los recibimos con las debidas disposiciones, nos ponemos en contacto vital con Cristo paciente, fuente de toda la gracia y, por tanto, con la misma divinidad, puesto que *la causa eficiente principal de la gracia es Dios mismo, en relación al cual la humanidad de Cristo es como un instrumento unido, y el sacramento como un instrumento separado*⁴. Gracias a los sacramentos, los méritos infinitos que el Señor nos ganó con su muerte en la Cruz alcanzan a todos los hombres de todas las épocas, y son, para todos, firme esperanza de la vida eterna.

*Los Sacramentos, medicina principal de la Iglesia, no son superfinos: cuando se abandonan voluntariamente, no es posible dar un paso en el camino del seguimiento de Jesucristo: los necesitamos como la respiración, como el circular de la sangre, como la luz, para apreciar en cualquier instante lo que el Señor quiere de nosotros*⁵.

Por el contrario, *si se abandonan los Sacramentos, desaparece la verdadera vida cristiana. Sin embargo, no se nos oculta que particularmente en esta época nuestra no faltan quienes parece que olvidan, y que llegan a despreciar, esta corriente redentora de la gra-*

³ *Ant. Tom. á s.*, S. Th. III, q. 60, a. 3.
⁴ *id.* - *J.* 62, a. 5.

V>) *Es Cristo que pasa*, n. 80.

*cia de Cristo. Es doloroso hablar de esta llaga de la sociedad que se llama cristiana, pero resulta necesario, para que en nuestras almas se afiance el deseo de acudir con más amor y gratitud a esas fuentes de santificación*⁶.

Contemplemos la misericordia divina, que tanto amor nos ha mostrado, y dejemos que el corazón se encienda en acciones de gracias, en deseos de corresponder, en ansias de una entrega mayor cada día.

*QUISIERA que considerásemos ahora ese manantial de la gracia divina de los Sacramentos, maravillosa manifestación de la misericordia de Dios. Meditemos despacio la definición que recoge el Catecismo de San Pío V: ciertas señales sensibles que causan la gracia, y al mismo tiempo la declaran, como poniéndola delante de los ojos (Catecismo Romano, II, c. 1, 3). Dios Nuestro Señor es infinito, su amor es inagotable, su clemencia y su piedad con nosotros no admiten límites. Y, aunque nos concede su gracia de muchos otros modos, ha instituido expresa y libremente —sólo El podía hacerlo— estos siete signos eficaces, para que de una manera estable, sencilla y asequible a todos, los hombres puedan hacerse partícipes de los méritos de la Redención*⁷.

(6) *Es Cristo que pasa*, n. 78.

(7) *Es Cristo que pasa*, n. 78.

*Como al hombre le es natural llegar a las cosas inteligibles por medio de las sensibles*⁸, la Verdad de Dios se ha vestido de formas bien sensibles que nos manifiestan la eficacia redentora de la Cruz. El agua que se derrama sobre la cabeza, el crisma con que se unge la frente, las manos del obispo que se imponen sobre el futuro sacerdote, las palabras pronunciadas en el nombre de Cristo..., son señales externas que nos hablan de la íntima comunión con el Señor, ritos que despiertan y avivan nuestra fe: nos muestran a Jesucristo vivo, obrando maravillas a través de los sacramentos. Y, por medio de estas realidades materiales, Dios mismo actúa en el alma: *se lava la carne para que quede limpia el alma; es ungida la carne para que el alma sea consagrada; se signa la carne para que se edifique el alma; la carne se cubre de sombra por la imposición de las manos para que el alma quede iluminada por el Espíritu; la carne se alimenta del Cuerpo y la Sangre de Cristo para que Dios nutra el alma*⁹.

Esta portentosa eficacia de los sacramentos no depende de las disposiciones del que los administra, porque obran por su propio poder recibido de Jesús. El ministro principal es siempre el Señor: *los sacramentos son acciones de Cristo, el cual los administra Por medio de los hombres*¹⁰. Es un poder que sólo

⁸ *San* Tomás, S. Th. III, q. 60, a. 4.

⁹ *San* Jerónimo, *De carnis resurrectione* 8.

¹⁰ Pablo VI, Litt. ene. *Mysterium fidei*, 3-IX-1965.

Dios posee: *ni un ángel, ni un arcángel pueden conseguir nada en aquellas cosas entregadas de parte de Dios, sino que todas las administran el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El sacerdote sólo presta su lengua y ofrece la mano*¹². Tan es así, que ya desde los primeros siglos se afirmaba que *todos los que reciben el bautismo de manos de un hombre bebedor, de un homicida, de un adúltero, si el bautismo es de Cristo, por Cristo son bautizados*¹².

¡Qué entrega la del Señor al atarse así en manos de los hombres! ¡Qué eficacia la de sus sacramentos! Plenamente confiados en su misericordia, le decimos con la Iglesia: *oh Dios, que renuevas el mundo con el misterio de tus sacramentos: permite que tu Iglesia prospere en estos bienes eternos, y que no le falten nunca los auxilios temporales*¹³.

¡QUE BONDAD la de Cristo al dejar a su Iglesia los Sacramentos! —Son remedio para cada necesidad.

—Venéralos y queda, al Señor y su Iglesia, muy agradecido¹⁴. Para corresponder a ese amor del Señor hemos de prepararnos muy bien a recibirlos y sacar de ese encuentro el máximo fruto. No podemos olvidar que la eficacia infinita que de por sí tie-

(11) San Juan Crisóstomo, *In Evangelium Iohannis homiliae* 86.

(12) San Agustín, *In Iohannis Evangelium tractatus* 5, 18.

(13) Oral.

(14) Camino, n. 521.

ne el sacramento se ve limitada por las disposiciones del que lo recibe. Por eso decía San Cirilo a los fieles de Jerusalén: *limpia el vaso para que recibas la gracia más abundantemente, pues la remisión de los pecados se concede por igual a todos, pero la comunicación del Espíritu Santo se concede según la proporción de fe de cada uno. Si has trabajado poco, recibirás poco; si trabajaste mucho, grande será la paga*¹⁵.

Dispongámonos a recibir dignamente los sacramentos porque son ocasión de un encuentro personal con el Señor: la Confesión, *coloquio divino* (...), *tribunal, de segura y divina justicia y, sobre todo, de misericordia, con un juez amoroso que no desea la muerte del pecador, sino que se convierta y viva* (Ezech. XXXIII, 11)¹⁶; la Eucaristía, *sacramento —si podemos expresarnos así— del derroche divino*, en el que el Señor nos concede su gracia, y se nos entrega Dios mismo: *Jesucristo, que está realmente presente —siempre y no sólo durante la Santa Misa— con su Cuerpo, con su Alma, con su Sangre y con su Divinidad*¹⁸. Y, en su momento, la Unción de los enfermos, *amorosa preparación del viaje, que terminará en la casa del Padre*¹⁹.

Los sacramentos nos divinizan, son causa de nuestra progresiva santificación. Por eso, abruma-

(15) San Cirilo de Jerusalén, *Catecheses* 1, 5.

(16) *Es Cristo que pasa*, n. 78.

(17) *Es Cristo que pasa*, n. 80.

(18) *Es Cristo que pasa*, n. 80.

(19) *Es Cristo que pasa*, n. 80.

dos ante el derroche de la misericordia divina, le decimos al Señor: *haz que recibamos los frutos de la ofrenda que te presentamos, para que —purificados de nuestra antigua condición— marchemos renovados hacia la gloria celestial*²⁰.

Una forma concreta de agradecer a Jesucristo estos dones será hacer el propósito firme de prepararnos mejor esta semana para acercarnos a la Confesión y para recibirle cada día en la Comunión; y dedicar el tiempo conveniente, sin regateos, a la acción de gracias. Si los judíos, según nos narra el Evangelio, querían hacer rey a Jesucristo por haber comido pan hasta saciarse, ¿qué no deberíamos hacer nosotros, después de ser alimentados con el Cuerpo y Sangre del Señor?

Seamos agradecidos, y en este agradecimiento de hijos que reconocen sus favores, sigamos el ejemplo de Santa María y cantemos y alabemos al Señor, *porque hizo en mí cosas grandes el Todopoderoso*²¹.

(20) *Oral, super oblara.*

(21) *Luc. I, 49.*

139.

MARTES

—El Señor está siempre dispuesto a ayudarnos a mejorar.

—Pero hay que pedirle esa ayuda humildemente, esforzándonos sinceramente en poner todos los medios.

—Esa petición debe ir avalada con la paciencia, con la disposición de sostener durante años la lucha ascética.

CON INSISTENCIA, a lo largo de estos días de Cuaresma, la Iglesia nos está recordando que somos pecadores, y nos invita maternalmente a descubrir la malicia y la flaqueza que hay en nosotros. La Iglesia, que es Madre y Maestra, lo hace —no para que nos desalentemos ante el espectáculo de tanta miseria personal—, sino para que nos movamos a penitencia, para que procuremos mejorar; porque el Señor está siempre dispuesto a concedernos su ayuda y su perdón.

Jesús jamás se muestra lejano o altanero, aunque en sus años de predicación le veremos a veces disgustado, porque le duele la maldad humana. Pero, si nos fijamos un poco, advertiremos enseguida que su enfado y su ira nacen del amor: son una invitación más para sacarnos de la infidelidad y del pecado. ¿Quiero yo acaso la muerte del impío, dice el Señor, Yavé, y no más bien que se convierta de su mal camino y viva? (Ezech. XVIII, 23). Esas palabras nos explican toda la

vida de Cristo, y nos hacen comprender por qué se ha presentado ante nosotros con un Corazón de carne, con un Corazón como el nuestro, que es prueba fehaciente del amor y testimonio constante del misterio inenarrable de la caridad divina ¹.

Con esta confianza, nos hace exclamar la liturgia: *Dios es nuestro refugio y fortaleza, auxilio poderoso en las tribulaciones. Por eso no temeremos aunque se conmueva la tierra y se trasladen los montes al medio del mar* ².

A pesar de todo, en algunos momentos —quizá en temporadas de especial cansancio, de aparente esterilidad en el trabajo o en el apostolado, de dificultades en la práctica de las normas de piedad—, podría oscurecerse la claridad de esta doctrina, y quedar el alma como atenazada bajo el peso de su miseria, entonces más patente. Por eso, la Iglesia se complace en recordarnos que *el Señor, vuestro Dios, es clemente y misericordioso, tardo a la ira, grande su misericordia* ³.

Hijos míos, no os inquieten las miserias pasadas, ni la posibilidad de miserias futuras: abandonémonos en las manos misericordiosas de Dios; hagámosle presentes esos deseos de santidad y apostolado, que laten como rescoldos bajo las cenizas de una aparente frialdad. El nos escucha; tú no tienes más que hablar *.

(1) *£5 Cristo que pasa*, n. 162.

(2) *Ps. R. (Ps. XLV, 2-3)*.

(3) *Ad Laudes, I. br. (loel II, 13)*.

(4) De nuestro Padre, Meditación, 4-IIM963.

CONTINUA la Iglesia haciéndonos llegar, con el texto evangélico, su voz de consuelo. *Había una fiesta de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén. Hay en Jerusalén, junto a la puerta de las ovejas, una piscina, llamada en hebreo Betzata, que tiene cinco pórticos. En éstos yacía una muchedumbre de enfermos, ciegos, cojos y paralíticos* ⁵.

Era un espectáculo impresionante. *Y el Señor, que es el médico de las almas y de los cuerpos, y que había venido para sanar a todos los que creerían en El, entre tantos enfermos como había, sólo se fija en uno para sanarlo* ⁵. Es un signo de predilección, que Jesús quiso tener también con nosotros, cuando nos llamó para su Obra entre tanta gente.

Pero sigamos la escena: *como Jesús le viese tendido, y conociese que era de edad avanzada, dícele: ¿quieres ser curado?* ⁷. Como a nosotros: nos vio el Señor abatidos en nuestra flaqueza, y leyendo unos deseos latentes en el corazón, nos dirigió ese dulce requerimiento, que aceptamos con su gracia. Fijémonos, sin embargo, en el pobre paralítico: *no se turbó por la pregunta, comenta San Juan Crisóstomo, ni dijo: viniste a ofenderme cuando me preguntas que si quiero curarme; al contrario, responde con mansedumbre: "Señor, no tengo una persona que me meta en la piscina cuando el agua está agitada; por eso,*

(5) *Ev. (Ioann. V, 1-3)*.

(6) San Agustín, *In Ioannis Evangelium tractatus* 17, 1.

(7) *Ev. (Ioann. V, 6)*.

*mientras yo voy, ya otro ha bajado antes" (Ioann. V, 7). Se ve que no sabía quién era el que le preguntaba, y menos que le iba a curar; pensaba que quizá Cristo le ayudaría a entrar en el agua. Pero Cristo manifestó que con su palabra podía hacer todo*⁸.

El Señor está siempre dispuesto a escucharnos; pero quiere nuestra correspondencia personal, nuestro esfuerzo para salir de esa situación que nos impide seguirle de cerca. En la vida interior —nos enseñó siempre nuestro Padre— *hay una sola enfermedad mortal, un solo error funesto: conformarse con la derrota, no saber luchar con espíritu de hijos de Dios. Si falta ese esfuerzo personal, el alma se paraliza y yace sola, incapaz de dar frutos...*

—*Con esa cobardía, obliga la criatura al Señor a pronunciar las palabras que El oyó del paralítico, en la piscina probática: "hominem non habeo!" —¡no tengo hombre!*

—*¡Qué vergüenza si Jesús no encontrara en ti el hombre, la mujer, que espera!*⁹.

Una vez más, el Señor nos muestra que su bondad está muy por encima de los cálculos humanos. Vamos a decirle ahora, sencilla y llanamente: sí, Señor, quiero ser curado, quiero verme libre de ese impedimento que me aparta de Ti, que no me deja vivir plenamente esa vida divina a la que me has llamado.

(8) San Juan Crisóstomo, *In Ioannem homiliae* 36.

(9) *Forja*, n. 168.

LA PREGUNTA de Jesús —*vis sanus fieri?*, ¿quieres ser curado?— tiene una finalidad muy concreta. Porque *no pregunta para saber —era superfluo—, sino para poner de manifiesto la paciencia de aquel hombre que, durante treinta y ocho años, sin cejar, insistió, esperando verse libre de su enfermedad*¹⁰.

Es la lección que podemos sacar hoy de este pasaje evangélico: la paciencia. Paciencia en la lucha por arrancar aquel defecto dominante que, como a San Pablo, nos puede hacer exclamar: *¿quién me librará de este cuerpo de muerte?* "; paciencia en el esfuerzo por adquirir aquella virtud fundamental que se hace difícil de alcanzar. Paciencia porque Jesucristo puede exigirnos un periodo largo de lucha, quizá toda una vida, como a ese paralítico que llegó a la vejez con su enfermedad. Y es *esta paciencia —añade nuestro Padre— la que nos impulsa a ser comprensivos con los demás, persuadidos de que las almas, como el buen vino, se mejoran con el tiempo*¹².

La paciencia, comenta San Cipriano, *es lo que nos hace valer y nos guarda para Dios. La paciencia atempera la ira, frena la lengua, rige el pensamiento, custodia la paz, regula las normas de vida, rompe el ímpetu de la concupiscencia, reprime la violencia del orgullo, apaga el fuego del odio (...). Nos hace humildes en la prosperidad; en la adversidad, fuertes, y*

(10) San Juan Crisóstomo, *In Ioannem homiliae* 36.

(11) Rom. VII, 24.

(12) *Amigos de Dios*, n. 78.

*mansos contra las injurias y ultrajes. Enseña a perdonar enseguida a los que delinquen; y al que ha faltado, a rogar mucho y largo tiempo. La paciencia vence las tentaciones, soporta las tribulaciones, y lleva a término los padecimientos y martirios. Ella es la que proporciona a nuestra fe un fundamento firmísimo; ella es la que provee a que nuestra esperanza crezca hasta lo más alto. Ella es la que dirige nuestros actos para que podamos mantenernos en el camino de Cristo, mientras avanzamos con su ayuda; ella, en fin, hace que perseveremos siendo hijos de Dios*¹³.

En las batallas del alma —nos advierte nuestro Fundador—, la estrategia muchas veces es cuestión de tiempo, de aplicar el remedio conveniente, con paciencia, con tozudez. Aumentad los actos de esperanza. Os recuerdo que sufriréis derrotas, o que pasaréis por altibajos —Dios permita que sean imperceptibles— en vuestra vida interior, porque nadie anda libre de esos percances. Pero el Señor, que es omnipotente y misericordioso, nos ha concedido los medios idóneos para vencer. Basta que los empleemos (...) con la resolución de comenzar y recomenzar en cada momento, si fuera preciso ¹⁴.

La Virgen Santísima nos alcanzará la fortaleza que necesitamos para luchar pacientemente, para comenzar y recomenzar con la esperanza puesta en el Señor, a pesar de nuestros errores personales.

(13) San Cipriano, *De bono patientiae* 20.

(14) *Amigos de Dios*, n. 219.

140.

MIÉRCOLES

- La filiación divina nos lleva a buscar la presencia de Dios.
- Ejemplo de Jesucristo, para que vivamos como hijos en presencia de su padre.
- Frutos de esta presencia de Dios: alegría que hace amable el camino de santidad.

TODA la Revelación es un amoroso requerimiento de Dios que quiere ser llamado Padre por sus hijos los hombres. *¿No es El el Padre que te crió, el que por sí mismo te hizo y te formó?* \ Este amor paternal de Dios por los hombres se nos recuerda también hoy, en la primera lectura. *Decía Sión: Yavé me ha abandonado, el Señor se ha olvidado de mí. ¿Puede la mujer olvidarse del fruto de su vientre, no compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvidara, Yo no te olvidaré*².

Cuando Dios llama a una persona y le da una vocación especial, le dice: *sé perfecto y camina en mi presencia*³. Y eso es lo que ha hecho con nosotros, pues nos llamó *para que seamos santos e inmaculados en su presencia, con amor* ^{*}.

El hijo honra a su padre y el siervo teme a su se-

(1) *Deut.* XXXII, 6.

(2) *L. 1* [Isai. XLIX, 14-15].

(3) *Genes.* XVII, 1.

(4) *Ephes.* I, 4.

ñor. *Pues si yo soy vuestro padre, ¿dónde está mi honra?*⁵. Quiere el Señor, nuestro Dios, que andemos siempre en su presencia. Y al sentirnos hijos suyos, al saber que es Padre bueno, que es eterna su misericordia, sentimos que el corazón se remueve y le busca. *El conocimiento de esta filiación* —nos ha escrito nuestro Fundador— (...) *les hace buscar una continua presencia de Dios, a través de todos los sucesos de su trabajo cotidiano, que son como vehículos de la voluntad divina y deben ser recibidos con respeto y amor, con alegría y paz*⁶.

¿Qué hijo no desea estar con su padre, salir con él, acompañarle? Todos lo hemos experimentado. Y en la Obra sucede lo mismo: nos llenamos de alegría cuando vemos al Padre, y se enciende en nosotros el deseo de ser fieles. Esto mismo es lo que quiere nuestro Dios: que tengamos la mirada puesta en El. Nos espera, y está dispuesto a ayudarnos. Podemos encontrarle en cualquier momento de cada día.

Sin embargo, *¿qué capacidad tan extraña tiene el hombre para olvidarse de las cosas más maravillosas, para acostumbrarse al misterio! Consideremos de nuevo, en esta Cuaresma, que el cristiano no puede ser superficial. Estando plenamente metido en su trabajo ordinario, entre los demás hombres, sus iguales, atarea-*

(5) Malach. I, 6.

(6) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 48.

*do, ocupado, en tensión, el cristiano ha de estar al mismo tiempo metido totalmente en Dios, porque es hijo de Dios*⁷.

*HIJOS de Dios, hermanos del Verbo hecho carne, de Aquel de quien fue dicho: en él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres (Ioann. I, 4). Hijos de la Luz, hermanos de la luz: eso somos, portadores de la única llama capaz de encender los corazones hechos de carne*⁸.

En Jesucristo, Dios se nos revela plenamente, y nos muestra el camino para llegar a El. Hemos de imitar la vida del Señor, hemos de contemplarle en el Evangelio, y aprender de Jesús a tratar a su Padre del Cielo. El era Hijo Unigénito de Dios, era Dios, tenía la visión beatífica, estaba siempre en presencia de su Padre. Pero se preocupó de enseñarnos, con su ejemplo y con sus palabras, a buscarle continuamente, a dirigirnos filialmente a Dios.

Muchas veces se retiraba el Señor para orar, quizá durante horas; pero mucho más a menudo le vemos, rodeado de sus discípulos o del pueblo que le escucha, que se dirige al Padre en una oración vibrante, llena de amor: *Yo te glorifico, Padre, Señor del cielo y de la tierra*⁹. En los momentos más impor-

7 *ia*! *f*^s *Cr*_{18/0} *I*₁₈ *P*₁₈^{ssa} *n*. 65.
(8) *Matth.* XI, 25.

tantes de su vida terrena, Jesucristo quiere dejar constancia de esta conducta filial: antes de resucitar a Lázaro, en la multiplicación de los panes, al instituir la Eucaristía, en la soledad de Getsemaní y en el Calvario: *¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!*¹⁰. La presencia de Dios, el diálogo con Nuestro Señor no depende del sentimentalismo o de la imaginación; es una realidad que debe llevarnos a desear contentar a Dios en todo, y a cumplir fielmente su Voluntad.

Sigamos el consejo de nuestro Padre: *yo a Dios le busco en mí, en mi corazón; y vosotros buscadle también en vuestra alma en gracia*¹¹. Entonces, el mundo entero se diviniza, adquiere una dimensión nueva, porque Dios nos habla, porque el Padre nuestro que está en los Cielos, *está junto a nosotros de continuo*¹².

Vivir la presencia de Dios requiere un constante ejercicio de fe, de esperanza y de caridad: un amor que nos saca de nosotros mismos, de nuestras cosas, e impide que nos podamos sentir solos. *Un hombre de Dios nunca está solo. No tiene motivos para aburrirse. Está siempre en la presencia de quien ama. El Señor nos espera en todo momento, se interesa por todo lo que nos ocurre. Dios está junto a nosotros, con un cuidado paterno y materno, dispuesto a escuchar*

(10) *Luc.* XXIII, 46.

(11) De nuestro Padre, Crónica VIII-58, p. 6.

(12) *Camino*, n. 267.

*nuestras palabras, correspondiendo eternamente a nuestro amor. Vela por nosotros, y quiere que acudamos a El con confianza, pidiéndole ayuda, sabiendo que no dejará nunca de escucharnos*¹³.

Así se entreteje la presencia de Dios que se nos ha enseñado a vivir en la Obra. *Presencia de Dios: no salimos de ahí. Filiación, unión; porque la santidad es unión*¹⁴.

*LA LUZ de tu rostro, Señor, está grabada en nosotros: has dado la alegría a mi corazón*¹⁵. De esa presencia de Dios nace una alegría que no se acaba. *Que vivamos contentos*, exclama nuestro Fundador. *Yo estoy contento. No lo debiera estar, mirando mi vida, haciendo ese examen de conciencia personal que nos pide este tiempo litúrgico de la Cuaresma. Pero me siento contento, porque veo que el Señor me busca una vez más, que el Señor sigue siendo mi Padre. Sé que vosotros y yo, decididamente, con el resplandor y la ayuda de la gracia, veremos qué cosas hay que quemar, y las quemaremos; qué cosas hay que arrancar, y las arrancaremos; qué cosas hay que entregar, y las entregaremos*¹⁶.

Dice la Sagrada Escritura: *que se alegre el cora-*

(13) De nuestro Padre, Crónica VIII-61, p. 10.

(14) De nuestro Padre, Meditación, 19-VM955.

(15) *Ps.* IV, 7-8.

(16) *Es Cristo que pasa*, n. 66.

zón de los que buscan al Señor; buscad al Señor y seréis fortalecidos, buscad siempre su rostro ". Y nuestro Padre nos enseñó que *la alegría es parte integrante de tu camino*¹⁸. Si tenemos presente al Señor, a quien tanto amamos, es natural que estemos alegres, con *esa alegría que es tan propia de nuestro espíritu, y tan agradable a Dios, porque contribuye a hacer amable el camino a los demás, y nos facilita el renovar constantemente nuestra entrega*: in simplicitate cordis mei laetus obtuli universa, porque con sencillez de corazón habremos podido dar todo al Señor (I Par. XXIX, 17).

Sin alegría no se puede servir: ¿os imagináis vosotros que alguien os sirviera entre penas y llantos? He hecho escribir en los edificios de nuestra Casa Central en Roma, estas palabras: servite Domino in laetitia, servid al Señor con alegría (Ps. XCIX, 2)¹⁹.

Por eso, si alguna vez nos sentimos tristes, debemos examinar si luchamos bastante por vivir en presencia de Dios: *¿no hay alegría?* —*Piensa: hay un obstáculo entre Dios y yo.* —*Casi siempre acertarás*²⁰. Nuestro Padre Dios nos quiere alegres, y por eso quiere que estemos en su presencia, siempre pendientes de su voluntad. *Emplead* —nos dice nuestro Fundador— *la misma receta que yo empleo: no me*

(17) Ps. CIV, 3-4.

(18) Camino, n. 665.

(19) De nuestro Padre, Instrucción, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 69.

(20) Camino, n. 662.

*acuerdo de que existo. Yo no puedo tener problemas personales, porque no puedo pensar en mis cosas, porque no tengo tiempo*²¹.

Todo el tiempo es poco para trabajar por Dios, para amarle y hacer que otros le amen. Si nos entretenemos en nuestras pequeneces, perdemos la presencia de Dios y la orientación fundamental de nuestra vida. Pero si luchamos, el Señor nos oye; nos habla si le buscamos. *Al tiempo de la gracia te escuché; el día de la salvación vine en tu ayuda. Yo te formé y te puse por alianza de mi pueblo, para restablecer la tierra y repartir las heredades devastadas (...). Cantad, cielos; tierra, salta de gozo; montes, que resuenen vuestros cánticos, porque ha consolado Yavé a su pueblo, ha tenido compasión de sus males*²².

Esa presencia de Dios llena de alegría se refleja en la vida en familia y en el apostolado. Haremos la vida agradable a nuestros hermanos, porque sabremos estar de buen humor; y con presencia de Dios, procuraremos fastidiarnos un poco para servirles, si algo nos molesta, si algo nos cuesta. Esa misma alegría será el mejor testimonio, cara a los hombres, de que Cristo está con nosotros y merece la pena servirle. *Siempre y en todas partes el miembro del Opus Dei lleva consigo la paz de Cristo y la plena y segura*

(21) De nuestro Padre, Crónica VII-66, p. 10.

(22) L. I (Isai. XLIX, 8-13).

alegría en el Señor, y las ofrece amigablemente a todos los hombres de buena voluntad: es más, se esfuerza por contagiar absolutamente a todos esta paz y esta alegría, y empuja con suavidad, a cada uno, a aceptar y a saborear esos dones, tan suaves, de la Bondad Divina ²³.

Sancta María, causa nostrae laetitiae, ora pro nobis; ayúdanos a vivir siempre en la presencia de Dios.

(23) Decreto *Primum Inter*, 16-VM950.

141.

JUEVES

—En todas nuestras obras ha de brillar sólo la gloria de Dios.

—Humildad: nada tenemos que no hayamos recibido.

—Ser instrumentos dóciles en las manos de Dios.

YO NO busco recibir gloria de los hombres \ dice Jesús. Toda su vida sobre la tierra transcurre con una sobrenatural naturalidad. Pasa seis lustros oculto, sin llamar la atención, como un trabajador más, y le conocen en su aldea como el hijo del carpintero. A lo largo de su vida pública, tampoco se advierte nada que desentone ². Y, con los ojos puestos en cumplir la Voluntad de su Padre, deja que las envidias y mezquindades humanas le ultrajen hasta llevarle a la muerte en la cruz.

Pero Yo os conozco —añadía en el discurso que recoge hoy el Evangelio—, *y sé que no hay amor en vosotros. Yo he venido en nombre de mi Padre y no *ne recibís; si otro viniera en nombre propio, a ése lo recibiríais. ¿Cómo podéis creer vosotros, que recibís gloria unos de otros, y no buscáis la gloria que procede del único Dios?* ³. El Señor lo advierte con clari-

(1) Ev. (Ioann. V, 41).

(2) Amigos de Dios, n. 121.

(3) Ev. (Ioann. V, 42-43).

dad meridiana: no es posible la vida sobrenatural sin la disposición de buscar siempre y en todo la gloria de Dios.

Voy a proseguir este rato de charla ante el Señor —predicaba una vez nuestro Padre—, con una nota que utilicé años atrás, y que mantiene toda su actualidad. Recogí entonces unas consideraciones de Teresa de Avila: todo es nada, y menos que nada, lo que se acaba y no contenta a Dios (Santa Teresa de Jesús, Libro de la vida, 20, 26). ¿Comprendéis por qué un alma deja de saborear la paz y la serenidad cuando se aleja de su fin, cuando se olvida de que Dios la ha creado para la santidad? Esforzaos para no perder nunca este punto de mira sobrenatural, tampoco a la hora de la distracción o del descanso, tan necesarios en la vida de cada uno como el trabajo.

(...) Os decía antes que ya podéis lograr los éxitos más espectaculares en el terreno social, en la actuación pública, en el quehacer profesional, pero si os descuidáis interiormente y os apartáis del Señor, al final habréis fracasado rotundamente. Ante Dios, y es lo que en definitiva cuenta, consigue la victoria el que lucha por portarse como cristiano auténtico: no cabe una solución intermedia. Por eso conocéis a tantos que, juzgando a lo humano su situación, deberían sentirse muy felices y, sin embargo, arrastran una existencia inquieta, agria; parece que venden alegría a granel, pero arañas un poco en sus almas y queda al descubierto un sabor acerbo, más amargo que la hiél. No nos sucederá a ninguno

*de nosotros, si de veras tratamos de cumplir constantemente la Voluntad de Dios, darle gloria, alabarle y extender su reinado a todas las criaturas*⁴.

Dar gloria a Dios. Con ese fin fueron creadas todas las criaturas: y en él se integra el fin propio de cada una. *Los cielos cantan la gloria de Dios y el firmamento pregona la obra de sus manos*⁵, dice el Salmista. Pero los hombres hemos de hacerlo de modo consciente, con libre decisión de la voluntad. Y no sólo de manera general, sino procurando llevar esa rectitud de intención a todas nuestras acciones, desde las más importantes a las más pequeñas: en el trabajo profesional, en las relaciones sociales, en la vida en familia, en los detalles más ordinarios. *Ya comáis, ya bebáis o hagáis cualquier cosa, hacedlo todo para gloria de Dios*”.

No es que Dios necesite la gloria que podamos tributarle, pues *El tiene su propia gloria cumplida, una gloria que permanece para siempre. Sin embargo, Cristo nos manda pedir en la oración que también sea glorificado en nuestras vidas*⁷. Porque esto es lo justo y lo verdadero y lo santo, porque es el camino de nuestra felicidad, porque es nuestro fin como criaturas y como cristianos y —de modo especial, por vocación— como hijos de Dios en su Obra, como Opus Dei.

(4) *Amigos de Dios*, n. 10 y 12.

(5) Ps. XVIII, 2.

(6) I Cor. X, 31.

(7) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 19, 4.

TODO lo que somos, y todo cuanto podemos llegar a ser, todo lo que de bueno haya en nosotros viene de Dios: es un don, algo que de El hemos recibido gratuitamente, por difusión y sobreabundancia de su amor, porque es bueno. *¿Qué cosa tienes que no hayas recibido de Dios?*⁸, pregunta el Apóstol.

Esto, que es verdadero ya en el orden natural, lo es aún más si cabe en el sobrenatural, en el orden de la gracia, donde se comprueba especialmente lo gratuito e indebido de los dones divinos. *Sin mí no podéis hacer nada*⁹, ha dicho el Señor. No lo olvidemos nunca; y al comprobar cómo Jesucristo obra en nosotros y nos hace adelantar en el camino de la santidad y abundar en frutos apostólicos, reconozcamos con humilde veracidad el origen de esas gracias.

Omnia possum in eo qui me confortat (**Philip. IV, 13**): *es el reconocimiento de nuestra ineficacia y del poder infinito de Dios; de nuestra poquedad y de la grandeza del Señor, por quien trabajamos; de nuestra ignorancia y de su Sabiduría; de nuestra indigencia y de las riquezas insondables que hay en Dios y que El nos entrega abundantemente*¹⁰. Por eso, no dar a Dios la gloria que le debemos sería un robo sacrilego y una tremenda falsedad.

Esa es la esencia de toda idolatría: cortar la dependencia de Dios, para sujetarse a una criatura

(8) I Cor. IV, 7.

(9) Ioann. XV, 5.

(10) De nuestro Padre, n. 77.

cualquiera, pensando que tiene subsistencia absoluta: divinizarla, tributarle una adoración que sólo a Dios se debe.

A veces se repite —menos espectacularmente, pero con la misma realidad— la escena que narra la Escritura: se hicieron los judíos un becerro de metal, y lo adoraban diciendo: *éstos son tus dioses, Israel, que te sacaron de la tierra de Egipto*¹¹. Olvidaban la advertencia del Espíritu Santo: *los ídolos de los gentiles son plata y oro, hechuras de mano de hombre: tienen boca y no hablan; tienen ojos y no ven; tienen orejas y no oyen, y no hay aliento en su boca. Semejantes a ellos son quienes los hacen, quienquiera que se confía en ellos*¹². Y al adorar la obra de sus manos, se adoraban a sí mismos.

Esto, que es injusticia y falsedad, es también el extravío más profundo, la desgracia más irreparable, la soledad y el desconsuelo total. *Hijo, no pienses nunca en ti. Huye de la soberbia de imaginar que eres eso que en mi tierra llaman el palico de la gaita. Cuando no te acuerdes de ti, entonces haces buena labor. No podemos creernos el centro, de modo que pensemos que todo debe girar alrededor de nosotros. Y lo peor es que, si caes en este defecto, cuando te digan que eres soberbio, no te lo creerás; porque mientras el humilde se cree soberbio, el soberbio se cree humil-*

(11) L. I (Exod. XXXII, 8).

(12) Ps. CXXXIV, 15-18.

de¹³. Por eso nos escribió nuestro Padre: *¡qué bueno es saber rectificar!... Y, ¡qué pocos los que aprenden esta ciencia!*¹⁴.

Con San Pablo, hemos de decir —con toda la fuerza de un propósito que quiere ser inquebrantable—: *en cuanto a mí, de nada me gloriaré sino de mis flaquezas*¹⁵.

*SI YAVE no edifica la casa, en vano trabajan los que la construyen. Si Yavé no guarda la ciudad, el centinela vigila en vano*¹⁶. ¡Cuántos grandes y pequeños fracasos, en la vida personal y en la vida apostólica, podrían explicarse con estas palabras inspiradas!

Somos sólo instrumentos: no lo olvidemos jamás. Es verdad que el Señor nos ha elegido con tanto amor, nos ha prodigado con ternura sus cuidados, dándonos gracia sobre gracia; es verdad que nos utiliza para grandes cosas: para su trabajo, para su Iglesia, para hacer el Opus Dei. Pero El nos ha creado y actúa en nosotros, y suya es toda la eficacia. No queramos adueñarnos nunca de éxitos que son suyos. *Cuando el Señor se sirve de ti para derramar su gracia en las almas, recuerda que tú no eres más que el envoltorio del regalo: un papel que se rompe y se tira*". Seamos vera-

(13) De nuestro Padre, Meditación *Vivir para la gloria de Dios*, 21-XI-1954.

(14) *Surco*, n. 276.

(15) II Cor. XII, 5.

(16) Ps. CXXVI, 1.

(17) *Surco*, n. 288.

ees y justos, demos a Dios toda la gloria y así seremos eficaces y nuestro trabajo no será vano.

Concretemos ahora esa convicción profunda —de la razón y de la fe—, y esa rectitud de intención, en un afán renovado de ser instrumentos dóciles, de no entorpecer la acción de Dios, de ser maleables en sus manos, para que El nos utilice como quiera. Y para eso, pongamos todo el empeño en secundar con prontitud los mandatos y las indicaciones de nuestros Directores, que son el camino ordinario por el que nos llega la Voluntad de Dios. Luchemos contra todo movimiento de vanagloria, contra toda rebeldía, contra todo lo que es obstáculo a la gracia, freno para nuestra santidad, ineficacia en el apostolado. Y procuremos que nuestro trabajo profesional no sea nunca una búsqueda vana de nosotros mismos, sino el modo —vocacional en el Opus Dei— de buscar la gloria de Dios, de cooperar en la extensión de su Reino. Así tendrá nuestra actividad su verdadero sentido, su auténtica eficacia.

*Pureza de intención. —La tendrás siempre, si, siempre y en todo, sólo buscas agradar a Dios*¹⁸. Contemplemos la humildad de Santa María, su humilde ocultamiento, su docilidad. Y ruguémosle que nos alcance del Señor la gracia de buscar en todas las cosas solamente la gloria de Dios.

(18) *Camino*, n. 287.

142.

VIERNES

—Habrá obstáculos en el apostolado, pero se podrán vencer siempre.

—Hay que disculpar y comprender las miserias ajenas, para poder ayudar a los demás en su lucha por ser mejores.

—Tampoco nuestras miserias pueden hacernos vacilar, porque la eficacia de los resultados es de Dios, que se sirve de nosotros como instrumentos.

EN AQUEL tiempo, caminaba Jesús por Galilea, pues no quería andar por Judea ya que los judíos le buscaban para matarle \ Se avecina el momento de la Pasión, la hora fijada por Dios Padre para la redención del género humano, y la hostilidad de los fariseos y los príncipes de los sacerdotes va creciendo contra el Señor. Ya lo había predicho el profeta, muchos siglos antes: neciamente se dijeron a sí mismos los impíos: pongamos asechanzas al justo, que nos fastidia y se opone a nuestro modo de obrar, y nos echa en cara las infracciones de la ley, y nos reprocha nuestros extravíos (...). Es censor de nuestra conducta: hasta su vista nos es insoportable. Porque su vida en nada se parece a la de los otros, y sus sendas son muy distintas de las nuestras².

Así fue la vida de Jesús y ha de ser la de sus apóstoles, porque *no es el siervo mayor que su señor*.

(1) Ev. (Ioann. VII, 1).
(2) L. I (Sap. II, 1, 12-15).

Sí me han perseguido a mí, también a vosotros os perseguirán³. A nosotros, además, el Señor nos llama a hacer apostolado en todos los ambientes, y con particular empeño en los más difíciles, en los que están más alejados de Jesucristo. No nos ha de extrañar, por tanto, que habitualmente encontremos dificultades, resistencias y obstáculos.

Hijos míos —nos decía nuestro Fundador—, el Padre conoce mejor que nadie los comienzos de la Obra en cualquier país: las dificultades, las esperanzas... Por eso os puedo asegurar que todas las Regiones, humanamente hablando, se encuentran en mejores condiciones y con más medios que cuando yo hube de empezar aquel 2 de octubre de 1928. No os podéis imaginar lo que ha costado sacar adelante la Obra. Pero ¡qué aventura más maravillosa! Es como cultivar un terreno selvático: primero hay que talar los árboles, arrancar la maleza, apartar las piedras..., para después arar la tierra a fondo, echar el abono (...).

Una vez roturada, hay que dejar reposar la tierra, para que se airee bien. Luego viene la siembra, y los mil cuidados que exigen las plantas: prevenir las plagas; el temor a que descargue una tormenta... Es necesario esperar mucho, trabajar mucho y sufrir mucho, hasta que el trigo se encierra en los graneros⁴.

San Pablo escribe a los de Corinto que muchas veces —por exigencias de su vocación— se ha visto en pe-

(3) Ioann. XV, 20.

(4) De nuestro Padre, Tertulia, 2-X-1962.

*ligros de ríos, peligros de salteadores (...), peligros en poblado, peligros en despoblado (...); en trabajo y fatiga, en muchas vigili-
as, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y desnudez; y además, añade: fuera de estas cosas exteriores, cargan sobre mí los desvelos de cada día, por la solicitud y cuidado de todas las Iglesias*⁵.

*Pero los Apóstoles, comenta San Agustín, en medio de las persecuciones del mundo, mantuvieron en Cristo la paz, sin abandonarle, antes buscando en El refugio (...). En ellos se cumplió, pues, lo que les había dicho: "tened confianza; Yo he vencido al mundo" (Ioann. XVI, 33). Confiaron, y vencieron. ¿Por quién vencieron sino por El? Pues no hubiera El vencido al mundo, si el mundo alcanzase victoria sobre sus miembros. Por lo que dice el Apóstol: "gracias a Dios, que nos da la victoria", añadiendo enseguida: "por nuestro Señor Jesucristo" (I Cor. XV, 57), que había dicho a los suyos: "tened confianza; Yo he vencido al mundo"*⁶.

Con esta firme convicción, pasaremos también nosotros por encima de todos los obstáculos. Jesucristo ha vencido el mal, ha rescatado con su Sangre a todas las criaturas. Y nosotros queremos llevarle ese pueblo redimido: todas las almas, una a una.

TRABAJAMOS en todos los ambientes, convivimos con toda clase de personas y en todas he-

(5) II Cor. XI, 26-28.

(6) San Agustín, *In Ioannis Evangelium tractatus* 103, 3.

mos de ver almas a las que debe llegar la Redención obrada por Cristo, llamadas a ser miembros vivos del Cuerpo Místico, aunque quizá sean ahora miembros enfermos, y por eso más necesitados de cariño y de ayuda. Son seres humanos, con miserias y defectos; no puede asombrarnos nada de nadie. Nos duelen profundamente las ofensas a Nuestro Señor; sentimos en nosotros, que vivimos en Cristo, las heridas que el pecado produce en su Cuerpo Místico, y nos ha de repugnar todo lo que al Señor le desagrade; pero no podemos escandalizarnos de nada, ni sentirnos desanimados ante las miserias de los demás, muy semejantes a las que nosotros mismos tenemos o podemos tener.

*Quizá alguna vez pueda venir la tentación de pensar que todo eso es hermoso, como lo es un sueño irrealizable. Os he hablado de renovar la fe y la esperanza; permaneced firmes, con la seguridad absoluta de que nuestras ilusiones se verán colmadas por las maravillas de Dios. Pero resulta indispensable que nos ancleemos, de verdad, en la virtud cristiana de la esperanza*¹.

Cada miseria que encontramos en nuestro camino, lejos de desanimarnos, ha de servir para recordarnos lo sobrenatural de nuestra empresa, ha de llevarnos a buscar a Dios, para obrar así con eficacia. Además, junto a flaquezas y barro hay un soplo divino siempre, una brasa escondida, una luz que

(7) Es Cristo que pasa, n. 159.

avivar. Por el conocimiento de nuestras propias miserias, hemos de tener el corazón grande para comprender y disculpar las de los demás. Esa miseria personal ha de ser un motivo que nos lleve a no escandalizarnos de nada; ha de movernos a comprender, a disculpar, a ver de modo positivo lo que nos rodea, puesto que por encima de todo está la Voluntad salvífica de Dios. Por lo tanto, *adelante, con alegría, con esfuerzo. Nadie nos parará en el mundo. Todo es bueno, para los que aman a Dios; en la vida todo se puede arreglar, todo menos la muerte, y para nosotros la muerte es Vida*⁸.

Lejos de retraernos, la fragilidad humana será un estímulo en nuestro esfuerzo por acercar las almas a Cristo. *¡Que el otro está lleno de defectos! Bien... Pero, además de que sólo en el Cielo están los perfectos, tú también arrastras los tuyos y, sin embargo, te soportan y, más aún, te estiman: porque te quieren con el amor que Jesucristo daba a los suyos, ¡que bien cargados de miserias andaban!*

—¡Aprende!⁹.

INCONMOVIBLE: *así has de ser. -Si hacen vacilar tu perseverancia las miserias ajenas o las propias, formo un triste concepto de tu ideal*¹⁰. No podemos

(8) De nuestro Padre, n. 256.

(9) Surco, n. 758.

(10) Camino, n. 995.

ser personas fluctuantes, porque Dios no pierde batallas.

Hay que hacer examen; ver si nuestra fortaleza se quiebra por el desaliento ante los propios defectos, si el recuerdo de los pecados pasados resta energía a nuestra lucha, si en el apostolado nos desaniman las dificultades. Habrá entonces que elevar el corazón a Dios con más humildad y con más confianza. Es Jesús quien ha de actuar, y El cuenta con nosotros; sabe lo poco que valemos, pero nos ha elegido para dar testimonio de su misericordia, con la palabra y con la vida.

Ese celo apostólico, que Cristo ha puesto en nuestro corazón, no debe agotarse —extinguirse—, por una falsa humildad. Si es verdad que arrastramos miserias personales, también lo es que el Señor cuenta con nuestros errores. No escapa a su mirada misericordiosa que los hombres somos criaturas con limitaciones, con flaquezas, con imperfecciones, inclinadas al pecado. Pero nos manda que luchemos, que reconozcamos nuestros defectos; no para acobardarnos, sino para arrepentimos y fomentar el deseo de ser mejores.

Además, hemos de recordar siempre que somos sólo instrumentos: ¿qué es Apolo?, ¿qué es Pablo? Unos ministros de aquel en quien habéis creído, y eso según el don que a cada uno ha concedido el Señor. Yo planté, regó Apolo, pero Dios es quien ha dado el crecer (I Cor. ///, 4-6). La doctrina, el mensaje que hemos de propagar, tiene una fecundidad propia e infinita, que no es nuestra, sino de Cristo. Es Dios mismo quien está empeñado en

realizar la obra salvadora, en redimir el mundo.

Fe, pues, sin permitir que nos domine el desaliento; sin pararnos en cálculos meramente humanos. Para superar los obstáculos, hay que empezar trabajando, metiéndose de lleno en la tarea, de manera que el mismo esfuerzo nos lleve a abrir nuevas veredas. Ante cualquier dificultad, ésta es la panacea: santidad personal, entrega al Señor.

Ser santos es vivir tal y como nuestro Padre del cielo ha dispuesto que vivamos. Me diréis que es difícil. Sí, el ideal es muy alto. Pero a la vez es fácil: está al alcance de la mano. Cuando una persona se pone enferma, ocurre en ocasiones que no se logra encontrar la medicina. En lo sobrenatural, no sucede así. La medicina está siempre cerca: es Cristo Jesús, presente en la Sagrada Eucaristía, que nos da además su gracia en los otros Sacramentos que instituyó.

Repitamos, con la palabra y con las obras: Señor, confío en Ti, me basta tu providencia ordinaria, tu ayuda de cada día. No tenemos por qué pedir a Dios grandes milagros. Hemos de suplicar, en cambio, que aumente nuestra fe, que ilumine nuestra inteligencia, que fortalezca nuestra voluntad. Jesús permanece siempre junto a nosotros, y se comporta siempre como quien esⁿ.

El Señor acogerá benigneamente estas peticiones, si se las hacemos llegar por medio de su Madre, que es también Madre nuestra.

(11) *Es Cristo que pasa*, nn. 159-160.

143.

SÁBADO

—La penitencia a que nos invita la Cuaresma no es una tarea negativa.

—La mortificación facilita el progreso en la oración y en la vida interior.

—Mortificación para obtener el recogimiento interior que permite orar siempre.

TODOS los días pedimos a Dios que nos conceda *spatium verae poenitentiae*, tiempo para una verdadera penitencia. Y un tiempo especialmente oportuno es la Cuaresma, con su apremiante llamada a la purificación, al desagravio, a la reparación. Porque, *aunque no hay tiempo alguno que no sea rico en dones celestiales*, comenta San León Magno, *y en que, por la gracia de Dios, no hallemos siempre abiertas las puertas de la divina misericordia, conviene, sin embargo, que en éste, de un modo especial, las almas de todos los cristianos se animen con redoblado celo a progresar en la vida espiritual y se llenen de confianza¹.*

Necesitamos purificarnos del lastre dejado por las culpas pasadas y presentes. Y eso lo conseguimos con la penitencia, con la mortificación, que nos ha-

(¹) San León Magno, *Sermones in Quadragesima* 4.

cen estar más libres de ataduras, más limpios a los ojos de Dios, más ligeros para la marcha por el camino de la santidad.

En la Cuaresma la liturgia tiene presentes las consecuencias del pecado de Adán en la vida del hombre. Adán no quiso ser un buen hijo de Dios, y se rebeló. Pero se oye también, continuamente, el eco de ese feliz culpa —culpa feliz, dichosa— que la Iglesia entera cantará, llena de alegría, en la vigilia del Domingo de Resurrección (Praec. pasch.).

Dios Padre, llegada la plenitud de los tiempos, envió al mundo a su Hijo Unigénito, para que restableciera la paz; para que, redimiendo al hombre del pecado, adoptionem filiorum reciperemus (Galat. IV, 5), fuéramos constituidos hijos de Dios, liberados del yugo del pecado, hechos capaces de participar en la intimidad divina de la Trinidad. Y así se ha hecho posible a este hombre nuevo, a este nuevo injerto de los hijos de Dios (cfr. Rom. VI, 4-5), liberar a la creación entera del desorden, restaurando todas las cosas en Cristo (cfr. Ephes. I, 5-10), que los ha reconciliado con Dios (cfr. Colos. I, 20).

Tiempo de penitencia, pues. Pero, como hemos visto, no es una tarea negativa. La Cuaresma ha de vivirse con el espíritu de filiación, que Cristo nos ha comunicado y que late en nuestra alma (cfr. Galat. IV, 6). El Señor nos llama para que nos acerquemos a El deseando ser como El: sed imitadores de Dios, como hijos suyos muy queridos (I Ioann. III, 1), colaborando

*humildemente, pero fervorosamente, en el divino propósito de unir lo que está roto, de salvar lo que está perdido, de ordenar lo que ha desordenado el hombre pecador, de llevar a su fin lo que se descamina, de restablecer la divina concordia de todo lo creado*².

CON LA penitencia desagrávamos al Señor por las ofensas cometidas, y con la mortificación eliminamos los obstáculos que se oponen al crecimiento interior: *la paciencia del espíritu extingue la impaciencia de la carne; la bondad destruye la malicia; la mansedumbre, la ira; la continencia, la falta de templanza; la castidad mata la impureza; de tal modo que el que por el espíritu mortifique las obras de la carne, ése vivirá*³.

A medida que el alma se purifica, la vida interior progresa, porque la mortificación tiene la gran prerrogativa de facilitar el trato con Dios. *Si queremos que nuestras oraciones penetren en los cielos, cuidemos de purificar nuestra mente de todo vicio o pensamiento demasiado terreno*⁴. La mortificación consigue purificar el alma para que con mayor facilidad vea al Señor y escuche sus palabras en aquel diálogo continuo que ha de ser nuestra vida de almas contemplativas.

(2) *£5 Cristo que pasa*. n. 65.

(3) Orígenes, *In epistolam ad Romanos commentarium* 6, 14.

(4) Casiano, *Collationes* 9, 4.

*Considerad conmigo esta maravilla del amor de Dios: el Señor que sale al encuentro, que espera, que se coloca a la vera del camino, para que no tengamos más remedio que verle. Y nos llama personalmente, hablándonos de nuestras cosas, que son también las suyas, moviendo nuestra conciencia a la compunción, abriéndola a la generosidad, imprimiendo en nuestras almas la ilusión de ser fieles, de podernos llamar sus discípulos. Basta percibir esas íntimas palabras de la gracia, que son como un reproche tantas veces afectuoso, para que nos demos cuenta de que no nos ha olvidado en todo el tiempo en el que, por nuestra culpa, no lo hemos visto. Cristo nos quiere con el cariño inagotable que cabe en su Corazón de Dios*⁵.

Si viniera a faltar la mortificación —oración de los sentidos—, si dejáramos de sujetar a voluntaria servidumbre el cuerpo y sus inclinaciones, ¡qué difícil sería entonces oír a Dios que nos habla! Hay que luchar contra tanta miseria, para subir hacia Dios, y escuchar, y entender su palabra. *Mirad que el Señor suspira por conducirnos a pasos maravillosos, divinos y humanos, que se traducen en una abnegación feliz, de alegría con dolor, de olvido de sí mismo.* Si alguno quiere venir en pos de mí, niegúese a sí mismo (Matth. XVI, 24). *Un consejo que hemos escuchado todos. Hemos de decidarnos a seguirlo de verdad: que el Señor pueda servirse de nosotros para que, metidos en todas*

(5) £5 Cristo que pasa, n. 59.

*las encrucijadas del mundo —estando nosotros metidos en Dios—, seamos sal, levadura, luz. Tú, en Dios, para iluminar, para dar sabor, para acrecentar, para fermentar*⁶.

SIN SILENCIO interior, sin una disposición habitual de recogimiento en el alma, es muy difícil —casi imposible— ser contemplativos. Y sólo mediante una mortificación interior constante, lograremos el clima de recogimiento que facilita el trato íntimo con el Señor. Por eso, si el diálogo de nuestra oración es pobre y fluye con dificultad, quizá se deba a que nuestro espíritu de sacrificio es débil, a que necesitamos exigirnos más, porque la mortificación —como nuestro trato con el Señor— *ha de ser continua, como el latir del corazón*⁷.

Somos templos de Dios, y siempre, pero de una manera particular en la oración, hemos de buscarle en el centro de nuestra alma en gracia. Para lograr este silencio interior es necesaria la mortificación de los sentidos, de la imaginación, de la memoria. De modo especial hemos de prodigar las mortificaciones pequeñas, durante esos tiempos previstos en nuestro plan de vida, en los que procuramos vivir con la mayor intensidad lo que nuestro Fundador nos pedía para cualquier momento de la jornada: *de-*

(6) Amigos de Dios, n. 250.
O De nuestro Padre, n. 205.

béis consagrar día y noche todos los esfuerzos a unir el alma y el espíritu a Dios, nuestro Padre, por la oración, por la contemplación con un amor no interrumpido: metidos en Dios los sentidos, la imaginación, las potencias del alma, no tendréis problemas personales y, endiosados, podréis decir: vivo autem iam non ego, vivit vero in me Christus (Galat. II, 20); no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí".

Este esfuerzo se ha de ejercitar especialmente en la labor profesional, que ocupa la mayor parte de las horas de nuestra jornada. *Persuadios de que no resulta difícil convertir el trabajo en un diálogo de oración, escribe nuestro Padre. Nada más ofrecérselo y poner manos a la obra, Dios ya escucha, ya alienta. ¡Alcanzamos el estilo de las almas contemplativas, en medio de la labor cotidiana! Porque nos invade la certeza de que El nos mira, de paso que nos pide un vencimiento nuevo: ese pequeño sacrificio, esa sonrisa ante la persona inoportuna, ese comenzar por el quehacer menos agradable pero más urgente, ese cuidar los detalles de orden, con perseverancia en el cumplimiento del deber cuando tan fácil sería abandonarlo, ese no dejar para mañana lo que hemos de terminar hoy: ¡todo por darle gusto a El, a Nuestro Padre Dios! Y quizá sobre tu mesa, o en un lugar discreto que no llame la atención, pero que a ti te sirva como despertador del espíritu contemplativo, colocas el crucifijo, que ya*

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945, n. 28.

es para tu alma y para tu mente el manual donde aprendes las lecciones de servicio.

Si te decides —sin rarezas, sin abandonar el mundo, en medio de tus ocupaciones habituales— a entrar por estos caminos de contemplación, enseguida te sentirás amigo del Maestro, con el divino encargo de abrir los senderos divinos de la tierra a la humanidad entera⁹.

Pidamos a la Virgen, Maestra de oración, que nos ayude a lograr —mediante la mortificación— la sensibilidad necesaria para oír la voz de Dios en nuestra alma, y convertir así todos los momentos de nuestra jornada en conversación con su Hijo Jesús.

(9) *Amigos de Dios*, n. 67.

144.

DOMINGO V DE CUARESMA

—La vocación es una gracia de Dios que hay que custodiar.

—Cuando venga un error, rectificar: comenzar y recomenzar.

—La resurrección de Lázaro: siempre hay remedio para todo.

*SI DIOS no amara a los pecadores, no habría descendido del Cielo a la tierra*¹. Tanto nos ama, que no cesa de hacernos bien, aunque nosotros no correspondamos como debiéramos. Con tenacidad divina, una y otra vez prodiga sus gracias. *Yo abriré vuestros sepulcros y os sacaré de vuestras sepulturas, pueblo mío, y os llevaré a la tierra de Israel; y sabréis que Yo soy Yavé, cuando abra vuestros sepulcros y os saque de vuestras sepulturas, pueblo mío, y ponga en vosotros mi espíritu, y viváis*².

Continuamente protege Dios a sus hijos, empeñado en santificarlos. Y, gracia sobre gracia, nos ha dado la más grande de todas, después del Bautismo: la vocación. Desde el día inolvidable de la llamada, ¡qué paciencia con nosotros!, ¡qué insistencia divina en los medios de formación!, ¡qué protección paternal y constante sobre cada uno!

Correspondencia de amor será valorar en mucho

(1) San Agustín, *In Ioannis Evangelium tractatus* 49, 5.

(2) L. I (A) (Ezech. XXXVII, 12-14).

ese don divino; proteger, guardar vigilantes ese tesoro. Los enemigos de Dios no cesan en sus ataques, y hay que estar alerta. La gracia exige cooperación de nuestra parte, y *la vocación, que procede de la gracia, necesita de nuestra vigilancia y de nuestro esfuerzo para conservarse*³; precisa de nuestra colaboración personal para lograr efectivamente lo que aspiramos: poner *la última piedra* en nuestra vida de entrega.

Hijos míos —nos decía nuestro Padre—, *haber respondido afirmativamente a Nuestro Señor, como hemos hecho nosotros, es ya un gozoso comienzo: un inicio que ha necesitado del impulso de Dios, de la ayuda de su gracia, porque es sobrenatural, pero que también ha precisado de nuestra voluntad libérrima, que ha dicho al Señor: te amo sobre todas las cosas. Tú eres para mí todo.*

*Comenzar ya es algo, pero luego ¡a perseverar!, ¡a llegar al final! (...). Os lo quiero repetir: no está lo importante en comenzar, sino en terminar. Comenzar ya es algo, pero acabar es todo. Pensad que cualquier batalla puede ser la última de vuestra vida, y de nada serviría haber ganado las anteriores si perdiéramos la postrera. La suerte de la guerra se decide siempre en la última batalla*⁴.

EN BETANIA, cerca de Jerusalén, vivían Marta, María y Lázaro, una familia amiga del Señor. Un día,

(3) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 69, 2.

(4) De nuestro Padre, Tertulia, 19-111-1972.

Lázaro cayó enfermo, y sus hermanas enviaron a decirle: Señor, mira que aquél a quien amas está enfermo⁵. No le dijeron —comenta San Agustín— que viniese, porque a quien amaba le bastaba la noticia. No se atrevieron a decirle: ven y sánalo; ni tampoco osaron decir: mándalo desde ahí y surtirá efecto aquí (...). Nada de eso dijeron estas hermanas. Solamente: Señor, aquél a quien amas está enfermo. Basta con que lo sepas, pues no abandonas a los que amas⁶.

Sin embargo, el Señor, cuando oyó que Lázaro, su amigo, estaba enfermo, quedóse aún dos días más en el mismo lugar⁷.

Puede suceder a veces: Señor, mira que estoy enfermo. Señor, Tú, que por amor has muerto por mí en una cruz, ven a curarme. Y parece como si Jesús no oyera nuestra oración. Ten confianza, hijo mío, y persevera llamando a ese Corazón amantísimo, exclamaba nuestro Padre. Mira lo que dice a sus discípulos: Lazaras, amicus noster, dormit floann. XI, 11), duerme, nuestro amigo está durmiendo. El Señor comprende que nos podemos dormir y quiere que confiemos en que, pase lo que pase, nos podrá resucitar⁸.

Otras veces, Jesucristo no espera a que le digamos nada; basta que seamos humildes, que sepamos llorar cuando nos sentimos miserables, hechos de barro. La misericordia del Señor es infinita, y su sabi-

(5) Ev. (A) {Ioann. XI, 3}.

(6) San Agustín, *In Ioannis Evangelium tractatus* 49, 5.

(7) Ev. (A) {Ioann. XI, 6}.

(8) De nuestro Padre, Tertulia, 3-XII-1961.

duría inmensa sabe de todos nuestros buenos deseos, de todo ese amor que le tenemos; y sabe también que todo, siendo tan divino, está metido en un vaso de barro que fácilmente se rompe. Y entonces, ¿qué? Entonces, se hace lo que suele hacerse con los vasos de barro rotos: se recomponen y tienen una gracia especial, después de que les han puesto las lañas, ese hierro que une los pedazos. Siguen sirviendo. Me gusta decir en italiano que un vaso de barro lañado, roto y recompuesto, un vaso de barro así é un amore. Y estoy seguro de que a los ojos de Dios también lo será.

Hijos míos, no os preocupen las miserias pasadas, ni la posibilidad de miserias futuras: abandonémonos en las manos del Señor; hagámosle presentes esos deseos de santidad y de apostolado, que son el fin común que tenemos todos nosotros; lo que nos ha hecho participar en esta familia sobrenatural, y entonces, o no se romperá el vaso, o si se rompe, se recompondrá con nueva gracia, y seguirá sirviendo maravillosamente: para la propia santidad y para el apostolado⁹.

PASADOS los dos días, dijo Jesús a sus discípulos: vamos otra vez a Judea (...). Nuestro amigo Lázaro duerme, mas yo voy a despertarle de su sueño¹⁰.

La noticia de que el Señor estaba en camino, llegó a Betania cuando hacía ya cuatro jornadas que

(9) De nuestro Padre, Meditación, 4-III-1963.

(10) Ev. (A) {Ioann. XI, 7, 11}.

habían enterrado a Lázaro. Marta, sin poderse contener, salió al encuentro de Jesús: *Señor, si hubieses estado aquí, no habría muerto mi hermano* ".
*¿Habéis visto con qué cariño, con qué confianza, trataban sus amigos a Cristo? Con toda naturalidad le echan en cara su ausencia: ¡te hemos avisado! ¡Si Tú hubieras estado aquí!... ¿No os dan ganas de decir: ven, Señor Jesús, y enséñame a tratarte con aquel amor de amistad con que te trataron Marta, María y Lázaro, como te trataban también aquellos primeros Doce, que al principio te seguían quizá por motivos no muy sobrenaturales?*¹²

Y se entabló un diálogo singular entre Jesús y las hermanas de Lázaro: *¿Dónde lo pusisteis? —Ven, Señor, le dijeron, y lo verás. Entonces a Jesús se le arrasaron los ojos en lágrimas*¹³. Su llanto conmueve a los presentes, pero no faltan algunos que dicen: *pues éste, que abrió los ojos a un ciego de nacimiento, ¿no podía hacer que Lázaro no muñese?* "¹⁴

Una gran piedra cerraba la entrada del sepulcro. Muerto y corrompido estaba Lázaro: *iam foetet*¹⁵, hedía. El perfume de mirra y áloes con que embalsamaron el cuerpo del amigo se había hecho hedor de muerte. *¿Veis?, parece que ya no hay remedio. Cuántas veces os habré dicho que nuestra fidelidad se forja*

(11) *Ibid.*, 21.

(12) De nuestro Padre, Tertulia, 3-XII-1961.

(13) Ev. (A) (*joann.* XI, 34-35).

(14) *Ibid.*, 37.

(15) *Ibid.*, 39.

en la lucha de cada momento, con miserias, con errores. ¡Ay del que no luche! Porque pierde la vida interior, y es muy difícil resucitar a un muerto. Pero habéis visto que los muertos también resucitan, cuando oyen la voz de Dios: Lazare, veni foras! (Ioann. XI, 43).

Hijos míos de mi alma: si las cosas de la tierra no os mueven, que os mueva la voz de Cristo. Y pensad que mis palabras pueden ser la voz de Dios en este momento: Lazare, veni foras! Y al instante, el que había muerto salió fuera (Ioann. XI, 44). ¿Lo veis? Lázaro resucitó porque oyó la voz de Dios, y quiso salir de aquel estado. Si no se hubiese querido mover, no habría resucitado. Y tú, ¿quieres?

*Y ahora un propósito: tener siempre fe en Dios; tener siempre esperanza en Dios; amar siempre a Dios, que El nunca nos abandonará, aunque estemos podridos*¹⁶.

Demos siempre muchas gracias a Dios que, como verdadero Hombre, lloró a su amigo Lázaro; y, como verdadero Dios, lo resucitó de entre los muertos; y, compadecido de los hombres (...), nos condujo a una nueva vida ". Y tengamos una filial devoción a la Virgen Santísima, porque —como escribió nuestro Padre— *si buscas a María, encontrarás "necesariamente" a Jesús, y aprenderás —siempre con mayor profundidad— lo que hay en el Corazón de Dios*¹⁸.

(16) De

(17) /Vaf^{MTM} Pa^{dr} Tertulia, 3-XIM961.

(18) Forja, n. 661.

145.

LUNES

—Ante las incomprensiones, confiar en el Señor.

—Defender los derechos de Dios y sostener la verdad, siempre con caridad.

—Hay siempre para la actuación humana una justificación, una disculpa, al menos en la intención.

*ETERNO Dios, que conoces las cosas ocultas, que lo sabes todo antes de que suceda, Tú sabes que han levantado contra mí un falso testimonio*¹.

Es la voz de un alma de Dios, injustamente condenada por los hombres. ¡Cómo deben llegar al Cielo estas voces, hasta el justo Juez que *tiene misericordia por amor, porque nos ama como algo suyo*!². ¡Y qué respeto, qué veneración hemos de sentir por una sola alma, por el hecho de que todas son de Dios! Resuenan en nuestros oídos las palabras de Jesucristo: *no juzguéis, y no seréis juzgados*³. Con este mandato, el Señor no prohíbe a unos corregir a otros, pero sí que unos desprecien a otros y los odien, en general, por simples sospechas⁴.

La verdadera caridad con el prójimo comienza en lo interior. Por eso, *cuando hay amor de Dios, el*

(1) L. 1 (Dan. XIII, 41-42).

(2) Santo Tomás, S. Th. II-II, q. 30, a. 3 ad 1.

(3) Atert. VII, 1.

(4) San Juan Crisóstomo, In Matthaeum homiliae 23, 1.

*cristiano tampoco se siente indiferente ante la suerte de los otros hombres, y sabe tratar a todos con respeto*⁵; y al contrario, *cuando ese amor decae, existe el peligro de una invasión, fanática y despiadada, en la conciencia de los demás*⁶.

Mucho supo nuestro Padre, como todas las almas que de verdad sirven a Dios, de calumnias y de críticas, pues fue *con frecuencia y durante largos años, la diana de ejercicios de tiro de murmuraciones, de difamación, de calumnia. La gracia de Dios y un natural nada rencoroso* —comenta en una de sus homilías, hablando en tercera persona— *han hecho que todo eso no les haya dejado el menor rastro de amargura. Mihi pro mínimo est, ut a vobis iudicer* (I Cor. IV, 3), *se me da muy poco el ser juzgado por vosotros, podrían decir con San Pablo. A veces, empleando palabras más corrientes, habrán añadido que todo les ha salido siempre por una friolera. Esa es la verdad.*

*Por otro lado, sin embargo, no puedo negar que a mí me causa tristeza el alma del que ataca injustamente la honradez ajena, porque el injusto agresor se hunde a sí mismo. Y sufro también por tantos que, ante las acusaciones arbitrarias y desaforadas, no saben dónde poner los ojos: están aterrados, no las creen posibles, piensan si será todo una pesadilla*⁷.

(5) 1^a Criso. 1^{re} p^{er}son. n. 67.
(6) 1^a Criso. 1^{re} p^{er}son. n. 67.
(7) Es Cristo que pasa, n. 68.

Son los sentimientos que se reflejan en la primera lectura de la Misa de hoy, donde leemos *el relato de Susana, aquella mujer casta, falsamente inculpada de deshonestidad por dos viejos corrompidos*. Rompió a llorar Susana y contestó a sus acusadores: por todas partes me siento en angustias; porque si hago lo que me proponéis, vendrá sobre mí la muerte; y si me niego, no escaparé de vuestras manos (Dan. XIII, 21). *¡Cuántas veces —comenta nuestro Fundador— la insidia de los envidiosos o de los intrigantes coloca, a muchas criaturas limpias, en la misma situación! Se les ofrece esta alternativa: ofender al Señor o ver denigrada su honra. La única solución noble y digna es, al mismo tiempo, extremadamente dolorosa, y han de resolver: prefiero caer inculpable en vuestras manos a pecar contra el Señor (Dan. XIII, 22)*⁸.

Por si alguna vez nos encontrásemos en parecidas circunstancias, tomemos ahora *la decisión de no entristecernos nunca, si nuestra conducta recta es mal entendida por otros; si el bien que —con la ayuda continua del Señor— procuramos realizar, es interpretado torcidamente, atribuyéndonos, a través de un ilícito proceso a las intenciones, designios de mal, conducta dolosa y simuladora. Perdonemos siempre, con la sonrisa en los labios. Hablemos claramente, sin rencor, cuando pensemos en conciencia que debemos hablar. Y dejemos todo en las manos de Nuestro Padre Dios,*

(8) £5 Cristo que pasa, n. 68.

*con un divino silencio —Iesus autem tacebat (Matth. XXVI, 63), Jesús callaba—, si se trata de ataques personales, por brutales e indecorosos que sean. Preocupémonos sólo —insiste nuestro Fundador— de hacer buenas obras, que El se encargará de que brillen delante de los hombres (Matth. V, 16)*⁹.

HAN LLEVADO ante Jesús a una mujer pecadora: *Moisés, en la Ley, nos tiene mandado apedrear a éstas; Tú, ¿qué dices? Esto le preguntaban para tentarle y poder acusarle*¹⁰.

Se trataba de un hecho público, era indudable que se había cometido. A aquellos hombres, sin embargo, no les importaba el hecho en sí; la situación de aquella mujer les traía sin cuidado. No les preocupaba la ofensa a Dios, ni la corrección y el arrepentimiento de la pecadora. Su propósito era tender un lazo a Jesús; faltaba la rectitud de intención. *Jesús inclinóse hacia el suelo y con el dedo escribía en la tierra. Mas como porfiasen ellos en preguntarle, se enderezó y les dijo: el que de vosotros se halle sin pecado, tire contra ella la primera piedra*¹¹. Y aquellos hombres se fueron retirando, avergonzados, *comenzando por los más viejos*¹², porque con más tiempo de vida podían haber acumulado mayor iniquidad en

(9) *Cr* 1, 10 que pasa, n. 72.
 (10) *Ibid.*, 6-7.
 (12) *Ibid.*

el corazón y, a pesar de ser miserables, no comprendían que los demás tuvieran miserias.

La enseñanza de este pasaje del Evangelio es bien clara: no somos quién, para juzgar a otras personas. Sólo Dios penetra en las cosas ocultas, lee en los corazones, pesa en su real valor todas las circunstancias que acompañan a una acción. *Un mínimo sentido de la justicia exige que, incluso en la investigación de un presunto delito, se proceda con cautela y moderación, sin tomar por cierto lo que es sólo una posibilidad*¹³. Hace falta un corazón limpio, celo por las cosas de Dios y amor a las almas, para poder juzgar con rectitud de intención.

Pero hay acciones ante las que debemos tomar partido, hay hechos que no pueden contemplarse pasivamente. Y esto es ya juzgar. Además, debemos conocer los acontecimientos que salen del fuero de la conciencia y se plasman en hechos o en palabras, si nos afectan de algún modo; y todo lo que se refiere a Dios, a la Iglesia, a la Obra, nos atañe muy directamente. Y la defensa de los intereses de Dios nos empuja a *dar testimonio de la verdad*¹⁴, a no transigir en lo que no es nuestro. Pero esos juicios, cuando haya que hacerlos, han de dejar siempre a salvo la intención del autor: han de ir tamizados por la caridad.

Sólo el amor puede llevar la duda a la mejor

(13) *Es Cristo que pasa*, n. 69,

(14) *Ioann.* VIII, 37.

*parte*¹⁵. Por eso Dios perdona, comprende, justifica; mientras que los hombres tendemos a pensar mal. Es el amor, la caridad lo que puede detener el juicio condenatorio: *la caridad es sufrida, es bienhechora; la caridad no tiene envidia, no obra precipitada ni temerariamente, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus intereses, no se irrita, no piensa mal*¹⁶.

ENTONCES Jesús, alzándose, le dijo: mujer, ¿dónde están tus acusadores? ¿Nadie te ha condenado? Ella respondió: ninguno, Señor. Y Jesús le dijo: *pues tampoco Yo te condenaré. Anda, y no peques más en adelante*¹⁷. Ha habido pecado y Jesús lo llama así, por su nombre. Pero Jesús se ha compadecido del alma débil. Para eso ha venido a la tierra: *a buscar y salvar lo que estaba perdido*¹⁸; no a acabarlo de perder. El Señor ha cargado con nuestras miserias, para aliviarnos de ellas.

¡Qué misericordia la de nuestro Dios! Es la misericordia que debemos tener hacia cada alma, porque el celo por las cosas de Dios debe ir unido siempre al amor a todas las almas, que Cristo compró *por gran precio*¹⁹. Y tendremos más misericordia con los más necesitados, porque eso es la *misericordia*:

(15) San Agustín, *Sermo* 1, 1, 9.

(16) *1 Cor.* XIII, 4-5.

(17) *Hv. (Ioann.)* VIII, 10-11).

(18) *Luc.* XIX, 10.

(19) *1 Cor.* VI, 20.

*compasión de la miseria ajena, que nos mueve a remediarla, si es posible*²⁰: a dar afecto, a prestar ayuda y, sobre todo, a comprender. Tú no puedes tratar con falta de misericordia a nadie: y, si te parece que una persona no es digna de esa misericordia, has de pensar que tú tampoco mereces nada.

—No mereces haber sido creado, ni ser cristiano, ni ser hijo de Dios, ni pertenecer a tu familia...²¹.

Aunque veáis algo malo —enseña San Bernardo—, no juzguéis al instante a vuestro prójimo. Excusad la intención, si no podéis excusar la obra. Pensad que lo habrá hecho por inconsideración o por ignorancia²². Hay que procurar salvar la intención, sin perjuicio de hacer, si es del caso, la conveniente advertencia para ayudarle a corregirse.

Esto no sería posible si faltase humildad, porque *la humildad* —escribió nuestro Padre— es *la virtud que lleva a descubrir que las muestras de respeto por la persona —por su honor, por su buena fe, por su intimidad—, no son convencionalismos exteriores, sino las primeras manifestaciones de la caridad y de la justicia*.

La caridad cristiana no se limita a socorrer al necesitado de bienes económicos; se dirige, antes que nada, a respetar y comprender a cada individuo en cuanto tal, en su intrínseca dignidad de hombre y de hijo

(20) San Agustín, *De civitate Dei* 9, 5.

(21) *Forja*, n. 145.

(22) San Bernardo, *In Cantici canticorum sermones* 40.

del Creador. Por eso, los atentados a la persona —a su reputación, a su honor— denotan, en quien los comete, que no profesa o que no practica algunas verdades de nuestra fe cristiana, y en cualquier caso la carencia de un auténtico amor de Dios (...).

*Espero que seremos capaces de sacar consecuencias muy concretas de este rato de conversación, en la presencia del Señor. Principalmente el propósito de no juzgar a los demás, de no ofender ni siquiera con la duda, de ahogar el mal en abundancia de bien, sembrando a nuestro alrededor la convivencia leal, la justicia y la paz*²³.

Así lo pedimos a la Virgen María, que es Madre de misericordia, y que ayuda más a aquellos hijos suyos que más la necesitan.

P3) *Es Cristo que pasa*, n. 72.

146.

MARTES

—La perseverancia requiere una respuesta libre y generosa a la gracia de Dios.

—La libertad, en la tierra, tiene siempre sus límites.

—Dejarse *condicionar* por el amor de Dios.

HIJAS e hijos míos, sé que todos vosotros habéis venido a la Obra porque os ha dado la gana, decididos a entregaros, a quemar las naves, de modo que en el corazón, en el pensamiento y en la voluntad no haya otro afán que Dios y el bien de las almas. Los que lleváis ya algún tiempo en la Obra habéis visto, con agradecimiento, cómo tantas almas se entusiasman y vibran con el espíritu del Opus Dei, que enseñamos y procuramos reflejar en todas nuestras acciones, vulgares y corrientes en apariencia, pero que realmente son heroicas.

Me habéis oído decir muchas veces que pitar es algo, pero que perseverar es todo. Por eso os quiero prevenir ahora contra una tentación que quizá sientan algunos hijos míos cuando llega el momento, que necesariamente tiene que venir, de notar que en el Opus Dei hay cruz. Porque Dios nos pide a todos una abnegación plena, y a veces el pobre hombre de barro —de que estamos hechos— se rebela; sobre todo si hemos dejado que nuestro yo se interponga en el trabajo, que ha de ser para Dios.

*A esos hijos míos, que quizá entonces se encuentran como obligados a llevar la cruz (cfr. **Matth. XXVII,***

32), me gustaría decirles al oído: si scires donum Dei/ (Ioann. IV, 10), ¿si conocieras el don de Dios! Hijo, ¿por qué no lo entiendes?, ¿por qué pareces ignorar el gran regalo que te ha hecho llamándote a su servicio precisamente a ti, cuando hay tantas almas mejores que la tuya, más entregadas, que responderían con generosidad más plena?'

En esta última semana de Cuaresma, el Evangelio de la Misa recoge la larga conversación de Jesucristo con los fariseos en Jerusalén, con ocasión de la fiesta de los Tabernáculos. Y cuenta San Juan que, a pesar de la oposición de los escribas y fariseos, *al decir estas cosas, muchos creyeron en El*². A estos judíos creyentes dirige Jesús la última parte de su discurso: *si vosotros permanecéis en mi palabra, sois en verdad discípulos míos, conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres*³. Palabras que hemos de tener siempre presentes, de modo especial si alguna vez pretendiera insinuarse en nuestra vida un conflicto entre la libertad y la entrega.

Nuestro Padre nos puso claramente en guardia frente a este falso dilema. *Es lógico, hijas e hijos, que haya límites en nuestra actuación de hijos de Dios, a la vez que nos sentimos y somos verdaderamente libres. Los límites y protecciones de las autopistas, que impiden a los coches salirse del camino, sólo podrían*

0) De nuestro Padre, Crónica, 1972, pp. 630-631.

(2) Ev. (Ioann. VIII, 30).

(3) Ioann. VIII, 31.

parecer contrarios a la libertad a quien no quisiera verdaderamente llegar a donde conduce la carretera. Únicamente una persona sin juicio quiere que no haya limitaciones en su camino, como un conductor de automóvil que dijera: ¿por qué ponen estas barreras?, y las saltara pasándose al otro lado. Ese hombre no es más libre por eso, pero además atropella la libertad de los otros, y terminará perdiéndose⁴.

*Aseguraremos, con la ayuda de Dios, la perseverancia si día a día respondemos fielmente a las pequeñas exigencias de la entrega. Concédenos, Señor, perseverar en tu servicio para que, a lo largo de los días, el pueblo que te sirve fielmente crezca en número y santidad *

A VOSOTROS, hijas e hijos míos, la formación que recibís en la Obra, mientras os hace cada vez más sencillos y descomplicados, os da rectitud de criterio, que se traduce en la unidad de vida, y en una gran libertad, con las limitaciones lógicas de la entrega a Dios según una vocación específica, que no tiene otro fin que el servicio a Dios y a las almas.

Por ejemplo, ahora no sería bueno que repitierais lo que hice yo, durante tantos años, con los primeros: ir por los hospitales, para atender a los enfermos, lim-

(4) De nuestro Padre, Crónica, 1972, p. 632.

(5) *Orat.*

piarles, lavarlos. A eso tuve que renunciar porque no era compatible con esta otra labor que es el trabajo que el Señor me pide ahora. Y vosotros igual: al elegir santificaros en el lugar que el Señor os ha puesto, tenéis que prescindir de otras cosas buenas, pero que ya no son vuestro camino.

Padre, me preguntaréis, entonces ¿estamos condicionados?, ¿no tenemos libertad? Mirad si hay en la tierra, hijos, alguna persona que sea libre en el sentido de que no tenga limitaciones de ninguna clase. Nuestras madres están condicionadas por el amor a nuestro padre y a nosotros. Este hombre está condicionado por su profesión, aquél por sus ambiciones de gloria, el otro por su sensualidad, como lo estaríamos nosotros si no guardásemos la vista, si nouviéramos la preocupación de evitar las ocasiot\es, y de ser humildes. Condicionado está el militar, el profesor, y el campesino; condicionado está el empresario y el obrero... Todos, todos: el enfermo, el sano, el alto, el bajo, el deportista y el baldragas que no se mueve por nada... Todos están condicionados.

Al elegir una cosa, otras muchas —también buenas— quedan excluidas, pero eso no significa que falte libertad: es una consecuencia necesaria de nuestra naturaleza finita, que no puede abarcarlo todo; aunque al elegir en cada momento a Dios —que es el fin último también del orden natural—, en El de algún modo se tiene todo (cfr. Eccli. XLIII, 27). Y esto en lo humano, en lo terreno. En lo espiritual, con más motivo. Hijas e hijos míos: buscar una falsa libertad que ignore

las consecuencias de las obligaciones que hemos contraído por amor, porque nos dio la gana, no es ni libertad ni siquiera parte de la libertad: es señal de que se ama el libertinaje, de que el corazón se ha desordenado. Por eso os pido siempre que obréis con voluntad actual, para que cada día y en todo instante confirméis la elección que habéis hecho, porque Dios os llamó y vosotros dijisteis que sí, por una razón sobrenatural de amor incondicionado.

Hijos míos, ¿no vale la pena que nosotros nos dejemos libremente condicionar por el Amor y el sacrificio? Cuando tantas cosas se tambalean, y el diablo ha desatado una tempestad tremenda contra la Iglesia de Cristo, ¿no es una maravilla que nosotros nos entreguemos de lleno al Señor, que nuestra vida entera esté condicionada por ese afán de amar a Dios y de servir a las almas? Un límite que nos lo hemos impuesto nosotros mismos, con la gracia divina, porque nos dio la gana⁶.

SI UN hombre no se deja vincular por afanes nobles y limpios, con los que acepta las obligaciones de una familia, de una profesión, de unos deberes ciudadanos...; si un hombre no tiene iniciativa para tomar esas decisiones, la vida misma se encargará de imponérselas, contra su voluntad. Después vendrá la reacción de rebeldía, de violencia, de abandonarse por un

camino que no es cristiano. Cuando todo eso sucede, esa alma queda todavía más condicionada que la que voluntariamente quiso aceptar unos compromisos, que en apariencia coartaban su libertad; en apariencia, porque en ese momento era libre, como seguirá siendo libre su lealtad. De otro modo —no lo olvidéis, hijos— queda el alma más esclavizada, con cadenas que en alguna ocasión parecerán de oro, pero que no dejan de ser cadenas. Y, en otras, serán de hierro mohoso.

Os he contado ya otras veces la triste impresión que me produjo ver un águila dentro de una jaula de hierro, con un pedazo de carroña entre sus garras. Aquel animal —que en las alturas es todo majestad, dueño de los aires, y mira de hito en hito al sol— encerrado en la jaula daba asco y pena a la vez, por las mil diabluras que le gastaban unos niños.

Hijos míos, creedme, todas nuestras rebeldías desordenadas nos llevan a la jaula y ala carroña, al envilecimiento, a perder la potestad de subir. Sólo entregándonos con humildad podremos decir con San Juan de la Cruz: volé tan alto, tan alto / que le di a la caza alcance.

No es cosa material, exterior. Se puede estar prisionero en la celda más horrenda e inhumana, y ser libre, aceptando la voluntad de Dios y amando el sacrificio, con el pensamiento en todas las almas de la tierra. ¡Cuántos mártires de la fe en nuestros días han volado así como las águilas, con el cuerpo entre hierros y el alma libre para amar a Dios sin límites!

No contempléis nada sólo con ojos humanos, hijas

(6) De nuestro Padre, Crónica, 1972, pp. 632-634.

e hijos míos. No miréis con la nariz pegada al muro, porque entonces no veríais más que un poco de pared, algo de suelo y la punta de vuestros zapatos, que ni siquiera estarán limpios porque se habrán manchado con el polvo del camino. Alzad la cabeza, y veréis el cielo, azul o nublado, pero esperando vuestro vuelo. Los obstáculos de la sensualidad, de la soberbia, de la vanidad; en una palabra, de la idiotez humana, no son tan altos que puedan, si nosotros no queremos, cegarnos por completo la vista. Además, con la gracia de Dios, nos los saltamos como se los salta un torero o un buen deportista.

La Obra os está dando una doctrina maravillosa, de modo que el que no recibe la formación debida es porque no quiere; medios no le faltan. Hijos, en el Opus Dei no hay nadie que se niegue descaradamente a aprovechar los medios de formación, pero podría suceder que alguno, por soberbia, no entendiera la bondad de un determinado criterio. Si dejamos que el yo enrede, es más fácil que nuestra cabeza vea limitaciones donde se nos pide que pongamos amor. Pero con un poco de buena voluntad, y la gracia de Dios que no nos falta, la inteligencia se vuelve más clara y todo se arregla. Y habremos vencido una batalla más⁷.

Acudimos a la Virgen, pidiéndole la perseverancia en nuestra entrega. *Sancta Maria, Ancilla Domini, ora pro nobis!*

(7) De nuestro Padre, Crónica, 1972, pp. 634-636.

147.

MIÉRCOLES

—Jesús nos dio ejemplo de amor a la verdad, con sacrificio personal.

—Nuestra intransigencia ha de ser santa: porque no transigimos en lo que, por ser de Dios, es santo y porque hemos de vivir la verdad siempre en la caridad.

—La *santa intransigencia* ha de aplicarse primero a la propia vida: vivir la verdad que enseñamos.

MUCHOS ejemplos nos dio Jesús de su amor a la verdad; el Evangelio de San Juan recoge uno de ellos: *era invierno y Jesús se paseaba en el templo, por el pórtico de Salomón. Entonces le rodearon los judíos y le dijeron: ¿hasta cuándo has de traer suspenso nuestra alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente* \ Son sus enemigos los que le preguntan para obligarle a dar una respuesta que le comprometa. Si Jesús les habla claro, no tardarán en levantarse las piedras amenazadoras. Y El, que es nuestro modelo en todo, va a enseñarnos con su ejemplo cuál debe ser nuestra actitud. Jesucristo, sin atender al ánimo hostil de aquellos fariseos, dice claramente: *Yo y el Padre somos una misma cosa*². Se alzan las manos airadas de los judíos, le rodea un

(1) *Ioann.* X, 22-24.
(2) *Ibid.*, 30.

círculo de gente enfurecida; mas el Señor sigue dando testimonio de la Verdad.

Decía Jesús a los judíos que habían creído en El: si vosotros permanecéis en mi palabra, sois en verdad discípulos míos, conoceréis la verdad y la verdad os hará libres³. Y comenta nuestro Padre: qué verdad es ésta, que inicia y consuma en toda nuestra vida el camino de la libertad. Os la resumiré, con la alegría y con la certeza que provienen de la relación entre Dios y sus criaturas: saber que hemos salido de las manos de Dios, que somos objeto de la predilección de la Trinidad Beatísima, que somos hijos de tan gran Padre. Yo pido a mi Señor que nos decidamos a darnos cuenta de eso, a saborearlo día a día: así obraremos como personas libres. No lo olvidéis: el que no se sabe hijo de Dios, desconoce su verdad más íntima, y carece en su actuación del dominio y del señorío propios de los que aman al Señor por encima de todas las cosas.

Persuadios, para ganar el cielo hemos de empeñarnos libremente, con una plena, constante y voluntaria decisión. Pero la libertad no se basta a sí misma: necesita un norte, una guía⁴. Y esa guía es la palabra de Cristo, el Magisterio de la Iglesia. Por eso, no hemos de tener miedo a decir la verdad; aunque algunas veces sea mejor callar por caridad con el prójimo⁵: por

(3) Ev. (Ioann. VIII, 31-32).

(4) Amigos de Dios, n. 26.

(5) De nuestro Padre.

caridad auténtica, cuando el silencio no dañe a nadie; nunca poi* desidia, ni comodidad, ni cobardía.

LIMPIA y precisa hemos recibido la doctrina, así tenemos que darla. No podemos permanecer impasibles ante el error o la confusión, porque *no es posible concordia alguna de la verdad con la mentira, algún acuerdo de las tinieblas con la luz⁶*. De ahí nace nuestra intransigencia con el error, que *no es intransigencia a secas: es "la santa intransigencia"⁷*.

Es santa, en primer lugar, porque no transigimos en lo que, por ser de Dios, es santo; siendo nosotros sólo depositarios, administradores fieles. En eso, la transigencia sería *señal cierta de no tener la verdad*. —*Cuando un hombre transige en cosas de ideal, de honra o de Fe, ese hombre es un... hombre sin ideal, sin honra y sin Fe⁸*. No atendemos a intereses personales, sino que decimos lo que tenemos obligación de decir, aunque sea con riesgo de la propia vida. Esta debe ser nuestra disposición y nuestra actitud, cuando están en juego los derechos de Dios, de la Iglesia y de la Obra: la verdad, sin compromisos.

Pero también debe ser santa nuestra intransigencia por el modo de llevarla a cabo: debemos vi-

(6) San León Magno, *Sermo* 70, 5.

(7) *Camino*, n. 398.

(8) *Camino*, n. 394.

vir la verdad con caridad: *veritatem facientes in caritate*⁹. Si no enseñamos la verdad con caridad, se corre el peligro de desvirtuar la misma doctrina, que es toda de amor. Hemos de tener en cuenta que el hombre no es sólo razón; hiriéndole, además de faltar a la caridad, hay riesgo de que se cierre a la verdad.

No se puede confundir la *santa intransigencia* —en las cosas en que no podemos ceder, porque no son nuestras— con la violencia cerril. Nuestro Padre nos recuerda: *violencia, nunca. No la comprendo, no me parece apta ni para convencer ni para vencer: un alma que recibe la fe se siente siempre victoriosa. El error se combate con la oración, con la gracia de Dios, con razonamientos desapasionados, ¡estudiando y haciendo estudiar!, y repito, con la caridad. Por eso, cuando alguno intentara maltratar a los equivocados, estad seguros de que sentiré el impulso interior de ponerme junto a ellos, para seguir por amor de Dios la suerte que ellos sigan*¹⁰.

LA VERDAD, además de ser predicada, ha de ser practicada, vivida. *El mundo vive de la mentira; y hace veinte siglos que vino la Verdad a los hombres.*

—¡Hay que decir la verdad!, y a eso hemos de ir

(9) *Ephes.* IV, 15.

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 31-V-1954, n. 19.

los hijos de Dios. Cuando los hombres se acostumbren a proclamarla y a oírla, habrá más comprensión en esta tierra nuestra ".

Es otra vez Jesús quien nos da ejemplo: *si no hago las cosas de mi Padre, no me creáis*, dice a los judíos. *Pero si las hago, aunque a mí no queráis darme crédito, dadlo a mis obras*¹¹. Sinceridad en nuestras vidas, porque *los que tenemos la verdad de Cristo en el corazón hemos de meter esa verdad en el corazón, en la cabeza y en la vida de los demás: tenemos obligación grave. Lo contrario es comodidad, política falsa. Yo tengo el deber* —afirmaba nuestro Padre— *de llevar a todas las almas por el camino de Cristo*"; y esto sólo podremos lograrlo imitando a Nuestro Señor, *que comenzó a hacer y a enseñar*¹².

Hemos de dar testimonio con nuestra vida recta. Y entonces nuestra palabra podrá llevar a los hombres el buen olor de Cristo, que es el que arrastra, el que persuade, el que enamora. *El cristiano ha de manifestarse auténtico, veraz, sincero en todas sus obras. Su conducta debe transparentar un espíritu: el de Cristo. Si alguno tiene en este mundo la obligación de mostrarse consecuente, es el cristiano, porque ha recibido en depósito, para hacer fructificar ese don* (cfr. Luc. XIX, 13), *la verdad que libera, que salva* (cfr.

(11) *Forja*, n. 130.

(12) *Ioann.* X, 37-38.

(13) De nuestro Padre, *Crónica* VII-62, p. 55.

(14) *Act.* I, 1.

Ioann. VIII, 32). *Padre, me preguntaréis, y ¿cómo lograré esa sinceridad de vida? Jesucristo ha entregado a su Iglesia todos los medios necesarios: nos ha enseñado a rezar, a tratar con su Padre Celestial; nos ha enviado su Espíritu, el Gran Desconocido, que actúa en nuestra alma; y nos ha dejado esos signos visibles de la gracia que son los Sacramentos. Úsalos. Intensifica tu vida de piedad. Haz oración todos los días. Y no apartes nunca tus hombros de la carga gustosa de la Cruz del Señor*¹⁵.

Pidamos al Señor, por la intercesión de la Virgen Santa María, un gran amor a la Verdad: para vivirla con sacrificio personal y para decirla siempre, sin cobardes ambigüedades, movidos en todo por la caridad.

(15) *Amigos de Dios*, n. 141.

148.

JUEVES

—El ejemplo de Jesús nos mueve a querer dar la vida por la mortificación constante.

—La Cruz es necesaria para crecer en la entrega y dar frutos de santidad y apostolado.

—Amar la Cruz es, sobre todo, entregar el propio yo.

*"VEXILLA Regis...". Las banderas del Rey avanzan; brilla el misterio de la Cruz (...), en donde la Vida padeció la muerte, y con su muerte nos dio vida*¹.

Muy cerca están ya las horas de la Pasión; muy poco falta para que llegue a su término la obra de nuestra Redención, que Cristo ha venido a realizar. Han visto los judíos que el influjo y la fama del Señor, sobre todo después de los últimos milagros, crece de día en día. *¿Veis —comentan— como no adelantamos nada? Mirad como todo el mundo se va tras El*². Han fracasado todas sus argucias: las preguntas malintencionadas, aparentemente insolubles, hallaron siempre cumplida respuesta en los labios del Señor; las campañas calumniosas no encontraron eco en la gente sencilla, cada vez más admirada del ejemplo de vida de Jesús.

Llegó, pues, el momento predicho por el profeta:

(1) Himno *Vexilla Regis*.

(2) *Ioann.* XII, 19.

por aquellos días dijeron (...): *venid, atravesémosle con los dardos de nuestras lenguas, y no atendamos a ninguna de sus palabras*³. Jueces, acusadores y a la vez verdugos, sin abogado que pudiera defender la causa, dictan sentencia condenatoria e inapelable contra el Salvador.

Mas aquellas maquinaciones no quedan ocultas a los ojos de Dios, que lee en los corazones de los hombres. Por eso cuando —contentos de la gloria alcanzada por su Maestro— Andrés y Felipe se le acercan para decirle que hasta unos gentiles desean verle, Jesucristo corrige enseguida su optimismo puramente humano, y exclama: *¡llegó la hora en que debe ser glorificado el Hijo del hombre!*⁴, en que va a establecerse su reinado sobre la tierra; pero no como imagináis vosotros, porque —comenta San Agustín— *Cristo no era Rey de Israel para imponer tributos, ni para tener ejércitos armados y guerrear visiblemente contra sus enemigos; era Rey de Israel para gobernar las almas, para dar consejos de vida eterna, para conducir al reino de los cielos a quienes estaban llenos de fe, de esperanza y de amor*⁵.

Y para eso, pudiendo servirse de muchos medios, el Señor eligió morir en la Cruz: *en verdad, en verdad os digo, que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda infecundo; mas si muere, pro-*

(3) *Ierem.* XVIII, 18.

(4) *Ioann.* XII, 23.

(5) San Agustín, *In Ioannis Evangelium tractatus* 51, 4.

*duce mucho fruto*⁶. Y tú —pregunta nuestro Padre a cada uno—, *¿no quieres ser grano de trigo, morir por la mortificación, y dar espigas bien granadas?*⁷.

LA CRUZ, por expreso designio de la Voluntad divina, fue el instrumento de nuestra Redención; para eso vino Cristo al mundo: *ahora mi alma está turbada* —exclama en la proximidad de la Pasión—, *¿y qué diré? ¿Padre, líbrame de esta hora? No, que para eso vine a esta hora. ¡Padre, glorifica tu nombre!*⁸. Y nosotros, que somos discípulos de Cristo, ¿cómo reaccionaremos ante el sacrificio que cuesta, sino pensando que hemos sidp llamados para seguir los pasos de Jesús? *El que me sirve* —nos dice—, *sígame, que donde Yo estoy, allí también estará mi servidor*⁹. *Sígame* es un mandato imperativo, y significa clavar-se con Cristo en la Cruz, porque *no es el discípulo más que su maestro, ni el siervo más que su amo*¹⁰.

Hay auténtica entrega, somos verdaderamente discípulos de Cristo, cuando la Cruz da sentido divino a nuestra existencia, porque *la Cruz es el signo de Cristo Redentor. Dejó de ser el símbolo del*

(6) *Ioann.* XII, 24.

(7) *Camino*, n. 199.

(8) *Ioann.* XII, 27-28.

(9) *Ibid.*, 26.

(10) *Matth.* X, 24.

mal para ser la señal de la victoria". Una victoria que va a consistir principalmente en dejar a Jesucristo que viva en nosotros. Necesitamos de la Cruz para apartar los obstáculos que dificultan nuestra entrega, para allanar el camino de Jesús en nuestras vidas. La Cruz es *nuestra gloria, la fuente de todos nuestros bienes, nuestra esperanza, nuestro premio*".

Tenemos necesidad de la Cruz para crecer y fructificar como el trigo sembrado en la tierra: en su raíz queda la muerte, la semilla podrida, pero de ahí surge la riqueza de la espiga. *Quien conserva su vida, la perderá; y quien perdiere su vida por amor mío, la volverá a hallar*¹³, más abundante, más rica, más fecunda.

Repasa el ejemplo de Cristo, desde la cuna de Belén hasta el trono del Calvario. Considera su abnegación, sus privaciones: hambre, sed, fatiga, calor, sueño, malos tratos, incomprensiones, lágrimas...; y su alegría de salvar a la humanidad entera. Me gustaría que ahora grabaras hondamente en tu cabeza y en tu corazón —para que lo medites muchas veces, y lo traduzcas en consecuencias prácticas— aquel resumen de San Pablo, cuando invitaba a los de Efeso a seguir sin titubeos los pasos del Señor: sed imitadores

(11) De nuestro Padre, Crónica XI-60, p. 8.

(12) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 54, 5.

(13) *Matth.* X, 39.

de Dios, ya que sois sus hijos muy queridos, y proceded con amor, a ejemplo de lo que Cristo nos amó y se ofreció a sí mismo a Dios en oblación y hostia de olor suavísimo (Ephes. V, 1-2)¹⁴.

*JESÚS se entregó a Sí mismo, hecho holocausto por amor. Y tú, discípulo de Cristo; tú, hijo predilecto de Dios; tú, que has sido comprado a precio de Cruz; tú también debes estar dispuesto a negarte a ti mismo. Por lo tanto, sean cuales fueren las circunstancias concretas por las que atravesemos, ni tú ni yo podemos llevar una conducta egoísta, aburguesada, cómoda, disipada..., —perdóname mi sinceridad— ¡necia!*¹⁵

No pide Cristo que renunciemos a cosas más o menos importantes; el Señor nos pide algo de mayor valor: la renuncia de nosotros mismos, vivir con espíritu de abnegación y sacrificio; y esto todos los días, siempre. Es condición que pone a todos los que quieren seguirle y de modo especial a quien desea, como nosotros, estar cerca de El, pendientes de El.

*Un día sin mortificación es un día perdido, porque no nos hemos negado, no hemos vivido el holocausto*¹⁶. Si somos fieles, podremos decir con San Pablo: *estoy clavado en la Cruz juntamente con Cris-*

(14) *Amigos de Dios*, n. 128.

(15) *Amigos de Dios*, n. 129.

(16) *Surco*, n. 988.

toⁿ. Clavarse en la Cruz, entregar el propio yo, poner a los pies del Señor todo cuanto nos rodea, sin entretenerlo en nuestras manos. Saber decir valientemente que sí a lo que Jesús nos pide. Y saber corregir los rasgos de temperamento que se opongan a la entrega, las inclinaciones personales cuando no permitan todo el rendimiento que Dios nos reclama, aquellas cosas que hacen menos eficaz el apostolado...

Los que han de competir en la palestra —escribe San Pablo— guardan en todo una exacta continencia; y no es sino para alcanzar una corona perecedera, al paso que nosotros la esperamos eterna¹⁸. Y nuestro Padre comenta: os basta echar una mirada a vuestro alrededor. Fijaos a cuántos sacrificios se someten de buena o de mala gana, ellos y ellas, por cuidar el cuerpo, por defender la salud, por conseguir la estimación ajena... ¿No seremos nosotros capaces de removernos ante ese inmenso amor de Dios tan mal correspondido por la humanidad, mortificando lo que haya de ser mortificado, para que nuestra mente y nuestro corazón vivan más pendientes del Señor?¹⁹.

Si alguno quiere venir en pos de mí... Si el grano de trigo no muere... Son claras advertencias, invitaciones apremiantes de Jesucristo para que valoremos el papel de la Santa Cruz en nuestra vida.

(17) Gafar. II, 19.

(18) / Cor. IX, 25.

(19) *Amigos de Dios*, n. 135.

Somos semilla de Dios y no podemos pasar por la tierra sin morir, sin clavarnos en la Cruz del Señor para obtener los frutos cuajados de su sacrificio. En la intimidad de nuestra oración, podemos preguntarnos: ¿qué hago yo para morir cada día?, ¿tomo con decisión mi 'Cruz desde la mañana hasta la noche?

Pidamos al Señor que aumente nuestra fe, y acudamos a Nuestra Madre para que nos enseñe a amar la Cruz, para que aprendamos de Ella a seguir a Jesucristo hasta el Calvario.

149.

VIERNES

— Toda la vida de la Virgen está orientada a la Cruz.

— Santa María es Maestra del sacrificio escondido y silencio.

— Acompañar a la Virgen, al pie de la Cruz, especialmente en la Semana Santa.

DENTRO de siete días Jesucristo se abrazará a la Cruz para redimirnos. Ahora, mientras le acompañamos en su último viaje a Jerusalén, nos fijamos en la Virgen Santísima, que también se encamina a la Ciudad Santa. Queremos revivir muy cerca de Ella las jornadas que se avecinan, y nada mejor —en este día antiguamente dedicado a los Dolores de la Virgen, en el que la Abuela celebraba su santo— que tratar de meternos en su Corazón Inmaculado, que tanto sufrió a causa de nuestros pecados.

Todo comenzó muchos años antes, cuando la Virgen recibió una divina embajada: *concebirás en tu seno y darás a luz un Hijo, y le pondrás por nombre Jesús* \ le había dicho el Arcángel San Gabriel. Después, otro ángel reveló a José que ese nombre, Jesús, tenía un significado preciso: *El salvará a su pueblo de sus pecados*². En la memoria de la Virgen y en la de José, buenos conocedores de la Sagrada Escritu-

(1) Luc. I, 31.
(2) Matth. I, 21.

ra, debieron de aflorar entonces los pasajes de Isaías que describen al Siervo de Yavé, cargado con los pecados de los hombres, que sufre y muere para redimirnos. Y junto a la alegría por el próximo nacimiento de Cristo, en sus corazones habitaría también la sombra del dolor.

Gozos y penas se juntan en la vida de María desde el primer momento. *En el Nacimiento de su Hijo contempla las grandezas de Dios en la tierra: hay un coro de ángeles, y tanto los pastores como los poderosos de la tierra vienen a adorar al Niño. Pero después la Sagrada Familia ha de huir a Egipto, para escapar de los intentos criminales de Herodes*³. Por boca de Simeón, María conoció ya entonces que Dios le tenía reservado un papel junto a su Hijo, en la obra de la reconciliación, que exigiría de Ella dolor y sacrificio: *mira, éste ha sido puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel, y para signo de contradicción —y a tu misma alma la traspasará una espada—, a fin de que se descubran los pensamientos de muchos corazones*⁴.

La Virgen se puso sin reservas al servicio del plan divino. *Durante su vida terrena no fueron ahorrados a María ni la experiencia del dolor, ni el cansancio del trabajo, ni el claroscuro de la fe. A aquella mujer del pueblo, que un día prorrumpió en alabanzas a Jesús exclamando: bienaventurado el vientre que te*

(3) Amigos de Dios, n. 284.

(4) Luc. II, 34-35.

llevó y los pechos que te alimentaron, *el Señor responde*: bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica (Luc. XI, 27-28). *Era el elogio de su Madre, de su fiat* (Luc. I, 38), *del hágase sincero, entregado, cumplido hasta las últimas consecuencias, que no se manifestó en acciones aparatosas, sino en el sacrificio escondido y silencioso de cada jornada*.

*Al meditar estas verdades, entendemos un poco más la lógica de Dios; nos damos cuenta de que el valor sobrenatural de nuestra vida no depende de que sean realidad las grandes hazañas que a veces forjamos con la imaginación, sino de la aceptación filial de la voluntad divina, de la disposición generosa en el menudo sacrificio diario*⁵.

* ¡CUANTAS veces debió de meditar la Virgen en la misión que le correspondía junto a Cristo! María conservaba todas estas cosas dentro de sí, ponderándolas en su corazón (Luc. II, 19). *Procuremos nosotros imitarla* —invita nuestro Padre—, *tratando con el Señor, en un diálogo enamorado, de todo lo que nos pasa, hasta de los acontecimientos más menudos*⁶.

Así vivió Santa María durante los treinta años de la vida oculta de Jesús: *treinta largos años de vida sencilla, ordinaria, como la de un hogar más de un pe-*

(5) *Es Cristo que pasa*, n. 172.

(6) *Amigos de Dios*, n. 285.

*queño pueblo de Galilea*⁷, pero llenos de una vibración cada vez mayor en el cumplimiento de la Voluntad divina, en una espera activa del momento en el que su alma será traspasada por aquella espada anunciada por Simeón. Son los años en los que la Virgen se nos muestra como *Maestra del sacrificio escondido y silencioso*⁸.

Un día, cumplidos ya los treinta años, Jesús se despidió de su Madre y abandonó la casa de Nazaret. Comenzaba su actividad pública. Quizás pensó María que llegaba el momento de su participación en lo que tan ardientemente esperaba, y la vemos junto a Cristo en Cana; pero el Señor le dijo: *todavía no ha llegado mi hora*⁹. A partir de entonces, y hasta el momento de la Pasión, la Virgen desaparece prácticamente de la escena evangélica: *vedla, casi siempre oculta, colaborar con el Hijo; sabe y calla*¹⁰, escribió nuestro Fundador.

Hemos de aprender de nuestra Madre a sacrificarnos con gusto y sin llamar la atención, llenos de una esperanza sobrenatural. *¡Cómo contrasta la esperanza de Nuestra Señora con nuestra impaciencia! Con frecuencia reclamamos a Dios que nos pague enseguida el poco bien que hemos efectuado. Apenas aflora la primera dificultad, nos quejamos. Somos, muchas veces, incapaces de sostener el esfuerzo, de mantener la*

P) *Amigos de Dios*, n. 284.

1a) *Camino*, n. 509.

(9) *Ioann.* II, 4

(10) *Camino*, n. 509;

*esperanza*¹¹. Contemplar la vida de la Virgen nos ayudará a rectificar, a tener más visión sobrenatural. *Las grandes heroínas del Viejo Testamento —Judith, Ester, Débora— consiguieron ya en la tierra una gloria humana, fueron aclamadas por el pueblo, ensalzadas. El trono de María, como el de su Hijo, es la Cruz. Y durante el resto de su existencia, hasta que subió en cuerpo y alma a los Cielos, es su callada presencia lo que nos impresiona. San Lucas, que la conocía bien, anota que está junto a los primeros discípulos, en oración. Así termina sus días terrenos, la que habría de ser alabada por toda la eternidad*¹².

MUCHAS veces había ido la Virgen a Jerusalén. En silencio, como siempre, camina en pos de Jesús. Pero esta vez es distinto. Esta vez sabe lo que se acerca. Una mirada de Cristo, unas palabras del Hijo confusamente entendidas por los Apóstoles, fueron suficientes para que María comprendiera que había llegado la hora de su Hijo y la hora de Ella. La Virgen, *que parecía ausente de la vida pública de Jesús, por disposición divina estuvo a su lado cuando sufrió la muerte clavado en la Cruz*¹³. Jesús la quiere junto a Sí y la Virgen acepta. Así entendemos mejor aquel momento de la Pasión de Nuestro Señor, que nunca

(11) *Amigos de Dios*, n. 286.

(12) *Amigos de Dios*, n. 286.

(13) Benedicto XV, Epist. apost. *inter sodaticia*, 22-V-1918.

nos cansaremos de meditar: stabat autem iuxta crucem Iesu mater eius (Ioann. XIX, 25), *estaba junto a la cruz de Jesús su Madre*.

Habréis observado cómo algunas madres, movidas de un legítimo orgullo, se apresuran a ponerse al lado de sus hijos cuando éstos triunfan, cuando reciben un público reconocimiento. Otras, en cambio, incluso en esos momentos permanecen en segundo plano, amando en silencio. María era así, y Jesús lo sabía.

Ahora, en cambio, en el escándalo del Sacrificio de la Cruz, Santa María estaba presente, oyendo con tristeza a los que pasaban por allí, y blasfemaban meneando la cabeza y gritando: ¡Tú, que derribas el templo de Dios, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo!; si eres el Hijo de Dios, desciende de la Cruz (Matth. XXVII, 39-40). *Nuestra Señora escuchaba las palabras de su Hijo, uniéndose a su dolor: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?* (Matth. XXVII, 46). *¿Qué podía hacer Ella? Fundirse con el amor Redentor de su Hijo, ofrecer al Padre el dolor inmenso —como una espada afilada— que traspasaba su Corazón puro*¹⁴.

Sufrió la Virgen según la medida de su amor a Dios, el más grande que nunca tuvo ni tendrá criatura alguna, el que la correspondía según la plenitud de gracia en que había sido constituida. Sufrió en la medida del amor que tenía a su Hijo, ¿y acaso hay una madre que pueda amar a su hijo más que Ella,

(14) *Amigos de Dios*, nn. 287-288.

que por obra del Espíritu Santo le había dado toda su Humanidad? Sufrió, por fin, en la medida de su amor a las almas, a quienes el pecado aparta de Dios, y por quienes Cristo estaba muriendo en la Cruz. Verdaderamente, la Virgen puede hacer suyas las palabras inspiradas: *joh vosotros, cuantos por aquí pasáis: mirad y ved si hay dolor comparable a mi dolor, al dolor con que yo estoy atormentada!*¹⁵.

En la Cruz, *Jesús se siente confortado, con esa presencia discreta y amorosa de su Madre. No grita María, no corre de un lado a otro. Stabat: está en pie, junto al Hijo. Es entonces cuando Jesús la mira, dirigiendo después la vista a Juan. Y exclama: Mujer, ahí tienes a tu hijo. Después dice al discípulo: ahí tienes a tu Madre (Ioann. XIX, 26-27). En Juan, Cristo confía a su Madre todos los hombres y especialmente sus discípulos: los que habían de creer en El!*¹⁶.

Acabamos hoy la oración pidiendo: *Madre mía —tuya», porque eres suyo por muchos títulos—, que tu amor me ate a la Cruz de tu Hijo: que no me falte la Fe, ni la valentía, ni la audacia, para cumplir la voluntad de nuestro Jesús!*¹⁷. Así viviremos siempre, y más especialmente en los próximos días de la Semana Santa, muy unidos a la Virgen Santísima, pues *no queremos ni podemos dejarla sola!*¹⁸.

(15) *Lam.* I, 12.

(16) *Amigos de Dios*, n. 288.

(17) *Camino*, n. 497.

(18) *Via Crucis*, XIII estación.

150.

SÁBADO

—Especialmente en estos días, hemos de contemplar la Pasión del Señor.

—Fe y espíritu de oración y de penitencia, para obtener fruto de esta contemplación.

—Contemplar sin prisa, reviviendo las escenas de la Semana Santa.

HASTA hace poco acompañábamos a Jesucristo por caminos y aldeas. En estas semanas que acaban de transcurrir, presenciábamos dos de sus milagros más portentosos: la resurrección de Lázaro y la curación de un ciego de nacimiento. Hemos también oído su palabra divina que nos hablaba de su amor a las almas, de sus ansias de entrega: *con un bautismo de sangre tengo que ser bautizado y ¡qué angustia la mía hasta que no lo vea cumplido!*¹.

Jesús camina más aprisa hacia Jerusalén. Sabe que allí le espera la Cruz. En efecto, por aquellos días *los pontífices y los fariseos convocaron el Sanedrín y decían: ¡qué haremos, puesto que este hombre realiza muchos milagros? Si le dejamos así, todos creerán en El; y vendrán los romanos y destruirán nuestro lugar y nuestra nación.*

Uno de ellos, Caifas, que era Sumo Pontífice

(1) *Luc.* XII, 50.

aquel año, les dijo: vosotros no sabéis nada, ni os dais cuenta de que os conviene que un solo hombre muera por el pueblo (...). Desde aquel día decidieron darle muerte².

Por la actitud del Señor y por la animosidad de los judíos, los discípulos comprenden que se avecina el fin. *Vayamos también nosotros —dice Tomás— y muramos con El³. Y cuenta San Marcos que Jesús se les adelantaba. Y estaban todos como atónitos y le seguían llenos de temor*.*

Es natural que se tiemble ante el sacrificio, ante el dolor. Pero nosotros tenemos ahora —con la óptica de la fe— una visión más completa de la que tenían entonces los discípulos. El drama del Calvario ya se cumplió históricamente, sabemos bien el fruto inmenso que nos ha ganado la Pasión de Cristo, y tenemos más motivos para querer unirnos al sacrificio del Señor, con una participación personal, para santificarnos, para corredimir con El.

Hagamos ahora el propósito de redoblar nuestros esfuerzos para seguir a Cristo más de cerca en el camino del Calvario. Nos será más fácil hacerlo si procuramos contemplarle paso a paso, a través de la liturgia de estos días que preceden a la crucifixión. *Pensar en la muerte de Cristo se traduce en*

(2) Ev. (Ioann. XI, 47-53).

(3) Ioann. XI, 16.

(4) Marc. X, 32.

una invitación a situarnos con absoluta sinceridad ante nuestro quehacer ordinario, a tomar en serio la fe que profesamos. La Semana Santa, por tanto, no puede ser un paréntesis sagrado en el contexto de un vivir movido sólo por intereses humanos: ha de ser una ocasión de ahondar en la hondura del Amor de Dios, para poder así, con la palabra y con las obras, mostrarlo a los hombres⁵.

LA CRUZ tiene un lenguaje, un significado sólo comprensible para el que sabe contemplarla a la luz de la fe. Entonces, lo que *para los judíos es motivo de escándalo, y parece una locura a los gentiles⁶*, se convierte en el altar santo donde Jesucristo se hizo *mediador de un Nuevo Testamento, para que interviniendo su muerte para expiación aun de aquellas prevaricaciones cometidas en tiempos del primer Testamento, reciban la herencia eterna los que han sido llamados⁷.*

No es fácil tener una fe siempre operativa y ardiente. Leemos en el Evangelio cómo el Señor repueba a los judíos su ceguera: *si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis?*⁸. Y añade la razón de esa incapacidad para ver las cosas sobrenaturalmente:

(5) *Es Cristo que pasa*, n. 97.

(6) I Cor. I, 23.

(7) Hebr. IX, 15.

(8) Ioann. VIII, 46.

*quien es de Dios, escucha las palabras de Dios. Por eso vosotros no las escucháis, porque no sois de Dios*⁹. Y comenta San Gregorio: *pregúntese cada uno si acoge en su corazón las palabras de Dios, y sabrá de dónde es.*

*La Verdad manda desear la patria celestial, refrenar los apetitos de la carne, menospreciar la gloria del mundo, no apetecer lo ajeno y dar de lo propio. Cada uno, por consiguiente, mire dentro de sí con atención a ver si esta voz de Dios tiene valor en su corazón, y conocerá si ya es de Dios (...). Repasad, pues, hermanos carísimos, vuestra vida en vuestra conciencia, y tras seria reflexión temed esto que resuena en los labios de la Verdad: "por eso vosotros no las escucháis, porque no sois de Dios"*¹⁰.

No basta sólo la fe para entender bien lo que nos quiere decir Jesús desde la Cruz. Hay que disponer el ánimo, mediante la oración y la penitencia. Por eso, dice San León Magno, *los días presentes exigen una devoción especial, sabiendo que ya está cerca la celebración del misterio más sublime de la divina misericordia. Por cuyo motivo, los Santos Apóstoles, inspirados por el Espíritu Santo, promulgaron mayores ayunos para estos días. Para que uniéndonos a la Cruz de Cristo, también nosotros participemos en algo de lo que padeció por nosotros*¹¹.

(9) Ioann. VIII, 47.

(10) San Gregorio Magno, *Homiliae in Evangelio* 18, 1.

(11) San León Magno, *Sermones in Quadragesima* 9.

*Precisamente, esa admisión sobrenatural del dolor supone, al mismo tiempo, la mayor conquista. Jesús, muriendo en la Cruz, ha vencido la muerte; Dios saca, de la muerte, vida. La actitud de un hijo de Dios no es la de quien se resigna a su trágica desventura, es la satisfacción de quien degusta ya la victoria. En nombre de ese amor victorioso de Cristo, los cristianos debemos lanzarnos por todos los caminos de la tierra, para ser sembradores de paz y de alegría con nuestra palabra y con nuestras obras*¹².

*ESTA semana, que tradicionalmente el pueblo cristiano llama santa, nos ofrece, una vez más, la ocasión de considerar —de revivir— los momentos en los que se consuma la vida de Jesús*¹³. Es una invitación urgente a contemplar a Jesucristo en su dolor sin límites, y a seguirle por el áspero camino que ahora recorre.

Cuántos bienes podemos obtener al considerar que Dios se ha dignado abajarse tanto y padecer tanto por nosotros, a fin de enseñarnos toda virtud. Leamos constantemente la *Pasión del Señor*, nos invita San Juan Crisóstomo. ¡Qué rica ganancia, cuánto provecho sacaremos! Porque al contemplarle adorado sarcásticamente con gestos y con acciones, y hecho blanco de burlas, y, después de esta farsa, abofeteado

(12) *£5 Cristo que pasa*, n. 168.

(13) *Es Cristo que pasa*, n. 95.

y sometido a los últimos tormentos, aun cuando fueres más duro que una piedra, te volverás más blando que la cera y arrojarás toda soberbia de tu alma¹⁴.

Hemos de reaccionar, como reaccionó el corazón de los Apóstoles, que acabaron muriendo por amor a Jesucristo; como reaccionó el corazón de los santos. *Los santos —me dices— estallaban en lágrimas de dolor al pensar en la Pasión de Nuestro Señor. Yo, en cambio...*

*Quizá es que tú y yo presenciamos las escenas, pero no las "vivimos"*¹⁵.

Hemos de esforzarnos en revivir estos días la Pasión de Jesús, siguiendo las enseñanzas de nuestro Padre. *¿Cómo nos comportaríamos si viésemos a nuestros padres injustamente deshonrados, maltratados, si los encarcelasen sin culpa? Es seguro que iríamos a consolarlos, a demostrarles con nuestra compañía el cariño que les tenemos; a manifestarles así que no creíamos aquellas acusaciones; y estaríamos dispuestos a luchar, para que se impusiese la verdad.*

*Pues eso mismo hemos de hacer con Dios. Es necesario que nuestro corazón reaccione: ver y vivir la Pasión, poner nuestras espaldas cuando lo azotan, ofrecer nuestra cabeza a la corona de espinas*¹⁶.

Así debemos vivir la Semana Santa. *Todo lo que a lo largo de estos días nos traen a la memoria las di-*

(14) San Juan Crisóstomo, *In Mauhaeutn homiliae* 87, 1.

(15) *Via Crucis*, VIII estación, punto 1.

(16) De nuestro Padre, Tertulia, 18-VIII-1968.

*versas manifestaciones de la piedad, se encamina ciertamente hacia la Resurrección, que es el fundamento de nuestra fe, como escribe San Pablo (cfr. I Cor. XV, 14). No recorramos, sin embargo, demasiado de prisa ese camino; no dejemos caer en el olvido algo muy sencillo, que quizá, a veces, se nos escapa: no podremos participar de la Resurrección del Señor, si no nos unimos a su Pasión y a su Muerte (cfr. Rom. VIII, 17). Para acompañar a Cristo en su gloria, al final de la Semana Santa, es necesario que penetremos antes en su holocausto, y que nos sintamos una sola cosa con El, muerto sobre el Calvario*¹⁷.

De esta contemplación del sufrimiento de Jesús, sacaremos una gran fortaleza sobrenatural: *donde se representa la muerte de Cristo, no puede reinar el pecado. Es tan grande la fuerza de la Cruz de Cristo que, si se pone ante los ojos y se retiene fielmente en el espíritu, de manera que el alma contemple atentamente la misma muerte de Cristo, ningún mal deseo, ninguna pasión, ningún movimiento de enfado o de envidia podrán prevalecer*¹⁸.

Se acerca la Semana Santa. Que sepamos estar como la Santísima Virgen, al pie de la Cruz, con la mirada pendiente de su Hijo¹⁹.

(17) *Es Cristo que pasa*, n. 95.

(18) Orígenes, *In epistolam ad Romanos commentarium* 6, 1.

(19) Surco, n. 248.

151.

DOMINGO DE RAMOS

—Significado de la liturgia de hoy: la pasión, camino para la gloria.

—En la tierra, el dolor es la sal de nuestra vida.

—Un borrico fue el trono de Jesús en Jerusalén: dejar que el Señor reine en el alma.

JESÚS se dispone a entrar en Jerusalén, donde va a consumir nuestra redención. Y habiendo oído el pueblo que estaba para llegar, salió a su encuentro. *Una gran muchedumbre de gentes tendían por el camino sus vestidos; otros cortaban ramos de los árboles y los ponían por donde había de pasar; y tanto las gentes que iban delante, como las que venían detrás, clamaban diciendo: Hosanna al Hijo de David; bendito sea el que viene en nombre del Señor; hosanna en lo más alto de los cielos.*

Entrado que hubo así en Jerusalén, se conmovió toda la ciudad, diciendo: ¿Quién es éste? A lo que respondían las gentes: Este es Jesús, el profeta de Nazaret de Galilea¹.

Entra el Señor en Jerusalén, y El, que siempre se había opuesto a toda manifestación pública de alabanza, que se había escondido cuando el pueblo quiso entronizarle, hoy se deja llevar en triunfo. Sólo

(1) *Ad proces. palmarum*, Ev. (A) (Matth. XXI, 8-11).

ahora, cuando está para ir a la muerte, acepta ser aclamado como Rey-Mesías. Pero es un Rey que reinará desde la Cruz. El mismo pueblo que ahora le aclama jubiloso, dentro de poco le abandonará y le conducirá al Calvario. Las palmas se tornarán azotes; los ramos de olivo, espinas; los vítores, burlas despiadadas y maldiciones.

La liturgia, una vez más, con la ceremonia de la bendición de las palmas y con los textos de la Misa, nos muestra lo unidos que están en la vida del Señor la alegría y el sufrimiento, el gozo y el dolor. *No sin motivo* —nos hace considerar San Bernardo— *la Iglesia, que tiene el espíritu de aquel Señor que es su Esposo y su Dios, presenta hoy unidas de modo nuevo y maravilloso la pasión y la procesión; siendo así que la procesión lleva consigo el aplauso; la pasión, el llanto*².

En la procesión está representada la gloria de la soberana patria, y en la pasión el camino para llegar a ella. Si en la procesión te vino al pensamiento aquella gloria que esperamos y aquel gozo, grande sobremanera, que tendremos al ser arrebatados en las nubes para encontrar a Cristo en los cielos; si con todo tu deseo aspiras a ver aquel día, en que será recibido Jesucristo Nuestro Señor en la Jerusalén celestial, llevando el triunfo de la victoria, la Cabeza acompaña-

(2) San Bernardo, *In dominica palmarum sermo* 1, 1.

*da de todos sus miembros, aplaudiéndole no ya las populares turbas, sino las virtudes angélicas, clamando de todas partes los pueblos de uno y otro Testamento: "bendito sea el que viene en el nombre del Señor" (Matth. XXI, 9); si consideraste en la procesión, vuelvo a decir, hacia dónde debes apresurar tus pasos, aprende en la pasión el camino por donde debes ir. La tribulación presente es el camino de la vida, el camino de la gloria, el camino de la ciudad que merece habitarse, el camino del reino*³.

¡VALE tan poco la gloria de este mundo! El efímero triunfo de Jesús, cuando entra en Jerusalén, es una lección para sus discípulos. *¿Quién, pues, deberá tener confianza en la inconstancia de la gloria temporal, al ver hasta en el mismo Señor que no conoció pecado, en el mismo Creador de los tiempos y Hacedor del universo, seguirse a exaltación tan grande, no menor humillación? En una misma ciudad, por un mismo pueblo, y en un mismo tiempo, es honrado con un recibimiento glorioso y con alabanzas divinas, y luego llevado a los tribunales y maltratado con oprobios y tormentos, y contado en el número de los malhechores. Este es el fin de la alegría transitoria, éste es el fruto de la gloria temporal*⁴.

(3) *In dominica palmarum sermo* 1, 2.
(4) San Bernardo, *In dominica palmarum sermo* 1, 1.

No lo debemos olvidar: en la tierra no podemos encontrar un gozo completo. *La alegría de los pobrecitos hombres, aunque tenga motivo sobrenatural, siempre deja un regusto de amargura. —¿Qué creías? —Aquí abajo, el dolor es la sal de nuestra vida*⁵.

La Semana Santa nos invita a ahondar en este aspecto capital de nuestra fe. *La enseñanza cristiana sobre el dolor —escribió nuestro Padre— no es programa de consuelos fáciles. Es, en primer término, una doctrina de aceptación de ese padecimiento, que es de hecho inseparable de toda vida humana (...). Cuando os hablo de dolor, no os hablo sólo de teorías. Ni me limito tampoco a recoger una experiencia de otros, al confirmaros que, si —ante la realidad del sufrimiento— sentís alguna vez que vacila vuestra alma, el remedio es mirar a Cristo. La escena del Calvario proclama a todos que las aflicciones han de ser santificadas, si vivimos unidos a la Cruz.*

Porque las tribulaciones nuestras, cristianamente vividas, se convierten en reparación, en desagravio, en participación en el destino y en la vida de Jesús, que voluntariamente experimentó por Amor a los hombres toda la gama del dolor, todo tipo de tormentos. Nació, vivió y murió pobre; fue atacado, insultado, difamado, calumniado y condenado injustamente; conoció la traición y el abandono de los discípulos; experimentó la soledad y las amarguras del castigo y de la muerte.

(5) Camino, n. 203.

Ahora mismo Cristo sigue sufriendo en sus miembros, en la humanidad entera que puebla la tierra, y de la que El es Cabeza, y Primogénito, y Redentor.

*El dolor entra en los planes de Dios. Esa es la realidad, aunque nos cueste entenderla*⁶.

LA ESCENA que contemplamos hoy está penetrada de agudos contrastes. *¿Qué diferentes voces eran: "quita, quita, crucifícale" y "¡bendito sea el que viene en el nombre del Señor, hosanna en las alturas!"*. *¿Qué diferentes voces son llamarle ahora "Rey de Israel", y de ahí a pocos días decir: "no tenemos más rey que al César"!* *¿Qué diferentes son los ramos verdes y la cruz, las flores y las espinas! A quien antes tendían por alfombra los vestidos propios, de allí a poco le desnudan de los suyos y echan suertes sobre ellos*⁷.

Hay también en la procesión triunfal otro fuerte contraste: en medio del entusiasmo superficial, ruidoso, brilla la silenciosa y dócil figura de un pollino que, fiel y obediente, lleva al Señor. *Un borrico fue el trono de Jesús en Jerusalén. Mira —nos hacía considerar nuestro Padre— si es bonito servir de trono al Señor*".

El pobre burro, con el trote más gallardo que

(6) Es Cristo que pasa, n. 168.

(7) San Bernardo, *In dominica palmarum sermo* 1, 1.

(8) De nuestro Padre, Crónica XI-65, p. 67.

sabe, va pisando sedas y púrpuras, lino y lienzo finísimos; los han puesto los hombres para honrar el paso del Señor. Pero mientras los demás ofrecen objetos, el borrico se da a sí mismo: sobre sus ásperos lomos de burro lleva el peso suave de Jesús. A su lado los hombres corren, agitando por doquier ramos de olivo verde y palmas y laurel. Pero nadie, ni los mismos Apóstoles, están tan cerca del Señor como el jumento.

Es una escena que nuestro Fundador nos enseñó a meditar muchas veces, animándonos a gastarnos generosamente en el servicio de Dios, dejándole reinar en nuestro corazón. *Si la condición para que Jesús reinase en mi alma, en tu alma, fuese contar previamente en nosotros con un lugar perfecto, tendríamos razón para desesperarnos. Pero no temas, hija de Sión: mira a tu Rey, que viene sentado sobre un borrico floann. XII, 15). ¿Lo veis? Jesús se contenta con un pobre animal, por trono. No sé a vosotros; pero a mí no me humilla reconocerme, a los ojos del Señor, como un jumento: como un borriquito soy yo delante de ti; pero estaré siempre a tu lado, porque tú me has tomado de tu diestra (Ps. LXXII, 23), tú me llevas por el ronزال.*

Pensad en las características de un asno, ahora que van quedando tan pocos. No en el burro viejo y terco, rencoroso, que se venga con una coz traicionera, sino en el pollino joven: las orejas estiradas como antenas, austero en la comida, duro en el trabajo, con el trote

decidido y alegre. Hay cientos de animales más hermosos, más hábiles y más crueles. Pero Cristo se fijó en él, para presentarse como rey ante el pueblo que lo aclamaba. Porque Jesús no sabe qué hacer con la astucia calculadora, con la crueldad de corazones fríos, con la hermosura vistosa pero hueca. Nuestro Señor estima la alegría de un corazón mozo, el paso sencillo, la voz sin falsete, los ojos limpios, el oído atento a su palabra de cariño. Así reina en el alma⁹.

Terminamos hoy nuestra oración con un propósito que es, al mismo tiempo, una petición que confiamos a la intercesión de Nuestra Señora: *Omnipotente y sempiterno Dios que, para ofrecer al género humano un ejemplo de humildad, hiciste que nuestro Salvador se encarnase y muriese en la Cruz: concédenos propicio seguir el ejemplo de su entrega generosa y merecer participar de su resurrección¹⁰.*

(9) Es Cris
(10) Orat.

152.

LUNES SANTO

—Generosidad de María en Betania.

—Hemos de ser *bonus odor Christi*, por la entrega generosa al servicio de Dios.

—Amor a Cristo, realmente presente en el Sagrario.

*SEIS DÍAS antes de la Pascua volvió Jesús a Betania, donde Lázaro había muerto, a quien Jesús resucitó. Y aquí le dispusieron una cena*¹.

Jesucristo se encuentra entre sus amigos, en ese hogar donde se ve rodeado de cariño. Muchas veces ha estado en Betania; pero ahora el momento es más solemne: se dirige hacia Jerusalén, va hacia la Cruz, y la familia de Lázaro quiere demostrarle su amistad. *Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban a la mesa con El. Y María tomó una libra de unguento de nardo puro de gran precio, y lo derramó sobre los pies de Jesús enjugándolos con sus cabellos. Y se llenó la casa de la fragancia del perfume*².

Es ya cosa conocida que los judíos persiguen a Jesucristo, y el amor hace presentir a María el drama que se avecina. Quizá no tenga ya otra oportunidad de hacer algo por su Señor, y lleva a cabo una

(1) Ev. (Ioann. XII, 1-2).

(2) *Ibid.*, 2-3.

determinación generosa: toma lo que de más valor posee, un *ungüento de nardo puro de gran precio*, y lo vierte sin tacañería. Rompe el frasco, por no retener nada: todo para su Dios, y aún le parece poco.

Algunos de los presentes, irritados, comentan: *¿para qué se ha hecho este derroche de perfume?*³. Judas Iscariote declara también su disconformidad: *¿por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios, para limosna de los pobres?**. Y anota San Juan que lo dijo, *no porque él pasase algún cuidado de los pobres, sino porque era ladrón y, teniendo la bolsa, tomaba del dinero que se echaba en ella*⁵.

María calla. Poco le importan las críticas y comentarios que su actuación despierta: basta con que Jesús esté contento. Y el Señor sale en su defensa: *dejadla en paz, ¿por qué la molestáis? Ha hecho una buena obra conmigo; pues a los pobres los tenéis siempre con vosotros...*⁶.

La actitud de María ha quedado para siempre como una dulce invitación a ser generosamente fieles con el Señor, a darle todo, todo..., en justa correspondencia al amor de Cristo, que se ha entregado hasta la muerte, y muerte de Cruz, por cada uno de nosotros.

(3) Marc. XIV, 4.

(4) Ev. (Ioann. XII, 5).

(5) *Ibid.*, 6.

(6) Marc. XIV, 6-7.

LA CASA se llenó con la fragancia del perfume, y el mundo —comenta San Agustín— se llena con la buena fama, porque la buena fama es como un olor agradable. Por eso, los que se llaman cristianos y viven mal, insultan a Cristo: de ellos se dice que "por su causa es blasfemado el nombre de Dios" (Rom. //, 24). Pero si por éstos el nombre de Dios es blasfemado, por los buenos cristianos es alabado su santo nombre. Escucha lo que dice el Apóstol: "en todas partes somos el buen olor de Cristo" (II Cor. //, 15)⁷.

Somos *bonus odor Christi* cuando con generosidad nos entregamos a El sin reservas. *Que nuestros pensamientos sean sinceros: de paz, de entrega, de servicio. Que nuestras palabras sean verdaderas, claras, oportunas; que sepan consolar y ayudar, que sepan, sobre todo, llevar a otros la luz de Dios. Que nuestras acciones sean coherentes, eficaces, acertadas: que tengan ese bonus odor Christi (II Cor. II, 15), el buen olor de Cristo, porque recuerden su modo de comportarse y de vivir*⁸.

Hoy, en Betania, Jesucristo anuncia su muerte. Su decisión es inquebrantable. ¡Saldrá de allí tanta Vida —clara, hermosa, fuerte— para sus hijos los hombres! El Señor nos invita a cooperar, a ser corredores con El: *si alguno quiere venir en pos de mí, niegúese a sí mismo, cargue con su cruz y sígame*⁹.

(7) San Agustín, *In Iohannis Evangelium tractatus* 50, 7.

(8) *El Cristo que pasa*, n. 156.

(9) *Matth.* XVI, 24.

Dios cuenta con nuestra libertad, con nuestra decisión libre para hacer el bien a las almas; por eso dice: *si alguno quiere...* Y queremos, porque *si nuestra voluntad no está dispuesta a morir según la Pasión de Cristo, tampoco la vida de Cristo será vida en nosotros*¹⁰ y vida en los demás.

No podemos esperar ocasiones extraordinarias para manifestar a Jesucristo nuestro amor. Cada uno de nuestros días es una oportunidad continuada para servirle, para ofrecerle nuestra vida y gastarla generosamente en su servicio, para acompañarle con fidelidad a lo largo de su camino por la tierra. Serán casi siempre cosas pequeñas, cosas de niño, que haremos llegar —para engrandecerlas— por manos de nuestra Madre Santa María. *A veces nos sentimos inclinados a hacer pequeñas niñadas. —Son pequeñas obras de maravilla delante de Dios, y, mientras no se introduzca la rutina, serán desde luego esas obras fecundas, como fecundo es siempre el Amor*".

YO, Y AVE, te he llamado en la justicia y te he tomado de la mano. Yo te he formado y te he puesto por alianza para mi pueblo y para luz de las gentes, para abrir los ojos de los ciegos, para sacar de la cárcel a los presos, del fondo del calabozo a los que mo-

(10) San Ignacio de Antioquia, *Epístola ad Magnesios* 5, 1.

(11) *Camino*, n. 859.

*ran en tinieblas*¹². Todo esto lo ha realizado Jesucristo con su sacrificio redentor. La humanidad entera —cada hombre, cada mujer, hasta el final de los siglos— puede mirar con confianza al Cielo, que ya está abierto para todos.

Además, y es una prueba más de la infinita caridad de Dios, el Señor se ha quedado realmente en el Sagrario, por amor nuestro. Si el amor y la fe impulsaron a María a mostrar tal delicadeza para el Señor, ungiendo sus pies en Betania, el amor y la fe han de movernos a nosotros a reconocer de modo explícito la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, y a obrar en consecuencia.

*Señor, creo. Señor, yo creo que Tú eres Jesús, el Hijo de María Virgen, siempre Virgen. Que estás realmente presente: con tu Cuerpo, con tu Sangre, con tu Alma y con tu Divinidad. Te adoro. Quiero ser tu amigo, porque Tú eres el que me ha redimido. Quiero ser el amor para Ti, porque Tú lo eres para mí*¹³.

No piensa María que hace una cosa extraordinaria, al gastar ese perfume tan valioso para ungir al Señor. Actúa coherentemente, con la espontaneidad del amor que no sabe de cicaterías. Y Jesús se lo agradece: *ha hecho cuanto estaba de su mano; se ha anticipado a embalsamar mi cuerpo para la sepultura. En verdad os digo: dondequiera que se predique el*

(12) *L. I(hai)*. XLII, 6-7).

(13) De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 683.

*Evangelio en todo el mundo, se contará también lo que ella ha hecho, para memoria suya*¹⁴.

Aquella mujer que en casa de Simón el leproso, en Betania, unge con rico perfume la cabeza del Maestro, nos recuerda el deber de ser espléndidos en el culto de Dios.

—Todo el lujo, la majestad y la belleza me parecen pocos.

*—Y contra los que atacan la riqueza de vasos sagrados, ornamentos y retablos, se oye la alabanza de Jesús: "opus enim bonum operata est in me" —una buena obra ha hecho conmigo*¹⁵.

Y añade nuestro Padre, invitándonos a manifestar nuestro cariño al Santísimo Sacramento: *cuando vengáis a decirle al Señor, quizá sin ruido de palabras: Señor, te amo, creo que estás aquí; en esos momentos alabad también a la Santísima Trinidad: al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo, e invocad a María y a José, porque de alguna manera estarán presentes en el Sagrario, como lo estuvieron en Belén y en Nazaret. Unid la presencia eucarística de Jesús a la Trinidad Beatísima, y acordaos de la trinidad de la tierra: de la Madre de Cristo y de aquel varón perfectísimo, San José. Sin palabras, pero con un latir del corazón. ¡No os olvidéis!*¹⁶.

(14) *Marc.* XIV, 8-9.

(15) *Camino*, n. 527.

(16) De nuestro Padre, 6-VI-1974, en Catequesis en América, I, p. 317.

153.

MARTES SANTO

- Para dar los frutos que Dios espera, hay que vivir de fe.
- Dios da la fe a quienes se la piden con humildad.
- Pedir la fe con confianza en la bondad de Dios.

ESTAMOS acompañando a Jesús en su última semana sobre la tierra. Aquel Martes Santo, cuenta San Marcos, el Señor volvía a Jerusalén con sus discípulos. Así que salieron de Betania, tuvo hambre; y como viese a lo lejos una higuera con hojas, se encaminó allá para ver si encontraba en ella alguna cosa¹.

Jesús volvía de Betania, venía cansado, comenta nuestro Padre. A mí me conmueve Cristo cuando lo veo Hombre. Tenía hambre, ¡Jesucristo con hambre! ¡El hacedor del universo, el Señor de todas las cosas, el Todopoderoso tiene hambre!

Tiene hambre y va a aquella higuera, allá lejos, que está llena de un follaje espléndido². Pero habiendo llegado, nada encontró, sino sólo hojas.

Hijo mío, Jesús tiene hambre y tiene sed. Desde la cruz ha clamado: sitio —¡Tengo sed! Y tiene sed de ti, ¡de ti!, de tu amor, de tu alma, y de todas las almas que tú tienes el deber de elevar hasta El por el camino de la cruz, que es el camino de la inmortalidad, de la

(1) Marc. XI, 12-13.

(2) De nuestro Padre, Meditación, 9-1-1956.

gloria del cielo. Se acerca a ti porque tiene sed, porque tiene hambre; y no encuentra en ti más que hojas, si te has entregado a El sólo de una manera oficial y seca, con una fe que no tiene vibración; si no hay en ti humildad, ni sacrificio, ni obras; si no hay en ti más que fachada y no estás en el detalle de cada instante³.

No hallando alimento, dijo Jesús a la higuera: nunca jamás nazca de ti fruto. Y al instante quedó seca⁴. Y comenta nuestro Padre: hijo mío, ¿no te hacen pensar esas palabras cómo ha de ser tu fe, y tu vida conforme a esa fe, para que Cristo tenga siempre frutos que le consuelen: en tu trabajo, en tu ambición de apostolado cuajado de obras?

Discipuli mirati sunt —los discípulos quedaron pasmados diciendo: ¿quomodo continuo aruit? (Matth. XXI, 20) —¿por qué inmediatamente se ha secado?

Arefacta est continuo ficulnea... Se había secado: era ya un leño que jamás podría dar ningún fruto agradable a los viajeros. ¡Seca! Y aquellos hombres que han visto tantos milagros de Cristo, se pasan una vez más; su fe todavía no quemaba.

Amen dico vobis. Yo os aseguro, si habueritis fidem —si tuvierais fe...: no sólo la higuera, sino monti huic —a este monte le diréis: tolle, et iacta te in mare ~sal de ahí y échate en el mar, y así lo hará (Matth. XXI, 21).

(3) De nuestro Padre, Meditación, 12-X-1947.

(4) Matth. XXI, 19.

*Hijos míos: ¿veis?, ¿veis?... El Señor pone esta condición: que tengamos fe, porque después seremos capaces de remover los montes. Y hay tantas cosas que remover... Hay que abrir en el mundo este camino nuestro, que siendo tan viejo es nuevo. Y si hay montes, obstáculos, incomprensiones, trapisondas, que Satanás quiere y el Señor permite, hemos de tener fe, fe con obras, fe con sacrificio, fe con humildad*⁵.

*LA FE es virtud sobrenatural que dispone nuestra inteligencia a asentir a las verdades reveladas, a responder que sí a Cristo, que nos ha dado a conocer plenamente el designio salvador de la Trinidad Beatísima*⁶. Si queremos santificarnos en la vida ordinaria, hemos de vivir de fe, saber ponderar a la luz de ese conocimiento sobrenatural todos los acontecimientos y todas nuestras acciones. *No existe otra alternativa. Sólo son posibles dos modos de vivir en la tierra: o se vive vida sobrenatural, o vida animal. Y tú y yo no podemos vivir más que la vida de Dios, la vida sobrenatural. ¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde el alma? (Matth. XVI, 26). ¿Qué aprovecha al hombre todo lo que puebla la tierra, todas las ambiciones de la inteligencia y de la voluntad? ¿Qué vale esto, si todo se acaba, si todo se hunde, si son*

(5) De nuestro Padre, Meditación, 12-X-1947.

(6) *Amigos de Dios*, n. 191.

bambalinas de teatro todas las riquezas de este mundo terreno; si después es la eternidad para siempre, para siempre, para siempre?

Este adverbio —siempre— ha hecho grande a Teresa de Jesús. Cuando ella —niña— salía por la puerta del Adaja, atravesando las murallas de su ciudad acompañada de su hermano Rodrigo, para ir a tierra de moros a que les descabezaran por Cristo, susurraba al hermano que se cansaba: para siempre, para siempre, para siempre (cfr. Libro de la vida, I, 6).

*Mienten los hombres, cuando dicen para siempre en cosas temporales. Sólo es verdad, con una verdad total, el para siempre cara a Dios; y así has de vivir tú, con una fe que te ayude a sentir sabores de miel, dulzuras de cielo, al pensar en la eternidad que de verdad es para siempre*⁷.

Paratum est cor meum, Domine; paratum est cor trium!", decimos con el Salmista: mi corazón está dispuesto, Señor, para recibir este regalo tuyo. Porque la fe es un don de Dios. Podemos destruirla, pero no podemos alcanzarla con nuestras propias fuerzas: *hay que pedirla con humildad*⁹. Y señal cierta de humildad, porque se fundamenta en el conocimiento de la miseria humana y de la bondad de Dios, es pedir como nos enseñó nuestro Padre: *Señor, no merezco que me oigas, porque soy malo, rezaba un alma peni-*

(7) *Amigos de Dios*, n. 200.

(8) Ps. CVII, 2.

(9) *De nuestro Padre*, n. 189.

tente. Y añadía: ahora... escúchame "quoniam bonus" —porque Tú eres bueno¹⁰.

NOS DA pena este pasaje de la Escritura Santa —escribe nuestro Padre, a propósito de la escena que estamos considerando—, a la vez que nos anima también a encender la fe, a vivir conforme a la fe, para que Cristo reciba siempre ganancia de nosotros.

No nos engañemos: Nuestro Señor no depende jamás de nuestras construcciones humanas; los proyectos más ambiciosos son, para El, juego de niños. El quiere almas, quiere amor; quiere que todos acudan, por la eternidad, a gozar de su Reino. Hemos de trabajar mucho en la tierra; y hemos de trabajar bien, porque esa tarea ordinaria es lo que debemos santificar. Pero no nos olvidemos nunca de realizarla por Dios. Si la hiciéramos por nosotros mismos, por orgullo, produciríamos sólo hojarasca: ni Dios ni los hombres lograrían, en árbol tan frondoso, un poco de dulzura¹¹.

Hemos de pedir la ayuda divina sin titubeos, firmemente persuadidos de que obtendremos cuanto necesitamos. Porque la fe nos convierte en criaturas omnipotentes: y todo cuanto pidiereis en la oración, como tengáis fe, lo alcanzaréis (Matth. XXI, 22).

El hombre de fe sabe juzgar bien de las cuestiones

(10) Surco, n. 469.

(11) Amigos de Dios, n. 202.

terrenas, sabe que esto de aquí abajo es, en frase de la Madre Teresa, una mala noche en una mala posada (cfr. Santa Teresa de Jesús, Camino de perfección, 40, 9). Renueva su convencimiento de que nuestra existencia en la tierra es tiempo de trabajo y de pelea, tiempo de purificación para saldar la deuda debida a la justicia divina, por nuestros pecados. Sabe también que los bienes temporales son medios, y los usa generosamente, heroicamente.

La fe no es para predicarla sólo, sino especialmente para practicarla. Quizá con frecuencia nos falten las fuerzas. Entonces —y acudimos de nuevo al Santo Evangelio—, comportaos como aquel padre del muchacho lunático. Se interesaba por la salvación de su hijo, esperaba que Cristo lo curaría, pero no acaba de creer en tanta felicidad. Y Jesús, que pide siempre fe, conociendo las perplejidades de aquella alma, le anticipa: si tú puedes creer, todo es posible para el que cree (Marc. IX, 22). Todo es posible: ¡omnipotentes! Pero con fe. Aquel hombre siente que su fe vacila, teme que esa escasez de confianza impida que su hijo recobre la salud. Y llora. Que no nos dé vergüenza este llanto: es fruto del amor de Dios, de la oración contrita, de la humildad. Y el padre del muchacho, bañado en lágrimas, exclamó: ¡oh Señor!, yo creo: ayuda tú mi incredulidad (Marc. IX, 23).

Se lo decimos con las mismas palabras nosotros ahora, al acabar este rato de meditación. ¡Señor, yo creo! Me he educado en tu fe, he decidido seguirte de

cerca. Repetidamente, a lo largo de mi vida, he implorado tu misericordia. Y, repetidamente también, he visto como imposible que Tú pudieras hacer tantas maravillas en el corazón de tus hijos. ¡Señor, creo! ¡Perro ayúdame, para creer más y mejor!

Y dirigimos también esta plegaria a Santa María, Madre de Dios y Madre Nuestra, Maestra de fe: ¡bienaventurada tú, que has creído!, porque se cumplirán las cosas que se te han anunciado de parte del Señor (Luc. /, 45)¹².

(12) *Amigos de Dios*, nn. 203-204.

154.

MIÉRCOLES SANTO

—Judas había recibido la misma vocación que los demás Apóstoles.

—La traición de Judas se fue preparando con cesiones en pequeñas cosas, sobre todo de avaricia y apegamiento al dinero.

—Fomentar la esperanza. El Señor siempre está dispuesto a perdonar.

HOY, MIÉRCOLES Santo, desde la antigüedad más remota, la Iglesia recuerda la traición de Judas. *Uno de los doce, llamado Judas Iscariote, fue donde los príncipes de los sacerdotes, y dijo: ¿qué me queréis dar a cambio de que os lo entregue? Ellos le ofrecieron treinta monedas de plata. Desde entonces buscaba una oportunidad para entregarlo¹.*

¡Qué lejanos quedan, en el alma de este Apóstol que se apresta a traicionar a Jesús, los primeros encuentros con quien había considerado el Mesías! Porque también Judas Iscariote había sido elegido personalmente por Cristo, y tenía una vocación divina. *Hijo mío* —nos invita a considerar nuestro Padre—, *estás viendo a los Apóstoles junto a Cristo: a Juan, un adolescente que viene a darse con toda la fuerza de su vida limpia, y a esos otros hombres que*

(1) *Ev. (Matth. XXVI, 14-15).*

vienen de lejos; que, cuando vieron brillar los ojos del Señor —a la orilla del lago o en el banco de los tributos—, cuando oyeron aquel veni, sequere me (Marc. //, 14), lo dejaron todo para seguirle siempre.

Uno dejó la barca y las redes; otro, el dinero que manejaba; aquél, los padres; el de más allá, los hijos... Y junto a Cristo está incluso, y con llamada especial, un apóstol, Judas, que no es digno de llamarse Apóstol. ¿No te da alegría, hijo mío, contemplar estas escenas del Santo Evangelio? (...).

A mí se me llena el alma de ilusión, cuando veo que todos podemos acercarnos a Cristo con confianza, y correr a su vera, arrastrando nuestras miserias, y sentirnos seguros a su lado, seguros de su bondad, de su ayuda. Late en este pasaje de la Escritura una llamada, una luz, una fuerza (...). ¡La misma llamada que tú y yo hemos sentido!².

Pero Judas no quiso ser fiel a su vocación. Podía haber sido tan feliz como los demás, junto a Cristo, y haberse convertido en una de las columnas de la Iglesia. Y sin embargo, opta por vender a quien todo le daba, por el precio de un esclavo: treinta monedas de plata.

El trágico desenlace tiene lugar en la Última Cena, cuando Jesús se ve asaltado por la angustia de la cercana Pasión y el desgarrón del abandono de las personas amadas. *Mientras comían, dijo: en verdad*

(2) De nuestro Padre, Meditación, 2-X-1956.

os digo que uno de vosotros me va a traicionar³. Los otros once Apóstoles, con la experiencia de su rudeza y una gran confianza en las palabras de Cristo, exclaman sorprendidos: ¿acaso soy yo, Señor? Pero El respondió: el que come conmigo en la misma fuente, ¿ése me va a entregar! Ciertamente el Hijo del hombre se va, según está escrito acerca de El; pero ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del hombre es entregado! Más le valiera a ese hombre no haber nacido. Tomando la palabra Judas, el que le iba a entregar, dijo: ¿acaso soy yo, Rabi? Le respondió: tú lo has dicho⁴.

Cuando Judas salió del Cenáculo era ya de noche. Pero había oscuridad sobre todo en su alma. Y el que podía haber perdurado en la memoria de los cristianos, hasta el fin de los tiempos, como uno más de lo que extendieron la semilla del Evangelio por el mundo entero, ha quedado como paradigma de hombre traidor y ávido de dinero, capaz de vender lo más íntimo y valioso por un puñado de monedas.

LA TRAICIÓN de Judas no fue, sin embargo, locura de un instante, sino consecuencia de una secuela de infidelidades. San Juan nos ha transmitido un episodio significativo: las críticas de Judas, pocos

(3) Ev. [Matth. XXVI, 21].

(4) *Ibid.*, 22-25.

días antes de la Pascua, por el derroche de María de Betania, cuando *tomó una libra de unguento muy caro, de nardo puro, lo derramó sobre los pies de Jesús, y los enjugó con sus cabellos*⁵. *¡Qué prueba tan clara de magnanimidad* —comentaba nuestro Padre— *el derroche de María! Judas se lamenta de que se haya echado a perder un perfume que valía —con su codicia, ha hecho muy bien sus cálculos— por lo menos trescientos denarios (Ioann. XII, 5)*⁶. Se atreve a criticar indirectamente, con una razón altruista, el comportamiento de María: *¿no hubiera sido mejor vender aquel perfume y dar limosna a los pobres? Pero el Espíritu Santo ha querido que San Juan apostillara: esto lo dijo, no porque él se preocupara de los pobres, sino porque era ladrón, y, como tenía la bolsa, se llevaba lo que echaban en ella*⁷.

No es raro que en la base de la infidelidad se encuentre la pobreza mal vivida, el desordenado apega-miento a los bienes de este mundo. *Cuando un alma se entrega a Dios y, después, se corrompe, hace lo que Satanás le hizo hacer a Judas: esconder su dinero, actuar contra la pobreza. Lo escondía como esas aves desagradables que guardan en su agujero aquello que reluce. ¡Para qué quería aquello! Para sus miserias, para sus infidelidades, para ofender a Dios. Hijos míos, la*

(5) Ioann. XII, 3.

(6) Amigos de Dios, n. 126.

(7) Ioann. XII, 6.

*virtud de la pobreza es capital para nosotros*⁸.

Pero las insidias que el Enemigo puede poner a nuestra fidelidad son múltiples. Por eso se nos pide una actitud humilde de constante vigilia. *La vocación nos da una seguridad infinita, pero no nos puede hacer temerarios. Si algo no está de acuerdo con el espíritu de Dios, dejadlo enseguida. Pensad en los Apóstoles; ellos no valían nada, pero en el nombre del Señor hacen milagros. Sólo Judas, que quizá también hizo milagros, se descaminó por apartarse voluntariamente de Cristo, por no querer cortar violentamente con lo que no estaba de acuerdo con el espíritu de Dios.*

*Os lo repetiré siempre, con machaconería: para ser fieles, sed sinceros. Para ser fieles, sed muy humildes y nunca os dejéis dominar por el miedo a los Directores. Están para ayudarnos; también cuando con mano de padre, dura pero segura y llena de cariño, nos impiden que vayamos por un camino que no es el bueno*⁹.

EL SEÑOR no quería la perdición de Judas. Hasta en el mismo prendimiento trata de hacerle recapacitar, llamándole amigo y aceptando el beso del discípulo. Y si aun al pie de la Cruz le hubiese pedido perdón, Cristo le habría perdonado, como perdonó al ladrón arrepentido. Pero Judas, pecado sobre

(8) De nuestro Padre, Meditación, 7-III-1962.

(9) De nuestro Padre, Tertulia, 25-VIII-1968.

pecado, se abandona a la desesperación.

*Al ver que había sido condenado, movido por el remordimiento, devolvió las treinta monedas de plata a los príncipes de los sacerdotes y ancianos, diciendo: he pecado entregando sangre inocente. Pero ellos dijeron: ¿a nosotros qué nos importa?; tú verás. Y arrojando las monedas de plata en el Templo, fue y se ahorcó*¹⁰.

También Pedro, en aquella noche triste de traiciones y bajezas, negaría al Señor, y por tres veces. Pedro lloró su pecado con lágrimas de amor; Judas, en cambio, se desesperó. La diferencia entre el arrepentimiento de Pedro y el remordimiento de Judas estriba en que el primero mantuvo firme la esperanza, mientras que el segundo la perdió, no confió en el misericordioso juicio del Señor.

Comentando este pasaje del Evangelio, decía nuestro Padre: *sólo por Amor, con mayúscula, puede uno —con la gracia del Señor— portarse bien. Así, ¡qué alegría, qué serenidad! Somos más felices que nadie, y luego nos aguarda el Amor. Por eso, hay que cultivar la virtud de la esperanza. Cuando venga alguna tontería a la cabeza, pensad: en el cielo me aguarda el Amor, que no saciará, ni terminará, ni se perderá nunca; que nó aburrirá, ni se envejecerá jamás.*

No es una cobardía pensar esto. Al contrario: la virtud de la esperanza es necesaria. Estos días estoy repitiendo una consideración a vuestros hermanos del

(10) *Matth.* XXVII, 3-5.

Consejo General, y ahora quiero decíroslo a vosotros también: ¡mirad si es grande la virtud de la esperanza! Judas reconoció la santidad de Cristo, estaba arrepentido del crimen que había cometido, tanto que cogió el dinero, precio de su traición, y lo arrojó a la cara de quienes se lo dieron como premio a su traición. Pero... le faltó la esperanza, que es la virtud necesaria para volver a Dios. Si hubiera tenido esperanza, podría haber sido aún un gran apóstol. De todas maneras no sabemos qué pasó en el corazón de aquel hombre, ni si respondió a la gracia de Dios, en el último momento. Sólo el Señor sabe lo que sucedió en aquel corazón, en sus últimos instantes.

De modo que no desconfiéis nunca, no os desesperéis nunca, aunque hayáis hecho la tontería más grande. No hay más que hablar, arrepentirse, dejarse llevar de la mano, y todo se arregla^U.

Es la lección que podemos y debemos sacar de la oración de hoy: por grandes que sean nuestras ofensas, mayor es la misericordia de Dios. Todo tiene remedio, si volvemos contritos al Señor en el Sacramento de la Penitencia y abrimos totalmente el corazón en la charla fraterna, para que puedan curarnos.

Santa María, *Spes nostra*, nos ayudará a no perder nunca la esperanza y a recomenzar siempre que sea necesario.

(U) De nuestro Padre, *Crónica*, 1969, pp. 25-26.

155.

JUEVES SANTO (I)

- El Maestro y Señor se hace siervo de todos.
- Humildad sublime y amor infinito de Jesús en la institución de la Eucaristía.
- Amor a Jesús Sacramentado.

LA VÍSPERA de la fiesta solemne de la Pascua, sabiendo Jesús que era llegada la hora de su tránsito de este mundo al Padre, como hubiera amado a los suyos que vivían en el mundo, los amó hasta el fin (Ioann. XIII, 1). *Este versículo de San Juan anuncia, al lector de su Evangelio, que algo grande ocurrirá en ese día. Es un preámbulo tiernamente afectuoso, paralelo al que recoge en su relato San Lucas: ardientemente, afirma el Señor, he deseado comer este cordero, celebrar esta Pascua con vosotros, antes de mi Pasión (Luc. XXII, 15). Comencemos por pedir desde ahora al Espíritu Santo que nos prepare, para entender cada expresión y cada gesto de Jesucristo (...).*

La fe nos hace confesar con Simón Pedro: nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios (Ioann. VI, 70). Y es esa fe, fundida con nuestra devoción, la que en esos momentos trascendentales nos lleva a imitar la audacia de Juan: acercarnos a Jesús y recostar la cabeza en el pecho del Maestro (cfr. Ioann. XIII, 25), que amaba ardien-

temente a los suyos y —acabamos de escucharlo— los iba a amar hasta el fin.

*Todos los modos de decir resultan pobres, si pretenden explicar, aunque sea de lejos, el misterio del Jueves Santo. Pero no es difícil imaginar en parte los sentimientos del Corazón de Jesucristo en aquella tarde, la última que pasaba con los suyos, antes del sacrificio del Calvario *

El primer sentimiento del Corazón de Cristo, y raíz de todos los demás, es un amor sin límites a Dios Padre y a los hombres. Por eso, en la Última Cena, en la inminencia de la Pasión, la atmósfera es de amor, de intimidad, de recogimiento. *Y Jesús, que sabía que el Padre había puesto todas las cosas en sus manos y que, como vino de Dios, a Dios volvía, se levanta de la mesa, se quita sus vestidos y, tomando una toalla, se la ciñe. Echa después agua en una vasija, y se pone a lavar los pies de los discípulos, y a secárselos con la toalla que se había ceñido*².

El que tiene todas las cosas en sus manos, Aquél a quien todos llaman en verdad Maestro y Señor, se hace siervo. Atónitos quedaron los Apóstoles ante la nueva enseñanza, ante aquel extremo de amor. Simón Pedro quisiera evitarlo, porque aún no gusta plenamente *en las cosas que son de Dios, sino*

(1) *Es Cristo que pasa*, n. 83.

(2) *Missa in Coena Domini*, Ev. (Ioann. XIII, 3-5).

*en las de los hombres*³; su amor es grande, pero imperfecto. No sabe que el amor se fragua en el sacrificio, que el amor lleva al anonadamiento. Quiere Jesucristo dejar a los suyos bien grabada una suprema lección de humildad, para que nunca olvidemos que, si no somos humildes, no podremos seguir al Maestro.

*De nuevo ha predicado con el ejemplo, con las obras. Ante los discípulos, que discutían por motivos de soberbia y de vanagloria, Jesús se inclina y cumple gustosamente el oficio de siervo. Luego, cuando vuelve a la mesa, les comenta: ¿comprendéis lo que acabo de hacer con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, que soy el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, debéis también vosotros lavaros los pies uno al otro (Ioann. XIII, 12-14). A mí me conmueve esta delicadeza de nuestro Cristo. Porque no afirma: si yo me ocupo de esto, ¿cuánto más tendríais que realizar vosotros? Se coloca al mismo nivel, no coacciona: fustiga amorosamente la falta de generosidad de aquellos hombres*⁴.

AQUELLA noche, víspera del día solemne de la Pascua, el Señor hizo aún más maravillas. Si se humilló lavando los pies a sus Apóstoles, su amor y su

(3) Marc. VIH, 33.

(4) *Amigos de Dios*, n. 103.

humildad tocan alturas infinitas cuando, durante la cena, *tomó el pan y, dando gracias, lo partió y dijo: tomad y comed: éste es mi cuerpo, que por vosotros será entregado: haced esto en memoria mía. Y de la misma manera el cáliz, después de haber cenado, diciendo: este cáliz es el nuevo testamento en mi sangre: haced esto cuantas veces lo bebiereis, en memoria mía*⁵.

El Señor Sacramentado nos muestra una sobrea-bundancia de amor y, a la vez, la mayor expresión que cabe de la humildad. Ahí lo tienes: *es Rey de Reyes y Señor de Señores. —Está escondido en el Pan. Se humilló hasta esos extremos por amor a ti*⁶.

Junto a la humildad, brilla el amor de Cristo en la Sagrada Eucaristía. *Considerad la experiencia, tan humana, de la despedida de dos personas que se quieren. Desearían estar siempre juntas, pero el deber —el que sea— les obliga a alejarse. Su afán sería continuar sin separarse, y no pueden. El amor del hombre, que por grande que sea es limitado, recurre a un símbolo: los que se despiden se cambian un recuerdo, quizá una fotografía, con una dedicatoria tan encendida, que sorprende que no arda la cartulina. No logran hacer más porque el poder de las criaturas no llega tan lejos como su querer.*

Lo que nosotros no podemos, lo puede el Señor. Jesucristo, perfecto Dios y perfecto Hombre, no deja un

(5) *Missa in Coena Domini*, L. 11 (I Cor. XI, 23-25).

(6) *Camino*, n. 538.

símbolo, sino la realidad: se queda El mismo. Irá al Padre, pero permanecerá con los hombres. No nos legará un simple regalo que nos haga evocar su memoria, una imagen que tienda a desdibujarse con el tiempo, como la fotografía que pronto aparece desvaída, amarillenta y sin sentido para los que no fueron protagonistas de aquel amoroso momento. Bajo las especies del pan y del vino está El, realmente presente: con su Cuerpo, su Sangre, su Alma y su Divinidad.

¡Qué bien se explica ahora el clamor incesante de los cristianos, en todos los tiempos, ante la Hostia santa! Canta, lengua, el misterio del Cuerpo glorioso y de la Sangre preciosa, que el Rey de todas las gentes, nacido de una Madre fecunda, derramó para rescatar el mundo (Hymn. Pange lingua). Es preciso adorar devotamente a este Dios escondido (cfr. Hymn. Adoro te devote): es el mismo Jesucristo que nació de María Virgen; el mismo que padeció, que fue inmolado en la Cruz; el mismo de cuyo costado trasgado manó agua y sangre (cfr. Hymn. Ave verum).

Este es el sagrado convite, en el que se recibe al mismo Cristo; se renueva la memoria de la Pasión y, con El, el alma trata íntimamente a su Dios y posee una prenda de la gloria futura (cfr. Hymn. O sacrum convivium). La liturgia de la Iglesia ha resumido, en breves estrofas, los capítulos culminantes de la historia de ardiente caridad, que el Señor nos dispensa.

El Dios de nuestra fe no es un ser lejano, que contempla indiferente la suerte de los hombres: sus afa-

nes, sus luchas, sus angustias. Es un Padre que ama a sus hijos hasta el extremo de enviar al Verbo, Segunda Persona de la Trinidad Santísima, para que, encarnándose, muera por nosotros y nos redima. El mismo Padre amoroso que ahora nos atrae suavemente hacia El, mediante la acción del Espíritu Santo que habita en nuestros corazones⁷.

LA EUCARISTÍA es como la consumación de la vida espiritual": el Señor nos da su gracia, se nos da El mismo. El amor llega a realizar su ideal en el Sacramento Eucarístico: la identificación con el amado, ser una misma cosa, fundirse, compenetrarse. Así como cuando uno junta dos trozos de cera y los derrite por medio del fuego, de los dos se forma una cosa, así también, por la participación del Cuerpo de Cristo y de su preciosa Sangre, El se une a nosotros y nosotros nos unimos a El'.

La alegría del Jueves Santo arranca de ahí: de comprender que el Creador se ha desbordado en cariño por sus criaturas. Nuestro Señor Jesucristo, como si aún no fueran suficientes todas las otras pruebas de su misericordia, instituye la Eucaristía para que podamos tenerle siempre cerca y —en lo que nos es posible entender— porque, movido por su Amor, quien no necesi-

(7) *Es Cristo que pasa*, nn. 83-84.

(8) Santo Tomás, *S. Th.* III, q. 73, a. 3 c.

(9) San Cirilo de Alejandría, *In Ioannis Evangelium commentarium* 10, 2.

*ta nada, no quiere prescindir de nosotros. La Trinidad se ha enamorado del hombre, elevado al orden de la gracia y hecho a su imagen y semejanza (Gen. 1, 26); lo ha redimido del pecado —del pecado de Adán que sobre toda su descendencia recayó, y de los pecados personales de cada uno— y desea vivamente morar en el alma nuestra: el que me ama observará mi doctrina y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos mansión dentro de él (Ioann. XIV, 23)*¹⁰.

Con sentimientos de adoración y de rendida gratitud termina nuestra meditación del Jueves Santo. Si el Señor nos ha ayudado —y El está siempre dispuesto, basta con que le franqueemos el corazón—, nos veremos urgidos a corresponder en lo que es más importante: amar. Y sabremos difundir esa caridad entre los demás hombres, con una vida de servicio. Os he dado ejemplo (Ioann. XII, 15), insiste Jesús, hablando a sus discípulos después de lavarles los pies, en la noche de la Cena. Alejemos del corazón el orgullo, la ambición, los deseos de predominio; y, junto a nosotros y en nosotros, reinarán la paz y la alegría, enraizadas en el sacrificio personal.

Finalmente un filial pensamiento amoroso para María, Madre de Dios y Madre nuestra. Perdonad que de nuevo os cuente un recuerdo de mi infancia: una imagen que se difundió mucho en mi tierra, cuando San Pío X impulsó la práctica de la comunión fre-

(10) *Es Cristo que pasa*, n. 84.

*cuente. Representaba a María adorando la Hostia santa. Hoy, como entonces y como siempre, Nuestra Señora nos enseña a tratar a Jesús, a reconocerle y a encontrarle en las diversas circunstancias del día y, de modo especial, en ese instante supremo —el tiempo se une con la eternidad— del Santo Sacrificio de la Misa: Jesús, con gesto de sacerdote eterno, atrae hacia sí todas las cosas, para colocarlas, divino afilante Spiritu, con el soplo del Espíritu Santo, en la presencia de Dios Padre*¹¹.

(U) *Es Cristo que pasa*, n. 94.

156.

JUEVES SANTO (II)

—Institución del sacerdocio en la Última Cena.

—Veneramos a los sacerdotes por su especial identificación con Jesucristo.

—Pedir que no falten en la Iglesia sacerdotes santos.

*POR AMOR y para enseñarnos a amar, vino Jesús a la tierra y se quedó entre nosotros en la Eucaristía. Como hubiese amado a los suyos que vivían en el mundo, los amó hasta el fin (Ioann. XIII, 1); con esas palabras comienza San Juan la narración de lo que sucedió aquella víspera de la Pascua, en la que Jesús —nos lo refiere San Pablo— tomó el pan, y dando gracias, lo partió y dijo: tomad y comed; éste es mi cuerpo, que por vosotros será entregado; haced esto en memoria mía. Y de la misma manera el cáliz, después de haber cenado, diciendo: este cáliz es el nuevo testamento de mi sangre; haced esto cuantas veces lo bebiereis, en memoria mía (I Cor. XI, 23-25) *

En la Última Cena, el Señor dejaba a su Esposa amada, la Iglesia, un sacrificio visible, como exige la naturaleza de los hombres²: el Sacrificio sacramental de su Cuerpo y de su Sangre bajo las especies de pan y de vino. Pero como *el sacrificio y el sacerdocio están tan unidos por ordenación divina que en toda ley han*

(1) *£5 Cristo que pasa*, n. 151.

(2) Concilio de Trento, sesión XXII, *Doctrina de SS. Missae sacrificio*, cap. 1, D. 938 (1740).

*existido uno y otro (...), hay también que confesar que en la Iglesia hay un nuevo sacerdocio, visible y externo, en el que fue trasladado el antiguo*³. Y así, la solemnidad del Jueves Santo es especialmente grande para los sacerdotes de la Iglesia. *£5 la fiesta de los sacerdotes, escribía el Santo Padre Juan Pablo II. £5 el día en que nació nuestro sacerdocio, que es participación del único sacerdocio de Cristo Mediador. En este día, los sacerdotes del mundo entero son invitados a concelebrar la Eucaristía con sus obispos y a renovar a su alrededor las promesas de sus compromisos sacerdotales al servicio de Cristo y de su Iglesia* *.

En la Obra nos alegramos con todos los cristianos y agradecemos al Señor el don del sacerdocio ministerial, con el que ha querido enriquecer a la Iglesia. Y rezamos por todos, para que todos vivan plenamente su vocación personal, santamente orgullosos de la elección con la que Dios los ha llamado. *Todo lo que sea ayudar a los sacerdotes, darles vida sobrenatural, enseñarles que están enamorados, que no están solos, es salvarles. Y salvar a un sacerdote es salvar a miles de almas*⁵.

EL SACERDOCIO lleva a servir a Dios en un estado que no es, en sí, ni mejor, ni peor que otros: es

(3) Concilio de Trento, sesión XXIII, *Doctrina de sacramento ordinis*, cap. 1, D. 957 (1764).

(4) Juan Pablo II, Carta *Ecce nunc* a todos los sacerdotes de la Iglesia, con ocasión del Jueves Santo, 16-11-1986.

(5) De nuestro Padre, Tertulia, 28-11-1969.

distinto. Pero la vocación de sacerdote aparece revestida de una dignidad y de una grandeza que nada en la tierra supera. Santa Catalina de Siena pone en boca de Jesucristo estas palabras: no quiero que mengüe la reverencia que se debe profesar a los sacerdotes, porque la reverencia y el respeto que se les manifiesta, no se dirige a ellos, sino a Mí, en virtud de la Sangre que yo les he dado para que la administren. Si no fuera por esto, deberíais dedicarles la misma reverencia que a los seglares, y no más... No se les ha de ofender: ofendiéndolos, se me ofende a Mí, y no a ellos. Por eso lo he prohibido, y he dispuesto que no admito que sean tocados mis Cristos (Santa Catalina de Siena, El Diálogo, cap. 116).

Algunos se afanan por buscar, como dicen, la identidad del sacerdote. ¡Qué claras resultan esas palabras de la Santa de Siena! ¿Cuál es la identidad del sacerdote? La de Cristo. Todos los cristianos podemos y debemos ser no ya alter Christus, sino ipse Christus: otros Cristos, ¡el mismo Cristo! Pero en el sacerdote esto se da inmediatamente, de forma sacramental⁶.

Esta es la razón más profunda de nuestra veneración por todos los sacerdotes: su particularísima identificación con Cristo, realizada en el Sacramento del Orden y actualizada especialmente en la celebración de la Santa Misa. *Todos los sacerdotes* —decía nuestro Padre—, *seamos pecadores —como yo—, o sean santos*

como son otros, en el altar no somos nunca nosotros: somos Cristo, que renueva su Sacrificio del Calvario (...).

¡Soy Cristo en el altar! Renuevo incruentamente el divino Sacrificio del Calvario y consagro in persona Christi, haciendo las veces de Jesucristo, porque le doy mi cuerpo y mi voz, mis manos, mi pobre corazón tantas veces manchado, que quiero que El purifique⁷.

En nuestra oración de hoy, ocupa un lugar privilegiado la petición por la santidad de todos los sacerdotes, y hacemos nuestros los sentimientos y deseos de nuestro Padre, que le movían a escribir: *yo pido a Dios Nuestro Señor que nos dé a todos los sacerdotes la gracia de realizar santamente las cosas santas, de reflejar, también en nuestra vida, las maravillas de las grandezas del Señor. Quienes celebramos los misterios de la Pasión del Señor, hemos de imitar lo que hacemos. Y entonces la hostia ocupará nuestro lugar ante Dios, si nos hacemos hostias nosotros mismos (San Gregorio Magno, Dialogus 4, 59)⁸.*

PARA realizar dignamente la misión que han recibido, los sacerdotes han de aspirar con todas sus fuerzas a la santidad. *Entendemos, con toda la tradición eclesiástica, que el sacerdocio pide —por las funciones sagradas que le competen— algo más que una*

(6) De nuestro Padre, Homilía *Sacerdote para la eternidad*, 13-IV-1973.

(7) De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 752.

(8) De nuestro Padre, Homilía *Sacerdote para la eternidad*, 13-IV-1973.

*vida honesta: exige una vida santa en quienes lo ejercen, constituidos —como están— en mediadores entre Dios y los hombres*⁹.

Gracias a Dios, son incontables los sacerdotes que corresponden fielmente a la gracia divina. *Si alguna vez os topáis con un sacerdote que, externamente, no parece vivir conforme al Evangelio —no lo juzguéis, le juzga Dios—, sabed que si celebra válidamente la Santa Misa, con intención de consagrar, Nuestro Señor no deja de bajar a aquellas manos, aunque sean indignas. ¿Cabe más entrega, más anonadamiento? Más que en Belén y que en el Calvario. ¿Por qué? Porque Jesucristo tiene el Corazón oprimido por sus ansias redentoras, porque no quiere que nadie pueda decir que no le ha llamado, porque se hace el encontradizo con los que no le buscan.*

¡Es Amor! No hay otra explicación. ¡Qué cortas se quedan las palabras, para hablar del Amor de Cristo! El se abaja a todo, admite todo, se expone a todo —a sacrilegios, a blasfemias, a la frialdad de la indiferencia de tantos—, con tal de ofrecer, aunque sea a un hombre solo, la posibilidad de descubrir los latidos de un Corazón que salta en su pecho llagado.

Esta es la identidad del sacerdote: instrumento inmediato y diario de esa gracia salvadora que Cristo nos ha ganado. Si se comprende esto, si se ha meditado en el activo silencio de la oración, ¿cómo conside-

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 2-II-1945, n. 4.

*rar el sacerdocio una renuncia? Es una ganancia que no es posible calcular*¹⁰.

El sacerdocio es la más alta dignidad que una persona humana puede recibir en la tierra, exceptuada la gracia de la Maternidad divina de la Santísima Virgen. Y aun así, *Nuestra Madre Santa María, la más santa de las criaturas —más que Ella, sólo Dios— trajo una vez al mundo a Jesús: los sacerdotes lo traen a nuestra tierra, a nuestro cuerpo y a nuestra alma, todos los días: viene Cristo para alimentarnos, para vivificarnos, para ser, ya desde ahora, prenda de la vida futura*¹¹.

Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote, ha querido perpetuar su sacerdocio mediante instrumentos humanos. Pidámosle hoy, día de la institución del Sacramento del Orden, que haya muchos sacerdotes santos en la Iglesia, para servicio de todas las almas. Que suscite vocaciones sacerdotales, abundantes y selectas, en todos los rincones de la tierra. Y que no falten nunca en el Opus Dei los sacerdotes necesarios para extender por todo el mundo la labor que nos ha confiado.

Como escribe nuestro Padre, *la Iglesia necesita ~y necesitará siempre— sacerdotes. Pídeselos a diario o. la Trinidad Santísima, a través de Santa María.*

*—Y pide que sean alegres, operativos, eficaces; que estén bien preparados; y que se sacrifiquen gustosos por sus hermanos, sin sentirse víctimas*¹².

(10) De nuestro Padre, *Homilía Sacerdote para la eternidad*, 13-IV-1973.

(11) De nuestro Padre, *Homilía Sacerdote para la eternidad*, 13-IV-1973.

(12) *Forja*, n. 910.

157.

JUEVES SANTO (III)

—Locura de amor de Jesucristo, al instituir la Sagrada Eucaristía.

—La Santa Misa es el mejor modo de corresponder al amor de Dios.

—La liturgia eucarística, centro de la Santa Misa.

SI NO fuerais mis hijos, teniendo que hablar a sacerdotes y seglares que han meditado muchas veces esta escena del Jueves Santo, os diría que lo que voy a hacer es como vender miel al colmenero. Por eso, hemos de poner un cuidado especial para que el acontecimiento que hoy conmemoramos no resbale sobre nuestras almas.

Una meditación sobre la Sagrada Eucaristía la habrás comenzado muchas veces, hijo mío^ con alguna de estas citas, que nos recuerdan la humildad de Cristo, la fe de Pedro y el amor de Juan.

La humildad de Cristo: desiderio desideravi hoc pascha manducare vobiscum antequam patiar (Luc. XXII, 15); ardientemente he deseado comer este cordero, celebrar esta Pascua con vosotros, antes de mi Pasión.

La fe de Pedro: nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios (Ioann. VI, 70), ratificada por el Señor: yo he rogado por ti a fin de

que tu fe no perezca, y tú, cuando te conviertas, confirma a tus hermanos (Luc. XXII, 32).

El amor de Juan, que recuesta su cabeza sobre el pecho de Cristo (cfr. Ioann. XXIII, 25). Jesús les dice: mandatum novum do vobis: ut diligatis invicem... (Ioann. XIII, 34); un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos a otros como Yo os he amado. Y El amaba tan ardientemente a los suyos que estaban en el mundo, que los iba a amar hasta el fin (...).

Et, accepto pane, gratias egit et fregit et dedit eis dicens: Hoc est corpus meum (Luc. XXII, 19); tomó el pan, dio gracias, lo partió y se lo entregó, diciendo: esto es mi cuerpo. Muchas veces os he hecho considerar esta maravilla del amor humano: dos personas que se quieren, cuando deben separarse, se dejan unos retratos con una dedicatoria llena de cariño, tan encendida, que resulta casi un prodigio el hecho de que con el fuego de esas palabras no arda el papel. También Jesús, que nos amaba hasta el extremo (Ioann. XIII, 1): tenía que irse y, al mismo tiempo, deseaba quedarse. Pero, lo que no podemos nosotros, lo puede Dios: se va y se queda. Instituye la Sagrada Eucaristía para que le comamos, para que nos fortalezcamos, para que seamos fieles y nos hagamos una sola cosa con El (...).

Aunque he recordado estas razones, por las que Jesús ha querido permanecer entre nosotros, puedo decir también que no entiendo por qué se quedó, a sabiendas de cómo iba a ser tratado: no sólo que tantos sagrarios estarían desiertos; sino que se acercarían a El

personas que no le conocen, que no le quieren o que le ignoran, que le desprecian o que le maltratan. Pues, a pesar de esto, Jesús se quedó realmente en la Sagrada Eucaristía: con su Cuerpo, con su Sangre, con su Alma y con su Divinidad. Y se quedó por ti y por mí.

¡Amor con amor se paga! Piensa en tus genuflexiones ante el Sagrario, en tus visitas al Santísimo, en ese recuerdo hacia El cuando pasas cerca de un Tabernáculo, que ha de ser un recuerdo cada vez más encendido. ¡Amor con amor se paga!¹.

QUIZA, a veces, nos hemos preguntado cómo podemos corresponder a tanto amor de Dios; quizá hemos deseado ver expuesto claramente un programa de vida cristiana. La solución es fácil, y está al alcance de todos los fieles: participar amorosamente en la Santa Misa, aprender en la Misa a tratar a Dios, porque en este Sacrificio se encierra todo lo que el Señor quiere de nosotros.

Permitid que os recuerde lo que en tantas ocasiones habéis observado: el desarrollo de las ceremonias litúrgicas. Siguiéndolas paso a paso, es muy posible que el Señor haga descubrir a cada uno de nosotros en qué debe mejorar, qué vicios ha de extirpar, cómo ha de ser nuestro trato fraterno con todos los hombres.

(1) De nuestro Padre, Meditación, 14-IV-1960.

El sacerdote se dirige hacia el altar de Dios, del Dios que alegra nuestra juventud La Santa Misa se inicia con un canto de alegría, porque Dios está aquí. Es la alegría que, junto con el reconocimiento y el amor, se manifiesta en el beso a la mesa del altar, símbolo de Cristo y recuerdo de los santos: un espacio pequeño, santificado porque en esta ara se confecciona el Sacramento de la infinita eficacia.

El Confiteor nos pone por delante nuestra indignidad; no el recuerdo abstracto de la culpa, sino la presencia, tan concreta, de nuestros pecados y de nuestras faltas. Por eso repetimos: Kyrie eleison, Christe eleison, Señor, ten piedad de nosotros; Cristo, ten piedad de nosotros. Si el perdón que necesitamos estuviera en relación con nuestros méritos, en este momento brotaría en el alma una tristeza amarga. Pero, por bondad divina, el perdón nos viene de la misericordia de Dios, al que ya ensalzamos —Gloria— porque Tú solo eres santo, Tú solo Señor, Tú solo altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo, en la gloria de Dios Padre.

Oímos ahora la Palabra de la Escritura, la Epístola y el Evangelio, luces del Paráclito, que habla con voces humanas para que nuestra inteligencia sepa y contemple, para que la voluntad se robustezca y la acción se cumpla. Porque somos un solo pueblo que confiesa una sola fe, un Credo, —un pueblo congregado en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (San Cipriano, De dominica oratione, 23) (...).

Que la oblación redunde en salvación de todos

—Orate, fratres, *reza el sacerdote*—, porque este sacrificio es mío y vuestro, de toda la Iglesia Santa. Orad, hermanos, aunque sedís pocos los que os encontráis reunidos; aunque sólo se halle materialmente presente nada más un cristiano, y aunque estuviese solo el celebrante: porque cualquier Misa es el holocausto universal, rescate de todas las tribus y lenguas y pueblos y naciones (cfr. Apoc. V, 9).

Todos los cristianos, por la Comunión de los Santos, reciben las gracias de cada Misa, tanto si se celebra ante miles de personas o si ayuda al sacerdote como único asistente un niño, quizá distraído. En cualquier caso, la tierra y el cielo se unen para entonar con los Angeles del Señor: Sanctus, Sanctus, Sanctus...

Yo aplaudo y ensalzo con los Angeles: no me es difícil, porque me sé rodeado de ellos, cuando celebro la Santa Misa. Están adorando a la Trinidad. Como sé también que, de algún modo, interviene la Santísima Virgen, por la íntima unión que tiene con la Trinidad Beatísima y porque es Madre de Cristo, de su Carne y de su Sangre: Madre de Jesucristo, perfecto Dios y perfecto Hombre. Jesucristo concebido en las entrañas de María Santísima sin obra de varón, por la sola virtud del Espíritu Santo, lleva la misma Sangre de su Madre: y esa Sangre es la que se ofrece en sacrificio redentor, en el Calvario y en la Santa Misa².

(2) Ej Crisó que pasa, nn. 88-89.

ASI se entra en el canon, con la confianza filial que llama a nuestro Padre Dios clementísimo. Le pedimos por la Iglesia y por todos en la Iglesia: por el Papa, por nuestra familia, por nuestros amigos y compañeros. Y el católico, con corazón universal, ruega por todo el mundo, porque nada puede quedar excluido de su celo entusiasta. Para que la petición sea acogida, hacemos presente nuestro recuerdo y nuestra comunicación con la gloriosa siempre Virgen María y con un puñado de hombres, que siguieron los primeros a Cristo y murieron por El.

Quam oblationem... Se acerca el instante de la consagración. Ahora, en la Misa, es otra vez Cristo quien actúa, a través del sacerdote: Este es mi Cuerpo. Este es el cáliz de mi Sangre. ¡Jesús está con nosotros! Con la Transustanciación, se reitera la infinita locura divina, dictada por el Amor. Cuando hoy se repita ese momento, que sepamos cada uno decir al Señor, sin ruido de palabras, que nada podrá separarnos de El, que su disponibilidad —inerme— de quedarse en las apariencias ¡tan frágiles! del pan y del vino, nos ha convertido en esclavos voluntarios: praesta meae menti de te vivere, et te illi semper dulce sapere (Adoro te devotej, haz que yo viva siempre de ti y que siempre saboree la dulzura de tu amor.

Más peticiones: porque los hombres estamos casi siempre inclinados a pedir: por nuestros hermanos difuntos, por nosotros mismos. Aquí caben también todas nuestras infidelidades, nuestras miserias. La carga

es mucha, pero El quiere llevarla por nosotros y con nosotros. Termina el canon con otra invocación a la Trinidad Santísima: per Ipsum, et cum Ipso, et in Ipso..., por Cristo, con Cristo y en Cristo, Amor nuestro, a Ti, Padre Todopoderoso, en unidad del Espíritu Santo, te sea dado todo honor y gloria por los siglos de los siglos.

Jesús es el Camino, el Mediador; en El, todo; fuera de El, nada. En Cristo, enseñados por El, nos atrevemos a llamar Padre Nuestro al Todopoderoso: el que hizo el cielo y la tierra es el Padre entrañable que espera que volvamos a El continuamente, cada uno como un nuevo y constante hijo pródigo.

Ecce Agnus Dei... Domine, non sum dignus... Vamos a recibir al Señor. Para acoger en la tierra a personas constituidas en dignidad hay luces, música, trajes de gala. Para albergar a Cristo en nuestra alma, ¿cómo debemos prepararnos? ¿Hemos pensado alguna vez en cómo nos conduciríamos, si sólo se pudiera comulgar una vez en la vida?

Cuando yo era niño, no estaba aún extendida la práctica de la comunión frecuente. Recuerdo cómo se disponían para comulgar: había esmero en arreglar bien el alma y el cuerpo. El mejor traje, la cabeza bien peinada, limpio también físicamente el cuerpo, y quizá hasta con un poco de perfume... Eran delicadezas propias de enamorados, de almas finas y recias, que saben pagar con amor el Amor.

Con Cristo en el alma, termina la Santa Misa: la

bendición del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo nos acompaña durante toda la jornada, en nuestra tarea sencilla y normal de santificar todas las nobles actividades humanas.

Asistiendo a la Santa Misa, aprenderéis a tratar a cada una de las Personas divinas: al Padre, que engendra al Hijo; al Hijo, que es engendrado por el Padre; al Espíritu Santo que de los dos procede. Tratando a cualquiera de las tres Personas, tratamos a un solo Dios; y tratando a las tres, a la Trinidad, tratamos igualmente a un solo Dios único y verdadero. Amad la Misa, hijos míos, amad la Misa. Y comulgad con hambre, aunque estéis helados, aunque la emotividad no responda: comulgad con fe, con esperanza, con encendida caridad³.

Pidamos a la Virgen que nos enseñe a vivir cada día la Santa Misa con aquellos sentimientos de humildad y adoración con que Ella recibió a su Hijo Jesucristo.

(3) *£5 Cristo que pasa*, nn. 90-91.

158.

VIERNES SANTO (I)

—La oración de Jesús en el huerto.

—Jesús, flagelado y coronado de espinas, nos invita a no tener miedo a la expiación.

—Cristo, camino del Calvario, nos invita a poner la Santa Cruz en nuestra vida y en nuestros trabajos.

EL MAESTRO divino, que ha predicado la alegría con su vida y con su palabra, está ahora abrumado por la tristeza en el huerto de los olivos. El dolor ha irrumpido en lo más profundo de su espíritu como un caudal de aguas tumultuosas que lo cubre todo. Ve ya muy cercana la Pasión y la Muerte: los azotes que van a destrozar su cuerpo, las bofetadas, los insultos, las burlas sangrientas, los clavos y la lanza... Pero sobre todo le aflige el abandono de los suyos, el escándalo, la traición.

Ahora, en plena noche, los Apóstoles están dormidos. *Jesús, solo y triste, sufría y empapaba la tierra con su sangre.*

De rodillas sobre el duro suelo, persevera en oración... Lloro por ti... y por mí: le aplasta el peso de los pecados de los hombres.

Pater, si vis, transfer calicem istum a me. —Padre, si quieres, haz que pase este cáliz de mí... Pero no se haga mi voluntad, sed tua fiat, sino la tuya (Luc. XXII, 42)¹.

(1) Santo Rosario. I misterio doloroso.

Apenas podemos comprender un dolor como el de Jesús. Contemplamos en silencio reverente cómo lo muestra a sus discípulos: *mi alma siente angustias de muerte*². ¡Cuánto tenemos que agradecer al Señor su sacrificio voluntariamente aceptado para librarnos de la muerte! Y le damos gracias también por el ejemplo de su actitud decidida, aun en medio de la más grande aflicción. Jesucristo entra en agonía, y llega a derramar sudor de sangre; pero la confianza en su Padre no desfallece, y hace oración una y otra vez. Cuando el cuerpo ya no puede resistir, *un Ángel del cielo le conforta*. —*Está Jesús en la agonía*. —*Continúa prolixius, más intensamente orando...* —*Se acerca a nosotros, que dormimos: levantaos, orad —nos repite—, para que no caigáis en la tentación* (Luc. XXII, 46)³.

En nuestra vida puede haber momentos de lucha más intensa, quizá de oscuridad y de dolor profundo, con tentaciones de desaliento... ¿Y cómo reaccionar, si el alma pasa alguna vez por ese estado? El Señor nos enseña el modo: *velad y orad, para que no caigáis en la tentación*⁴. Y comenta San Ambrosio: *si deseas que la fuerza de Dios te ciña y te ayude, debes vigilar siempre; muchas insidias nos rodean y es pesado el sueño del cuerpo. Sacude, pues, ese sueño para que puedas llamar a la puerta de Cristo*⁵, para que

(2) Uarc. XIV, 34.

(3) Santo Rosario, I misterio doloroso.

(4) Marc. XIV, 38.

(5) San Ambrosio, *Expositio Evangelii secundum Lucam* 7, 89.

acuda El en nuestro auxilio, El que es la fortaleza. Hay que rezar mucho, hay que pedir con insistencia, hay que sentirse —¡de verdad!— hijo de Dios, también en esos momentos.

Jesús *ora en el huerto*: Pater mi (Matth. XXVI, 39), Abba, Pater! (Marc. XIV, 36). *Dios es mi Padre, aunque me envíe sufrimiento. Me ama con ternura, aun hiriéndome. Jesús sufre, por cumplir la Voluntad del Padre... Y yo, que quiero también cumplir la Santísima Voluntad de Dios, siguiendo los pasos del Maestro, ¿podré quejarme, si encuentro por compañero de camino al sufrimiento?*

*Constituirá una señal cierta de mi filiación, porque me trata como a su Divino Hijo. Y, entonces, como El, podré gemir y llorar a solas en mi Getsemaní, pero, postrado en tierra, reconociendo mi nada, subirá hasta el Señor un grito salido de lo íntimo de mi alma: Pater mi, Abba, Pater,... fiat!*⁶.

A LA pregunta de Pilatos, la muchedumbre grita: *crucifícale. Y les decía: ¿pues, qué mal ha hecho? Mas ellos gritaban con mayor fuerza: crucifícale*⁷.

Y Pilatos, deseando contentar al pueblo, les suelta a Barrabás y ordena que azoten a Jesús.

Atado a la columna. Lleno de llagas.

(6) *Vía Crucis*, I estación, punto 1.
(7) Marc. XV, 13-14.

Suena el golpear de las correas sobre su carne rota, sobre su carne sin mancilla, que padece por tu carne pecadora. —Más golpes. Más saña. Más aún... Es el colmo de la humana crueldad.

*Al cabo, rendidos, desatan a Jesús. —Y el cuerpo de Cristo se rinde también al dolor y cae, como un guisano, tronchado y medio muerto*⁸.

La furia de los pecados de la humanidad entera descarga sus golpes sobre el cuerpo inocente de Jesucristo. Toda la impenitencia de los corazones endurecidos, la cobardía, la falta de expiación y de amor, rodean al Señor como el hielo, en soledad. Y todo lo sufre para salvarnos de nuestros pecados, abriéndonos camino. *Tú y yo no podemos hablar, nos dice nuestro Padre. —No hacen falta palabras. —Míralo, míralo... despacio.*

Después... ¿serás capaz de tener miedo a la expiación? \

Pero aún no ha terminado de sufrir. Después de flagelarlo, *llevan a mi Señor al patio del pretorio, y allí convocan a toda la cohorte* (Marc. XV, 16). *—Los soldados brutales han desnudado sus carnes purísimas. —Con un trapo de púrpura, viejo y sucio, cubren a Jesús. —Una caña, por cetro, en su mano derecha...*

La corona de espinas, hincada a martillazos, le hace Rey de burlas... Ave Rex Iudaeorum! —Dios te sal-

(8) *Santo Rosario*, II misterio doloroso.
(9) *Santo Rosario*, II misterio doloroso.

ve, Rey de los judíos (Marc. XV, 18). Y, a golpes, hieren su cabeza. Y le abofetean... y le escupen¹⁰.

La voz profética de Isaías nos lo describe en estos momentos, desfigurado por el dolor: *no hay en El parecer, no hay hermosura que atraiga las miradas, no hay en El belleza que agrade. Despreciado, desecho de los hombres, conocedor de todos los quebrantos, ante quien se vuelve el rostro, menospreciado, estimado en nada.*

Pero fue El, ciertamente, quien tomó sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por castigado y herido por Dios y humillado. Fue traspasado por nuestras iniquidades y molido por nuestros pecados. El castigo salvador pesó sobre El, y en sus llagas hemos sido curados¹¹.

El cuerpo llagado de Jesús es verdaderamente un retablo de dolores...

Por contraste, vienen a la memoria tanta comodidad, tanto capricho, tanta dejadez, tanta cicatería... Y esa falsa compasión con que trato mi carne.

¡Señor!, por tu Pasión y por tu Cruz, dame fuerza para vivir la mortificación de los sentidos y arrancar todo lo que me aparte de Ti¹².

COMO para una fiesta, han preparado un cortejo, una larga procesión. Los jueces quieren saborear su

(10) *Santo Rosario*, III misterio doloroso.

(11) *L. ¡¡¡sai. Lili*, 2-5).

(12) *Via Crucis*, X estación, punto 2.

victoria con un suplicio lento y despiadado.

Jesús no encontrará la muerte en un abrir y cerrar de ojos... Le es dado un tiempo para que el dolor y el amor se sigan identificando con la Voluntad amabilísima del Padre¹³.

Es breve el trayecto hasta el Calvario, pero ¡qué largo se hace con el madero a cuestas! *A derecha e izquierda, el Señor ve esa multitud que anda como ovejas sin pastor. Podría llamarlos uno a uno, por sus nombres, por nuestros nombres. Ahí están los que se alimentaron en la multiplicación de los panes y de los peces, los que fueron curados de sus dolencias, los que adoctrinó junto al lago y en la montaña y en los pórticos del Templo.*

Un dolor agudo penetra en el alma de Jesús, y el Señor se desploma extenuado¹⁴.

Un alma enamorada de Dios no puede permanecer impasible ante este espectáculo, y ansia ayudar a Cristo —como Simón de Cirene— a llevar la Cruz. Pero, *¿cómo amar de veras la Cruz Santa de Jesús?... ¡Deséala!... ¡Pide fuerzas al Señor para implantarla en todos los corazones, y a lo largo y a lo ancho de este mundo! Y luego... desagraviále con alegría; trata de amarle también con el latir de todos los corazones que aún no le aman¹⁵.*

Al principio, Simón Cirineo llevó la cruz de Jesús forzado por las circunstancias¹⁶. Sólo después se

(13) *Via Crucis*, II estación, punto 2.

(14) *Via Crucis*, III estación.

(15) *Via Crucis*, V estación, punto 5.

(16) *Cfr. Marc. XV, 21.*

dará cuenta de la mejora de su alma, al contacto con el sagrado madero. Así sucede a veces en nuestra vida: llega el Señor en el momento más inesperado, y nos pide que le acompañemos al Gólgota. Quizá en un primer momento experimentemos la desazón de ese encuentro imprevisto. Pero enseguida ha de acudir a nuestro corazón y a nuestros labios el *fiat!* de una entrega renovada.

No lles la Cruz arrastrando..., nos pide nuestro Padre. Llévala a plomo, porque tu Cruz, así llevada, no será una Cruz cualquiera: será... la Santa Cruz. No te resignes con la Cruz. Resignación es palabra poco generosa. Quiere la Cruz. Cuando de verdad la quieres, tu Cruz será... una Cruz, sin Cruz.

*Y de seguro, como El, encontrarás a María en el camino*¹⁷.

Este es el propósito de la oración de hoy: estar junto a María para seguir de cerca a Jesús. Para marchar tras El con serenidad y alegría, con afán corredor. Porque *Jesús quiere ser levantado en alto, ahí: en el ruido de las fábricas y de los talleres, en el silencio de las bibliotecas, en el fragor de las calles, en la quietud de los campos, en la intimidad de las familias, en las asambleas, en los estadios... Allí donde un cristiano gaste su vida honradamente, debe poner con su amor la Cruz de Cristo, que atrae a Sí todas las cosas*¹⁸.

(17) *Santo Rosario*, IV misterio doloroso.

(18) *Vía Crucis*, XI estación, punto 3.

159.

VIERNES SANTO (II)

—En el momento del dolor, Cristo busca almas fieles y encuentra muy pocas.

—El Señor muere por nosotros, dando así muestra de cuánto nos ama.

—Nuestros propósitos de ser fieles, de corresponder, se harán realidad si contemplamos con frecuencia a Jesús Crucificado.

*JESÚS Nazareno, Rey de los judíos, tiene dispuesto el trono triunfador*¹. Le hemos visto llegar a la cima del Calvario cargado con la Cruz; no puede sostenerse en pie: la flagelación, la corona de espinas y los malos tratos recibidos durante el camino, han convertido su Cuerpo Santísimo en una llaga.

Ahora está Nuestro Señor cosido al madero, en lo alto de la Cruz: *sufriendo cuanto se pueda sufrir, extiende sus brazos con gesto de Sacerdote Eterno...*². Tres largas horas de agonía, blanco de las burlas de los judíos y del sarcasmo de los príncipes de los sacerdotes. *Pueblo mío, ¿qué te he hecho o en qué te he contristado? ¡Respóndeme!*³.

En medio de tantos sufrimientos y de tanta amargura, busca Jesucristo a los que durante su vi-

(1) *Santo Rosario*, V misterio doloroso.

(2) *Santo Rosario*, V misterio doloroso.

(3) *Ador. S. Crucis, Improperia*.

da le siguieron de cerca. Su corazón siente necesidad de consuelo, y lo encuentra sólo en un grupo reducido de almas fieles. Los demás han huido: Pedro, que poco tiempo antes prometía seguirle aunque le *fuera necesario morir*...⁴; Santiago, que quería incendiar los pueblos que se negaban a dar hospitalidad al Señor...; y los demás Apóstoles. En el momento del dolor, Cristo busca almas fieles y encuentra muy pocas: casi todos le han abandonado.

En la tragedia de la Pasión se consuma nuestra propia vida y la entera historia humana. La Semana Santa —insiste una vez más nuestro Padre— no puede reducirse a un mero recuerdo, ya que es la consideración del misterio de Jesucristo, que se prolonga en nuestras almas; el cristiano está obligado a ser alter Christus, ipse Christus, otro Cristo, el mismo Cristo. Todos, por el Bautismo, hemos sido constituidos sacerdotes de nuestra propia existencia, para ofrecer víctimas espirituales, que sean agradables a Dios por Jesucristo (/ Petr. II, 5), para realizar cada una de nuestras acciones en espíritu de obediencia a la voluntad de Dios, perpetuando así la misión del Dios-Hombre.

Por contraste, esa realidad nos lleva a detenernos en nuestras desdichas, en nuestros errores personales. No debe desanimarnos esta consideración, ni colocarnos en la actitud escéptica de quien ha renunciado a

(4) Marc. XVI, 31.

*las ilusiones grandes. Porque el Señor nos reclama tal como somos, para que participemos de su vida, para que luchemos por ser santos*⁵.

Contemplamos las escenas del Calvario, como protagonistas en la vida de Cristo. Que el Señor nos encuentre a nosotros —fieles, perseverantes— junto a la Cruz.

*YA HAN cosido a Jesús al madero. Los verdugos han ejecutado despiadadamente la sentencia. El Señor ha dejado hacer, con mansedumbre infinita*⁶.

Levantamos de nuevo nuestra mirada hacia lo alto de la Cruz. Verdaderamente, *no hay en El parecer, ni hermosura*⁷. Todo su cuerpo está bañado en sangre que brota de manos y pies, atravesados por los clavos. *Despreciado, desechado de los hombres, varón de dolores, conocedor de todos los quebrantos, ante quien se vuelve el rostro, menospreciado, estimado en nada*⁸. Y, sin embargo, es Cristo Jesús, Aquel que existiendo en la forma de Dios, no reputó codiciable tesoro mantenerse igual a Dios, antes se anonadó, tomando la forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres; y en su condición de hom-

(5) £5 Cristo que pasa, n. 96.

(6) Via Crucis, XI estación, punto 1.

(7) L I (Isai. Lili, 2).

(8) Ibid., 3.

*bre se humilló, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz*⁹.

¿Por qué quiso el Señor morir en la Cruz? ¿No podía habernos redimido de otro modo menos doloroso, sin necesidad de derramar su Sangre? ¿Por qué ha querido darse a nosotros hasta tal extremo? Verdaderamente, *no era necesario tanto tormento. El pudo haber evitado aquellas amarguras, aquellas humillaciones, aquellos malos tratos, aquel juicio inicuo, y la vergüenza del patíbulo, y los clavos, y la lanzada... Pero quizo sufrir todo eso por ti y por mí. Y nosotros, ¿no vamos a saber corresponder?*

*Es muy posible —nos dice nuestro Padre— que en alguna ocasión, a solas con un crucifijo, se te vengan las lágrimas a los ojos. No te domines... Pero procura que ese llanto acabe en un propósito*¹⁰.

En lo más íntimo de nuestro corazón oímos las palabras de Jesús: *nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos*¹¹. Y aquel cariñoso reproche que nos transmitió nuestro Padre: *obras son amores, y no buenas razones*¹².

Meditemos en el Señor herido de pies a cabeza por amor nuestro. Con frase que se acerca a la realidad, aunque no acaba de decirlo todo, podemos repetir con

(9) Philip. II, 6-8.

(10) *Vía Crucis*, XI estación, punto 1.

(11) *Ioann.* XV, 13.

(12) Cfr. *Camino*, n. 933.

*un autor de hace siglos: el cuerpo de Jesús es un retablo de dolores. A la vista de Cristo hecho un guiñapo, convertido en un cuerpo inerte bajado de la Cruz y confiado a su Madre; a la vista de ese Jesús destrozado, se podría concluir que esa escena es la muestra más clara de una derrota. ¿Dónde están las masas que lo seguían, y el Reino cuyo advenimiento anunciaba? Sin embargo, no es derrota, es victoria: ahora se encuentra más cerca que nunca del momento de la Resurrección, de la manifestación de la gloria que ha conquistado con su obediencia*¹³.

*Hubiera sido posible a Dios liberar al hombre de otro modo*¹⁴, pero el amor se excede siempre: no sabe de pesos y medidas. Jesús muere por nosotros, dando así a entender cómo nos ama. Repitamos con nuestro Padre: *soy tuyo, y me entrego a Ti, y me clavo en la Cruz gustosamente, siendo en las encrucijadas del mundo un alma entregada a Ti, a tu gloria, a la Redención, a la corredención de la humanidad entera*¹⁵.

*ES EL Amor lo que ha llevado a Jesús al Calvario. Y ya en la Cruz, todos sus gestos y todas sus palabras son de amor, de amor sereno y fuerte*¹⁶.

(13) *£5 Cristo que pasa*, n. 95.

(14) Santo Tomás, *S. Th.* II, q. 46, a. 2 c.

(15) *Vía Crucis*, XI estación.

(16) *Vía Crucis*, XI estación.

Volvamos a la Cruz, dirijamos constantemente nuestra mirada a la Cruz, *porque aquel madero que sujeta sus miembros, además de trono, es también cátedra desde donde nuestro Maestro enseña*¹⁷. Allí aprenderemos a llorar nuestros pecados que son causa de la muerte del Santo, de quien es toda la santidad; y allí renovaremos el propósito de imitar su entrega generosa.

Y en esa contemplación, es fácil saborear la reacia ternura con que canta hoy la Iglesia: *dulce leño, dulces clavos, que sostienen tan dulce peso*¹⁸. En ese himno se nos invita a cantar y a celebrar el glorioso combate del Señor, el trofeo de la Cruz, el preclaro triunfo de Cristo: *el Redentor del Universo, al ser inmolado, vence. Dios, dueño de todo lo creado, no afirma su presencia con la fuerza de las armas, y ni siquiera con el poder temporal de los suyos, sino con la grandeza de su amor infinito*^w. Se afianzan nuestros deseos de clavarnos en la Cruz gustosamente, de corredimir con Cristo, haciendo que nuestra nada se enriquezca sobremana al fundirse en esa Sangre Preciosísima que brota del cuerpo destrozado de Jesús, *¡rió en que se lavan la tierra, el mar, los astros, el mundo entero!*²⁰.

Conviene que profundicemos en lo que nos revela

(17) San Agustín, *In Ioannis Evangelium (ractus)* 119.

(18) Ador. S. Crucis, Hymn. *Crux fidelis*.

(19) *Es Cristo que pasa*, n. 100.

(20) Ador. S. Crucis, Hymn. *Crux fidelis*.

la muerte de Cristo, sin quedarnos en formas exteriores o en frases estereotipadas. Es necesario que nos metamos de verdad en las escenas que revivimos durante estos días: el dolor de Jesús, las lágrimas de su Madre, la huida de los discípulos, la valentía de las santas mujeres, la audacia de José y de Nicodemo, que piden a Pilato el cuerpo del Señor.

Acerquémonos, en suma, a Jesús muerto, a esa Cruz que se recorta sobre la cumbre del Gólgota. Pero acerquémonos con sinceridad, sabiendo encontrar ese recogimiento interior que es señal de madurez cristiana. Los sucesos divinos y humanos de la Pasión penetrarán de esta forma en el alma, como palabra que Dios nos dirige, para desvelar los secretos de nuestro corazón y revelarnos lo que espera de nuestras vidas.

Hace ya muchos años vi un cuadro que se grabó profundamente en mi interior. Representaba la Cruz de Cristo y, junto al madero, tres ángeles: uno lloraba con desconsuelo; otro tenía un clavo en la mano, como para convencerse de que aquello era verdad; el tercero estaba recogido en oración. Un programa siempre actual para cada uno de nosotros: llorar, creer y orar.

Ante la Cruz, dolor de nuestros pecados, de los pecados de la humanidad, que llevaron a Jesús a la muerte; fe, para adentrarnos en esa verdad sublime que sobrepasa todo entendimiento y para maravillarnos ante el amor de Dios; oración, para que la vida y la muerte de Cristo sean el modelo y el estímulo de

nuestra vida y de nuestra entrega. Sólo así nos llamaremos vencedores: porque Cristo resucitado vencerá en nosotros, y la muerte se transformará en vida²¹.

Al terminar este rato de oración, nuestra mirada se dirige al pie de la Cruz, donde se halla la Madre Dolorosa acompañada sólo de unas cuantas mujeres y de un adolescente, porque los demás han huido. *Invócala con fuerza: "Virgo fidelis!" —¡Virgen fiel!, y ruégale que los que nos decimos amigos de Dios lo seamos de veras y a todas las horas*²².

(21) *Es Cristo que pasa*, n. 96.

(22) *Surco*, n. 51.

160.

VIERNES SANTO (III)

—El holocausto de Jesucristo en la Cruz se renueva en el Sacrificio de la Misa.

—Las Llagas Santísimas del Señor, que derramaron hasta la última gota de su Sangre, son refugio para nuestra flaqueza.

—Debemos corresponder a la entrega del Señor dando la vida por nuestros hermanos.

ET INCLINATO capite, tradidit spiritum (Ioann. XIX, 30).

Ha exhalado el Señor su último aliento. Los discípulos le habían oído decir muchas veces: meus cibus est..., mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y dar cumplimiento a su obra (Ioann. IV, 34). Lo ha hecho hasta el fin, con paciencia, con humildad, sin reservarse nada... Oboediens usque ad mortem (Philip. II, 8): obedeció hasta la muerte, ¡y muerte de Cruz! i.

Pero no se había aquietado aún el afán redentor de Cristo. Narra San Juan que los soldados recibieron en el Calvario la orden de quebrar las piernas de los crucificados, para acelerar su muerte y evitar que los cuerpos permanecieran en la Cruz durante el sábado, que era un día muy solemne; *pero al llegar a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las*

(1) *Vía Crucis*, XII estación, punto 1.

piernas, sino que uno de los soldados le abrió el costado con la lanza, y al instante salió sangre y agua ². En este gesto del Amor de Dios, que da a los hombres hasta la última gota de su Sangre, la Iglesia ha visto significado su propio nacimiento.

El Evangelista —comenta San Agustín— *hizo uso de una palabra muy bien elegida al no decir que el soldado hirió, golpeó y otra cosa semejante, sino "abrió", para dar a entender que allí se abría la puerta de la vida, de donde manaron los sacramentos de la Iglesia, sin los cuales nadie entra en la verdadera Vida. Aquella Sangre fue derramada para la remisión de los pecados; aquella agua templea el cáliz de la salvación (...). ¡Oh muerte que da vida a los muertos! ¿Qué cosa más pura que esta Sangre? ¿Qué herida más saludable que ésta? (...). Porque del mismo modo que la primera mujer fue formada del costado de Adán, que dormía, y fue llamada vida y madre de los vivientes (...), así este segundo Adán, habiendo inclinado la cabeza, se durmió en la Cruz, para que fuera formada su Esposa, y naciera de su mismo costado* ³.

En la Misa se revive el drama del Calvario, lo que me atrevería a llamar la Misa primera y primordial, celebrada por Jesucristo ⁴. Igual que en la Cruz,

(2) *Passio* (Ioann. XIX, 34).

(3) San Agustín, *In Ioannis Evangelium tractatus* 120, 1.

(4) *¿Cristo que pasa*, n. 96.

Cristo se ofrece a Dios en la Santa Misa, siendo al mismo tiempo Sacerdote y Víctima. *Una sola e idéntica es la Víctima; y el que ahora se ofrece por ministerio de los sacerdotes, es el mismo que entonces se ofreció a Sí mismo en la Cruz, siendo sólo distinta la manera de ofrecerse* ⁵: en la Cruz, Jesús sufrió la muerte con real derramamiento de su Sangre; sobre el altar, a causa del estado glorioso de su naturaleza humana, "la muerte no tendrá ya dominio sobre El" (Rom. VI, 9), y por eso la efusión de Sangre es imposible ⁶.

Al meditar que Jesucristo se inmola cada día por nosotros en la Misa, vemos claramente la exigencia de prepararnos muy bien para asistir al Santo Sacrificio. *Fe viva en estos momentos, porque nos acercamos al mysterium fidei* (I Tim. III, 9), a la Sagrada Eucaristía; porque vamos a participar en esta Pascua del Señor, que resume y realiza las misericordias de Dios con los hombres ⁷.

EL NUEVO Testamento habla con frecuencia de la Sangre de Cristo, para darnos a entender la generosidad sin límites del Hijo de Dios, que se entregó hasta el último aliento de vida por la salvación de las almas: *el Hijo del hombre* —le gustaba decir al

(5) Concilio de Trento, Decr. *De ss. Missae sacrificio*, cap. 2.

(6) Pío XII, Litt. ene. *Mediator Dei*, 20-XM947.

(7) *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 123.

Señor— *no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en redención por muchos* ⁸.

Desde que el pecado entró en el mundo, en los orígenes mismos de la historia, *todos los hombres eran cautivos del diablo y servían a los demonios; pero ya han sido rescatados de esa cautividad. Pudieron venderse a sí mismos, pero no fueron capaces de redimirse. Llegó el Redentor y pagó el precio: derramó su Sangre y compró con ella el orbe de la tierra* ⁹.

Por cada uno de nosotros ha dado el Señor su vida: *habéis sido rescatados de la vana conducta de vida que recibisteis de vuestros padres* —nos amonesta San Pedro—, *no con oro o plata, que son cosas perecederas, sino con la Sangre preciosa de Cristo, como de un cordero immaculado* ¹⁰: la Sangre que brotó de su Cuerpo lacerado por la flagelación; la que manó de las heridas causadas por la corona de espinas; la Sangre de sus Llagas, abiertas de nuevo al ser despojado brutalmente de sus vestiduras; la de sus manos y pies, traspasados por los clavos, con la que se regó el leño de la Cruz. Y cuando ya parecía que no quedaba una gota en sus venas, aún encontró sangre y agua la lanza que abrió su costado.

Las Llagas del Señor, por las que fluyó a raudales esa Sangre preciosísima, serán refugio sereno para nuestras heridas, cuando nos sintamos miserables y

(8) Marc. X, 45.

(9) San Agustín, *Enarraciones in Psalmos* 95, 5.

(10) *Ad Off. lea.*, L. II, R. (I Petr. I, 18-19).

aflicidos. Porque también a nosotros —escribe nuestro Fundador— nos llegan sufrimientos. *Cuando nosotros nos damos a Dios de veras, cuando nos dedicamos al Señor, a veces El permite que vengan el dolor, la soledad, las contradicciones, las calumnias, las difamaciones, las burlas, por dentro y por fuera: porque quiere conformarnos a su imagen y semejanza, y hace quizá que nos llamen locos y nos tengan por necios.*

Entonces, al admirar la Humanidad Santísima de Jesús, vamos descubriendo una a una sus Llagas; y en esos momentos de purgación pasiva, dolorosos, fuertes, de lágrimas ¡dulces y amargas! que procuramos esconder, nos sentimos inclinados a meternos dentro de cada una de aquellas Llagas, para purificarnos, para gozarnos con esa Sangre redentora, para fortalecernos. *Vamos allí como las palomas que, al decir de la Escritura (cfr. Cant. II, 14), se esconden en los agujeros de las rocas a la hora de la tempestad.*

Cuando la carne quiere recobrar sus fueros perdidos o la soberbia, que es peor, se encabrita, ¡a las Llagas de Cristo! Ve como más te conmueva, hijo, como más te conmueva; mete en las Llagas del Señor todo ese amor humano... y ese amor divino. Que esto es buscar la unión, sentirse hermano de Cristo, consanguíneo suyo, hijo de la misma Madre, porque es Ella la que nos ha llevado hasta Jesús ¹¹.

(11) De nuestro Padre, Meditación *El camino nuestro en la tierra*, 26-XI-1967.

En las Llagas de Cristo estamos seguros. Empapados en su Sangre redentora, embriagados de Dios, nada hemos de temer: *porque si la sangre de los machos cabríos y de los toros, y la ceniza de la ternera esparcida sobre los inmundos, los santifica, en orden a la purificación legal de la carne, ¡cuánto más la Sangre de Cristo, quien por impulso del Espíritu Santo, se ofreció a Sí mismo inmaculado a Dios, limpiará nuestras conciencias de las obras muertas de los pecados, para que tributemos culto al Dios vivo!*¹².

*OH DIOS, que por la Pasión de Cristo, Hijo tuyo y Señor nuestro, has destruido la muerte, fruto del primer pecado que alcanza a todo el género humano: concédenos ser conformes a Jesucristo; y así, los que por necesidad de la naturaleza hemos llevado la imagen del hombre viejo, por la santificación de la gracia seamos revestidos del hombre nuevo*¹³.

En la Epístola a los Hebreos, se nos muestra el camino que es preciso seguir para corresponder al sacrificio total de Jesucristo: *teniendo la firme esperanza de entrar en el Santuario del cielo por la Sangre de Cristo, con la cual nos abrió un camino nuevo y de vida (...); teniendo asimismo al gran Sacerdote constituido sobre la Casa de Dios, lleguémonos a El*

(12) *Ad Off. iect., L. I (Hebr. IX, 13-14).*

(13) *Oral.*

con sincero corazón, con plena fe, purificados los corazones de las inmundicias de la mala conciencia (...); pongamos los ojos unos en otros para incentivo de caridad y de buenas obras, no desamparando a los que son de nuestra familia (...), sino alentándonos mutuamente ¹⁴.

El modo concreto de corresponder a la entrega del Señor por nosotros se resume en *dar la vida por los demás. Sólo así se vive la vida de Jesucristo y nos hacemos una misma cosa con El*¹⁵. Participaremos de esa vida en la medida en que tengamos *el corazón muy grande, para amar a Dios y para amar a los demás. Yo le pido muchas veces al Señor —exclamaba nuestro Padre— que me dé un corazón a su medida; en primer lugar, para llenarme más de El, y luego para querer a todas las criaturas, sin murmurar jamás, sabiendo comprender y disculpar los defectos de los otros, porque no puedo olvidar cuánto me aguantó Dios a mí*¹⁶.

Aprenderemos a querer a los demás, imitando la entrega de Jesús, *que me amó, y se entregó a sí mismo por mí*": *Sentid en vuestras almas —insiste nuestro Fundador— esta bendita fraternidad, que se traduce en quereros de verdad, más que si tuviéramos la misma sangre: que, además, la tenemos, porque somos*

(14) *Hebr. X, 19-25.*

(15) *Via Crucis, XIV estación.*

(16) *De nuestro Padre, Crónica, 1973, p. 1101.*

(17) *Galat. II, 20.*

*hijos de Dios, bañados y purificados por su Sangre misma, y elegidos con idéntica vocación*¹⁸.

Se trata de hacer la vida agradable a los demás, sacrificando los propios gustos, por legítimos que sean, cuando su satisfacción llevara consigo un desafecto —aun pequeño— a nuestros hermanos. *Al predicar que hay que hacerse alfombra en donde los demás pisen blando* —son palabras de nuestro Fundador—, *no pretendo decir una frase bonita: ¡ha de ser una realidad!*

—*Es difícil, como es difícil la santidad; pero es fácil, porque —insisto— la santidad es asequible a todos*¹⁹.

Cada uno de nosotros, si de verdad quiere corresponder al amor inmenso de Jesucristo, deberá sentir dentro de sí aquella *sollicitudo omnium ecclesiarum*²⁰ que pesaba sobre el corazón de San Pablo: una solicitud amorosa, siempre atenta, que está pendiente del bienestar espiritual y material de los demás. Por ellos ha dado Jesús su vida. Luego no nos puede parecer nunca bastante el cariño y preocupación por nuestros hermanos, porque *nuestra generosidad, aunque sea completa, es bien poca comparada con esa generosidad infinita y amorosa del Dios-Hombre, que se entrega al sacrificio por nuestra salva-*

(18) De nuestro Padre, Crónica, 1969, p. 488.

(19) *Forja*, n. 562.

(20) II Cor. XI, 28.

*ción, dando hasta la última gota de su sangre, hasta el último aliento de su vida*²¹.

La Virgen Santísima, que vivió tan de cerca el Sacrificio de la Cruz, conseguirá de Dios que, purificados por la Sangre de su Hijo, sepamos hacernos holocausto en servicio de nuestros hermanos. Entonces —nos dice nuestro Padre— *sabréis cooperar con todos para impulsar los apostolados: iréis con la prontitud y la eficacia con que la sangre acude a la herida, como la Sangre de Jesucristo ha acudido a las heridas nuestras para restañarlas, para sanarlas, para darnos vida*²².

(21) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 7.

(22) De nuestro Padre.

161.

SÁBADO SANTO

—El desaliento de los discípulos, en los primeros momentos, después de la muerte del Maestro.

—La Virgen mantuvo la fe y el ánimo de los que se sintieron débiles.

—Sepamos acudir a Nuestra Madre, en los momentos difíciles.

JESUCRISTO yacía en el sepulcro. Manos amigas lo habían colocado, con cariño, en aquel lugar próximo al Calvario, propiedad de José de Arimatea. *Ahora ha pasado todo. Se ha cumplido la obra de nuestra Redención. Ya somos hijos de Dios, porque Jesús ha muerto por nosotros y su muerte nos ha rescatado.*

Empti enim estis pretio magno! (I Cor. VI, 20), tú y yo hemos sido comprados a gran precio K

De los Apóstoles sólo estaba presente Juan, cuando Nicodemo y José de Arimatea sepultaron el Cuerpo de Jesús. Nada relata el Evangelio de los pasos que dieron los demás en aquellas horas de soledad: ¿vagarían de uno a otro lugar de Jerusalén, sin rumbo fijo, oprimidos por la tristeza, desorientados, quizá con remordimiento? Tal vez al atardecer concurrieran al Cenáculo donde en otro tiempo se congregaron con el

(1) *Via Crucis*, XIV estación.

Maestro. ¡Cuánto desánimo en sus conversaciones! Jesucristo, que les había atraído, que les había enamorado con su Persona y con su palabra... había muerto de un modo ignominioso, y estaba sepultado. Hasta tal punto debió de llegar el desaliento, la sensación de fracaso, que no faltó la idea de abandonarlo todo y volver a las cosas de antes, como si se hubiera tratado de un sueño. Era el estado de ánimo que se traslucía en la conversación de los discípulos de Emaús: *nosotros esperábamos que El era el que había de redimir a Israel, y no obstante...*²

Parecida debió de ser la reacción de las Santas Mujeres: habían sido fieles hasta el último momento, seguían amando a Cristo, pero ahora estaba muerto. Su preocupación fue observar *el sepulcro y la manera con que había sido depositado el cuerpo de Jesús*³, para volver y terminar de embalsamarlo, después del reposo del sábado. Cuando ponderaban aquellos sucesos dolorosos, en sus corazones tendrían una profunda sensación de pena. Como los Apóstoles, habían creído en la divinidad del Señor y, ahora, se encontraban desconcertadas. Su fe y su esperanza ya no eran vivas, como en un tiempo: sólo quedaría una lucecita, que aún brillaba, sobre todo por la fuerza del amor y por la evidencia de tantos hechos maravillosos que recordaban.

(2) Luc. XXIV, 21.

(3) Luc. XXIII, 55.

Es explicable el desaliento de los Apóstoles y de las Santas Mujeres: aún no eran testigos de la Resurrección de Cristo. Nosotros, en cambio, sabemos ahora con certeza que el Señor ha triunfado plenamente. Por eso, nuestra actitud ha de ser la de aquellos discípulos ocultos de Jesús, José de Arimatea y Nicodemo, que *en la hora de la soledad, del abandono total y del desprecio...*, entonces dan la cara audacter (Marc. XV, 43)...: ¡valentía heroica!

Yo subiré con ellos al pie de la Cruz, me apretaré al Cuerpo frío, cadáver de Cristo, con el fuego de mi amor..., lo desclavaré con mis desagravios y mortificaciones..., lo envolveré con el lienzo nuevo de mi vida limpia, y lo enterraré en mi pecho de roca viva, de donde nadie me lo podrá arrancar, ¡y ahí, Señor, des-cansad!

*Cuando todo el mundo os abandone y desprecie..., serviam!, os serviré, Señor*⁴.

MUY DISTINTO fue el comportamiento de la Virgen Santísima. Ella, la primera junto a la Cruz, no irá con las Santas Mujeres al sepulcro. Confía en la palabra de Jesús y espera la Resurrección. Nuestra Señora tenía fe en la divinidad de su Hijo. Junto al recuerdo doloroso de los sufrimientos padecidos por Jesucristo, un alivio grande se apoderaría de su

(4) *Via Crucis*, XIV estación, punto 1.

corazón al pensar que se había realizado la Redención del género humano.

El Sábado Santo no pudo ser para la Virgen un día triste, aunque sí doloroso. La fe, la esperanza, el amor más tierno por su Divino Hijo le darían paz, le harían aguardar con ansia serena la Resurrección. Entre tanto, recordaría las últimas palabras de Jesús —*Mujer, ahí tienes a tu hijo*⁵—, y empezaría a ejercer su Maternidad con aquellos hombres y aquellas mujeres que habían seguido a Cristo desde los primeros tiempos. Trataría de reanimar la fe y la esperanza de los Apóstoles, recordándoles las palabras que poco tiempo atrás habían oído de labios del Señor: *el Hijo del hombre ha de ser entregado en manos de los hombres, y le darán muerte, y al tercer día resucitará*⁶. Bien claro había hablado el Señor, para que, cuando llegasen los momentos de dificultad, supiesen asirse con fe a su palabra, aunque no viesen nada, aunque todo quedase a oscuras.

Si quieres ser fiel, sé muy mañana.

Nuestra Madre —desde la embajada del Ángel, hasta su agonía al pie de la Cruz— no tuvo más corazón ni más vida que la de Jesús.

*Acude a María con tierna devoción de hijo, y Ella te alcanzará esa lealtad y abnegación que deseas*⁷.

Junto a la Virgen, una luz de esperanza se encen-

(5) *Ioann.* XIX, 26.

(6) *Matth.* XVII, 22-23.

(7) *Via Crucis*, XIII estación, punto 4.

dería en los corazones de los Apóstoles y de las Santas Mujeres: si todo aquello fuese cierto, si de verdad resucitase Jesucristo, como había prometido... Y como seguían amando a Jesús, les gustaría estar cerca de Ella, de la Madre, como en otros tiempos estaban todos juntos alrededor del Hijo.

No admitas el desaliento en tu apostolado, nos dice nuestro Padre. No fracasaste, como tampoco Cristo fracasó en la Cruz. ¡Animo!... Continúa contra corriente, protegido por el Corazón Materno y Purísimo de la Señora: Sancta María, refugium nostrum et virtus!, eres mi refugio y mi fortaleza.

Tranquilo. Sereno... Dios tiene muy pocos amigos en la tierra. No desees salir de este mundo. No rehuyas el peso de los días, aunque a veces se nos hagan muy largos⁸.

Cuando las mujeres descubrieron que Cristo Jesús había resucitado, comunicaron la noticia a los once y a todos los demás⁹, reunidos quizá, aquel amanecer, al amparo maternal de Nuestra Señora, que mantenía con su fe, su esperanza y su caridad la unidad de la naciente Iglesia.

NUESTRA Señora sostuvo la perseverancia de los primeros cristianos. Hemos de aprender la lección. En

(8) *Via Crucis*, XIII estación, punto 3.

(9) *Luc.* XXIV, 9.

aquel primer Sábado Santo, los Apóstoles se sintieron débiles en la fe, y estuvieron a punto de perder el ánimo necesario para proseguir en el camino. Les salvó su cariño a la Virgen. En el momento de la prueba supieron acudir a María, y *con Ella, ¡qué fácil!*¹⁰.

También nuestra vida ha de ser vida de fe: no sólo cuando las cosas salen sin mucho esfuerzo, sino cuando cuestan, cuando llegan las dificultades y los momentos de oscuridad. *Entonces, si se levantan los vientos de las tentaciones, si tropiezas en los escollos de las tribulaciones, mira a la Estrella, llama a María¹¹; porque, como escribió nuestro Padre, no hay tempestad que pueda hacer naufragar el corazón de la Virgen. Cada uno siente también las tempestades. Pero si lucháis, si os metéis en ese refugio firme que es María, podéis estar seguros¹².* Dios quiso que Ella fuese para nosotros Abogada, Madre, Camino seguro, para encontrar otra vez la luz en los momentos de oscuridad: *a Jesús siempre se va y se "vuelve" por María¹³.* Junto a Ella, *Virgo fidelis, Spes nostra*, volverán a crecer la fe en el carácter sobrenatural de nuestra vocación y la esperanza en los medios de formación y de progreso interior que el Señor, en la Obra, nos proporciona.

No te descaminarás, si la sigues; no desesperarás,

(10) *Camino*, n. 513.

(11) San Bernardo, *Homiliae super "Missus est"* 2, 17.

(12) De nuestro Padre, *Crónica* IV-61, p. 41.

(13) *Camino*, n. 495.

si le ruegas; no te perderás, si en Ella piensas". Quien acude a la poderosa intercesión de Santa María, sabe que jamás se ha oído decir que uno solo de quienes en la Virgen confiaron, quedase desamparado, por más que el momento fuese duro, y grande la confusión de su alma ¹⁵.

Ahora, situados ante ese momento del Calvario, cuando Jesús ya ha muerto y no se ha manifestado todavía la gloria de su triunfo, es una buena ocasión para examinar nuestros deseos de vida cristiana, de santidad; para reaccionar con un acto de fe ante nuestras debilidades, y confiando en el poder de Dios, hacer el propósito de poner amor en las cosas de nuestra jornada. La experiencia del pecado debe conducirnos al dolor, a una decisión más madura y más honda de ser fieles, de identificarnos de veras con Cristo, de perseverar, cueste lo que cueste, en esa misión sacerdotal que El ha encomendado a todos sus discípulos sin excepción, que nos empuja a ser sal y luz del mundo (cfr. Matth. V, 13-14) ¹⁶.

De la mano de Nuestra Señora, se alcanza con suavidad lo que la Iglesia pide esta noche para sus hijos, al comienzo de la Vigilia pascual: *que la luz de Cristo gloriosamente resucitado disipe las tinieblas del corazón y de la mente* ¹⁷.

(14) San Bernardo, *Homiliae super "Missus est"* 2, 17.

(15) Cfr. Oración *Memorare*.

(16) *£5 Cristo que pasa*, n. 96.

(17) Vig. Pasch., *Bened. cerei*.



162.

RESURRECCIÓN DEL SEÑOR (I)

—La fe de las Santas Mujeres es un ejemplo para nosotros.

—Las dificultades se superan mediante una obediencia llena de fe.

—Jesucristo resucitado es el fundamento de nuestra alegría.

HACE AÑOS, dirigía nuestro Padre la meditación y nos decía: *el Evangelio de la Misa de hoy está tomado de San Marcos: pasada la fiesta del sábado, María Magdalena y María, madre de Santiago, y Salomé, compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús (Marc. XVI, 1). ¡Esta sí que es generosidad grande!: ya no esperan nada del Señor, pero acuden a prestarle los últimos honores. Por contraste, mira el mal ejemplo de Pedro y de los demás. A mí me conmueve la fe de estas mujeres, y me trae a la memoria tantas cosas buenas de mi madre, como vosotros recordaréis también muchos detalles estupendos de la vuestra...*

Agradezco a Dios Nuestro Señor que haya querido que en el Opus Dei exista también la Sección femenina. El 13 de febrero de 1930, yo seguía pensando que no habría ninguna mujer trabajando en la Obra; y unas horas después, el 14 de ese mismo mes, nació la Sección femenina...

Repito que estas mujeres no esperaban nada. Jesús

era un cadáver. Habían visto cómo lo maltrataron y crucificaron: ¡con la violencia de aquella Pasión! ¡Con la unanimidad de aquella condena!: caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos (Matth. XXVII, 25). Sólo ofrecieron resistencia a la injusticia José de Arimatea y Nicodemo. Yo suelo afirmar que tenían el espíritu del Opus Dei, porque no se proclamaban discípulos del Maestro, ni lo acompañaron en los momentos del triunfo, pero supieron defenderle públicamente, ante las autoridades que le condenaron a muerte, y después tuvieron la audacia y la generosidad de recoger su cuerpo muerto.

Hoy la Cruz corona los más nobles edificios, pero entonces era sólo un patíbulo. Los poderosos de la tierra estaban contra Jesús, lo mismo que el pueblo. Aquellas mujeres sabían de los soldados, sabían que el sepulcro estaba completamente cerrado: pero gastan su dinero, y al punto de la mañana van a ungir el cuerpo del Señor: et valde mane una sabbatorum, veniunt ad monumentum (Marc. XVI, 2). ¡Hace falta ser valientes!

Y decían entre sí: ¿quién nos quitará la piedra de la entrada? (Marc. XVI, 3). Era una losa enorme. Se ven enseguida las dificultades, pero, si hay amor, no se repara en ellas: hay audacia, decisión, valentía: ¡lo que hay que hacer, se hace!

¿Quién quitará aquella piedra? Ellas solas no podían; y, sin embargo, siguen adelante, camino del sepulcro. Hijo mío, tú y yo, ¿cómo andamos de vacilaciones? ¿Tenemos esta decisión santa, o hemos de con-

fesar que sentimos vergüenza al contemplar la decisión, la intrepidez, la audacia de estas mujeres? Cuando llegaron al sepulcro, repararon que la piedra estaba apartada (Marc. XVI, 4). Esto pasa siempre. Cuando nos decidimos a hacer lo que tenemos que hacer, las dificultades se superan fácilmente ¹.

NO PODEMOS olvidar que la Resurrección de Cristo es el fruto de su perfecta obediencia a la Voluntad de Dios. Se humilló a sí mismo —escribe San Pablo—, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz. Por lo que Dios le exaltó, y le dio un nombre superior a todo nombre, para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los infiernos, y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre ².

Hoy es un gran día para encender nuestra fe, para llenarnos de seguridad, y entrever —en medio de todas las dificultades y pruebas— la gran luz de la Resurrección, de la victoria definitiva que nos espera, a condición de que manifestemos esa fe en nuestra conducta diaria y, de modo particular, en la obediencia a las indicaciones legítimas de los Directores.

¡Sed obedientes! No es posible crecer en una virtud aislada. La existencia de cada cristiano es como un te-

(1) De nuestro Padre, Meditación, 29-111-1959.

(2) Philip. II, 8-11.

jido en el que las virtudes forman una trama fuerte. No es una fibra, sino un tejido compacto que recubre nuestra vida, de pies a cabeza. Si falta una de las virtudes capitales, como la obediencia, la tela se rasga.

A veces hay dificultades para obedecer; también dificultades objetivas, y en ocasiones inconvenientes gravísimos. Pero todos sabemos —quien más, quien menos— que, cuando nos decidimos a servir a Dios, las dificultades desaparecen. Es la enseñanza del Evangelio de la Misa de hoy. Cuando las santas mujeres llegaron al sepulcro, al mirar, vieron que la piedra estaba apartada (Marc. XVI, 4). Por eso hemos de sacar un propósito firme: ¡concédeme tu gracia, Señor, para ser valiente a la hora de vivir todas esas virtudes que son imprescindibles para servirte!³.

Y entrando en el sepulcro se hallaron con un joven sentado al lado derecho, vestido de un blanco ropaje, y se quedaron asombradas. Pero él les dijo: no tenéis que asustaros; vosotras venís a buscar a Jesús Nazareno, que fue crucificado; ya resucitó, no está aquí, mirad el lugar donde le pusieron. Pero id, y decid a sus discípulos, y a Pedro, que irá delante de vosotros a Galilea, donde le veréis, según os tiene dicho \

Cristo vive. Esta es la gran verdad que llena de contenido nuestra fe. Jesús, que murió en la cruz, ha

(3) De nuestro Padre, Meditación, 29-HIM959.

(4) Ev. (B) (Marc. XVI, 5-8).

resucitado, ha triunfado de la muerte, del poder de las tinieblas, del dolor y de la angustia. No temáis, con esta invocación saludó un ángel a las mujeres que iban al sepulcro; no temáis. Vosotras venís a buscar a Jesús Nazareno, que fue crucificado: ya resucitó, no está aquí (Marc. XVI, 6). Haec est dies quam fecit Dominus, exsultemus et laetemur in ea; *éste es el día que hizo el Señor, regocijémonos* (Ps. CXVII, 24)⁵.

DINOS, María, ¿qué has visto en el camino? —Vi el sepulcro de Cristo vivo y la alegría del Resucitado. Vi ángeles como testigos; vi el sudario y los vestidos. ¡Resucitó Cristo, mi esperanza!⁶.

¡Cuántos motivos de gozo nos ofrece la solemnidad de hoy! Confitemini Domino, quoniam bonus, quoniam in saeculum misericordia eius (Ps. CXVII, 1); alabad al Señor porque es bueno, porque su misericordia permanece por los siglos. Nos viene como anillo al dedo este salmo. Porque es bueno. Dilo tú, bajito, por tu cuenta: quoniam bonus. ¡Qué bueno es el Señor, que nos ha buscado, que nos ha traído a su Obra, que nos ha hecho conocer esa manera santa de ser eficaces, de amar a las criaturas todas de Dios y darles la paz y la alegría! Hijos míos, agradeced estas cosas a Jesús, porque es bueno. Y por eso disculpa nuestros errores, y por eso agradece nuestra rectificación, nuestra renova-

(5) Es Cristo que pasa, n. 102.

(6) Secuencia Victimae Paschali laudes.

cien continua, nuestro empeño por parecemos a El, por acercarnos a El⁷.

Esa alegría es fruto de la fe y de la obediencia al querer del Señor. *Es necesario, pues, que nuestra fe sea viva, que nos lleve realmente a creer en Dios y a mantener un constante diálogo con El. La vida cristiana debe ser vida de oración constante, procurando estar en la presencia del Señor de la mañana a la noche y de la noche a la mañana. El cristiano no es nunca un hombre solitario, puesto que vive en un trato continuo con Dios, que está junto a nosotros y en los cielos.*

Sine intermissione orate, manda el Apóstol, orad sin intermisión (I Thes. V, 17). Y, recordando ese precepto apostólico, escribe Clemente Alejandrino: se nos manda alabar y honrar al Verbo, a quien conocemos como salvador y rey; y por El al Padre, no en días escogidos, como hacen otros, sino constantemente a lo largo de toda la vida, y de todos los modos posibles (Clemente Alejandrino, Stromata, 7, 7, 35).

En medio de las ocupaciones de la jornada, en el momento de vencer la tendencia al egoísmo, al sentir la alegría de la amistad con los otros hombres, en todos esos instantes el cristiano debe reencontrar a Dios. Por Cristo y en el Espíritu Santo, el cristiano tiene acceso a la intimidad de Dios Padre, y recorre su camino buscando ese reino, que no es de este mundo, pero que en este mundo se incoa y prepara.

(7) De nuestro Padre, Meditación, 29-111-1959.

Hay que tratar a Cristo, en la Palabra y en el Pan, en la Eucaristía y en la Oración. Y tratarlo como se trata a un amigo, a un ser real y vivo como Cristo lo es, porque ha resucitado. Cristo, leemos en la epístola a los Hebreos, como siempre permanece, posee eternamente el sacerdocio. De aquí que puede perpetuamente salvar a los que por medio suyo se presentan a Dios, puesto que está siempre vivo para interceder por nosotros (Hebr. VII, 24-25).

Cristo, Cristo resucitado, es el compañero, el Amigo. Un compañero que se deja ver sólo entre sombras, pero cuya realidad llena toda nuestra vida, y que nos hace desear su compañía definitiva. El espíritu y la esposa dicen: ven. Diga también quien escucha: ven. Asimismo el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome de balde el agua de vida, la felicidad eterna... Y el que da testimonio de estas cosas dice: ciertamente, vengo pronto. Así sea. Ven, Señor Jesús fApoc. XXII, 17 y 20)».

Terminamos nuestra oración yendo a comunicar nuestra alegría a María Santísima: *Regina coeli, laetare, alleluia⁹.*

(8) *Es Cristo que pasa*, n. 116.

(9) Antífona *Regina Coeli*.

163.

RESURRECCIÓN DEL SEÑOR (II)

—A la soledad de Cristo en su Pasión, sigue la Resurrección gloriosa.

—También las almas pueden experimentar la soledad de Cristo en la Cruz.

—El triunfo de Cristo en la Resurrección es nuestra victoria. Renovarse interiormente.

EN ESTOS días pasados, ¿no habéis sufrido al ver solo a Nuestro Señor? En una meditación, por la mañana, yo hacía considerar a vuestros hermanos del Consejo General aquella promesa de Pedro, llena de ardor: ¡aunque me sea forzoso morir contigo, yo no te negaré! (Matth. XXVI, 35). Lo proclamaba con toda su alma, con toda su buena voluntad. Pero luego viene la debilidad humana, las negaciones, y la huida. Y como Pedro, ¡tantos otros! Muchos habían comido el pan multiplicado por Cristo, y los peces. Otros recibieron luz para sus ojos ciegos. Bastantes habían recobrado la vida en sus miembros muertos, o formaban parte de aquella inmensa muchedumbre que iba en pos de El, porque su doctrina era divina y enamoraba... Mas llega un momento, después de los hosannas! que acompañaron su entrada triunfal en Jerusalén (cfr. Matth. XXI, 9), en el que Cristo se queda solo: cosido a un madero, y un madero que era el patíbulo.

¡Cristo solo! Es una fuga general. ¿A quién descubriste allí? A la Virgen Madre, acompañada de un pequeño grupo de mujeres fieles y de un adolescente: todos los demás han sido cobardes. Hijos míos: en este momento —vosotros, en vuestra juventud; y yo, en los comienzos ya de la vejez—, saquemos un propósito firme de ser humildes; y cuando con el corazón encendido le decimos al Señor que sí, que le seremos fieles, que estamos dispuestos a cualquier sacrificio, le diremos: Jesús, con tu gracia; Madre mía, con tu ayuda. ¡Soy tan frágil, cometo tantos errores, tantas pequeñas equivocaciones, que me veo capaz —si me dejas— de cometerlas grandes!

Mientras tanto, haz tu oración personal —esa oración que no se cuaja en ruido de palabras como la mía—, y considera tu experiencia pasada... Porque tú, aunque cuentes pocos años, sabes ya algo de tu soberbia, de tu sensualidad, y de la ceguera que estas miserias infunden en el entendimiento; como yo poseo una experiencia aún más triste que la tuya, por tener más años y porque soy más miserable... Pero, a pesar de eso, osamos decir al Señor: ¡estoy dispuesto a todo!, ¡quiero ser lo que Tú, Dios mío, has querido que sea al concederme esta vocación: no ya alter Christus, sino ipse Christus!, el mismo Cristo. Sin embargo, es tan grande mi debilidad, estoy tan inclinado al error, que —si Tú no me ayudas— no haré nada de provecho¹.

(1) De nuestro Padre, Meditación, 29-111-1959.

PASA el tiempo, y a veces unos sienten en su vida profesional, en su vida social, en su vida interior, la soledad: la soledad de Cristo en la Cruz. Y entonces, si se saben ipse Christus, saben salir de esa soledad, buscan el apoyo del que ha vencido, del que ha resucitado, del Señor que está por encima de todas las cosas. Y habiéndose sentido vencidos, son vencedores con Cristo, y siguen adelante tras la llamada, trabajando de veras con mayor eficacia.

Hijos míos, amad a Cristo en aquella soledad. Y no os inquieten vuestros errores, si tenéis la voluntad de recomenzar. Porque, repito, si nos sabemos ipse Christus, buscamos el apoyo de Cristo en la Cruz, somos vencedores con El, nos sentimos en su maravillosa compañía y amamos la soledad de Cristo en el madero.

Buena devoción es, si la haces tú, si la hago yo alguna vez por motivos interiores, ponerte con los brazos en cruz, e ir a besar así los pies del Crucificado. Devoción que está radicada en la humildad, y que muestra el amor que tenemos a Cristo, a su Cruz y a su Pasión Santísima.

En la liturgia de hoy leemos unas palabras encantadoras: haec est dies quam fecit Dominus: exsultemus et laetemur in ea fPs. CXVII, 24). Este es el día grande que hizo el Señor, el día de su victoria. ¿Dónde están los soldados que había puesto la autoridad? ¿Dónde están los sellos, que habían colocado sobre la piedra del sepulcro? ¿Dónde están los que crucificaron a

Jesús? Hoy es la gran huida de todos los miserables. Jesucristo no pierde batallas.

Hijos míos, a lo largo de estos treinta y un años de mi vocación al Opus Dei, he tenido que pedir perdón al Señor muchas veces... Pero, a la vez, me atrevo a decir que os he entregado lo mejor de mi alma; lo que Dios Nuestro Señor me concedió, he procurado transmitirlo a vosotros con la mayor fidelidad; y cuando no he sabido hacerlo, he reconocido enseguida mis errores, he pedido perdón a Dios y a los que me rodeaban, e inmediatamente he vuelto a la lucha. Sin embargo, me doy cuenta también de los momentos en que Cristo ha salido victorioso en esta pobre carne mía.

También la Obra ha tenido su Cruz, pero Cristo siempre ha salido vencedor. Vosotros no sabéis que por muchos años hemos sufrido la persecución, también de los buenos. No lo sabéis, porque el Padre ha prohibido que se hable o se escriba de esas cosas.

Fue una persecución como la que sufrió Jesús de parte de los sacerdotes y de los príncipes del pueblo: calumnias, mentiras, trapisondas, insultos; en la prensa, en las conversaciones... Eramos la burla de todo el mundo. Todos se sentían con derecho a escupir encima. Y éramos felices en aquella soledad. Sabíamos encontrar a Cristo, y nos sentíamos tan acompañados. Callábamos, y sonreíamos, y trabajábamos, y rezábamos. Yo no hice ninguna defensa hasta que recibí una indicación de la Santa Sede (...).

Sí, hijos míos, la Obra se ha hecho así: sin dinero

y sin virtudes; yo sólo tenía veintiséis años y buen humor. Se ha hecho con la vida santa de vuestros primeros hermanos: con aquella sonrisa continua, con la oración, con el trabajo, con el silencio. Así se ha hecho el Opus Dei, que ha tenido su Cruz y su Resurrección, sin ruido, pero maravillosa. Y ahora, como en una nueva Pentecostés, se oyen diversas lenguas, manifestación del Espíritu de Dios, de la catolicidad de nuestro espíritu².

LAS COSAS todas de la tierra tienen la importancia que les queramos dar. Todo lo que pase aquí abajo, si estamos endiosados, no nos turbará. Cuando, a causa de nuestra flaqueza y de nuestros errores, damos categoría a esas pequeneces y sufrimos, es porque queremos. Pegados al Señor, estamos seguros. Unidos a la Cruz de Cristo, a la gloria de la Resurrección y al fuego de Pentecostés, todo se supera.

Es cierto que, a veces, las penas duran, de tal modo que el cuerpo no puede más, y enferma; entonces hay que arrastrarlo como se tira de un borrico cansado. Pero vosotros y yo contamos con un gran remedio en la tierra: no sólo disponemos de los sacramentos como los demás cristianos, sino que además tenemos unos medios de santificación propios de la Obra; y, entre ellos, la Confidencia. ¡Abrid el corazón de -verdad!

(2) De nuestro Padre, Meditación, 29-111-1959.

Cuando dice la Escritura que el que encuentra un amigo halla un tesoro (cfr. Eccli. VI, 14), no exagera. En la tierra, amigos de verdad existen pocos; pero no hay mejor amigo que el hermano. Abrid el corazón en la charla fraterna, y veréis qué cantidad de fortaleza, de paz, de serenidad; tendréis la medida de todo, y no daréis importancia a las cosas de la tierra, porque no la tienen; seréis personas de una serenidad que, hasta en lo humano, os dará fortaleza en la voluntad y claridad en el entendimiento.

Haec est dies quam fecit Dominus, exsultemus et laetemur in ea (Ps. CXVII, 24), éste es el día grande que hizo el Señor: gocémonos. En la epístola a los de Corinto, San Pablo escribe: expúrgate vetus fermentum, ut sitis nova conspersio (I Cor V, 7), purificaos de la antigua levadura, para convertiros en nueva masa. Y, en otro lugar, nos invita a transformarnos in novitate sensus (Rom XII, 2). Es el momento de renovarse, hijos míos; la santidad es esto: cada día renacer, cada día recomenzar. No os preocupen vuestros errores, si tenéis la buena voluntad de empezar de nuevo.

Había un pobre clérigo —¿sería algo más que clérigo!—, a quien pesaban mucho sus defectos, y quizá no le faltaban motivos. Todos los días debía trasladar el Santísimo y exponerlo en la Custodia de su convento; pero andaba siempre con escrúpulos. Hasta que un día el Superior, con un talento sobrenatural muy grande, le llamó y le dijo: ¿tienes muchas miserias?, ¿muchas?, y ¿muy grandes? Pues reúnelas y colócalas todas deba-

¡jo del ostensorio, y verás qué alto queda Jesucristo.

Hijo mío, procura mantenerte fiel a lo largo de tu vida, y cuando sientas que no lo eres, pide ayuda a Dios, aplícate con afán, alegría y espíritu deportivo a esa lucha sobrenatural, y vencerás. Todas tus miserias, esos obstáculos que surgen en tu carrera, ponías a los pies de Jesucristo, para que El quede bien alto, para que triunfe: y tú, con El. No te preocupes nunca, rectificas, vuelve a empezar, prueba una y otra vez, que al final, si tú no puedes, el Señor te ayudará a saltar el parapeto; el parapeto de la santidad. Este es también un modo de renovarse, es un modo de vencerse: cada día una resurrección, que sea la seguridad de que llegamos al fin de nuestro camino, que es el amor.

Hijos míos, amad a Jesucristo y a su Madre bendita. Porque nosotros hemos estado siempre —como Jesús— pegadicos a su Madre, María, la Madre de Dios, que ha sido la Madre del Opus Dei, la Reina del Opus Dei, nuestra hermosura... Filialmente pegados a la Madre de Dios, no nos ha faltado nunca su sonrisa en los momentos difíciles. Siempre seguros, si ponéis de vuestra parte un poquito de buena voluntad. Siempre seguros en la victoria de la Resurrección. Todo está en no apartarse del Señor³.

(3) De nuestro Padre, Meditación, 29-IIM959.

164.

RESURRECCIÓN DEL SEÑOR (III)

—La vida cristiana es un proceso de identificación con Cristo, que culmina en la Cruz y en la Resurrección.

—La transformación en Cristo es obra de la gracia divina y de la correspondencia humana.

—La identificación con Cristo lleva a la contemplación y al apostolado.

LA SOLEMNIDAD de hoy nos recuerda que la vida cristiana debe ser un proceso constante de imitación de Cristo que, partiendo de la gracia primera, recibida en el Bautismo, va transformando el alma hasta llegar a la identificación total con el Señor en esta vida y en la otra. Este deber, propio de todos los cristianos, se ha hecho más apremiante con la vocación a la Obra, que nos impulsa a seguir a Cristo *tan de cerca que vivamos con El como los primeros Doce; tan de cerca, que nos identifiquemos con El, que vivamos su vida* ¹.

El seguimiento de Cristo, esencia de la vida interior, culmina en la tierra como culminó la vida de Jesús: con la Cruz y con la Resurrección, misterios inseparables en la vida del Señor. Un encuentro que suele hacerse poco a poco, como por un plano inclinado, casi sin darnos cuenta, pero que —al unirnos

(1) De nuestro Padre. Crónica 1-64, p. 9.

con Jesús crucificado y resucitado— nos santifica y nos hace corredentores. *La Santa Cruz nos hará perdurables, siempre con el mismo espíritu del Evangelio, que traerá el apostolado de acción como fruto sabroso de la oración y del sacrificio. De este modo se vuelve a vivir, por la Obra de Dios y por cada uno de sus miembros, aquel secreto divino que enseñaba San Pablo a los de Filipo (II, 5-11), camino segurísimo de la inmortalidad y de la gloria: por la humillación, hasta la Cruz; desde la Cruz, con Cristo, a la gloria inmortal del Padre*².

Es lo que la Iglesia quiere recordarnos con la fiesta de hoy. *Si resucitasteis con Cristo —exclama San Pablo—, buscad las cosas de arriba, en donde Cristo está sentado a la diestra de Dios; pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque estáis muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios*³.

Vivir con Cristo en Dios: éste es el ideal por el que vale la pena gastar gustosamente la vida. Por eso, *el tiempo pascual es tiempo de alegría, de una alegría que no se limita a esa época del año litúrgico, sino que se asienta en todo momento en el corazón del cristiano. Porque Cristo vive: Cristo no es una figura que pasó, que existió en un tiempo y que se fue, dejándonos un recuerdo y un ejemplo maravillosos.*

(2) De nuestro Padre, *Instrucción*, 19-111-1934, nn. 28-29.

(3) *L. II (Colos. III, 1-4)*.

No: Cristo vive. Jesús es el Emmanuel: Dios con nosotros. Su Resurrección nos revela que Dios no abandona a los suyos. ¿Puede la mujer olvidarse del fruto de su vientre, no compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvidare, yo no me olvidaré de ti (Isai. XLIX, 14-15), había prometido. Y ha cumplido su promesa. Dios sigue teniendo sus delicias entre los hijos de los hombres (cfr. Prov. VIII, 31).

Cristo vive en su Iglesia. "Os digo la verdad: os conviene que yo me vaya; porque si yo no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros, pero si me voy, os lo enviaré" (Joann. XVI, 7). *Esos eran los designios de Dios: Jesús, muriendo en la Cruz, nos daba el Espíritu de Verdad y de Vida. Cristo permanece en su Iglesia: en sus sacramentos, en su liturgia, en su predicación, en toda su actividad*⁴.

EN UNA de las lecturas de la Vigilia Pascual, la Iglesia nos invita a meditar unas palabras de San Pablo: *¿no sabéis que cuantos hemos sido bautizados en Jesucristo, hemos sido bautizados en su muerte? En efecto: en el Bautismo hemos quedado sepultados con El, muriendo al pecado, a fin de que así como Cristo resucitó de muerte a vida para gloria del Padre, así también nosotros procedamos con nuevo tenor de vida*⁵.

(4) *Es Cristo que pasa*, n. 102.

(5) *In Vigilia Paschalis, Ep. (Rom. VI, 3-4)*.

Nuestra transformación en Cristo comenzó en el Bautismo, donde *nuestro hombre viejo fue crucificado juntamente con Cristo, para destruir el cuerpo del pecado de modo que no sirviéramos ya más al pecado*⁶. Después, por obra de los demás sacramentos, con la correspondencia personal a la gracia, la vida de Cristo se va desarrollando más y más en el alma.

*De modo especial Cristo sigue presente entre nosotros, en esa entrega diaria de la Sagrada Eucaristía. Por eso la misa es centro y raíz de la vida cristiana (...). La presencia de Jesús vivo en la Hostia Santa es la garantía, la raíz y la consumación de su presencia en el mundo*⁷. En la Sagrada Comunión se produce de un modo singular la identificación con el Señor, pues en el Santísimo Sacramento se contiene verdadera, real y sustancialmente a Jesucristo, como recuerda la liturgia en la ofrenda del pan y del vino: *para que los misterios pascuales, que hoy hemos comenzado, sean —por tu gracia— remedio de eternidad* \

Verdaderamente, gracias a los sacramentos, Cristo vive en el cristiano. *La fe nos dice que el hombre, en estado de gracia, está endiosado. Somos hombres y mujeres, no ángeles. Seres de carne y hueso, con corazón y con pasiones, con tristezas y con alegrías.*

(6) *Ibid.*, 6.

(7) *Es Cristo que pasa*, n. 102.

(8) *In Vigilia Paschalis, Orat. super oblata*.

Pero la divinización redunda en todo el hombre como un anticipo de la resurrección gloriosa (...).

*La vida de Cristo es vida nuestra, según lo que prometiera a sus Apóstoles, el día de la Última Cena: cualquiera que me ama, observará mis mandamientos, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos mansión dentro de él (Ioann. XIV, 23). El cristiano debe —por tanto— vivir según la vida de Cristo, haciendo suyos los sentimientos de Cristo, de manera que pueda exclamar con San Pablo, non vivo ego, vivit vero in me Christus (cfr. Galat II, 20), no soy el que vive, sino que Cristo vive en mí*⁹,

Con los sacramentos, la gracia especialísima de nuestra vocación —si correspondemos con entrega generosa— va produciendo en nosotros ese parecido cada día mayor con Jesús. *Hijo mío*, repitió muchas veces nuestro Padre, *estás en la Obra porque El te ha llamado; y el mismo que te llamó, te da ahora los medios sobrenaturales y completos para que llegues a ser ipse Christus. Y los medios sensibles, que podemos ver, que impiden el descamino, son nuestras Normas y nuestras Costumbres. Cúmpleslas, y llegará un momento en que podrás decir, sintiendo esa verdad en lo más íntimo de tu alma: no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí (Galat. II, 20)*¹⁰.

(9) *Es Cristo que pasa*, n. 103.

(10) De nuestro Padre, *Crónica* 1-64, p. 6.

*LA VIDA de Jesucristo se repite en la vida de cada uno de nosotros de algún modo, tanto en su proceso interno, en la santificación, como en la vida externa*¹¹. Y esta transformación es obra del Espíritu Santo. Cumpliendo las Normas con amor, facilitamos la acción santificadora del Paráclito. Las Normas y Costumbres son, para nosotros, el modo práctico de llegar a tener los mismos sentimientos de Cristo Jesús¹².

Cada Norma no es sólo un modo de imitar al Señor, sino también un paso más en la transformación interior que va haciendo crecer a Cristo en nuestras almas. *Hay en las Normas una continuidad perfecta; tienen relación una con otra; están perfectamente dispuestas. Pero, ¿sabéis cuál es el hilo que las une? La vocación contemplativa. Un hijo mío que trate de vivir esto, y que llegue un momento en el que durante mucho tiempo, lo viva casi sin esfuerzo —aunque parezca que no haya lucha, la hay—; ésta es persona que vive la Vida de Dios; que puede decir aquello, que a mí tanto me gusta repetir: vivo autem, iam non ego; vivit vero in me Christus (Galat. //, 20)*¹³.

La identificación con Cristo es una meta imposible de alcanzar por las solas fuerzas humanas, pero accesible para la gracia que Dios nos da, si hacemos todo lo posible por nuestra parte para corresponder.

(11) De nuestro Padre, Meditación, 29-111-1959.

(12) Philip. II, 5.

(13) De nuestro Padre, Circulo Breve, 27-X-1963.

*Cristo te ha dado el poder de ser como El según tus fuerzas. No te asustes de oír esto. Lo que debe espantarte es no ser como El*¹⁴.

Pero Cristo resucita en nosotros, si nos hacemos copartícipes de su Cruz y de su Muerte. Hemos de amar la Cruz, la entrega, la mortificación. *El optimismo cristiano no es un optimismo dulzón, ni tampoco una confianza humana en que todo saldrá bien. Es un optimismo que hunde sus raíces en la conciencia de la libertad y en la fe en la gracia; es un optimismo que lleva a exigirnos a nosotros mismos, a esforzarnos por corresponder a la llamada de Dios.*

*De esa manera, no ya a pesar de nuestra miseria, sino en cierto modo a través de nuestra miseria, de nuestra vida de hombres hechos de carne y de barro, se manifiesta Cristo: en el esfuerzo por ser mejores, por realizar un amor que aspira a ser puro, por dominar el egoísmo, por entregarnos plenamente a los demás, haciendo de nuestra existencia un constante servicio*¹⁵.

Consecuencia de esta identificación con Cristo es el celo por las almas. El Señor vino a incendiar el mundo con el fuego de su caridad: *he venido a poner fuego a la tierra, ¿y qué quiero sino que arda?*¹⁶. Cada miembro de la Obra debe ser como un ascua que incendia todo lo que le rodea, o al menos eleva la

(14) San Juan Crisóstomo, *In Mallhaeum homiliae* 78, 4.

(15) *Es Cristo que pasa*, n. 114.

(16) *Luc. XII*, 42.

temperatura espiritual del ambiente en el que vive. Nuestro Padre resumía en pocas palabras esta faceta de nuestra identificación con el Señor: *si somos otros Cristos, si nos comportamos como hijos de Dios, donde estemos quemaremos: Cristo abrasa*".

La criatura que más perfectamente se ha identificado con Cristo es María, la *llena de gracia*¹⁸. A su intercesión acudimos, para que nos obtenga del Espíritu Santo la gracia de reproducir en nuestra vida, cada día más, la vida de Nuestro Señor Jesucristo.

(17) De nuestro Padre, Crónica 11-64, p. 8.
(18) Luc. I, 28.

165.

LUNES DE PASCUA

—Obligación grave de hacer apostolado.

—Toda nuestra actuación debe tener un sentido apostólico.

—El afán apostólico indica el estado de nuestra alma.

EL SEÑOR ha resucitado de entre los muertos, según lo había anunciado. Alegrémonos y regocijémonos, porque su reino no tiene fin '. Envueltos en el gozo pascual, quiere la Iglesia hacernos considerar que esa alegría ha de ser comunicativa. Leemos en el Evangelio de la Misa que *las mujeres partieron al instante del sepulcro con temor y gran alegría, y corrieron a dar las noticias a los discípulos*². Cristo mismo resucitado les sale al encuentro, y las confirma en este propósito apostólico: *id y anunciad a mis hermanos que vayan a Galilea: allí me verán*³.

Somos también nosotros apóstoles, que hemos encontrado a Cristo y sentimos la urgencia de extender por todas partes su reinado de amor. Instaurare omnia in Christo (Ephes. /, 20), *da como lema San Pablo a los cristianos de Efeso; informar el mundo entero con el espíritu de Jesús, colocar a Cristo en la entraña de todas las cosas*. Si exaltatus fuero a terra, omnia

(1) Aní. ad Intr.

(2) Ev. (Matth. XXVIII, 8).

(3) Ibid., 10.

traham ad meipsum floann. XII, 32), cuando sea levantado en alto sobre la tierra, todo lo atraeré hacia mí. Cristo, con su Encarnación, con su vida de trabajo en Nazareth, con su predicación y milagros por las tierras de Judea y de Galilea, con su muerte en la Cruz, con su Resurrección, es el centro de la creación, Primogénito y Señor de toda criatura.

Nuestra misión de cristianos es proclamar esa Realeza de Cristo, anunciarla con nuestra palabra y con nuestras obras. Quiere el Señor a los suyos en todas las encrucijadas de la tierra. A algunos los llama al desierto, a desentenderse de los avatares de la sociedad de los hombres, para hacer que esos mismos hombres recuerden a los demás, con su testimonio, que existe Dios. A otros, les encomienda el ministerio sacerdotal. A la gran mayoría, los quiere en medio del mundo, en las ocupaciones terrenas. Por lo tanto, deben estos cristianos llevar a Cristo a todos los ámbitos donde se desarrollan las tareas humanas: a la fábrica, al laboratorio, al trabajo de la tierra, al taller del artesano, a las calles de las grandes ciudades y a los senderos de montaña⁴.

No se nos habrán de aplicar nunca estas palabras de San Agustín, que son un duro reproche: *si eres frío e indolente, y no miras más que a ti mismo y con esto vives contento, y llegas a hablar así en tu corazón: ¿qué tengo que ver yo con los demás?; tengo*

(4) £5 Cristo que pasa, n. 105.

ya bastante con mi alma, ¡ojalá la conserve íntegra para Dios! ¡Vamos!, ¿no te viene a la memoria aquel siervo que escondió el talento y no quiso negociar con él? ¿Se le condenó acaso por haberlo perdido, o no fue porque no quiso negociar con él? Pensadlo, pues, hermanos míos, de modo que no os deje reposar⁵.

AMAMOS a las almas por amor de Cristo, y hemos de sentir siempre muy vivo el deseo de comunicar a los demás la felicidad y la alegría que el Señor pone en nuestra vida. Por eso *no puede quedar tranquilo ningún hijo de Dios en su Opus Dei, si no siente de continuo, como el latir de su corazón, el hambre de proselitismo⁶.*

Este afán de almas está de tal modo metido en la entraña de nuestra vocación, que incluso nuestra labor profesional no tendría sentido sin esta proyección apostólica. *Si es verdad que la vocación profesional es parte de nuestra vocación divina, lo es en tanto en cuanto que es medio para nuestro apostolado y para nuestra santificación: para servir a Dios, para hacernos santos y para santificar a los demás. Si en algún momento la vocación profesional pone obstáculos, entonces se echa a rodar, porque ha dejado de ser medio; porque si no es anzuelo con la carnaza para pes-*

(5) San Agustín, *In Ioannis Evangelium tractatus* 10, 9.

(6) De nuestro Padre, Crónica 111-56, p. 35.

*car peces, no me interesa y no es parte de la vocación divina, porque ya no es vocación profesional, sino vocación diabólica*⁷.

Es, pues, necesario que toda nuestra actuación esté orientada en un sentido apostólico: ganar a todos para Cristo. *Si por ellos rezas, te sacrificas, cumples tu plan de vida, haces bien el trabajo ordinario, el detalle pequeño de una sonrisa..., cumples el fin del Opus Dei*⁸.

De este modo cada uno será *como una brasa encendida, que pega fuego dondequiera que esté, o por lo menos levanta la temperatura espiritual de los que le rodean, llevándoles a vivir una intensa vida cristiana*⁹. Tenemos que quemar, encender, con el fuego de Jesucristo, todos los caminos de la tierra. *No ocuparse del proselitismo* —afirmaba nuestro Padre— *sería un síntoma de flojera, de enfermedad y quizá de muerte. ¡Afán de proselitismo! ¡Quemad lo que hay alrededor vuestro! Y lo que hay lejano también, mediante la oración, el sacrificio y el cumplimiento sonriente del deber (...).*

Ahora, que cada uno se lleve la mano al corazón, medite lo que acabo de deciros, y saque las consecuencias para cumplir mejor su deber. Yo pido a mis hijos que reciben Confidencias, que, por amor de Dios, todas las semanas pregunten por el proselitismo en las

(7) De nuestro Padre, Crónica IV-62, pp. 13-14.

(8) De nuestro Padre, Crónica V-63, p. 11.

(9) *Catecismo*, 5ª ed., n. 334.

*charlas, tanto a los que tengan dieciséis años como a los que hayan cumplido noventa. Que quede claro: ¡si no hay vocaciones, falta amor de Dios!*¹⁰.

Oh Dios —pedimos con la liturgia pascual—, *que siempre aumentas a tu Iglesia con nuevos hijos: concede a tus fieles manifestar en su vida la fe que en el Bautismo recibieron* ¹¹.

LA EFICACIA y el valor de las obras se mide por el grado de santidad que a través de ellas se adquiere. Si no sirven para mejorar, si ponen obstáculos a la santificación o impiden el verdadero apostolado, no nos interesan. *La santidad personal tuya es para hacerte instrumento eficaz en manos del Señor. Santificate tú para santificar. No es egoísta tu santidad. Recibes las aguas de Dios y es verdad que tienes que llenarte de esas aguas, pero después —generosamente— viertes de la abundancia de tu corazón en todos los corazones que viven en la tierra* ¹².

Santificarse santificando a los demás. No hay amor de Dios donde no hay celo por las almas; no existe afán de santidad donde no existe también afán por difundirla; no es posible encontrar a Dios si no hay preocupación por que los demás lo encuentren. *El que no es proselitista* —advierte nuestro Funda-

(10) De nuestro Padre, Tertulia 14-11-1960.

(11) *Oral*.

(12) De nuestro Padre, Noticias IV-55, p. 29.

dor—, *no tiene para su vida más que dos explicaciones: o es un cobarde que no sabe defender y pregonar la verdad, o es que no ama y no es feliz, a pesar de haber recibido la mejor delicadeza de Dios para su alma. En cualquier caso, ha de reaccionar.*

El nos ha dado la cabeza, las manos, las facultades intelectuales, junto con esa vocación maravillosa, para que hagamos fructificar los talentos. Os lo diré con palabras que se metan bien en vuestra mente y en vuestra alma, porque son una llamada a la responsabilidad de cada uno: el Señor quiere operar milagros constantes, resucitar a los muertos, dar oído a los sordos, vista a los ciegos, posibilidad de andar a los cojos, a través de esa actuación nuestra, de ese trabajo que será un verdadero holocausto: un darle a Dios todo, también nuestro yo, porque le pertenecemos y le hemos dicho gozosa y libremente que sí, que se lo queremos entregar¹³.

Con la ayuda de Dios, con la protección maternal de Santa María, nunca se apagará ese afán en el corazón; pero nosotros debemos preguntarnos con frecuencia: desde que estoy aquí, en este sitio y en este trabajo, junto a estas personas, ¿qué cambio ha habido en mis compañeros, en la gente que trato, en los que me rodean?

(13) De nuestro Padre, Tertulia. 18-VIII-1968.

166.

MARTES DE PASCUA

—El apostolado es consecuencia de la caridad.

—La mies es mucha y los obreros pocos: sentir la urgencia y la inmensidad de la labor.

—Características del verdadero celo apostólico, que son promesa y garantía de frutos.

LA VIDA de Jesucristo, que hemos contemplado a lo largo del año, y sobre todo los sufrimientos de su Pasión y Muerte, nos hablan con elocuencia del valor que las almas tienen para Dios, de cuánto las ama. Y el amor de Dios a los hombres sigue manifestándose con la maravilla de la Resurrección y aun después de la Ascensión de Jesús a los cielos. *Al cumplirse el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en el mismo lugar (...). Y se llenaron todos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en lenguas diversas según eran movidos por el Espíritu Santo* ¹.

Es el Espíritu Santo, el Amor de Dios, el que impulsa al apostolado. ¿Cómo sería posible amar mucho a Dios, sin amar mucho a sus hijos, que son objeto de su amor y de sus cuidados de Padre? *Si alguno dice: sí, yo amo a Dios, al mismo tiempo que aborrece a su hermano, es un mentiroso. Pues el que no*

(1) Act. II, 1-4.

*ama a su hermano a quien ve, a Dios a quien no ve, ¿cómo podrá amarle? Y tenemos este mandamiento de Dios, que quien ama a Dios, ame también a su hermano*². La caridad fraterna no conoce límites: nos ha de empujar constantemente a preocuparnos de los demás, a quererles de un modo activo, eficaz: sobrenatural y apostólico.

*La vocación cristiana, esta llamada personal del Señor, nos lleva a identificarnos con El. Pero no hay que olvidar que El ha venido a la tierra para redimir a todo el mundo, porque quiere que los hombres se salven (I Tim. II, 4). No hay alma que no interese a Cristo. Cada una de ellas le ha costado el precio de su Sangre (Cfr. I Petr. I, 18-19)*³.

Debemos sentir el impulso urgente de llevar a los pies del Señor a todas las criaturas: a los más próximos a nosotros y a tantos millones de personas que no conocemos. *Pequeño amor es el tuyo si no sientes el celo por la salvación de todas las almas. —Pobre amor es el tuyo si no tienes ansias de pegar tu locura a otros apóstoles*⁴.

EL AMOR que Dios nos tiene —amor expresado con palabras y con hechos— no es correspondido

(2) I Ioann. IV, 20-21.

(3) Amigos de Dios, n. 256.

(4) Camino, n. 796.

por los hombres. Hay muchos que permanecen indiferentes, como ignorantes de los desvelos divinos. Fue éste el triste espectáculo de aquella multitud que contempló la Pasión de Cristo; y es el triste espectáculo de todos los tiempos: muchedumbres inmensas continúan volviendo la espalda al amor de Dios. *¡Señor! —exclama nuestro Padre en su consideración del Vía Crucis—, ¿dónde están tus amigos?, ¿dónde, tus subditos? Te han dejado. Es una desbandada que dura veinte siglos... Huimos todos de la Cruz, de tu Santa Cruz.*

*Sangre, congoja, soledad y una insaciable hambre de almas... son el cortejo de tu realeza*⁵.

Al resucitar y enviarnos el Espíritu Santo, Jesucristo nos hace partícipes de ese amor suyo por las almas, nos impulsa a llevar a los demás la felicidad que hemos hallado junto a El. Si de verdad amamos al prójimo, no podemos permanecer indiferentes ante la infelicidad e insatisfacción de ese mundo, que es nuestro mundo. *¡Qué compasión te inspiran!... Querrías gritarles que están perdiendo el tiempo... ¿Por qué son tan ciegos, y no perciben lo que tú —miserable— has visto? ¿Por qué no han de preferir lo mejor?*

—Reza, mortifícate, y luego —¿tienes obligación!— despiértales uno a uno, explicándoles —también uno a

(5) Vía Crucis, I estación, punto 4.

*uno — que, lo mismo que tú, pueden encontrar un camino divino, sin abandonar el lugar que ocupan en la sociedad*⁶.

Hay millones de criaturas que no conocen al verdadero Dios y por eso no le aman. Almas, seguramente nobles, que si conocieran de verdad a Jesús se enamorarían de El y serían capaces de las mayores locuras. Aquella realidad de hace veinte siglos —*la mies es mucha y los obreros pocos*⁷—, que el Señor hacía ver a sus discípulos, sigue siendo todavía patente; y nuestros corazones han de sentirse encendidos y empujados por el afán de conseguir obreros para la mies. ¡Hay tantos que no encuentran quien les ayude!

¿Te acuerdas? —Hacíamos tú y yo nuestra oración, cuando caía la tarde. Cerca se escuchaba el rumor del agua. —Y, en la quietud de la ciudad castellana, oíamos también voces distintas que hablaban en cien lenguas, gritándonos angustiosamente que aún no conocen a Cristo.

*Besaste el Crucifijo, sin recatarte, y le pediste ser apóstol de apóstoles*⁸.

BUEN EJEMPLO de ese celo por las almas lo encontramos en el pasaje de los Hechos de los Apósto-

(6) *Surco*, n. 182.

(7) *Luc.* X, 2.

(8) *Camino*, n. 811.

les que nos presenta hoy la liturgia. El día de Pentecostés, Pedro, en compañía de los Once, habló a la muchedumbre sin cobardías ni respetos humanos: *sepa, por tanto, con seguridad toda la casa de Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros crucificasteis.*

*Al oír esto se dolieron de corazón y dijeron a Pedro y a los demás Apóstoles: ¿qué hemos de hacer, hermanos? Pedro les dijo: convertios, y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque la promesa es para vosotros, para vuestros hijos y para todos los que están lejos, para todos los que quiera llamar el Señor Dios nuestro*⁹.

No hay en las palabras de San Pedro deseo de revancha ni de triunfo humano, sino amor sincero y desinteresado hacia aquellas gentes, ansia de hacerles felices en esta vida y de encaminarles hacia la vida eterna, aunque entre los oyentes no faltaban quienes lo interpretaban como locura¹⁰.

*El celo es una chifladura divina de apóstol, que te deseo, y tiene estos síntomas: hambre de tratar al Maestro; preocupación constante por las almas; perseverancia, que nada hace desfallecer*¹¹. Para que el afán apostólico no sea un sentimiento pasajero, sino

(9) *L. I* (Act. II, 36-39).

(10) *Cfr. Act.* II, 13.

(11) *Camino*, n. 934.

que se mantenga de continuo como una necesidad, tenemos que estar muy unidos al Señor. *Cuanto más cerca está de Dios el apóstol, se siente más universal: se agranda el corazón para que quepan todos y todo en los deseos de poner el universo a los pies de Jesús* ¹².

Primera característica de nuestro celo, primera preocupación: *hambre de tratar al Maestro*. Porque es el amor de Dios que reside en nosotros lo que en realidad arrastra a las almas. No lo olvidemos nunca. *Señor, haznos locos, con esta locura pegadiza que atraiga a muchos a tu apostolado* ¹³.

¡Qué fácil será entonces que quienes nos conocen se sientan empujados al amor de Dios! *Porque sólo así vibraréis con la vibración que el espíritu de la Obra exige, haciendo que se repita muchas veces, por quienes os tratan en el ejercicio de vuestras profesiones y en vuestra actuación social, aquel comentario de Cleofás y de su compañero en Emaús: nonne cor nostrum ardens erat in nobis, dum loqueretur in via?; ¿acaso nuestro corazón no ardía en nosotros, cuando nos hablaba en el camino?* (Luc. XXIV, 32) ¹⁴.

Luego, la *preocupación constante por las almas* nos llevará a no desaprovechar ninguna ocasión que se nos presente, pues el tiempo de las almas pasa. Y cuando la oportunidad no se presenta, hemos de crear enseguida el clima de confianza, que permitirá

(12) *Camino*, n. 764.

(13) *Camino*, n. 916.

(14) De nuestro Padre, *Instrucción*, I-IV-1934, n. 3.

llegar a un apostolado directo y personal.

Y siempre sin desanimarnos, con una *perseverancia, que nada hace desfallecer*, que nos lleva a clamar una y otra vez al Señor: *¡Jesús, almas!... ¡Almas de apóstol!: son para ti, para tu gloria*.

Verás cómo acaba por escucharnos ¹⁵.

Terminará por oírnos, porque siempre ponemos nuestras peticiones en manos de Santa María, *Regina apostolorum*.

(15) *Camino*, n. 804.

167.

MIÉRCOLES DE PASCUA

—Desaliento de los discípulos de Emaús.

—El Señor, para ayudarles, provoca su confidencia.

—Valor de la charla fraterna.

DOS DE los discípulos de Jesús iban en el mismo día a una aldea distante de Jerusalén sesenta estadios¹. Marchaban camino de Emaús; posiblemente eran de aquellos setenta y dos discípulos que envió Jesucristo a predicar y que volvieron a El llenos de alegría.

Después de lo sucedido la tarde del Viernes Santo, se desalentaron. Aquellos años pasados junto al Señor habían sido maravillosos: fiados en su palabra, abandonaron su familia, su casa, para lanzarse a una aventura prodigiosa; ahora, el Maestro estaba muerto y sepultado; los discípulos más íntimos, acobardados y casi sin reaccionar; toda la gran empresa, convertida en un montón de escombros y de rotas ilusiones. ¿Para qué prolongar una situación que se les presentaba penosa y sin salida? Lo mejor era regresar al pueblo, a la familia. *Han perdido casi toda esperanza, de modo que la vida comienza a parecerles sin sentido².*

(1) Ev. (Luc. XXIV, 13).

(2) *Es Cristo que pasa*, n. 105.

Hay que estar prevenidos contra la tentación del desaliento, que también podría entrar en nuestra alma. Nos lo advierte nuestro Padre: *Dios puede concedernos luces oportunas para que sepamos cómo marchamos en determinados momentos, pero otras veces parece que estamos persuadidos de que vamos mal, de que empeoramos. Y en muchas ocasiones no es así. Nos equivocamos: el Señor premia nuestra perseverancia, dándonos más luz y más amor; y entonces vemos —con gran pena— como grandes cosas, cosas pequeñas, defectos que nos apesadumbran. Agradeced esa luz, y luchad sin perder la paz³.*

Y aún insiste nuestro Fundador: *¿cuántos santos hay sobre la tierra? ¡ninguno!, todos somos capaces de las mayores barbaridades. La santidad está en la lucha —me lo habéis oído tantas veces—, en saber que hay defectos y tratar de evitarlos. Nos moriremos así: estando en camino de ser santos. Si no, ¡cualquiera nos aguantaría! Nopodríamos ser santos, seríamos unos soberbios. La santidad está en tener defectos y luchar contra ellos, pero nos moriremos con defectos⁴.*

EL SEÑOR salió personalmente en busca de aquellos dos discípulos suyos, que probablemente habían estado con El durante tanto tiempo, para re-

(3) De nuestro Padre, Crónica, 1968, p. 912.

(4) De nuestro Padre, Tertulia, 13-VIM968-

cuperarlos, para que no se perdieran. Nos cuenta San Lucas que, *mientras así discurrían y hablaban entre sí, el mismo Jesús, juntándose a ellos, iba en su compañía*⁵. Pero no le reconocieron; le tomaron por un caminante cualquiera.

Me imagino la escena, ya bien entrada la tarde, comenta nuestro Padre. Sopla una brisa suave. Alrededor, campos sembrados de trigo ya crecido, y los olivos viejos, con las ramas plateadas por la luz tibia.

*Jesús, en el camino. ¡Señor, qué grande eres siempre! Pero me conmueves cuando te allanas a seguirnos, a buscarnos, en nuestro ajetreo diario. Señor, concédenos la ingenuidad de espíritu, la mirada limpia, la cabeza clara, que permiten entenderte cuando vienes sin ningún signo exterior de tu gloria*⁶.

El Señor podía haberse hecho presente deslumbrante de majestad. Pero no se impone por la fuerza. Prefiere actuar con normalidad, sin llamar la atención. Su paso era normal, como el de tantos otros que transitaban por aquel paraje. Y allí, con naturalidad, se les aparece Jesús y anda con ellos, con una conversación que disminuye la fatiga⁷. Hasta que provoca su confidencia: *¿qué conversación llevabais entre los dos, y por qué estáis tristes?*⁸. Con sencillez le hablan de lo que sucede, y poco a poco van desahogando sus

(5) Ev. (Luc. XXIV, 15).

(6) Amigos de Dios, n. 313.

(7) Amigos de Dios, n. 313.

(8) Ev. (Luc. XXIV, 17).

preocupaciones; incluso se percibe el momento en que sale el veneno que les mataba: *nosotros esperábamos que El había de redimir a Israel; mas he aquí que han pasado ya tres días...*⁹.

Una vez que han manifestado la causa de su tristeza, la raíz del desaliento, están en condiciones de que el Señor siga ayudándoles. Ahora que se han desembarazado de lo que oprimía su corazón, comienzan Jesucristo a hacerles ver el significado de lo sucedido: *les interpretaba en toda la Escritura los lugares que hablaban de El...*¹⁰.

Se termina el trayecto al encontrar la aldea, y aquellos dos que —sin darse cuenta— han sido heridos en lo hondo del corazón por la palabra y el amor del Dios hecho Hombre, sienten que se vaya. Porque Jesús les saluda con ademán de continuar adelante (Luc. XXIV, 28). No se impone nunca, este Señor Nuestro. Quiere que le llamemos libremente, desde que hemos entrevisto la pureza del Amor, que nos ha metido en el alma. Hemos de detenerlo por fuerza y rogarle: continúa con nosotros, porque es tarde, y va ya el día de caída (Luc. XXIV, 29), se hace de noche.

Así somos: siempre poco atrevidos, quizá por insinceridad, o quizá por pudor. En el fondo, pensamos: quédate con nosotros, porque nos rodean en el alma las tinieblas, y sólo Tú eres luz, sólo Tú puedes

(9) Ibid., 21.

(10) Ibid., 27.

calmar esta ansia que nos consume. Porque entre las cosas hermosas, honestas, no ignoramos cuál es la primera: poseer siempre a Dios (San Gregorio Nacianceno, Epistolae 212).

Y Jesús se queda. Se abren nuestro ojos como los de Cleofás y su compañero, cuando Cristo parte el pan; y aunque El vuelva a desaparecer de nuestra vista, seremos también capaces de emprender de nuevo la marcha —anochece—, para hablar a los demás de El, porque tanta alegría no cabe en un pecho solo¹¹.

NO HAY problemas cuando vivimos esa sinceridad que se nos pide en la Obra, cuando acudimos sencilla y confiadamente a aquel hermano nuestro que tiene gracia de Dios para escucharnos y prestarnos su ayuda. *Hay que procurar ser santos, haciendo la guerra contra nosotros*, advierte nuestro Padre. *Si algo va mal, en la conversación fraterna con el Director y en la Confesión os curáis¹²*. E insiste: *hablad, sed sinceros. Tenéis que hacer con las cosas del alma como se hace con las del cuerpo. Cuando vamos al médico, nos dice: quítese todo de encima. Al alma también hay que ponerla así: a las claras, desnuda, sin trapos, sin tapujos; si no, es que no se quiere ser santo¹³*.

La Confidencia no es un capricho, es una necesi-

(11) *Amigos de Dios*, n. 314.

(12) De nuestro Padre, Tertulia, 20-IX-1961.

(13) De nuestro Padre, Tertulia, 20-IX-1961.

dad¹⁴: nos lo dijo muchas veces nuestro Padre y. nos lo confirma la experiencia personal. Esos dos discípulos de Emaús estaban en peligro de perder el camino, pero abrieron su corazón al Señor y El les devolvió la alegría y la luz. En cuanto echaron fuera lo que les estorbaba, recuperaron la confianza sobrenatural en su camino y reconocieron a Cristo. Y sus ~~COT~~ razones, de nuevo, ardieron en deseos de santidad.

Esa conversación fraterna, sencilla, sincera y confiada, con la persona que nos escucha en nombre de la Obra, asegura nuestra perseverancia. No tenemos que temer, aunque en algún momento las cosas se pongan difíciles: *esa trepidación de tu espíritu, la tentación, que te envuelve, es como una venda sobre los ojos de tu alma.*

Estás a oscuras. —No te empeñes en andar solo, porque, solo, caerás. —Ve a tu Director (...) y él hará que oigas aquellas palabras de Rafael Arcángel a Tobías:

"Forti animo esto, in próximo est ut a Deo cures". —Ten ánimo, que pronto te curará Dios. —Sé obediente, y caerán las escamas, caerá la venda de tus ojos, y Dios te llenará de gracia y de paz¹⁵.

No olvidemos que *la Virgen es el arcaduz de la divina gracia (...), el acueducto por donde vienen, desde Dios Nuestro Señor hasta los hombres, todas las gracias del Cielo. Sin Ella no recibimos nada¹⁶.*

(14) De nuestro Padre, Meditación, 2-X-1955.

(15) *Camino*, n. 715.

(16) De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 700.

168.

JUEVES DE PASCUA

—La filiación divina, fundamento de nuestra fortaleza.

—Donde no llegan nuestras fuerzas, llega la fortaleza de Dios.

—Vencimiento de las dificultades.

PRESENTÓSE Jesús en medio de sus discípulos y les dijo: la paz sea con vosotros; soy Yo, no temáis. Ellos, atónitos y aterrorizados, se imaginaban ver algún espíritu. Y Jesús les dijo: ¿por qué os asustáis, y por qué dais lugar en vuestro corazón a tales pensamientos? Mirad mis manos y mis pies, que Yo mismo soy; palpad y considerad que un espíritu no tiene carne ni huesos, como vosotros veis que Yo tengo¹.

El Señor ha resucitado, y de su Resurrección debemos sacar mayor fortaleza, mayor reciedumbre ante la dificultad, mayor seguridad en la victoria. Hemos muerto y resucitado con Cristo, hemos nacido a la vida de la gracia, a la vida de hijos de Dios. La filiación divina, el sentirnos —y ser verdaderamente— hijos de Dios, es el fundamento de nuestra fortaleza. *En medio de las limitaciones inseparables de nuestra situación presente, porque el pecado habita todavía de algún modo en nosotros, el cristiano perci-*

(1) Ev. (Luc. XXIV, 36-39).

be con claridad nueva toda la riqueza de su filiación divina, cuando se reconoce plenamente libre porque trabaja en las cosas de su Padre, cuando su alegría se hace constante porque nada es capaz de destruir su esperanza.

Es en esa hora, además y al mismo tiempo, cuando es capaz de admirar todas las bellezas y maravillas de la tierra, de apreciar toda la riqueza y toda la bondad, de amar con toda la entereza y toda la pureza para las que está hecho el corazón humano. Cuando el dolor ante el pecado no degenera nunca en un gesto amargo, desesperado o altanero, porque la compunción y el conocimiento de la humana flaqueza le encaminan a identificarse de nuevo con las ansias redentoras de Cristo, y a sentir más hondamente la solidaridad con todos los hombres. Cuando, en fin, el cristiano experimenta en sí con seguridad la fuerza del Espíritu Santo, de manera que las propias caídas no le abaten: porque son una invitación a recomenzar, y a continuar siendo testigo fiel de Cristo en todas las encrucijadas de la tierra, a pesar de las miserias personales, que en estos casos suelen ser faltas leves, que enturbian apenas el alma; y, aunque fuesen graves, acudiendo al Sacramento de la Penitencia con compunción, se vuelve a la paz de Dios y a ser de nuevo un buen testigo de sus misericordias².

Nada ni nadie puede perturbar esa paz, esa se-

(2) Es Cristo que pasa, n. 138.

guridad que nos da la conciencia de nuestra filiación divina. *Un razonamiento que lleva a la paz y que el Espíritu Santo da hecho a los que quieren la Voluntad de Dios: "Dominus regit me, et nihil mihi deerit" —el Señor me gobierna, nada me faltará.*

*¿Qué puede inquietar a un alma que repita de verdad esas palabras?*³.

PEREGRINOS somos, y en el camino es natural que encontremos dificultades; es lógico que surjan obstáculos a nuestra labor apostólica. Contamos con todo eso y con nuestra debilidad, pero seguimos adelante porque sabemos que *donde no llegan nuestras fuerzas, llega la fortaleza de Dios*⁴. Comprendemos, además, que todo eso es necesario, porque la vida de Cristo se repite de algún modo en la nuestra, y sabemos —nos lo dice el Evangelio— que *convenía que Cristo padeciese y resucitase al tercer día...*⁵.

Conviene que os sintáis fuertes, con la fortaleza de Dios. Como os he escrito muchas veces —nos advierte nuestro Padre—, mientras sembráis el amor por todo el mundo —exiit qui seminat, seminare semen suum (Luc. VIII, 5), salió el sembrador a sembrar— encontraréis dificultades. Pero tened en cuenta lo que nos enseña la Sagrada Escritura: qui seminant in lacrimis,

(3) Camino, n. 760.

(4) De nuestro Padre, Meditación, 19-111-1960.

(5) Ev. (Luc, XXIV, 46).

in exultatione metent (Ps. CXXV, 5), los que siembran con lágrimas, recogerán con alegría. Y también: quae enim seminaverit homo, haec et metet (Galat. VI, 8), lo que el hombre haya sembrado, eso recogerá.

Si con sacrificio sembráis Amor, también recogeréis Amor. No os faltarán contradicciones, pero si sucede que padecéis algo por amor a la justicia, sois bienaventurados. No temáis, ni os conturbéis. Bendecid en vuestros corazones al Señor Jesucristo (I Petr. III, 14-15).

Luchad esforzadamente contra las dificultades, con deportividad, spe gaudentes (Rom. XII, 12), gozosos en la esperanza, sabiendo que, con la gracia de Dios, siempre saldréis vencedores en la lucha, porque Dios no pierde batallas.

*Y si alguna vez os sentís fatigados por el peso de vuestra misión, seguid trabajando bien unidos a vuestros Directores. Este es mi consejo paterno, recordando la histórica frase: las guerras las ganan los soldados cansados, con el aliento de sus jefes*⁶.

DICE San Juan Crisóstomo, comentando el Evangelio, que, después de la venida del Espíritu Santo, los discípulos del Señor *no hacían caso de los peligros, ni de la muerte (...), ni de su pequeño número, ni de la multitud de sus contrarios, ni del poder, fuerza y sabiduría de sus enemigos; porque tenían*

(6) De nuestro Padre, Carla, 16-VI-1960, nn. 29-30.

*fuerzas mayores que todo eso: el poder de Aquel que había muerto en la Cruz y había resucitado*⁷.

Para vencer todos los obstáculos que puedan presentarse, hemos de contar, siempre y ante todo, con la gracia divina. No estamos haciendo una obra humana, ni siguiendo nuestra propia voluntad: no me elegisteis vosotros a mí, sino que yo soy el que os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca floann. XV, 16).

*Por eso, ante las dificultades, podremos siempre orar confiadamente: fiat manus tua ut salvet me, quoniam mandata tua elegi (Ps. CXVIII, 173), extiende tu mano para ayudarme, pues he seguido tus preceptos*⁸.

En la Obra tenemos una experiencia ya larga, que nos confirma en la asistencia misericordiosa del Señor. *Os aseguro —lo he tocado con mis manos, lo he contemplado con mis ojos— que, si confiáis en la divina Providencia, si os abandonáis en sus brazos omnipotentes, nunca os faltarán los medios para servir a Dios, a la Iglesia Santa, a las almas, sin descuidar ninguno de vuestros deberes; y gozaréis además de una alegría y de una paz que mundus daré non potest (cfr. Ioann. XIV, 27), que la posesión de todos los bienes terrenos no puede dar*⁹.

Recordemos también que, como nos ha dicho nuestro Padre, somos lo permanente. *La dificultad*

(7) San Juan Crisóstomo, *Homilía 4*.

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VI-1960, n. 23.

(9) *Amigos de Dios*, n. 117.

*es siempre pasajera; y más tarde, el que ha sido fuerte —con la fortaleza de Dios— iam non meminit pressurae propter gaudium floann. XVI, 21), lleno de alegría, ya no se acuerda de la tribulación pasada. Vuestra vocación, la certeza de saberos llamados por Dios, será siempre el mejor escudo contra cualquier tentación, la garantía más firme e indudable de que, si queréis, el Señor os hará fieles, siempre victoriosos, testigos de Jesucristo en el mundo entero, y llenos de fruto abundante en servicio de las almas*¹⁰.

Mater nostra, Virgo potens, ora pro nobis.

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VI-1960, n. 30.

169.

VIERNES DE PASCUA

—El proselitismo, mandato divino.

—El afán de ganar almas, señal de amor a la vocación.

—Hay que ir a buscar las almas donde estén.

HAN PASADO ya unos días desde la Resurrección del Señor. Los Apóstoles, obedeciendo al mandato que Jesús les transmitió por María Magdalena —*que vayan a Galilea, que allí me verán*¹—, han regresado a su tierra, a Cafarnaum, y, en la espera, cada uno se dedica a su trabajo profesional.

Pedro ha negado tres veces a Jesús, y ha llorado; el gallo con su canto le recordó las palabras del Señor, y pidió perdón. Pero tiene que hacer algo: su oficio, y va a pescar. Volvía a su oficio, como mis hijos. Es pescador y pesca. ¿Qué hacen los hijos míos? Profesores, labradores, obreros en la mina, ingenieros, abogados, médicos... Pedro ha llorado tanto y ha vuelto a su oficio. Y todavía hay fariseos que se escandalizan porque los hijos de Dios en el Opus Dei sigan siendo pescadores, cuando antes eran pescadores; y porque el que era banquero, siga siendo banquero. Ahí, al banco de cambio, fue a buscar el Señor a Mateo.

Estaban juntos Pedro con Tomás, llamado el Dídi-

(1) *Matth.* XXVIII, 10.

mo, y Natanaely los hijos de Zebedeo y otros dos (*cfr.* Ioann. XXI, 2): *¡qué simpatía les tengo a esos dos! Porque esos dos estaban en el anonimato. A mí me da una alegría de paladeo, pensar que se puede vivir en el mundo de este modo tan bonito: ocultarse y desaparecer. ¡Es tan hermoso desaparecer!*

*Y les dice Pedro: vado piscari (Ioann. XXI, 3), voy a pescar. Va a ejercer su trabajo profesional. Las cosas grandes pasan ahí. Es una cosa grande hacer cada día el trabajo ordinario. Esta es la raíz de nuestra ascética. Y los demás le responden: venimus et nos tecum (Ibid.), vamos también nosotros contigo. Y nada lograron. Pasan toda la noche pescando. Pero no hay de qué.*²

Vuelven los pescadores con las primeras luces del alba y la barca vacía. Una noche aparentemente pasada en vano. Pero cuando ya clareaba el sol... *Mane autem facto, stetit Iesus in littore (Ioann. XXI, 4). Al amanecer estaba el Señor en la orilla. Jesús que pasa de mañana. ¡Cuántas veces está Cristo no cerca de nosotros, sino en nosotros: y vivimos una vida tan humana! No nos damos cuenta de que está aquí, junto a nosotros. Non tamen cognoverunt discipuli quia Iesus est (Ioann. XXI, 4). No le reconocieron.*

Muchachos, ¿tenéis algo que comer? (Ioann XXI, 5). *¡Qué cosa más humana! Dios diciendo a las criaturas que le den de comer. Dios necesitando de nosotros. ¡Qué bonito, qué maravilla de las grandezas de Dios! Dios*

(2) De nuestro Padre, Meditación, 25-VI-1958.

*nos necesita. Ninguno hace falta: yo soy el Fundador y no hago falta; y, sin embargo, te digo a la vez que Dios nos necesita, a ti y a mí*³.

Los pescadores, fatigados por haber trabajado toda la noche, responden sin mirar apenas: no. *Un acto de humildad*, comenta nuestro Padre: *dicen la verdad escueta. Entonces viene Jesús con su omnipotencia: mittite in dexteram navigii rete et invenietis* (Ioann. XXI, 6), *echad la red a la derecha de la barca y encontraréis*⁴.

Una orden como antaño, pero esta vez con una característica especial. *Echan la red a la derecha. Es una labor particular, para que nosotros aprendamos. Ya no es el fermento para la muchedumbre, ya es el pescador que pesca pescadores. Son peces de otra categoría, son otros instrumentos que, más tarde, han de convertirse en pescadores*⁵.

Obedecieron en silencio, con un temblor en el corazón y también con la humildad de su fatiga inútil de toda una noche. Fueron dóciles, humildes, obedientes. Y enseguida sintieron en las redes el peso de la pesca.

*¿Qué haces tú, mi hijo, y qué hago yo para que abunde la pesca, para que sean muchas las piezas de plata viva que vengan a la barca?*⁶.

(3) De nuestro Padre, Meditación, 25-VI-1958.

(4) De nuestro Padre, Meditación, 25-VI-1958.

(5) De nuestro Padre, Meditación, 16-IV-1954.

(6) De nuestro Padre, Meditación, 4-II-1962.

FUE TAN grande la pesca, que *no podían sacar la red por el peso de los peces*. Dixit ergo discipulus Ule, quem diligebat Iesus, Petro: Dominus est! (Ioann. XXI, 7). *El amor, el amor lo ve de lejos. Dice Juan, el discípulo a quien Jesús amaba: ¡es el Señor! La limpieza de aquel hombre, la entrega de aquel hombre, que se había siempre conservado limpio, que no había tenido una vacilación, que se había dado a Dios del todo desde la adolescencia, hace que conozca al Señor. Se necesita una especial sensibilidad para las cosas de Dios, una purificación. Ciertamente es que Dios también se ha hecho oír de pecadores: Saulo, Balaam... Sin embargo, de ordinario, Dios Nuestro Señor quiere que las criaturas, por la entrega, por el amor, tengan una especial capacidad, para conocer estas manifestaciones extraordinarias*⁷.

En cuanto Simón Pedro oyó las palabras de Juan, se echó al mar para ir más deprisa al encuentro de Jesús⁸. *Pedro es la fe. Y se lanza al mar, lleno de una audacia de maravilla. Con el amor de Juan y la fe de Pedro, ¿hasta dónde llegaremos nosotros?*⁹.

El Señor quiere que la pesca sea abundante: sólo hace falta nuestra obediencia a las indicaciones que nos dan en su nombre. Y entonces, sí; *ciento cincuenta y tres peces, contados. Cogidos todos a la derecha de la barca. Y la red no se rompía esta vez,*

(7) De nuestro Padre, Meditación, 25-VM958.

(8) Cfr. Ev. (Ioann. XXI, 7).

(9) *Amigos de Dios*, n. 266.

y no tuvieron que acudir otros, porque estos peces eran para ellos.

Otro apostolado fecundo, que es apostolado de apostolados. Es la labor de proselitismo. El hijo mío que no es proselitista... hace mal. Algo en él no anda bien. Porque el que ama de verdad su camino, siente la ambición de traer otras criaturas a su felicidad, porque el bien es difusivo. ¡Pobre del hijo mío que no tuviera este afán de traer otras almas!... Almas que hay que buscar en sitios determinados. El sitio lo determinan sus condiciones humanas, de cabeza, de talento, de lealtad. Y las condiciones sobrenaturales, que quizá antes no tenía, y que adquiere a vuestro lado¹⁰.

Menos peces que aquella otra vez, en que tuvieron que llamar a otros que estaban también por allí pescando. Pero esta vez los peces son todos grandes. Contados. En comparación con la muchedumbre, eran pocos. No rompen la disciplina interna, y no es preciso decir a otras criaturas, que van también en su barca, que vengan a ayudarnos. ¿Está claro? "

CUANDO Pedro, con la destreza del que conoce bien su oficio, sacó a tierra la red repleta, los demás Apóstoles mirarían como asombrados. ¡Qué maravilla pescar así, esos peces tan buenos, todos para el Señor!

(10) De nuestro Padre, Meditación, 16-IV-1954.

(11) De nuestro Padre, Meditación, 16-IV-1954.

Hijos de mi alma: si todos sois Cristo, vuestros hermanos sacerdotes, por la ordenación sacerdotal, son especialmente Cristo. Están en la orilla. Vosotros, los laicos, tenéis que traer las redes llenas de peces a los pies de los sacerdotes. Peces numerados y contados. Son las vocaciones de apóstoles. Nos interesan todas las almas. Y especialmente aquéllas que muestran tener las condiciones requeridas por nuestro camino "

La escena evangélica que hemos considerado hoy nos impulsa a renovar nuestro afán de proselitismo. Insiste nuestro Fundador: /Iijòs míos, yo querría que supierais entusiasmaros y entusiasmar a vuestros amigos, a vuestros parientes, a vuestros compañeros de profesión, de labor, a vuestros vecinos. Trae a aquel amigo tuyo, hazle pescador, que quizá venga a ser pescado. Porque nosotros somos una brasa encendida, y esa brasa tiene que quemar lo que toca o, por lo menos, levantar la temperatura a su alrededor; si no, la brasa se apaga. ¿Y tú te imaginas un corazón de hijo de Dios en su Opus Dei, apagado, sin calor, sin vida sobrenatural, sin la eficacia operativa de que sólo con su presencia encienda, queme?

Hay tantas cosas buenas por hacer, son tantos los maravillosos apostolados de la Obra... Todos encantadores, eficaces, muchos, muchos...: algunos pequeños, al parecer, pero que van a hacer el bien a la muchedumbre, y que son ocasión de una segunda pesca, con

(12) De nuestro Padre, Meditación, 25-VI-1958.

peces que se ponen a los pies de Cristo: son los ciento cincuenta y tres ⁿ.

Grande es el lago, y hay peces para todos los pescadores. Pero esta vez el Señor ha señalado un sitio preciso: a la derecha de la barca, de la barca nuestra. *Hijos míos, a nosotros no nos molesta nadie. Nos da mucha alegría que todos trabajen. Que es un mar inmenso el mundo de las almas. Que vosotros améis la labor de los demás. No nos estorba nadie. Nosotros, en la parcela que de momento tengamos (...). Nunca a un hijo mío le debe preocupar, como no sea para bendecirla, la labor apostólica de los demás. Y nosotros, con nuestro espíritu, ¡a pescar, hijos míos, a pescar!* ^u.

El Señor nos manda. El regresa al Padre Celestial, y en la tierra quedan sus Apóstoles, surcando todos los mares. *Que aprendan los hijos míos que querrían vivir encerrados en casa, a abrirse en abanico, acudiendo a todos los ambientes. Es un deber nuestro, de primera categoría, sustancial, ir a buscar las almas donde estén, para traerlas luego a la barca, heridas de amor, de compunción, de entrega, de deseos de entrega al menos* ¹⁵.

Con la ayuda de Nuestra Madre, *Regina Apostolorum*, será siempre muy abundante nuestra pesca, en servicio de Dios, de la Iglesia y de todas las almas.

(13) De nuestro Padre, Meditación, 16-IV-1954.

(14) De nuestro Padre, Meditación, 16-IV-1954.

(15) De nuestro Padre, Crónica VII-62, p. 55.

170.

SÁBADO DE PASCUA

—Ser fieles, por sentido de responsabilidad.

—Para ser fieles, hace falta una vida de lucha, que se apoya en la certeza de sabernos llamados por Dios.

—Vale la pena luchar hasta el fin: perseverar,

A PUNTO de terminar la octava de Pascua, leemos en el Evangelio un resumen de lo que ocurrió en los primeros momentos de la Resurrección del Señor: *habiendo resucitado, al amanecer del primer día de la semana, se apareció en primer lugar a María Magdalena, de la que había expulsado siete demonios. Ella fue a anunciarlo a los que habían estado con El, que se encontraban tristes y llorosos. Pero ellos, al oír que estaba vivo y que ella lo había visto, no lo creyeron. Después de esto se apareció, bajo distinta figura, a dos de ellos que iban de camino a una aldea; también ellos regresaron y lo comunicaron a los demás; pero tampoco les creyeron* ^x.

Hay como un tono de queja en estas palabras del Espíritu Santo: *no les creyeron*. El mismo Jesús, *por último, se apareció a los Once, cuando estaban a la mesa, y les reprochó su incredulidad y dureza de co-*

(1) Ev. [Uarc. XVI, 9-13].

*razón, porque no creyeron a los que lo habían visto resucitado*². Es un reproche que podría hacernos el Señor a cada uno, porque tantas veces nuestra fe es floja, vacilante. Y *la Obra necesita hombres y mujeres seguros, firmes, en quienes sea posible apoyarse*³. Sabemos que Dios no necesita de ninguno y, sin embargo, quiere que todos seamos necesarios para que ese tapiz de santificación y de apostolado, que hemos de ofrecerle todos los días, sea hermoso y sin falla. No podemos soltar los hilos, no podemos dejar de ser fieles.

Hemos asumido libremente, por gracia y elección del Señor, unas *obligaciones que alguna vez pueden pesar, pero que podemos cumplir delicadamente en todas las circunstancias, porque el Señor nos ha concedido el don inefable de una llamada especial, que comporta una gracia especial para corresponder.*

Os ruego, hijos míos, que tengáis la preocupación de vivir el espíritu de la Obra en todo momento. Esto os dará paz, serenidad, alegría. Mi deseo es que seáis felices; y lo podréis ser solamente si me cuidáis este espíritu en vuestra vida personal, sintiendo que el Señor os quiere cada día, cada momento, más Opus Dei.

Os recuerdo una comparación que he puesto muchas veces. Pensad en esos pájaros que tienen el vuelo

(2) Ev. (Marc. XVI, 14).

(3) De nuestro Padre, Crónica, XI-59. p. 9.

majestuoso, señorial. No sienten el peso de las alas, y son grandes y verdaderamente pesadas. Si se las cortasen, o pudieran desprenderse de las alas voluntariamente, ellos pesarían menos, pero no podrían volar. Vividme siempre el espíritu del Opus Dei con el convencimiento de que vuestras obligaciones no son peso, no son algo negativo. Al contrario, son una continua afirmación de Amor auténtico.

*Y con este fiel cumplimiento volaremos altos, muy altos, porque —siendo muy poca cosa cada uno— viviremos vida de Dios, llegaremos muy cerca del sol, como llegan las águilas en su vuelo de ascensión*⁴.

La fidelidad es la respuesta positiva que cada uno ofrece a Dios, y también —formamos un gran cuerpo místico— a los demás. *Ninguno de vosotros es una pieza aislada. Si tú te paras, haces que se paren todos. ¡Y no puedes destrozar las almas de tus hermanos! Tienes —a pesar de tus pasiones— la responsabilidad de la santidad de los demás, de la eficacia de todos*⁵. Por eso, decía nuestro Padre, ¡serenos! *Procuramos que no nos falte sentido de responsabilidad, sabiéndonos eslabones de una misma cadena. Por lo tanto —hemos de decir de veras cada uno de los hijos de Dios, en su Obra— quiero que ese eslabón, que soy yo, no se rompa: porque, si me rompo, traiciono a Dios, a la Iglesia Santa y a mis hermanos*⁶.

(4) De nuestro Padre, Tertulia, 25-VIIM968.

(5) De nuestro Padre, Meditación, 19-VI-1955.

(6) De nuestro Padre, Meditación *Vivir para la gloria de Dios*, 21-XI-1954.

Fieles por amor a Jesucristo, por amor a la Obra, por amor a las almas, con una fidelidad que es, al mismo tiempo, nuestra propia felicidad.

SER FIEL a Dios exige lucha. Y lucha cuerpo a cuerpo, hombre a hombre —hombre viejo y hombre de Dios—, detalle a detalle, sin claudicar⁷.

La perseverancia final es fruto del querer de Dios, que la concede a quienes quiere, aunque presupone de ordinario una pelea interior sin tregua. Sin embargo, *algunos se comportan, a lo largo de su vida, como si el Señor hubiera hablado de entregamiento y de conducta recta sólo a los que no les costase —¡no existen!—, o a quienes no necesitaran luchar.*

Se olvidan de que, para todos, Jesús ha dicho: el Reino de los Cielos se arrebatara con violencia, con la pelea santa de cada instante⁸.

Guarda bien lo que tienes —dice la Escritura—, no sea que otro se lleve tu corona⁹. No dejaremos que nos la arrebaten; podemos y debemos guardar nuestro tesoro, porque el Señor ha puesto a nuestra disposición todos los medios. Tenemos la promesa de Cristo: *no tenéis vosotros que temer, mi pequeño rebaño, porque ha sido del agrado de vuestro Padre*

(7) Surco, n. 126.

(8) Surco, n. 130.

(9) Apoc. III, 11.

celestial daros el Reino¹⁰. Tenemos la seguridad de la llamada de Dios. Y *precisamente el saber que tenemos vocación —hemos venido, porque nos llamó el Señor; si no, nuestra presencia en la Obra no tiene explicación humana— es la certeza más grande de nuestra fidelidad¹¹.*

Hijos míos, ¡es Dios quien nos espera! Por eso tenemos que comprometernos con alegría, con amor, con ilusión, aunque se presente la circunstancia —o una situación permanente— de ir a contrapelo. Puede costar trabajo ese compromiso, pero incluso entonces la fidelidad es una obligación gustosa, que no hemos de eludir, aunque exija dejar la vida, aunque suponga sacrificio y esfuerzo. Porque Dios nos necesita fieles¹².

Si luchamos, el Señor nos concederá la gracia de la perseverancia final, *porque quien ha empezado en vosotros la buena obra, la llevará a cabo¹³.* Sabes —nos repite nuestro Padre— *que no te faltará nunca la gracia del cielo. Dios te ha concedido el don de la llamada, escogiéndote desde la eternidad, y ha hecho resonar en tus oídos aquellas palabras que a mí me saben a miel y a panal: redemi te, et vocavi te nomine tuo: meus es tu! (Isai. XLIII, 1). Eres suyo, del Señor. Si te ha hecho esa gracia, te concederá también toda la*

(10) Luc. XII. 32.

(11) De nuestro Padre, Crónica 11-56, p. 6.

(12) De nuestro Padre.

(13) Philip. I, 6.

ayuda que necesites para ser fiel como hijo suyo en el Opus Dei ¹⁴.

Y al final de la lucha, el consuelo de saber que, *al que venciere* —son palabras del Señor—, *le haré sentarse conmigo en mi trono, así como yo también vencí y me senté con mi Padre en su trono* ¹⁵.

QUIEN PERSEVERARE hasta el fin, ése se salvará ¹⁶. Perseverancia en la vocación, hasta llegar al término del camino: esto es lo que importa. *Me hace temblar* —escribió nuestro Padre— *aquel pasaje de la segunda epístola a Timoteo, cuando el Apóstol se duele de que Demás escapó a Tesalónica tras los encantos de este mundo... Por una bagatela, y por miedo a las persecuciones, traicionó la empresa divina un hombre, a quien San Pablo cita en otras epístolas entre los santos.*

Me hace temblar, al conocer mi pequenez; y me lleva a exigirme fidelidad al Señor hasta en los sucesos que pueden parecer como indiferentes, porque, si no me sirven para unirme más a El, ¡no los quiero! ¹⁷.

Conocemos las dificultades, los enemigos de fuera y los enemigos de dentro. Pero tenemos también

(14) De nuestro Padre, Meditación *La oración de los hijos de Dios*, 4-IV-1955.

(15) *Apoc.* III, 21.

(16) *Matth.* X, 22.

(17) *Surco*, n. 343.

las armas de la victoria. Por eso, *si en algún momento se hace más difícil la lucha interior, será la buenji ocasión de mostrar que nuestro Amor es de verdad. Para quien ha comenzado a saborear de alguna manera la entrega, caer vencido sería como un timo, un engaño miserable. No te olvides de aquel grito de San Pablo: quis me liberabit de corpore mortis huius? (Rom. VII, 24), ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? Y escucha, en tu alma, la respuesta divina: sufficit tibi gratia mea! (II Cor. XII, 9), ¡te basta mi gracia!*

El amor de nuestra juventud, que con la gracia de Dios le hemos dado generosamente, no se lo vamos a quitar al pasar los años. La fidelidad es la perfección del amor: en el fondo de todos los sinsabores que puede haber en la vida de un alma entregada a Dios, hay siempre un punto de corrupción y de impureza. Si la fidelidad es entera y sin quiebra, será alegre e indiscutida.

Dejadme que insista: sed fieles. Es algo que llevo clavado en el corazón. Si sois fieles, nuestro servicio a las almas y a la Santa Iglesia se llenará de abundantes frutos espirituales ¹⁸.

Fidelidad por fidelidad; nos corresponde batallar de firme para que se pueda decir de cada uno de nosotros que *en la prueba fue hallado fiel* ¹⁹. Las dificultades existen pero, si ponemos los medios, se superan. Y más allá, está la recompensa por toda la

(18) De nuestro Padre, *Carla*, 24-III-1931, nn. 45-46.

(19) *Eccli.* XLIV, 21.

eternidad, que nos atrae y nos invita a vivir y a morir fieles.

En ese momento, como correspondencia a la fidelidad de nuestra vida —*¡qué poco es una vida para ofrecerla a Dios!*...^m —, oiremos de labios de Jesús: *muy bien, siervo bueno y fiel; ya que has sido fiel en lo poco, te constituiré sobre lo mucho; entra en el gozo de tu Señor*²¹.

Sancta Maña, Virgo fidelis, filios tuos adiuva!

(20) *Camino*, n. 420.
(21) *Malth.* XXV, 23.

171.

DOMINGO II DE PASCUA

—Alegría y reconocimiento por el don de la fe.

—Hemos de adherirnos cada día con mayor firmeza a la doctrina revelada.

—Pidamos humilde y continuamente al Señor que nos aumente la fe.

CON LA festividad de hoy se acaba la solemnidad de la Pascua —decía San Agustín en un sermón—; *por eso en este día se cambian las vestiduras de los neófitos, pero de tal modo que la blancura del vestido que abandonan permanezca para siempre en el corazón*'.

Hace siglos, los catecúmenos que se incorporaban a la Iglesia en la Vigilia Pascual, dejaban hoy la vestidura blanca que les había sido impuesta. Eran ya fieles adultos en la fe, pero la Iglesia les aconsejaba que tuviesen con sencillez hambre de doctrina, *como niños recién nacidos*. Habían recibido como preciosa herencia el germen de la vida sobrenatural; ahora deberían procurar que arraigase cada vez más profundamente en su alma, modelando —bajo el influjo de la gracia— toda su conducta de acuerdo con la fe, aceptando las enseñanzas divinas de todo corazón, sin dobleces ni reservas, gozosamente.

(1) San Agustín, *Sermo in octava Paschae* 1.

Es la misma invitación que se nos dirige hoy a nosotros, con las palabras del Apóstol San Pedro que leemos en el introito: *como niños recién nacidos, apeted la leche del espíritu sin mezcla de fraude, para que con ella vayáis creciendo en salud*².

¡Qué alegría y qué agradecimiento debemos a Dios por el don de la fe! *Todo lo que nace de Dios* —escribe San Juan—, *vence al mundo, y lo que nos hace alcanzar la victoria sobre el mundo es nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo sino el que cree que Jesucristo es el Hijo de Dios?*³. Con la fe se nos revelan verdades —y verdades de salvación— que ni siquiera éramos capaces de imaginar, y muchas otras que antes sólo confusamente vislumbrábamos. El trabajo, las relaciones familiares y sociales, las circunstancias todas de la vida, adquieren claridad nueva, sentido distinto. Y es tanta la alegría, que el alma rompe en acciones de gracias. *¡Qué hermosa es nuestra Fe Católica!* —*Da solución a todas nuestras ansiedades, y aquieta el entendimiento y llena de esperanza el corazón*⁴.

*TODO el que cree que Jesús es el Cristo, es hijo de Dios*⁵. En efecto, la fe nos lleva a reconocer a Cris-

(2) Anl. ad intr. (1 Petr. II, 2).

(3) L. II (B) (1 Ioann. V, 4-5).

(4) Camino, n. 582.

(5) L. II (B) (1 Ioann. V, 1).

*to como Dios, a verle como nuestro Salvador, a identificarnos con El, obrando como El obró*⁶.

Sin fe no hay esperanza; y mucho menos caridad, porque nadie puede amar lo que no conoce. Sin fe no hay verdadera y profunda humildad, cimiento sobre el que han de asentarse las demás virtudes. Sin fe, la vida transcurriría pegada a la tierra, ahogada por el polvo de los caminos. Tan necesaria es la fe, que *sin ella es imposible agradecer a Dios*⁷.

El Evangelio de la Misa nos ofrece hoy una lección de fe. Nos cuenta que cuando el Señor se apareció por vez primera a los Apóstoles en el Cenáculo, el mismo día de la Resurrección, *Tomás, uno de los Doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Los otros discípulos le dijeron: ¡hemos visto al Señor! Pero él les respondió: si no veo la señal de los clavos en sus manos, y no meto mi dedo en esa señal de los clavos y mi mano en su costado, no creeré.*

A los ocho días, estaban de nuevo dentro sus discípulos y Tomás con ellos. Estando las puertas cerradas, vino Jesús, se presentó en medio y dijo: *la paz sea con vosotros. Después dijo a Tomás: trae aquí tu dedo y mira mis manos, y trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente. Respondió Tomás y le dijo: ¡Señor mío y Dios mío! Jesús*

(6) Es Cristo que pasa, n. 106.

(7) Hebr. XI, 6.

contestó: *porque me has visto has creído; bienaventurados los que sin haber visto han creído*⁸.

*¿Qué pensáis de todo esto, hermanos queridísimos? —comenta San Gregorio Magno—. ¿Creéis que fue casualidad que estuviera ausente en aquella ocasión aquel discípulo elegido, y que cuando vino oyera, y oyendo dudara, y dudando palpara, y palpando creyera? No, no sucedió esto al acaso, sino que fue disposición de la divina Providencia. La misericordia de Dios obró de modo tan admirable para que, tocando aquel discípulo incrédulo las heridas de su Maestro, sanase en nosotros las llagas de nuestra incredulidad. De manera que la incredulidad de Tomás ha sido más provechosa para nuestra fe que la fe de los discípulos creyentes; porque, decidiéndose aquel a palpar para creer, nuestra alma se afirma en la fe, desechando toda duda*⁹.

También nosotros, a distancia de veinte siglos, hemos de sacar provecho de esta escena evangélica. *¡Con qué humildad y con qué sencillez cuentan los evangelistas hechos que ponen de manifiesto la fe floja y vacilante de los Apóstoles!*

*—Para que tú y yo no perdamos la esperanza de llegar a tener la fe incommovible y recia que luego tuvieron aquellos primeros*¹⁰.

(8) Ev. (Ioann. XX, 24-29).

(9) San Gregorio Magno, *Homiliae in Evangelio.*, 26, 7.

(10) *Camino*, n. 581.

*EL JUSTO vive de la fe*¹¹. Por la fe participamos del conocimiento que Dios posee de Sí, tenemos acceso de algún modo a la visión con que Dios se contempla a Sí mismo y a todas las cosas. Pide *humildemente al Señor que te aumente la fe*. —Y luego, *con nuevas luces, juzgarás bien las diferencias entre las sendas del mundo y tu camino de apóstol*¹².

Nuestra mirada se vuelve otra vez a esos catecúmenos de los primeros tiempos de la Iglesia. En la Vigilia Pascual, ante el baptisterio de la Basílica de San Juan de Letrán, el Papa les había preguntado: *¿qué pides a la Iglesia de Dios? —Fidem!— ¡Fe! Y fe es también lo que nosotros necesitamos, como la necesitó aquel Tomás incrédulo.*

*Pongamos de nuevo los ojos en el Maestro. Quizá tú también escuches en este momento el reproche dirigido a Tomás: mete aquí tu dedo, y registra mis manos; y trae tu mano, y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino fiel (Ioann. XX, 27); y, con el Apóstol, saldrá de tu alma, con sincera contrición, aquel grito: ¡Señor mío y Dios mío! (Ioann. XX, 28), te reconozco definitivamente por Maestro, y ya para siempre —con tu auxilio— voy a atesorar tus enseñanzas y me esforzaré en seguirlas con lealtad*¹³.

(11) *Rom.* I, 17.

(12) *Camino*, n. 580.

(13) *Amigos de Dios*, n. 145.

Siempre podemos disponernos mejor a la fe, y siempre tenemos la triste posibilidad de rechazarla. Dios nos quiere libres, y la adhesión a su palabra, aunque bajo el influjo de una gracia especial, implica un asentimiento voluntario por nuestra parte. Como buenos hijos, éste es el sentido que debemos dar a nuestra libertad: hacer uso de ella para adherirnos cada día con más firmeza a la doctrina revelada. *Si admitimos el testimonio de los hombres, de mayor autoridad es el testimonio de Dios*¹⁴. Esta consideración debe apartar cualquier vacilación, cualquier sombra de duda; hasta que nuestro asentimiento sea incondicionado, pronto, rendido. *Dios dijo esto* —escribía Casiano—, *Dios ha hablado. Para mí su palabra es el mayor argumento. Desecho las dificultades, rechazo las discusiones: me basta, para creer, la persona del que me habla*¹⁵.

El Señor premiará esta actitud fiel, dándonos un conocimiento sobrenatural de todo, muy superior en extensión y en seguridad al que puede otorgarnos cualquier ciencia humana. Y esa misma fe nos llevará a comprender cada vez verdades más altas: *pues aunque si no se comprendiera algo, no se podría creer en Dios; sin embargo, la misma fe con la que se cree hace que se comprendan cosas mayores*¹⁶.

(14) I Ioann. V, 9.

(15) Casiano, *De incarnatione Christi adversus Nestoríum* 4, 6, 4.

(16) San Agustín, *Enarrationes in Psalmos CXVIII*, 18, 3.

*Señor, auméntanos la fe*¹⁷, y que merezcamos esta alabanza tuya: *bienaventurados aquellos que sin haberme visto, han creído*¹⁸, como buenos hijos de María Santísima, que oyó de labios de su prima Isabel: *dichosa tú, que has creído las cosas que se te han dicho de parte del Señor*¹⁹.

(17) Luc. XVII, 5.

(18) Ev. (Ioann. XX, 29).

(19) Luc. I, 45.

172.

LUNES

—Infancia espiritual.

—Humildad y responsabilidad en la vida de infancia.

—La infancia espiritual, señal de madurez interior.

AYER nos recomendaba la Iglesia, con palabras del Príncipe de los Apóstoles, la necesidad de apetecer la leche del espíritu, como niños recién nacidos. Y hoy, el Señor nos hace en el Evangelio una recomendación similar.

*Había entre los fariseos un hombre, llamado Nicodemo, judío influyente. Este vino a El de noche y le dijo: Rabbí, sabemos que has venido de parte de Dios como Maestro, pues nadie puede hacer los prodigios que Tú haces si Dios no está con él. Contestó Jesús y le dijo: en verdad, en verdad te digo que si uno no nace de nuevo, no puede ver el Reino de Dios. Nicodemo le respondió: ¿cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Acaso puede entrar otra vez en el seno de su madre y nacer?*¹.

Se trata de ser niños interiormente. Cuanto más pequeños, cuanto más necesitados del Señor nos encontremos, más resplandecerá la gracia de Dios sobre nosotros. *En verdad os digo que si no os volvéis y*

(1) Ev. (Ioann. III, 1-4).

*hacéis semejantes a los niños, no entraréis en el Reino de los cielos*². *El niño posee el fundamento de las virtudes: la sencillez, la sinceridad, la humildad*³, que son básicas para el trato filial, para la confianza y el abandono. Y se produce, para el que se sabe pequeño delante de Dios, aquella paradoja de que habla San Pablo: *cuando estoy débil, entonces soy más fuerte*⁴: cuanto más niños, más poderosos; *niño, cuando lo seas de verdad, serás omnipotente*⁵.

Quasi modo geniti infantes... *Me ha dado alegría difundir por todas partes esta mentalidad de hijos pequeños de Dios, que nos hará paladear las palabras que también se recogen en la liturgia de la Misa: todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo (I Ioann. V, 4), supera las dificultades, logra la victoria, en esta gran batalla por la paz de las almas y de la sociedad.*

Nuestra sabiduría y nuestra fuerza están precisamente en tener la convicción de nuestra pequenez, de nuestra nada delante de los ojos de Dios; pero es El quien nos estimula para que nos movamos, al mismo tiempo, con una segura confianza y prediquemos a Jesucristo, su Hijo Unigénito, a pesar de nuestros errores y de nuestras miserias personales, siempre y cuando, junto a la flaqueza, no falte la lucha con el fin de superarla.

(2) Matth. XVIII, 3.

(3) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 58, 2.

(4) II Cor. XII, 10.

(5) Camino, n. 863.

*Me habréis oído repetir con frecuencia aquel consejo de la Escritura Santa: discite benefacere flsai. I, 17), porque es cierto que debemos aprender y enseñar a hacer el bien. Hemos de comenzar por nosotros mismos, empenándonos en descubrir cuál es el bien que hay que ambicionar para cada uno de nosotros, para cada uno de nuestros amigos, para cada uno de los hombres. No conozco camino mejor para considerar la grandeza de Dios: aprender a servir, con el punto de mira inefable y sencillo de que El es nuestro Padre y nosotros somos hijos suyos*⁶.

SER PEQUEÑO delante de Dios, seguir la vida de infancia, no significa abandonarse perezosamente en una especie de quietismo espiritual y apostólico. Nos lo enseñó nuestro Padre de muchos modos, con su ejemplo y con su palabra.

En aquellos primeros años después de la guerra española —nos decía en una ocasión—, iba yo mucho por Valencia —algunos de vosotros os acordaréis— y hacíamos la oración donde podíamos, a veces en la playa. Y una vez, al atardecer, en una de esas puestas de sol maravillosas, vimos que se acercaba una barca a la orilla. Salieron de ella unos hombres morenos, quemados por los vientos del mar, mojados, que parecían de bronce, y comenzaron a tirar de una red que

traían con la barca, dentro del agua. Tiraban haciendo hincapié, los pies hundidos en la arena, con una fuerza maravillosa. De pronto vino un niño, y se acercó a ellos, agarró la cuerda con sus manecitas y empezó a tirar de la cuerda también. Y aquellos hombres rudos, nada refinados, sintieron su corazón enternecerse, y dejaron al niño entre ellos, aunque más bien estorbaba.

*Y yo pensé en vosotros y en mí. En vosotros, que no erais de Casa, y en mí, en ese tirar de la cuerda todos los días, en tantas cosas. Si nos hacemos pequeños delante de Dios Nuestro Señor, es más fácil que nos hagamos santos, y traeremos la red a la orilla, llena de peces, que brillan como la plata, porque donde no llegan nuestras fuerzas, llega la fortaleza de Dios*⁷.

La vida de infancia incluye por una parte la conciencia de nuestra limitación, de nuestra pequenez. Un niño es la encarnación misma de la debilidad: depende de sus padres para todo. Y ésta es nuestra situación respecto del Señor: sin El no podemos dar un paso en ningún sentido: *sin Mí nada podéis hacer*⁸. Pero, por otra parte, somos hijos de Dios; y lo que de nosotros mismos era debilidad, se trueca en poder y eficacia, de modo que podemos decir con San Pablo: *todo lo puedo en Aquél que me conforta*⁹.

(6) *Amigos de Dios*, n. 144.

(7) De nuestro Padre, Meditación, 19-111-1960.

(8) *Ioann.* XV, 5.

(9) *Philip.* IV, 13.

Así se realizan estas maravillas de nuestra vida de infancia: el sentirnos pequeños delante de Dios —pero al mismo tiempo hijos suyos— nos lleva a vivir la humildad, que es la raíz de nuestra eficacia, y a enfrentarnos con los acontecimientos con serenidad y optimismo. Sabemos que las cosas saldrán bien, porque es Dios quien pone el incremento. Es lógico que seamos audaces, al sabernos respaldados por la omnipotencia y el amor de nuestro Padre Dios: *cuando seas sinceramente niño y vayas por caminos de infancia —si el Señor te lleva por ahí— ¡serás invencible!*¹⁰.

SED NIÑOS en la malicia, pero en la cordura, hombres hechos". Y nuestra madurez interior es procurar conservarnos pequeños en el trato con Dios y con la Virgen Santísima.

Si os fijáis, existe una gran diferencia cuando se cae un niño y cuando se cae una persona mayor. Para los niños, la caída de ordinario no tiene importancia: ¡tropiezan con tanta frecuencia! Y si se les escapan unos lagrimones, su padre les explica: los hombres no lloran. Así se concluye el incidente, con el empeño del chico por contentar a su padre.

Mirad, en cambio, lo que ocurre si pierde el equili-

(10) *Forja*, n. 348.

(11) *1 Cor. XIV*, 20.

brio un hombre adulto, y viene a dar de bruces contra el suelo. Si no fuera por la compasión, provocaría hilaridad, risa. Pero, además, el golpe quizá traiga consecuencias graves, y, en un anciano, incluso produzca una fractura irreparable. En la vida interior, nos conviene a todos ser quasi modo geniti infantes, como esos pequeñines, que parecen de goma, que disfrutaban hasta con sus trastazos porque enseguida se ponen de pie y continúan sus correteos; y porque tampoco les falta —cuando resulta preciso— el consuelo de sus padres.

Si procuramos portarnos como ellos, los tropicónes y fracasos —por lo demás inevitables— en la vida interior no desembocarán nunca en amargura. Reaccionaremos con dolor pero sin desánimo, y con una sonrisa que brota, como agua limpia, de la alegría de nuestra condición de hijos de ese Amor, de esa grandeza, de esa sabiduría infinita, de esa misericordia, que es nuestro Padre. He aprendido, durante mis años de servicio al Señor, a ser hijo pequeño de Dios. Y esto os pido a vosotros: que seáis quasi modo geniti infantes, niños que desean la palabra de Dios, el pan de Dios, el alimento de Dios, la fortaleza de Dios, para conducirnos en adelante como hombres cristianos".

Y aún insiste nuestro Padre: las grandes caídas, las que causan serios destrozos en el alma, y en ocasiones con resultados casi irremediables, proceden siempre de la soberbia de creerse mayores, autosuficientes.

(12) *Amigos de Dios*, n. 146.

En esos casos, predomina en la persona como una incapacidad de pedir asistencia al que la puede facilitar: no sólo a Dios; al amigo, al sacerdote. Y aquella pobre alma, aislada en su desgracia, se hunde en la desorientación, en el descamino.

Roguemos a Dios, ahora mismo, que no permita jamás que nos sintamos satisfechos, que acreciente siempre en nosotros el ansia de su auxilio, de su palabra, de su Pan, de su consuelo, de su fortaleza: rationabile, sine dolo lac concupiscite: fomentad el hambre, la aspiración de ser como niños. Convenços de que es la forma mejor de vencer la soberbia. Persuadios de que es el único remedio para que nuestra manera de obrar sea buena, sea grande, sea divina¹.

La devoción recia y tierna a Santa María, Madre de Jesús y Madre nuestra, nos ayudará a ser cada vez más niños delante de Dios.

(13) *Amigos de Dios*, n. 147.

173.

MARTES

- Ser leales a Jesucristo, perseverando en la entrega.
- Sinceridad, condición indispensable para ser fieles.
- Actuar siempre con nobleza y lealtad.

EL SEÑOR tuvo que sufrir con frecuencia en su vida la deslealtad de los hombres. Cuando en Cafarnaum anunció el misterio de amor de la Eucaristía, muchos de sus discípulos murmuraban entre sí: *dura es esta doctrina, ¿quién podrá escucharla? (...). Desde entonces muchos dejaron de seguirle y ya no andaban con El* \ Se marcharon tristes, con la tristeza del descamino. Luego vino la Pasión y la Muerte de Jesucristo, el abandono por parte de los suyos en aquellas horas de soledad y de traición. Pero la Resurrección gloriosa del Señor y, más tarde, el envío del Paráclito, disiparon todas las sombras: *el Espíritu Santo, que es espíritu de fortaleza, los ha hecho firmes, seguros, audaces*².

Esta es la imagen de la primitiva comunidad cristiana que nos presenta la liturgia de la Misa de hoy: *la multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma, y nadie consideraba como suyo lo que poseía, sino que tenían todas sus cosas en co-*

(1) *Ioann.* VI, 61-67.

(2) *Es Cristo que pasa*, n. 127.

mún. Con gran poder, los Apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y en todos ellos había abundancia de gracia³.

También nosotros hemos dado a Jesucristo nuestra vida entera: seamos fieles a esta decisión, mantengamos con fortaleza esa amistad que le hemos ofrecido. *Procuremos ser leales a lo largo de nuestra vida y, si en algún momento sentimos que no lo somos, luchemos, pidamos a Dios ayuda, y venceremos, porque Dios no pierde batallas. Pongamos todas nuestras miserias a los pies de Jesucristo, para que El triunfe: y veréis qué alto queda, y de qué manera nos ayudará a divinizar nuestra vida terrena.*

La flaqueza humana nos acompaña aun en los mejores instantes, en los momentos más sublimes de nuestra existencia. Tenemos —para que nada pueda ya sorprendernos— el testimonio del Santo Evangelio. En la Última Cena, en aquel clima de efusión de amor y de confidencias divinas, en la reunión de los íntimos, de los más formados, de los predilectos: facta est autem contentio inter eos, quis eorum videretur esse maior (Luc. XXII, 24): se pusieron a discutir, a pelear entre ellos, sobre quién era el mayor, el más excelente.

Por eso, cuando sintamos en nosotros mismos —o en otros— cualquier debilidad, no debemos mostrar extrañeza: acordémonos de aquellos que, con su flaqueza indiscutible, perseveraron y llevaron la palabra de

(3) L. I (Act. IV, 32-33).

*Dios por todos los pueblos, y fueron santos. Estemos dispuestos a luchar y a caminar: lo que cuenta es la perseverancia*⁴.

TAMBIÉN entre los Apóstoles que seguían al Señor de cerca, surgió la deslealtad, hasta la traición; pues Judas Iscariote, hijo de Simón, no obstante ser uno de los Doce, le había de vender⁵. No hay motivo para dudar de que, al principio de su vocación, Judas fue sincero al seguir a Jesucristo; debió de ser más tarde cuando, poco a poco, se insinuó en su alma la traición. No tuvo la nobleza de manifestar abiertamente lo que pasaba en su cabeza y en su corazón. Permaneció con una apariencia exterior de lealtad, pero su ánimo estaba lejos de Cristo. Su vida ya no era sincera: representaba una farsa con la que pretendía engañar a Dios; pero él fue el único que se perdió.

No son nuestras miserias las que pueden convertir nuestra vida en algo hueco, falso. Nuestra debilidad es grande, y puede llegar incluso un momento en que abandonemos a Jesucristo como los Apóstoles en la noche triste de la Pasión, en la hora de la prueba. Pero a ellos su misma nobleza y lealtad les hicieron volver junto al Señor. Los Apóstoles no eran hipócritas. *Mira: los apóstoles, con todas sus*

(4) De nuestro Padre, Carta, 24-111-1931, n. 48.

(5) Ioann. VI, 72.

miserias patentes e innegables, eran sinceros, sencillos..., transparentes.

*Tú también tienes miserias patentes e innegables. —Ojalá no te falte sencillez*⁶.

Por eso, insiste nuestro Padre, *si queremos perseverar, seamos humildes. Para ser humildes, seamos sinceros: sinceros con Dios, con nosotros mismos, y con los que llevan adelante nuestra alma: ut probetis potiora, ut sitis sinceri et sine offensa in diem Christi* (Philip. I, 10); *a fin de que sepamos discernir lo mejor, y nos mantengamos puros y sin tropiezo hasta el final. Así perseveraremos*⁷.

Sinceridad. *No tengáis miedo a nada ni a nadie, nos pide nuestro Fundador. Si vienen frutos amargos, decidlo. Todo el remedio está en Dios: aunque hubiese sido un delito grande, enorme. Decidlo todo; hablad, que se arregla. El que os oiga no se asustará de nada, porque sabe que él también es de barro, y que es capaz de cometer el mismo desatino, si es desatino, porque la mayor parte de las veces esos sufrimientos proceden de escrúpulos o de una conciencia mal formada. Más motivo para hablar claramente*⁸.

SAN LUCAS nos refiere un hecho triste, un suceso ocurrido en la primera comunidad cristiana de

(6) Camino, n. 932.

(7) De nuestro Padre, Carta, 24-111-1931, n. 34.

(8) De nuestro Padre, Carla, 24-IIM931, n. 40.

Jerusalén. Es la historia de Ananías, que, *con su mujer, Sáfira, vendió una posesión y retuvo una parte del precio, y trayendo el resto lo puso a los pies de los Apóstoles*⁹.

Es la historia de una entrega a medias, de una hipocresía. Da pena ver a estas dos almas infelices, que quieren aparecer como sacrificadas y desprendidas sin darse del todo. Querían aparentar una generosidad que no tenían, y recurren a un ardid poco noble. Pero no se puede engañar a Dios, y es descubierta la superchería. *Díjole Pedro: Ananías, ¿por qué se ha apoderado Satanás de tu corazón, moviéndote a engañar al Espíritu Santo, reteniendo parte del precio del campo? ¿Acaso sin venderlo no lo tenías para ti y vendiéndolo no quedaba a tu disposición el precio? ¿Por qué has hecho tal cosa? No has mentido a los hombres sino a Dios*¹⁰.

Nosotros, con plena libertad, hemos escogido un camino: el camino de la entrega a Jesucristo en su Obra. Y una vez en el camino, debemos tener la nobleza de no escamotear nada a la entrega. Lo personal ha desaparecido, para dar paso a lo de Cristo. *Si algo no está de acuerdo con el espíritu de Dios, dejadlo enseguida, nos dice nuestro Padre. Pensad en los Apóstoles; ellos no valían nada, pero en el nombre del Señor hacen milagros. Sólo Judas, que*

(9) Act. V, 1-2.

(10) Act. V, 3-4.

quizá también hizo milagros, se descaminó por apartarse voluntariamente de Cristo, por no querer cortar violentamente con lo que no estaba de acuerdo con el espíritu de Diosⁿ.

Hemos de ser fieles al compromiso que un día adquirimos para toda la vida. Que el Señor —el Padre y los Directores en su nombre— pueda siempre apoyarse en nosotros con seguridad, como en quien *no hay doblez ni engañoⁿ*, sino firmeza y lealtad. *La llamada divina exige de nosotros fidelidad intangible, firme, virginal, alegre, indiscutida, a la fe, a la pureza y al camino: el que persevere hasta el fin, será salvo (Matth. XXIV, 13), fieles hasta el último momento, y así seremos santos¹³.*

Beata María intercedente, bene ambulemus!: con la ayuda de Santa María, recorreremos el camino de nuestra vida siempre fieles a la vocación con que hemos sido bendecidos por Dios.

(11) De nuestro Padre, Tertulia, 25-VIII-1968.

(12) *Ioann.* I, 47.

(13) De nuestro Padre, *Cana*. 24-IIIM931, n. 43.

174.

MIÉRCOLES

—Las dificultades en la vida interior no deben desanimarnos.

—El sacrificio da alegría, pues nos une a Cristo en la Cruz y nos lleva a cumplir nuestro fin.

—Optimismo ante las dificultades.

CONSIDERO, hermanos, que no se pueden comparar los sufrimientos de esta vida presente con la gloria futura que se ha de manifestar en nosotros¹. Estas palabras de San Pablo nos ayudarán hoy a llenarnos de optimismo y de audacia en nuestra vida de lucha por la santidad y por el apostolado. Santo Tomás las comenta así: en efecto, si esos padecimientos se miran en sí mismos, multum deficiunt, distan mucho de la cantidad de gloria que nos espera: "por una hora, por un momento te abandoné —dice Isaías—, pero en mi gran misericordia te volveré a llamar" (Isai. LIV, 7). Pero si consideramos esos sufrimientos en cuanto uno los lleva voluntariamente por Dios, por el amor que obra en nosotros el Espíritu Santo, sirven para que merezcamos de condigno la vida eterna. Pues el Espíritu Santo es la "fuente de agua que salta hasta la vida eterna" (Ioann. IV, 5)².

(1) *Rom.* VIII, 18.

(2) Santo Tomás, *Super Epístola Sancti Pauli ad Romanos lectura* 4, 655.

Esta debe ser nuestra actitud ante lo que nos contraría. Las dificultades de cada jornada, los pequeños alfilerazos que el Señor permite, son —divinizados por el amor— prenda de gloria, peldaños que nos acercan a la Vida. *No te quejes, si sufres. Se pule la piedra que se estima, la que vale.*

¿Te duele? —Déjate tallar, con agradecimiento, porque Dios te ha tomado en sus manos como un diamante... No se trabaja así un guijarro vulgar³.

Por otra parte, la consolidación y difusión de la doctrina cristiana se ha hecho siempre al compás de las contradicciones. No había salido aún la Iglesia de Jerusalén, cuando *el Sumo Sacerdote y todos los que le acompañaban, que eran de la secta de los saduceos, se levantaron llenos de envidia. Prendieron a los Apóstoles y los metieron en la prisión pública **.

Ningún ideal se hace realidad sin sacrificio⁵. Y aun en lo humano vemos que lo que mucho vale, mucho cuesta. ¿Qué empresa importante se lleva a cabo sin esfuerzo? ¿Dónde radica la eficacia, sino en la capacidad de sacrificio consciente y silencioso? Lo vemos todos los días, entre las personas que nos rodean. Los que se proponen un ideal grande en su vida, luchan, sufren, aun sin quererlo muchas veces. Y

(3) *Surco*, n. 235.
(4) *L. I (Act. V, 17-18)*.
(5) *Camino*, n. 175.

para el cristiano, que tiene su ideal en el amor de Cristo, los sufrimientos deben ser estímulo.

Desde todos los puntos de vista, es de una importancia extraordinaria la mortificación.

—Por razones humanas, pues el que no sabe dominarse a sí mismo jamás influirá positivamente en los demás, y el ambiente le vencerá, en cuanto halague sus gustos personales: será un hombre sin energía, incapaz de un esfuerzo grande cuando sea necesario.

—Por razones divinas: ¿no te parece justo que, con estos pequeños actos, demostremos nuestro amor y acatamiento al que todo lo dio por nosotros?⁶.

"DOMINUS illuminatio mea et salus mea...". El Señor es mi luz y mi salud, ¿a quién temeré? El Señor defiende mi vida, ¿quién me hará temblar? Aunque me vea rodeado de enemigos, no flaqueará mi corazón⁷. Estamos trabajando cara a la eternidad: nada ni nadie podrá detenernos, alcanzaremos la meta porque *el cielo está empeñado en que se realice⁸.* Ninguna renuncia puede parecernos grande si sabemos poner el corazón en el fin. *Esa convicción sobrenatural de la divinidad de la empresa* —nos dice nuestro Fundador— *acabará por daros un entusiasmo y amor*

(6) *Surco*, n. 980.
(7) *Ps. XXVI, 1-3*.
(8) De nuestro Padre, *Instrucción*, 19-111-1934, n. 47.

tan intenso por la Obra, *que os sentiréis dichosísimos sacrificándoos para que se realice*⁹.

*Comprenderemos la emoción de aquel pobre sacerdote, que tiempo atrás sintió dentro de su alma esta locución divina: et ego, si exaltatus fuero a térra, omnia traham ad meipsum floann, XII, 32); cuando seré levantado en alto sobre la tierra, todo lo atraeré a mí. A la vez, vio con claridad la significación que el Señor, en aquel momento, quería dar a esas palabras de la Escritura: hay que poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas. Entendió claramente que, con el trabajo ordinario en todas las tareas del mundo, era necesario reconciliar la tierra con Dios, de modo que lo profano —aun siendo profano— se convirtiese en sagrado, en consagrado a Dios, fin último de todas las cosas*¹⁰.

*La creación entera —leemos en la Epístola a los Romanos— ansia la manifestación de los hijos de Dios. Sujeta a la vanidad, no de grado, sino por causa de aquél que la sujetó, espera también ser redimida de esa servidumbre de la corrupción, para conocer la gloriosa libertad de los hijos de Dios*¹¹. Y comenta Santo Tomás: *la criatura sensible es ordenada por Dios a un fin que excede de su forma natural. Y así como el cuerpo humano será revestido de gloria sobrenatural, también las criaturas, en aquella gloria*

(9) De nuestro Padre, *Instrucción*, 19-111-1934, n. 49.

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 2.

(11) *Rom. VIII*, 19.

*de los hijos de Dios, conseguirán cierta novedad de gloria, según aquello del Apocalipsis: "vi un cielo nuevo y una tierra nueva" (Apoc. XXI, 1)*¹².

Esta es la meta: la glorificación de Dios por toda la creación y nuestra felicidad en el Cielo. Pequeño sacrificio es el nuestro. Hay que darse del todo, con alegría, con esperanza, uniendo nuestro dolor al dolor de Cristo en la Cruz.

ES VERDAD: *no valemos nada, no somos nada, no podemos nada, no tenemos nada. Y, simultáneamente, en medio de la lucha cotidiana, no faltan los obstáculos, las tentaciones... Pero la "alegría" de tus hermanos disipará todas las dificultades, en cuanto te reúnas con ellos, porque los verás firmemente apoyados en El: "quia Tu es Deus fortitudo mea" —porque Tú eres, Señor, nuestra fortaleza*¹³.

Esta es la fuente de nuestro optimismo y de nuestra audacia frente a los obstáculos. *¡Hay que moverse, hijos míos, hay que hacer! Con valor, con energía, y con alegría de vivir, porque el amor echa lejos de sí el temor (cfr. I Ioann. IV, 18), con audacia, sin timideces (...). Tenéis que huir tanto de la actitud del intrépido que todo lo ve fácil, porque cree que le sobran energías, como del encogimiento del tímido,*

(12) Santo Tomás, *Super Epístola Sancti Pauli ad Romanos lectura* 4, 660.

(13) *Surco*, n. 66.

que todo lo ve con dificultad insuperable, porque cree que no tiene fuerzas^M.

La victoria de Cristo sobre el demonio, el pecado y la muerte, es la garantía de nuestra victoria, si de verdad nos apoyamos en El. Precisamente *la Obra os forma para que, con valentía, seáis —cada uno en su ambiente— hombres o mujeres de iniciativa, de empuje, de vanguardia. Debéis corresponder a esa formación con vuestro ánimo y con vuestro esfuerzo: sin esa decisión vuestra, de nada valdría la abundancia de medios espirituales. Recordad aquella leyenda, que se acostumbraba a grabar en los puñales antiguos: no te fíes de mí, si te falta corazón.*

*Sed decididos, tenaces, tozudos, porque no hay ningún no definitivo*¹⁵.

Ante esta perspectiva sobrenatural maravillosa, de amor a Cristo, de corredención, de santificación de todo lo humano, ningún sufrimiento de esta vida nos desanimará. Al contrario, nos llenará de optimismo, porque es la garantía de que estamos cumpliendo un proyecto divino, unidos a Cristo en la Cruz: *encontrar la Cruz —nos dice nuestro Padre— es encontrar a Cristo. Y con El hay siempre alegría, aun ante la injusticia, ante la incompreensión, ante el dolor físico*¹⁶. De ahí la insistencia de nuestro Fundador: *¿Optimismo?, ¡siempre! También cuando las cosas sa-*

(14) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945, n. 44.

(15) De nuestro Padre, *Carta*, 9-I-1959, n. 59.

(16) De nuestro Padre, *Meditación*, 28-IV-1963.

len aparentemente mal: quizá es ésa la hora de romper a cantar, con un Gloria, porque te has refugiado en El, y de El no te puede venir más que el bien".

Junto a la Cruz de Jesús está Santa María, que nos anima y nos da la seguridad de su constante intercesión, de su omnipotencia suplicante.

(17) *Surco*, n. 90.

175.

JUEVES

—Los Apóstoles fueron enviados a predicar, con sacrificio personal.

—Para obtener fruto en el apostolado, es necesaria la entrega, renunciando a toda ambición personal.

—El apostolado es servicio, y sólo servicio.

EN ESTOS días, el libro de los Hechos de los Apóstoles nos describe el crecimiento de la Iglesia primitiva, y la persecución suscitada en Jerusalén por la envidia de los judíos. Tras meterlos en la cárcel, *los condujeron y presentaron ante el Sane-drín. El Sumo Sacerdote les interrogó: ¿no os habíamos mandado expresamente que no enseñaseis en ese nombre?; pero vosotros habéis llenado Jerusalén con vuestra doctrina y queréis hacer recaer sobre nosotros la sangre de ese hombre. Pedro y los Apóstoles respondieron: hay que obedecer a Dios antes que a los hombres (...). Al oír esto se enfurecieron y querían matarlos*¹.

Como entonces, también ahora la fe cristiana encuentra obstáculos en su camino. Porque, mientras está en la tierra, *la Iglesia "va peregrinando*

entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios" (San Agustín, De civ. Dei XVIII, 52, 2), *anunciando la cruz del Señor hasta que venga* (cfr. I Cor. XI, 26). *Está fortalecida, con la virtud del Señor resucitado, para triunfar con paciencia y caridad de sus aflicciones y dificultades, tanto internas como externas, y revelar al mundo fielmente su misterio, aunque sea entre penumbras, hasta que se manifieste en todo el esplendor al final de los tiempos*².

Ya había anunciado Jesucristo: *en el mundo tendréis tribulaciones*³. ¡Y qué bien aprendieron los primeros la lección del Maestro! Los Hechos de los Apóstoles nos narran cómo supieron arros-trar toda suerte de dificultades y peligros, para realizar la misión que el Señor les había confiado; estaban convencidos de que, así como Cristo había comprado las almas a precio de sangre, *asimismo a los Apóstoles que eligió, les envió no a gozar del mundo, sino a padecer*⁴. San Pablo lo dice abiertamente: *todo lo sufro por amor de los escogidos, a fin de que consigan también ellos la salvación, adquirida por Jesucristo*⁵; y lo dice con alegría: *yo, que al presente me gozo de lo que padezco por vosotros y estoy cumpliendo en mi carne lo que resta*

(2) Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 8.

(3) *Ioann.* XVI, 33.

(4) San Gregorio Magno, *Homiliae in Evangelia* 26, 2.

(5) *II Jim.* II, 10.

(1) *L. I* (Act. V, 27-33).

por padecer a Cristo, en pro de su cuerpo, que es la Iglesia⁶.

Sin sacrificio personal no habrá fruto. La Cruz está presente en todo, y viene cuando uno menos la espera. —Pero no olvides que, ordinariamente, van parejos el comienzo de la Cruz y el comienzo de la eficacia⁷.

HIJOS de mi alma: os encontráis aquí, en la Obra, porque el Señor ha puesto en vuestro corazón el deseo limpio y generoso de servir; un celo verdadero, que hace que estéis dispuestos a todo sacrificio, trabajando silenciosamente por la Iglesia sin buscar ninguna recompensa humana. Llenos de esas nobles ambiciones; reforzad en vuestro corazón esta disposición santa, porque el trabajo es inmenso.

Debemos pedir a Dios, Señor Nuestro, que aumente nuestra ansia de servir, porque messis quidem multa, operarii autem pauci (Matth. IX, 37); porque los obreros son pocos, y mucha la mies: no tiene orillas el mar de la labor apostólica, y ¡hay en el mundo tan pocas almas que quieran servir! Considerad qué pasaría, si los que queremos servir no nos entregáramos del todo⁸.

Es preciso que, de una vez para siempre, pres-

(6) Cotos. I, 24.

(7) Surco, n. 256.

(8) De nuestro Padre, Carta, 9-1-1932, n. 85.

cindamos por completo de lo que aparta u obstaculiza siquiera un poco nuestro camino apostólico. *Nada omití de cuanto os fuera de provecho*⁹, decía San Pablo a los fieles de Efeso. Y eso mismo tendríamos que poder decir nosotros, ante esas almas cuya salvación quizá dependa de nuestra entrega. Que jamás olvidemos que sólo cuando el apóstol está dispuesto a sacrificar su propia vida, con una continua negación de sí mismo para servir a los demás por Dios, sólo entonces está unido de verdad a la obra redentora de Jesús, y sólo entonces su apostolado puede ser fecundo.

Lejos de desalentarnos, las contrariedades han de ser un acicate para crecer como cristianos: en esa pelea nos santificamos, y nuestra labor apostólica adquiere mayor eficacia (...). Hemos de persuadirnos de que para imitar a Cristo, para ser buenos discípulos suyos, es preciso que abracemos su consejo: si alguno quiere venir en pos de mí, niegúese a sí mismo, tome su cruz, y me siga (Matth. XVI, 24). Por esto, me gusta pedir a Jesús, para mí: Señor, ¡ningún día sin cruz! Así, con la gracia divina, se reforzará nuestro carácter, y serviremos de apoyo a nuestro Dios, por encima de nuestras miserias personales.

Compréndelo: si, al clavar un clavo en la pared, no encontrases resistencia, ¿qué podrías colgar allí? Si

(9) Act. XX.20.

no nos robustecemos, con el auxilio divino, por medio del sacrificio, no alcanzaremos la condición de instrumentos del Señor. En cambio, si nos decidimos a aprovechar con alegría las contrariedades, por amor de Dios, no nos costará ante lo difícil y lo desagradable, ante lo duro y lo incómodo, exclamar con los Apóstoles Santiago y Juan: ¡podemos! (Marc. X, 39)¹⁰.

ESTE es mi espíritu —escribió nuestro Fundador—, y éste ha de ser vuestro espíritu, hijas e hijos míos. A la Obra no venís a buscar nada: venís a entregáros, a renunciar, por amor de Dios, a cualquier ambición personal. Todos tienen que dejar algo, si quieren ser eficaces en Casa y trabajar como Dios nos pide, como un borrico fiel, ut iumentum! La única ambición del borrico fiel es servir, ser útil; el único premio que espera es el que le ha prometido Dios: quia tu red-des unicuique iuxta opera sua (Ps. LXI, 13), porque el Señor premia a cada uno según sus obras.

Servir, pues; porque el apostolado no es otra cosa. Por nuestras propias fuerzas no podemos nada en el terreno sobrenatural, pero siendo instrumentos de Dios lo podemos todo —omnia possum in eo, qui me confortat! (Philip. IV, 13): ¡todo lo puedo en Aquél que me conforta!—, porque El ha dispuesto, por su bondad,

(10) Amigos de Dios, n. 216.

utilizar estos instrumentos ineptos. Así que el apóstol no tiene otro fin que dejar obrar al Señor, hacerse disponible, para que Dios cumpla —a través de sus criaturas, a través del alma elegida— su obra salvadora.

El apóstol es el cristiano que se siente injertado en Cristo, identificado con Cristo, por el Bautismo; habilitado para luchar por Cristo, por la Confirmación; llamado a servir a Dios con su acción en el mundo, por la participación en la función real, profética y sacerdotal de Cristo, que le hace idóneo para guiar los hombres hacia Dios, enseñarles la verdad del Evangelio, y corredimirlos con su oración y su expiación.

El cristiano dispuesto a servir es guía, maestro y sacerdote de sus hermanos los hombres, siendo para ellos otro Cristo, alter Christus, o mejor, como os suelo decir, ipse Christus. Pero —insisto— se trata de no hacer una labor personal, de no tener ambiciones personales; se trata de servir a Cristo, para que El actúe; y de servir también a los hombres, porque Cristo no vino a ser servido, sino a servir: non venit ministrari, sed ministrare (Matth. XX, 28)¹¹.

Examinemos ahora, a la luz de estas consideraciones, con qué espíritu de servicio realizamos el apostolado que los Directores nos encomiendan; con qué alegría sabemos aceptar las dificultades y contrariedades; qué disposiciones tenemos para recibir

(11) De nuestro Padre, Carta, 9-1-1932, n. 85-86.

nuevos encargos o abandonar los que ahora realizamos, si así conviene.

Pidamos a Nuestra Madre, Corredentora universal con Jesucristo, que nos ayude a arrancar de nosotros todo lo que se resista al sacrificio personal, para que haya en nuestro apostolado abundancia de fruto.

176.

VIERNES

—Como a los primeros, el Señor nos ha llamado a tratarle de cerca. Nuestra correspondencia.

—Confianza en Cristo, que está siempre dispuesto a satisfacer nuestras necesidades.

—Corresponder generosamente al cariño que nos manifiesta el Señor.

ABIIT Iesus trans mare Galileae... Pasó Jesús al otro lado del mar de Galilea, también llamado Tiberiades, y como le siguiese una gran muchedumbre de gentes, porque veían los milagros que hacía con los enfermos, subióse a un monte y se sentó allí con sus discípulos (Ioann. VI, 1-2). *La primera consideración, hijos míos, es examinar por qué hemos seguido nosotros a Jesucristo, y por qué estamos con El, asentados con El, en íntima familiaridad, con el deber gustoso de buscar de continuo su trato.*

Estas gentes, de que habla el Evangelio, le seguían porque habían visto milagros: las curaciones que hacía Jesús. Vosotros y yo, ¿por qué? Cada uno de nosotros ha de plantearse esta pregunta y buscar una respuesta sincera. Y una vez que te hayas interrogado y respondido, en la presencia del Señor, llénate de hacimiento de gracias porque estar con Cristo es estar seguro. Poderse mirar en Cristo es poder ser cada día mejor. Tratar a Cristo es necesariamente amar a Cristo. Y amar a

Cristo es asegurarse la felicidad: la felicidad eterna, el amor más pleno, con la visión beatífica de la Trinidad Santísima (...).

Medita por tu cuenta, hijo mío. ¿Por qué estás con Cristo en el Opus Dei? ¿Desde cuándo sentiste la atracción de Jesucristo? ¿Por qué? ¿Cómo has sabido corresponder desde el principio hasta ahora? ¿Cómo el Señor con su cariño te ha traído a la Obra, para que estés muy cerca de El, para que tengas intimidad con El?

Y tú ¿cómo has correspondido? ¿Qué pones de tu parte para que esa intimidad con Cristo no se pierda y para que no la pierdan tus hermanos? ¿En qué piensas desde que tienes todos esos compromisos? ¿En ti o en la gloria de Dios? ¿En ti o en los demás? ¿En ti, en tus cosas, en tus pequeneces, en tus miserias, en tus detalles de soberbia, en tus cosas de sensualidad? ¿En qué piensas habitualmente? Medítalo, y luego deja que el corazón actúe en la voluntad y en el entendimiento.

A ver si lo que el Señor ha hecho contigo, hijo mío, no ha sido mucho más que curar enfermos. A ver si no ha dado vista a nuestros ojos, que estaban ciegos para contemplar sus maravillas; a ver si no ha dado vigor a nuestros miembros, que no eran capaces de moverse con sentido sobrenatural; a ver si quizá no nos ha resucitado como a Lázaro, porque estábamos muertos a la vida de Dios. ¿No es para gritar: laetare, Ierusalem (Isai. LXVI, 10)? ¿No es para que yo os diga: gaudete cum laetitia, qui in tristitia fuistis, alegraos los que habéis estado tristes? (Ibidj.

Hemos de agradecer al Señor, en este primer punto, el premio inmerecido de la vocación. Y le prometemos que la vamos a estimar cada día más, custodiándola como la joya más preciosa que nos haya podido regalar nuestro Padre Dios¹.

SE ACERCABA la Pascua, la gran fiesta de los judíos. Habiendo, pues, Jesús levantado los ojos y viendo venir a un grandísimo gentío... (Ioann. VI, 5). *Fijaos en esa muchedumbre, insisto. El Señor tiene puestos los ojos y el corazón en la gente, en todos los hombres, sin excluir a nadie. No se nos escapa la lección de que no podemos ser intransigentes con las personas. Con la doctrina, sí. Con las personas nunca, ¡nunca! Actuando de este modo necesariamente seremos —ésa es nuestra vocación— sal y luz, pero entre la muchedumbre. De cuando en cuando nos retiraremos a la barca o nos apartaremos a un monte, con Jesús; pero lo ordinario será vivir y trabajar entre la gente, como uno más.*

Entonces Jesús dijo a Felipe: ¿dónde compraremos panes para dar de comer a toda esa gente? Mas esto lo decía para probarle, pues bien sabía El mismo lo que había de hacer (Ioann. VI, 5-6). Yo, muchas veces a lo largo de la historia de la Obra, he pensado que el Señor tiene las cosas previstas desde la eternidad, pero

(1) De nuestro Padre, Meditación *Que se vea que eres Tú*, I-IV-1962.

que por otra parte nos deja libérrimos. El Señor en ocasiones parece que nos tienta, que quiere probar nuestra fe. Pero Jesucristo no nos deja: si nos mantenemos firmes, El está dispuesto a hacer milagros, a multiplicar los panes, a cambiar las voluntades, a dar luz a las inteligencias más oscuras, a hacer —con una gracia extraordinaria— que sean capaces de rectitud los que quizá nunca lo han sido.

¡Hijos míos, qué confianza! Esto es lo que yo quería que fuese el segundo punto. He querido que consideréis, en primer lugar, que estamos en la Obra, junto a Cristo, no para aislarnos, sino, por el contrario, para darnos a la muchedumbre; primero a vuestros hermanos, y luego, a los demás. Después, que no nos debe inquietar que nos asalte el pensamiento de las necesidades, porque el Señor acudirá en nuestra ayuda. Si alguna vez sentimos ese tentans eum —para probarle— de que habla el Santo Evangelio, no nos hemos de preocupar, porque es eso: que Dios nuestro Señor juega con nosotros. Estoy seguro de que pasa por encima de nuestras miserias: porque conoce nuestra flaqueza, porque conoce nuestro amor y nuestra fe y nuestra esperanza. Todo esto lo resumo en una palabra: confianza. Pero una confianza que, como está fundamentada en Cristo, tiene que ser delante de Dios una oración urgente, bien sentida, bien recibida: más, si llega a la Trinidad Beatísima por las manos de nuestra Madre, que es la Madre de Dios.

Sentido de responsabilidad: que estamos en la bar-

ca. Con Cristo, la barca no se hunde. ¡Con Cristo! Sentido de responsabilidad: de nosotros, de nuestra vida, de nuestra conducta, de nuestra manera de pedir tanta cosa divina. Y luego no nos faltarán los medios. Tendremos lo necesario para continuar con nuestro apostolado a través de los siglos, dando el alimento a todos, multiplicando el pan.

Esta es la segunda consideración: sentido de responsabilidad. Por eso, pedimos perdón a Nuestro Señor por tantas tonterías que cada uno habrá hecho. Pedimos perdón, con el deseo eficaz de rectificar. Y damos gracias, las damos con fe: seguros de que, pase lo que pase, al final madurará el fruto. Sentido de responsabilidad y una gran confianza en ese Señor que es Padre nuestro, que es Todopoderoso, que es la Sabiduría y el Amor... Yo ahora me callo; sigue tú por tu cuenta unos minutos².

OS HE dicho tantas veces, hijos míos —y vosotros lo habéis repetido otras tantas—, que Dios nuestro Señor, en su providencia amorosísima, en el cariño que tiene a los hombres —delitiae meae esse cum filiis hominum (Prov. VIII, 31), son sus delicias estar con los hijos de los hombres—, ha querido, de algún modo, hacernos corrededores con El. Por eso, para ayudarnos a comprender esta maravilla, hace relatar al evan-

(2) De nuestro Padre, Meditación *Que se vea que eres Tú*, I-IV-1962.

gelista con todo detalle este prodigio grande. El podía sacar el pan de donde quisiera, porque más son todas las bestias de los bosques y los miles de animales de los montes. Y en mi mano están todas las aves del cielo y todos los animales del campo..., mío es el mundo y cuanto lo llena (Ps. XLIX, 10-12). Pues, no. Busca la cooperación humana.

Dícele uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro: aquí está un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; mas ¿qué es eso para tanta gente? (Ioann. VI, 8-9). *Necesita de un niño, de un muchacho, de unos trozos de pan y de unos peces. Le hacemos falta tú y yo, hijo mío: ¡y es Dios! Esto nos urge a ser generosos en nuestra correspondencia. No necesita para nada de ninguno de nosotros, y —al mismo tiempo— nos necesita a todos. ¡Qué maravilla! Lo poco que somos, lo poco que valemos, nuestros pocos talentos nos los pide, no se los podemos escatimar. Los dos peces, el pan: todo.*

Cada uno deberá ahora preguntarse: ¿qué he hecho yo con mis sentidos hasta ahora? ¿Qué he hecho con mis potencias: con la memoria, con el entendimiento, con la voluntad? Sólo la meditación de esta frase nos llevaría horas. ¿Qué habremos de hacer con todo el ser nuestro, de aquí en adelante? Es natural que venga ahora a nuestra mente el pensamiento de tantas cosas que no iban, y que quizá todavía no van. Por eso te digo: hijo mío, ¿tienes deseos de rectificación, de purificación, de mortificación, de tratar más al Señor, de

aumentar tu piedad, sin teatro ni cosas externas, con naturalidad? Porque todo eso es aumentar la eficacia de la Obra, en nuestra alma y en la de todos los hombres. Si te detienes en un examen de la vida tuya más reciente, te será más fácil seguir las consideraciones que yo hago en voz alta, en vuestro nombre y en el mío.

Dijo entonces Jesús: haced sentar a esas gentes... (Ioann. VI, 10). Los discípulos sabían que Jesús deseaba dar de comer a aquellas gentes, pero no contaban con dinero: doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno de ellos tome un bocado floann. VI, 7). No tenían ni mucho ni poco dinero, y se necesitaba un capitalón para dar de comer a aquella muchedumbre. El Señor va a poner remedio: haced sentar a esas gentes. El sitio estaba cubierto de hierba. Sentáronse, pues, alrededor de cinco mil hombres floann. VI, 10). ¡Cinco mil! Oyén la voz del Señor y obedecen todos, todos, ¡todos!, empezando por los discípulos.

¡Cómo anda a veces la obediencia por ahí...! ¡Qué pena! Todo lo quieren poner en tela de juicio. Aun en la vida de entrega a Dios, hay algunas personas para quienes todo es ocasión de disquisiciones: si pueden mandar los superiores esto, si pueden mandar lo otro, si pueden mandar aquí, si pueden mandar allá... En el Opus Dei sabemos esto: se puede mandar todo —con el máximo respeto a la libertad personal, en materias políticas y profesionales—, mientras no sea ofensa de Dios.

Pero mirad el fruto de la obediencia de éstos: un milagro. Jesús hace un milagro pasmoso. Y en la Obra, ¡los hace tantas veces! Unos, por providencia ordinaria; otros, por providencia extraordinaria. Dios está dispuesto, lo que se necesita es que obedezcamos, que obliquemos al Señor, procurando tener mucha fe en El. Entonces es cuando se luce. Entonces es cuando realiza cosas en las que se ve que está El por medio. Entonces es cuando hace una de las suyas: como ésta, como ésta.

Jesús tomó entonces los panes; y después de haber dado gracias, los repartió entre los que estaban sentados; y lo mismo hizo con los peces, dando a todos cuanto querían (Ioann. VI, 11). Así, con generosidad. *¿Qué me pedís?: ¿dos, tres? El da cuatro, da seis, da cien. ¿Por qué? Porque Cristo ve los sucesos con sabiduría, y con su omnipotencia puede y va más lejos que nosotros (...).*

Después que quedaron saciados, dijo a sus discípulos: recoged los pedazos que han sobrado, para que no se pierdan. Hicieron así y llenaron doce cestos de los pedazos que habían sobrado de los cinco panes de cebada, después que todos hubieron comido (Ioann. VI, 12-13). *Ya recordáis, es conocidísima, la manera de comentar esta parte del Evangelio un buen predicador. ¿Y para qué recoger los restos? ¿Para qué? Para que, con esos doce grandes cestos de pan que han sobrado, comamos nosotros ahora y nos alimentemos de la fe. De la fe en El, que es capaz de obrar todo eso supera-*

bundantemente, por el amor que tiene a los hombres, por el amor que tiene a la Iglesia, por el deseo que tiene de redimir, de salvar a las gentes. ¡Señor, que sobren cestos ahora mismo! ¡Hazlo generosamente! ¡Que se vea que eres Tú!

Habiendo contemplado el milagro que Jesús había realizado, decían aquellos hombres: Este es, sin duda, el Profeta que ha de venir al mundo (Ioann. VI, 14). *Querían raptarlo, ¿recordáis?, para proclamarlo rey. Nosotros le hemos reconocido ya como Rey nuestro, desde que pusieron la semilla de la fe en nuestros corazones. Después, cuando nos llamó, le hemos vuelto a entronizar.*

¡Perfecto Dios! Si estos hombres, por un pedazo de pan —aun cuando el milagro sea grande—, se entusiasman y te aclaman hasta el punto de tener que esconderte, ¿qué haremos nosotros, por tantas cosas como nos has dado, a lo largo de todos estos años de la Obra? (...).

Señor, te pedimos que no te escondas, que vivas siempre con nosotros, que te veamos, que te toquemos, que te sintamos: que queramos estar siempre junto a Ti, en la barca, llenos de fe, confiadamente y con sentido de responsabilidad, de cara a la muchedumbre, ut salvi fiant (I Cor. X, 33), para que todos se salven³.

(3) De nuestro Padre, Meditación *Que se vea que eres Tú*, I-IV-1962.

177.

SÁBADO

- De la posesión de Dios se deriva una alegría perenne.
- Debemos fomentar la virtud de la esperanza.
- La recompensa infinita, que el Señor ofrece a los que le son fieles, mueve a luchar aunque cueste.

FRECUENTEMENTE nos habla el Señor del premio que nos ha ganado con su Muerte y su Resurrección. Yo voy a preparar un lugar para vosotros. Y cuando hubiere ido, y os haya preparado lugar, vendré otra vez y os llevaré conmigo, para que donde yo estoy estéis también vosotros (Ioann. XIV, 2-3). El Cielo es la meta de nuestra senda terrena. Jesucristo nos ha precedido y allí, en compañía de la Virgen y de San José —a quien tanto venero—, de los Angeles y de los Santos, aguarda nuestra llegada.

No han faltado nunca los herejes —también en la época apostólica— que han intentado arrancar a los cristianos la esperanza. Si se predica a Cristo como resucitado de entre los muertos, ¿cómo es que algunos de vosotros andan diciendo que no hay resurrección de los muertos? Pues si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo ha resucitado. Pero si no resucitó Cristo, vana es nuestra predicación, y vana es también vuestra fe... (/ Cor. XV, 12-14). La divinidad de nuestro camino —Jesús, camino, verdad y vida (cfr. Ioann.

*XIV, 6)— es prenda segura de que acaba en la felicidad eterna, si de El no nos apartamos *

Una vez superados los obstáculos de la vida presente —y si hace falta, pasando luego por el Purgatorio—, el alma del que ha muerto en gracia se dirige hacia Dios como saeta escogida, deseosa de verle cara a cara. Allí, el alma *no necesita sol, ni luna que alumbren en ella; porque la claridad de Dios la ilumina, y su lumbrera es el Cordero*². Y la unión del alma con su Dios perdurará ya eternamente, según la promesa del Señor: *nadie os arrebatará vuestro gozo*³.

De la posesión de Dios se deriva una alegría perenne. Y junto a esta alegría íntima y profunda, el alma tendrá la compañía de la Santa Humanidad de Cristo y de la Santísima Virgen; y el consuelo de la presencia de los Angeles y de los Santos. En la casa del Cielo encontraremos a nuestro Padre y a nuestros hermanos y parientes que han sido fieles, lo que supondrá un gozo más en la bienaventuranza eterna.

No lo olvidéis nunca: después de la muerte, os recibirá el Amor. Y en el amor de Dios encontraréis, además, todos los amores limpios que habéis tenido en la tierra. El Señor ha dispuesto que pasemos esta breve jornada de nuestra existencia trabajando y, como su Unigénito, haciendo el bien (Act. X, 38). Entretanto,

(1) *Amigos de Dios*, n. 220.

(2) *Apoc.* XXI, 23.

(3) *Ioann.* XVI, 22.

*hemos de estar alerta, a la escucha de aquellas llamadas que San Ignacio de Antioquía notaba en su alma, al acercarse la hora del martirio: ven al Padre (San Ignacio de Antioquía, Ep. ad Rom. 7), ven hacia tu Padre, que te espera ansioso*⁴.

DENTRO de poco, contemplaremos a Jesucristo, cuando con sus discípulos, *camino de Betania, levanta las manos y los bendice. —Y, mientras, se va separando de ellos y se eleva al cielo* (Luc. XXIV, 50)⁵. Algún tiempo después, tras toda una vida de entrega, María será *llevada por Dios, en cuerpo y alma, a los cielos: ¡y los Angeles se alegran!*⁶. También nosotros nos alegramos, y tenemos los ojos fijos en el Cielo, allí donde están nuestros seres más amados: Jesús y María.

Estamos en la tierra como caminantes; *no tenemos aquí ciudad fija, sino que vamos en busca de la que está por venir*⁷. Nuestra verdadera patria es el Cielo, y todos los afanes de santidad tienen como meta la posesión de Dios que se nos dará allí. *Afirmé que en el Cielo tendremos salud, incolumidad, vida, satisfacción absolutas; sin penas, ni hambre, ni sed; sin flaqueza, ni deficiencia visual... Todo eso dije*

(4) Amigos de Dios, n. 221.

(5) Santo Rosario, II misterio glorioso.

(6) Santo Rosario, IV misterio glorioso.

(7) Hebr. XIII, 14.

—escribe San Agustín—, *pero no aclaré qué hemos de poseer. Veremos a Dios, y esto será de por sí una cosa tan grande, tan sublime, que todo lo demás es nada a su lado. Dije que tendremos vida y salud perfectas; que no padeceremos ni hambre, ni sed, ni cansancio, ni sueño; pero todo esto, ¿qué proporción guarda con la felicidad de ver a Dios?*⁸.

Es justo que mientras aquí permanezcamos, llenemos el corazón con la esperanza del Cielo. Esta esperanza nos fortalecerá ante las dificultades, pues nos enfrentaremos con ellas como el que está seguro de la victoria. Nos lo recuerda San Pedro: *Dios, por su gran misericordia, nos reengendrará a una viva esperanza por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, que os está reservada en los cielos*⁹.

Si lo nuestro es el Cielo, bueno será pensar con frecuencia en él. Nuestro Fundador nos invita: *si el amor aquí en la tierra da tantas alegrías, ¿cómo será en el Cielo, cuando toda la grandeza de Dios, toda la Sabiduría de Dios y toda la Hermosura de Dios, toda la vibración, todo el color, ¡toda la armonía!, se vuelque en ese vasito de barro que somos cada uno de nosotros?*

¡Que vale la pena! Vale la pena decir que no a los amores por el Amor. Lo digo también de otra manera,

(8) San Agustín, Sermo 127.

(9) I Petr. I, 3-4.

positiva: porque me da la gana ser fiel al Amor de Cristo. Ved por qué hay que amar a la Santísima Humanidad del Señor. El se acercó a nosotros de esa manera: semetipsum exinanivit formam servi accipiens (Philip. II, 7), se hizo esclavo, tomó forma de esclavo para que no olvidemos esta miseria de que estamos hechos...¹⁰.

Piensa en el Amor que en el cielo te aguarda: fomenta la virtud de la esperanza, que no es falta de generosidad ".

¿QUE LENGUA es capaz de decir, ni entendimiento de comprender, qué gozos tan grandes son los del Cielo, estar entre los Angeles, colocado entre los Santos, en la gloria del Creador, mirar la faz de Dios, ver su luz infinita? (...). Sólo con oír esto se enciende el ánimo y se desea estar allí donde se espera gozar sin fin¹².

Si somos consecuentes iremos por todos los caminos de la tierra con nuestra mirada puesta en la vida eterna, pues sabemos que si esta casa terrestre en que habitamos viene a destruirse, nos dará Dios en el Cielo otra casa, una casa no hecha de mano de hombre, y que durará eternamente. Que aun por eso aquí suspiramos, deseando la sobrevestidura o la ha-

(10) De nuestro Padre, Tertulia, 20-X-1968.

(11) *Camino*, n. 139.

(12) San Gregorio Magno, *Homiliae in Evangelio* II, 17, 1.

bitación nuestra del Cielo¹³. Para eso es necesario poner todos los medios a nuestro alcance, aunque cueste. No hay comparación posible entre el esfuerzo que se nos exige —limitado y durante unos años— y la recompensa infinita y para siempre. ¡Visión sobrenatural! ¡Calma! ¡Paz! Mira así las cosas, las personas y los sucesos..., con ojos de eternidad.

Entonces, cualquier muro que te cierre el paso —aunque, humanamente hablando, sea imponente—, en cuanto alces los ojos de veras al Cielo, ¡qué poca cosa es!¹⁴.

Breve es el tiempo y poco el trabajo. Y sin embargo, desfallecemos y caemos. En la tierra luchas, y en el Cielo eres coronado (...). Corres durante unos días, y el premio durará por los siglos sin fin¹⁵. El pensamiento de la gloria, nos ha de mover a una entrega mayor, a apartar de nosotros todo lo que nos desvíe de nuestro camino hacia el Cielo. ¡Qué maravilloso será cuando Nuestro Padre nos diga: siervo bueno y fiel, porque has sido fiel en las cosas pequeñas, yo te confiaré las grandes: entra en el gozo de tu Señor! (Matth. XXV, 21). ¡Esperanzados! Ese es el prodigio del alma contemplativa. Vivimos de Fe, y de Esperanza, y de Amor; y la Esperanza nos vuelve poderosos. ¿Recordáis a San Juan?: a vosotros escribo, jóvenes, porque sois valientes y la palabra de Dios permanece

(13) II *Cor.* V, 1-2.

(14) *Forja*, n. 996.

(15) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 76, 5.

en vosotros, y vencisteis al maligno (*I Ioann. //*, 14). Dios nos urge, para la juventud eterna de la Iglesia y de la humanidad entera. ¡Podéis transformar en divino todo lo humano, como el rey Midas convertía en oro todo lo que tocaba! (...).

*Pidamos a Santa María, Spes nostra, que nos encienda en el afán santo de habitar todos juntos en la casa del Padre. Nada podrá preocuparnos, si decidimos anclar el corazón en el deseo de la verdadera Patria: el Señor nos conducirá con su gracia, y empujará la barca con buen viento a tan claras riberas*¹⁶.

(16) *Amigos de Dios*, n. 221.

178.

DOMINGO III DE PASCUA

- El mandato de hacer apostolado.
- Responsabilidad de nuestra vocación al apostolado.
- Urgencia del apostolado: muchas almas nos aguardan.

SE ENCONTRARON los discípulos con el Maestro en Jerusalén. Allí, antes de llevarlos hasta cerca de Betania, les encomendó una misión trascendental. *Entonces les abrió el entendimiento para que comprendiesen las Escrituras. Y les dijo: Así está escrito: que el Cristo tiene que padecer y resucitar de entre los muertos al tercer día, y que se predique en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las gentes, comenzando desde Jerusalén. Vosotros sois testigos de estas cosas*¹.

Cristo nos rescató del pecado, e hizo posible la vida de la gracia en nosotros. Pero los frutos de la Redención deben ser aplicados a cada alma, y esta labor la confió a sus Apóstoles. Es la misión de propagar su Reino por todas las naciones, para que puedan todos salvarse, para que todos puedan conocer y vivir las cosas que el Señor había enseñado. Para eso eligió a unos cuantos, convivió con ellos, les formó, y después los envió por todo el mundo.

(1) *Ev (B) (Luc. XXIV, 45-48)*.

Para el que hubiese contemplado sin fe esta escena del Evangelio, aquello parecería una locura condenada al fracaso. ¿Cómo podrían atreverse unos hombres sin letras, sin influencia y sin medios, perdidos en aquel rincón de la tierra, a intentar la desmesurada aventura de la conversión del mundo pagano...?

Sin embargo tuvieron la bendita locura de lanzarse, de ser fieles a Cristo. Y, gracias a esta fidelidad, y a la fidelidad de los que les siguieron a través de los siglos, hoy somos cristianos nosotros y tantos más. Esta misión no ha terminado todavía. Sigue vigente hoy: *"id, predicad el Evangelio... Yo estaré con vosotros..."* —*Esto ha dicho Jesús... y te lo ha dicho a ti*². Y añade nuestro Padre: *no podemos estar cruzados de brazos. La extensión del Reino de Dios no es sólo tarea oficial de los miembros de la Iglesia que representan a Cristo, porque han recibido de El los poderes sagrados. Vos autem estis corpus Christi (I Cor. XII, 27), vosotros también sois cuerpo de Cristo, nos señala el Apóstol, con el mandato concreto de negociar hasta el fin*³.

SON MUCHOS los cristianos persuadidos de que la Redención se realizará en todos los ambientes del

(2) *Camino*, n. 904.

(3) *Es Cristo que pasa*, n. 121.

mundo, y de que debe haber algunas almas —no saben quiénes— que con Cristo contribuyen a realizarla. Pero la ven a un plazo de siglos, de muchos siglos...: serían una eternidad, si se llevara a cabo al paso de su entrega.

*Así pensabas tú, hasta que vinieron a "despertarte" *

Es un honor haber sido elegido por Dios para ser apóstol de Jesucristo, y al mismo tiempo una gran responsabilidad. Como nos enseñó nuestro Padre, *el cristiano se sabe injertado en Cristo por el Bautismo; habilitado a luchar por Cristo, por la Confirmación; llamado a obrar en el mundo por la participación en la función real, profética y sacerdotal de Cristo; hecho una sola cosa con Cristo por la Eucaristía, sacramento de la unidad y del amor. Por eso, como Cristo, ha de vivir de cara a los demás hombres, mirando con amor a todos y a cada uno de los que le rodean, y a la humanidad entera*⁵.

De todo lo que, por Jesucristo, Dios Padre nos ha hecho conocer y amar, hemos de dar testimonio por el mundo entero. *Ut eatis (Ioann. XV, 16) ¡A veces querría teneros a mi lado —decía nuestro Padre—, pero me da mucha alegría que estéis repartidos por todo el mundo. Ese es el camino*⁶. Y otras veces añadía: qui-

(4) *Surco*, n. 1.

(5) *Es Cristo que pasa*, n. 106.

(6) De nuestro Padre, Crónica IV-57, p. 6.

*siera teneros siempre conmigo, teneros también materialmente muy cerca... Pero al mismo tiempo gozo viéndolos ya esparcidos, salir sembrando con amor, con hambre de mies... ¡Qué hermoso trigal, hijos míos!... ¡Qué hermoso trigal!... ¡Qué bendición de Dios!*⁷.

*¡Adelante! Todos seguros de vuestra vocación, sin inquirir... Ut eatis!*⁸. *Para que vayamos... a todas las partes del mundo y en todas las direcciones de la rosa de los vientos. Y entonces, bien metidos en este mundo que nos toca vivir y en todas las actividades de los hombres, ser sal y luz; luz que ilumina las inteligencias y los corazones, sal que da sabor y preserva de la corrupción. Si faltara afán apostólico nos haríamos insípidos, inútiles, defraudaríamos a los demás, y nuestra vida sería un absurdo*⁹.

*Si los otros se tornan insípidos —dice San Juan Crisóstomo— vosotros les podéis devolver su sabor; pero si eso os pasara a vosotros, con vuestra pérdida arrastraríais también a los demás. Por eso mayor fervor y celo necesitáis, cuantos mayores encargos os ocupan*¹⁰.

EN EL Evangelio, la Iglesia nos propone nuevamente la escena de Emaús, que ahora contemplamos

(7) De nuestro Padre, Crónica VI-55, p. 33.

(8) De nuestro Padre, Crónica II-55, p. 27.

(9) De nuestro Padre.

(10) San Juan Crisóstomo, In Matthaeum homiliae 15, 7.

desde el punto de vista del apostolado. Jesús camina junto a aquellos dos hombres, que han perdido casi toda esperanza, de modo que la vida comienza a parecerles sin sentido. Comprende su dolor, penetra en su corazón, les comunica algo de la vida que habita en El.

Cuando, al llegar a aquella aldea, Jesús hace ademán de seguir adelante, los dos discípulos le detienen, y casi le fuerzan a quedarse con ellos. Le reconocen luego al partir el pan: el Señor, exclaman, ha estado con nosotros. Entonces se dijeron uno a otro: ¿no es verdad que sentíamos abrazarse nuestro corazón, mientras nos hablaba por el camino, y nos explicaba las Escrituras? (Luc. XXIV, 32). *Cada cristiano debe hacer presente a Cristo entre los hombres; debe obrar de tal manera que quienes le traten perciban el bonus odor Christi (cfr. II Cor. II, 15), el buen olor de Cristo; debe actuar de modo que, a través de las acciones del discípulo, pueda descubrirse el rostro del Maestro*ⁿ.

¡Cómo vamos a dejar abandonados a quienes necesitan de nuestra ayuda para acercarse a Dios! *Por predicar el Evangelio —dice el Apóstol— no tengo gloria, pues estoy por necesidad obligado a ello; y desventurado de mí si no lo predicare*¹². Los parientes, los amigos, los compañeros de trabajo, tienen derecho a nuestro apostolado. Para eso hemos sido enviados junto a ellos. Si llega un momento en que las cir-

(11) Es Cristo que pasa, n. 105.

(12) I Cor. IX, 16.

cunstancias del trabajo, o exigencias de la vocación, nos llevan a otro lugar, quizá esas almas con quienes hemos convivido durante una temporada no tengan ya a nadie que pueda llevarles a Dios.

Obligación de hacer apostolado; a cualquier edad, en cualquier circunstancia en que nos encontremos. *Padre, ¿y cuando tenga ochenta años? Igual: en el trato con tus hermanos, con tus compañeros de profesión, con tus amigos...*¹³. En todos hemos de despertar la luz y el calor de una auténtica vida cristiana: *no dejar que se pierda para el apostolado y, en lo posible, para la vocación, ningún alma que se nos acerque*¹⁴.

Urgencia de hacer apostolado. *Profundiza cada día en la hondura apostólica de tu vocación cristiana. —El levantó hace veinte siglos —para que tú y yo lo proclamemos al oído de los hombres— un banderín de enganche, abierto a todos los que tienen un corazón sincero y capacidad de amar... ¡Qué llamadas más claras quieres que el "ignem veni mittere in terram" —fuego he venido a traer a la tierra, y la consideración de esos dos mil quinientos millones de almas que todavía no conocen a Cristo!*¹⁵.

Santa María, Reina de los Apóstoles, ruega por nosotros: para que esté siempre vivo —cada día más— el celo apostólico que Jesucristo mismo ha puesto en nuestro corazón.

(13) De nuestro Padre, Crónica IV-62, p. 16.

(14) De nuestro Padre, Crónica IV-62, p. 16.

(15) *Surco*, n. 211.

179.

LUNES

—El único fin de los seres creados es dar gloria a Dios.

—No busquemos la propia gloria: nuestra vida ha de ser una continua alabanza a Dios.

—Vigilar para no complacerse en los éxitos apostólicos. Rectificar la intención.

EL APOCALIPSIS nos revela la gloria que los justos tributan a Dios en el Cielo: *vi aparecer una gran multitud, que nadie podía contar, de toda nación, pueblo, tribu y lengua. Estaban en pie delante del trono de Dios y delante del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos. Gritaban con gran voz, diciendo: salud a nuestro Dios, que se sienta sobre el trono, y al Cordero. Todos los ángeles estaban en pie alrededor del trono, de los ancianos y de los cuatro animales. Cayeron de bruces ante el trono y adoraron a Dios, diciendo: amén. La bendición, la gloria, la sabiduría, la acción de gracias, el honor, el poder y la fuerza a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén*¹.

Sólo a Dios corresponde la gloria, porque es Señor de todas las cosas. Todo es suyo y todo debe proclamar la gloria de su Creador, que conserva y cuida con

(1) *Ad off. lea.*, L. I (Apoc. Vil, 9-12).

su providencia cuanto existe. *Los astros brillan en sus atalayas (...). Les llama y contestan: henos aquí. Lucen alegremente en honor del que los hizo*². La creación entera se une a esta alabanza, que es el verdadero fin de su existencia. *Todas las cosas son de El, y todas existen por El. A El sea la gloria para siempre*³.

Sabemos por la doctrina cristiana que *el Señor es el principio y el fin y el centro de la creación*: en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios (Ioann. I, 1). *Es Cristo, hijas e hijos míos, el que atrae a todas las criaturas*: por El fueron creadas todas las cosas, y sin El no se ha hecho cosa alguna, de cuantas han sido hechas (Ioann. I, 3). *Y al encarnarse, viniendo a vivir entre nosotros (cfr. Ioann. I, 14), nos ha demostrado que no estamos en la vida para buscar una felicidad temporal, pasajera. Estamos para alcanzar la bienaventuranza eterna, siguiendo sus pisadas. Y esto sólo lo lograremos aprendiendo de El.*

La Iglesia ha sido siempre teocéntrica. Su misión es conseguir que todas las cosas creadas tiendan a Dios como fin, por medio de Jesucristo, cabeza del cuerpo de la Iglesia..., para que en todo tenga El la primacía; pues plugo al Padre poner en El la plenitud de todo ser, y reconciliar por El todas las cosas consigo, restableciendo la paz entre cielo y tierra, por medio

(2) Bar. III, 34-35.

(3) Rom. XI, 36.

de la sangre que derramó en la cruz (Colos. I, 18-20). *Vamos a entronizarle, no sólo dentro de nuestro corazón y de nuestras acciones, sino —con el deseo y con la labor apostólica— en lo más alto de todas las actividades de los hombres*⁴.

El mundo ha sido creado para la gloria de Dios. El Señor, Sumo Bien y Bondad Suprema, sabe que sólo viviendo para El podemos ser felices; no es extraño, por tanto, que se nos muestre como celoso defensor del recto orden de las cosas: *Ego Dominus: gloriam meam alteri non dabo*⁵, Yo soy el Señor, y no daré mi gloria a ningún otro. La única explicación de que las criaturas existan es el amor divino; y el único fin de los seres creados —también del hombre— es dar gloria a Dios. Para dar gloria al Señor hemos nacido, y si la vida no tuviera por fin dar gloria a Dios, sería despreciable, más aún: aborrecible⁶.

*CADA uno de los cuatro vivientes —se lee también en el Apocalipsis— (...) no reposaban de día ni de noche, diciendo: Santo, Santo, Santo es el Señor Dios todopoderoso *

La vida nuestra ha de ser una continua alabanza, una glorificación ininterrumpida a Dios. ¿Cómo?

(4) De nuestro Padre, Meditación Tiempo de acción de gracias, 25-XH-1972.

(5) Isai. XLII, 8.

(6) Camino, n. 783.

(7) Apoc. IV, 8.

Atribuyendo siempre al Señor todo lo bueno que ha puesto en nosotros, *porque la gloria que tiene mérito delante de Dios, es la gloria que glorifica, no al hombre, sino a Dios*⁸. No busquemos nunca nuestra propia gloria. *Porque toda carne es heno, y toda su gloria como la flor del heno: secóse el heno y su flor se cayó*⁹.

Todo lo amable que en nosotros existe, a Dios pertenece. Convencidos de esta realidad, *no trabajamos para encumbrarnos, sino para desaparecer y, con nuestro sacrificio, poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades de los hombres.*

Nuestro lema es el del Bautista: illum oportet crescere, me autem minui (Ioann. III, 30); conviene que Cristo crezca, y que yo me haga pequeño. Por eso, nuestra ambición más grande —la verdadera gloria de la Obra— es vivir sin gloria humana, para que sólo a Dios vaya la gloria, soli Deo honor et gloria (I Tim. I, 17).

*Ya hemos contemplado el ejemplo de Jesucristo. Vamos a verle otra vez, volviendo a un texto maravilloso de San Pablo, que os he citado en otra ocasión: ...no debemos dejarnos llevar de humana complacencia de nosotros mismos... Porque Cristo no buscó la propia satisfacción, antes bien, como está escrito, decía a su Padre: los oprobios de los que te ultrajaban vinieron a descargar sobre mí (Rom. XV, 1-3)*¹⁰.

(8) San Agustín, *In Ioannis Evangelium tractatus* 82, 1.

(9) *I Petr.* I, 24.

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 81.

Para combatir la inclinación a la propia complacencia, además del ejemplo del Señor, tenemos un remedio muy útil. *¿Quieres librarte de la vanagloria y de la alabanza de la gente?*, pregunta San Juan Damasceno. *No enseñes tus obras a los hombres. Trabaja discretamente, que nadie te vea sino sólo Dios*¹¹. Y nuestro Padre nos ha dicho: *da "toda" la gloria a Dios. —"Exprime" con tu voluntad, ayudado por la gracia, cada una de tus acciones, para que en ellas no quede nada que huela a humana soberbia, a complacencia de tu "yo"*¹².

HIJAS e hijos míos: os he insistido en la necesidad de desprendernos de toda ambición terrena y de llenarnos de la preocupación —que es una continua ocupación— de servir. Estamos convencidos de que nada vale, nada tiene consistencia, nada merece la pena, al lado de esa misión sublime de servir a Cristo Señor Nuestro. Pero, precisamente porque hemos aprendido a despreciar el aplauso de los hombres y toda búsqueda vanidosa de espectáculo, nuestro afán por conservar el tesoro de la humildad debe ser aún más atento y delicado.

Porque estamos expuestos a un peligro muy sutil,

(11) San Juan Damasceno, *De octo spiritibus nequitiae* 9.

(12) *Camino*, n. 784.

a una insidia casi imperceptible del enemigo, que cuanto más eficaces nos ve, tanto más redobla sus esfuerzos para engañarnos. Ese peligro sutil —corriente, por lo demás, en las almas dedicadas a trabajar por Dios— es, hijos míos, una especie de soberbia oculta, que nace de saberse instrumentos de cosas maravillosas, divinas; una callada complacencia en uno mismo, al ver los milagros que se obran por su apostolado: porque vemos inteligencias ciegas que recobran la vista; voluntades paralizadas que vuelven a moverse; corazones de piedra que se hacen de carne, capaces de caridad sobrenatural y de cariño humano; conciencias cubiertas de lepra, de manchas del pecado, que quedan limpias; almas muertas del todo, podridas —iam foetet, quatríduanus est enim floann. XI, 39)—, que recobran la vida sobrenatural.

Y tantos obstáculos humanos superados; tantas incomprendiciones vencidas; tantos ambientes conquistados: un trabajo cada vez más amplio y diverso, cada vez más eficaz... Todo eso, hijos míos, puede a veces ser ocasión de una injustificada —pero posible— satisfacción de nosotros mismos. Debemos estar atentos, para que esto no suceda; debemos tener una conciencia muy fina, y reaccionar enseguida ¹³.

Repitamos ahora, en el silencio de nuestro diálogo: "Señor, para mí nada quiero. —Todo para tu

(13) De nuestro Padre, Carta. 9-1-1932, nn. 87-88.

gloria y por Amor"¹⁴. La Virgen vivió oculta e hizo de toda su vida una alabanza constante a Dios: *magnificat anima mea Dominum* ¹⁵, mi alma glorifica al Señor. Pidámosle que nos ayude a rectificar la intención muchas veces al día, y como buenos hijos suyos, sepamos repetir: *Deo omnis gloria*, para Dios toda la gloria.

(14) Camino, n. 788.

(15) Luc. I, 46.

180.

MARTES

—Necesidad de la oración de petición.

—Hay que insistir en la petición: constancia.

—Confiar: la oración es siempre fecunda.

*ALABAD a nuestro Dios todos los que lo teméis, pequeños y grandes, porque llegó la salvación y el poder y la potestad de su Cristo*¹. La Iglesia continúa cantando la Resurrección de Jesucristo y, con palabras de San Pablo, nos invita a llenarnos de confianza: *si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con El*².

Sin embargo, es ya inminente la partida definitiva del Señor. *Salí del Padre y vine al mundo; ahora dejo el mundo, y me vuelvo al Padre*³. Es éste, pues, el momento de considerar los últimos consejos que Jesús dio a sus discípulos en su despedida. *En verdad, en verdad os digo que cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo concederá. Hasta ahora nada le habéis pedido en mi nombre. Pedidle y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo*⁴.

(1) *Ant. ad Intr.* (Apoc. XIX, 5; XII, 10).

(2) *Ant. ad Comm.* (Rom. VI, 8).

(3) *Ioann.* XVI, 28.

(4) *Ioann.* XVI, 23.

Rezar, levantar la vista a Dios, que nos contempla desde el Cielo, y pedirle todo lo que nos hace falta. Bien conoce el Señor, la Sabiduría infinita, las cosas que necesitamos para ser santos y apóstoles: *sabe vuestro Padre celestial la necesidad que de ellas tenéis*⁵. Y, sin embargo, *Dios quiere ser rogado, quiere ser coaccionado, quiere ser vencido por una cierta importunidad (...). Sé, por tanto, diligente en la oración; sé oportuno en las súplicas; procura no dejar nunca de pedir*⁶.

Todas las cosas tienen su tiempo. El Señor conoce perfectamente nuestras necesidades, pero quiere que le pidamos con aquella insistencia de los personajes del Evangelio: Domine, si vis potes me inundare (Matth. VIII, 2); *Domine, ut videam* (Luc. XVIII, 41). *Pedid como le pedían ellos; todos le piden. No diré que la vida del hombre sea sólo pedir, porque puede haber momentos en que una persona sienta la necesidad de abandonarse, y no pedir; pero luego se vuelve. Yo, en estos momentos, pido mucho. Pido y pido. Después de haberme abandonado en los brazos de Dios durante años, ahora me parece más conveniente pedir.*

Me conmueve la confianza con que tratan al Señor los que le rodean. ¿Os acordáis de aquel pasaje del Evangelio?: Lázaro, nuestro amigo, está durmiendo

(5) *Matth.* VI, 32.

(6) *San Gregorio Magno, In septem psalmis poenitentialibus expositio* 6, 2.

(Ioann. XI, 11). *Y Marta y María no le perdonan el retraso. Señor —le dicen—, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto nuestro hermano (Ioann. XI, 32). Hijos míos, ¡fijaos qué saludo!, ¡mirad con qué confianza le hablan, con qué cariño! La oración lleva a manifestaciones de mucha familiaridad* ⁷.

Al orar a Dios, declaramos que confiamos en la misericordia infinita y omnipotente. *Bendito sea Dios, que no desechó mi oración ni me negó su misericordia* ⁸, *porque rico es el Señor con los que le invocan* ⁹.

NO BASTA pedir; hay que pedir con perseverancia, constantemente, para que la continuidad alcance lo que no pueden nuestros méritos. Como el hombre de la parábola: va a casa de un vecino, a pedirle pan; es una hora inoportuna, pero él insiste, *porfía en llamar y más llamar; Yo os aseguro —dice Jesucristo— que cuando no se levantara a dárselo por razón de su amistad, al menos por librarse de su impertinencia se levantará al fin y le dará cuanto hubiera menester* ¹⁰. Y comenta nuestro Padre: *¿qué más queréis? ¡Si antes faltará el cielo y la tierra que deje de cumplirse una sola palabra de las que Jesucristo ha dicho!*

Tenemos en las manos, con esa promesa del Señor,

la fortaleza. Este es el premio que da el Señor. Pide, busca, llama. ¡Oración, oración, oración! Este es el camino (...).

Pedid, y se os dará; buscad y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide recibe, y quien busca halla, y al que llama se le abrirá (Luc. XI, 9-10). *¡No hay más remedio que perseverar! ¡Pedid, pedid, pedid! ¿No veis lo que hago yo? Trato de practicar este espíritu. Y cuando quiero una cosa, hago rezar a todos mis hijos, y les digo que ofrezcan la comunión, y el rosario, y tantas mortificaciones y tantas jaculatorias, ¡miles! Y Dios Nuestro Señor, si perseveramos con perseverancia personal, nos dará todos los medios que necesitamos para ser más eficaces, y extender su Reino en el mundo.*

Si vosotros, siendo malos como sois, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre, que está en los cielos, dará el espíritu bueno a los que se lo piden! (Luc. XI, 13).

¿Veis cómo trata Dios a los que perseveran? ¡Llama, llama, que te abren! ⁿ.

Esta es la recomendación insistente de nuestro Padre. *Todo lo bueno viene de Dios Nuestro Señor, que, en su Providencia amorosísima, cuenta con que nosotros le pidamos una y otra vez, con perseverancia, lo que necesitamos. Además, al rezar, reconocemos nuestra pequeñez, nuestra insuficiencia: ¡solos, no po-*

(11) De nuestro Padre, Meditación, 4-III-1960.

(7) De nuestro Padre, Tertulia, 2-1-1971.

(8) Ps. LXV, 20.

(9) Rom. X, 12.

(10) Luc. XI, 8.

*demos nada! Por eso, en la Obra, la oración ha sido y será siempre nuestra única arma: nuestra bomba atómica. Hay que rezar mucho, ponerse en las manos de Dios y pedir, con tozuda delicadeza, pero ¡tozudos!*¹².

*Si alguien me dice —escribe San Juan Crisóstomo—: rogué ya una vez, dos, tres, diez, veinte veces, y no he recibido nada; yo le contesto: no ceses, hermano, hasta que recibas; el fin de la petición es el don recibido. Cesa cuando recibas; más aún, ni siquiera entonces ceses, persevera todavía. Si no recibes, pide para que recibas; cuando recibas, da gracias por haber recibido*¹³.

LA NUESTRA es vida de oración; vida de oración, que es un medio sin el cual no podemos ir adelante^w.

La petición es siempre eficaz. *Por indigna que sea la persona, por imperfecta que resulte la oración, si ésta se alza humilde y perseverante, Dios la escucha siempre*¹⁵. Si perseveramos en la oración, aun cuando por el momento pueda parecer que no vienen los frutos, acabarán llegando abundantes, cuajados. *Mucho vale la oración perseverante del justo. Elías era un hombre pasible semejante a nosotros, y pidió fer-*

(12) De nuestro Padre, Tertulia, 2-X-1962.

(13) San Juan Crisóstomo, *In dimissione chananeae homilia* 10.

(14) De nuestro Padre, Meditación, 12-IV-1954.

(15) *Surco*, n. 468.

*vorosamente que no lloviese sobre la tierra de Israel y no llovió por espacio de tres años y seis meses. Hizo después de nuevo oración, y el cielo dio lluvia, y la tierra produjo su fruto*¹⁶.

Como aquel hombre, del que nos habla el Eclesiástico, hemos de madrugar por la mañana, para dirigir nuestro corazón al Señor que nos creó, para orar en presencia del Altísimo. Abriremos nuestra boca en oración y rogaremos por nuestros pecados; y si le place al Señor soberano, nos llenará de espíritu de inteligencia. Como lluvia, el Señor derramará palabras de sabiduría y en la oración alabaremos al Señor. Dirijamos nuestra voluntad y nuestra inteligencia a meditar los misterios de Dios. Publiquemos las enseñanzas de su doctrina (Eccli. XXXIX, 6-11).

La oración nos dará el endiosamiento bueno, humilde, santo; y podremos trabajar en todos los ambientes, sin peligro alguno. Da, quaesumus, omnipotens Deus: ut, quae divina sunt, iugiter exsequentes, donis mereamur caelestibus propinquare (Feria III post Dom. I Pass., Postcomm.): por ese seguimiento continuado, perseverante, de lo divino, el Señor nos dará a manos llenas la riqueza de sus dones, la divinización buena. Da nobis, quaesumus, Domine: perseverantem in tua voluntate famulatum; ut in diebus nostris, et mérito et numero populus tibi serviens augeatur (Ibid., Orat. sup. pop.). Perseveremos en el servicio de Dios, y vere-

(16) *Jacob*. V, 17-18.

mos cómo crece en número y en santidad este ejército de paz, este pueblo de corredención ¹⁷.

Acudamos a la Virgen Santa María, que es *Maestra de oración*. —*Mira cómo pide a su Hijo, en Cana. Y cómo insiste, sin desanimarse, con perseverancia.*

—*Y cómo logra.*

—*Aprende* ¹⁸.

(17) De nuestro Padre, *Carta*, 24-11-1931, n. 54.

(18) *Camino*, n. 502.

181.

MIÉRCOLES

—Para alcanzar la santidad es necesario trabajar, y trabajar bien.

—La santificación del trabajo no puede conseguirse sin vida de piedad.

—Unidad de vida: ni piedad sin trabajo, ni trabajo sin piedad.

HIJAS e hijos míos: Dios se ha metido en nuestro camino, con su omnipotencia soberana nos ha complido la vida, dándole un sentido nuevo. Sin embargo, sabéis bien que en lo exterior nada ha cambiado; el Señor quiere que le sirvamos precisamente donde nos condujo nuestra vocación humana: en nuestro trabajo profesional: unusquisque, in qua vocatione vocatus est, in ea permaneat (I Cor. VII, 20), permanezca cada uno en la vocación que tenía, en el momento en que Dios le llamó ¹.

La vocación profesional, el trabajo ordinario, es para nosotros, por especial voluntad divina, la materia de nuestra santificación: lo que tenemos que santificar, santificándonos nosotros mismos y a los demás. Si no santificáramos el trabajo, no podríamos santificarnos ni llevar a Dios a las almas que nos rodean.

(1) De nuestro Padre, *Carta*, 15-X-1948, n. 1.

Trabajar mucho, empeñarse a fondo en la realización de una labor profesional, fue algo que los primeros cristianos tuvieron como signo distintivo, a ejemplo del mismo Jesucristo, que fue considerado *El mismo como carpintero, y fue así que fabricó obras de este oficio (...) mientras estaba entre los hombres, enseñando por ellas los símbolos de la justicia y lo que es una vida de trabajo*². San Pablo escribía a los de Tesalónica: *ocupaos en vuestros quehaceres trabajando con vuestras propias manos, según os lo tenemos recomendado*³. Y en uno de los primeros documentos cristianos, se lee: *todo el que llegue a vosotros en nombre del Señor (...), teniendo un oficio, que trabaje y así se alimente. Mas si no tiene oficio, proveed según vuestra prudencia, de modo que no viva entre vosotros ningún cristiano ocioso*⁴.

Si queremos santificar el trabajo —nos dice nuestro Padre—, hay que cumplir ineludiblemente una primera condición: trabajar, y trabajar bien. En la Obra no puede haber holgazanes. Si alguno viniera a la Obra y no trabajara, si no remediara esa inclinación a la holganza, a los pocos días comprenderá que no sirve. Hay muchas cosas que hacer en el mundo, y nuestro afán apostólico nos tiene que llevar a excedernos, en la tarea humana que nos sea propia. Nuestra vocación pide que se nos aplique aquella frase del Evangelio: *omni habent*

ti dabitur (Luc. XIX, 26), *al que ya tiene trabajo, se le dará más; el que pueda hacer como diez, tiene que hacer como quince. En la guerra como en la guerra: porque nuestra vida es una pelea bendita de sembradores de paz, de convivencia, de amor*⁵.

TRABAJAR, mucho y bien, es sólo una condición, el primer paso, ciertamente indispensable, para poder santificarnos. No *ofreceréis nada defectuoso*⁶, nos dice el Señor. Pero, a la vez, nos recuerda: *¿a mí qué toda la muchedumbre de vuestros sacrificios? (...). No me traigáis más esas vanas ofrendas (...). Aprended a hacer el bien, buscad lo justo*⁷. Al Señor no le interesa la obra externa, si no va acompañada de una efectiva rectitud interior. *Por eso, santificaremos el trabajo, si somos santos, si nos esforzamos verdaderamente por ser santos. Nuestra misión es divina, y sólo la realizaremos en unión con Dios: sine me nihil potestis facere* (Ioann. XV, 5).

Si no tuvierais vida interior, al dedicaros a vuestro trabajo, en lugar de divinizarlo, os podría suceder lo que sucede al hierro, cuando está al rojo y se mete en el agua fría: se destempla y se apaga. *Habéis de tener un fuego que venga de dentro, que no se apague, que encienda todo lo que toque. Por eso he podido decir*

(2) San Justino, *Dialogus cum Tryphone* 138, 8.

(3) I Thess. IV, 11.

(4) *Didaché*, 12.

(5) De nuestro Padre, *Carla*, 15-X-1948, n. 10.

(6) *Levit.* XXII, 20.

(7) *Isai.* I, 11, 13 y 17.

que no quiero ninguna obra, ninguna labor, si mis hijos no se mejoran en ella. Mido la eficacia y el valor de las obras, por el grado de santidad que adquieren los instrumentos que las realizan.

Con la misma fuerza con que antes os invitaba a trabajar, y a trabajar bien, sin miedo al cansancio; con esa misma insistencia, os invito ahora a tener vida interior. Nunca me cansaré de repetirlo: nuestras Normas de piedad, nuestra oración, son lo primero. Sin la lucha ascética, nuestra vida no valdría nada, seríamos ineficaces, ovejas sin pastor, ciegos que guían a otros ciegos (cfr. Matth. IX, 36; XV, 4) (...). I

*Si queréis ser fieles no olvidéis esta doctrina divina, medita en la presencia de Dios estas palabras del profeta: ¿quién será sabio para comprender estas cosas?, ¿quién tendrá inteligencia para conocerlas? Porque los caminos de Yaveh son rectos, y los justos los recorrerán, pero los impíos sucumbirán (Osee XIV, 10)⁸. Así viviremos como canta la liturgia de hoy: *lleva en tu boca de tu alabanza y de tu gloria todo el día. Te aclamarán mis labios, Señor, y mi lengua todo el día recitará tu auxilio* '.*

*VIDA interior, vida de piedad: yo te amo, Señor, fortaleza mía*¹⁰, con todas las fuerzas de mi corazón

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 15-X-1948, nn. 20-21.

(9) *Antif. ad intr.* (Ps. LXX, 8, 23).

(10) Ps. XVII, 2.

y de mi alma. Y también, vida de trabajo. No vivimos una doble vida, sino una unidad de vida, sencilla y fuerte, en la que se funden y compenetran todas nuestras acciones.

Cuando respondemos generosamente a este espíritu, adquirimos una segunda naturaleza: sin damos cuenta, estamos todo el día pendientes del Señor y nos sentimos impulsados a meter a Dios en todas las cosas, que, sin El, nos resultan insípidas. Llega un momento, en el que nos es imposible distinguir dónde acaba la oración y dónde comienza el trabajo, porque nuestro trabajo es también oración, contemplación, vida mística verdadera de unión con Dios —sin rarezas—: endiosamiento.

Una persona piadosa, con el espíritu de la Obra, con piedad sin beatería, procura cumplir su deber: la devoción sincera lleva al trabajo, al cumplimiento gustoso —aunque cueste— del deber de cada día. Por eso somos contemplativos, porque hay una íntima unión entre esa realidad sobrenatural interior y las manifestaciones externas del quehacer humano.

El trabajo profesional, las relaciones humanas de amistad y de convivencia, los afanes por lograr —codo a codo con nuestros conciudadanos— el bien y el progreso de la sociedad son, en los miembros de la Obra, frutos naturales, consecuencia lógica, de esa savia de Cristo que es la vida de nuestra alma: son trabajo de Cristo, Opus Dei, operatio Dei¹¹.

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945, n. 25.

Trabajo y piedad, íntimamente compenetrados, más aún: como dos aspectos de una misma realidad; es el único modo que tenemos de ser santos. Sin trabajo la vida interior no podría sostenerse; y, *si nos faltase la piedad, si no estuviésemos de continuo pendientes de Dios, no bastarían el talento ni la ciencia ni el esfuerzo, porque el Señor nos dejaría y, entonces, se desacertaría hasta en lo que es corriente*: si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la construyen. Si no guarda el Señor la ciudad, en vano vigilan sus centinelas. En vano madrugaréis y os acostaréis tarde y comeréis el pan del dolor (Ps. CXXVI, 1 y 2)¹². Sin piedad, el trabajo no alcanzaría ni siquiera sus frutos humanos.

Por intercesión de María Santísima, pidamos al Señor que tengamos siempre presente, grabada a fuego, esta doctrina que El ha entregado a nuestro Padre.

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945, n. 26.

182.

JUEVES

—El apostolado de la doctrina.

—Todos los apostolados de la Obra se pueden comprender en uno solo: dar doctrina.

—Para una mayor eficacia apostólica, se requiere una formación cada vez más intensa.

CUMPLIENDO un mandato del Señor, Felipe se dirigió al camino que iba de Jerusalén a Gaza. Delante, en una carroza, iba un cortesano de Etiopía. Y entonces dijo el Espíritu a Felipe: *adelántate y llégate a ese carruaje. Acercándose, pues, Felipe a toda prisa, oyó que iba leyendo al Profeta Isaías, y le dijo: ¿crees que entiendes lo que lees? ¿Cómo podré, respondió él, si alguien no me lo explica? Rogó, pues, a Felipe que subiese, y tomase asiento a su lado*¹. Y Felipe llevó la luz de la doctrina de Cristo a aquel hombre que estaba bien dispuesto para recibirla.

Hay muchas almas, con un corazón grande y noble capaz de amar a Dios, que nos esperan, porque necesitan luz, doctrina que oriente y dé sentido a su vida. Y tenemos el deber de dársela. Se trata de un mandato imperativo del Señor: *id y enseñad a todas las gentes*²... El apostolado de la doctrina es una de

(1) L. I (Act. VIII, 29-31).

(2) *Malth.* XXVIII, 19.

nuestras *pasiones dominantes*. Vamos a ahogar el mal en abundancia de bien, y sabemos perfectamente que la ignorancia es un gran mal, que es *el mayor enemigo que tiene Dios en el mundo*³, porque *sólo la ignorancia puede permitir a un hombre cometer crímenes sin saber que los comete*⁴.

La verdad revelada, la doctrina de Cristo puede dar la salud y la vida: *no hay nada que dé más vida al alma que la doctrina divina: cuanto más aumente en nuestra alma la palabra de Dios, cuanto mejor la recibamos, y la entendamos y comprendamos, tanto más crecerá la vida del alma; y, por el contrario, cuando falte la doctrina, disminuirá esa vida*⁵.

Nuestro Fundador nos urgió siempre a esta labor de llevar la luz de la doctrina de Cristo al mundo desorientado: *¿no veis que se descristianizan la ciencia, el arte, el campo, la industria, los hombres que trabajan en esas actividades? ¿No veis cómo disminuyen las familias numerosas? ¿No sufrís ante la incompreensión naturalista de la abnegación, de la dedicación oscura, de las virtudes evangélicas?*⁶.

El Señor ha venido para que todas las almas tengan vida y, para esta misión, ha querido contar con nosotros: *ut eatis*, que vayáis... Tenemos que llevar a todos esta doctrina segura: a todos, porque nos inte-

resan todas las almas. Pero comenzamos por quienes Dios ha querido colocar más cerca de nosotros.

AQUEL personaje etíope leía un texto bíblico. *El pasaje de la Escritura que iba leyendo era éste: como oveja fue llevado al matadero; y como cordero mudo delante del que lo trasquila, no abrió su boca (...). Entonces Felipe tomando la palabra, comenzó por esta Escritura y le anunció la buena nueva de Jesús* \

Hay que anunciar la buena nueva de Jesús, acabar con la ignorancia por medio de la abundancia de la doctrina revelada, de la verdad de Cristo. *El apostolado cristiano —y me refiero ahora en concreto al de un cristiano corriente, al del hombre o la mujer que vive siendo uno más entre sus iguales— es una gran catequesis, en la que, a través del trato personal, de una amistad leal y auténtica, se despierta en los demás el hambre de Dios y se les ayuda a descubrir horizontes nuevos: con naturalidad, con sencillez he dicho, con el ejemplo de una fe bien vivida, con la palabra amable pero llena de la fuerza de la verdad divina*⁸.

Se nos ha enseñado en la Obra que, *cualquiera que sea la forma externa de nuestros apostolados, siempre tienden a un único fin: dar doctrina*⁹. Dar

(3) De nuestro Padre, Obras IV-57, p. 8.

(4) De nuestro Padre, Crónica VI-55, p. 12.

(5) San Ambrosio, *Expositio in Psalmum CXVIII* 7, 7.

(6) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 156.

(7) L. I (Act. VIII, 32-35).

(8) *Es Cristo que pasa*, n. 149.

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 15-VIII-1953, n. 22.

doctrina, aprovechando toda ocasión; y provocando, si no existe, la oportunidad. Debemos propagar ardentemente la Verdad de Cristo, hacer participar a otros de ese tesoro que hemos recibido.

Te conjuro en la presencia de Dios y de Jesucristo —escribía San Pablo a Timoteo—: (...) *predica la palabra, insiste con ocasión y sin ella, reprende, ruega, exhorta con toda paciencia y doctrina. Porque vendrá tiempo en el que no podrán sufrir la sana doctrina (...) y cerrarán sus oídos a la verdad*¹⁰. Y San Jerónimo añade: *enseña lo que aprendiste; conserva lo que es conforme a la doctrina, la enseñanza fiel, para que puedas exhortar en la sana doctrina y rechazar a los que la contradigan* ".

"Venite post me, et faciam vos fieri piscatores hominum" —venid detrás de mí, y os haré pescadores de hombres. —No sin misterio emplea el Señor estas palabras: a los hombres —como a los peces— hay que cogerlos por la cabeza ".

ES MUCHO, y muy importante, lo que tenemos que hacer en el campo del apostolado de la doctrina. Pero precisamente por eso, necesitamos ir *atesorando doctrina, llenándoos* —indica nuestro Padre— *de claridad de ideas, de plenitud de nuestro espíritu*

(10) II Tim. IV, 1-4.

(11) San Jerónimo, *Epístola* 52, 7.

(12) *Camino*, n. 978.

*—que es de Dios— para después, de lo que sobreabunda, dar a los demás*¹³. Y *para dar doctrina, hay que tenerla; nadie da lo que no tiene. No esperemos unas iluminaciones de Dios, que no tiene por qué dar, cuando nos da unos medios humanos concretos: el estudio, el trabajo. Hay que formarse, hay que estudiar*¹⁴.

Piadosos, pues, como niños: pero no ignorantes, porque cada uno ha de esforzarse, en la medida de sus posibilidades, en el estudio serio, científico, de la fe; y todo esto es la teología. Piedad de niños, por tanto, y doctrina segura de teólogos.

El afán por adquirir esta ciencia teológica —la buena y firme doctrina cristiana— está movido, en primer término, por el deseo de conocer y amar a Dios. A la vez, es también consecuencia de la preocupación general del alma fiel por alcanzar la más profunda significación de este mundo, que es hechura del Creador. Con periódica monotonía, algunos tratan de resucitar una supuesta incompatibilidad entre la fe y la ciencia, entre la inteligencia humana y la Revelación divina. Esa incompatibilidad sólo puede aparecer, y aparentemente, cuando no se entienden los términos reales del problema.

Si el mundo ha salido de las manos de Dios, si El ha creado al hombre a su imagen y semejanza (cfr.

(13) De nuestro Padre, Obras IV-60, p. 29.

(14) De nuestro Padre, Obras 11-61, p. 45.

Gen. 1, 26) y le ha dado una chispa de su luz, el trabajo de la inteligencia debe —aunque sea con un duro trabajo— desentrañar el sentido divino que ya naturalmente tienen todas las cosas; y con la luz de la fe, percibimos también su sentido sobrenatural, el que resulta de nuestra elevación al orden de la gracia. No podemos admitir el miedo a la ciencia, porque cualquier labor, si es verdaderamente científica, tiende a la verdad. Y Cristo dijo: Ego sum veritas (Ioann. XIV, 6). Yo soy la verdad.

El cristiano ha de tener hambre de saber. Desde el cultivo de los saberes más abstractos hasta las habilidades artesanos, todo puede y debe conducir a Dios. Porque no hay tarea humana que no sea santificable, motivo para la propia santificación y ocasión para colaborar con Dios en la santificación de los que nos rodean. La luz de los seguidores de Jesucristo no ha de estar en el fondo del valle, sino en la cumbre de la montaña, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro padre que está en el cielo (Matth. V, 16)¹⁵.

Además de la formación doctrinal religiosa —incluso como parte integrante de ella—, necesitamos también ese don de lenguas de que nos habló reiteradamente nuestro Padre. Un don de lenguas, que no consiste en el conocimiento de varios idiomas, sino en saber adaptarse a la capacidad de los oyentes.

(15) Es Cristo que pasa, n. 10.

—No se trata de "hablar en necio al vulgo, para que entienda"; sino de hablar en sabio, en cristiano, pero de un modo asequible a todos.

—Este don de lenguas es el que pido al Señor y a su Madre bendita para sus hijos¹⁶.

Don de lenguas que también nosotros vamos a pedir a nuestra Madre la Virgen, que es Asiento de la Sabiduría.

(16) Forja, n. 634.

183.

VIERNES

- Dios nos da a conocer su Voluntad, sirviéndose de algunas personas a las que da las gracias convenientes.
- Obedecer a los Directores es obedecer a Dios.
- Fundamentados en la obediencia, participaremos de la eficacia de Dios.

ESCRIBE San Pablo a los fieles de Tesalónica: *de tal manera apasionados por vosotros, deseábamos con ansia comunicaros no sólo el Evangelio de Dios, sino daros también hasta nuestra misma vida, tan queridos llegasteis a sernos¹, porque cuando recibisteis la palabra de Dios oyéndola de nosotros, la recibisteis, no como palabra de hombre, sino (según es verdaderamente) como palabra de Dios². Aquellos primeros cristianos veían a San Pablo como enviado de Dios, y aceptaban sus palabras como la voz misma del Señor. Y algo parecido ocurría con otras primitivas comunidades cristianas. San Pablo lo testifica de los Gálatas: *me recibisteis como a un ángel de Dios, como al mismo Jesucristo³.**

Dios da a algunas personas la misión de gobernar, con la gracia conveniente para ejercerla. Vienen

(1) I Thess. II, 8.
 (2) Ibid., 13.
 (3) Galat. IV, 14.

de parte de Dios, como ministros suyos, a llenarnos de bienes. Y hemos de obedecerles, siguiendo la recomendación de la Sagrada Escritura: *obedeced a vuestros superiores y estudiéis sumisos, ya que ellos velan, como que han de dar cuenta a Dios de vuestras almas, para que lo hagan con alegría y no penando: cosa que no os sería de provecho⁴.*

En todo lo que legítimamente nos indican, sea éste o aquel Director el que lo disponga, se trate de un asunto de gran envergadura o de un pequeño detalle...; en todo hemos de ver la autoridad de Dios. En el apostolado —escribe nuestro Padre—, *obedece sin fijarte en las condiciones humanas del que manda, ni en cómo manda. Lo contrario no es virtud.*

Cruces hay muchas: *de brillantes, de perlas, de esmeraldas, de esmaltes, de marfil...; también de madera, como la de Nuestro Señor. Todas merecen igual veneración, porque la Cruz nos habla del sacrificio del Dios hecho Hombre. —Lleva esta consideración a tu obediencia, sin olvidar que Él se abrazó amorosamente, ¡sin dudar! al Madero, y allí nos obtuvo la Redención⁵.*

Con este convencimiento, procuramos vivir, desde que llegamos a la Obra, una obediencia delicada con los que hacen cabeza, pues el Director —quien sea— representa a Cristo, y es instrumento de Dios para hacernos conocer su Voluntad.

(4) Hebr. XIII, 17.
 (5) Surco, n. 373.

*Y MULTIPLICARE tu descendencia como las estrellas del cielo, y te daré todas estas tierras, y se gloriarán en tu descendencia todos los pueblos de la tierra, por haberme obedecido Abraham y haber guardado mi mandato, mis preceptos, mis ordenaciones y mis leyes*⁶. La obediencia de Abraham es fuerte y delicada a la vez. Como recompensa, Dios suscitará al Cristo entre su descendencia. La obediencia es siempre fecunda.

*Recibid con docilidad la palabra divina que ha sido injertada en vosotros, y que puede salvar vuestras almas*⁷. Lo contrario supondría cerrarse a los beneficios que Dios otorga, despreciar los bienes que El generosamente ofrece. No importa la persona, ni importa cual sea el conducto por el que nos llega la Voluntad divina. Debemos obedecer siempre con igual delicadeza, viendo a Dios en los Directores, pues *no hay potestad que no provenga de Dios, y Dios es el que ha establecido las que hay; por lo cual, quien desobedece a las potestades, a la ordenación de Dios desobedece*⁸.

El Señor nos pide obediencia, pero no nos coacciona, porque *lo gobierna todo con suavidad*⁹. También en la Obra se gobierna con suavidad, con delicadeza, respetando la libertad; muchas veces son insi-

(6) Genes. XXVI, 4-5.

(7) Iacob. I, 21.

(8) Rom. XIII, 1-2.

(9) Sap. VIII, 1.

nuaciones, que quizá no se repiten si no encuentran eco en nosotros: y esa falta de una respuesta positiva es desobediencia, obstáculo a las riquezas que Dios quiere verter en nosotros.

Obedece sin tantas cavilaciones inútiles... Mostrar tristeza o desgana ante el mandato es falta muy considerable. Pero sentirla nada más, no sólo no es culpa, sino que puede ser la ocasión de un vencimiento grande, de coronar un acto de virtud heroico.

*No me lo invento yo —nos dice nuestro Padre—. ¿Te acuerdas? Narra el Evangelio que un padre defamilia hizo el mismo encargo a sus dos hijos... Y Jesús se goza en el que, apesar de haber puesto dificultades, ¡cumple!; se goza, porque la disciplina es fruto del Amor*¹⁰.

El Señor se vale de quienes tienen, función de gobierno para mostrarnos el camino que conduce a la felicidad, y es el Espíritu Santo quien por boca del Apóstol Santiago nos aconseja: *sea todo hombre pronto para escuchar*¹¹; así, con deseo eficaz de obedecer fielmente y sin dilaciones, estaremos también dispuestos a poner por obra lo que Dios quiere de nosotros.

A VECES, llevados de un impulso meramente humano, puede resultarnos molesto obedecer. Es el momento de pensar en nuestro Modelo, Jesucristo:

(10) Surco, n. 378.

(11) Iacob. I, 19.

ahora, que te cuesta obedecer, acuérdate de tu Señor, "factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis" —¡obediente hasta la muerte, y muerte de cruz!¹². Jesús no vino a cumplir su voluntad, sino la de Aquel que le envió. Debemos adquirir un conocimiento más hondo del valor sobrenatural de la obediencia, y ejercitar la fe, virtud teologal que nos hace descubrir la sabiduría y la bondad de Dios en el mandato recibido.

El Señor quiere de ti un apostolado concreto, como el de la pesca de aquellos ciento cincuenta y tres peces grandes —y no otros—, cogidos a la derecha de la barca.

Y me preguntas: ¿cómo es que sabiéndome pescador de hombres, viviendo en contacto con muchos compañeros, y pudiendo distinguir hacia quiénes ha de ir dirigido mi apostolado específico, no pesco?... ¿Me falta Amor? ¿Me falta vida interior?

Escucha la respuesta de labios de Pedro, en aquella otra pesca milagrosa: —"Maestro, toda la noche hemos estado fatigándonos, y nada hemos cogido; no obstante, sobre tu palabra, echaré la red".

En nombre de Jesucristo, empieza de nuevo. —Fortificado: ¡fuera esa flojera! "

Así nos haremos partícipes de la eficacia de Dios, como pone de relieve nuestro Fundador al co-

mentar esta escena evangélica. Estaban los Apóstoles en el lago de Genesareth. Vino el Señor y les dijo: duc in altum et láxate retia vestra in capturam (Luc. V, 4). Y la contestación: praeceptor, per totam noctem laborantes nihil cepimus. In verbo autem tuo laxabo rete (Luc. V, 5). Bajo tu palabra, yo que no he pescado, yo que he sido criatura que no he logrado frutos, me pongo a trabajar de nuevo en aquello que parecía estéril, y traeré la red llena de fruto. Y trajeron piscium multitudinem copiosam (Luc. V, 6). ¿Veis la virtud de la obediencia? ¿Veis la fecundidad de la obediencia, la alegría que produce la obediencia? Aquellos hombres se llenaron de caridad: al ver aquel fruto maravilloso, llamaron a los demás y había para todos; para todos el bien, para todos el fruto, para todos la bendición de Dios¹⁴.

Acudamos a la Virgen para que nos enseñe la alegría y la eficacia de la obediencia: ¿Te acuerdas?: con alabanza dirigida a Ella, afirma Jesucristo: "¡el que cumple la Voluntad de mi Padre, ése —ésa— es mi madre!..."

Pídele a esta Madre buena que en tu alma cobre fuerza —fuerza de amor y de liberación— su respuesta de generosidad ejemplar: "ecce ancilla Domini!" —he aquí la esclava del Señor¹⁵. Estos fueron los frutos de la obediencia de nuestra Madre.

(12) Camino, n. 628.

(13) Surco, n. 377.

(14) De nuestro Padre, Meditación, 9-III-1962.

(15) Surco, n. 33.

184.

SÁBADO

—Preocupación de los Apóstoles por formar a quienes se incorporaban a la Iglesia.

—Necesidad de ayudar a las nuevas vocaciones.

—A todos nos incumbe poner los cimientos en la formación de nuestros hermanos.

HACE pocas semanas, recordábamos la incorporación a la Iglesia de los neófitos, los nuevos seguidores de Cristo que habían recibido las aguas bautismales durante la Vigilia Pascual.

¡Con qué acentos de afecto paterno hablaba en su tiempo San Agustín a los nuevos cristianos, que eran fruto de su apostolado! *A vosotros me dirijo, a los que sois como niños recién nacidos, párvulos en Cristo, nueva prole de la Iglesia, regalo del Padre, fecundidad de la Madre. Sois vastago querido, un pueblo nuevo, flor que nos gloria y fruto de nuestro trabajo, mi alegría y mi corona, todos los que estáis en el Señor. A vosotros os hablo con palabras del Apóstol: "revestios de nuestro Señor Jesucristo y no busquéis cómo contentar los antojos de vuestra sensualidad" (Rom. XIII, 14), de modo que os revistáis en la vida de Aquel de quien os habéis revestido en el sacramento. "Pues todos los que habéis sido bautizados*

*en Cristo, estáis revestidos de Cristo" (Galat. III, 27)*¹.

Desde el principio, fue preocupación constante en la Iglesia mantener en la fe a los que ya habían creído, formarlos para que fueran verdaderos discípulos de Cristo. Es la solicitud que manifiesta San Pablo, y que le lleva a escribir a los Gálatas: *hijitos míos, por quienes sufro de nuevo dolores de parto hasta ver a Cristo formado en vosotros*²; y movido por ese afán que le consume, el Apóstol reza y se mortifica, escribe, viaja de un sitio a otro, envía personas de confianza cuando él no puede acudir: *no pudiendo sufrir más* —dice a los Tesalonicenses—, *determinamos quedarnos solos en Atenas, y enviamos a Timoteo, nuestro hermano y ministro de Dios en el Evangelio de Cristo, para confirmaros y exhortaros en vuestra fe*³. Todos los sacrificios son pequeños a la hora de afianzar en su vocación a las almas ganadas para Cristo.

Los Apóstoles sienten urgencia de *corroborar los ánimos de los discípulos y exhortarlos a perseverar en la fe* *. Se trata de formarlos bien, desde el primer momento, porque *si la buena doctrina se imprime en el alma cuando está aún tierna, luego, cuando la doctrina se consolida, nadie será capaz de arrancarla*⁵. Y, reunidos en Jerusalén —en el primer Concilio de

(1) San Agustín, *Sermo 8 in octava Paschae* 1.

(2) *Galat.* IV, 19.

(3) *1 Thess.* III, 1-2.

(4) *Acr.* XIV, 21.

(5) San Juan Crisóstomo, *De inani gloria* 20.

la historia de la Iglesia—, establecen las normas que han de vivir sus nuevos hermanos en la fe. Junto con la doctrina clara y precisa, quieren que llegue, a los que comienzan, el calor, la ayuda personal, alguien que esté junto a ellos y los comprenda, les anime, los fortalezca. Y les mandan hermanos con experiencia, bien formados, que les enseñarán a vivir esta doctrina: *os enviamos* —escriben— *a Judas y a Silas, que de palabra os dirán también lo mismo*⁶.

EL DESVELO del Buen Pastor es formar en la fe a aquellas almas que acaban de llegar a la Iglesia. También nosotros sentimos —como los primeros cristianos— el deber urgente de esa preocupación, y sabemos —nos lo ha enseñado nuestro Padre— que *nuestro principal y mejor apostolado es procurar que las vocaciones que el Señor envía a su Obra reciban, desde el primer momento, la formación oportuna para corresponder a la llamada y para perseverar en el camino.*

*Esta es la primera tarea —con obligación de justicia— de todos los miembros del Opus Dei, y especialmente de los Directores. Sólo así, además, se multiplicará la eficacia de las labores apostólicas*⁷.

Encontramos un eco de la primitiva cristiandad

(6) Act. XV, 27.

(7) De nuestro Padre, prólogo al *Programa de Formación inicial*, 3-V-1960.

en esas clases de formación personales, previstas por nuestro Padre desde los comienzos de la vocación; charlas que *han de ser conversaciones, en las que un hermano mayor —con experiencia— explica a un hermano más joven nuestro camino de santidad, los medios que tenemos para recorrerlo, las dificultades que puede encontrar, etc.*⁸.

Con cariño fraterno, se siguen de cerca las pequeñas dificultades que quizá se presenten, y se ayuda a superarlas; para que a nadie falten *en ningún momento las palabras de aliento que le impulsen cariñosa y fraternalmente en la lucha diaria*⁹.

Tenemos que dar lo que hemos recibido. Lo exige, en primer lugar, un deber de justicia con los que piden la admisión en la Obra, que tienen el derecho de recibir de nuestra Madre Guapa toda la formación que necesitan para ser santos según el espíritu del Opus Dei. *Los Directores y sacerdotes tratarán con especial cuidado a los que han pedido la admisión, para que la vocación madure. No dedicarles todas las atenciones espirituales que se les dieron hasta que pidieron la admisión, y dejarles como abandonados espiritualmente, en vez de cuidar la vocación incipiente con mucha mayor solicitud, sería una imprudencia gravísima, un pecado contra la justicia, y un desamor respecto a la Obra*¹⁰.

(8) *Programa de Formación inicial* 2ª ed., p. 10.

(9) *Programa de Formación inicial*, 2ª ed., p. 10.

(10) *Catecismo*, 5ª ed., n. 357.

Eso ayuda, además, a ser cada día mejores, pues quien, por deber de su cargo ha de decir cosas elevadas, por esta misma necesidad está obligado a vivirlasⁿ, para animar a ir adelante, con la oración y con el buen ejemplo.

DAR ESA formación, indispensable para llegar a la santidad, es una tarea que afecta a todos indistintamente, aunque de maneras diferentes, porque todos somos de alguna manera buenos pastores de nuestros hermanos. Por eso, nos recuerda nuestro Padre, *no sólo tenéis el deber de dejarlos conducir por el Buen Pastor y de responder lealmente cuando os llame por vuestro nombre, sino también el deber no menos fuerte de contribuir a la santificación de los demás*¹². Es un deber gustoso, que hemos de ejercer con especial esmero cuando se trata de almas que acaban de acercarse al calor de la Obra, porque necesitan de un modo particular nuestra ayuda. *Nunca olvidemos —escribe nuestro Padre— que, si hemos de recibir continuamente los medios que en la Obra están prescritos para nuestra santificación, las vocaciones recientes tienen más urgencia de esa ayuda: vuestros nuevos hermanos son como criaturas recién nacidas, y necesitan, con el afecto y*

(11) San Gregorio Magno, *Regula pastoratis* II, 3.

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 28-IIIM955, n. 30.

*la comprensión de todos, el aliento de la doctrina y el ejemplo de vuestra piedad*¹³.

Y añadía nuestro Fundador, como una enseñanza que deseaba grabar firmemente en nuestras almas: *no se puede hacer con los recién nacidos lo que hacían —según cuenta una falsa leyenda— los habitantes de la Maragatería, una comarca del antiguo reino de León. Cuando nacía un niño, lo sacaban de noche al balcón. Si resistía al frío y al relente, ya no lo mataba ni un rayo. No podemos hacer esto con los recién nacidos a la vida cristiana y a la vocación en la Obra. Tenemos que cuidar, especialmente en esos primeros momentos, a los que todavía son pequeños; abrigarles con el calor de nuestra oración y de nuestro cariño diligente. Luego, el Señor les hará cada vez más fuertes*^w.

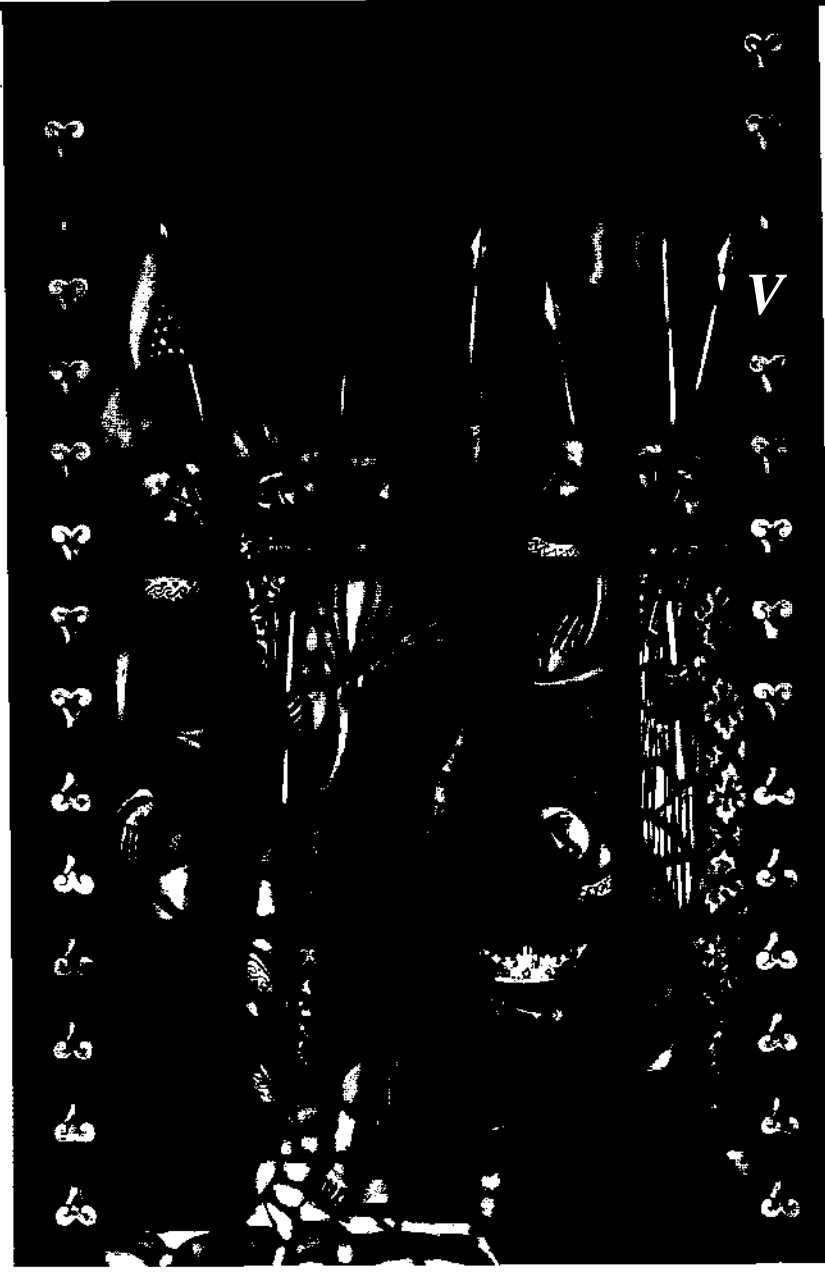
Tenemos que sentirnos instrumentos en las manos de Dios, que es el que santifica. Así, sobre esa base de humildad sincera, convencidos de que es Dios el que lo hace todo, bien podemos asumir la responsabilidad de esa labor maravillosa, con la alegría de ver cómo madura el fruto: moldear —no según nuestros gustos y opiniones, sino conforme a un modelo divino que respeta y, más aún, fortalece la personalidad de cada uno— el espíritu de los que han empezado a vivir la vida de apostolado de la

(13) De nuestro Padre, prólogo al *Programa de Formación inicial*, 3-V-1960.

(14) De nuestro Padre, *Tertulia*, 22X1969.

Obra. Labor divina que ha de constituir una preocupación para todos: porque esa primera formación pone los cimientos de la perseverancia de nuestros hermanos, la base de su santificación y de su eficacia apostólica. Labor fecunda que nos exige, en primer lugar, oración y buen ejemplo, con el cumplimiento fiel del trabajo concreto que nos han encomendado.

A la Virgen Santísima, *Regina Operis Dei*, encomendamos de un modo particular la primera formación de nuestros hermanos, porque las madres cuidan con particular esmero a sus hijos más pequeños.



185.

DOMINGO IV DE PASCUA

—La Confesión, sacramento de la misericordia de Dios.

—En la Obra, el Buen Pastor es el Padre y los que del Padre han recibido esa misión.

—Acudir siempre al Buen Pastor.

EN LA Semana Santa, vimos cumplirse a la letra unas palabras de Jesucristo que la Iglesia nos recuerda hoy en el Evangelio: *Yo soy el buen pastor; el buen pastor sacrifica su vida por sus ovejas. El mercenario, el que no es el propio pastor, como no son suyas las ovejas, viendo venir al lobo, abandona las ovejas y huye, y el lobo las arrebató y dispersa el rebaño*¹.

No le baató a Jesús mostrarnos el camino que conduce a los parajes más ricos y amenos; ni se conformó con venir al mundo en busca de la oveja descarriada; ni se dio por satisfecho muriendo y resucitando por su rebaño; ni acabó de llenarnos de mercedes al darse a Sí mismo —su Cuerpo y su Sangre, su Alma y su Divinidad— en el Sacramento del altar. Conociendo nuestra miseria y debilidad, dispuso las cosas para que, cuantas veces nos desviáramos

(1) Ev. (B) (Ioann. X, 11-12).

—mucho o poco— del camino, pudiésemos volver a El, limpios, renovados.

La Confesión, hijos míos —decía nuestro Fundador—, es la manifestación más hermosa del poder y del Amor de Dios. La gente recta no tiene dificultad en admirar a Dios Creador, de cuyo poder proceden todas las cosas. Admira también al Dios Redentor, que se hace criatura humana, se encarna en las entrañas purísimas de la Virgen María, y llega hasta el sacrificio del Calvario: se deja coser en el madero, más que por hierros, por el amor enorme que nos tiene. Está allí, pendiente en la Cruz, sufriendo todo lo que puede sufrir, que es mucho, porque nos ama inconmensurablemente; y muere. Nos quedamos conmovidos, llenos de agradecimiento.

Pero ¡un Dios que perdona!... ¿no es una maravilla? Sé de muchos no católicos que, al conocer bien la doctrina sobre el Sacramento de la Penitencia, han exclamado: esto sólo puede ser cosa de Dios. Y se han venido hasta El, y son felices.

Hijos, el Sacramento de la Penitencia no es sólo para perdonar los pecados, graves o leves; sirve también para fortalecer el alma en la hora de la lucha, para renovar el dolor de no haber sabido ser honrados, buenos, como un hijo noble y decente con su padre. ¡Va bien la Confesión! No la dejéis nunca, tened la devoción de confesaros bien, aunque no haya nada especial de qué acusaros. Haced un buen examen de conciencia, y veréis cosas; y, sobre todo, renovaréis el do-

*lor de los pecados pasados, recibiréis más gracia para luchar y unos consejos espirituales que os harán más encendidos, más capaces de todo lo bueno, de todo lo grande, de todo lo que es sacrificio*².

Al meditar en este sacramento de la misericordia divina, acuden a nuestros labios, con agradecimiento, las palabras inspiradas: *el Señor es mi pastor, y nada me falta. Me pone en verdes pastos, y me lleva a frescas aguas. Recrea mi alma y me guía por las sendas rectas, por amor de su nombre. Aunque haya de atravesar por un valle tenebroso, no temo mal alguno, porque Tú estás conmigo. Tu vara y tu cayado son mi consuelo*³.

PARA facilitar el acercamiento del pecador, Dios ha puesto como ministro del perdón a un hombre que actúa *in persona Christi*: el sacerdote, que desempeña *para los fieles arrepentidos o enfermos el misterio de la reconciliación y del alivio*⁴. La Confesión lleva consigo un juicio y es, al mismo tiempo, medicina del alma; supone un propósito, una orientación hacia el futuro y es, en consecuencia, cauce de dirección espiritual. Todo esto hace que, junto con la misión propiamente sacramental, el ministro

(2) De nuestro Padre, Tertulia, 13-IV-1972.

(3) Ps. R. (A) (Ps. XXI, 1-4).

(4) Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 28.

legítimamente aprobado ejerza una acción pastoral que requiere —para su mayor eficacia— algún conocimiento de las personas y de sus circunstancias, y una particular gracia de Dios.

El mismo Jesucristo, con su llamada divina, nos ha reunido en este redil suyo que es el Opus Dei.

Quiso el Señor como Pastor de estas ovejas a vuestro Padre, y a quienes del Padre reciban esa misión: los Directores y los sacerdotes de la Obra, porque no se le da ordinariamente a nadie que no sea del Opus Dei. Los que no son de nuestra familia, no son buenos pastores de mis ovejas, aunque sean muy buenos pastores de las suyas, de las de su grey.

Sólo es Buen Pastor el que, conociendo y viviendo nuestro espíritu, recibe esa misión de quien puede dársela: a éste abre el portero, y las ovejas escuchan su voz, y él llama por su nombre a las ovejas propias y las saca fuera. Y, cuando ha hecho salir a sus propias ovejas, va delante de ellas, y las ovejas le siguen, porque conocen su voz (Ioann. X, 3-4). Por eso, los miembros del Opus Dei, si de verdad quieren ser fieles, no siguen a un extraño, sino que huyen de él, porque no conocen la voz de los extraños (Ioann. X, 5).⁵

Y concluía nuestro Padre: conviene, por tanto, que, siempre que sea posible, os confeséis con los sacerdotes hermanos vuestros que están designados. Y

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 28-111-1955, n. 16.

está dispuesto que todos los miembros acudan a ellos cada semana, al menos para recibir la bendición⁶.

Es el momento de preguntarse, cada uno en la intimidad de su corazón: ¿acudo con puntualidad a la Confesión sacramental?, ¿recibo con agradecimiento, y deseos de aprovecharlo bien, este medio de santificación personal que la Obra, como buena Madre, pone tan abundantemente en mis manos?

LA IGLESIA Santa, nuestra Madre —y con la Iglesia también yo, vuestro Padre, que debo ser para vosotros a la vez padre y madre—, os concede una libertad plena, para que podáis (...) ir a confesar con cualquier sacerdote que tenga las oportunas licencias.

Sin embargo, no puedo dejar de aconsejaros lo que es más conveniente para vuestras almas, aun respetando absolutamente el derecho que cada uno de vosotros tiene. Por eso, os repito de nuevo: vosotros, por ser ovejas fieles, firmes, y porque queréis ser siempre así, debéis dejaros cuidar por el Buen Pastor⁷.

Una aplicación concreta de esta doctrina que nos enseñó nuestro Padre, se resume en el propósito —que ahora renovamos— de acudir siempre a nuestros hermanos sacerdotes, especialmente si en algu-

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 28-111-1955, n. 18.

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 28-111-1955, n. 22.

na ocasión hay en nuestra alma algo que nos pueda avergonzar. Y les abriréis el corazón de par en par —¡podrido, si estuviese podrido!—, con sinceridad, con ganas de curaros; si no, esa podredumbre no se curaría nunca. Si fuésemos a una persona que sólo puede curarnos superficialmente la herida... es porque seríamos cobardes, porque no seríamos buenas ovejas, porque iríamos a ocultar la verdad, en daño nuestro. Y haciéndonos este mal, buscando a un médico de ocasión, que no puede dedicarnos más que unos segundos, que no puede meter el bisturí, y cauterizar la herida, también estaríamos haciendo un daño a la Obra. Si tú hicieras esto, tendrías mal espíritu, serías un desgraciado. Por ese acto no pecarías, pero ¡ay de ti!, habrías comenzado a errar, a equivocarte. Habrías comenzado a oír la voz del mal pastor, al no querer curarte, al no querer poner los medios. Y estarías haciendo un daño a los demás (...).

Hijos míos, que no os avergüence ser miserables, si en algún caso lo sois; no os acobardéis porque tengáis en el corazón el fomes peccati. No os asustéis de nada. ¡Fieles de verdad! ¡Sinceros! ¡Sinceros! Tengamos el sentido común y el espíritu sobrenatural de saber que si el Padre, por ser padre y por ser madre, deja las cosas muy anchas, vosotros, por ser ovejas firmes, seguras, por dejar trabajar al buen pastor, con buen sentido, sabréis no usar de ciertos derechos, para en cambio tener mayor eficacia en la labor de vuestra propia santificación y de la santificación de toda la Obra, de la

*santificación de vuestros hermanos y de tantas almas, y de la Iglesia*⁸.

La devoción a la Santísima Virgen, *Mater divinae gratiae* y *Refugium peccatorum*, nos impulsará a acercarnos a la Confesión con verdadero dolor de nuestras faltas.

(8) De nuestro Padre, Meditación, 12-111-1961.

186.

LUNES

—La vibración proselitista, para estar ordenada, ha de comenzar por nuestra familia sobrenatural.

—Somos responsables de la perseverancia de nuestros hermanos.

—Orar los unos por los otros, y ayudarnos con la corrección fraterna y con otras manifestaciones concretas de verdadera caridad.

JESUCRISTO nos habla del Buen Pastor en el Evangelio de la Misa de hoy. El mismo es el Pastor bueno, que ha entregado la vida por sus ovejas, y nos invita: *Yo soy la puerta; si alguno entra a través de mí, se salvará; y entrará y saldrá y encontrará pastos*¹. Y comentando este pasaje, nuestro Padre nos enseñó que todos participamos en la misión del Buen Pastor, porque en la Obra todos somos, al mismo tiempo, oveja y pastor.

*No hay señal, no existe marca alguna que distinga mejor al cristiano, que el cuidado que tiene por sus hermanos y su celo por la salvación de las almas*². Y la vibración proselitista ha de estar ordenada. La caridad *ha de vivirse de un modo particular entre aquellos que tienen el lazo de la fraternidad, por*

*ser hijos de una misma Madre, la Obra*³. Buscar almas —muchas— para la Obra, es necesario; pero mucho más importante todavía es velar con todo cariño por nuestros hermanos, de modo que conserven y mejoren su entrega. Estamos en este redil de Cristo, y como dice San Agustín, *deseo salvar a las ovejas que están fuera, pero temo más que padezcan algo las que viven dentro*⁴. Falso proselitismo sería el de quienes trabajaran con ilusión en ganar vocaciones y desatendieran a sus hermanos; equivocado proselitismo el de quienes vivieran mil detalles de delicadeza con los de fuera, y no se esmeraran mucho más con los de la familia.

Vosotros me sostenéis, hijos míos —decía nuestro Fundador en una ocasión—, y yo os sostengo también a vosotros para que seáis buenos y fieles. En la Obra, cada uno tiene que unirse a los demás para no caer, hacerse fuerte con la fortaleza de los otros, apoyarse en sus hermanos con el fin de ser bueno y fiel. Y deber de cada uno es sostener y ayudar a los demás. ¿Afán de proselitismo? ¡Bien, maravilloso!; pero si no procuramos hacer mejores, más fieles a nuestros hermanos, no creo en ese proselitismo

Mucha más eficacia apostólica tiene cuidar de los pescadores que de los peces: antes que nadie son

(1) Ev. (Ioann. X, 9).

(2) San Juan Crisóstomo, *Homilía* 6, 3.

(3) De nuestro Padre, Meditación, 12-IV-1954.

(4) San Agustín, *Sermo* 46, 7, 15.

(5) De nuestro Padre, Tertulia, 12-IV-1971.

los propios hermanos. *La primera manifestación del proselitismo es que os ayudéis entre vosotros a perseverar y a ser santos*⁶.

HERMANOS míos —advierte el Apóstol Santiago—, *si alguno de vosotros se desviase de la verdad y otro le redujera a ella, debe saber que quien hace que se convierta el pecador de su extravío, salvará de la muerte el alma del pecador, y cubrirá la muchedumbre de sus propios pecados*⁷.

Si alguno de vosotros se desviase... La posibilidad existe. Sin la ayuda de Dios y de sus hermanos, ¿quién puede sentirse seguro en el camino? ¡Y qué gran responsabilidad la de ayudar a quien en algún momento flaquea! Las manifestaciones de afecto se prodigan más con quien más lo necesita. *La madre acude con más amor al hijo enfermo. Una madre, un hermano que ama, ante un hijo o ante un hermano enfermo, no se aparta aunque la enfermedad sea contagiosa*⁸.

No sólo los Directores; cada uno de nosotros es responsable de la perseverancia de sus hermanos; y *es muy necesario que todos cuidemos a los que nos han sido encomendados*⁹, y que estemos como en

(6) De nuestro Padre, n. 122.

(7) Iacob. V, 19-20.

(8) De nuestro Padre, Crónica IX-58, p. 8.

(9) San Gregorio Magno, *Homiliae in Evangelia* 17, 11.

carne viva ante aquel que vacila. Es el mejor servicio que podemos prestar a la Iglesia y a la Obra: *siervo soy de la Iglesia y principalmente de sus miembros más débiles, ya que somos miembros del mismo cuerpo*¹⁰, decía San Cipriano. Es, sin duda, el mejor apostolado: *el proselitismo más fino es hacer que no se pierda ningún hermano tuyo*¹¹.

¡Qué gran responsabilidad si alguna vez fuésemos tan ciegos que no nos diésemos cuenta de que un hermano nuestro se hunde! Porque esto se ve antes: como se nota que uno está enfermo. Y si sería un crimen dejar morir a una criatura enferma, mucho peor es dejar que uno se pierda. *Si alguna vez —escribió nuestro Padre— yo viese flaquear a uno, y flaquear hasta el extremo de perder su felicidad terrena y quizá la eterna, no excusaría de pecado a los que convivieran con aquel hijo mío, porque no habrían sabido darle los medios para perseverar, medios a los que tenía derecho*¹².

Si en un momento alguien sintiera la tentación de abandonar el camino que un día vio claro, tendríamos que poner de nuestra parte todos los medios necesarios para devolverle la vida: le encomendamos y, dentro siempre de la libertad más plena, le prodigamos nuestros cuidados para ayudarle a perseverar. Lo contrario sería no sólo una falta de cari-

¹⁰ San Cipriano, *De operibus monachorum* 29, 37.

(11) De nuestro Padre, Meditación, 19-11-1958.

(12) De nuestro Padre, n. 128.

dad, sino aun de justicia, ya que en cierto modo también fuimos nosotros mismos causa de su vocación.

La enseñanza del Señor es clara. Nos habla del Buen Pastor y del mercenario, que *no viene sino para robar, matar y destruir. Yo vine para que tengan vida y la tengan en abundancia*¹³. Como buenos pastores de nuestros hermanos, si alguna vez viéramos que alguien flaquea, sería necesario intensificar la oración, la mortificación, la fidelidad del día de guardia, y tener para ese hermano nuestro mil detalles de cariño.

CADA uno ejercita su misión de Buen Pastor para los demás principalmente por medio de la corrección fraterna. *El que busca su propia comodidad y no el bien de Jesucristo (...), se calla, no corrige. Eres mercenario: has visto venir al lobo y has huido. Tal vez respondas y digas: aquí estoy, no he huido. Huiste porque te has callado* ¹⁴.

A estas palabras de San Agustín hacen eco aquellas otras de nuestro Fundador: *cuando alguno de mis hijos pierde el camino, tienen una buena parte de culpa los que estaban alrededor suyo y no le han ayudado. Porque al ir de excursión a un monte o a la nieve, si uno se descamina los demás se vuelven*

locos para encontrarlo, y salen en su busca afrontando todos los sacrificios. Se exponen a cien mil peligros, pero lo sacan adelante, le ayudan a volver al camino. De lo contrario son unos viles. Pues eso mismo tenéis que hacer con vuestros hermanos, y, después, con los demás. Es un deber de justicia: primero —repito— con nuestros propios hermanos. Ayudadles, animadles. ¡Adelante!

Para eso tenemos la corrección fraterna, como la tenían los primeros fieles de la Iglesia: no hemos inventado nada. En la vida espiritual, os lo he dicho muchas veces, no hay nada que inventar. Tenemos los mismos medios que los Apóstoles y los primeros cristianos: la fe, que la da Dios, con la esperanza y la caridad, que son virtudes sobrenaturales. Después la doctrina, los sacramentos... Y como una manifestación de la eficacia del sacramento de la penitencia, la dirección espiritual y la sinceridad para hablar.

Así iremos todos adelante, todos: no podemos dejar a nadie en el camino. Cuando se queda alguno, me parece que se queda un pedazo de mi carne allí, pegado a una roca. Y sufro. Me parece que he faltado yo, y me doy golpes de pecho: perdóname, Dios mío. Muchas veces la culpa no es mía, sino de algunos que están alrededor y no le han ayudado.

Cuando era joven tenía una gran devoción a los cuarenta mártires de Sebaste, aquellos soldados que fueron sumergidos en una piscina de agua helada. Estaban a punto de morir y decían: cuarenta hemos

(13) Ev. (ioann. X, 10).

(14) San Agustín, *In Ioannis Evangelium tractatus* 46, 8.

*entrado en la batalla, cuarenta coronas te pedimos. Se leía antes esta historia en el breviario. Uno de ellos se salió del agua y, entonces, el Espíritu Santo movió a uno de los perseguidores, que se metió allí a ocupar su puesto para ser testigo de Jesucristo. Pues vosotros igual*¹⁵.

Es la caridad, el cariño efectivo, el que mueve nuestra oración y nuestro trato, el que no repara en sacrificios, el que lleva al Buen Pastor a dar —cada día— la vida por los suyos. *Caridad con vuestros hermanos. Esa caridad os llevará a ayudarles a conservar su vocación, que es el tesoro más espléndido que Dios nos dio. Esa caridad os llevará a contribuir con vuestro esfuerzo, para que cada uno de los nuestros sea santo, para que todos tengan una sólida vida interior.*

Si sabéis que algún hermano vuestro viene retrasando la meditación, o se olvida de confesar el día señalado, ¿por qué no ayudarle?: oye, ¿vamos a hacer la meditación?: ¿vienes a confesarte?: hoy nos toca... Si nos damos cuenta de que a aquél o al otro la mortificación le cuesta, ¿no podemos allanarle el camino, con una palabra cariñosa y buen ejemplo? "

Hay que desvivirse por la perseverancia, por la felicidad de nuestros hermanos. *Que cada uno se preocupe de los demás, para hacerles la vida —el ca-*

(15) De nuestro Padre, Tertulia, 12-IV-1971.

(16) De nuestro Padre, Meditación, 29-III-1956.

mino de Dios, en la tierra— más amable; que nadie se sienta solo en Casa, que esté persuadido de que se le comprende; y si tiene una flaqueza, se le disculpa, y se le da la mano; y de que, para su debilidad, está la fortaleza de todos los otros ". Y la fortaleza de Nuestra Madre, Santa María, Virgo potens, Virgen poderosa.

(17) De nuestro Padre, Meditación, 12-IV-1954.

187.

MARTES

—Al llamarnos para santificar el mundo, el Señor nos pide que ejercitemos todos nuestros derechos de ciudadanos.

—Hemos de estar presentes donde sea necesario fomentar y defender los intereses de Cristo.

—Hay que promover entre los católicos la conciencia, cada vez más clara, de su personal responsabilidad en la vida pública.

AL QUERERTE apóstol, te ha recordado el Señor, para que nunca lo olvides, que eres "hijo de Dios"¹. Y por ser hijos, tenemos una herencia que administrar: la herencia de Cristo, que abarca el mundo entero: tú eres mi hijo, hoy te he engendrado Yo. Pídeme y haré de las gentes tu heredad, te daré en posesión los confines de la tierra².

Como todos los martes, la meditación del Salmo II nos impulsa a dirigir nuestra mirada y nuestros afanes a ese mundo que es el lugar de nuestro encuentro cotidiano con Dios, y que tan necesitado se encuentra de redención. *El mundo nos espera. ¡Sí!, amamos apasionadamente este mundo porque Dios así nos lo ha enseñado: "sic Deus dilexit mundum..."—así Dios amó al mundo; y porque es el lugar de nuestro campo de batalla —una hermosísima guerra de cari-*

(1) *Camino*, n. 919.

(2) *Ps.* II, 8.

dad—, para que todos alcancemos la paz que Cristo ha venido a instaurar³.

Nos espera la tarea de recuperar para Cristo todo lo que El ganó en la Cruz; y es una labor que debemos realizar con alegre seguridad, *porque las criaturas todas están aguardando con grande ansia la manifestación de los hijos de Dios⁴*. Jesucristo, que resucitó según predijo, está entre nosotros, y nos anima a vivir plenamente nuestra vocación, a realizar la misión que nos ha confiado en la tierra: santificarnos y santificar almas e instituciones, en el mundo y tomando ocasión de las cosas del mundo.

La actitud del Apóstol San Pablo es un ejemplo claro para los cristianos que vivimos en el mundo: San Pablo lleva ya tiempo encadenado, y los judíos ensayan ante la autoridad romana toda suerte de maniobras contra él. Nada pueden probar, *pero el Procurador Festo, queriendo congraciarse con los judíos, respondiendo a Pablo le dijo: ¿quieres subir a Jerusalén y ser allí juzgado ante mí?⁵* Pablo advierte la intención poco recta del Procurador, y esgrime sus derechos de ciudadano romano: *Caesarem appello⁶*, apelo al César.

Empeñado en la causa de Jesucristo, Pablo no duda en hacer uso de los derechos que su ciudadanía

(3) *Surco*, n. 290.

(4) *Rom.* VIII, 19.

(5) *Act.* XXV, 9.

(6) *Act.* XXV, 11.

le confiere, en beneficio de la Iglesia naciente: se sabe obligado a poner cuanto esté de su mano para prolongar su trabajo apostólico en la tierra, esgrimiendo todos sus derechos en servicio de Dios. Y lo hace con gallardía.

*Esta es tu tarea de ciudadano cristiano, escribe nuestro Padre: contribuir a que el amor y la libertad de Cristo presidan todas las manifestaciones de la vida moderna: la cultura y la economía, el trabajo y el descanso, la vida de familia y la convivencia social*⁷. Por eso, *no es verdad que haya oposición entre ser buen católico y servir fielmente a la sociedad civil. Como no tienen por qué chocar la Iglesia y el Estado, en el ejercicio legítimo de su autoridad respectiva, cara a la misión que Dios les ha confiado.*

*Mienten —¡así: mienten!— los que afirman lo contrario. Son los mismos que, en aras de una falsa libertad, querrían "amablemente" que los católicos volviéramos a las catacumbas*⁸.

MUCHAS realidades materiales, técnicas, económicas, sociales, políticas, culturales..., abandonadas a sí mismas, o en manos de quienes carecen de la luz de nuestra fe, se convierten en obstáculos formidables pa-

(7) Surco, n. 302.

(8) Surco, n. 301.

ra la vida sobrenatural: forman como un coto cerrado y hostil a la Iglesia.

*Tú, por cristiano —investigador, literato, científico, político, trabajador...—, tienes el deber de santificar esas realidades. Recuerda que el universo entero —escribe el Apóstol— está gimiendo como en dolores de parto, esperando la liberación de los hijos de Dios*⁹.

La realidad de nuestra filiación divina nos hace fuertes y seguros en el empeño de renovar la faz de la tierra. *Acelerar y apresurar ese retorno con la acción, con las obras, es un deber de los católicos. Muchos, sin embargo, no tienen en la vida social aquel puesto y autoridad que convienen a los que llevan delante de sí la antorcha de la verdad. Tal estado de cosas puede atribuirse a la apatía o timidez de los buenos, que se abstienen de la lucha o resisten flacamente; y de aquí los enemigos de la Iglesia sacan mayor temeridad y audacia*¹⁰.

Estamos en el mundo, y nuestra misión ha de realizarse entre los hombres. *Por eso he afirmado, y os lo repito —escribe nuestro Padre—, que habéis de dar ejemplo, siendo así testigos de Jesucristo en todos los campos de la actividad humana, a los que llevaréis la buena semilla que habéis recibido, para ser sembradores de Dios, sal que sazone las almas que no han gustado aún o que han olvidado el sabor del mensaje*

(9) Surco, n. 311.

(10) Pió XI, Litt. ene. *Quas primas*, II-XII-1925.

evangélico, luz que ilumine a los que yacen en las tinieblas del error o de la ignorancia.

En todos los campos donde los hombres trabajan —insisto— os habéis de hacer presentes también vosotros, con el maravilloso espíritu de servicio de los seguidores de Jesucristo, que no vino a ser servido, sino a servir (Matth. XX, 28): sin abandonar imprudentemente —sería error gravísimo— la vida pública de las naciones, en la que actuaréis como ciudadanos corrientes, que eso sois, con libertad personal y con personal responsabilidad ⁿ.

Actuaremos —¡somos hijos de Dios!— con optimismo y moral de victoria, porque no buscamos nuestra afirmación personal, sino el establecimiento efectivo del reino de nuestro Padre Dios, que ha tenido esta finura de Amor con nosotros: permitirnos que le conquistemos la tierra.

El —¡tan humilde siempre!— quiso limitarse a convertirlo en posible... A nosotros nos ha concedido la parte más hacedera y agradable: la de la acción y la del triunfo ^u.

LA PRESENCIA leal y desinteresada en el terreno de la vida pública ofrece posibilidades inmensas para hacer el bien, para servir: no pueden los católicos —no

(11) De nuestro Padre, *Carla*, 9-1-1932, n. 40.

(12) *Surco*, n. 291.

podéis vosotros, hijos míos— desertar de ese campo, dejando las tareas políticas en las manos de los que no conocen o no practican la ley de Dios, o de los que se muestran enemigos de su Santa Iglesia.

La vida humana, tanto privada como social, se encuentra ineludiblemente en contacto con la ley y con el espíritu de Cristo Señor Nuestro: los cristianos, en consecuencia, descubren fácilmente una compenetración recíproca entre el apostolado y la ordenación de la vida por parte del Estado, es decir, la acción política. Las cosas que son del César, hay que darlas al César; y las que son de Dios, hay que dárselas a Dios (Matth. XXII, 21), dijo Jesús ¹³.

Como personas corrientes, tenemos todas las obligaciones propias de los ciudadanos y, en consecuencia, gozamos de los mismos derechos: pero esos derechos, cuando de su ejercicio depende la gloria de Dios y la salvación de las almas, ya no son nuestros, sino suyos, de Dios: se convierten en deberes indeclinables. No podemos cruzarnos de brazos, cuando una sutil persecución condena a la Iglesia a morir de inedia, relegándola fuera de la vida pública y, sobre todo, impidiéndole intervenir en la educación, en la cultura, en la vida familiar.

No son derechos nuestros: son de Dios, y a nosotros, los católicos, El los ha confiado..., ¡para que los

(13) De nuestro Padre, *Carca*, 9-1-1932, n. 41.

*ejercitemos!*¹⁴. Por eso, ante la sociedad, el cristiano no puede adoptar nunca una postura indiferente, neutral, de espectador pasivo. *Esa falsa humildad es comodidad: así, tan humildico, vas haciendo dejación de derechos... que son deberes*¹⁵.

Es una doctrina que hay que enseñar a la gente, porque su ignorancia es causa de muchos males. *Os diré, a este propósito* —ha escrito nuestro Padre—, *cuál es mi gran deseo: querría que, en el catecismo de la doctrina cristiana para los niños, se enseñara claramente cuáles son estos puntos firmes, en los que no se puede ceder, al actuar de un modo o de otro en la vida pública; y que se afirmara, al mismo tiempo, el deber de actuar, de no abstenerse, de prestar la propia colaboración para servir con lealtad, y con libertad personal, al bien común. Es éste un gran deseo mío, porque veo que así los católicos aprenderían estas verdades desde niños, y sabrían practicarlas luego cuando fueran adultos*¹⁶.

Consideremos ahora, en la presencia de Dios, pidiendo luz a su Madre Santísima, en qué grado nos sentimos urgidos para esa tarea, si tenemos ese *hondo sentido de responsabilidad que promueva y encauce la actuación de los católicos en la vida pública*¹⁷; y qué hacemos —desde el propio lugar y las personales circunstancias— para que Jesucristo esté en la cumbre de todas las actividades humanas.

(14) *Surco*, n. 310.

(15) *Camino*, n. 603.

(16) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 45.

(17) De nuestro Padre, *Obras* VI-55, p. 9.

188.

MIÉRCOLES

—Por el Bautismo y la Confirmación participamos en el sacerdocio de Cristo.

—Ser para todos luz, guía, *Buen Pastor*.

—Tener celo por la salvación de todas las almas.

PABLO y Bernabé, en compañía de otros discípulos de Cristo, se habían establecido en Antioquía y allí desarrollaban una intensa labor apostólica. *Estando ellos sirviendo al Señor y ayunando, les dijo el Espíritu Santo: separadme a Saulo y a Bernabé para la obra a que los he destinado. Entonces, ayunando y orando, les impusieron las manos y les enviaron. Ellos, mandados así por el Espíritu Santo, fueron a Seleucia y desde allí navegaron hasta Chipre*¹. Comenzaba el primero de los viajes misioneros de San Pablo, que tantos frutos habrían de dar para la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Todos los cristianos, cada uno según la vocación concreta que Dios le ha dado, hemos de continuar esa misión apostólica hasta el final de los tiempos. Y para eso, por el Bautismo y la Confirmación, el Espíritu Santo infunde en nuestra alma un sello

(1) *L. 1* (Act. XIII, 2-4).

sacerdotal. *¿Acaso ignoras que también a ti, esto es, a toda la Iglesia y al pueblo de los creyentes, ha sido dado un sacerdocio? Escucha lo que Pedro dice a los simples fieles: vosotros sois linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, un pueblo que Dios ha adquirido para sí². Nosotros, además, por singular vocación divina estamos llamados a hacer la Obra de Dios con alma verdaderamente sacerdotal y mentalidad plenamente laical³.*

En medio del mundo, hemos de vivir plenamente ese sentido sacerdotal de la vida, propio de todo cristiano. *Mientras desarrolláis vuestra actividad en la misma entraña de la sociedad —escribe nuestro Padre—, participando en todos los afanes nobles y en todos los trabajos rectos de los hombres, no debéis perder de vista el profundo sentido sacerdotal que tiene vuestra vida: debéis ser mediadores en Cristo Jesús, para llevar a Dios todas las cosas, y para que la gracia divina lo vivifique todo: con mucho gusto gastaré cuanto tengo y me entregaré a mí mismo por las almas (II Cor. XII, 15)*.*

Hemos de hacer de todo nuestro día ocasión constante para unirnos a Cristo y salvar las almas. *Con esa alma sacerdotal, que pido al Señor para todos vosotros, debéis procurar que, en medio de las ocupa-*

ciones ordinarias, vuestra vida entera se convierta en una continua alabanza a Dios: oración y reparación constantes, petición y sacrificio por todos los hombres. Y todo esto, en íntima y asidua unión con Cristo Jesús, en el Santo Sacrificio del Altar⁵.

El alma sacerdotal se siente corredentora, y entiende bien aquellas palabras que San Pedro dirigía a la primera comunidad cristiana: *no os sorprendáis con el fuego de la tribulación, que es para prueba vuestra, como si os aconteciese alguna cosa de nuevo. Mas alegraos de ser partícipes de la Pasión de Cristo, para que os gocéis también con júbilo en la aparición de su gloria⁶.*

A VECES, cara a esas almas dormidas, entran unas ansias locas de gritarles, de sacudirlas, de hacerlas reaccionar, para que salgan de ese sopor terrible en que se hallan sumidas. *¡Es tan triste ver cómo andan, dando palos de ciego, sin acertar con el camino!*

—Cómo comprendo ese llanto de Jesús por Jerusalén, como fruto de su caridad perfecta...⁷.

El celo por la salvación de las almas es una característica que Dios ha puesto en el espíritu de la Obra. *Nosotros —laicos o sacerdotes, todos con alma*

(2) Orígenes, *In Leviticum homiliae* IX, 1.

(3) De nuestro Padre, *Carta*, 2-II-1945, n. i.

(4) De nuestro Padre, *Cana*, 28-III-1955, n. 4.

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 28-III-1955, n. 4.

(6) 1 *Petr.* IV, 12-13.

(7) *Surco*, n. 210.

*sacerdotal y mentalidad laical— tenemos metidas en nuestra vida, dedicada al servicio del Señor, aquellas palabras de Cristo Sacerdote: santifícalos en la verdad. La palabra tuya es la verdad (Ioann. XVII, 17)*⁸.

Nos vamos formando en el conocimiento del dogma y de la moral de la Iglesia para acercarnos más a Dios, para aliviar la gran necesidad de doctrina que tienen los hombres; porque el alma sacerdotal tiene los mismos afanes que llenaban el Corazón de Jesús: guiar las almas, predicar la verdad, dar doctrina. *Vuestra pasión dominante ha de ser el afán de dar doctrina: doctrina católica, que esté plenamente de acuerdo con el sentir de la Iglesia y que siga con toda fidelidad el Magisterio de Pedro*⁹.

Nuestra actitud ha de ser la de abrir los brazos a todos los hombres, especialmente a los enfermos del alma, para llevarles a la luz, porque Dios pone en nuestro corazón un ansia insaciable de corredimir con su Hijo. *Quienes han encontrado a Cristo no pueden cerrarse en su ambiente: ¡triste cosa sería ese empequeñecimiento! Han de abrirse en abanico para llegar a todas las almas. Cada uno ha de crear —y ensanchar— un círculo de amigos, sobre el que influya con su prestigio profesional, con su conducta, con su amistad, procurando que Cristo influya por medio de ese prestigio profesional, de esa conducta, de esa amistad*¹⁰.

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 19-IIIM954, n. 25.

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 28-111-1955, n. 7.

(10) *Surco*, n. 193.

El Señor nos pide que seamos buenos pastores de sus ovejas, que tengamos compasión de esos hijos suyos enfermos. Quiere que demos nuestra vida, día a día, por los demás. *Si amo a mis hermanos hasta dar mi vida por ellos, si por la verdad combato hasta la muerte, si mortifico mi cuerpo y me abstengo de toda concupiscencia, si el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo, entonces he ofrecido un holocausto en el altar de Dios y me hago sacerdote de mi propio sacrificio*".

Pedimos al Señor esa identificación total con El, en nuestro ser y en nuestro obrar, para ser buenos instrumentos en sus manos, con la confianza que nos sugieren unas palabras de Jesús que se recogen en la Misa de hoy: *Yo soy quien os ha elegido, y os ha destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca*¹².

VIVIMOS las mismas virtudes que se exigen al sacerdote: caridad, humildad, piedad, espíritu de oración y de sacrificio... *¿Qué virtudes viven los buenos sacerdotes, que no debáis vivir también vosotros, hijas e hijos queridísimos, por exigencia de la vocación divina, de vuestra llamada al Opus Dei?*¹³.

(11) Orígenes, *In Leviticum homiliae* IX, 9.

(12) *Ant. ad Com.* (cfr. *Ioann.* XV, 16-19).

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 28-111-1955, n. 4.

Consecuencia de esa alma sacerdotal es el deseo sincero de llegar a todos: no hay nadie en la tierra que nos pueda resultar indiferente. Hemos de sentir vivamente, contemplando las cosas con visión sobrenatural, que la salvación de un alma vale más que todos los bienes del mundo reunidos. *No se puede decir que vivan bien los que por ceguera desconocen el fin del vivir o lo desprecian por soberbia. Nadie puede tener esperanza verdadera y cierta en el vivir si no conoce la Vida, que es Cristo, y entra por la puerta en el redil* ¹⁴.

Al tratar a los que nos rodean, no queremos que nadie pase junto a nosotros sin que se acerque un poco más a Jesús. *Entregaos generosamente al servicio de las almas. Los sacerdotes, especialmente en la predicación de la palabra de Dios, y dedicando muchas horas a la administración del sacramento de la Penitencia.*

Y todos, sacerdotes y seglares, excedeos en ese servicio divino con la mayor caridad, llenos de comprensión con los demás y de intransigencia con vosotros mismos; porque debe estar profundamente enraizado en vosotros el espíritu de reparación y el deseo constante de adquirir y de dar a todos —de modo adecuado— la ciencia de Dios ¹⁵.

Si de verdad tenemos alma sacerdotal, tendremos afán de almas, y nuestro trato leal y generoso

(14) San Agustín, *In Ioannis Evangelium tractatus* 45.

(15) De nuestro Padre, *Carta*, 28-111-1955, n. 6.

invitará a los demás a abrir el corazón, a comunicar sus inquietudes, pues disponemos de la mejor medicina: la gracia y la doctrina de Jesucristo. Si tenemos alma sacerdotal sabremos orientar, sabremos comprender, sabremos disculpar los defectos ajenos deseando, a la vez, curarlos. Y podremos decir, con la alegría de ver la eficacia sobrenatural de esa labor: *¿qué hay mejor que dirigir las almas?* ¹⁶.

Acudamos a la Virgen Santísima para que haga aún más sacerdotal nuestra alma, para que nos haga sentir la profunda necesidad de Dios que tienen los hombres.

(16) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 60, 8.

189.

JUEVES

—Nuestro camino es de amor.

—El amor lleva a la generosidad, al olvido de sí mismo.

—Nuestro servicio a los demás ha de ser gustoso y alegre.

NUESTRA vida es como la de aquel personaje de la parábola, que encuentra un tesoro escondido en un campo, y *gozoso del hallazgo va, y vende cuanto tiene, y compra aquel campo*¹.

Jesucristo nos descubrió este camino de amor, y nos hizo ver que, en comparación con ese tesoro, ninguna otra cosa era digna de ser tenida en cuenta, y que valía la pena dejarlo todo para gozar de él. Sin embargo, aun siendo incalculable su precio, el Señor no nos pidió de una sola vez cuanto teníamos. Poco a poco, para ayudarnos a vencer las resistencias de nuestra debilidad, nos ha exigido nuevas renunciaciones, mayor entrega. Y si la primera vez lo hicimos por amor, *gozosos del hallazgo*, quiere que nunca más falte esa alegría, ese motivo de amor.

Comentando el *mandatum novum* que Cristo dio a sus discípulos, se pregunta San Agustín: *¿por qué el Señor lo llama nuevo, cuando se conoce su antigüedad? ¿Tal vez será nuevo porque, despojándonos*

*del hombre viejo, nos ha vestido del hombre nuevo? (...). Este amor, en efecto, nos renueva para ser hombres nuevos, herederos del Nuevo Testamento y cantores del cántico nuevo. Este amor, queridísimos hermanos, renovó ya entonces a los justos del Antiguo Testamento, a los Patriarcas y Projetas, como renovó después a los Apóstoles, y es el que también ahora renueva a todas las gentes; el amor, que de todo el género humano, difundido por toda la tierra, forma y congrega un pueblo nuevo, Cuerpo de la nueva Esposa del Hijo Unigénito de Dios*².

El primer amor tiene que mantenerse vivo, crecer e informar todas nuestras acciones. Todo lo bueno que podamos hacer en servicio de Dios, si faltase el amor, sería inútil, labor vana. *Conozco tus obras* —dice el Señor— *y tu trabajo (...), y que tienes paciencia, y has padecido a causa de mi nombre y no desfalleciste. Pero tengo contra ti que has perdido el fervor de la primera caridad*³. ¡Qué poco valen las obras si no van acompañadas del fervor de la caridad! Es posible y hasta lógico que, con el paso del tiempo, el fervor juvenil de la primera entrega se haga menos patente. No por eso ha de ser menos intenso: entonces hemos de querer a Dios así, con toda nuestra alma, aunque la sensibilidad esté como dormida; será un amor más sobrenatural, más puro.

(1) *Malth.* XIII, 44.(2) *Ad off. lect.*, L. II (San Agustín, *In Iohannis Evangelium tractatus* 65, 1).(3) *Apoc.* II, 2-4.

Buen ejemplo nos dio siempre nuestro Padre. Aunque habitualmente iba *a contrapelo* —así solía expresarse—, sabía encenderse y encendernos en amor al Señor, sobre todo a Jesús en el Sagrario. *Dentro de unos minutos* —nos confiaba en una ocasión— *me llegaré, con este hijo que me acompaña, a celebrar la Santa Misa: a tener un encuentro personalísimo con el Amor de mi alma. Y este hijo mío me recordará* —al contestarme con las palabras de la liturgia— *que me estaré acercando al altar de Dios que alegra mi juventud. Porque soy joven, y lo seré siempre, ya que mi juventud es la de Dios, que es eterno. Jamás podré con este amor sentirme viejo.*

*Después besaré el altar: con besos de amor. Y tomaré el Cuerpo de mi Dios con la mano derecha, y el cáliz de su Sangre con la izquierda, y lo levantaré sobre las cosas todas de la tierra, diciendo: Per Ipsum, et cum Ipso, et in Ipso: ¡por mi Amor!; ¡con mi Amor!; ¡en mi Amor! **

Tanto en el principio del camino, como si ya llevamos mucho trecho recorrido, el amor debe estar siempre presente, porque *sin caridad nada puede hacerse. Con caridad todo. Amor; éste es el secreto de la vida de un hijo mío en el Opus Dei... ¡Amad! Sufrid con alegría. Enredad el alma. Virilidad la voluntad. Asegurad la entrega y, con esto, la eficacia*⁵.

(4) De nuestro Padre, Crónica, 1969, pp. 403-406.

(5) De nuestro Padre, Meditación, 12-IV-1954.

ALGUNAS veces —me lo has oído comentar con frecuencia— se habla del amor como si fuera un impulso hacia la propia satisfacción, o un mero recurso para completar de modo egoísta la propia personalidad.

*—Y siempre te he dicho que no es así: el amor verdadero exige salir de sí mismo, entregarse. El auténtico amor trae consigo la alegría: una alegría, que tiene sus raíces en forma de cruz*⁶.

Las obras de nuestro amor han de concretarse en un servicio generoso y entregado. *Nuestra verdad es ésta: la entrega, amor —amor a Dios y, por El, al prójimo— fundamentado en el sacrificio*⁷. Así es como se manifestó la caridad de Dios hacia nosotros, en que Dios envió al mundo a su Hijo unigénito para que nosotros vivamos por El. En esto consiste la caridad, que no es porque nosotros hayamos amado a Dios, sino que El nos amó primero a nosotros, y envió a su Hijo como víctima expiatoria de nuestros pecados. *Carísimos, si de esta manera nos amó Dios, también nosotros debemos amarnos unos a otros*⁸. Y este amor exige generosidad, servicio, olvido de nosotros mismos.

No podemos conformarnos nunca con lo que hacemos, como un artista no se conforma con la estatua o el cuadro que realiza. Todos dicen: es una maravilla.

(6) Forja, n. 28.

(7) De nuestro Padre, n. 147.

(8) I Ioann. IV, 9-11.

Pero él piensa: no, no es esto; yo quería más. Nosotros tampoco podemos conformarnos. El Señor no se queda satisfecho nunca, no se detiene. Hay que ir a su paso. Dios es un amante que quiere todo de la persona amada: es celoso, y quiere también que le tratemos con toda confianza.

Todo cristiano debe buscar y tratar a Cristo para poder amarlo. Pasa como con el noviazgo: el trato es necesario, porque si dos personas no se tratan, no pueden llegar a quererse. Y nuestra vida, hijos míos, es de amor⁹.

Perdamos el miedo a darnos demasiado. Entreguémonos a Dios y a las almas sin cálculo. Y si viene la tentación de poner límites y andar regateando, recordemos que, al ocuparse en su trabajo los hijos de Dios en su Opus Dei, procuran no limitarse a cumplir, sino que se esfuerzan en amar, que es siempre excederse gustosamente en el deber y en el sacrificio¹⁰.

CASI todos los que tienen problemas personales, los tienen por el egoísmo de pensar en sí mismos. Es necesario darse a los demás, servir a los demás por amor de Dios: ése es el camino para que desaparezcan nuestras penas. La mayor parte de las contradicciones tienen su origen en que nos olvidamos del servicio que

debemos a los demás hombres y nos ocupamos demasiado de nuestro yo. Entregarse al servicio de las almas, olvidándose de sí mismo, es de tal eficacia, que Dios lo premia con una humildad llena de alegría¹¹.

Aún insiste nuestro Padre: ¿tú piensas que en la vida se agradece un servicio prestado de mala gana? Evidentemente, no. Y hasta se llega a concluir: sería mejor que no lo hiciera.

—¿Y tú consideras que puedes servir a Dios con mala cara? ¡No! —Has de servirle con alegría, a pesar de tus miserias, que ya las quitaremos con la ayuda divina¹².

El amor hace gustoso y alegre nuestro servicio a las almas: de ninguna manera se pueden considerar pesados los trabajos de quienes aman¹³, para los que aman nada es duro, nada resulta difícil¹⁴. ¿Qué dificultad, qué contrariedad suponen para una madre los cuidados —a veces penosos— que prodiga a su hijo? Como tiene amor, no regatea ningún sacrificio, ni le falta la alegría al hacerlo.

Amar no es otra cosa que querer el bien para otro¹⁵. Amar es desear todo lo mejor a los demás, desear que sean santos y felices. De este modo se acrecientan los motivos de alegría, porque no sólo nos alegramos de los bienes propios, sino también —y no

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 15.

(12) *Forja*, n. 308.

(13) San Agustín, *De bono viduitatis* 21, 26.

(14) San Jerónimo, *Epístola* 22, 40.

(15) Santo Tomás, *S. Th.* I, q. 20, a. 2 c.

(9) De nuestro Padre, *Tertulia*, 13-HM969.

(10) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 59.

*menos que de los propios— nos alegramos de los bienes de los demás*¹⁶. Con un amor así, todo interés personal, toda ambición humana, queda definitivamente a un lado. Amar como el que más: *ganar para Cristo todas las almas; reparar abundantemente por las ofensas hechas al Corazón Sacratísimo de Jesús: he aquí nuestras ambiciones. Con una locura tan divina, con este celo que nos come las entrañas, zelus domus tuae comedit me* (Ioann. 11, 17), *¿qué ambición humana —pregunta nuestro Padre— podrá pegársenos en el camino de nuestra vida?* ”.

Cuanto más total y sin regateos sea nuestro servicio a Dios y a las almas, mayor será también nuestro optimismo. Y seremos felices, felices de verdad, en unión con Santa María, Esclava del Señor, llena de gracia y de alegría.

(16) San Juan Crisóstomo, *Adversus oppugnatores vitae monasticae* 3, 11.
(17) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 83.

190.

VIERNES

—El júbilo pascual es fruto de la obediencia de Cristo.

—Dios ha dispuesto darnos a conocer su Voluntad concreta por medio de otros hombres.

—Obediencia alegre, porque quien obedece responde con exactitud a lo que Dios quiere de él.

LA RESURRECCIÓN gloriosa de Jesucristo, que contemplamos estos días del tiempo pascual, nos mueve a seguir el consejo del Apóstol: *tened los mismos sentimientos que Cristo Jesús quien, teniendo la naturaleza de Dios, no tuvo por codiciable tesoro mantenerse igual a Dios, antes se anonadó a sí mismo tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres y reducido a la condición de hombre. Se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*¹. La Resurrección del Señor es para nosotros la garantía y el anticipo de la gloria que nos espera, si imitamos a Cristo, si sabemos —con El— morir a nosotros mismos por la obediencia.

La vida de Jesucristo fue un acto ininterrumpido de obediencia a su Padre Celestial: *Yo hago siem-*

(1) *Philip.* II, 5-8.

*pre lo que es de su agrado*². Obedeció el Señor a la voluntad de su Padre y se sometió a todos aquellos a quienes en su vida terrena encontró investidos de autoridad. Fue dócil a la Virgen y a San José: *erat subditus Mis*³. Y por obediencia a su Padre Celestial, no resistió a los que le llevaron al Calvario: *maltratado y afligido, no abrió la boca, como cordero llevado al matadero, como oveja muda ante los trasquiladores**.

Pero en este tiempo de júbilo pascual, pensemos sobre todo en los frutos de la rendida sumisión de Cristo, que, *resucitado de entre los muertos, ya no muere; la muerte ya no tiene dominio sobre El*⁵. La Resurrección de Jesús, inmolado por obediencia, nos anima a abrazar con alegría y sin reservas nuestro deber, a cumplir en toda circunstancia la Voluntad de Dios, aunque nos cueste. *Con tu Sangre nos has rescatado, Señor, de todas las razas, y lenguas, pueblos y naciones, y nos has hecho reino y sacerdotes de nuestro Dios. Aleluya*⁶.

LA EPÍSTOLA a los Hebreos aplica a Jesucristo este versículo de los Salmos: *entonces yo dije: heme aquí (...), oh Dios, para hacer tu Voluntad*⁷. La vida

(2) *Ioann.* VIII, 29.

(3) *Luc.* II, 51.

(4) *Isai.* Lili, 7.

(5) *Rom.* VI, 9.

(6) *Ant. ad Intr.* (*Apoc.* V, 9-10).

(7) *Hebr.* X, 7.

de Cristo en la tierra fue un cumplimiento de la Voluntad de su Padre, hasta el detalle, desde el primer instante en el que vino al mundo hasta que exclamó en la Cruz: *consummatum est*⁸, todo lo he cumplido.

Miremos de nuevo el ejemplo de Cristo, nos invita nuestro Padre. *Jesús obedece, y obedece a José y a María. Dios ha venido a la tierra para obedecer, y para obedecer a las criaturas. Son dos criaturas perfectísimas: Santa María, nuestra Madre, más que Ella sólo Dios; y aquel varón castísimo, José. Pero criaturas. Y Jesús, que es Dios, les obedecía. Hemos de amar a Dios, para así amar su voluntad y tener deseos de responder a las llamadas que nos dirige a través de las obligaciones de nuestra vida corriente: en los deberes de estado, en la profesión, en el trabajo, en la familia, en el trato social, en el propio sufrimiento y en el de los demás hombres, en la amistad, en el afán de realizar lo que es bueno y justo*⁹.

No hay un instante en nuestra vida que sea indiferente para Dios; un momento en que el Señor no espere de nosotros una respuesta muy determinada. Y, compadecido de nuestra flaqueza para conocer su Voluntad, ha dispuesto que sean otros hombres, hermanos nuestros, los encargados de mostrarnos lo que El quiere de nosotros.

Dios convierte así a sus criaturas en instrumen-

(8) *Ioann.* XIX, 30.

(9) *Es Cristo que pasa*, n. 17.

tos de santificación. No sería buena una obediencia que se fundamentase en las cualidades humanas —experiencia, simpatía, capacidad intelectual— de quien hace cabeza. Sólo hay en este terreno un motivo que, siendo totalmente sobrenatural, respeta en su plenitud nuestra legítima personalidad de cristianos: el convencimiento de que la obediencia que se presta a los Directores, se da a Dios mismo.

*Así —dice San Bernardo—, todo cuanto el hombre nos mande de parte de Dios es preciso ejecutarlo con tanta sumisión como si Dios mismo lo hubiera mandado. Porque, ¿qué importa que Dios nos manifeste su Voluntad por sí mismo o por sus ministros, ya sean ángeles, ya sean hombres?*¹⁰

Hagamos también muy nuestra la enseñanza que el Apóstol transmitía a los Colosenses con aquellas palabras: *todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como obedeciendo al Señor y no a los hombres, teniendo en cuenta que del Señor recibiréis por recompensa una herencia eterna*¹¹.

DIOS, QUE tanto nos ama, nos conduce hasta El por el camino de la obediencia a los Directores. *No nos oculta el Señor que esa obediencia rendida a la voluntad de Dios exige renuncia y entrega, porque el Amor no pide^ derechos: quiere servir. El ha recorrido*

(10) San Bernardo, *De praecepto et dispensa* 9, 22.

(11) *Cotos*. III, 23-24.

primero el camino. Jesús, ¿cómo obedeciste tú? Usque ad mortem, mortem autem crucis (Philip. II, 8), hasta la muerte y muerte de Cruz. Hay que salir de uno mismo, complicarse la vida, perderla por amor de Dios y de las almas. He aquí que tú querías vivir, y no querías que nada te sucediera; pero Dios quiso otra cosa. Existen dos voluntades: tu voluntad debe ser corregida, para identificarse con la voluntad de Dios; y no la de Dios torcida, para acomodarse a la tuya (San Agustín, Enarr. in Ps. 32, 2, 26).

Yo he visto con gozo a muchas almas que se han jugado la vida —como tú, Señor, usque ad mortem—, al cumplir lo que la voluntad de Dios les pedía: han dedicado sus afanes y su trabajo profesional al servicio de la Iglesia, por el bien de todos los hombres.

*Aprendamos a obedecer, aprendamos a servir: no hay mejor señorío que querer entregarse voluntariamente a ser útil a los demás. Cuando sentimos el orgullo que barbota dentro de nosotros, la soberbia que nos hace pensar que somos superhombres, es el momento de decir que no, de decir que nuestro único triunfo ha de ser el de la humildad. Así nos identificaremos con Cristo en la Cruz, no molestos o inquietos o con mala gracia, sino alegres: porque esa alegría, en el olvido de sí mismo, es la mejor prueba de amor*¹².

Puede ser que en alguna circunstancia nos cueste obedecer. Recordemos entonces el final luminoso

(12) *Es Cristo que pasa*, n. 19.

de la Pasión de Cristo, recordemos que nuestro Padre Dios espera una respuesta afirmativa; apresurémonos a poner por obra aquel consejo: *¡Anda!, con generosidad y como un niño, dile: ¿qué me irás a dar cuando me exiges "eso"?¹³*.

Obediencia siempre alegre, *con sencillez de corazón*¹⁴, porque obedecer es responder exactamente a lo que Dios quiere de nosotros, y Dios quiere sólo nuestro bien. *La caridad hace la obediencia grata y aceptable a Dios, puesto que Dios ama al que da con alegría¹⁵*.

La vida del Señor en la tierra dio comienzo con la obediencia de su Madre Santísima: *ecce ancilla Domini¹⁶*, he aquí la Esclava del Señor. Ahora cantamos llenos de alegría los frutos de esa obediencia: *alégrate, Reina del Cielo, aleluya: porque Aquél a quien mereciste llevar, ha resucitado como dijo, aleluya* ¹⁷.

(13) *Camino*, n. 153.

(14) *Ephes.* VI, 5.

(15) San Bernardo. *Sermo in festivitatem Sancti Andreae* 2, 2.

(16) *Luc.* I, 38.

(17) Antífona *Regina Caeli*.

191.

SÁBADO

—La castidad es necesaria para el apostolado.

—La guarda del corazón, ejercicio de amor a Dios.

—Medios para vivir la santa pureza.

CARÍSIMOS —escribe San Pedro a los cristianos de su época, y a los de todos los tiempos—, *os suplico que como extranjeros y peregrinos que sois en este mundo, os abstengáis de los deseos carnales, que combaten contra el alma; llevando una vida ejemplar entre los gentiles, a fin de que, por lo mismo que os calumnian como a malhechores, reflexionando sobre las obras buenas que observan en vosotros, glorifiquen a Dios en el día en que los visitará¹*.

El mundo de hoy también necesita el testimonio de almas dedicadas por entero al servicio de Jesucristo. *Una ola sucia y podrida —roja y verde— se empeña en sumergir la tierra, escupiendo su puerca saliva sobre la Cruz del Redentor...*

Y El quiere que de nuestras almas salga otra oleada —blanca y poderosa, como la diestra del Señor—, que anegue, con su pureza, la podredumbre de todo materialismo y neutralice la corrupción, que ha inundado el Orbe: a eso vienen —y a más— los hijos de Dios².

(1) *1 Petr.* II, 11-12.

(2) *Forja*, n. 23.

Este es el sentido que tiene la virtud de la castidad en nuestra vida: el de dedicarnos al servicio de Dios, con todas las potencias y sentidos. Y esto, por una razón de apostolado: para llevarle almas. El espíritu de la Obra, por ser cristalino y puro, sólo puede permanecer en un corazón limpio. Una vida limpia hace que muchos se sientan atraídos hacia el amor de Dios. La pureza, gratísima a los ojos de Dios y de su Madre Inmaculada, da al alma un vigor sobrenatural que arrastra, y permite una total y exclusiva dedicación al servicio de Dios en el apostolado.

Viviendo delicadamente la virtud de la pureza, *somos para Dios el buen olor de Cristo*³, que atrae a otras almas hasta el Señor. *El "bonus odor Christi" —el buen olor de Cristo es también el de nuestra vida limpia, el de la castidad —cada uno en su estado, repito—, el de la santa pureza, que es afirmación gozosa: algo enterizo y delicado a la vez, fino, que evita incluso manifestaciones de palabras inconvenientes, porque no pueden agradar a Dios*⁴. En cambio, sin una pureza llena de amor, *sin la santa pureza no se puede perseverar en el apostolado*⁵. Porque el apostolado consiste en ser cauce por donde corra libremente la gracia de Dios; y el cauce debe ser limpio, si quiere que limpias y puras sean las aguas que por él circu-

ía; II Cor. II, 15.

(4) Forja, n. 92.

(5) Camino, n. 129.

len. Siendo nosotros canal limpio, serviremos de buenos instrumentos para que las almas se acerquen a Dios y le traten como hijos, a la vez que son también hijos de nuestro espíritu.

*¿Quién no tiene hambre de perpetuar su apostolado?*⁶ *¿Quién no ha sentido, haciendo proselitismo, ese gozo, profundamente humano y sobrenatural, de un nacimiento a la vida de la gracia, a la santidad y al apostolado? ¿Quién no ha sentido alegría ante el nacimiento de un hijo de su espíritu? ¿No es verdad que no cambiaríamos la felicidad de esos momentos por nada; que todo lo demás nos parece una bagatela? Pues no lo olvidemos cuando, alguna vez, nuestra castidad se haga más difícil, más costosa.*

Pidamos a Dios, con palabras que hoy pone la liturgia en nuestros labios: *santifica, Señor, con tu bondad estos dones; acepta la ofrenda de este sacrificio espiritual, y a nosotros transfórmalos en oblación perenne*⁷, de manera que, *renovados por el Bautismo, con la fuerza de tu gracia, demos fruto abundante y alcancemos los goces de la vida eterna*⁸.

AMAD la santa pureza, hijos míos: nuestra castidad es una afirmación gozosa, una consecuencia lógica de nuestra entrega al servicio de Dios, de nuestro Amor. Podríamos haber puesto el afecto de nuestro corazón en

(6) Camino, n. 809.

(7) Oraí. *super oblata*.

(8) Oraí.

una criatura; pero, ante la llamada de Dios, lo hemos puesto entero, joven, vibrante, limpio, a los pies de Jesucristo: porque nos da la gana —que es una razón bien sobrenatural— corresponder a la gracia del Señor⁹.

Vivir la santa pureza es cuestión de amor. *Nuestra castidad es una afirmación gozosa, un triunfo, que nos da una paternidad maravillosa, muy superior a la de la carne¹⁰.* Por eso, nuestra primera ocupación ha de ser la de mantener nuestros corazones llenos de amor: de amor a Dios y a todas las almas por Dios. *El corazón está hecho para amar. Por eso, si no ponemos el corazón en Dios, en la Virgen, Madre nuestra, en todas las almas..., el corazón se venga y se convierte en una gusanera. Yo he tenido que enjugar muchas lágrimas de personas que se han perdido por no hablar a tiempo. A los quince días están asqueados, vienen llorando, arrepentidos. No conozco a ninguno que sea feliz.*

Por eso os digo que os queráis, con sincero y noble cariño; sin idioteces, pero sin miedo. Y después, abrid el corazón. No tengáis nunca un secreto; decid siempre primero lo que más os cueste y, si tenéis la tentación de no hablar, id inmediatamente a la Confidencia. Si obráis así, os aseguro la fidelidad, la felicidad en la tierra y en el cielo¹¹.

Hay que custodiar el corazón, purificarlo cons-

tantemente, no permitir que entren en él afectos que no hayan pasado por el Corazón Sacratísimo de Jesús y por el Corazón Dulcísimo de María. Es una tarea que nunca puede darse por terminada, porque siempre es posible tener más delicadeza, afinar más, crecer en el amor.

Podemos hacer nuestra aquella oración de nuestro Padre: *"Jesús, que mi pobre corazón sea huerto sellado; que mi pobre corazón sea un paraíso, donde vivas Tú; que el Ángel de mi Guarda lo custodie, con espada de fuego, con la que purifique todos los afectos antes de que entren en mí; Jesús, con el divino sello de tu Cruz, sella mi pobre corazón"*¹².

CUIDAD esmeradamente la castidad, y también aquellas otras virtudes que forman su cortejo —la modestia y el pudor—, que resultan como su salvaguarda. No paséis con ligereza por encima de esas normas que son tan eficaces para conservarse dignos de la mirada de Dios: la custodia atenta de los sentidos y del corazón; la valentía —la valentía de ser cobarde— para huir de las ocasiones; la frecuencia de los sacramentos, de modo particular la Confesión sacramental; la sinceridad plena en la dirección espiritual personal; el dolor, la contrición, la reparación después de las faltas.

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 45.

(10) De nuestro Padre, *Tertulia*, 9-X-1960.

(11) De nuestro Padre, *Tertulia*, 17-111-1969.

(12) *Forja*, n. 412.

Y todo ungido con una tierna devoción a Nuestra Señora, para que Ella nos obtenga de Dios el don de una vida santa y limpia.

Si, por desgracia, se cae, hay que levantarse enseñada. Con la ayuda de Dios, que no faltará si se ponen los medios, se ha de llegar cuanto antes al arrepentimiento, a la sinceridad humilde, a la reparación, de modo que la derrota momentánea se transforme en una gran victoria de Jesucristo.

Acostumbraos también a plantear la lucha en puntos que estén lejos de los muros capitales de la fortaleza. No se puede andar haciendo equilibrios en las fronteras del mal: hemos de evitar con reciedumbre el voluntario in causa, hemos de rechazar hasta el más pequeño desamor; y hemos de fomentar las ansias de un apostolado cristiano, continuo y fecundo, que necesita de la santa pureza como cimiento y también como uno de sus frutos más característicos. Además debemos llenar el tiempo siempre con un trabajo intenso y responsable, buscando la presencia de Dios, porque no hemos de olvidar jamás que hemos sido comprados a gran precio, y que somos templo del Espíritu Santo.

¿Y qué otros consejos os sugiero? Pues los procedimientos que han utilizado siempre los cristianos que pretendían de verdad seguir a Cristo; los mismos que emplearon aquellos primeros que percibieron el alentar de Jesús: el trato asiduo con el Señor en la Eucaristía, la invocación filial a la Santísima Virgen, la hu-

*mildad, la templanza, la mortificación de los sentidos —que no conviene mirar lo que no es lícito desear, advertía San Gregorio Magno (San Gregorio Magno, Moralia, 21, 2, 4)— y la penitencia*¹³.

Madre del Amor Hermoso, Virgen fiel, Madre nuestra: por ti llegan todas las gracias que mueven los corazones. Haznos limpios, danos un corazón puro que arrastre a otros muchos a amar a tu Hijo.

(13) *Amigos de Dios*, nn. 185-186.

192.

DOMINGO V DE PASCUA

—El amor sobrenatural, fundamento de nuestro espíritu de familia.

—Ese amor debe tener manifestaciones humanas: delicadeza y cortesía, sin familiaridades ni acepción de personas.

—Hay que hacerse como una alfombra donde los demás pisen blando, con caridad sencilla y abnegada.

CANTAD al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas el Señor; manifestó su justicia ante las naciones, aleluya \ Desde el domingo de Resurrección, la Iglesia nos insta a cantar las glorias y el poder de Dios: *para ti, Señor, es mi alabanza en la gran asamblea*². E insiste: *regocijaos, justos, en el Señor, a los rectos conviene alabarlos*³.

El canto de alabanza es también himno de agradecimiento, pues todo lo que poseemos es regalo generoso de Dios. ¡Cuántos motivos tenemos para mostrarle gratitud! ¡Y qué cortas quedan las palabras, al contemplar maravillados lo que el Señor ha hecho por nosotros! Nos ha dado, después de la gracia de la fe, esta vocación divina que es nuestra alegría y, con ella, un cariño fraterno y un calor de hogar que nos hace fácil, sencillo y amable, el camino de santi-

(1) *Ant. ad Intr.* [Ps. XCVII, 1-2].

(2) *Ps. R. (B)* [Ps. XXI, 26].

(3) *Ps. R. (A)* [Ps. XXXII, 1].

*dad. Todos los que pertenecemos al Opus Dei, hijos míos, formamos un solo hogar: la razón de que constituyamos una sola familia no se basa en la materialidad de convivir bajo un mismo techo. Como los primeros cristianos, somos cor unum et anima una (Act. IV, 32) y nadie en la Obra podrá sentir jamás la amargura de la indiferencia*⁴.

La caridad, el amor sobrenatural, es el fundamento de nuestra convivencia. El trato meramente humano, alejado de la caridad, *no puede ser* —advierde San Juan Crisóstomo— *ni ardiente ni constante. Si una desatención, un perjuicio en los intereses, la vanagloria, la envidia, o cualquier otra cosa semejante, bastan para deshacer la amistad, es que esa amistad no dio con la raíz sobrenatural*⁵. Y nuestro Padre nos ha dicho: *piedad, piedad, piedad: si faltas a la caridad, será por falta de vida interior, y no por tener mal carácter*⁶.

San Juan nos amonesta una vez más a querernos *no con palabras ni con la lengua, sino con obras y de verdad*⁷. Y añade: *en esto conocemos que procedemos con verdad, y tranquilizamos nuestros corazones en la presencia de Dios*⁸. La única tranquilidad posible es la del amor fraterno. Por eso nos ha repetido tantas veces nuestro Padre: *quereos con amor sobre-*

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945, n. 23.

(5) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 60, 3.

(6) De nuestro Padre, n. 26.

(7) *L. II (B)* (I Ioann. III, 18).

(8) *Ibid.*, 19.

*natural, con amor eficaz, que ponga a Dios en todos los afectos y sobre todos los amores*⁹. Y también: *cuanto más os queráis, con ese afecto santo, querréis más a la Obra*¹⁰.

¡OS QUIERO delicados, finos!, exclamaba nuestro Fundador. ¡Entre vosotros no debéis ser groseros! Delicados; que no quiere decir amanerados ".

La caridad fraterna ha de tener manifestaciones humanas: la cortesía y la delicadeza en el trato, que es como la coronación de la fraternidad. Por eso no nos sorprende encontrar este consejo en la Sagrada Escritura: *vuestra conversación sea siempre agradable, sazónada de sal, de suerte que acertéis a responder a cada uno como conviene*¹². Y también, en la Epístola de Santiago se nos recomienda: *sea todo hombre pronto para escuchar, pero tardo en el hablar*¹³.

La falta de educación, las incorrecciones, suelen revelar una ausencia de finura espiritual, de calidad en el amor; como lo manifiestan también las familiaridades, que lesionan la dignidad del trato familiar. *No tengáis miedo a teneros cariño, pero sin familiari-*

(9) De nuestro Padre, Crónica 11-58, p. 7.

(10) De nuestro Padre, Noticias IX-54, p. 31.

(11) De nuestro Padre, Meditación, 29-111-1956.

(12) Colos. IV, 6.

(13) Iacob. I, 19.

dades ", que no pueden ser nunca expresión de afecto sincero y noble.

Cultivad —nos dice nuestro Padre— *el arte de ser amables, la cortesía en el trato, la ausencia de toda forma de arrogancia, el carácter generoso. No seáis nunca un modelo glacial, que se puede admirar, pero no se puede amar. Gracia de Dios y buen humor: una sonrisa, sincera, limpia y abierta, aunque a veces no pueda esconder tantas amarguras humanas*¹⁵. Vivir la delicadeza en la caridad, nos exigirá muchas veces dominar nuestro estado de ánimo y superar las afinidades personales que podrían llevar a las distinciones, a la formación de grupitos, de amistades personales. Hemos de ser amables y cariñosos con todos. *Que os queráis* —insiste nuestro Fundador—, *sin ninguna cosa particular, que es de gente boba, mal formada*¹⁶.

Caridad, pues, con todos, sin distinciones. Y caridad delicada, amable, llena de detalles de esmero y corrección humana. Esta es la materia de la pregunta en el examen del Círculo: *¿me he esmerado en la práctica de la caridad al tratar con mis hermanos?*¹⁷.

CUMPLES un plan de vida exigente: madrugas, haces oración, frecuentas los Sacramentos, trabajas o

(14) De nuestro Padre, Crónica VIII-f2, p. 13.

(15) De nuestro Padre, Carta, 6-V-1945, n. 42.

(16) De nuestro Padre, Crónica VIII-62, p. 13.

(17) Examen del Círculo Breve.

estudias mucho, eres sobrio, te mortificas..., ¡pero, notas que te falta algo!

Lleva a tu diálogo con Dios esta consideración: como la santidad —la lucha para alcanzarla— es la plenitud de la caridad, has de revisar tu amor a Dios y, por El, a los demás. Quizá descubrirás entonces, escondidos en tu alma, grandes defectos, contra los que ni siquiera luchabas: no eres buen hijo, buen hermano, buen compañero, buen amigo, buen colega; y, como amas desordenadamente "tu santidad", eres envidioso.

Te "sacrificas" en muchos detalles "personales": por eso estás apegado a tu yo, a tu persona y, en el fondo, no vives para Dios ni para los demás: sólo para ti¹⁸.

Subrayando con frase gráfica cómo ha de ser nuestra entrega a los demás, y de modo particular a nuestros hermanos en la Obra, nuestro Fundador nos dijo que tenemos que ser como una alfombra. Y explicaba: cuando os digo que hay que hacerse alfombra en donde pisen blando los demás, no hago una frase bonita; ha de ser una realidad. Esto es difícil, como es difícil la santidad; pero es fácil, porque la santidad es asequible a todos¹⁹.

Así conviene que sea nuestro trato: caridad discreta, que acoge con suavidad, amablemente, acomodándose a los gustos de nuestros hermanos. Caridad

(18) Surco, n. 739.

(19) De nuestro Padre, Crónica VH-55, p. 5.

que no rechaza nunca, aunque alguna vez nos encontremos incómodos, heridos o preocupados.

Con finura, con la sonrisa en los labios, ayuda a tus hermanos de tal manera que ni siquiera lo noten, que no te puedan dar las gracias²⁰. La delicadeza en el trato, la sonrisa, la amabilidad, hacen olvidar las preocupaciones y sentirse bien en familia, suavemente empujados hacia la santidad, por un cariño real, que no gusta de ostentación, que a veces sólo se nota cuando falta, pero que tiene siempre un contenido sobrenatural.

Así tendremos y daremos serenidad, ayudaremos a vivir y a querer la propia santidad y la de los otros, y gozaremos de aquella fortaleza, que es la de los naves, que no pueden sostenerse solos, pero que apoyados unos en otros pueden hacer un castillo, que se sostiene bastante bien²¹.

Acudamos a la Virgen María. Su presencia maternal en nuestros Centros es fuente de delicadeza y cariño. Ella nos enseñará a vivir siempre la caridad con la hondura sobrenatural y humana necesaria para agradar a su Hijo. *Serás santo si tienes caridad; si sabes hacer las cosas que agraden a los demás, aunque a ti te cuesten²².*

(20) De nuestro Padre, Meditación, 9-1-1956.

(21) De nuestro Padre, Obras VI-63, p. 17.

(22) De nuestro Padre, Noticias VII-55, p. 12.

193.

LUNES

—El Señor nos quiere misericordiosos, compasivos.

—Una manifestación es la preocupación, con obras, por las necesidades materiales de los demás.

—Es necesario el ejercicio de las obras espirituales de misericordia.

MUCHAS veces he ido a buscar la definición, la biografía de Jesús en la Escritura. La encontré leyendo que, con dos palabras, la hace el Espíritu Santo: pertransiit benefaciendo (Act. X, 38). Todos los días de Jesucristo en la tierra, desde su nacimiento hasta su muerte, fueron así: pertransiit benefaciendo, los llenó haciendo el bien¹. Y llevó su misericordia hasta el extremo de morir por nosotros. El es verdaderamente nuestro Buen Pastor, que ha entregado su vida por sus ovejas, y por su grey se dignó morir².

En estas semanas de Pascua, leemos en el Evangelio de la Misa el largo discurso de Jesús durante la Última Cena, en el que el Corazón de Cristo se vuelca en cariño a sus discípulos. Al contemplar su dolor —es la hora de la despedida— les anima y consuela: *vuestro corazón* —les dice— *se ha llenado de tristeza. Mas os digo la verdad: os convie-*

ne que Yo me vaya, porque si no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros³.

¡El Consolador! *Yo, yo mismo soy vuestro consolador**. Ahora, pocos días antes de la Ascensión de Cristo al Cielo, estas palabras han de llenarnos de alegría y de fortaleza. Porque nunca nos faltará, especialmente en los momentos más difíciles, la compasión, la misericordia divina. *Como consuela una madre a su hijo, así os consolaré Yo a vosotros⁵.*

El Señor ha tenido una especial predilección con nosotros. Llamándonos a su Obra, nos ha querido por todos los caminos de la tierra, siendo —como tantas veces nos ha dicho nuestro Padre— sembradores de paz, de alegría, de comprensión, de consuelo; de modo que con San Pablo podemos decir llenos de agradecimiento: *bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a todos los que se hallan en cualquier trabajo, con la misma consolación con que nosotros somos consolados por Dios⁶.*

El Señor nos enseña a ser misericordiosos. *Si no aprendemos de Jesús, no amaremos nunca. Si pensáse-*

(1) *Es Cristo que pasa*, n. 16.

(2) *Ant. ad Intr.*

(3) *Ioann.* XVI, 6-7.

(4) *Isai.* LI, 12.

(5) *Isai.* LXVI, 13.

(6) *II Cor.* I, 34.

mos, como algunos, que conservar un corazón limpio, digno de Dios, significa no mezclarlo, no contaminarlo con afectos humanos, entonces el resultado lógico sería hacernos insensibles ante el dolor de los demás. Seríamos capaces sólo de una caridad oficial, seca y sin alma, no de la verdadera caridad de Jesucristo, que es cariño, calor humano. Con esto no doy pie a falsas teorías, que son tristes excusas para desviar los corazones —apartándolos de Dios—, y llevarlos a malas ocasiones y a la perdición (...).

Hemos de pedir al Señor que nos conceda un corazón bueno, capaz de compadecerse de las penas de las criaturas, capaz de comprender que, para remediar los tormentos que acompañan y no pocas veces angustian las almas en este mundo, el verdadero bálsamo es el amor, la caridad: todos los demás consuelos apenas sirven para distraer un momento, y dejar más tarde amargura y desesperación.

Si queremos ayudar a los demás, hemos de amarles, insisto, con un amor que sea comprensión y entrega, afecto y voluntaria humildad. Así entenderemos por qué el Señor decidió resumir toda la Ley en ese doble mandamiento, que es en realidad un mandamiento solo: el amor a Dios y el amor al prójimo, con todo nuestro corazón (cfr. Matth. XXII, 40)⁷.

(7) Es Cristo que pasa, n. 167.

SED MISERICORDIOSOS como también vuestro Padre es misericordioso". El Señor nos insta a la compasión, a la misericordia. ¿Cómo, si no, vamos a poder cumplir con nuestra misión de apóstoles? ¿Cómo podríamos ayudar a las almas, si no sintiéramos el peso de sus necesidades? *No es tal nuestro pontífice que sea incapaz de compadecerse de nuestras miserias*⁹. Nuestra alma sacerdotal nos ha de llevar necesariamente a sentir en el corazón la compasión por una necesidad ajena que, si podemos, tenemos que remediar¹⁰.

No hemos de permanecer indiferentes ante el dolor y el sufrimiento ajenos. No podemos privar ni a una sola alma de la ayuda y el afecto que Dios nos ha regalado. Que nadie pueda decir: *vi las lágrimas de los oprimidos y no tenían quien les consolase*¹¹. *No me deja de interesar ninguna criatura, hijas e hijos míos: deseo llevarlas todas a Dios. ¡Me duelen las almas! A veces, no entiendo cómo me aguantan el corazón y la cabeza. Este es el espíritu nuestro: sentir el lamento de tantos corazones áridos*¹².

La Iglesia nos advierte, sin embargo, que esa compasión, si es sincera, hondamente sentida, se vierte en detalles concretos. No bastan las frases

(8) Luc. VI, 36.

(9) Hebr. IV, 15.

(10) San Agustín, *De civitate Dei* 5.

(11) Eccles. IV, 1.

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945, n. 40.

amables o los deseos bienintencionados pero ineficaces. *Sí un hermano o una hermana andan desabrigados y desprovistos del sustento cotidiano, ¿de qué le servirá que alguno de vosotros les diga: "id en paz, defendeos del frío y comed a satisfacción", si no les dais lo necesario para el cuerpo?*"¹³.

La actitud misericordiosa y compasiva que el Señor nos pide, ha de comenzar por nuestros hermanos, procurando atender sus necesidades espirituales y materiales. No somos ángeles, no somos espíritus puros, y hay que preocuparse de su salud, de su descanso, de su alimentación, de su vestido... *Porque, si tú ves que aquél necesita ropa y no lo dice —que debe decirlo—, lo dices tú; y si aquél no come, lo dices al Director*¹⁴. Estos detalles, y otros muchos, son una parte de ese ocuparse de los demás, para hacerles la vida —el camino de Dios en la tierra— más amable¹⁵.

Entre estas obras materiales de misericordia, ocupa el primer lugar el cuidado de los enfermos. ¡Qué atención, qué desvelo merecen! Son realmente el tesoro de la Obra. Y *aunque somos pobres, nunca falta lo necesario a nuestros hermanos enfermos. Si fuese necesario, robaríamos para ellos un pedacito de cielo, y el Señor nos disculparía*¹⁶.

(13) *Iacob*. II, 15-16.

(14) De nuestro Padre, Meditación, 29-111-1956.

(15) De nuestro Padre, n. 123.

(16) De nuestro Padre, Crónica 1-61, p. 10.

Esas atenciones llegan al corazón, confortan el alma, hacen humanamente más atractiva la santidad y nos ayudan a ser contemplativos, porque nos hacen sentir a Dios entre nosotros. *Sed, pues, mutuamente misericordiosos, compasivos, entregándoos los unos a los otros, así como Dios se os ha entregado en Jesucristo*¹⁷.

*LA MISERICORDIA no se queda en una escueta actitud de compasión: la misericordia se identifica con la superabundancia de la caridad que, al mismo tiempo, trae consigo la superabundancia de la justicia. Misericordia significa mantener el corazón en carne viva, humana y divinamente transido por un amor recio, sacrificado, generoso*¹⁸.

Insiste nuestro Padre: *que no os pase inadvertido nadie que esté a vuestro lado, que para todos tengáis palabras de amistad, obras de servicio, llevando a la práctica el consejo del Apóstol: alter alterius onera pòrtate et sic adimplebitis legem Christi (Galat. VI, 2), llevad los unos las cargas de otros, y así cumpliréis la ley de Cristo*¹⁹. Junto a las atenciones materiales, se nos exige ejercitar continuamente las llamadas obras espirituales de misericordia.

(17) *Ephes*. IV, 32.

(18) *Amigos de Dios*, n. 232.

(19) De nuestro Padre, *Carta*, 15-X-1948, n. 27.

En primer lugar, *corregir al que yerra*, con la advertencia oportuna, llena de caridad, que no molesta ni ofende. *Enseñar al que no sabe*, dando doctrina, iluminando las inteligencias con la luz del Señor. *Aconsejar al que duda*, con honradez y rectitud de intención. *Consolar al afligido*, compartiendo su dolor. *Perdonar al que ofende*: saber disculpar, comprender; tener el corazón grande. *Socorrer al que necesita ayuda*, excediéndonos en el servicio de los demás.

Vivid vosotros —insiste nuestro Fundador—, e infundid en los demás, ese espíritu. Manifestadlo en mil detalles de vuestra vida: en la atención con que escucháis a quien, tomando ocasión del trabajo, os hace partícipes de sus propios problemas; en la ayuda callada, que pasa incluso inadvertida, a quien se encontraba agobiado por no poder acabar su tarea; en el consejo desinteresado, que ayuda a vuestro compañero a mejorar su actividad²⁰.

Por último, rogar a Dios por los vivos y por los muertos, con corazón grande, porque vuestra caridad ha de ser amplia, universal: habéis de vivir de cara a la humanidad entera, pensando en todas las almas de todo el mundo. Esa actitud os llevará a rezar por todos y, en la medida de vuestras posibilidades, a ayudar a todos²¹. Al amor universal, corresponde una oración universal: tantas almas aquí en la tierra: el Papa, el

(20) De nuestro Padre, Carta, 15-X-1948, n. 27
(21) De nuestro Padre, Carta, 15-X-1948! n. 28^a

Padre, nuestros hermanos, nuestro padres y parientes, las personas con quienes tenemos amistad...; las almas del Purgatorio: todos necesitan de nuestra oración, todos tienen derecho a ella. *Pedid por el que esté más necesitado, para que la caridad sea en la Obra tal como el Señor la ha querido. Y todo por medio del Corazón Inmaculado de Nuestra Madre Santa María*²².

Señor, Tú que has dicho: *bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia*²³, danos una sensibilidad grande para comprender las necesidades de las almas; danos la fortaleza y la generosidad necesarias para remediarlas; danos un corazón grande, como el tuyo y como el de tu Madre, que es también *Mater misericordiae*.

(22) De nuestro Padre, n. 129.
(23) Matth. V, 7.

194.

MARTES

—La esperanza del Cielo, fuente de alegría para los hijos de Dios.

—Nada ni nadie puede perturbar esa alegría, que tiene un fundamento sobrenatural.

—Alegría siempre y en todo: luchar enérgicamente contra la tentación de la tristeza.

JESUCRISTO resucitado se aparece a los suyos. Están cercanos los días en que el Señor va a dejar el mundo para volver al Padre, y la liturgia nos dispone para la despedida. Jesús nos advierte: *no se turbe vuestro corazón ni se acobarde. Habéis escuchado que os he dicho: me voy y vuelvo a vosotros. Si me amarais, os alegraríais de que vaya al Padre, porque el Padre es mayor que Yo* ¹.

El Señor va a prepararnos un sitio en la casa del **Padre, porque ahora somos hijos de Dios** ². Y como somos hijos muy queridos de Dios, nos dispone aposento en el Cielo, que es la felicidad sin límites. Para conseguirla, nos ha dado ya en este mundo *la vida de la gracia que es un cierto principio de la gloria en nosotros* ³: un anticipo del Cielo.

Por desgracia, algunos, con una visión digna pero

(1) Ev. (Ioann. XIV, 27-28).

(2) 1 Ioann. III, 2.

(3) Santo Tomás, S. Th. II-II, q. 24, a. 3 ad 2.

chata, con ideales exclusivamente caducos y fugaces, olvidan que los anhelos del cristiano se han de orientar hacia cumbres más elevadas: infinitas. Nos interesa el Amor mismo de Dios, gozarlo plenamente, con un gozo sin fin. Hemos comprobado, de tantas maneras, que lo de aquí abajo pasará para todos, cuando este mundo acabe: y ya antes, para cada uno, con la muerte, porque no acompañan las riquezas ni los honores al sepulcro. Por eso, con las alas de la esperanza, que anima a nuestros corazones a levantarse hasta Dios, hemos aprendido a rezar: in te Domine speravi, non confundar in aeternum (Ps. XXX, 2), espero en Ti, Señor, para que me dirijas con tus manos ahora y en todo momento, por los siglos de los siglos *.

Mientras tanto, como *extranjeros y peregrinos* ⁵, pasamos por el mundo, camino del Padre. Pero, también en la tierra, podemos *disfrutar de una gran alegría, gustando en este mundo la esperanza de la vida futura que nos saciará totalmente* ⁶. La esperanza del Cielo es buena, y aun necesaria: anima, empuja en los momentos de mayor dificultad, cuando cuesta hacer las cosas sin recompensa alguna en la tierra.

Conlleemos —nos dice nuestro Padre— *todas las dificultades de esta navegación nuestra, en medio*

(4) Amigos de Dios, n. 209.

(5) 1 Pe.tr. II, 11.

(6) San Agustín, Enarraciones in Psalmos 9.

*de los mares del mundo, con la esperanza del Cielo: para nosotros y para todas las almas que quieran amar, la aspiración es llegar hasta Dios: la gloria del Cielo. Si no, nada de nada vale la pena. Para ir al Cielo, hemos de ser fieles. Y para ser fieles, hay que luchar, ir adelante en nuestro camino, aun cuando caigamos de bruces alguna vez: con El nos levantaremos*⁷.

PERMANECIENDO unidos a Dios, que es la alegría de nuestra vida, nada debe producirnos tristeza. *¿Qué puede perturbar al santo? ¿La muerte? No, porque la desea como premio. ¿Las injurias? No, porque Cristo enseñó a sufrirlas: "dichosos seréis cuando os insulten y persigan" (Matth. V, 11). ¿La enfermedad? Tampoco, porque la Escritura aconseja: "recibe todo cuanto Dios te mande y manten el buen ánimo en las vicisitudes de la prueba, pues el oro se prueba en el fuego, y los hombres gratos a Dios, en el crisol de la tribulación" (Eccli. //, 5). ¿Qué queda entonces capaz de turbar al santo? Nada. En la tierra, hasta la alegría suele parar en tristeza; pero, para el que vive según Cristo, incluso las penas se le truecan en gozo*⁸.

Pase lo que pase, *omnia in bonum*. Dios así lo

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 55.

(8) San Juan Crisóstomo, *Homilía* 18.

quiere, o así lo permite: permite incluso, a veces, nuestros errores y miserias para sacar bien, para endcernos más en su amor, con una humildad más sincera. *Resulta muy cómodo decir: "no valgo; no me sale —no nos sale— una a derechas". —Aparte de que no es verdad, ese pesimismo ceta una poltronería muy grande... Hay cosas que haces bien, y cosas que haces mal. Llénate de contento y de esperanza por las primeras; y enfréntate —sin desaliento— con las segundas, para rectificar: y saldrán*⁹.

Dios —no lo olvidemos— es Padre, y muy Padre nuestro, y aquí radica nuestra alegría. *Alegría que no es el cascabeleo de la risa tonta, puramente animal. Tiene raíces muy hondas, es algo muy profundo. Pero es compatible con el cansancio físico, con el dolor —porque tenemos corazón—, con las dificultades en nuestra vida interior, en nuestra labor apostólica. Aunque alguna vez parezca que todo se viene abajo, no se viene abajo nada, porque Dios no pierde batallas. La alegría es consecuencia de la filiación divina, de sabernos queridos por nuestro Padre Dios, que nos acoge, nos ayuda, y nos perdona siempre*¹⁰.

ANÍMATE, y alegría tu corazón; echa lejos de ti la tristeza; porque a muchos mató la tristeza y no hay

(9) *Surco*, n. 68.

(10) De nuestro Padre, *Crónica* XII-62, p. 11.

utilidad en ella^u. La tristeza es un gran mal para el alma, porque es fruto de la soberbia, como la alegría lo es del amor de Dios. La tristeza corroe los fundamentos de la vida interior, y supone una falta de filiación divina, de confianza y de abandono en Dios. *Aleja de ti la tristeza (...). ¿No entiendes que la tristeza es peor que cualquier otro estado de ánimo, que es la cosa que más desalienta y que rechaza al Espíritu Santo? (...). Una persona alegre obra el bien, gusta de las cosas buenas, y agrada a Dios. En cambio, el triste siempre obra mal*^w.

La tristeza es la gran aliada del enemigo. Si alguna vez este gran peligro ronda por nuestra alma, examinémosnos, busquemos sus motivos, pidamos luz. Porque *la alegría es una consecuencia de la entrega. Se confirma en cada vuelta a la noria*¹³.

Muchas veces, en el fondo de la tristeza se encuentran posos de egoísmo, preocupaciones personales. *No eres feliz, porque le das vueltas a todo como si tú fueras siempre el centro: si te duele el estómago, si te cansas, si te han dicho esto o aquello...*

—*¿Has probado a pensar en El y, por El, en los demás?*^u.

Ante la tentación de la tristeza, el primer remedio es el que aconsejaba siempre nuestro Fundador:

(U) Ecclí. XXX, 24-25.

(12) *Pastor de Hermas, Mandatum X*, 1 y 3.

(13) *Surco*, n. 87.

(14) *Surco*, n. 74.

rezar. *Para poner remedio a tu tristeza me pides un consejo. —Voy a darte una receta que viene de buena mano: del Apóstol Santiago.*

—*"Tristatur aliquis vestrum?" —¿Estás triste, hijo mío? —"Oret!" —¿Haz oración! —Prueba a ver*¹⁵.

El trato con Dios encenderá nuestra alma, y al ver —con visión sobrenatural, de fe y esperanza, de amor y deseos de reparación— que sólo hay razones para estar contentos, nos decidiremos a remover los obstáculos que nos separaban de Nuestro Señor. Sal-dremos así de la tristeza, a la que en realidad nos había conducido nuestra soberbia, para servir de nuevo con gozo a nuestros hermanos y a todas las almas. *El nuestro ha de ser un servicio hecho con alegría. Que donde haya un hijo de Dios en el Opus Dei haya ese buen humor que es fruto de la paz interior, ¡lo que hacemos se hace con alegría, cuando tenemos el espíritu del Opus Dei!*¹⁶.

Terminamos la oración acudiendo a Nuestra Señora, *Causa nostrae laetitiae*, causa de nuestra alegría, para que mantenga siempre en nosotros este espíritu optimista y alegre, propio de los hijos de Dios.

(15) *Camino*, n. 663.

(16) De nuestro Padre, Crónica 111-64, p. 59.

195.

MIÉRCOLES

—El apostolado de la Obra es resultado de la acción orgánica y coordinada de cada uno de sus miembros.

—La importancia de obedecer.

—En la obediencia está la unión con los Directores, con el Padre, con Dios Nuestro Señor.

ES TAL la magnitud de lo que Dios se ha propuesto al promover la Obra, que excede absolutamente las posibilidades singulares de cada uno de nosotros, aun considerados como instrumentos. Es un bien tan alto, que su logro fue confiado a muchos, para que lo realizaran todos, *con un mismo corazón y una misma alma*¹, con unos mismos medios y un mismo espíritu, con una sola autoridad y una común fraternidad.

La Obra es parte de la Iglesia, Cuerpo de Jesucristo. Una parte orgánica, viva, compuesta a su vez de otras, que somos cada uno de nosotros. *Piensa en tu Madre la Iglesia Santa, y considera que, si un miembro se resiente, todo el cuerpo se resiente.*

—*Tu cuerpo necesita de cada uno de los miembros, pero cada uno de los miembros necesita del cuerpo en-*

(1) Act. IV, 32.

*tero. —¡Ay, si mi mano dejara de cumplir su deber..., o si dejara de latir el corazón!*².

Esa unión de los miembros entre sí para formar el cuerpo exige la subordinación de unos a otros. Y esta limitación es fuente de eficacia. *Fijaos qué sucedería si nuestro cuerpo no tuviese esa aparente falta de libertad, escribió nuestro Fundador: la cabeza estaría por un lado, y los miembros cada uno por cualquier otro. Es evidente que todo lo que tiene vida, aunque conste de muchas partes diferentes, está unido. Pues lo mismo pasa en la Iglesia y en la Obra. Si se da libertad a la mano, al cerebro o al pie, van irremisiblemente a la corrupción, a la muerte; se pudren, porque han perdido la atadura que les une al resto del cuerpo, atadura que les daba vida y libertad.*

Esta es la libertad que no queremos tener: la libertad de la autodestrucción, de la muerte. ¡Bendita sea esa sujeción nuestra, ese yugo, que es la mejor señal de nuestra libertad y de nuestra vida!: iugum enim meum suave est, et onus meum leve (Matth. XI, 30), *que es suave el yugo y no es pesada la carga*³.

De nada serviría una tarea personal perfecta, si no se hiciera orgánicamente, entrelazada con la acción de los demás, si estuviese al margen de nuestra vocación a la santidad y al apostolado. Porque nues-

(2) Forja, n. 471.

(3) De nuestro Padre. Carta, 31-V-1954, n. 24.

tra acción, o es la Obra de Dios, o es una obra humana, sobrenaturalmente estéril.

Por la obediencia, nuestra labor personal se coordina con la de los demás; por la obediencia somos realmente eficaces. *La labor de la Obra cada día es como un gran tejido, que ofrecemos al Señor. Si todos cumplimos, si somos fieles y entregados, ese gran tejido será hermoso y sin falla. Pero si uno suelta un hilo acá, otro allá, y otro por el otro lado, en lugar de un hermoso tejido tendremos un harapo hecho jirones*⁴.

*LUCHEMOS, hermanos —dice San Clemente Romano—, bajo los mandatos del Señor. Consideremos a los soldados que se encuentran bajo su jefe. ¡Con qué orden y obediencia, con qué sumisión cumplen las órdenes! No todos son jefes, ni todos capitanes; pero cada uno, en su lugar y condición, realiza lo que el rey y los oficiales mandan. Ni los grandes sin los pequeños, ni los pequeños sin los grandes pueden mantenerse en pie; todos están unidos, y de ahí viene la eficacia*⁵.

Es menester persuadirse bien de la importancia de obedecer fielmente, considerando que quienes gobiernan saben lo que conviene al bien de la Obra. Si se cumple aquello, redundará en beneficio de toda la labor; si no, se frena e impide la tarea de nuestros

(4) De nuestro Padre, Crónica XI-59, p. 7.

(5) San Clemente Romano, *Epístola ad Corinlios* 37, 1-4.

hermanos y el bien de muchas almas. *Unidad de miras, unidad de sacrificio, fuerza de nuestra vida... No se puede derrumbar el frente ni en ti ni en mí*⁶. Como nos ha dicho nuestro Padre, es la unidad *el secreto de nuestra eficacia y una de las más grandes bendiciones del Señor para su Obra*⁷.

Los Directores cuentan con nuestra responsabilidad personal. Nos confían siempre encargos razonables, pero no nos dan las cosas hechas, ni las dificultades ya resueltas. Cuentan con nosotros, con nuestra capacidad de trabajo, con nuestro buen sentido, con nuestra libertad. *Hoy que el ambiente está colmado de desobediencia, de murmuración, de desunión, hemos de estimar especialmente la obediencia.*

*Soy muy amigo de la libertad —escribe nuestro Fundador—, y precisamente por eso quiero tanto esa virtud cristiana. Debemos sentirnos hijos de Dios, y vivir con la ilusión de cumplir la voluntad de nuestro Padre. Realizar las cosas según el querer de Dios, porque nos da la gana, que es la razón más sobrenatural*⁸.

Vivir plenamente la obediencia significa, por tanto, poner toda la inteligencia para ver cuál es el mejor modo de cumplir lo que nos han mandado; hacer nuestro lo que nos encomiendan, tomarlo como cosa propia; y después ir superando las dificultades que surjan, con ánimo y con la confianza de estar ha-

(6) De nuestro Padre, Crónica V-55, pp. 74 y 75.

(7) De nuestro Padre, Crónica IX-55, p. 58.

(8) *Es Cristo que pasa*, n. 17.

ciendo la voluntad de Dios, con fe en que todo saldrá bien, sin dudar, sin desconfiar del resultado. Y esto, aunque cueste tiempo y trabajo, hasta el final, hasta llevar las cosas a término.

EN EL Evangelio de la Misa de hoy, el Señor quiere explicarnos que nuestra labor dará fruto sólo si la realizamos unidos a El. *Yo soy la vid verdadera* —nos dice— *y mi Padre es el labrador. Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo corta; y a todo el que da fruto lo poda para que dé más fruto. Vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he hablado*⁹. Sólo la palabra de Dios, que es viva y eficaz¹⁰, puede hacer que nuestra miseria personal se convierta en riqueza. Y esa palabra nos llega a través de los Directores.

Las indicaciones y sugerencias de los Directores, han de acogerse *con despego generoso de la propia voluntad, de los propios deseos y gustos*: *non mea voluntas, sed tua fiat; no se haga, Señor, mi voluntad, sino la tuya* (Luc. XXII, 42). *Obediencia confiada, serena, estricta y humana a la vez; obediencia que esté por encima de las dificultades, de las desilusiones, de las ingratitudes: porque mis hijos todo lo superan con generosidad, poniendo no sólo una buena voluntad exterior, sino todas las energías de su inteligencia y de su corazón*¹¹.

(9) Év. (Ioann. XV, 1-3).

(10) Ifefer. IV, 12.

(11) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 61.

Este es el modo de obedecer que se nos enseña en la Obra: una obediencia voluntaria e inteligente, movida por el deseo de *servir, ser útiles a nuestra Madre la Obra, en bien de las almas*¹². Por eso, *no hemos de olvidar que el lugar, en el que somos más eficaces, es aquél en el que nos han puesto los Directores (...): ésa es la voluntad de Dios*¹³. Sólo así, *obedeciendo, estarás unido a Dios Nuestro Señor* —de nuevo son palabras de nuestro Padre—. *Sine me nihil potestis facere* (Ioann. XV, 5). *Y te surgirá en el corazón al momento el grito del Apóstol: omnia possum in eo qui me confortat* (Philip. IV, 13), *todo lo puedo en Aquél que me da su fortaleza*.

*Hijos míos: muy unidos a la cepa, pegadicos a nuestra cepa que es Jesucristo, por la obediencia rendida a los Directores*¹⁴.

Acabemos nuestra oración haciendo el propósito de obedecer con más amor, con más fe, con más esperanza. Solamente entonces seremos del todo eficaces. Porque la eficacia emana de la fortaleza misma de Dios: *vir oboediens loquetur victoriam*¹⁵, la persona que es obediente cantará victoria. Si, con piedad de hijos, vamos a pedir consejo a Santa María —*Mater Boni Consilii*— encontraremos el mismo amoroso e ilimitado mandato: *haced lo que El os diga*¹⁶.

(12) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, n. 10.

(13) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, n. 10.

(14) De nuestro Padre, *Meditación*, 9-III-1962.

(15) Prov. XXI, 28.

(16) Ioann. II, 5.

196.

JUEVES

—Rindamos culto amoroso a Dios, pues todo —en el orden de la naturaleza y de la gracia— se lo debemos a El.

—El culto a Dios ha de realizarse mediante su Hijo Jesucristo, en el Santo Sacrificio de la Misa.

—Ofrezcamos a Dios todo lo nuestro: inteligencia y voluntad, todo nuestro ser.

TODOS los pueblos han sentido siempre la necesidad de ofrecer sacrificios a Dios, porque nace *del mismo dictamen de la razón natural, la necesidad de que el hombre demuestre con algunas obras su reverencia a Dios*¹. En efecto, *creados, y constituidos en corona y cabeza de la creación corpórea, hemos sido ordenados por naturaleza a servir a Dios y a rendirle culto de adoración, de amor y de alabanza*². Y así, *la virtud sobrenatural de la religión nos liga al Dios único omnipotente*³.

Con mayor motivo, el cristiano necesita tributar a Dios el culto debido, pues además de Señor, Creador y Todopoderoso, Dios es nuestro Padre, que ha querido hacernos partícipes de su misma vida. Y nosotros, por ser hijos suyos, hemos de adorarle de un modo sobrenatural, movidos por el mismo amor divi-

(1) Santo Tomás, S. Th. I-II, q. 81, a. 2 ad 3.

(2) De nuestro Padre, Carta, 19-III-1967, n. 58.

(3) San Agustín, De civitate Dei 10, 3.

no, y ordenar nuestras obras a buscar en todo su gloria. Con más urgencia cuando hay *quienes intentan desacralizar todo, pretendiendo convertir en profano lo que de suyo es sagrado, hasta el mismo sacerdocio. Nosotros* —escribía nuestro Padre— *queremos llevar a Dios todas las cosas, cada una según su naturaleza y su modo: y lo que Dios ha hecho sagrado, sagrado es*⁴.

El reconocimiento de Dios como principio y fin de nuestra vida, a quien debemos todo en el orden de la naturaleza y de la gracia, y para quien hemos sido hechos, nos inclina a rendir a Dios el culto amoroso que se le debe, y a que *nos sometamos a Dios y confesemos la necesidad que tenemos de El, como autor de todos los bienes*⁵. Por eso, con palabras de la Iglesia, confesamos: *realmente es justo darte gracias, y deber nuestro glorificarte, Padre Santo, porque Tú eres el único Dios vivo y verdadero, que existes desde siempre y permaneces eternamente, que habitas en una luz inaccesible. Porque Tú sólo eres bueno y fuente de vida, creaste todas las cosas para colmarlas de tus bendiciones y alegrar su multitud con la claridad de tu gloria. Por eso, innumerables Angeles en tu presencia, contemplando la gloria de tu rostro, te sirven siempre y te glorifican sin cesar. Y con ellos también nosotros, llenos de alegría, y por nuestra voz las demás criaturas, aclamamos tu Nombre cantando:*

(4) De nuestro Padre, Carta, 10-VI-1971.

(5) Santo Tomás, S. Th. II-II, q. 83, a. 3 c.

*Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo. Llenos están el cielo y la tierra de tu gloria*⁶.

EL PRINCIPAL acto externo de la virtud de la religión es el sacrificio. Y desde que Cristo murió por nosotros en la Cruz, nuestro culto debe dirigirse a Dios a través de Jesucristo, *primogénito entre muchos hermanos*⁷. Tan sólo por Jesucristo, Cabeza del Cuerpo Místico, rendiremos a Dios Padre el culto debido. *La Trinidad entera actúa en el santo sacrificio del altar. Por eso me gusta tanto repetir en la colecta, en la secreta y en la postcomunión aquellas palabras finales: Por Jesucristo, Señor Nuestro, Hijo tuyo —nos dirigimos al Padre—, que vive y reina contigo en unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.*

En la Misa, la plegaria al Padre se hace constante. El sacerdote es un representante del Sacerdote eterno, Jesucristo, que al mismo tiempo es la Víctima. Y la acción del Espíritu Santo en la Misa no es menos inefable ni menos cierta. Por la virtud del Espíritu Santo, escribe San Juan Damasceno, se efectúa la conversión del pan en el Cuerpo de Cristo (San Juan Damasceno, De fide ortodoxa, 13) (...).

Toda la Trinidad está presente en el sacrificio del

(6) *Ordo Missae*, Plegaria eucarística IV.

(7) *Rom.* VIII, 29.

*Altar. Por voluntad del Padre, cooperando el Espíritu Santo, el Hijo se ofrece en oblación redentora. Aprendamos a tratar a la Trinidad Beatísima, Dios, Uno y Trino: tres Personas divinas en la unidad de su substancia, de su amor, de su acción eficazmente santificadora*⁸.

En nombre de la Iglesia, el sacerdote ofrece a Cristo, como Hostia inmolada, para expresar el dominio y la majestad de Dios, para dar gracias por los beneficios recibidos, para implorar nuevas gracias y reparar por los pecados de todos los hombres. Y nosotros, unidos al Sacrificio de la Misa, ofrecemos al Señor cuanto somos y tenemos, y procuramos que todas nuestras obras sean *víctimas espirituales agradables a Dios por Jesucristo*⁹.

La Misa —insisto— es acción divina, trinitaria, no humana. El sacerdote que celebra sirve al designio del Señor, prestando su cuerpo y su voz; pero no obra en nombre propio, sino in persona et in nomine Christi, en la Persona de Cristo, y en nombre de Cristo.

El amor de la Trinidad a los hombres hace que, de la presencia de Cristo en la Eucaristía, nazcan para la Iglesia y para la humanidad todas las gracias. Este es el sacrificio que profetizó Malaquías: desde la salida del sol hasta el ocaso es grande mi nombre entre las gentes; y en todo lugar se ofrece a mi nombre un sacrificio humeante y una oblación pura (Malach. I, 11).

(8) *Es Cristo que pasa*, nn. 85-86.

(9) *I Petr.* II, 5.

*Es el Sacrificio de Cristo, ofrecido al Padre con la cooperación del Espíritu Santo: oblación de valor infinito, que eterniza en nosotros la Redención, que no podían alcanzar los sacrificios de la Antigua Ley*¹⁰.

A MI —solía comentar nuestro Padre—, para el Señor, todo me parece poco". Deseamos poder ofrecerle todo lo mejor: dadle generosamente al Señor ese corazón joven que tenéis, esa vida hermosa, espléndida: dadle esa vida vuestra. Haced el sacrificio de Abel, no el de Caín. Abel le daba lo más hermoso de su rebaño¹². Y lo que más agrada a Dios es una vida limpia, una vida dedicada a El por entero, una existencia de amor. Por eso, queremos ofrecer nuestra vida, nuestra dedicación sin reservas y sin regateos, como expiación por nuestros pecados; por los pecados de todos los hombres, hermanos nuestros; por los pecados cometidos en todos los tiempos, y por los que se cometerán hasta el fin de los siglos: ante todo, por los católicos, por los elegidos de Dios que no saben corresponder, que hacen traición al amor de predilección que el Señor les ha tenido¹³.

Todo para el Señor, todo; hasta lo más íntimo de nuestra inteligencia y de nuestra voluntad, de todo

(10) *Es Cristo que pasa*, n. 86.

(11) *Forja*, n. 47.

(12) De nuestro Padre, *Crónica* 11-60, p. 13.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 83.

nuestro ser, lo ofrecemos a Dios. Nuestra ofrenda la recibe el Señor: sube a su trono, agradable, olorosa como el incienso unida al sacrificio de Jesucristo. Cada uno de nosotros hace la consecratio mundi con una dedicación personal al servicio del Señor y, por El, al servicio de todas las almas sin exceptuar ninguna, en el ejercicio de la propia profesión u oficio, en medio del mundo, al que amamos, cada uno en su propio estado¹⁴.

Quememos a gusto nuestra vida. Tu talento, tu simpatía, tus condiciones... se pierden: no te dejan aprovecharlas. —Piensa bien estas palabras de un autor espiritual: "No se pierde el incienso que se ofrece a Dios. —Más honrado es el Señor con el abatimiento de tus talentos que con el vano uso de ellos"¹⁵.

Cada uno de nosotros, en su sitio, con un trabajo silencioso y sacrificado, eleva al Señor un culto amoroso, que por medio de la Santa Misa se incorpora al que ofrece Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote, y participa así de su eficacia ilimitada. Renovemos ahora ese ofrecimiento de toda nuestra vida a Dios, mientras veneramos la memoria de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor; la de su Esposo San José, la de los santos Apóstoles y mártires Pedro y Pablo, Andrés, Santiago y Juan (...), y la de todos los santos¹⁶.

(14) De nuestro Padre, *Carta*, 19-11-1954, n. 10.

(15) *Camino*, n. 684.

(16) *Ordo Missae*, Canon Romano.

197.

VIERNES

—Hemos de realizar una siembra de comprensión y de caridad.

—La soberbia personal es el mayor obstáculo a la comprensión.

—Para ser comprensivos hemos de vivir, junto con la caridad, una práctica constante de todas las virtudes específicas de nuestro espíritu.

HERMANOS, no habléis mal los unos de los otros. Quien habla mal de un hermano o quien juzga a un hermano, habla mal de la Ley, y a la Ley juzga. Mas si tú juzgas a la Ley, ya no eres observador de la Ley, sino juez de ella. Uno solo es el Legislador y el Juez, que puede salvar y puede perder. Pero tú, ¿quién eres para juzgar a tu prójimo?^x. ¿Quién puede juzgar sino Dios? Sólo el Señor ve la intimidad de las conciencias: conoce a las almas y las ve débiles, y sus juicios son juicios de misericordia.

Entre los hombres, sin embargo, es frecuente la crítica, la murmuración. Ya el Señor tuvo que sufrir los ataques de las malas lenguas, y *no es el discípulo mayor que el Maestro*². Escribe nuestro Padre: *ataques sistemáticos a la fama, denigración de la conduc-*

(1) *Iacob.* IV, 11-12.

(2) *Matth.* X, 24.

ta intachable: esta crítica mordaz y punzante sufrió Jesucristo, y no es raro que algunos reserven el mismo sistema a los que, conscientes de sus lógicas y naturales miserias y errores personales, menudos e inevitables —añadiría— dada la humana debilidad, desean seguir al Maestro. Pero la comprobación de esas realidades no debe llevarnos a justificar tales pecados y delitos —habladurías se les llama, con sospechosa comprensión— contra el buen nombre de nadie. Jesús anuncia que si al padre de familia lo han apodado Belcebú, no es de esperar que se conduzcan mejor con los de su casa (cfr. Matth. X, 24); pero aclara también que quien llamare a su hermano fatuo, será reo del fuego del infierno (Matth. V, 22).

¿De dónde nace esta apreciación injusta con los demás? Parece como si algunos tuvieran continuamente puestas unas anteojeras, que les alteran la vista. No estiman, por principio, que sea posible la rectitud o, al menos, la lucha constante por portarse bien. Reciben todo, como reza el antiguo adagio filosófico, según el recipiente: en su previa deformación. Para ellos, hasta lo más recto, refleja —a pesar de todo— una postura torcida que, hipócritamente, adopta apariencia de bondad. Cuando descubren claramente el bien, escribe San Gregorio, escudriñan para examinar si hay además algún mal oculto (S. Gregorio Magno, Moralia, 6, 22).

Es difícil hacer entender a esas personas, en las que la deformación se convierte casi en una segunda

naturaleza, que es más humano y más verídico pensar bien de los prójimos. San Agustín recomienda el siguiente consejo: procurad adquirir las virtudes que creéis que faltan en vuestros hermanos, y ya no veréis sus defectos, porque no los tendréis vosotros (San Agustín, Enarrationes in psalmos, 30, 2, 7)³.

Parte de la tarea de los hijos de Dios se resume en crear a su alrededor un ambiente de comprensión, de disculpa, de lealtad. Lo ha dicho Jesús: *éste es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros, como yo os he amado* *. Quien ama con el amor de Dios, se siente necesariamente movido a la comprensión; y, de un modo especial, cuando tiene una misión apostólica, una llamada específica a corregir —a salvar— con Jesucristo. *Alguna vez —escribe nuestro Padre— el panorama os puede parecer descorazonador: porque advertiréis la pequeñez humana de vuestro esfuerzo, frente a todo un mundo que desconoce la comprensión. Tenéis razón: se ha dicho que el mundo acaba siempre dividido en dos mitades, y una se dedica a hablar mal de la otra. Pero, precisamente porque sobra desunión e incomprensión, nos quiere Dios en todos los caminos de los hombres para vivir personalmente la comprensión de Cristo, y para enseñarla a vivir*⁵.

(3) *Es Cristo que pasa*, nn. 67-68.

(4) *Ev. (Ioann. XV, 12).*

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 69.

¿QUE PUEDE oponerse a la comprensión? La soberbia, el amor propio. Cuanto más pagado se está de sí mismo, más insensible se es a los problemas ajenos; y, a la vez, con facilidad se emiten, al menos internamente, juicios sumarios donde sólo hay una voz: la del acusador. Este era uno de los principales pecados de los fariseos, que Jesús fustiga en el Evangelio. Pero también incurrían en esta actitud los discípulos, sobre todo en los primeros momentos, cuando la caridad de Cristo no había templado aún sus corazones. Ante el ciego de nacimiento, que Jesús se dispone a curar lleno de compasión, ellos preguntan: *¿quién pecó, éste o sus padres, para que naciera ciego? Y respondió Jesús: ni pecó éste ni sus padres, sino que eso ha ocurrido para que las obras de Dios se manifesten en él*⁶.

No debemos extrañarnos de que muchos, también gentes que se tienen por cristianas, se comporten de forma parecida: imaginan, antes que nada, el mal. Sin prueba alguna, lo presuponen; y no sólo lo piensan, sino que se atreven a expresarlo en un juicio aventurado, delante de la muchedumbre.

La conducta de los discípulos podría, benévolamente, ser calificada de desaprensiva. En aquella sociedad —como hoy: en esto, poco ha cambiado— había otros, los fariseos, que hacían de esa actitud una norma⁷.

(6) *Ioann. IX, 2-3.*

(7) *Es Cristo que pasa*, n. 67.

A los Apóstoles, en aquellos momentos, les sobraba amor propio y les faltaba caridad. Pero el trato con Jesús les hizo cambiar, porque *la caridad, infundida por Dios en el alma, transforma desde dentro la inteligencia y la voluntad: fundamenta sobrenaturalmente la amistad y la alegría de obrar el bien.*

Contemplad la escena de la curación del cojo, que nos cuentan los Hechos de los Apóstoles. Subían Pedro y Juan al templo y, al pasar, encuentran a un hombre sentado a la puerta; era cojo desde su nacimiento. Todo recuerda aquella otra curación del ciego. Pero ahora los discípulos no piensan que la desgracia se deba a los pecados personales del enfermo o a las faltas de sus padres. Y le dicen: en el nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y camina (Act. III, 6). Antes derramaban incompreensión, ahora misericordia; antes juzgaban temerariamente, ahora curan milagrosamente en el nombre del Señor⁸.

La soberbia es el mayor obstáculo a la comprensión, la que envenena las lenguas de los hombres. Por eso nuestro Fundador nos impulsa a pedir a Dios la humildad, que —nos dice— *os facilitará el conocimiento de la grandeza, de la ciencia, de la perfección de Dios, y os hará también saber la pequeñez, la ignorancia, la miseria que tenemos los hombres. Aprenderéis así a comprender las flaquezas ajenas, viendo las propias; a disculpar amando, a querer tra-*

(8) *Es Cristo que pasa*, n. 71.

tar con todos, porque no puede haber una criatura que nos sea extraña⁹.

A NOSOTROS se nos exige especialmente que tengamos el corazón abierto y los brazos bien extendidos, de tal manera que comprendamos y amemos a todos los hombres, también —si los hubiera— a quienes no nos quieren, y a los que no nos comprenden¹⁰. Una comprensión como la que nos pide el Señor, sólo puede conseguirse teniendo una gran caridad. La caridad —comenta Santo Tomás— no permite ni siquiera pensar que alguien obra mal; no permite pensar mal del prójimo, fundados en sospechas y juicios temerarios¹¹. Pero aún hace más: con la luz siempre nueva de la caridad —dice nuestro Padre—, con un generoso amor a Dios y al prójimo, renovaremos, a la vista del ejemplo que nos dio el Maestro, nuestras ansias de comprender, de disculpar, de no sentirnos enemigos de nadie¹².

Junto con la caridad, que es virtud sobrenatural infusa, hemos de poner por nuestra parte *la práctica constante de las virtudes de la convivencia, ofreciendo a Dios con alegría, sin que se note, los roces inevitables con caracteres, mentalidades, gustos diversos: cum*

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VIM933, n. 5.

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 9-I-1951, n. 29.

(11) Santo Tomás, *Super Epistolam I ad Corinthios lectura* 13, 4.

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VII-1933, n. 3.

omni humilitate et mansuetudine, cuín patientia supportantes invicem in caritate (Ephes. IV, 2)¹³. Todo esto nos lo exige el espíritu de la Obra: *para comprender mejor los problemas de los demás, hemos de vivir no sólo las virtudes propias de las almas dedicadas al servicio de Dios, sino también las que integran la fisonomía característica de nuestra Obra, que son las que, como fundamento de nuestra ascética específica, se ordenan a la santificación del trabajo ordinario.*

*Cuanto acabo de deciros muestra claramente —quiero recordároslo una vez más— que el fundamento de nuestro apostolado estará siempre en la comprensión y en la convivencia con todos los hombres: movidos por la caridad, deseamos ardientemente llevar a todos a la Fe, queremos santificar todas las cosas*¹⁴.

*El mismo San Pablo nos ofrece su ejemplo personal para practicar esta doctrina: híceme flaco para los flacos, para ganar a los flacos; híceme todo para todos, para salvar a todos (I Cor IX, 22). Este es, hijas e hijos míos, el espíritu que os he enseñado a ejercitar. Un espíritu que es manifestación bien real de diversidad práctica, de espíritu abierto, de disponibilidad sin límites*¹⁵.

El trato filial con Nuestra Señora, Madre de misericordia, es escuela divina donde se aprende a vivir la comprensión.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 69.

(14) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1951, nn. 29-30.

(15) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 68.

198.

SÁBADO

—Hay que saber esperar, siendo pacientes con nosotros mismos y con los demás.

—Para ser serenos, ver las cosas con ojos de eternidad, puntualizar y aplicar el remedio con caridad y paciencia.

—La paciencia en el apostolado.

*MIRAD al labrador que espera el fruto precioso de la tierra, puestos en él los ojos con paciencia en tanto que recibe la lluvia temprana y la tardía. Sed vosotros también pacientes. Tened, pues, paciencia, hermanos, hasta el advenimiento del Señor*¹.

Trabajamos por lograr frutos de santidad, en cada uno de nosotros y en todas las almas. Dios, cuando quiere, envía la lluvia de su gracia, y se recoge entonces una cosecha bien granada. Hay que rezar y trabajar con esfuerzo, y a la vez, tener paciencia, porque *el camino del cristiano, el de cualquier hombre, no es fácil. Ciertamente, en determinadas épocas, parece que todo se cumple según nuestras previsiones; pero esto habitualmente dura poco. Vivir es enfrentarse con dificultades, sentir en el corazón alegrías y sabores; y en esta fragua el hombre puede adquirir*

(1) *Iacob. V*, 7-8.

*fortaleza, paciencia, magnanimidad, serenidad*².

La paciencia es parte de la virtud cardinal de la fortaleza. *El que sabe ser fuerte no se mueve por la prisa de cobrar el fruto de su virtud; es paciente*³. Ni siquiera en los mismos deseos de mejorar y de ser eficaces debe haber asomos de ansiedad: también *es mala la impaciencia de lo bueno*⁴. Y malo sería impacientarnos por no conseguir enseguida el fruto deseado, lamentarnos de una aparente esterilidad en la tarea santificadora que el Espíritu Santo realiza —día a día— en el alma. Dios sabe por dónde nos lleva: y nos hace conocer los adelantos interiores cuando quiere y como quiere.

Las almas necesitan tiempo para santificarse, y Dios tiene una paciencia infinita: continuamente perdona, da su gracia, y anima. Nosotros debemos también ser pacientes con nosotros mismos y con los demás, aunque a veces cueste.

Estemos siempre serenos, nos dice nuestro Padre. Si somos piadosos y sinceros, no habrá penas duraderas y desaparecerán del todo esas otras que a veces nos inventamos, porque no lo son objetivamente. Viviremos con alegría, con paz, en los brazos de la Madre de Dios, como hijos pequeños suyos, que eso somos. De cuando en cuando, cada uno tiene en su mundo inte-

(2) *Amigos de Dios*, n. 77.

(3) *Amigos de Dios*, n. 78.

(4) *Tertuliano, De patientia* 5.

*rior un conflicto menudo, que la soberbia se encarga de hacer grande, para darle importancia, para arrancarnos la paz. No hagáis caso de esas pequeneces. Decid: soy un pecador, que ama a Jesucristo*⁵.

*FUERTES y pacientes: serenos. Pero no con la serenidad del que compra la propia tranquilidad a costa de desinteresarse de sus hermanos o de la gran tarea, que a todos corresponde, de difundir sin tasa el bien por el mundo entero. Serenos porque siempre hay perdón, porque todo encuentra remedio, menos la muerte y, para los hijos de Dios, la muerte es vida. Serenos, aunque sólo fuese para poder actuar con inteligencia: quien conserva la calma está en condiciones de pensar, de estudiar los pros y los contras, de examinar juiciosamente los resultados de las acciones previstas. Y después, sosegadamente, interviene con decisión*⁶.

Para mantenerse serenos, hay que ver las cosas con ojos de eternidad, como nos recomendaba nuestro Padre. *Mira: pase lo que pase en tu vida interior o en el mundo que te rodea nunca olvides que la importancia de los sucesos o de las personas es muy relativa. —Calma: deja que corra el tiempo; y, después, viendo de lejos y sin pasión los acontecimientos y las gentes adquirirás la perspectiva, pondrás cada cosa en su lugar y con su verdadero tamaño.*

(5) *De nuestro Padre, Carla*, 24-111-1931, n. 15.

(6) *Amigos de Dios*, n. 79.

Si obras de este modo serás más justo y te ahorrarás muchas preocupaciones ⁷.

Dios todo lo gobierna: ni una hoja se mueve sin que El lo quiera. Y hasta los males son permitidos por el Señor para sacar bienes. Para tener siempre paz, es necesario mirar las cosas como Dios las mira. *Has de ver las cosas con ojos de eternidad, "teniendo en presente" el final y el pasado* ⁸.

Tened optimismo, insiste nuestro Padre. *El propio San Pablo, en la epístola a los Filipenses, nos dirá: gaudete in Domino semper: iterum dico: gaudete (Philip. IV, 4); vivid siempre alegres en el Señor; os lo repito: estad contentos. Hay que ver, hijos míos, el aspecto positivo de las cosas. Lo que parece más tremendo en la vida, no es tan negro, no es tan oscuro. Si puntualizáis, no llegaréis a conclusiones pesimistas. Como un buen médico no dice, al ver un paciente, que todo en él está podrido, os pido por amor a Jesucristo que tengáis confianza. No afirméis nada malo, sin ver la contrapartida. Un enfermo no es inmediatamente un cuerpo para el cementerio. Vamos a curarlo, dándole los remedios oportunos. Dentro de nuestro espíritu, tenemos toda la farmacopea* ⁹.

Lo que hay que hacer es saber aplicar esos remedios con caridad y con paciente constancia; si no, di-

(7) Camino, n. 702.

(8) Camino, n. 837.

(9) De nuestro Padre, Carta, 24-IIM931, n. 14.

fácilmente podrán surtir todo su benéfico efecto. *La caridad es el vínculo de la fraternidad, el fundamento de la paz, la trabazón que da firmeza a la unidad; la que es superior a la esperanza y a la fe, la que sobrepuja a la limosna y al martirio; la que quedará con nosotros para siempre en el Cielo. Pero si le quitas la paciencia, la caridad perecerá desolada* ¹⁰. No existe verdadera caridad sin paciencia, que todo lo soporta. En cambio, cuando van unidas estas dos virtudes, todo se sufre gustosamente.

PACIENCIA en nuestra vida interior y en nuestra actividad. Y paciencia también en el apostolado. *Comprendo tu impaciencia santa —escribe nuestro Fundador—, pero a la vez has de considerar que algunos necesitan pensárselo mucho, que otros irán respondiendo con el tiempo... Aguárdalos con los brazos abiertos: condimenta tu impaciencia santa con oración y mortificación abundantes. —Vendrán más jóvenes y generosos; se habrán sacudido su aburguesamiento y serán más valientes.*

¡Cómo los espera Dios! "...

Tenemos que hacer la labor de San Rafael y de San Gabriel con ilusión, con esfuerzo, con dedicación, con constancia. Eso es lo que está de nuestra

(10) San Cipriano, *De bono patientiae* 15.

(11) Surco, n. 206.

parte; pero los frutos dependen de Dios. *Yo planté, Apolo regó, pero Dios es quien ha dado el crecimiento. Y así, ni el que planta es algo ni el que riega, sino Dios, que es el que hace crecer*¹². El Señor da el crecimiento interior; es la gracia la que va haciendo madurar las almas. No queramos frutos verdes, prematuros. La impaciencia es enemiga del apostolado.

Nuestro Padre nos previene: moderad vuestra impaciencia, *haced el apostolado del proselitismo con calma, despacio, al paso de Dios... Pero sin interrumpir jamás la labor ¡cueste lo que cueste!*¹³. Al paso de Dios: no hacemos nuestro apostolado, sino el de Jesucristo. No buscamos nada para nosotros mismos, sólo la gloria de Dios. Hay que estar dispuestos a trabajar, si el Señor así lo quiere, toda la vida, sin ver los frutos; otros hermanos nuestros los recogerán, pues a veces *uno es el que siembra y otro el que recoge*¹⁴.

No perdamos jamás la paciencia, que es serenidad y señorío, que es paz y eficacia. Dios marca, en cada alma, el ritmo de su santificación. Pongamos los medios con responsabilidad, y confiemos. *Convéncete: cuando se trabaja por Dios, no hay dificultades que no se puedan superar, ni desalientos que hagan abandonar la tarea, ni fracasos dignos de este*

(12) I Cor. III, 6-7.

(13) De nuestro Padre, *Instrucción*, I-IV-1934, n. 90.

(14) *Ioann.* IV, 37.

*nombre, por infructuosos que aparezcan los resultados*¹⁵.

La Virgen Santísima, que es nuestra Madre, nos quiere tanto que ni siquiera la continuidad de nuestros defectos la hace cejar en su intercesión por nosotros, sus hijos: con paciencia maternal y efficacísima insiste delante de Dios. *Recordare, Virgo Mater Dei, dum steteris in conspectu Domini, ut loquaris pro nobis bona*¹⁶.

(15) *Surco*, n. 110.

(16) Preces de la Obra.

199.

DOMINGO VI DE PASCUA

—Visión sobrenatural en el apostolado, rectitud de intención.

—El apostolado lo hace Cristo: buscar en todo solamente la gloria de Dios.

—Los frutos apostólicos vienen por la obediencia, que es fácil cuando hay visión sobrenatural y rectitud de intención.

HABÍA un hombre llamado Simón, que tiempo atrás venía practicando la magia-en la ciudad y maravillando al pueblo de Samaría, diciendo ser él algo grande. Todos, del mayor al menor, le seguían y decían: éste es el poder de Dios llamado grande; y se adherían a él, porque durante bastante tiempo los había embaucado con sus magias¹. Pero Simón se predicaba a sí mismo: y sus éxitos fueron sólo aparentes. Cuando llegó el diácono Felipe, que predicaba a Cristo², el mago Simón fracasó ruidosamente, pues entonces todos creyeron a Felipe, que les anunciaba el reino de Dios; y en nombre de Jesucristo, se bautizaban hombres y mujeres³.

En nombre de Cristo. Hay que trabajar en nombre suyo, para que el Señor se manifieste con toda la eficacia y el poder divinos en las almas que tratamos.

(1) Act. VIII, 9-11.

(2) L. I. (A) (Act. VIII, 5).

(3) Act. VIII, 12.

Ni el que planta es algo ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento⁴. Guiarse por un criterio personal a la hora del apostolado y del proselitismo, conduciría pronto a la desilusión y al fracaso. El apóstol es un instrumento del Señor: es El quien tiene la doctrina, el amor y el consejo para las almas. Y esto es lo que hemos de darles. ¡Qué pena, si al final hubieras hecho "tu" apostolado y no "su" Apostolado!⁵.

Para el apostolado y el proselitismo, la rectitud de intención es completamente imprescindible. Hemos venido a hacer la Voluntad de Dios, no nuestra voluntad; no actuamos en nombre propio, sino como mensajeros de Cristo. Sólo así —escribe nuestro Padre— *me atrevo a asegurar que el Señor nos hará instrumentos capaces de obrar milagros y, si fuera preciso, de los más extraordinarios. Daremos luz a los ciegos. ¿Quién no podría contar mil casos de cómo un ciego casi de nacimiento recobra la vista, recibe todo el esplendor de la luz de Cristo? Y otro era sordo, y otro mudo, que no podían escuchar o articular una palabra como hijos de Dios... Y se han purificado sus sentidos, y escuchan y se expresan ya como hombres, no como bestias. In nomine Iesu! (Act. III, 6), en el nombre de Jesús sus Apóstoles dan la facultad de moverse a aquel lisiado, incapaz de una acción útil; y aquel otro poltrón, que conocía sus obligaciones pero*

(4) I Cor. III, 7.

(5) Camino, n. 967.

no las cumplía... En nombre del Señor, surge et ambula! (Act. III, 6), levántate y anda.

El otro, difunto, podrido, que olía a cadáver, ha percibido la voz de Dios, como en el milagro del hijo de la viuda de Naim: muchacho, yo te lo mando, levántate (Luc. VII, 14). Milagros como Cristo, milagros como los primeros Apóstoles haremos. Quizá en ti mismo, en mí se han operado esos prodigios: quizá éramos ciegos, o sordos, o lisiados, o hedíamos a muerto, y la palabra del Señor nos ha levantado de nuestra postración. Si amamos a Cristo, si lo seguimos sinceramente, si no nos buscamos a nosotros mismos sino sólo a El, en su nombre podremos transmitir a otros, gratis, lo que gratis se nos ha concedido⁶.

NO ESPERES por tu labor el aplauso de las gentes, escribió nuestro Padre.

—¡Más!: no esperes siquiera, a veces, que te comprendan otras personas e instituciones, que también trabajan por Cristo.

*—Busca sólo la gloria de Dios y, amando a todos, no te preocupe que otros no te entiendan *

Todo para la gloria de Dios. Hemos de ser como esos hombres santos, que se sienten impulsados a hacer cosas buenas también entre los hombres, pero que refieren todo a Dios, de modo que no sean ellos mis-

(6) Amigos de Dios, n. 262.

(7) Forja, n. 255.

mos, sino su Padre celestial quien resulte glorificado⁸. Hemos de realizar nuestra labor apostólica siempre cara a Dios, no buscando honor, ni alabanza, ni gloria, como está escrito en el Evangelio, sino teniendo siempre presente sólo al Señor⁹. Es buen momento para repetir lo que nos enseñó nuestro Fundador: ¡Dios mío!, renuncio desde ahora a toda gratitud y pago humanos¹⁰.

Hay un pasaje del Evangelio que nos muestra de modo gráfico cómo en el apostolado hemos de buscar sólo la gloria de Dios. El Señor ha resucitado y se aparece a un grupo de Apóstoles que bregaban, como antaño, en las faenas de la pesca. Siguiendo las indicaciones del Maestro, aun sin haberle reconocido, echan las redes a la derecha de la barca e inmediatamente se llenan de peces. *Enseguida ponen la pesca a los pies del Señor, porque es suya. Para que aprendamos que las almas son de Dios, que nadie en esta tierra puede atribuirse esa propiedad, que el apostolado de la Iglesia —su anuncio y su realidad de salvación— no se basa en el prestigio de unas personas, sino en la gracia divina.*

Jesucristo interroga a Pedro, por tres veces, como si quisiera darle una repetida posibilidad de reparar la triple negación. Pedro ya ha aprendido, escarmentado en su propia miseria: está hondamente convencido de que sobran aquellos temerarios alardes, consciente de

(8) San Gregorio Magno, *Moralia* 19, 23, 36.

(9) Pseudo Macario, *De custodia cordis* 13.

(10) *Camino*, n. 789.

su debilidad. Por eso, pone todo en manos de Cristo. Señor, tú sabes que te amo. Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo (Ioann. XXI, 15-17). Y ¿qué responde Cristo? Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas (Ioann. XXI, 15-17). No las tuyas, no las vuestras: ¡las mías! Porque El ha creado al hombre, El lo ha redimido, El ha comprado cada alma, una a una —lo repito—, al precio de su Sangre (...).

No hacemos nuestro apostolado. En ese caso, ¿qué podríamos decir? Hacemos —porque Dios lo quiere, porque así nos lo ha mandado: id por todo el mundo y predicad el Evangelio (Marc. XVI, 15)— el apostolado de Cristo. Los errores son nuestros; los frutos, del Señor¹¹.

Hay también que referir a nuestro Señor el agradecimiento de las personas que tratamos. El desprecio de las alabanzas es lo primero y lo principal en lo que hemos de estar enseñados¹². Y la alabanza, cuando llega, debe encauzarse a Dios, como nos enseña nuestro Padre: es cuestión de desaparecer: para esto se necesita humildad y coger bien el espíritu de la Obra¹³.

EL APOSTOLADO lo hace Cristo, y hay que obedecerle para que se realice como El quiere. Jesús ha hablado a la muchedumbre desde la barca de Pedro,

(11) *Amigos de Dios*, n. 267.

(12) San Juan Crisóstomo, *De sacerdotio* 5, 7.

(13) De nuestro Padre, Crónica XI-58, p. 7.

en el lago de Genesaret. Cuando acabó su catequesis, ordenó a Simón: guía mar adentro, y echad vuestras redes para pescar (Luc. V, 4). Es Cristo el amo de la barca; es El el que prepara la faena: para eso ha venido al mundo, para ocuparse de que sus hermanos encuentren el camino de la gloria y del amor al Padre. El apostolado cristiano no lo hemos inventado nosotros. Los hombres, si acaso, lo obstaculizamos: con nuestra torpeza, con nuestra falta de fe.

Replicóle Simón: Maestro, durante toda la noche hemos estado fatigándonos, y nada hemos cogido (Luc. V, 5). La contestación parece razonable. Pescaban, ordinariamente, en esas horas; y, precisamente en aquella ocasión, la noche había sido infructuosa. ¿Cómo pescar de día? Pero Pedro tiene fe: no obstante, sobre tu palabra echaré la red (Luc. V, 5). Decide proceder como Cristo le ha sugerido; se compromete a trabajar fiado en la Palabra del Señor. ¿Qué sucede entonces? Habiéndolo hecho, recogieron tan gran cantidad de peces, que la red se rompía. Por lo que hicieron señas a los compañeros de la otra barca, para que viniesen y les ayudasen. Se acercaron inmediatamente y llenaron tanto las dos barcas, que faltó poco para que se hundiesen (Luc. V, 6-7)¹⁴. La abundancia de aquella pesca milagrosa pertenece por entero al Señor, pero también es cierto que no se habría producido sin la obediencia de Pedro.

(14) *Amigos de Dios*, nn. 260-261.

Jesús, al salir a la mar con sus discípulos, no miraba sólo a esta pesca. Por eso, cuando Pedro se arroja a sus pies y confiesa con humildad: apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador, Nuestro Señor responde: no temas, de hoy en adelante serán hombres los que has de pescar (Luc. V, 8, 10). Y en esa nueva pesca, tampoco fallará toda la eficacia divina: instrumentos de grandes prodigios son los apóstoles, a pesar de sus personales miserias¹⁵.

Los frutos del apostolado vienen de Dios, vienen de la obediencia a los Directores que lo representan. Si tenemos visión sobrenatural y obramos con rectitud de intención, la obediencia en el apostolado nos resultará fácil, lógica; y no nos inquietarán los resultados: pondremos todo el empeño en nuestro trabajo apostólico, y a la vez lo dejaremos todo en manos del Señor, seguros de que el resultado siempre es victoria, si lo vemos con ojos de fe.

Si hemos sido rectos y obedientes, las almas se acercarán a Jesucristo, el apostolado dará su fruto, porque tiene la bendición del Señor y de Santa María. Se necesitará tiempo para que llegue la cosecha, pero el fruto es seguro. *Si sois fieles* —nos dice nuestro Padre—, *cuando pasen unos cuantos años, cuando seáis viejos, sentiréis una ternura paternal por la gente joven que tengáis a vuestro alrededor, porque vuestro sí habrá sido fecundo con la gracia de Dios*¹⁶.

(15) *Amigos de Dios*, n. 261.

(16) *De nuestro Padre*, n. 271.

200.

LUNES

—El proselitismo es esencial a la vida de un apóstol.

—El amor a las almas vence, mediante el esfuerzo abnegado, todos los obstáculos.

—Perseverando en el apostolado, los frutos vendrán ciertamente, aunque en algún caso nosotros no los veamos.

SAN PABLO ha llegado a Roma, para ser juzgado por el César; vive en una casa particular, bajo la custodia de un soldado. *Y pasados tres días, pidió a los principales de entre los judíos que fuesen a verle (...). Y habiendo señalado día para oírle, vinieron en gran número a su alojamiento, y les predicaba el reino de Dios desde la mañana hasta la noche, confirmando con autoridades las proposiciones que sentaba y probándoles lo perteneciente a Jesús con la ley de Moisés y con los profetas. Unos creían las cosas que decía, otros no las creían*¹. Y Pablo permaneció por espacio de dos años enteros en la casa que había alquilado, en donde recibía a cuantos iban a verle, predicando el reino de Dios, y enseñando con toda libertad, sin que nadie se lo prohibiese, lo referente a nuestro Señor Jesucristo².

El proselitismo es esencial a la vida de un apóstol.

(1) *Act. XXVIII*, 17-24.

(2) *Ibid.*, 30-31.

tol, y cualquier circunstancia, por adversa que pueda parecer, es oportuna para ejercerlo. *Has de ser una brasa encendida, que lleve fuego a todas partes. Y, donde el ambiente sea incapaz de arder, has de aumentar su temperatura espiritual.*

—Si no, estás perdiendo el tiempo miserablemente, y haciéndolo perder a quienes te rodean³.

Con espíritu sobrenatural, con verdadero amor a todas las criaturas, cuando vemos a la gente, tenemos que pensar en las almas: he aquí un alma —hemos de decirnos— que hay que ayudar; un alma que hay que comprender; un alma con la que hay que convivir; un alma que hay que salvar⁴. Almas que debemos atraer al amor de Cristo. El modo de hacerlo, lo dictará la prudencia sobrenatural, mirando los acontecimientos y los hombres con ojos de eternidad⁵. En cualquier caso, nuestra vocación nos ha de encender en afán proselitista, al contemplar tantas personas que podrían ponerse al servicio de Dios y que, sin embargo, van dando tumbos por la vida. *¡Qué compasión te inspiran!... Querrías gritarles —escribe nuestro Fundador— que están perdiendo el tiempo... ¿Por qué son tan ciegos, y no perciben lo que tú —miserable— has visto? ¿Por qué no han de preferir lo mejor?*

—Reza, mortifícate, y luego —¿tienes obligación!— despiértalos uno a uno, explicándoles —también uno a

(3) Surco, n. 194.

(4) De nuestro Padre, Meditación, 25-11-1963.

(5) De nuestro Padre, Instrucción, I-IV-1934, n. 90,

uno— que, lo mismo que tú, pueden encontrar un camino divino, sin abandonar el lugar que ocupan en la sociedad⁶.

Hay que estar siempre llenos de esperanza, con el pensamiento de que la Obra ha salido adelante con oración y mortificación. En los comienzos no se podía contar con ningún medio humano. Sólo había juventud, alegría, decisión, seguridad perfecta de hacer la voluntad de Dios; y todo eso ungido con mucha oración y mucha penitencia...⁷. Y ya, como en una nueva Pentecostés se oyen diversas lenguas, manifestación del Espíritu de Dios, de la catolicidad de nuestro espíritu⁸.

EL CELO apostólico de San Pablo no conoce obstáculos. Su visión sobrenatural le hace descubrir, en cada circunstancia, una nueva posibilidad de evangelizar. Su amor a las almas le urge sin cesar al proselitismo. ¿Qué dificultad, qué obstáculo puede detener a un apóstol?

Para pegar vuestra locura a otros apóstoles —dice nuestro Padre—, no se me ocultan los obstáculos que encontraréis. Algunos podrán parecer insuperables..., mas inter médium montium pertransibunt aquae (Ps. CIII, 10); y el espíritu sobrenatural de la Obra y el ímpetu de vuestro celo pasarán a través de los montes, y

(6) Surco, n. 182.

(7) De nuestro Padre, Crónica XI-55, pp. 4-5.

(8) De nuestro Padre, Meditación, 29-11-1959.

*venceréis esos obstáculos*⁹. Sin duda, encontraremos dificultades, incomprensiones, ambientes hostiles a nuestra labor de almas. Pero los obstáculos son providencia de Dios, para fortalecer a quienes se acercan con vocación a la Obra; y precisamente esas dificultades son garantía de la solidez de la labor.

Convéncete: también ahí, hay muchos que pueden entender tu camino; almas que —consciente o inconscientemente— buscan a Cristo y no le encuentran. Pero, "¿cómo oirán hablar de El, si nadie les habla?"^w.

Toda la eficacia, toda la fuerza viene del sacrificio^u, del esfuerzo abnegado, fundado en la fe, en la esperanza y en el amor. Con este espíritu sobrenatural, todos los obstáculos se vencen, y vienen los frutos. De aquella labor sacrificada de San Pablo —prisionero, reducido en sus movimientos—, de su tenacidad, de aquel celo que los romanos no pudieron encadenar, habría de salir más tarde una multitud de mártires y de santos, una Roma cristiana, centro de la Iglesia de Jesucristo.

DURANTE aquellos dos años de apostolado de San Pablo en Roma *unos creían las cosas que decía, otros no las creían*¹²; pero él continuaba su labor, sin descorazonamientos.

(9) De nuestro Padre, *Instrucción*, MV-1934, n. 7.

(10) *Surco*, n. 196.

(11) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 33, 3.

(12) *Act.* XXVIII, 24.

A veces, tampoco veremos nosotros los frutos inmediatos de nuestro trabajo; pero no importa: el apostolado no puede ser abandonado, hay que seguir, sin desánimos, constantes, convencidos de que la oración es siempre fecunda, y el sacrificio nunca resulta estéril. *La fe es un requisito imprescindible en el apostolado, que muchas veces se manifiesta en la constancia para hablar de Dios, aunque tarden en venir los frutos.*

*Si perseveramos, si insistimos bien convencidos de que el Señor lo quiere, también a tu alrededor, por todas partes, se apreciarán señales de una revolución cristiana: unos se entregarán, otros se tomarán en serio su vida interior, y otros —los más flojos— quedarán al menos alertados*¹³.

Frutos hay siempre, aunque alguna vez nosotros no los veamos; otros los recogerán, y los encontraremos siempre en el Cielo. Por eso, *cuando el desaliento venga, si esta tentación permitiera el Señor; ante los hechos aparentemente adversos; al considerar, en algunos casos, la ineficacia de vuestros trabajos apostólicos de formación; si alguien, como a Tobías padre, os preguntara: ubi est spes tua?, ¿dónde está tu esperanza?..., alzando vuestros ojos sobre la miseria de esta vida, que no es vuestro fin, decidle con aquel varón del Antiguo Testamento, fuerte y esperanzado quoniam memor fuit Domini in toto corde suo (Tob. I, 13), porque*

(13) *Surco*, n. 207.

siempre se acordó del Señor y le amó con todo su corazón: filii sanctorum sumus, et vitam illam spectamus, quam Deus daturus est his, qui fidem suam numquam mutant ab eo; somos hijos de santos, y esperamos aquella vida que Dios ha de dar a quienes nunca abandonaron su fe en El (Tob. //, 18).

El fruto de nuestros trabajos es seguro que lo encontraremos en la Patria¹⁴.

Si a pesar de todos los obstáculos que puedan presentarse, perseveramos en el apostolado, con espíritu de fe, y de esperanza, y de caridad, con oración y sacrificio, el fruto no puede faltar. *Yo os he elegido a vosotros —dice el Señor—, y os he puesto para que vayáis, y deis fruto, y vuestro fruto permanezca¹⁵.*

Decididos a poner generosamente los medios —cada uno los que ha de poner—, renovamos nuestra esperanza, confiando en la intercesión poderosa de nuestra Madre Santa María.

(14) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-1-1935, nn. 19-20.

(15) *Ioann.* XV, 16.

201.

MARTES

—El Señor deja en el mundo a sus discípulos, para que lo santifiquen.

—Para los cristianos corrientes, como nosotros, la profesión es medio ordinario de dar gloria a Dios.

—Contemplativos en medio del mundo.

LA CRUZ es nuestra gloria —enseña San Juan Crisóstomo—, *la fuente de todos nuestros bienes, nuestra confianza y nuestra corona¹*; y no sólo para nosotros, sino para la humanidad entera, porque *vendrá la Cruz, y con su aparición llamará a todos los hombres²* a la reconciliación con Dios: *cuando yo fuere levantado en alto, todo lo atraeré hacia mí³*, dijo el Señor.

Han quedado las almas lavadas por la Sangre de Cristo. Jesucristo ha puesto de su parte todo: *Yo por mí —dice a su Padre— tengo acabada la obra, cuya ejecución me encomendaste **. Y a los Apóstoles les dirige estas palabras: *Yo me voy al que me envió, y ninguno de vosotros me pregunta: ¿adonde vas?⁵*.

Está muy cerca la solemnidad de la Ascensión. El Señor nos ha redimido y se marcha al Cielo; a sus seguidores toca ahora corredimir, y aplicar los méri-

(1) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 54, 5.

(2) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 54, 5.

(3) *Ioann.* XII, 32.

(4) *Ioann.* XVII, 4.

(5) *Ev. [Ioann.] XVI, 5.*

tos de la Pasión y Muerte de Cristo, con una vida santa que santifique cuanto toca. Cuando Jesús va a coronar su obra en la tierra, manifiesta a su Padre aquel deseo: *no pido que los saques del mundo*⁶, de su ambiente, de su sitio, de su trabajo, de sus relaciones sociales. Quiere dejarnos en el mundo para santificarlo, para mejorarlo, para poner a los pies de Dios las almas, y las instituciones, y la vida pública, y todas las actividades.

Amamos el mundo porque Dios lo hizo bueno, porque salió perfecto de sus manos, y porque —si algunos hombres lo hacen a veces feo y malo, por el pecado— nosotros tenemos el deber de consagrarlo, de llevarlo, de devolverlo a Dios: de restaurar en Cristo todas las cosas de los cielos y las de la tierra (Ephes. I, 10).

*Todas las cosas de la tierra son buenas, y no sólo de una manera natural, sino por el orden sobrenatural al que han sido destinadas*⁷.

Ahora que Jesucristo está a punto de ascender al Cielo, es bueno que recordemos el sentido divino de nuestra vocación. *Cada uno de nosotros ha de ser ipse Christus. El es el único mediador entre Dios y los hombres (cfr. I Tim. II, 5); y nosotros nos unimos a El para ofrecer, con El, todas las cosas al Padre. Nuestra vocación de hijos de Dios, en medio del mundo, nos exige que no busquemos solamente nuestra santidad*

(6) *Ioann.* XVII, 15.

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 19-111-1954, n. 6.

*personal, sino que vayamos por los senderos de la tierra, para convertirlos en trochas que, a través de los obstáculos, lleven las almas al Señor; que tomemos parte como ciudadanos corrientes en todas las actividades temporales, para ser levadura (cfr. Matth. XIII, 33) que ha de informar la masa entera (cfr. I Cor. V, 6)*⁸.

*NOSOTROS debemos sentirnos incómodos, cuando no estamos —sal y luz de Cristo— en medio de la gente*⁹. *Cada uno en su puesto, en el que hubiera ocupado también sin ser del Opus Dei, siente la responsabilidad de su misión sobrenatural. En esta guerra hermosísima, que es una siembra de paz y de alegría, cada uno entiende su labor profesional con la conciencia de estar en un puesto avanzado, de centinela, y permanece en vigilia de amor, tenso, sin dormir, trabajando con empeño en la consecratio mundi, respondiendo a la voz divina que le llama: ¡alerta!, custos, quid de nocte? flsai. XXI, 11); centinela, ¡alerta!: sabiendo a sus compañeros lealmente entregados a su misión, con la misma responsabilidad personal, cada uno en su sitio*¹⁰.

Jesucristo, al enviarnos al mundo, nos ha dado la misión de transformarlo, siendo uno más entre la gente. *No me cansaré de repetir, por tanto, que el*

(8) *Es Cristo que pasa*, n. 120.

(9) De nuestro Padre, n. 233.

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 31-V-1954, n. 16.

mundo es santificable; que a los cristianos nos toca especialmente esa tarea, purificándolo de las ocasiones de pecado con que los hombres lo afeamos, y ofreciéndolo al Señor como hostia espiritual, presentada y dignificada con la gracia de Dios y con nuestro esfuerzo. En rigor, no se puede decir que haya nobles realidades exclusivamente profanas, una vez que el Verbo se ha dignado asumir una naturaleza humana íntegra y consagrar la tierra con su presencia y con el trabajo de sus manos. La gran misión que recibimos, en el bautismo, es la corredención. Nos urge la caridad de Cristo (cfr. II Cor. V, 14), para tomar sobre nuestros hombros una parte de esa tarea divina de rescatar las almas¹¹.

No se puede esconder una ciudad edificada sobre un monte. Ni se enciende la luz para ponerla debajo de un celemn, sino sobre un candelero para que alumbre a todos los de la casa¹². El candelero es nuestro trabajo, nuestro prestigio profesional. Una persona profesionalmente bien preparada se impone en su ambiente de trabajo, da el tono, se atrae la estimación de los demás, sus acciones y sus palabras hallan particular resonancia: está como sobre un pedestal. Si es un alma apostólica, usa de ese pedestal para poner a Cristo bien alto. El miembro del Opus Dei, para asegurar una cumplida respuesta a las exigencias de la fe, se dedica seriamente a buscar la santidad con todas sus consecuencias; pero la busca precisamente en su es-

(11) *Es Cristo que pasa*, n. 120.

(12) *Match*. V, 14-15.

todo —soltero, casado, viudo, sacerdote—, en el ejercicio de su propia labor profesional. De ahí que no cambie su modo normal de vida, ni su trabajo ordinario, ni sus ilusiones y afanes. Esto es lo propio del Opus Dei, lo raro de no ser raros: ser un ciudadano católico más, no querer distinguirse en nada de los otros, porque no hay motivo para distinguirse¹³.

TIENES —nos ha dicho nuestro Padre— la llamada de Dios a un camino concreto: meterte en todas las encrucijadas del mundo, estando tú metido en Dios. Y ser levadura, ser sal, ser luz del mundo. Para iluminar, para dar sabor, para fermentar, para acrecentar...¹⁴. En efecto, nuestra vocación de hijos o hijas de Dios en su Obra, nos ha de llevar a tener una vida contemplativa en medio de todas las actividades humanas —luz, sal y levadura, por la oración, por la mortificación, por la cultura religiosa y profesional—, haciendo realidad este gran deseo: cuanto más dentro del mundo estemos, tanto más hemos de ser de Dios¹⁵. ¡Cuántas almas hemos de llevarle!

Esta labor no podría ser realizada —ya que es sobrenatural— si no fueran sobrenaturales también los medios que utilizamos: la oración, el trabajo, la mortificación, la alegría y las otras virtudes convenien-

(13) De nuestro Padre.

(14) De nuestro Padre, *Obras* 11-56, p. 9.

(15) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 45.

tes, que llevan a lograr la perfección cristiana en el mundo: para obrar siempre con comprensión, y no sentirse ajenos a nadie; para saber callar, si es necesario; para sembrar alegría y paz; para evitar apasionamientos y violencias de exaltados; para procurar crear un ambiente de serenidad y de convivencia entre los hombres: omnia vestra in caritate **fiant** (**I Cor. XVI, 14**), todas vuestras cosas háganse con caridad¹⁶.

La caridad, el amor: éste es el secreto para ser contemplativos en medio de los afanes terrenos. Cuando nos mueve el amor de Dios y trabajamos con rectitud de intención, buscamos lo bueno, lo limpio, lo que trae paz a la conciencia y felicidad al alma. ¿Que no nos faltan las equivocaciones? Sí; pero precisamente, reconocer esos errores, es descubrir con mayor claridad que nuestra meta es ésta: una felicidad no pasajera, sino honda, serena, humana y sobrenatural.

Una criatura existe que logró en esta tierra esa felicidad, porque es la obra maestra de Dios: Nuestra Madre Santísima, María. Ella vive y nos protege; está junto al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, en cuerpo y alma¹⁷.

Madre nuestra, ayúdanos a ser tanto más sobrenaturales cuanto más metidos estemos en los asuntos terrenos; a tener presencia de Dios en la calle, en el trabajo, en nuestro trato con los demás, porque la razón de nuestra vida es poner el mundo a los pies de tu Hijo Jesucristo.

(16) De nuestro Padre, *Carta*, 19-HM954, n. 13.

(17) *Amigos de Dios*, n. 292.

202.

MIÉRCOLES

—Apostolado de la doctrina.

—Todos los apostolados de la Obra se resumen en dar doctrina.

—El apostolado de la opinión pública.

HOY RECORDAMOS la estancia de San Pablo en Atenas. Silas y Timoteo habían quedado en Berea, y debían reunirse con Pablo lo antes posible. Pero la espera del Apóstol no es inactiva. *Mientras Pablo los esperaba en Atenas, se consumía su espíritu viendo la ciudad llena de ídolos. Disputaba en la sinagoga con los judíos y los prosélitos, y cada día en el agora con los que le salían al paso¹.*

No cabe en un hombre de Dios la indiferencia ante el error, que hace que las almas se pierdan. Y comprendemos las ansias de San Pablo al contemplar el panorama de su tiempo: un mundo culto, civilizado, como el de los atenienses, pero alejado de Dios, lleno de ídolos y de confusión. Inmediatamente busca la ocasión de darles a conocer el Dios verdadero, y acude para eso al Areópago, donde se reunían los atenienses para sus disputas intelectuales.

Puesto, pues, Pablo en medio del Areópago, dijo:

(1) *Act. XVII*, 16-17.

*ciudadanos atenienses, veo que sois muy religiosos. Porque al pasar, mirando yo las estatuas de vuestros dioses, he encontrado un altar con esta inscripción: "Al Dios desconocido". Pues ese Dios que vosotros adoráis sin conocerle, es el que yo vengo a anunciaros*².

No queremos, no podemos callar la verdad. Ni los respetos humanos, ni las diferencias de cultura, de lengua, de raza, ni la indiferencia o aparente frialdad de algunos, pueden apartarnos del apostolado de la doctrina. Recordemos que al oír el discurso de Pablo en el Areópago, *algunos se burlaron de él, y otros le dijeron: te volveremos a oír otra vez sobre esto*³. Sin embargo, el aparente fracaso no apagó el celo del Apóstol: *todos los sábados —nos cuenta San Lucas poco después— disputaba en la sinagoga, haciendo mención en sus discursos del nombre del Señor Jesús, y procurando convencer a judíos y a griegos*⁴.

Como Pablo, cada uno de nosotros ha de sentir, por encima de todo, la urgencia del apostolado de la doctrina, porque *entre los deberes que nos unen con Dios y con la Iglesia, se ha de contar como principal el que cada uno, por todos los medios, procure defender las verdades cristianas y refutar los errores*⁵.

(2) L. I. (Act. XVII, 22-23).

(3) *Ibid.*, 32.

(4) Act. XVIII, 4.

(5) León XIII, Litt. ene. *Sapientiae christianae*, 10-1-1890.

*Dar doctrina es la gran misión nuestra*⁶, repetía nuestro Padre; y añadía: *tú eres la sal, la luz, la levadura, y no puedes prescindir de llevar hasta el último rincón de tus actividades sociales esa luz, esa sal...*⁷.

LAS PALABRAS de Cristo: *id, pues, y enseñad a todas las gentes*⁸, estaban clavadas en el corazón de San Pablo. Por eso, con ocasión de las actividades religiosas y sociales, y del trabajo profesional, el Apóstol habla de Jesucristo a quienes le rodean. Y de ese trato directo, personal, surgen las primeras conversiones, como fruto de un apostolado que prepara los corazones para el encuentro con Cristo.

Pero Pablo quiere convertir a Atenas, a toda Grecia, al mundo entero. Y utiliza los medios disponibles para extender la doctrina de Cristo: en el Areópago, ante los sabios que poseen la cultura de la época e influyen poderosamente en el pueblo con sus doctrinas. El Apóstol acude a la fuente de la opinión pública del mundo griego de su tiempo.

La falta de doctrina ha sido siempre el gran enemigo de la Iglesia de Cristo: *observad —exhorta San Pío X—, os lo rogamos y pedimos, qué grandes estragos produce en las almas la ignorancia de las cosas divi-*

(6) De nuestro Padre, Obras XII-58, p. 14.

(7) De nuestro Padre, Obras 11-58, p. 15.

(8) Matth. XXVIII, 19.

ñas'. Son estos estragos, esta indigencia de verdad en tantas almas, lo que nos urge a la acción apostólica, a convertir toda nuestra actividad en ocasión para difundir la doctrina que Cristo ha confiado a la Iglesia.

*Los apostolados que la Obra realiza son cada vez más numerosos y más diversos; y, con el paso de los años, serán más diversos aún. Pero todos —los de ahora y los de después y los de siempre— no serán más que un medio de dar doctrina. Primero con el testimonio de vuestras vidas, que es el mejor modo de predicar; y después, con vuestra labor profesional, la que sea. De esta manera, al ejercer el apostolado, seréis luz y sal para tantas almas. El mayor enemigo de Dios, hijos míos, es la ignorancia. La Iglesia de Jesucristo no tiene miedo a la verdad científica, y los hijos de Dios en su Opus Dei tenemos el deber de hacernos presentes en todas las ciencias humanas, apoyándonos en la doctrina. ¡Doctos! ¡Os quiero doctos! Cada uno en lo suyo. Cuánta ignorancia disiparemos; cuánto bien haremos a las almas. A la Iglesia le conviene la ciencia que se apoya en la verdad. La ciencia, si es verdadera, no puede estar en contraste con la doctrina de Jesucristo, ni con sus enseñanzas. Hay que llenar el campo de las ciencias de doctrina recta, auténtica, sin engaños. Llenar la ciencia humana de contenido sobrenatural; llenarla, en una palabra, de Dios*¹⁰.

(9) San Pío X, Litt. ene. *Acerbo nimis*, 15-IV-1905.

(10) De nuestro Padre, Obras, 1967, pp. 281-282.

*TODOS los atenienses y los forasteros que allí vivían, en ninguna otra cosa se ocupaban sino en decir o en oír novedades*¹¹. ¡Qué actuales son estas palabras de la Escritura! También hoy las gentes desean enterarse de todo lo que ocurre, estar informados, saber lo que pasa en los rincones más apartados del mundo. Y junto a este deseo de estar al día, ¡qué falta de formación en los auténticos problemas!, ¡qué desconocimiento de la doctrina de Jesucristo y de los derechos de la Iglesia!

Es un fracaso monstruoso para los católicos que, después de veinte siglos de cristianismo, no se haga casi nada en este terreno. ¡Qué buen ejemplo nos dan —y qué reproche podrían hacernos— aquellos apologistas de los primeros siglos, que defendían la fe con ardor, con ciencia, con pillería humana! Eran unas cabezas espléndidas. Es difícil encontrar unos entendimientos más poderosos.

*Hoy puede decirse que no hay prensa, que son muy pocas las publicaciones en las que se trabaje con mentalidad auténticamente cristiana; donde se respete a los demás, amando y defendiendo también la libertad de todos los hombres; donde se sepa comprender, disculpar, unir*¹².

Hay que formar un modo de ser y de pensar cristiano, y ésa es misión nuestra; tenemos que cumplirla con la palabra y por escrito, usando todos los

(11) Act. XVII, 21.

(12) De nuestro Padre, Tertulia, 12-11-1960.

medios de expresión, y especialmente en los asuntos en que los derechos de la Iglesia son más frecuentemente ignorados.

Hay dos puntos capitales en la vida de los pueblos: las leyes sobre el matrimonio y las leyes sobre la enseñanza; y ahí —nos recuerda nuestro Padre—, los hijos de Dios tienen que estar firmes, luchar bien y con nobleza, por amor a todas las criaturas¹³. Debemos llevar adelante esa labor con todos los medios que puedan dar mayor difusión a la doctrina sana, porque los que tenemos la verdad de Cristo en el corazón, hemos de meter esa verdad en el corazón, en la cabeza y en la vida de los demás: tenemos obligación grave. Lo contrario es comodidad, política falsa¹⁴. Comodidad que puede disfrazarse de muchas maneras; por eso hemos de examinar nuestro trabajo personal, en la presencia de Dios.

Que sintamos todos la responsabilidad de este apostolado, y procuremos cooperar eficazmente. Y que la Reina de los Apóstoles nos ayude a conseguir los medios adecuados para poder decir las cosas continuamente, *con don de lenguas, de modo que nos entiendan, de modo que reciban la luz de Dios*¹⁵.

(13) *Forja*, n. 104.

(14) De nuestro Padre, *Crónica VII-62*, p. 55.

(15) De nuestro Padre.

203.

ASCENSIÓN DEL SEÑOR (I)

—El Señor se separa de nosotros para precedernos a la casa del Cielo.

—Pero se queda en el Pan y en la Palabra, y espera que le tratemos.

—Fomentar la esperanza del Cielo.

LA LITURGIA pone ante nuestros ojos, una vez más, el último de los misterios de la vida de Jesucristo entre los hombres: su Ascensión a los cielos. Desde el Nacimiento en Belén, han ocurrido muchas cosas: lo hemos encontrado en la cuna, adorado por pastores y por reyes; lo hemos contemplado en los largos años de trabajo silencioso, en Nazaret; lo hemos acompañado a través de las tierras de Palestina, predicando a los hombres el Reino de Dios y haciendo el bien a todos. Y más tarde, en los días de su Pasión, hemos sufrido al presenciar cómo lo acusaban, con qué saña lo maltrataban, con cuánto odio lo crucificaban.

Al dolor, siguió la alegría luminosa de la Resurrección. ¡Qué fundamento más claro y más firme para nuestra fe! Ya no deberíamos dudar. Pero quizá, como los Apóstoles, somos todavía débiles y, en este día de la Ascensión, preguntamos a Cristo: ¿Es ahora cuando vas a restaurar el reino de Israel? (AcL I, 6); ¿es ahora cuando desaparecerán, definitivamente, todas nuestras perplejidades, y todas nuestras miserias?

El Señor nos responde subiendo a los cielos. También como los Apóstoles, permanecemos entre admirados y tristes al ver que nos deja. No es fácil, en realidad, acostumbrarse a la ausencia física de Jesús. Me conmueve recordar que, en un alarde de amor, se ha ido y se ha quedado; se ha ido al Cielo y se nos entrega como alimento en la Hostia Santa. Echamos de menos, sin embargo, su palabra humana, su forma de actuar, de mirar, de sonreír, de hacer el bien. Querríamos volver a mirarle de cerca, cuando se sienta al lado del pozo cansado por el duro camino (cfr. Ioann. IV, 6), cuando llora por Lázaro (cfr. Ioann. XI, 35), cuando ora largamente (cfr. Luc. VI, 12), cuando se compadece de la muchedumbre (cfr. Matth. XV, 32; Marc. VIII, 2).

Siempre me ha parecido lógico y me ha llenado de alegría que la Santísima Humanidad de Jesucristo suba a la gloria del Padre, pero pienso también que esta tristeza, peculiar del día de la Ascensión, es una muestra del amor que sentimos por Jesús, Señor Nuestro. El, siendo perfecto Dios, se hizo hombre, perfecto hombre, carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre. Y se separa de nosotros, para ir al cielo. ¿Cómo no echarlo en falta? ¹.

EL SEÑOR se ha ido en cuerpo y alma al Cielo. No podemos ver su figura amabilísima, ni oír sus pa-

(1) *Es Cristo que pasa*, n. 117.

labras llenas de misericordia, ni experimentar su acogedora presencia. Y, sin embargo, también ahora sigue a nuestro lado. *Dice el Señor: Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo* ².

En efecto, si sabemos contemplar el misterio de Cristo, si nos esforzamos en verlo con los ojos limpios, nos daremos cuenta de que es posible también ahora acercarnos íntimamente a Jesús, en cuerpo y alma. Cristo nos ha marcado claramente el camino: por el Pan y por la Palabra, alimentándonos con la Eucaristía y conociendo y cumpliendo lo que vino a enseñarnos, a la vez que conversamos con El en la oración. Quien come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece y yo en él (Ioann. VI, 57). Quien conoce mis mandamientos y los cumple, ése es quien me ama. Y el que me ame será amado por mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él (Ioann. XIV, 21).

No son sólo promesas. Son la entraña, la realidad de una vida auténtica: la vida de la gracia, que nos empuja a tratar personal y directamente a Dios. Si cumplís mis preceptos, permaneceréis en mi amor, como yo he cumplido los mandatos de mi Padre y permanezco en su amor (Ioann. XV, 10). Esta afirmación de Jesús, en el discurso de la última cena, es el mejor preámbulo para el día de la Ascensión. Cristo sabía que era preciso que El se fuera; porque, de un modo misterioso que no acertamos a comprender, después de

(2) *Ant. ad Comm. (Matth. XXVIII, 20).*

la Ascensión llegaría —en una nueva efusión del Amor divino— la tercera Persona de la Trinidad Beatísima: os digo la verdad: conviene que yo me vaya. Si no me fuese, el Paráclito no vendría a vosotros. Si me voy, os lo enviaré floann. XVI, 7).

Se ha ido y nos envía al Espíritu Santo, que rige y santifica nuestra alma. Al actuar el Paráclito en nosotros, confirma lo que Cristo nos anunciaba: que somos hijos de Dios; que no hemos recibido el espíritu de servidumbre para obrar todavía por temor, sino el espíritu de adopción de hijos, en virtud del cual clamamos: Abba, ¡Padre! (Rom. VIII, 15).

¿Veis? Es la actuación trinitaria en nuestras almas. Todo cristiano tiene acceso a esa habitación de Dios en lo más íntimo de su ser, si corresponde a la gracia que nos lleva a unimos con Cristo en el Pan y en la Palabra, en la Sagrada Hostia y en la oración³.

AL CELEBRAR hoy la gloriosa Ascensión de tu Hijo, te ofrecemos, Señor, este sacrificio de alabanza: que el maravilloso intercambio que en El se da, nos haga participar un día en la gloria del Resucitado⁴.

Innumerables veces hemos contemplado el segundo misterio glorioso del Rosario, pero hoy queremos penetrar aún más en su contenido. A la luz de la

(3) *Es Cristo que pasa*, n. 118.

(4) *Orat. super oblata*.

Ascensión del Señor, recordamos que nuestra vida en la tierra es un peregrinar hacia la casa del Cielo. La Ascensión de Cristo es una ganancia nuestra porque, por el mismo motivo que la Cabeza nos ha precedido en la Gloria, todo el cuerpo es llamado a la esperanza. Hoy, no sólo hemos sido confirmados como poseedores del Paraíso, sino que hemos penetrado en el Cielo en la persona de Cristo⁵.

Al confesar que Jesucristo vive glorioso en el Cielo, nuestro corazón se llena de seguridad en la fe, la esperanza se acrecienta y la caridad se inflama. *Crezcamos en esperanza, que de este modo nos afianzaremos en la fe, verdadero fundamento de las cosas que se esperan, y convencimiento de las que no se poseen (Hebr. XI, 1). Crezcamos en esta virtud —insiste nuestro Padre—, que es suplicar al Señor que acreciente su caridad en nosotros, porque sólo se confía de veras en lo que se ama con todas las fuerzas. Y vale la pena amar al Señor. Vosotros habéis experimentado, como yo, que la persona enamorada se entrega segura, con una sintonía maravillosa, en la que los corazones laten en un mismo querer. ¿Y qué será el Amor de Dios? ¿No conocéis que por cada uno de nosotros ha muerto Cristo? Sí, por este corazón nuestro, pobre, pequeño, se ha consumado el sacrificio redentor de Jesús⁶.*

(5) San León Magno, *Sermo* 73, 4.

(6) *Amigos de Dios*, n. 220.

La esperanza del Cielo llenará de alegría nuestro camino, aun en medio de las dificultades. Una esperanza sobrenatural de la que la Virgen es la mejor Maestra. *"Auxilium christianorum!"* —*Auxilio de los cristianos, reza con seguridad la letanía lauretana. ¿Has probado a repetir esa jaculatoria en tus trances difíciles? Si lo haces con fe, con ternura de hija o de hijo, comprobarás la eficacia de la intercesión de tu Madre Santa María, que te llevará a la victoria*⁷.

(7) *Surco*, n. 180.

204.

ASCENSIÓN DEL SEÑOR (II)

—Al marcharse al Cielo, Jesucristo nos ha confiado una misión.

—Responsabilidad en el cumplimiento de la tarea corredentora.

—Servir al Señor en la tierra con la mirada puesta en el Cielo.

*EL SEÑOR Jesús, después de hablarles, se elevó al Cielo y está a la derecha de Dios*¹. Pero, antes de irse, confió a los Apóstoles la continuación de su misión salvadora en la tierra: *se me ha dado todo poder en el Cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo cuanto os he mandado*².

Cristo confía esta misión a los Apóstoles y a todos los cristianos, de todos los tiempos. Nosotros, hijos predilectos de Dios en su Iglesia, llamados con vocación divina a la Obra, tenemos que realizar esa tarea de corredención. Es responsabilidad de cada uno de nosotros continuar la misión de Cristo, haciendo el Opus Dei sobre la tierra.

Negotiamini dum venio (Luc. XIX, 13). *Mientras*

(1) Év. (B) / *Marc.* XVI, 19).

(2) Ev. (A) (*Matth.* XXVIII, 18-20).

*esperamos el retorno del Señor, que volverá a tomar posesión plena de su Reino, no podemos permanecer pasivos. La extensión del Reino de Dios no es sólo tarea oficial de los miembros de la Iglesia que representan a Cristo, porque han recibido de El los poderes sagrados. Vos autem estis corpus Christi (I Cor. XII, 27), vosotros también sois cuerpo de Cristo, misioneros con misión —sin llamaros misioneros—, que tenéis el mandato concreto de negociar hasta la venida del Señor con vuestro trabajo responsable —vocacional—, del que Cristo os pedirá cuenta*³.

Es posible que las dificultades nos hagan flaquear a veces. Como aquella nube que ocultó a Jesús a la vista de los Apóstoles, puede ser que un determinado obstáculo se interponga en el camino hacia Dios. Pero el Señor nos pide que continuemos con perseverancia. Es cierto que aún nos queda mucho por andar, mucho por hacer, y también muchos obstáculos que superar; pero hoy la Iglesia nos confirma en la esperanza. ¡Cuántas veces la visión humana, cuando llegan las dificultades, tiende a hacernos pensar que el Señor nos abandona! Pero El no nos deja nunca: *no os dejaré huérfanos*⁴, nos ha prometido.

GRANDE es la razón de alegrarse al ver la naturaleza humana de Cristo elevada sobre la dignidad de

(3) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945, n. 16.

(4) *Ioann.* XIV, 18.

*todas las criaturas del Cielo, sobresaliendo por encima de los ángeles y de la majestad de los arcángeles*⁵. Mas cuando estaban los discípulos contemplando al Señor que se iba al Cielo, se presentaron dos personajes con blancas vestiduras que les dijeron: *varones galileos, ¿qué hacéis mirando al cielo? Este Jesús, que de entre vosotros ha subido al Cielo, así vendrá como le habéis visto ir*⁶.

Por un momento hemos tenido el mismo deseo que San Pedro expresó en el Tabor: *Señor, ¡bueno es quedarnos aquí!*⁷. Queríamos gozar de la plenitud de la visión de Dios, casi olvidándonos de nuestra tarea en la tierra. Pero ahora la pregunta de los Ángeles nos impulsa a lanzarnos al trabajo, a ser contemplativos en los afanes de la vida ordinaria, a repararnos por el mundo para enseñar la buena nueva a todos los hombres: a recorrer el orbe de polo a polo, con el corazón lleno de la presencia de Dios, para darlo a conocer a todos.

No nos ha creado el Señor para construir aquí una Ciudad definitiva (cfr. Hebr. XIII, 14), porque este mundo es el camino para el otro, que es morada sin pesar (Jorge Manrique, Coplas, V). Sin embargo —escribe nuestro Padre—, los hijos de Dios no debemos desentendernos de las actividades terrenas, en las que

(5) San León Magno, *Sermo* 73, 4.

(6) *L. I (Acl. I, 11)*.

(7) *Marc.* IX, 5.

*nos coloca Dios para santificarlas, para impregnarlas de nuestra fe bendita, la única que trae verdadera paz, alegría auténtica a las almas y a los distintos ambientes. Esta ha sido mi predicación constante desde 1928: urge cristianizar la sociedad; llevar a todos los estratos de esta humanidad nuestra el sentido sobrenatural, de modo que unos y otros nos empeñemos en elevar al orden de la gracia el quehacer diario, la profesión u oficio. De esta forma, todas las ocupaciones humanas se iluminan con una esperanza nueva, que trasciende el tiempo y la caducidad de lo mundano*⁸.

Somos contemplativos, en el mundo y tomando ocasión del mundo. Hemos de ponernos a trabajar con empeño aún mayor, ahora que sabemos que el Señor volverá, aunque sin conocer *ni el día ni la hora*⁹. Esta incertidumbre no puede quitar urgencia a la acción de un hijo de Dios: le incitará por el contrario a vivir con vigilancia amorosa, a hacer todas las cosas, grandes o pequeñas, acabadamente, como si fueran la última, antes de irse al Padre. *Tenemos una gran tarea por delante*, insiste nuestro Fundador. *No cabe la actitud de permanecer pasivos, porque el Señor nos declaró expresamente: negociad, mientras vengo* (Luc. XIX, 13). *Mientras esperamos el retorno del Señor, que volverá a tomar posesión plena de su Reino, no podemos estar cruzados de brazos*¹⁰.

(8) *Amigos de Dios*, n. 210.

(9) *Matth.* XXIV, 42.

(10) *Es Cristo que pasa*, n. 121.

LA FIESTA de la Ascensión del Señor nos sugiere también otra realidad; el Cristo que nos anima a esta tarea en el mundo, nos espera en el Cielo. En otras palabras: la vida en la tierra, que amamos, no es lo definitivo; pues no tenemos aquí ciudad permanente, sino que andamos en busca de la futura (Hebr. XIII, 14) ciudad inmutable.

Cuidemos, sin embargo, de no interpretar la Palabra de Dios en los límites de estrechos horizontes. El Señor no nos impulsa a ser infelices mientras caminamos, esperando sólo la consolación en el más allá. Dios nos quiere felices también aquí, pero anhelando el cumplimiento definitivo de esa otra felicidad, que sólo El puede colmar enteramente.

En esta tierra, la contemplación de las realidades sobrenaturales, la acción de la gracia en nuestras almas, el amor al prójimo como fruto sabroso del amor a Dios, suponen ya un anticipo del Cielo, una incoación destinada a crecer día a día. No soportamos los cristianos una doble vida: mantenemos una unidad de vida, sencilla y fuerte, en la que se fundan y compenetran todas nuestras acciones.

Cristo nos espera. Vivimos ya como ciudadanos del cielo (Philip. III, 20), siendo plenamente ciudadanos de la tierra, en medio de dificultades, de injusticias, de incomprendiones, pero también en medio de la alegría y de la serenidad que da el saberse hijo amado de Dios. Perseveremos en el servicio de nuestro Dios, y veremos cómo aumenta en número y en santidad este

ejército cristiano de paz, este pueblo de corredención. Seamos almas contemplativas, con un diálogo constante, tratando al Señor a todas horas; desde el primer pensamiento del día al último de la noche, poniendo de continuo nuestro corazón en Jesucristo Señor Nuestro, llegando a El por Nuestra Madre Santa María y, por El, al Padre y al Espíritu Santo.

Si, a pesar de todo, la subida de Jesús a los cielos nos deja en el alma un amargo regusto de tristeza, acudamos a su Madre, como hicieron los apóstoles: entonces tornaron a Jerusalén... y oraban unánimemente... con María, la Madre de Jesús (Act. I, 12-14) ⁿ.

(11) *Es Cristo que pasa*, n. 126.

205.

ASCENSIÓN DEL SEÑOR (III)

- El Señor nos urge a hacer apostolado.
- El apostolado ha de basarse en la comprensión.
- La labor apostólica es una siembra de paz y alegría.

LOS LLEVO hasta cerca de Betania y levantando sus manos los bendijo. Y sucedió que, mientras los bendecía, se alejó de ellos y se elevaba al Cielo ¹.

Jesús se ha ido a los cielos, pero el cristiano puede, en la oración y en la Eucaristía, tratarle como le trataron los primeros doce, encenderse en su celo apostólico, para hacer con El un servicio de corredención, que es sembrar la paz y la alegría. Servir, pues: el apostolado no es otra cosa. Si contamos exclusivamente con nuestras propias fuerzas, no lograremos nada en el terreno sobrenatural; siendo instrumentos de Dios, conseguiremos todo: todo lo puedo en aquel que me conforta (Philip. IV, 13). Dios, por su infinita bondad, ha dispuesto utilizar estos instrumentos ineptos. Así que el apóstol no tiene otro fin que dejar obrar al Señor, mostrarse enteramente disponible, para que Dios realice —a través de sus criaturas, a través del alma elegida— su obra salvadora.

Apóstol es el cristiano que se siente injertado en

(1) *Ev (C) iluc.* XXIV, 50-51).

*Cristo, identificado con Cristo, por el Bautismo; habilitado para luchar por Cristo, por la Confirmación; llamado a servir a Dios con su acción en el mundo, por el sacerdocio común de los fieles, que confiere una cierta participación en el sacerdocio de Cristo, que —siendo esencialmente distinta de aquella que constituye el sacerdocio ministerial— capacita para tomar parte en el culto de la Iglesia, y para ayudar a los hombres en su camino hacia Dios, con el testimonio de la palabra y del ejemplo, con la oración y con la expiación*².

Nadie puede desentenderse de esta tarea, a la que el Señor urge a todos los cristianos. *Mirad: la Redención, que quedó consumada cuando Jesús murió en la vergüenza y en la gloria de la Cruz, escándalo para los judíos, necedad para los gentiles (I Cor. I, 23), por voluntad de Dios continuará haciéndose hasta que llegue la hora del Señor. No es compatible vivir según el Corazón de Jesucristo, y no sentirse enviado, como El, peccatores salvos faceré (I Tim. I, 15), para salvar a todos los pecadores, convencidos de que nosotros mismos necesitamos confiar más cada día en la misericordia de Dios. De ahí el deseo vehemente de considerarnos corredentores con Cristo, de salvar con El a todas las almas, porque somos, queremos ser ipse Christus, el mismo Jesucristo, y El se dio a sí mismo en rescate por todos (I Tim. II, 6)*³.

(2) *Es Cristo que pasa*, n. 120.

(3) *Es Cristo que pasa*, n. 121.

EL APOSTOLADO cristiano no es un programa político, ni una alternativa cultural: supone la difusión del bien, el contagio del deseo de amar, una siembra concreta de paz y de alegría. Sin duda, de ese apostolado se derivarán beneficios espirituales para todos: más justicia, más comprensión, más respeto del hombre por el hombre.

Hay muchas almas alrededor de nosotros, y no tenemos derecho a ser obstáculo para su bien eterno. Estamos obligados a ser plenamente cristianos, a ser santos, a no defraudar a Dios, ni a todas esas gentes que esperan del cristiano el ejemplo, la doctrina.

Nuestro apostolado ha de basarse en la comprensión. Insisto otra vez: la caridad, más que en dar, está en comprender. No os escondo que yo he aprendido, en mi propia carne, lo que cuesta el no ser comprendido. Me he esforzado siempre en hacerme comprender, pero hay quienes se han empeñado en no entenderme. Otra razón, práctica y viva, para que yo desee comprender a todos. Pero no es un impulso circunstancial el que ha de obligarnos a tener ese corazón amplio, universal, católico. El espíritu de comprensión es muestra de la caridad cristiana del buen hijo de Dios: porque el Señor nos quiere por todos los caminos rectos de la tierra, para extender la semilla de la fraternidad —no de la cizaña—, de la disculpa, del perdón, de la caridad, de la paz. No os sintáis nunca enemigos de nadie.

El cristiano ha de mostrarse siempre dispuesto a convivir con todos, a dar a todos —con su trato— la

posibilidad de acercarse a Cristo Jesús. Ha de sacrificarse gustosamente por todos, sin distinciones, sin dividir las almas en departamentos estancos, sin ponerles etiquetas como si fueran mercancías o insectos disecados. No puede el cristiano separarse de los demás, porque su vida sería miserable y egoísta: debe hacerse todo para todos, para salvarlos a todos (I Cor. IX, 22).

¡Si viviésemos así, si supiésemos impregnar nuestra conducta con esta siembra de generosidad, con este deseo de convivencia, de paz! De ese modo se fomentaría la legítima independencia personal de los hombres; cada uno asumiría su responsabilidad, por los quehaceres que le competen en las labores temporales. El cristiano sabría defender antes que nada la libertad ajena, para poder después defender la propia. Tendría la caridad de aceptar a los otros como son —porque cada uno, sin excepción, arrastra miserias y comete errores—, ayudándoles con la gracia de Dios y con delicadeza humana a superar el mal, a arrancar la cizaña, a fin de que todos podamos mutuamente sostenernos y llevar con dignidad nuestra condición de hombres y de cristianos⁴.

EL APOSTOLADO es como la respiración del cristiano: no puede vivir un hijo de Dios, sin ese latir espiritual. Nos recuerda la fiesta de hoy que el celo

(4) *Es Cristo que pasa*, n. 124.

por las almas es un mandato amoroso del Señor, que, al subir a su gloria, nos envía como testigos suyos por el orbe entero. Grande es nuestra responsabilidad: porque ser testigo de Cristo supone, antes que nada, procurar comportarnos según su doctrina, luchar para que nuestra conducta recuerde a Jesús, evoque su figura amabilísima. Hemos de conducimos de tal manera, que los demás puedan decir, al vernos: éste es cristiano, porque no odia, porque sabe comprender, porque no es fanático, porque está por encima de los instintos, porque es sacrificado, porque manifiesta sentimientos de paz, porque ama⁵.

A nuestro alrededor, si nos comportamos de este modo, florecerá un remanso de paz y de alegría cristianas, que no dejará de tener consecuencias para bien de la sociedad. Porque *la tarea apostólica que Cristo ha encomendado a todos sus discípulos produce (...) resultados concretos en el ámbito social. No es admisible pensar que, para ser cristiano, haya que dar la espalda al mundo, ser un derrotista de la naturaleza humana. Todo, hasta el más pequeño de los acontecimientos honestos, encierra un sentido humano y divino. Cristo, perfecto hombre, no ha venido a destruir lo humano, sino a ennoblecerlo, asumiendo nuestra naturaleza humana, menos el pecado: ha venido a compartir todos los afanes del hombre, menos la triste aventura del mal.*

(5) *Es Cristo que pasa*, n. 122.

El cristiano ha de encontrarse siempre dispuesto a santificar la sociedad desde dentro, estando plenamente en el mundo, pero no siendo del mundo, en lo que tiene —no por característica real, sino por defecto voluntario, por el pecado— de negación de Dios, de oposición a su amable voluntad salvífica ⁶.

Después de la Ascensión del Señor, los Apóstoles regresaron a Jerusalén con gran gozo. Y estaban siempre en el Templo bendiciendo a Dios ⁷. Y comenta nuestro Padre: *¡Qué lección tan extraordinaria cada una de las enseñanzas del Nuevo Testamento! —Después de que el Maestro, mientras asciende a la diestra de Dios Padre, les ha dicho: "id y predicad a todas las gentes", se han quedado los discípulos con paz. Pero aún tienen dudas: no saben qué hacer, y se reúnen con María, Reina de los Apóstoles, para convertirse en celosos pregoneros de la Verdad que salvará al mundo* ⁸.

Esa alegría y esa paz tenemos nosotros cuando, de la mano de la Virgen, realizamos entre nuestros amigos y compañeros una siembra apostólica incansable.

(6) *Es Cristo que pasa*, n. 125.

(7) *Ev. (C)* (Luc. XXIV, 52-53).

(8) *Surco*, n. 232.

206.

VIERNES

—Prepararse para la venida del Espíritu Santo.

—Acrecentar el deseo de santidad.

—El Espíritu Santo sanará nuestros defectos, si somos dóciles a su acción.

OS DIGO la verdad: os conviene que me vaya; porque si no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros; pero si me voy os lo enviaré ¹. El Verbo de Dios encarnado ha cumplido ya su misión en la tierra, y después de su partida vendrá el Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo.

Han de pasar aún diez días para que se cumpla la promesa de Jesucristo. Y preparamos el corazón en compañía de nuestra Madre y de los Apóstoles, para la Pentecostés, un día que ya en el Antiguo Testamento era *muy grande y santísimo* ²; y que ahora, tras la venida del Espíritu ese mismo día, constituye una de las fiestas más señaladas del año litúrgico, otra gran pascua después de la alegría de la Resurrección del Señor. Asistiremos a la fundación de la Iglesia; un torrente de luz y de gracia inundará la vida de los hombres; será el triunfo del amor divino en los corazones de los fieles, *porque el amor de Dios se*

(1) *Ioann.* XVI, 7.

(2) *Lev.* XXIII, 21.

*ha difundido en nosotros a través del Espíritu que nos ha sido enviado*³.

Tenemos que disponernos para recibir toda esa fuerza, para recibir toda esa gracia, para dar cabida en nuestra alma al Espíritu de Dios. Y desde hoy comenzamos ya a pedir: *ven, oh Santo Espíritu, y envía desde el Cielo un rayo de tu luz*⁴. Es nuestra la alegría de los Apóstoles al volver a Jerusalén, porque con el Consolador recibiremos *el espíritu de adopción de hijos, en el que clamamos: ¡Abba, Padre! Y el mismo Espíritu Santo nos manifiesta que somos hijos de Dios*⁵.

Ya desde este momento, mientras convertimos en oración nuestro trabajo diario, nos preparamos para este encuentro con el Espíritu de Dios. *Sed piadosos: no dejéis de mantener un trato continuo con el Gran Desconocido y con el Gran Solitario. Así llamo al Espíritu Santo y al Cristo humillado y oculto de nuestros sagrarios. A través de la Santa Humanidad de Cristo encontraréis al Paráclito, que es el fruto de su Cruz, y llegaréis hasta el Padre: toda nuestra vida, en la que lo divino y lo humano están tan íntimamente unidos, será un diálogo permanente con la Trinidad Beatísima*⁶.

(3) Rom. V, 5.

(4) Secuencia *Veni, Sánate Spiritus*.

(5) Rom. VIII, 15-16.

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945, n. 27.

SIENDO tan necesaria la acción santificadora de Dios, ¿por qué se puede llamar precisamente al Espíritu Santo el *Gran Desconocido*? El Paráclito es desconocido en la medida en que lo es la santidad. Por eso, el mismo deseo de ser santos es el que nos lleva a conocer y amar al Espíritu de Dios. *El Espíritu Santo hace que nuestros actos, que podían ser como los de un animal, sean de un cristiano: sobrenaturales*⁷. La meditación de estas palabras de nuestro Padre nos ayudará a introducirnos hoy en este Decenario del Espíritu Santo, del que tantas gracias esperamos.

Hemos oído decir mil veces a nuestro Fundador: *hijos míos: una preocupación hemos de tener los hijos de Dios en el Opus Dei, una preocupación exclusiva. Y es ésta: ser santos. Mirad que el Señor invitó a todos los cristianos a la santidad. Pero a nosotros nos lo ha dicho de una manera más especial: elegit nos in ipso ante mundi constitutionem, ut essemus sancti et immaculati in conspectu eius* (Ephes. I, 4), *por El mismo nos escogió antes de la creación del mundo, para ser santos y sin mancha en su presencia. ¡Y no hay más! Esta elección particular, que de cada uno de nosotros ha hecho Dios, tiene este fin concreto: que seamos santos*⁸.

Siendo ésta una preocupación exclusiva, que se manifiesta en todo tiempo y circunstancia, hemos de

(7) De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 695.

(8) De nuestro Padre, Meditación, 811-1959.

ver acrecentados nuestros deseos de santidad precisamente en estos días que anteceden a la venida del Espíritu Santo, de quien proceden los frutos de santidad que anhelamos. *Vivir según el Espíritu Santo es vivir de fe, de esperanza, de caridad; dejar que Dios tome posesión de nosotros y cambie de raíz nuestros corazones, para hacerlos a su medida. Una vida cristiana madura, honda y recia, es algo que no se improvisa, porque es el fruto del crecimiento en nosotros de la gracia de Dios. En los Hechos de los Apóstoles, se describe la situación de la primitiva comunidad cristiana con una frase breve, pero llena de sentido: perseveraban todos en las instrucciones de los Apóstoles, en la comunicación de la fracción del pan y en la oración (Act. //, 42).*

Fue así como vivieron aquellos primeros, y como debemos vivir nosotros: la meditación de la doctrina de la fe hasta hacerla propia, el encuentro con Cristo en la Eucaristía, el diálogo personal —la oración sin anonimato— cara a cara con Dios, han de constituir como la substancia última de nuestra conducta. Si eso falta, habrá tal vez reflexión erudita, actividad más o menos intensa, devociones y prácticas. Pero no habrá auténtica existencia cristiana, porque faltará la penetración con Cristo, la participación real y vivida en la obra divina de la salvación.

Es doctrina que se aplica a cualquier cristiano, porque todos estamos igualmente llamados a la santidad. No hay cristianos de segunda categoría, obligados

*a poner en práctica sólo una versión rebajada del Evangelio: todos hemos recibido el mismo bautismo y, si bien existe una amplia diversidad de carismas y de situaciones humanas, uno mismo es el Espíritu que distribuye los dones divinos, una misma la fe, una misma la esperanza, una misma la caridad (cfr. I Cor. XII, 44 y XIII, 1-13) *

En estos días hemos de examinar si ronda por nuestra alma el peligro de poner límites a nuestra santificación, o de subordinarla a otras intenciones, y decidírnos a apartar lejos todo lo que se oponga a la santidad. *Conviene que odies en ti* —nos recuerda San Agustín— *lo que es obra tuya, y ames lo que es obra de Dios*¹⁰. Como solía decirnos nuestro Padre: *o herrar o quitar el banco*. Y "herrar" quiere decir tener la firme decisión —operativa y sin condiciones— de ser santos y de disponernos generosamente a la acción del Paráclito.

SIENDO Dios quien santifica, respeta nuestra libertad, de manera que podamos elegir, prevenidos con su gracia. Así, comenzando siempre en Dios el camino de nuestra santificación, hay un momento decisivo para todos, en el que consciente y libremente decidimos servirle de por vida: mantener actuales

(9) *Es Cristo que pasa*, n. 134.

(10) San Agustín, *In Iohannis Evangelium tractatus* 12, 13.

esas aspiraciones a la santidad, es una gracia de Dios, que ordinariamente se manifiesta en comenzar y recomenzar, con humildad y entereza, cuantas veces sea menester: es decir, siempre. Ni la experiencia diaria, ni lo que sabemos de nosotros mismos, ni la fundada desconfianza en nuestra propias fuerzas, pueden desanimarnos, *porque omnipotente es Dios, para acoger benévola y penitencia, y ocultar en su juicio nuestros errores* ¹¹.

El Evangelio nos muestra toda una multitud de desahuciados que encuentran en Cristo curación. De modo que ninguna experiencia, por dura que sea y negativa que parezca, puede aducirse para justificar lo que, de hecho, sería una desconfianza ante la acción del Espíritu Santo; pues en El *tenemos de Dios un gran auxiliador y protector; un gran maestro de la Iglesia; un gran combatiente que lucha por nosotros* ¹².

El Espíritu Santo nos iluminará con *un rayo de su luz*, si no ponemos obstáculos a su acción, siendo sinceros con nosotros mismos, para serlo después en la Confidencia. *A la Obra hemos venido a ser santos. No nos vamos a sorprender, al comprobar que estamos lejos aún de serlo. Por eso admitiremos con sencillez nuestras debilidades, sin tratar de revestirlas de rectitud; evitando la soberbia, que ciega tremendamente, y*

(11) San Gregorio Magno, *Homiliae in Evangelia* 29, 3.

(12) San Cirilo de Jerusalén, *Catecheses* 16, 19.

lo hace ver todo al revés de como es. Hijos míos, sed sinceros con vosotros mismos, sed objetivos. Lograremos, de este modo, la eficacia de nuestra dedicación. Es difícil: se necesita ser humilde, abrir bien el corazón, de par en par, en la dirección espiritual, para airear todos los rincones del alma.

Nuestra ascética tiene la sencillez del Evangelio. No debemos complicar nuestras almas, dejando el corazón oscuro; no podemos entorpecer la acción del Espíritu Santo, provocando en nuestra vida una solución de continuidad, que nos arranque —aunque sea por poco tiempo— la simplicidad del corazón y la sinceridad delante de Dios fcf. // Cor 1, 12) ¹³.

Vamos a pedir a la Virgen esa sencillez de corazón que nos haga dóciles a la luz del Espíritu Santo, que nos haga comprender que *sólo una cosa es necesaria* ¹⁴: la santidad.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 38.

(14) *Luc.* X, 41.

207.

SÁBADO

—La verdadera humildad lleva a conocer la propia insuficiencia y, a la vez, nuestra dignidad de hijos de Dios.

—El conocimiento propio es raíz de la humildad.

—Al descubrir los propios defectos, hemos de confiar en el Señor.

VEN, PADRE de los pobres; ven, dador de las gracias; ven, luz de los corazones¹.

La vida interior tiende forzosamente a hacer cada día más honda en nosotros la conciencia de que somos hijos de Dios, a hacernos sentir toda la dignidad que nos corresponde por gracia divina. Y, al mismo tiempo, a convencernos de nuestra nulidad personal, de nuestra nada.

La conciencia de la magnitud de la dignidad humana —de modo eminente, inefable, al ser constituidos por la gracia en hijos de Dios— junto con la humildad, forma en el cristiano una sola cosa, ya que no son nuestras fuerzas las que nos salvan y nos dan la vida, sino el favor divino. Es ésta una verdad que no puede olvidarse nunca, porque entonces el endiosamiento se pervertiría y se convertiría en presunción, en soberbia y, más pronto o más tarde, en derrumbamiento espiritual ante la experiencia de la propia flaqueza y miseria.

(1) Secuencia *Veni, Sánete Spiritus*.

¿Me atreveré a decir: soy santo? —se preguntaba *San Agustín*—. Si dijese santo en cuanto santificador y no necesitado de nadie que me santifique, sería soberbio y mentiroso. Pero si entendemos por santo el santificado, según aquello que se lee en el Levítico: sed santos, porque yo, Dios, soy santo; entonces también el cuerpo de Cristo, hasta el último hombre situado en los confines de la tierra y, con su Cabeza y bajo su Cabeza, diga audazmente: soy santo (*San Agustín*, Enarr. in Ps., 85, 4).

*Amad a la Tercera Persona de la Trinidad Beatísima: escuchad en la intimidad de vuestro ser las mociones divinas —esos alientos, esos reproches—, caminad por la tierra dentro de la luz derramada en vuestra alma: y el Dios de la esperanza nos colmará de toda suerte de paz, para que esa esperanza crezca en nosotros siempre más y más, por la virtud del Espíritu Santo (cfr. Rom. XV, 13) *

Al mismo tiempo, la vida interior nos proporciona la convicción de que por nuestra parte no hay más que indigencia. Sin embargo, no hace falta conocerse demasiado para darse cuenta de que no siempre admitimos todas las consecuencias de esa realidad; y de que a veces nos comportamos como si no nos viéramos faltos de méritos delante de Dios. Por eso invocamos al Espíritu Santo, que es el *Padre de los pobres*, de los que no tienen nada propio, de los

(2) *Es Cristo que pasa*, n. 133.

indigentes: para que nos haga reconocer la propia miseria.

ES BUENO reconocer la propia miseria. *El conocimiento de nuestros errores nos hace humildes, nos hace acercarnos más al Señor. Además hemos de tener en cuenta que, mientras estemos en la tierra, por providencia del Señor, tendremos equivocaciones, errores. Santiago escribe de Elias que era hombre pecador como nosotros; sin embargo, después hizo de nuevo oración, y el cielo dio lluvia, y la tierra produjo su fruto (Iacob. V, 18)*³. El que se siente falto de todo, sabe buscar su fuerza en Dios, y puede decir: *el Señor es mi luz y mi salvación*⁴.

Para vivir de esa manera, tendremos que poner muchas veces la mirada en la humildad de Jesucristo, *que existiendo en forma de Dios, no reputó codiciable tesoro mantenerse igual a Dios, antes se anonadó, tomando la forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres; y en la condición de hombre se humilló, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*⁵. Advierte Santo Tomás⁶ que este modo de salvar al género humano era el más conveniente de todos los posibles. Entre otras razones aduce que, con semejante humillación, con ese anonadamiento del Verbo, resul-

taba curada mejor nuestra soberbia, primer pecado y origen de los demás. Por eso, acudimos al trato con Jesucristo, para aprender a ser humildes.

¡Es tan claro el ejemplo de humildad de Nuestro Señor, y tan consolador que el Espíritu Santo sea Padre de quienes intentan imitar ese ejemplo! Pero no basta entenderlo. Es preciso vivirlo. *Somos verdaderamente fieles cuando cumplimos con las obras lo que profesamos con las palabras*⁷. Somos humildes de verdad, no cuando nos proclamamos indigentes y pobres pecadores, sino cuando reconocemos las concretas faltas cometidas.

De la humildad, verdadero fundamento de la vida interior, nadie sabe nada hasta que llega el momento de ejercitarla. Quizá alguna vez el alma se ha tenido por humilde, y poco después ha debido sorprenderse reaccionando sin humildad ante una indicación llena de caridad. Con un examen sincero y valiente, aprenderemos a no huir del propio conocimiento, a no tener miedo de vernos como realmente somos; y una vez persuadidos de nuestra pobreza personal, sabremos portarnos como quien nada tiene, que es el medio para tenerlo todo, *porque un alma se hace preciosa a los ojos de Dios en la medida que por amor a la verdad se siente despreciable a sus propios ojos*⁸.

(3) De nuestro Padre, Carta, 9-1-1932, n. 37.

(4) Ps. XXVI, 1.

(5) Philip. II, 6-8.

(6) Cfr. S. Th. III, q. 1, a. 1.

(7) San Gregorio Magno, *Homiliae in Evangelio* 29, 3.

(8) San Gregorio Magno, *Moralia* 18, 38, 59.

PUEDE ocurrir también —y es lo normal en la vida interior— que vayamos aprendiendo por propia experiencia que no se consigue nada, mientras estemos llenos de nosotros mismos, mientras no seamos realmente pobres de espíritu, humildes, mientras no estemos bien entregados. Para que semejantes experiencias interiores puedan servir a la progresiva incorporación a Cristo, se precisa la ayuda del Espíritu Santo, *lumen cordium*⁹, dador también de esta gracia. Paralelamente a las desazones de una vida no acabada de entregar, el alma ha de crecer en visión sobrenatural, que es el único modo de considerarnos realmente necesitados de la acción santificadora del Paráclito.

Hemos de pedir al Espíritu Santo, con las palabras del salmo, que nos haga comprender que es Dios quien *nos ha hecho a nosotros, y no nosotros a El*¹⁰; que la medida de la humildad nos viene dada por ese sentido de total dependencia de Dios, como quien nada tiene, nada puede, nada es, pero tiene a Dios por Padre. Consecuencia de todo será que dejemos de extrañarnos ante nuestras infidelidades y defectos, aunque nos duelan. ¿Qué otra cosa podría esperarse de una zarza sino espinos? *Hijos míos: no os avergüence ser miserables; no os acobardéis porque tengáis en el corazón el fomes peccati, la materia propia para que se cebe el fuego del pecado.*

(9) Secuencia *Veni, Sánete Spiritus*.

(10) Ps. 118, 3.

No os asustéis, porque el justo cae siete veces, y otras tantas se levanta (Prov. XXIV, 16). En nuestra pelea espiritual no faltarán fracasos. Pero ante nuestras equivocaciones, ante el error, debemos reaccionar inmediatamente, haciendo un acto de contrición, que vendrá a nuestro corazón y a nuestros labios con la prontitud con que acude la sangre a la herida, combatiendo con eficacia el cuerpo extraño, el germen de infección ¹¹.

El reconocimiento de la propia miseria se hace ocasión de santidad. *Alto es el Señor: te levantas, y huye de ti; te humillas, y desciende hasta ti. ¿Por qué? Porque es excelso y mira a los humildes*¹². Nuestra Madre nos enseña que el Señor *a los hambrientos los colmó de bienes, mientras que a los altos los despidió vacíos*¹³.

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 11.

(12) San Agustín, *In Ascensione Domini sermo* 2.

(13) Luc. 1, 53.

208.

DOMINGO VII DE PASCUA

—Guardar el corazón entero para Dios.

—La guarda del corazón exige no buscar compensaciones.

—El Señor colma todas las ansias del corazón humano.

CONSOLADOR *óptimo, dulce huésped del alma, dulce refrigerio*¹. Por la gracia, Dios mismo habita en el alma, y así el recogimiento nada tiene que ver con la soledad, sino que se encamina a poner en práctica el consejo de San Pablo: *que nuestra conversación esté en los cielos*². Estamos hechos para amar; y al entregarnos a Dios, lejos de renunciar al amor, hemos elegido el camino del amor más grande y encendido.

Subamos a Cristo con el corazón —nos recuerda San Agustín—; *cuando llegue el día de su promesa, le seguiremos también con el cuerpo*³. De todos los consuelos que el corazón humano puede recibir, ninguno como los que proceden del Espíritu Santo, el Consolador por excelencia, cuando el alma se le da del todo, sin titubeos ni divisiones. *La entrega es el primer paso de una carrera de sacrificio, de alegría, de amor, de unión con Dios.* —Y así, toda la vida se llena

(1) Secuencia *Veni, Sánate Spiritus*.(2) *Philip.* III, 20. (Vg.)(3) San Agustín, *In Ascensione Domini sermo* 2.

*de una bendita locura que hace encontrar felicidad donde la lógica humana no ve más que negación, padecimiento, dolor*⁴. Por el contrario, si buscáramos a la vez otros consuelos, no hallaríamos más que tristeza, desasosiego, falta de paz.

Hemos de estar prevenidos, porque puede ocurrir que, ante las exigencias del amor de Dios, *el hombre viejo, que se vicia siguiendo la ilusión de las pasiones*⁵, busque consuelos vanos y engañosos. Aunque el corazón está hecho para amar a Dios, *no podemos olvidar que llevamos en nosotros mismos un principio de oposición, de resistencia a la gracia: las heridas del pecado original, quizá enconadas por nuestros pecados personales. Se opondrán a tus hambres de santidad, hijo mío, en primer lugar, la pereza, que es el primer frente en el que hay que luchar; después, la rebeldía, el no querer llevar sobre los hombros el yugo suave de Cristo, un afán loco, no de libertad santa, sino de libertinaje; la sensualidad y, en todo momento —más solapadamente, conforme pasan los años—, la soberbia; y después toda una reata de malas inclinaciones, porque nuestras miserias no vienen nunca solas*⁶.

No contar con esta realidad equivaldría a exponernos a continuos sobresaltos. Para evitarlos, hemos meditado muchas veces este consejo: *mira que*

(4) *Surco*, n. 2.(5) *Ephes.* IV, 22.(6) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 10.

*el corazón es un traidor. Tenlo cerrado con siete cerrojos*⁷. En cuanto descuidásemos su vigilancia comenzaría a inclinarse del lado de los consuelos humanos. Si sentimos alguna vez esas *naturales inclinaciones*, reaccionemos enseguida, recordando que al darnos a Dios no hemos renunciado al amor, sino que, por el contrario, hemos optado por su medida más alta. *Arriba los corazones, que debemos tener puestos en el Señor*⁸.

DE FALSAS compasiones propias proceden a veces las compensaciones que enturbian el corazón, y que suponen un estancamiento de la vida interior, un retroceso en la entrega sin reservas a Jesucristo. *Es lógico, por otra parte, que sintamos la atracción, no ya del pecado, sino de esas cosas humanas nobles en sí mismas, que hemos dejado por amor a Jesucristo, sin que por eso hayamos perdido la inclinación a ellas. Porque teníamos esa tendencia, la entrega de cada uno de nosotros fue don de sí mismo, generoso y desprendido; porque conservamos esa entrega, la fidelidad es una donación continuada: un amor, una liberalidad, un desasimiento que perdura, y no simple resultado de la inercia. Dice Santo Tomás: eiusdem est autem aliquid constituere, et constitutum conservare*

(7) Camino, n. 188.

(8) San Agustín, *In Ascensione Domini sermo 2*.

*(Santo Tomás, S. Th. 11-11, q. 79, a. 1 c). Lo mismo que dio origen a tu entrega, hijo mío, habrá de conservarla*⁹.

Hay que mantener vivo ese desprendimiento para guardar todo nuestro corazón para Dios, con una continua vigilancia. Siendo el alma en gracia templo del Espíritu Santo, habita con más holgura en el alma que se entrega del todo a El. Este incomparable bien se empañaría con las compensaciones, cualesquiera que fuesen, si no se reaccionase a tiempo. El Espíritu Santo dejaría de ser el *dulce huésped del alma*, para convertirse en un habitante penosamente tolerado.

*¿Quieres ver a Dios? Escúchalo: bienaventurados los de corazón limpio, porque ellos verán a Dios. En primer lugar piensa en purificar tu corazón: lo que veas en él que desagrada a Dios, quítalo*¹⁰. Desde el momento en que se volviera a mirar atrás, a lo voluntariamente abandonado, el alma se detendría en su caminar hacia el Reino de los cielos.

Sabemos bien que el gran peligro, para la santa pureza, está sobre todo en la extinción del amor ardiente a Jesucristo. Y para que eso no ocurra jamás, es necesaria una firme y prudente guarda del corazón. Por eso pedimos al Espíritu Santo: *lava lo que está manchado, riega lo que es árido, cura lo que está*

(9) De nuestro Padre, Carta, 24-111-1931, n. 12.

(10) San Agustín, *In Ascensione Domini sermo 2*.

enfermo. Doblega lo que es rígido, calienta lo que es frío, dirige lo que está extraviado".

A MEDIDA que el Espíritu Santo se va apoderando de nuestros sentimientos, inspirándonos, comenzamos a gustar hasta qué punto El es *dulce refrigerium*¹², el más dulce refrigerio imaginable. *Mi corazón te dijo: busqué tu rostro; buscaré, Señor, tu rostro; no apartes de mí tu cara*¹³. El Señor es fiel a Sí mismo, y si nosotros procuramos serlo, aunque personalmente creamos estar aún muy lejos de la meta, la semilla plantada va dando su fruto, ya durmamos o permanezcamos en vela. La única condición será que no nos dejemos llevar por los vaivenes del corazón, que tantas veces se desordena en sus afectos.

La entrega, la obediencia, la mansedumbre del cristiano nacen del amor y al amor se encaminan. Y el amor lleva al trato, a la conversación, a la amistad. La vida cristiana requiere un diálogo constante con Dios Uno y Trino, y es a esa intimidad a donde nos conduce el Espíritu Santo. ¿Quién sabe las cosas del hombre, sino solamente el espíritu del hombre, que está dentro de él? Así las cosas de Dios nadie las ha conocido sino el Espíritu de Dios (/ Cor. //, 11). Si teñe'

(11) Secuencia *Veni, Sánate Spiritus*.

(12) Secuencia *Veni, Sánate Spiritus*.

(13) Ps. XXVI, 8-9.

mos relación asidua con el Espíritu Santo, nos haremos también nosotros espirituales, nos sentiremos hermanos de Cristo e hijos de Dios, a quien no dudaremos en invocar como a Padre que es nuestro (cfr. Galat. IV, 6; Rom. VIII, 15).

Acostumbrémonos a frecuentar al Espíritu Santo, que es quien nos ha de santificar: a confiar en El, a pedir su ayuda, a sentirlo cerca de nosotros. Así se irá agrandando nuestro pobre corazón, tendremos más ansias de amar a Dios y, por El, a todas las criaturas. Y se reproducirá en nuestras vidas esa visión final del Apocalipsis: el espíritu y la esposa, el Espíritu Santo y la Iglesia —y cada cristiano— que se dirigen a Jesús, a Cristo, y le piden que venga, que esté con nosotros para siempre (cfr. Apoc. XXII, 17) u.

Se comprende entonces en qué preciso sentido el alma sacerdotal necesita de un corazón generoso. Comenzamos a sentir, también nosotros, aquella soledad que mantenía constantemente en vilo a San Pablo: *¿Quién desfallece que no desfallezca yo? ¿Quién se escandaliza que yo no me abraze?*¹⁵. Y entendemos que el Apóstol considere mayor sufrimiento estar separado del Señor, que los azotes, persecuciones, naufragios, prisiones, trabajos sin cuento. Asimismo adquirimos una especial sensibilidad para reconocer y desenmascarar los movimientos desor-

(14) *Es Cristo que pasa*, n. 136.

(15) II Cor. XI, 28-29.

denados del corazón, y pondremos un especial empeño en huir de las ocasiones de apegamiento. Aun agradeciendo en el fondo de nuestro corazón las demostraciones de afecto de las almas, sabremos enderezar ese sentimiento hacia Cristo. El Señor nos enseña a prescindir, con una superior generosidad, de pequeñas compensaciones, que no justifican la paz y la unión que roban.

La pureza de corazón *da la alegría, la confianza, la compunción, el arrepentimiento, las lágrimas, el conocimiento de nosotros mismos y de nuestros pecados, el recuerdo de la muerte, la verdadera humildad, un gran amor tanto de Dios como de los hombres: pone en el corazón un amor divino*¹⁶. Y a medida **que** vamos teniendo un conocimiento más exacto del papel que le corresponde a nuestro corazón en la vida interior, comienza a enseñorearse de nuestros sentimientos la presencia incomparable de la Virgen Santísima, *Madre del Amor Hermoso*, como nos gusta llamarla.

(16) Hesiquio, *De temperantia et virtutibus* 2, 11.

209.

LUNES

- El sentido de nuestra filiación divina nos da serenidad.
- Como fruto de la serenidad, viene la alegría en las dificultades.
- Acudir a Dios, con paz.

SEGUIMOS considerando en la oración la acción del Espíritu Santo en nuestra alma, y queremos ahora pedir, ante su inminente venida, que El sea para nosotros *descanso en el trabajo, en el ardor tranquilidad, consuelo en el llanto*¹. Pedimos así las mismas cosas que el trato con Dios comunica al alma entregada: paz, serenidad, mesura. Y no las buscamos sin causa, pues sabemos que esa serenidad habitual, ese dominio ordinario de las pasiones —en el trabajo, en el sufrimiento, en la tentación— es condición indispensable para el alma contemplativa. Supuesta la buena voluntad, que gracias a Dios tenemos, es necesaria la fortaleza para someterlo todo a su imperio, sin atolondramientos, sin agitaciones que oscurecen la visión sobrenatural.

¡Hijos de mi alma! Sed serenos en vuestro trabajo y en vuestra vida espiritual. Por amor de Dios, sed fieles. No seáis niños ni locos. Presencia de Dios, que es

(1) Secuencia *Veni. Sánete Spirilus*.

*característica de las almas contemplativas, característica clara de nuestra vocación*². Bien sabemos que esta paz que da el Señor no consiste en la ausencia de dificultades, sino en su dominio. Esta quietud, esta paz, esta serenidad que ardientemente esperamos del Espíritu Santo, provienen del trato filial con Dios, que nos hace sentirnos seguros y amparados. Entonces podemos decir: *el Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?*³ Y se hace la calma.

Dios viene con tranquilidad *, mas no con la falsa serenidad de la indiferencia, de la despreocupación. *Un hijo de Dios en su Obra, aunque sereno siempre con la serenidad de su filiación divina, no puede permanecer indiferente ante un mundo que no es cristiano ni siquiera humano. Porque muchos hombres no han llegado todavía a alcanzar aquellas condiciones de vida —en el orden temporal— que permiten el desarrollo del espíritu, y están como embotados para todo lo que no sea carnal. Se les pueden aplicar las palabras de la Escritura: son hombres animales, sin espíritu fludae, 19). Se cumple, en esas pobres almas, lo que lamentaba San Pablo: animalis autem homo non percipit ea quae sunt spiritus Dei (I Cor. II, 14), porque esas pobres criaturas no ven la luz espiritual, no discernen las cosas que son del espíritu de Dios*⁵.

(2) De nuestro Padre, Meditación, 19-VI-1955.

(3) Ps. XXVI, 1.

(4) Barsanufio y Juan, *Liber utilis*.

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 9-I-1959, n. 5.

La serenidad que Dios nos comunica no está en cerrar los ojos a la realidad; pero nos hace verla con optimismo, al confiar en la ayuda del Padre del Cielo.

NECESITAMOS la serenidad, la medida en todas nuestras reacciones, porque también a nosotros nos amenaza la tristeza mala, que puede nacer del dolor, de la enfermedad, de la contradicción, y muy especialmente del peso de nuestra propia miseria. Por eso escribió nuestro Fundador: *entre los dones del Espíritu Santo, diría que hay uno del que tenemos especial necesidad todos los cristianos: el don de sabiduría que, al hacernos conocer a Dios y gustar de Dios, nos coloca en condiciones de poder juzgar con verdad sobre las situaciones y las cosas de esta vida*⁶. De este modo nunca se verá encogido el ánimo por aquella tristeza que mata, que lleva a la imaginación a vagar de aquí para allá, revolviendo recuerdos, forjando fantasías, procurando compensaciones, llegando quizá a la queja interna ante el trabajo, ante la lucha ascética o la entrega.

Esa tristeza, que permite un descuido y otro, que lleva a la desgana y a la indolencia, desaparecerá cuando el Espíritu Santo nos haya enseñado definitivamente que *Dios hace concurrir todas las cosas*

(6) *Es Cristo que pasa*. n. 133.

*para el bien de los que le aman, de los que son llamados según sus designios*⁷. Entonces, cada uno de nosotros será ese alma fuerte a quien *nada puede apartar del amor de Dios, ni tiene necesidad de tranquilizar su ánimo, pues está persuadida de que todo es para bien; no se irrita ni hay nada que le mueva a la ira, pues siempre ama a Dios, y a esto sólo atiende*⁸.

La fe cristiana, que el Paráclito alimenta constantemente en nuestras almas, *no achica el ánimo, ni cercena los impulsos nobles del alma, puesto que los agranda, al revelar su verdadero y más auténtico sentido: no estamos destinados a una felicidad cualquiera, porque hemos sido llamados a penetrar en la intimidad divina, a conocer y amar a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu Santo y, en la Trinidad y en la Unidad de Dios, a todos los ángeles y a todos los hombres.*

*Esa es la gran osadía de la fe cristiana: proclamar el valor y la dignidad de la humana naturaleza, y afirmar que, mediante la gracia que nos eleva al orden sobrenatural, hemos sido creados para alcanzar la dignidad de hijos de Dios. Osadía ciertamente increíble, si no estuviera basada en el decreto salvador de Dios Padre, y no hubiera sido confirmada por la sangre de Cristo y reafirmada y hecha posible por la acción constante del Espíritu Santo*⁹.

(7) Rom. VIII, 28.

(8) Clemente Alejandrino, *Stromata* 6, 9, 71, 4.

(9) *Es Cristo que pasa*, n. 133.

El Espíritu Santo nos enseñará a poner fuego interior en las cosas que nos ocupan, sin merma de la paz y sin sucumbir a la tentación de la desesperanza, *porque las dificultades, las contrariedades desaparecen, en cuanto nos acercamos a Dios en la oración. Vayamos a hablar humilde y francamente con Jesús, teniendo en cuenta que el que trata con sencillez, va confiado (Prov. X, 9), y enseguida se hará la luz, vendrán la paz y la serenidad y la alegría*¹⁰.

*CARÍSIMOS, cuando Dios os pruebe con el fuego de las tribulaciones no os extrañéis, como si os aconteciese una cosa muy extraordinaria*¹¹. Por eso, con alegría y con paz, seguiremos trabajando, continuaremos esforzándonos en las cosas que miran al servicio de Dios, cuando sintamos los alfilerazos de las dificultades diarias. Esa será ya la primera gracia que esperamos del Espíritu Santo: que nunca nos parezca inútil la contribución personal en la tarea que Dios nos pide. *Esta es la diferencia entre nosotros y los que no conocen a Dios: éstos en la adversidad se quejan y murmuran; a nosotros las cosas adversas no nos apartan de la virtud, sino que nos afianzan en ella*¹².

Meditemos unas consoladoras palabras de nues-

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 54.

(11) I Petr. IV, 12.

(12) San Cipriano, *De mortalitate* 13.

tro Padre: *aunque todo se hunda y se acabe, aunque los acontecimientos sucedan al revés de lo previsto, con tremenda adversidad, nada se gana turbándose. Además, recuerda la oración confiada del profeta: "el Señor es nuestro Juez, el Señor es nuestro Legislador, el Señor es nuestro Rey; El es quien nos ha de salvar".*

—*Rézala devotamente, a diario, para acomodar tu conducta a los designios de la Providencia, que nos gobierna para nuestro bien*¹³.

Omnia in bonum! Con esa seguridad, se redoblarán nuestros deseos de no escatimar esfuerzo personal, principalmente en la obra de nuestra santificación, y el Espíritu Santo nos hará entender que en el fondo de toda inhibición se encuentra la soberbia. Detrás de esa desgana en el trabajo, aparentemente injustificada, se descubre la desilusión humana, la imposibilidad de afirmar la propia personalidad, el propio criterio, la vanidad. Como detrás de la obediencia que se hace dura, tal vez esté, más que la misma dificultad de lo mandado, el tener que ceder, el no poder ser otra cosa que instrumento. Y, en fin, detrás del dolor pesimista ante las propias faltas, quizá se esconda la humillación sufrida.

Una vez descubierto todo esto, acudiremos enseñada al Señor, para remediarlo, *pues todo el que espera en El se santifica*¹⁴. No hay razón para acongo-

(13) *Surco*, n. 855.

(14) *I Ioann.* III, 3.

jarse. *Santa María es —así la invoca la Iglesia— la Reina de la paz. Por eso, cuando se alborota tu alma, el ambiente familiar o el profesional, la convivencia en la sociedad o entre los pueblos, no ceses de aclamarla con ese título: "Regina pacis, ora pro nobis!" —Reina de la paz, ¡ruega por nosotros! ¿Has probado, al menos, cuando pierdes la tranquilidad?... —Te sorprenderás de su inmediata eficacia*¹⁵.

(15) *Surco*, n. 874.

210.

MARTES

- Nuestra entrega ha de ser rendida y filial.
- La entrega es ejercicio de libertad.
- Frutos de una vida entregada.

¡OH LUZ santísima!, llena lo más íntimo de los corazones de tus fieles¹. Nuestra vida tiene por fin dar gloria a Dios. Pero existen muchos bienes en este mundo, capaces de desviar esa atención exclusiva hacia el Señor. Y no tenemos mejor manera de dar gloria a Dios, que vivir cada vez con más amor nuestra entrega en servicio de las almas.

El amor de Dios es celoso; no se satisface si se acude a su cita con condiciones: espera con impaciencia que nos demos del todo, que no guardemos en el corazón recovecos oscuros, a los que no logra llegar el gozo y la alegría de la gracia y de los dones sobrenaturales. Quizá pensaréis: responder que sí a ese Amor exclusivo, ¿no es, acaso perder la libertad?

Con la ayuda del Señor que preside este rato de oración, con su luz, espero que para vosotros y para mí quede todavía más definido este tema. Cada uno de nosotros ha experimentado alguna vez que servir a Cristo Señor Nuestro comporta dolor y fatiga. Negar

esta realidad, supondría no haberse encontrado con Dios. El alma enamorada conoce que, cuando viene ese dolor, se trata de una impresión pasajera y pronto descubre que el peso es ligero y la carga suave, porque lo lleva El sobre sus hombros, como se abrazó al madero cuando estaba en juego nuestra felicidad eterna (cfr. Matth. XI, 30). Pero hay hombres que no entienden, que se rebelan contra el Creador —una rebelión impotente, mezquina, triste—, que repiten ciegamente la queja inútil que recoge el Salmo: rompamos sus ataduras y sacudamos lejos de nosotros su dominio (Ps. //, 3). Se resisten a cumplir, con heroico silencio, con naturalidad, sin lucimiento y sin lamentos, la tarea dura de cada día. No comprenden que la Voluntad divina, también cuando se presenta con matices de dolor, de exigencia que hiere, coincide exactamente con la libertad, que sólo reside en Dios y en sus designios.

Son almas que hacen barricadas con la libertad. ¡Mi libertad, mi libertad! La tienen, y no la siguen; la miran, la ponen como un ídolo de barro dentro de su entendimiento mezquino. ¿Es eso libertad? ¿Qué aprovechan de esa riqueza sin un compromiso serio, que oriente toda la existencia? Un comportamiento así se opone a la categoría propia, a la nobleza, de la persona humana. Falta la ruta, el camino claro que informe los pasos sobre la tierra: esas almas —las habéis encontrado, como yo— se dejarán arrastrar luego por la vanidad pueril, por el engreimiento egoísta, por la sensualidad.

(1) Secuencia *Veni, Sáncte Spiñtus*.

Su libertad se demuestra estéril, o produce frutos ridículos, también humanamente. El que no escoge —¡con plena libertad!— una norma recta de conducta, tarde o temprano se verá manejado por otros, vivirá en la indolencia —como un parásito—, sujeto a lo que determinen los demás. Se prestará a ser zarandeado por cualquier viento, y otros resolverán siempre por él. Estos son nubes sin agua, llevadas de aquí para allá por los vientos, árboles otoñales, infructuosos, dos veces muertos, sin raíces flúdae, 12), aunque se encubran en un continuo parloteo, en paliativos con los que intentan difuminar la ausencia de carácter, de valentía y de honradez².

DAMOS más gloria a Dios con el holocausto de nuestros mejores talentos, que con el vano uso 'de ellos. Como sucedió con los sacrificios de Abel, también ahora agrada a Dios que le ofrezcamos lo mejor que tenemos, lo que más estimamos. Nada es demasiado para darlo al Señor. Además somos hijos de Dios, y no son iguales las obligaciones que corresponden a los hijos, que las que se pueden imponer a los extraños. A los hijos tocan los menesteres más sacrificados, los más generosos, que nunca aceptarían de buen grado los mercenarios.

Siendo la voluntad lo más personal que posee-

(2) Amigos de Dios, nn. 28-29.

mos, pedir al Espíritu Santo que llene lo más íntimo de nuestros corazones es implorar que sepamos poner totalmente a disposición de Dios nuestra voluntad, ejercitando así del mejor modo nuestra libertad. De la misma manera que Jesucristo, precisamente porque era Hijo de Dios, no tuvo inconveniente en tomar *la forma de siervo*³, así también cada uno de nosotros procuraremos vivir una entrega sin reservas en las manos de nuestro Padre Dios.

Nunca podremos acabar de entender esa libertad de Jesucristo, inmensa —infinita— como su amor. Pero el tesoro preciosísimo de su generoso holocausto nos debe mover a pensar: ¿por qué me has dejado, Señor, este privilegio, con el que soy capaz de seguir tus pasos, pero también de ofenderte? Llegamos así a calibrar el recto uso de la libertad si se dispone hacia el bien; y su equivocada orientación, cuando con esa facultad el hombre se olvida, se aparta del Amor de los amores. La libertad personal —que defiende y defenderé siempre con todas mis fuerzas— me lleva a demandar con convencida seguridad, consciente también de mi propia flaqueza: ¿qué esperas de mí, Señor, para que yo voluntariamente lo cumpla? (...).

Rechazad el engaño de los que se conforman con un triste vocerío: ¡libertad, libertad! Muchas veces, en ese mismo clamor se esconde una trágica servidumbre: porque la elección que prefiere el error, no libera; el

(3) Philip. II, 7.

único que libera es Cristo (cfr. Galat. IV, 31), ya que sólo El es el Camino, la Verdad y la Vida (cfr. Ioann. XIV, 6).

Preguntémonos de nuevo, en la presencia de Dios: Señor, ¿para qué nos has proporcionado este poder?; ¿por qué has depositado en nosotros esa facultad de escogerte o de rechazarte? Tú deseas que empleemos acertadamente esta capacidad nuestra. Señor, ¿qué quieres que haga? (cfr. Act. IX, 6). Y la respuesta diáfana, precisa: amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, y con toda tu alma y con toda tu mente (Matth. XXII, 37).

¿Lo veis? La libertad adquiere su auténtico sentido cuando se ejercita en servicio de la verdad que rescata, cuando se gasta en buscar el Amor infinito de Dios, que nos desata de todas las servidumbres. ¡Cada día aumentan mis ansias de anunciar a grandes voces esta insondable riqueza del cristiano: la libertad de la gloria de los hijos de Dios! (Rom. VIH, 21). Ahí se resume la voluntad buena, que nos enseña a perseguir el bien, después de distinguirlo del mal (San Máximo Confesor, Capita de chántate, 2, 32)⁴.

SOLO cuando el hombre, siendo fiel a la gracia, se decide a colocar en el centro de su alma la Cruz, negándose a sí mismo por amor a Dios, estando realmen-

(4) *Amigos de Dios*, nn. 26-27.

te desprendido del egoísmo y de toda falsa seguridad humana, es decir, cuando vive verdaderamente de fe, es entonces y sólo entonces cuando recibe con plenitud el gran fuego, la gran luz, la gran consolación del Espíritu Santo⁵.

Sin duda, la entrega podrá resultar costosa en ocasiones. Es entonces la hora de mantenernos fieles a los compromisos de amor que libremente adquirimos, correspondiendo a la gracia de Dios. *Nada más falso que oponer la libertad a la entrega, porque la entrega viene como consecuencia de la libertad. Mirad, cuando una madre se sacrifica por amor a sus hijos, ha elegido; y, según la medida de ese amor, así se manifestará su libertad. Si ese amor es grande, la libertad aparecerá fecunda, y el bien de los hijos proviene de esa bendita libertad, que supone entrega, y proviene de esa bendita entrega, que es precisamente libertad.*

Pero, me preguntaréis, cuando alcanzamos lo que amamos con toda el alma ya no seguiremos buscando: ¿ha desaparecido la libertad? Os aseguro que entonces es más operativa que nunca, porque el amor no se contenta con un cumplimiento rutinario, ni se compagina con el hastío o con la apatía. Amar significa recomenzar cada día a servir, con obras de cariño.

Insisto, querría grabarlo a fuego en cada uno: la libertad y la entrega no se contradicen; se sostienen mutuamente. La libertad sólo puede entregarse por

(5) *Es Cristo que pasa*, n. 137.

amor; otra clase de desprendimiento no la concibo. No es un juego de palabras, más o menos acertado. En la entrega voluntaria, en cada instante de esa dedicación, la libertad renueva el amor, y renovarse es ser continuamente joven, generoso, capaz de grandes ideales y de grandes sacrificios. Recuerdo que me llevé una alegría cuando me enteré de que en portugués llaman a los jóvenes os novos. Y eso son. Os cuento esta anécdota porque he cumplido ya bastantes años, pero al rezar al pie del altar al Dios que llena de alegría mi juventud (Ps. XLII, 4), me siento muy joven y sé que nunca llegaré a considerarme viejo; porque, si permanezco fiel a mi Dios, el Amor me vivificará continuamente: se renovará, como la del águila, mi juventud (cfr. Ps. cu, 5).

Por amor a la libertad, nos atamos. Únicamente la soberbia atribuye a esas ataduras el peso de una cadena. La verdadera humildad, que nos enseña Aquel que es manso y humilde de corazón, nos muestra que su yugo es suave y su carga ligera (cfr. Matth. XI, 29-30): el yugo es la libertad, el yugo es el amor, el yugo es la unidad, el yugo es la vida, que El nos ganó en la Cruz⁶.

Y tras la Cruz, no lo olvidemos, viene la Resurrección gloriosa y la efusión del Espíritu Santo. En la vida de Cristo el Calvario precedió a la Resurrección y a la Pentecostés, y ese mismo proceso debe re-

(6) Amigos de Dios, nn. 30-31.

producirse en la vida de cada cristiano: somos —nos dice San Pablo— coherederos con Jesucristo, con tal que padezcamos con El, a fin de que seamos con El glorificados (Rom. VIH, 17). El Espíritu Santo es fruto de la cruz, de la entrega total a Dios, de buscar exclusivamente su gloria y de renunciar por entero a nosotros mismos⁷.

No es otro el camino que conduce derechamente a Dios: la total renuncia de uno mismo y de lo que poseemos. Merece la pena que lo pidamos para todos a la Virgen María, de quien recordamos su amorosa sumisión a la voluntad de Dios: *fiat mihi secundum verbum tuum*⁸.

(7) Es Cristo que pasa, n. 137.

(8) Luc. I, 30.

211.

MIÉRCOLES

- La santificación es obra del Espíritu Santo.
- Tenemos que escuchar sus inspiraciones.
- Docilidad a los Directores, para secundar la acción del Paráclito en el alma.

*SI ALGUNO me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos en él nuestra morada*¹. Así como el Padre ama al Hijo, y el Hijo ama al Padre en el Espíritu Santo, de manera análoga Dios nos ama a nosotros y vive en nosotros por la gracia. Así, la unión con Dios mediante el amor transforma el alma hasta llegar a la santidad. Y esa tarea se atribuye de manera especial al Espíritu Santo.

Para que nuestra confianza en el Paráclito aumente, para ser aún más conscientes de que el progreso interior no es sólo ni principalmente fruto de nuestro esfuerzo, acudamos al Consolador, que *ayuda nuestra flaqueza (...) y pide por nosotros con gemidos inenarrables*². Vamos a poner en práctica el consejo de nuestro Padre: *frecuenta el trato del Espíritu Santo —el Gran Desconocido— que es quien te ha de santificar*³.

La acción del Espíritu Santo es multiforme y

(1) *Ioann.* XIV, 23.
 (2) *Rom.* VIII, 26.
 (3) *Camino*, n. 57.

abarca de un modo u otro toda nuestra vida. *Aun siendo uno solo, a una simple señal de Dios Padre y en nombre de Cristo, el Espíritu Santo causa las diversas virtudes. Se sirve de la lengua para comunicar la sabiduría, ilumina la mente de otro con el don de profecía; a éste confiere el poder de expulsar los demonios, y a aquél la facultad de interpretar las Sagradas Escrituras. En uno fortalece la templanza, a otro enseña cuanto se refiere a las obras de caridad, y a uno más el ayuno y la ascética. A éste mueve a despreciar los bienes materiales, mientras prepara a aquél para el martirio*⁴.

Al pasar los años, nuestro desarrollo espiritual en el pensar, en el querer, en el obrar, es también obra del Espíritu Santo. Por eso, *no podemos abandonar nunca la confianza de llegar a ser santos, de aceptar las invitaciones de Dios, de ser perseverantes hasta el final. Dios, que ha empezado en nosotros la obra de la santificación, la llevará a cabo* (cfr. Philip. I, 6). *Porque si el Señor está por nosotros, ¿quién contra nosotros? El, que ni a su propio Hijo perdonó, sino que le entregó a la muerte por todos nosotros, ¿cómo, después de habernos dado a su Hijo, dejará de darnos cualquier otra cosa?* (Rom. VIII, 31-32) \

Al comprender que toda nuestra santificación depende de Dios, suplicamos: *ven, Padre de los po-*

(4) San Cirilo de Jerusalén, *Catecheses* 16.
 (5) *£5 Cristo que pasa*, n. 176.

*bres; ven, dador de las gracias*⁶, porque somos verdaderamente pobres, en todo necesitados. Pero más aún: *lava lo que está manchado, riega lo que es árido, cura lo que está enfermo, doblega lo que es rígido, enciende lo que es tibio, endereza los extravíos*⁷. Porque habrá de ser también la gracia del Espíritu Santo la que quite en nosotros todo obstáculo a su acción santificadora, para que nuestra vida cuaje en obras de virtudes y en la actuación de los dones.

*EL SEÑOR, hijos míos, además de iluminar a los que creen en El con las luces claras de la enseñanza oficial de la Iglesia, no cesa de ejercer la acción callada, suave y fuerte de su Espíritu, que ilustra las almas como Maestro interior*⁸.

Tenemos que ser dóciles al Paráclito, *porque el Espíritu Santo es quien, con sus inspiraciones, va dando tono sobrenatural a nuestros pensamientos, deseos y obras. El es quien nos empuja a adherirnos a la doctrina de Cristo y o asimilarla con profundidad, quien nos da luz para tomar conciencia de nuestra vocación personal y fuerza para realizar todo lo que Dios espera. Si somos dóciles al Espíritu Santo, la imagen de Cristo se irá formando cada vez más en nosotros e iremos así acercándonos cada día más a Dios Padre. Los*

(6) Secuencia Veni, Sánete Spiritus.

(7) Secuencia Veni, Sánete Spiritus.

(8) De nuestro Padre, Carta, 6-V-1945, n. 4.

que son llevados por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios (Rom. VIII, 14)⁹.

Es lo que se verifica cuando, al leer el Evangelio, al meditar una verdad de fe, encontramos una nueva luz en algo que ya habíamos considerado muchas veces. Y aquello penetra en nuestra alma con más fuerza y nos mueve a amar al Señor. Nos damos cuenta de que eso no depende de nuestra voluntad, que no es obra nuestra, sino del Espíritu de Dios. O cuando el Espíritu Santo nos concede que vivamos una presencia de Dios que excede con mucho nuestro esfuerzo en emplear industrias humanas; o nos hace ver de pronto las cosas que se refieren al Señor y a la Obra con una nueva luz, llena de perspectivas insospechadas; o nos mueve a hacer oración en el momento más inesperado; o nos hace encontrar la palabra adecuada para mover a un alma, sin haberlo pensado ni querido...

Todo es obra del Espíritu Santo, que actúa de mil modos diversos en las almas que no le ponen obstáculos. *El encuentro de Dios con cada hombre es inefable e irreplicable, y nosotros debemos colaborar con el Señor para hallar —en cada caso— la palabra y el modo oportunos, siendo dóciles y no intentando poner raíles a la acción siempre original del Espíritu Santo*¹⁰.

(9) *Es Cristo que pasa*, n. 135.

(10) De nuestro Padre, Carta, 6-V-1945, n. 42.

Toda esa acción misteriosa de la Tercera Persona de la Trinidad nos ayuda a hacer un propósito firme de docilidad. Porque, *si nos dejamos guiar por ese principio de vida presente en nosotros, que es el Espíritu Santo, nuestra vitalidad espiritual irá creciendo y nos abandonaremos en las manos de nuestro Padre Dios, con la misma espontaneidad y confianza con que un niño se arroja en los brazos de su padre*. Si no os hacéis semejantes a los niños, no entraréis en el reino de los cielos, *ha dicho el Señor* (Matth. XVIII, 3). *Viejo camino interior de infancia, siempre actual, que no es blandenguería, ni falta de sazón humana: es madurez sobrenatural, que nos hace profundizar en las maravillas del amor divino, reconocer nuestra pequenez e identificar plenamente nuestra voluntad con la de Dios* ¹¹.

Pidamos: *oh Dios, que iluminaste los corazones de los fieles con la luz del Espíritu Santo, haz que, guiados por el mismo Espíritu, sintamos rectamente, y siempre gocemos de su consuelo* ¹².

SI TODO nuestro obrar a lo largo del día; si vivir bien las Normas, la mortificación, el trabajo, los encargos, la fraternidad, el apostolado, ha de ser obra de Dios; *si no somos capaces de pensar una sola cosa*

(11) *Es Cristo que pasa*, n. 135.

(12) *Misa votiva del Espíritu Santo* (A), *Orat.*

por nosotros, porque toda nuestra suficiencia viene de Dios ¹³, necesitamos cada día mayor docilidad a las inspiraciones del Espíritu Santo, una respuesta más generosa a sus llamadas. Y esta actitud, que constituye nuestra personal aportación a la obra de la santificación, se concreta en la docilidad a las indicaciones que recibimos en la Obra. De esa rectitud, de ese ir con confianza y seguridad a poner en práctica los consejos de la Confidencia, depende la obra del Paráclito en el alma: *el Espíritu Santo ejerce una acción especial en todos los hombres que son puros en sus intenciones y afectos* ¹⁴.

Dirección espiritual. No te opongas a que, con sentido sobrenatural y con santa desvergüenza, revuelvan en tu alma, para comprobar hasta qué punto puedes —¡y quieres!— dar gloria a Dios ¹⁵. Ha de ser la nuestra una disposición activa, porque Dios obra en nosotros sin eliminar nuestra cooperación y quiere que ejercitemos nuestras potencias, que El mismo nos ha dado. Por eso insiste nuestro Padre: *déjate modelar por los golpes —fuertes o delicados— de la gracia. Esfuérzate en no ser obstáculo, sino instrumento* ¹⁶. Y nos invita a dirigirnos a Dios con una oración llena de fe: *Señor, ayúdame a serte fiel y dócil, "sicut lutum in manu figuli"* —como el barro en las manos del alfare-

(13) *II Cor.* III, 5.

(14) San Basilio, *Commentarius in Isaiam*, prooemium 3.

(15) *Forja*, n. 327.

(16) *Forja*, n. 874.

ro. —Y así no viviré yo, sino que en mí vivirás y obrarás Tú, Amor".

Pidamos a la Virgen esta docilidad activa, para que nunca obstaculicemos la obra santificadora del Espíritu Santo. *Si quieres, tu Madre Santísima te ayudará, y serás canal, en lugar de piedra que tuerza el curso de las aguas divinas*^w.

(17) Forja, n. 875.

(18) Forja, n. 874.

212.

JUEVES

—Somos colaboradores de Dios en la tarea de extender su Reino.

—Toda nuestra vida está orientada a las almas.

—Fidelidad al espíritu de la Obra, para ser eficaces.

*ENVÍA tu Espíritu, Señor, y renueva la faz de la tierra*¹. El Espíritu Santo renueva la faz de la tierra a la manera de una segunda creación, devolviendo a las cosas el orden establecido por Dios desde el principio, que sufrió alteración por el pecado del hombre.

Esta renovación se realiza en Cristo, *imagen del Dios invisible, primogénito de toda la creación, porque en El han sido creadas todas las cosas en los cielos y en la tierra (...); pues quiso el Padre poner en El la plenitud y reconciliar por El, que ha establecido la paz en la sangre de su Cruz, todo lo que existe sobre la tierra y en los cielos, en Cristo Jesús, Señor nuestro*².

Pudo el Señor llevar a cabo esta renovación de la tierra por su propio poder; pero dio la tierra a los hijos de los hombres: dispuso que esa tarea se realizara con la colaboración de quienes formamos parte

(1) *In Dominica Pentecostés, Allel.*

(2) Col. I, 15-20.

de su Cuerpo Místico. *Jesús ha querido hacer a cada hombre cooperador libre de su obra redentora. No ha fracasado: su doctrina y su vida están fecundando continuamente el mundo. La redención, por El realizada, es suficiente y sobreabundante.*

*Dios no quiere esclavos, sino hijos, y respeta nuestra libertad. La salvación continúa y nosotros participamos en ella: es voluntad de Cristo que —según las palabras fuertes de San Pablo— cumplamos en nuestra carne, en nuestra vida, aquello que falta o su pasión, pro Corpore eius, quod est Ecclesia, en beneficio de su cuerpo, que es la Iglesia (cfr. Colos. 1, 24)*³.

Como prenda de la eficacia sobrenatural que quiere darnos, el Señor ha enviado a nuestras almas el Espíritu Santo, a fin de que su asistencia sea garantía segura en la empresa de extender el Reino de Cristo. *Vale la pena jugarse la vida, entregarse por entero, para corresponder al amor y a la confianza que Dios deposita en nosotros. Vale la pena, ante todo, que nos decidamos a tomar en serio nuestra fe cristiana. Al recitar el Credo, profesamos creer en Dios Padre todopoderoso, en su Hijo Jesucristo que murió y fue resucitado, en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida. Confesamos que la Iglesia, una, santa, católica y apostólica, es el cuerpo de Cristo, animado por el Espíritu Santo. Nos alegramos ante la remisión de los pecados, y ante la esperanza de la resurrección futura. Pero,*

(3) *Es Cristo que pasa*, n. 129.

*esas verdades ¿penetran hasta lo hondo del corazón o se quedan quizá en los labios? El mensaje divino de victoria, de alegría y de paz de la Pentecostés debe ser el fundamento inquebrantable en el modo de pensar, de reaccionar y de vivir de todo cristiano*⁴.

A TODOS los miembros de la Iglesia corresponde la tarea de colaborar activamente en la misión redentora de Cristo. *Cada generación de cristianos ha de redimir, ha de santificar su propio tiempo: para eso, necesita comprender y compartir las ansias de los otros hombres, sus iguales, a fin de darles a conocer, con don de lenguas, cómo deben corresponder a la acción del Espíritu Santo, a la efusión permanente de las riquezas del Corazón divino. A nosotros, los cristianos, nos corresponde anunciar en estos días, a ese mundo del que somos y en el que vivimos, el mensaje antiguo y nuevo del Evangelio.*

No es verdad que toda la gente de hoy —así, en general y en bloque— esté cerrada, o permanezca indiferente, a lo que la fe cristiana enseña sobre el destino y el ser del hombre; no es cierto que los hombres de estos tiempos se ocupen sólo de las cosas de la tierra, y se desinteresen de mirar al cielo. Aunque no faltan ideologías —y personas que las sustentan— que están cerradas, hay en nuestra época anhelos grandes y actitu-

(4) *Es Cristo que pasa*, n. 129.

des rastreras, heroísmos y cobardías, ilusiones y desencantos; criaturas que sueñan con un mundo nuevo más justo y más humano, y otras que, quizá decepcionadas ante el fracaso de sus primitivos ideales, se refugian en el egoísmo de buscar sólo la propia tranquilidad, o en permanecer inmersas en el error.

A todos esos hombres y a todas esas mujeres, estén donde estén, en sus momentos de exaltación o en sus crisis y derrotas, les hemos de hacer llegar el anuncio solemne y tajante de San Pedro, durante los días que siguieron a la Pentecostés: Jesús es la piedra angular, el Redentor, el todo de nuestra vida, porque fuera de El no se ha dado a los hombres otro nombre debajo del cielo, por el cual podamos ser salvos (Act. IV, 12)⁵.

En nuestro caso, apóstoles por específica vocación divina, el apostolado constituye una ocupación tan absorbente que toda nuestra vida, sin resquicios de ningún tipo, ha de estar orientada a la salvación de las almas. Santidad personal y apostolado son inseparables para nosotros. *El doble aspecto de nuestro fin —ascético y apostólico— está tan intrínseca y armónicamente unido y compenetrado con el carácter secular del Opus Dei, que da origen a una unidad de vida sencilla y fuerte —unidad de vida ascética, apostólica y profesional—, y hace que nuestra existencia entera sea oración, sacrificio y servicio, con un trato filial con la Trinidad Beatísima: con el Padre, con el Espíri-*

(5) *Es Cristo que pasa*, n. 132.

tu Santo, con Jesucristo, perfectus Deus, perfectus Homo (Symbolum Athanasianum, 30); con una piedad dulce y recia hacia la Virgen Santísima, nuestra Madre; con un amor sin medida a la Santa Iglesia, al Vicario de Cristo y a todas las almas⁶.

SABEMOS que no nos puede faltar la ayuda de Dios para vivir la vocación a que nos ha llamado. Y esta seguridad nos llena de confianza a la hora de esforzarnos en acercar al Señor las almas que nos rodean, porque El nos ha escogido como instrumentos precisamente para eso.

Pero junto a la confianza y al abandono en manos de Dios, es necesario que pongamos un decidido empeño en vivir como El quiere, con el espíritu que El quiere. Hemos de utilizar los medios propios del espíritu de la Obra en el apostolado que cada uno realiza, con la firme convicción de que esos medios vienen de Dios, y tienen una eficacia sobrenatural, inalcanzable con las fuerzas naturales. *Vosotros y yo trabajamos efectivamente a las órdenes de un Rey —Jesucristo—, y tratamos de conseguir soldados que se alistén en el ejército de nuestro Dios.*

Preciso es, por tanto, que empleemos medios divinos⁷. Únicamente así estamos en condiciones de oír

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 14-11-1950, n. 5.

(7) De nuestro Padre, *Instrucción*, 1-IV-1934, nn. 9-10.

la voz del Espíritu Santo y de colaborar en la renovación de la faz de la tierra. *Del Señor procede todo lo bueno y, sin El, no sólo un poco, sino absolutamente nada puedes tú comenzar y perfeccionar*⁸.

Gracias a esta docilidad a los medios específicos de apostolado, que Dios quiere para sus hijos en el Opus Dei, *tiene hoy la Obra fragancia de campo cuajado* (cfr. Genes. XXVII, 27) y *—ante la fecundidad de la labor— no hace falta fe, para darse cuenta de que el Señor ha bendecido a manos llenas nuestro trabajo*, escribía nuestro Padre en 1959. *Hace años que, haciendo oración, con agradecimiento al Señor, cantaba yo a la Obra aquella copla de mi tierra: capullico, capullico, / ya te estás volviendo rosa; / ya se está acercando el tiempo, / de decirte alguna cosa. Hijos míos, hoy tenéis en vuestras manos unas bellísimas rosas, espléndidas, aunque tengan espinas. Este es el momento de no dormirse, de vibrar, para recoger —y entregarla a Jesucristo y a su Iglesia Santa— la cosecha ganada con tanto esfuerzo*⁹.

Nuestra Madre del Cielo, fiel colaboradora del Señor, particularmente unida a El en la redención, fue dócil a lo que Dios le pedía. Pidámosle la visión sobrenatural que nos hace falta para llenarnos de confianza en los medios apostólicos que Dios quiere para nuestra tarea.

(8) San Bernardo, *In festivitate Pentecostés sermo 2*, 6.

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1959, n. 9.

213.

VIERNES

—Nuestra misión apostólica nos lleva a dar doctrina.

—Para enseñar la doctrina hace falta formarse.

—Dar doctrina con *don de lenguas*.

EN LOS Hechos de los Apóstoles, al recordar los sucesos de la mañana de Pentecostés, se dice que *había entonces en Jerusalén judíos piadosos de todas las regiones del mundo*¹. Y después de la venida del Espíritu Santo, *acudió mucho gentío, y quedaron pasmados al ver que cada uno oía hablar a los Apóstoles en su propia lengua. Todos estaban atónitos y maravillados*². Eran habitantes de los más diversos países: *partos, medos y elamitas, los que moran en Mesopotamia, en Judea, Capadocia, en el Ponto y en Asia, en Frigia y en Panfilia, en Egipto y en tierras de Libia, que confina con Cirene, y los que han venido de Roma, judíos y prosélitos, cretenses y árabes*³.

El mensaje de Cristo, la palabra de Dios, ha sido destinada a todas las gentes: a todas las personas, sin distinción de edad, cultura, idioma, patria, clase social, raza o cualquier otra diferencia humana. Esta universalidad del mensaje de Cristo lleva dentro la

(1) Act. II, 5.

(2) *Ibid.*, 6-7.

(3) *Ibid.*, 9-11.

exigencia del don de lenguas. La primera manifestación la vemos en el milagro del día de Pentecostés.

La palabra de Dios debe difundirse por todo el mundo. Y esa catolicidad, que han de practicar todos los cristianos, obliga especialmente a los que hemos recibido una específica vocación apostólica. *Es voluntad de Dios, hijas e hijos queridísimos* —escribió nuestro Padre—, *que lleguemos con nuestra labor a todos los lugares de la tierra. Frecuentemente os he hecho considerar que nuestra Obra no es una empresa nacida para remediar las necesidades particulares de un país o de un tiempo determinados. Quiso el Señor desde el primer momento que su Obra tuviese entraña católica, universal. Y en cumplimiento de nuestra misión divina —sin que podamos ni queramos llamarnos misioneros—, hemos de llegar a todos los países y a los hombres de toda raza, lengua y condición, para que omnis lingua confiteatur, quia Dominus Iesus Christus in gloria est Dei Patris (Philip. II, 11): para que todos den testimonio de que Jesucristo Señor Nuestro, está en la gloria de Dios Padre*⁴.

LA CARIDAD, el amor al prójimo, que nace del amor a Dios, exige de nosotros que estemos dispuestos a iluminar las inteligencias y a encender los corazones de los que nos rodean con la doctrina de Jesu-

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VI-1950, n. 1.

cristo. *Toda nuestra labor tiene, por tanto, realidad y función de catequesis. Hemos de dar doctrina en todos los ambientes; y para eso necesitamos acomodarnos a la mentalidad de los que nos escuchan: don de lenguas. Don de lenguas que nos obliga a hablar con contenido: en efecto, hermanos, escribe San Pablo, si yo fuese a vosotros hablando lenguas, ¿qué os aprovechará si no os hablo instruyéndoos con la Revelación, o con la ciencia, o con la profecía, o con la doctrina? (I Cor. XIV, 6). Luego, hay obligación de formarse: obligación de formarnos bien doctrinalmente, obligación de prepararnos para que entiendan; para que, además, sepan después expresarse los que nos escuchan*⁵.

Hemos de fomentar, pues, el sentido de responsabilidad y aprovechar los medios de formación que la Obra nos proporciona. *Aprende lo que vayas a enseñar* —dice San Jerónimo—; *adquiere doctrina, la palabra fiel, para que puedas exhortar*⁶. Y nuestro Padre nos repitió en innumerables ocasiones que *nuestra formación no termina nunca: todo lo que habéis recibido hasta ahora es fundamento para lo que vendrá después. Por eso, cuando tengáis ochenta años, iréis al Curso anual con la misma ilusión que ahora, y os gustará ver a chiquitos de veinte años, que os explican de una manera ingenua, con mucha autoridad, lo que vosotros lleváis viviendo y enseñando durante muchísimo tiempo. ¡Es bonito! (...).*

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 9-I-1932, n. 28.

(6) San Jerónimo, *Epístola* 52, 7.

Por lo tanto, el primer propósito que podéis hacer es el de no cerrar nunca vuestro corazón a esos dones del cielo. Seguid aprendiendo siempre, como aprende un niño. Pensad que cada uno ha de contribuir a la fortaleza de la Obra entera; que podéis y debéis ser el apoyo y la ayuda de algún hermano vuestro, en un momento de flaqueza. Esto es siempre necesario, pero especialmente ahora, cuando —como enseña San Pablo— en la Iglesia hay tantos falsos hermanos, tantas personas —me dan muchísima pena— que desde dentro, en todos los estratos de la Iglesia universal, están haciendo daño y procurando meter el mal en nuestra alma⁷.

Con la formación doctrinal religiosa, hace falta también la debida preparación profesional y humana. Así, cada uno con el bagaje de su propia preparación profesional, de toda la cultura humana que pueda adquirir, con la mentalidad característica de su ambiente y de su condición, hará llegar la doctrina de Jesucristo, con don de lenguas, de manera que le entiendan, a todos los hombres que encuentre en el camino de su vida⁸.

CON NUESTRA específica dedicación a Dios, trabajamos para poner remedio a la ignorancia —de la

(7) De nuestro Padre, Tertulia, 26-VM972.

(8) De nuestro Padre, Carta, 15-VIII-1953, n. 9.

que tantos males proceden—, y ayudamos a los hombres a adquirir la formación religiosa que necesitan.

Si tenéis esa sabiduría, que pido al Espíritu Santo para mis hijas e hijos, podréis ser —cada uno en su propio lugar y en sus propias circunstancias— como el médico que proporciona la medicina conveniente, y en la dosis oportuna: porque daréis la doctrina de salvación con don de lenguas.

Y vuestros amigos y colegas, llevados a la fe y al amor de Jesucristo, entenderán bien lo que les enseñéis, y podrán repetir aquellas palabras: audivimus eos loquentes nostris linguis magnalia Dei (Act. //, 11)⁹.

Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura¹⁰, nos pide el Señor. Pero hemos de hacer como El, que se dirigía a la gente con un lenguaje comprensible a todos. Insisto: ruega al Señor que nos conceda a sus hijos el "don de lenguas", el de hacernos entender por todos.

La razón por la que deseo este "don de lenguas" —escribe nuestro Padre— la puedes deducir de las páginas del Evangelio, abundantes en parábolas, en ejemplos que materializan la doctrina e ilustran lo espiritual, sin envilecer ni degradar la palabra de Dios.

Para todos —doctos y menos doctos—, es más fácil considerar y entender el mensaje divino a través de esas imágenes humanas¹¹.

(9) De nuestro Padre, Carla, 9-1-1951, n. 32.

(10) Marc. XVI, 15.

(11) Forja, n. 895.

Pidamos a la Virgen, que pasó la mayor parte de su vida trabajando, que nos ayude y nos enseñe a difundir, de modo que todos lo entiendan, el valor santificante y santificador del trabajo; que llevemos con eficacia, a todos los rincones de la tierra, el espíritu que Dios nos ha dado. Porque, *a la vuelta de tantos siglos, quiere el Señor servirse de nosotros para que todos los cristianos descubran, al fin, el valor santificador y santificante de la vida ordinaria —del trabajo profesional— y la eficacia del apostolado de la doctrina con el ejemplo, la amistad y la confianza.*

*Quiere Jesús, Señor Nuestro, que proclamemos hoy en mil lenguas —y con don de lenguas, para que todos sepan aplicárselo a sus propias vidas—, en todos los rincones del mundo, ese mensaje viejo como el Evangelio, y como el Evangelio nuevo*¹².

(12) De nuestro Padre, *Carla*, 9-1-1932, n. 91.

214.

SÁBADO

—La vida de la gracia es fruto del Espíritu Santo en nuestra alma.

—Es menester que secundemos su acción santificadora.

—Somos instrumentos.

HOY ES víspera de Pentecostés, la solemnidad litúrgica que recuerda la venida del Espíritu Santo de modo visible sobre la Iglesia, para abrir a todos los hombres las puertas del reino de los Cielos.

Acordaos —invita nuestro Padre— *de aquel pasaje de San Juan en el capítulo III, del versículo uno al diez, cuando el Señor dice a Nicodemo: nisi quis renatus fuerit denuo, non potest videre regnum Dei; quien no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios o tener parte en él. Nicodemo contesta: quomodo potest homo nasci, cum sit senex?; ¿cómo puede nacer un hombre, siendo viejo? No os voy aquí a repetir todo el pasaje. Nicodemo no era un ignorante. Jesús le pregunta: tu es magister in Israel et haec ignoras? Nisi quis renatus fuerit, había adoctrinado el Maestro, ex aqua et Spiritu Sancto non potest introire in regnum Dei; ¿tú eres maestro en Israel, e ignoras estas cosas?; quien no naciere por el bautismo del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios. Y en otra*

*parte: sic est omnis qui natus est ex spiritu, eso mismo sucede al que nace del espíritu*¹.

Antiguamente, en la noche de la víspera de Pentecostés, se bautizaban los catecúmenos que no habían podido hacerlo en la vigilia de la Pascua de Resurrección. El Señor, *a toda la humanidad, sin excepción, abrió la posibilidad de una nueva vida, de renacer en el Espíritu, de iniciar una existencia de vencedores que pueden exclamar: si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿no nos ha de dar con El todas las cosas?... Porque tengo la convicción de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo venidero, ni las virtudes, ni la altura, ni la profundidad, ni criatura alguna podrá arrebatarnos al amor de Dios en Cristo Jesús, Nuestro Señor (Rom. VIH, 31 y 32, 38 y 39). ¡Himno espléndido de seguridad, de plenitud, de endiosamiento, que el pobre barro humano jamás pudo soñar en entonar!*².

La raíz de toda eficacia sobrenatural, en la vida interior y en la acción apostólica, está en esa acción divina en el alma, en esa renovación que prometía el Señor: *del seno de quien crea en mí manarán ríos de agua viva. Esto lo dijo por el Espíritu Santo, que habían de recibir los que creyesen en El*³. Con la gracia

(1) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 17.

(2) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1959, n. 1.

(3) *Ioarm.* VII, 37-39.

que los sacramentos nos confieren, recibimos el Espíritu Santo, que al darnos un corazón nuevo, nos hace una nueva criatura con una nueva eficacia: con posibilidad de alcanzar la santidad y de ayudar a alcanzarla a los demás.

LA ACCIÓN santificadora de Dios se atribuye al Espíritu Santo de una manera especial, al igual que se atribuye la Creación a Dios Padre y la Redención a Dios Hijo. El Espíritu Santo es quien nos infunde la gracia para hacernos participar de la vida de Dios. *Por el divino poder nos han sido otorgadas todas las cosas de la vida y de la piedad, gracias al conocimiento del que nos llamó por su gloria y por su virtud, por el que también nos dio las grandes y maravillosas gracias que había prometido, para hacernos así partícipes de la naturaleza divina* \ El Espíritu Santo dispone nuestra alma para la más plena participación en la vida de Dios mediante el ejercicio de las virtudes sobrenaturales y la actuación de los dones. Las virtudes y los dones del Espíritu Santo dan la posibilidad y una especial facilidad para que nuestros actos sean de verdaderos hijos de Dios.

Esta acción del Espíritu Santo exige nuestra cooperación inteligente y libre, ya que el Señor no violenta nuestra voluntad, sino que la mueve de mo-

(4) *II Petr.* I, 3-4.

do que permanezcamos libres en todo momento. *Por eso, la tradición cristiana ha resumido la actitud que debemos adoptar ante el Espíritu Santo en un solo concepto: docilidad. Ser sensibles a lo que el Espíritu divino promueve a nuestro alrededor y en nosotros mismos: a los carismas que distribuye, a los movimientos e instituciones que suscita, a los afectos y decisiones que hace nacer en nuestro corazón. El Espíritu Santo realiza en el mundo las obras de Dios: es —como dice el himno litúrgico— dador de las gracias, luz de los corazones, huésped del alma, descanso en el trabajo, consuelo en el llanto. Sin su ayuda nada hay en el hombre que sea inocente y valioso, pues es El quien lava lo manchado, quien cura lo enfermo, quien enciende lo que está frío, quien endereza lo extraviado, quien conduce a los hombres hacia el puerto de la salvación y del gozo eterno (cfr. Secuencia Veni, Sancte SpiritusJ).*

Pero esta fe nuestra en el Espíritu Santo ha de ser plena y completa: no es una creencia vaga en su presencia en el mundo, es una aceptación agradecida de los signos y realidades a los que, de una manera especial, ha querido vincular su fuerza. Cuando venga el Espíritu de verdad —anunció Jesús—, me glorificará porque recibirá de lo mío, y os lo anunciará floann. XVI, 14). El Espíritu Santo es el Espíritu enviado por Cristo, para obrar en nosotros la santificación que El nos mereció en la tierra.

No puede haber por eso fe en el Espíritu Santo, si

no hay fe en Cristo, en la doctrina de Cristo, en los sacramentos de Cristo, en la Iglesia de Cristo. No es coherente con la fe cristiana, no cree verdaderamente en el Espíritu Santo quien no ama a la Iglesia, quien no tiene confianza en ella, quien se complace sólo en señalar las deficiencias y las limitaciones de los que la representan, quien la juzga desde fuera y es incapaz de sentirse hijo suyo⁵.

EL QUE ama tiene consigo al Espíritu Santo; y teniéndole, merece tenerlo más abundantemente, y teniéndole con mayor abundancia es más intenso su amor. Y los discípulos tenían consigo al Espíritu Santo, que el Señor prometía, sin el cual no podían llamarle Señor; pero no lo tenían aún con la plenitud que el Señor prometía. Lo tenían y no lo tenían, porque aún no lo tenían con la plenitud con que debían tenerlo⁶.

Algo semejante sucede en nuestra vida. Necesitamos crecer, disponernos a recibir al Espíritu Santo con mayor plenitud y abundancia. Nos ha escrito nuestro Padre: el Espíritu Santo —Dios contigo— va dando tono sobrenatural a todos tus pensamientos, deseos y obras⁷.

(5) *Es Cristo que pasa*, n. 130.

(6) *San Agustín, In Ioannis Evangelium tractatus* 74, 2.

(7) *Camino*, n. 273.

Al conocer nuestra radical necesidad del auxilio divino, aumentarán nuestros deseos de que nos llene el Espíritu Santo. Somos sus instrumentos. Dios, cuando desea realizar alguna obra, emplea medios desproporcionados, para que se note bien que la obra es suya. Por eso vosotros y yo, que conocemos bien el peso abrumador de nuestra mezquindad, debemos decir al Señor: aunque me vea miserable, no dejo de comprender que soy un instrumento divino en tus manos. No he dudado jamás de que los trabajos que haya hecho a la largo de mi vida en servicio de la Iglesia Santa, no los he hecho yo: sino el Señor, aunque se haya servido de mí: no puede el hombre atribuirse nada, si no le es dado del cielo (Ioann. III, 27)⁸.

Por nuestra parte, pobres y pequeños como somos, sería una locura no buscar en el Espíritu Santo la fuerza necesaria para esas cosas de ordinario pequeñas, pero grandes y heroicas a los ojos de Dios, que lleva consigo el servicio de la Iglesia. Equivaldría a negar a Dios lo poco que nos pide —ser instrumentos—, esa colaboración amorosa, en la que nosotros ponemos la parte menos importante, pero que Dios quiere necesitar, por amor a sus hijos los hombres.

Podemos, por tanto, tomar como dirigida a nosotros la pregunta que formula el Apóstol: ¿no sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu Santo mora

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 31.

en vosotros? (I Cor. III, 16), y recibirla como una invitación a un trato más personal y directo con Dios. Por desgracia el Paráclito es, para algunos cristianos, el Gran Desconocido: un nombre que se pronuncia, pero que no es Alguno —una de las tres Personas del único Dios—, con quien se habla y de quien se vive.

Hace falta —en cambio— que lo tratemos con asidua sencillez y con confianza, como nos enseña a hacerlo la Iglesia a través de la liturgia. Entonces conoceremos más a Nuestro Señor y, al mismo tiempo, nos daremos cuenta más plena del inmenso don que supone llamarse cristianos: advertiremos toda la grandeza y toda la verdad de ese endiosamiento, de esa participación en la vida divina, a la que ya antes me refería⁹.

La Virgen María, nuestra Madre, Esposa del Espíritu Santo, nos enseñará a tratar al Paráclito.

(9) *Es Cristo que pasa*, n. 134.

215.

SOLEMNIDAD DE PENTECOSTÉS (I)

—La venida del Espíritu Santo fortificó y transformó a los Apóstoles.

—La Pentecostés es actual: también ahora el Espíritu Santo vive en la Iglesia.

—Fe en la acción del Espíritu Santo, a pesar de nuestras miserias personales.

LOS HECHOS de los Apóstoles, al narrarnos los acontecimientos de aquel día de Pentecostés en el que el Espíritu Santo descendió en forma de lenguas de fuego sobre los discípulos de Nuestro Señor, nos hacen asistir a la gran manifestación del poder de Dios, con el que la Iglesia inició su camino entre las naciones. La victoria que Cristo —con su obediencia con su inmolación en la Cruz y con su Resurrección— había obtenido sobre la muerte y sobre el pecado, se reveló entonces en toda su divina claridad.

Los discípulos, que ya eran testigos de la gloria del Resucitado, experimentaron en sí la fuerza del Espíritu Santo: sus inteligencias y sus corazones se abrieron a una luz nueva. Habían seguido a Cristo y acogido con fe sus enseñanzas, pero no acertaban siempre a penetrar del todo su sentido: era necesario que llegara el Espíritu de verdad, que les hiciera comprender todas las cosas (cfr. Ioann. XVI, 12-13). Sabían que sólo en

Jesús podían encontrar palabras de vida eterna, y estaban dispuestos a seguirle y a dar la vida por El, pero eran débiles y, cuando llegó la hora de la prueba, huyeron, lo dejaron solo. El día de Pentecostés todo eso ha pasado: el Espíritu Santo, que es espíritu de fortaleza, los ha hecho firmes, seguros, audaces. La palabra de los Apóstoles resuena recia y vibrante por las calles y plazas de Jerusalén.

Los hombres y las mujeres que, venidos de las más diversas regiones, pueblan en aquellos días la ciudad, escuchan asombrados. Partos, medos y elamitas, los moradores de Mesopotamia, de Judea y de Capadocia, del Ponto y del Asia, los de Frigia, de Pamfilia y de Egipto, los de Libia, confinante con Cirene, y los que han venido de Roma, tanto judíos como prosélitos, los cretenses y los árabes, oímos hablar las maravillas de Dios en nuestras propias lenguas (Act. II, 9-11). Estos prodigios, que se obran ante sus ojos, les llevan a prestar atención a la predicación apostólica. El mismo Espíritu Santo, que actuaba en los discípulos del Señor, tocó también sus corazones y los condujo hacia la fe.

Nos cuenta San Lucas que, después de haber hablado San Pedro proclamando la Resurrección de Cristo, muchos de los que le rodeaban se acercaron preguntando: ¿qué es lo que debemos hacer, hermanos? El Apóstol les respondió: haced penitencia, y sea bautizado cada uno de vosotros en nombre de Jesucristo para remisión de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo. Aquel día se incorporaron a la

Iglesia, termina diciéndonos el texto sagrado, cerca de tres mil personas (cfr. Act. II, 37-41).

La venida solemne del Espíritu en el día de Pentecostés no fue un suceso aislado. Apenas hay una página de los Hechos de los Apóstoles en la que no se nos hable de El y de la acción por la que guía, dirige y anima la vida y las obras de la primitiva comunidad cristiana: El es quien inspira la predicación de San Pedro (cfr. Act. IV, 8), quien confirma en su fe a los discípulos (cfr. Act. IV, 31), quien sella con su presencia la llamada dirigida a los gentiles (cfr. Act. X, 44-47), quien envía a Saulo y a Bernabé hacia tierras lejanas para abrir nuevos caminos a la enseñanza de Jesús (cfr. Act. XIII, 2-4). En una palabra, su presencia y su actuación lo dominan todo K

ESA realidad profunda que nos da a conocer el texto de la Escritura Santa, no es un recuerdo del pasado, una edad de oro de la Iglesia que quedó atrás en la historia. Es, por encima de las miserias y de los pecados de cada uno de nosotros, la realidad también de la Iglesia de hoy y de la Iglesia de todos los tiempos. Yo rogaré al Padre —anunció el Señor a sus discípulos— y os dará otro Consolador para que esté con vosotros eternamente (Ioann. XIV, 16). Jesús ha mantenido sus promesas: ha resucitado, ha subido a los cielos y,

(1) Es Cristo que pasa, n. 127.

en unión con el Eterno Padre, nos envía el Espíritu Santo para que nos santifique y nos dé la vida.

La fuerza y el poder de Dios iluminan la faz de la tierra. El Espíritu Santo continúa asistiendo a la Iglesia de Cristo, para que sea —siempre y en todo— signo levantando ante las naciones, que anuncia a la humanidad la benevolencia y el amor de Dios (cfr. Isai. XI, 12). Por grandes que sean nuestras limitaciones, los hombres podemos mirar con confianza a los cielos y sentirnos llenos de alegría: Dios nos ama y nos libra de nuestros pecados. La presencia y la acción del Espíritu Santo en la Iglesia son la prenda y la anticipación de la felicidad eterna, de esa alegría y de esa paz que Dios nos depara.

También nosotros, como aquellos primeros que se acercaron a San Pedro en el día de Pentecostés, hemos sido bautizados. En el bautismo, Nuestro Padre Dios ha tomado posesión de nuestras vidas, nos ha incorporado a la de Cristo y nos ha enviado el Espíritu Santo. El Señor, nos dice la Escritura Santa, nos ha salvado haciéndonos renacer por el bautismo, renovándonos por el Espíritu Santo, que El derramó copiosamente sobre nosotros por Jesucristo Salvador nuestro, para que, justificados por la gracia, vengamos a ser herederos de la vida eterna conforme a la esperanza que tenemos (Tit. III, 5-7).

La experiencia de nuestra debilidad y de nuestros fallos, la desedificación que puede producir el espectáculo doloroso de la pequenez o incluso de la mezquin-

dad de algunos que se llaman cristianos, el aparente fracaso o la desorientación de algunas empresas apostólicas, todo eso —el comprobar la realidad del pecado y de las limitaciones humanas— puede sin embargo constituir una prueba para nuestra fe, y hacer que se insinúen la tentación y la duda: ¿dónde están la fuerza y el poder de Dios? Es el momento de reaccionar, de practicar de manera más pura y más recia nuestra esperanza y, por tanto, de procurar que sea más firme nuestra fidelidad ².

NON EST abbreviata manus Domini, *no se ha hecho más corta la mano de Dios (Isai. LIX, 1): no es menos poderoso Dios hoy que en otras épocas, ni menos verdadero su amor por los hombres. Nuestra fe nos enseña que la creación entera, el movimiento de la tierra y el de los astros, las acciones rectas de las criaturas y cuanto hay de positivo en el sucederse de la historia, todo, en una palabra, ha venido de Dios y a Dios se ordena.*

La acción del Espíritu Santo puede pasarnos inadvertida, porque Dios no nos da a conocer sus planes y porque el pecado del hombre enturbia y oscurece los dones divinos. Pero la fe nos recuerda que el Señor obra constantemente: es El quien nos ha creado y nos mantiene en el ser; quien, con su gracia, conduce la

(2) *Es Cristo que pasa*, n. 128.

creación entera hacia la libertad de la gloria de los hijos de Dios (cfr. Rom. VIII, 21)³.

Sin embargo, como los cristianos llevamos los grandes tesoros de la gracia en vasos de barro (cfr. II Cor. IV, 7) *, no es de extrañar que, a veces, en la vida de los que formamos parte de la Iglesia, sean más visibles los pecados y los defectos, que la bondad divina. Pero la Iglesia es siempre joven y bella, *sin mancha ni arruga ni cosa semejante*⁵. Como explicaba nuestro Fundador, *Dios ha confiado sus dones a la frágil y débil libertad humana y, aunque la fuerza del Señor ciertamente nos asiste, nuestra concupiscencia, nuestra comodidad y nuestro orgullo la rechazan a veces y nos llevan a caer en pecado. En muchas ocasiones, desde hace más de un cuarto de siglo, al recitar el Credo y afirmar mi fe en la divinidad de la Iglesia una, santa, católica y apostólica, añadido a pesar de los pesares. Cuando he comentado esa costumbre mía y alguno me pregunta a qué quiero referirme, respondo: a tus pecados y a los míos.*

Todo eso es cierto, pero no autoriza en modo alguno a juzgar a la Iglesia de manera humana, sin fe teológica, fijándose únicamente en la mayor o menor cualidad de determinados eclesiásticos o de ciertos cristianos. Proceder así, es quedarse en la superficie. Lo más importante en la Iglesia no es ver cómo respondemos

(3) *Es Cristo que pasa*, n. 130.

(4) *Es Cristo que pasa*, n. 131.

(5) *Ephes.* V, 27.

los hombres, sino ver lo que hace Dios. La Iglesia es eso: Cristo presente entre nosotros; Dios que viene hacia la humanidad para salvarla, llamándonos con su revelación, santificándonos con su gracia, sosteniéndonos con su ayuda constante, en los pequeños y en los grandes combates de la vida diaria.

Podemos llegar a desconfiar de los hombres, y cada uno está obligado a desconfiar personalmente de sí mismo y a coronar sus jornadas con un mea culpa, con un acto de contrición hondo y sincero. Pero no tenemos derecho a dudar de Dios. Y dudar de la Iglesia, de su origen divino, de la eficacia salvadora de su predicación y de sus sacramentos, es dudar de Dios mismo, es no creer plenamente en la realidad de la venida del Espíritu Santo (...).

Por encima de las deficiencias y limitaciones humanas, insisto, la Iglesia es eso: el signo y en cierto modo —no en el sentido estricto en el que se ha definido dogmáticamente la esencia de los siete sacramentos de la Nueva Alianza— el sacramento universal de la presencia de Dios en el mundo. Ser cristiano es haber sido regenerado por Dios y enviado a los hombres, para anunciarles la salvación. Si tuviéramos fe recia y vivida, y diéramos a conocer audazmente a Cristo, veríamos que ante nuestros ojos se realizan milagros como los de la época apostólica.

Porque ahora también se devuelve la vista a ciegos, que habían perdido la capacidad de mirar al cielo y de contemplar las maravillas de Dios; se da la liber-

*tad a cojos y tullidos, que se encontraban atados por sus apasionamientos y cuyos corazones no sabían ya amar; se hace oír a sordos, que no deseaban saber de Dios; se logra que hablen los mudos, que tenían atenazada la lengua porque no querían confesar sus derrotas; se resucita a muertos, en los que el pecado había destruido la vida. Comprobamos una vez más que la palabra de Dios es viva y eficaz, y más penetrante que cualquier espada de dos filos (Hebr. IV, 12) y, lo mismo que los primeros fieles cristianos, nos alegramos al admirar la fuerza del Espíritu Santo y su acción en la inteligencia y en la voluntad de sus criaturas*⁶.

Pidamos a la Santísima Virgen, Esposa del Espíritu Santo, que nos haga dóciles a las mociones del Paráclito, fieles instrumentos de su gracia salvadora.

(6) *Es Cristo que pasa*, n. 131.

216.

SOLEMNIDAD DE PENTECOSTÉS (II)

- La consagración de la Obra al Espíritu Santo completa nuestro itinerario espiritual.
- Disposiciones espirituales para renovar con fruto esta consagración.
- Petición por la Iglesia y por la Obra.

SABÉIS que el Padre no es amigo de proponer devociones particulares a sus hijas e hijos. Me gusta que cada uno tenga sus propias devociones, pocas, sencillas y sólidamente arraigadas, y que de vez en cuando las dejéis, para volver luego a recogerlas con mayor piedad. Pero siempre las vuestras, las devociones de cada uno.

*Sin embargo, a lo largo de la historia de la Obra hemos sentido la necesidad de hacer todos juntos —cor unum et anima una (Act. IV, 32)— la consagración de nuestras familias a la Sagrada Familia de Nazaret, la consagración de la Obra al Dulcísimo Corazón de María y al Corazón Sacratísimo de Jesús. Y ahora, cuando por bondad divina contemplamos este florecer del Opus Dei en almas de toda raza, lengua y nación, haré por vez primera la consagración de la Obra al Espíritu Santo, el próximo día de Pentecostés. En estos momentos es muy necesaria. Será un acto de entrega y de oración personal, de cada uno, y también corporativo*¹.

(1) De nuestro Padre, *Crónica*, 1971, p. 498.

Así nos hablaba nuestro Fundador poco antes del 30 de mayo de 1971, solemnidad de Pentecostés, cuando realizó por vez primera la consagración de la Obra al Espíritu Santo. Eran tiempos de dura prueba para la Iglesia, que hacían sufrir mucho a nuestro Padre. En medio de esas circunstancias tan dolorosas, el Espíritu Santo prodigaba sus frutos sobrenaturales en la vida del Opus Dei.

Nuestro Fundador practicó y difundió, desde muy joven, el trato con el Espíritu Santo. *Puedo decir, hijos, que gracias a Dios siempre he tenido mucha devoción a la Tercera Persona de la Santísima Trinidad*². Ya en los primeros años de su vida sacerdotal, después de la fundación de la Obra, se dirigía al Paráclito con fervor intenso. *Ven, ¡oh Santo Espíritu!: ilumina mi entendimiento, para conocer tus mandatos: fortalece mi corazón contra las insidias del enemigo: inflama mi voluntad... He oído tu voz, y no quiero endurecerme y resistir, diciendo: después..., mañana. Nunc coepi! ¡Ahora!, no vaya a ser que el mañana me falte*³.

Apenaba a nuestro Fundador que el Paráclito fuese tan poco conocido y tratado por la mayoría de los cristianos; por eso solía llamarle *el Gran Desconocido*, y procuraba desarrollar —en las almas que formaba— una piedad doctrinal y tierna a la Tercera Persona de la Santísima Trinidad. Hablaba de lo que

(2) De nuestro Padre, Tertulia, 31-1-1971.
(3) De nuestro Padre, abril-1934.

vivía, cuando decía: *todos los días, en todos los sitios en que me encuentro, hablo del Gran Desconocido, porque no quiero que sea desconocido. Me gusta que le tratéis. Así seréis buenos hijos de Dios* ".

También ha querido el Señor que en el Opus Dei vivamos, corporativamente, esta recia devoción cristiana. *Os he llevado de la mano a María, a Jesús, a Dios Padre, a la Sagrada Familia y al Espíritu Santo*, nos decía nuestro Fundador poco después de la consagración de la Obra al Paráclito. Y añadía: *la filiación divina y el amor a la Virgen son característica principalísima de nuestra vocación, y el cariño al Hijo es obra de una enseñanza que nos ha dejado su Madre, que es también Madre nuestra. Ahora, Dios nuestro Señor ha querido que manifestáramos también una veneración especial —que estaba en la entraña de la Obra desde el principio— por ese Gran Desconocido, que es el Espíritu Santo. Me parece que tenemos bien completo nuestro itinerario espiritual. No es fruto del entendimiento humano, no es cosa mía: es fruto del querer de Dios, que ha querido que sea así el camino nuestro*⁵.

EL TEXTO de la consagración trae a nuestra mente la disposición de espíritu con que nuestro

(4) De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 697.
(5) De nuestro Padre, Tertulia, 9-IX-1971.

Fundador se dirigió en ese momento a la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, poniendo bajo su protección las intenciones de servicio a la Iglesia y a las almas, que fueron siempre la razón de su vida.

Por nuestra parte, oh Dios Espíritu Santo, te consagramos el Opus Dei y nuestra vida entera. Te ofrecemos todo cuanto somos y podemos: nuestra inteligencia y nuestra voluntad, nuestro corazón, nuestros sentidos, nuestra alma y nuestro cuerpo. Queremos ser siempre templo santo de tu inhabitación con el Padre y con el Hijo, y que nada haya en nosotros contrario a esa morada⁶. Con esa misma fe y vibración deseamos renovar hoy la consagración al Espíritu Santo, que nuestro Fundador dispuso que se hiciera en todos los Centros de la Obra, en la solemnidad de Pentecostés.

Para prepararnos debidamente, hemos de actualizar las virtudes teologales —la fe, la esperanza, la caridad—, con el fin de que el Paráclito tome posesión de nuestra alma con más intensidad. Las invocaciones que nuestro Fundador recogió en la fórmula de la consagración, nos ayudan a dirigirnos confiadamente a cada una de las tres divinas Personas, presentes en nuestra alma en gracia, que nos escuchan y esperan nuestra plegaria. Más aún: *el mismo Espíritu pide por nosotros con gemidos inenarrables* \

(6) De nuestro Padre, *Consagración al Espíritu Santo*.

(7) *Rom.* VIII, 26.

Dios Padre Celestial (...), confirma y renueva en nosotros esa participación de la naturaleza divina que por la gracia nos has concedido.

Dios Hijo (...), aumenta y refuerza en nosotros esa misión de tu Espíritu, que conformándonos a ti, contigo nos identifica.

Dios Espíritu Santo (...), que has dado siempre a la Iglesia tu paz, tu gozo y tu consuelo, en medio de tantas contradicciones, confirmando nuestra fe, sosteniendo nuestra esperanza, encendiendo nuestro amor: concédenos tu don septiforme, para que en nuestra vida entera, en nuestras obras, en nuestro pensamiento y en nuestra palabra, halle también sus complacencias Nuestro Padre que está en los Cielos, Dios eterno, Uno y Trino⁸.

Este diálogo humilde, porque nos sabemos indignos de tan augusta presencia, será extraordinariamente fecundo y nos situará en el clima sobrenatural adecuado para recibir los dones y los frutos del Paráclito. Sobre nosotros, como sobre el Alma Santísima de Jesucristo, reposará el Espíritu de sabiduría y de entendimiento, de ciencia y de consejo, de piedad, de fortaleza y de temor de Dios⁹. Con la gracia, aumentarán en nosotros la caridad y las demás virtudes teologales, y nos llenaremos de los sabrosos frutos del Espíritu: la caridad, el gozo y la paz, que

(8) De nuestro Padre, *Consagración al Espíritu Santo*.

(9) *Cfr. Isai.* XI, 2.

se derivan inmediatamente del amor de Dios; la paciencia y la longanimidad ante las adversidades, la benignidad y la bondad efectiva con el prójimo, la mansedumbre, la fidelidad, la modestia, la continencia y la castidad, que serán como los componentes del buen olor de Cristo que nos proponemos difundir, por misión divina, en medio del mundo.

Al mismo tiempo, el Espíritu Santo, que llena de luz el corazón y la conciencia, nos hará ver qué obstáculos concretos se oponen a su morada y a su acción: afectos al pecado, resistencias a los consejos de quien tiene gracia de Dios para guiar nuestra alma, negligencias en el cumplimiento de los propósitos de vida interior y de apostolado...

Conscientes de que necesitamos toda esa asistencia, imploraremos al Paráclito con humildad y esperanza: *ilumina nuestra inteligencia, purifica nuestro corazón, confirma nuestra voluntad. Haz que recibamos todas las cosas como venidas de tu mano, sabiendo que todo concurre al bien de los que aman a Dios. Concédenos un ánimo dócil a los suaves impulsos de tu gracia, oh Dios Espíritu Santo, y haz que correspondamos con generosidad*¹⁰.

LA CONSAGRACIÓN que renovamos, nos impulsa a pedir grandes bienes para la Iglesia y para la

(10) De nuestro Padre, *Consagración al Espíritu Santo*.

Obra, porque inmensas son las riquezas que Dios tiene reservadas a quienes le invocan con esperanza y amor.

Pedimos ser instrumentos fieles para hacer el Opus Dei, eslabones de la continuidad, en perfecta unión con nuestro Fundador y con el Padre. *Conserva siempre en tu Obra los dones espirituales que le has otorgado, para que, según tu voluntad amabilísima, indisolublemente unidos a nuestro Padre, al Padre y a todos nuestros hermanos, cor unum et anima una, seamos santos y fermento eficaz de santidad entre todos los hombres. Haz que seamos siempre fieles al espíritu que has confiado a nuestro Fundador, y que sepamos conservarlo y transmitirlo en toda su divina integridad*¹¹.

Ponemos en manos de Dios Espíritu Santo, acogiéndonos a su Bondad inmensa, nuestra misión de servicio a la Iglesia de Cristo. En nuestra oración confiada, según la mente del Padre, ocupan lugar principal el Papa y los Obispos en comunión con el Vicario de Cristo, y, junto a ellos, todos los miembros del Pueblo de Dios.

Te rogamos que asistas siempre a tu Iglesia, y en particular al Romano Pontífice para que nos guíe con su palabra y con su ejemplo, y para que alcance la vida eterna junto con el rebaño que le ha sido confiado; que nunca falten los buenos pastores y que, sirviéndote

(11) De nuestro Padre, *Consagración al Espíritu Santo*.

*todos los fieles con santidad de vida y entereza en la fe, lleguemos a la gloria del cielo*¹².

Muchos son los bienes que el Espíritu Santo, Alma increada de la Iglesia, desea derramar en los miembros del Cuerpo Místico de Cristo, para que todos caminen animados por el mismo espíritu de fe viva y de unidad inquebrantable, sin divisiones ni discordias. Y para eso es preciso que todos se muestren dóciles a los impulsos de la gracia y a las directrices de los legítimos Pastores. Pedimos así la unidad y la paz, bienes que harán de la Iglesia signo e instrumento cada vez más eficaz de la acción salvadora de Dios en el mundo.

Oh Dios Uno y Trino, principio y fin de nuestra vida, que te has dignado además llamarnos a participar en la intimidad de tu gloria, atiende las súplicas que con filial piedad te dirigimos:

*Concede la paz a tu Iglesia para que todos los católicos, llenos del Espíritu Santo, den siempre a los hombres testimonio firme y verdadero de la fe, nuestra efectiva de su amor y razón de su esperanza*¹³.

El Espíritu Paráclito, *fuerza viva, fuego, caridad, unción espiritual*¹⁴, puede y quiere encendernos en la vida divina; será también como riego feraz para el mundo, de modo que la benignidad divina se despliegue en frutos eternos. Le ofrecemos, como buena tie-

(12) De nuestro Padre, *Consagración al Espíritu Santo*.

(13) De nuestro Padre, *Consagración al Espíritu Santo*.

(14) Secuencia *Veni, Creator*.

rra, nuestra firme decisión de corresponder: *que con lealtad humana y fidelidad sobrenatural, demos siempre el fruto que Tú quieres de nosotros y que ese fruto permanezca; de modo que, viviendo siempre en tu amor, lleguemos con María nuestra Madre a gozar de tu gloria sempiterna, unidos ya para siempre al Padre que con el Hijo vive y reina contigo por todos los siglos de los siglos. Amén*¹⁵.

(15) De nuestro Padre, *Consagración al Espíritu Santo*.

217.

SOLEMNIDAD DE PENTECOSTÉS (III)

—La Iglesia es un milagro viviente, porque en ella habita el Espíritu Santo.

—La Iglesia es la depositaria de los medios de salvación.

—Nuestra cooperación en la obra divina de la Redención.

PENTECOSTÉS es una de las festividades más importantes del año litúrgico. En la mañana de Pentecostés, el día en que descendió el Espíritu Santo sobre los Apóstoles que *estaban todos juntos en un mismo lugar*¹ esperándole, se manifestó por primera vez la Iglesia visible, comunidad instituida por Jesucristo para la salvación de los hombres.

Se hace entonces patente el carácter orgánico del Cuerpo Místico de Cristo. *Mientras exteriormente el Espíritu Santo aparecía en forma de lenguas de fuego, interiormente enardecía los corazones; y al recibir la visión de Dios en forma de fuego, se llenaban suavemente al mismo tiempo de amor; porque el Espíritu Santo es Amor*². La Iglesia aparece santificada y visible por ese ruido del cielo, como de viento que soplaba impetuoso, que llenó toda la casa en donde estaban³.

Igualmente la Iglesia se muestra el día de Pente-

(1) *id.* / (Leí. II, 1).

(2) San Gregorio Magno, *Homiliae in Evangelia* 30.

(3) *L. I* (Act. II, 2).

costes en su universalidad: el milagro de las gentes de muchos países que entienden claramente el lenguaje de los Apóstoles, nos dice que la palabra de Dios debe extenderse por todo el mundo, llegar a todos los hombres.

El día de la Pascua de Pentecostés, los hebreos conmemoraban la entrada del pueblo judío en la tierra prometida, la tierra que entrevieron los Patriarcas a través de las promesas que les hizo el Señor; la tierra por cuya esperanza se mantuvieron junto a Moisés los hebreos durante cuarenta años en el desierto. Aquella tierra se mostraba desde lejos como un país anhelado, rico y fecundo. La Iglesia, verdadera tierra de promisión, se nos muestra en toda la futura riqueza de dones que a lo largo de los siglos ha de entregar a los hombres, salvando todas las dificultades que el Maligno ha levantado y levantará. *Hasta que descienda del cielo la ciudad santa, la nueva Jerusalén —cielo nuevo y tierra nueva (cfr. Apoc. XXI, 1 y 2)—, no habrá tregua en la batalla que se libra entre el Señor de los señores y Rey de reyes y los que están con él, llamados, escogidos y fieles (Apoc. XVII, 14) por una parte, y los servidores de la bestia y del hijo de la perdición, que se opone y se alza contra todo lo que se dice Dios o es adorado, hasta sentarse en el templo de Dios y proclamarse dios a sí mismo (II Thes. II, 3 y 4; cfr. Apoc. XIII, 1-17)*⁴.

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1959, n. 3.

La Iglesia es un milagro viviente. Ante los mil obstáculos que se le oponen, no es posible explicar humanamente su crecimiento, su desarrollo, su permanencia en el tiempo. No es posible explicar con razones naturales su unidad, su santidad, su universalidad y su ímpetu apostólico. Sólo una explicación tiene el misterio de la Iglesia: la promesa de Cristo de enviar al Espíritu Santo. *El Consolador, el Espíritu Santo, que os enviará el Padre en mi nombre, El os enseñará todas las cosas y os recordará todo cuanto os he dicho*⁵.

LA IGLESIA, depositaría de la verdad de Cristo, milagro permanente, misterio del amor de Dios a los hombres, nos muestra con su vida lo que tiene que ser la nuestra. Cuando el Apóstol San Pedro alza su voz ante la multitud, para dar testimonio de Jesucristo, se ha levantado ya un clamor de rebeldía con apariencias de buen sentido —*¡están borrachos!*⁶—; pero el ímpetu del Paráclito obra una conversión en masa. El Reino de Dios ha de extenderse por el mundo por la fuerza del Espíritu Santo, que nos utiliza como instrumentos, nos guía con su luz, nos consuela y nos anima con su amor.

Volved los ojos a esos pueblos, que han alcanzado un crecimiento casi increíble de cultura y de progreso;

(5) *Ioann.* XIV, 26.

(6) *Act.* II, 13.

que, en pocos años, han llevado a cabo una evolución técnica admirable que les proporciona un alto nivel de vida material. Sus investigaciones —es una maravilla cómo Dios ayuda a la inteligencia humana— deberían haberles movido a acercarse a Dios, porque, en la medida en que son realidades verdaderas y buenas, proceden de Dios y conducen a El.

Sin embargo, no es así: tampoco ellos, a pesar de su progreso, son más humanos. No pueden serlo, porque, si falta la dimensión divina, la vida del hombre —por mucha perfección material que alcance— es vida animal. Sólo cuando se abre al horizonte religioso culmina el hombre su afán por distinguirse de las bestias: la religión, desde cierto punto de vista, es como la más grande rebelión del hombre, que no quiere ser una bestia.

*En el orden religioso, hijas e hijos míos, no hay progreso, no hay posibilidad de adelanto. La cumbre de ese progreso se ha dado ya: es Cristo, alfa y omega, principio y fin (cfr. Apoc. XXI, 6). Por eso, en la vida espiritual no hay nada que inventar; sólo cabe luchar por identificarse con Cristo, ser otros Cristos —ipse Christus—, enamorarse y vivir de Cristo, que es el mismo ayer que hoy y será el mismo siempre: Iesus Christus herí et hodie, ipse et in saecula (Hebr. XIII, 8). ¿Comprendéis que yo os repita, una y otra vez, que no tengo otra receta que daros más que ésta: santidad personal? No hay otra cosa, hijos míos, no hay otra cosa*⁷.

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1959, n. 6.

El empeño responsable por poner todos los medios humanos nobles a nuestro alcance, no puede hacernos olvidar nunca dónde está el íntimo secreto de toda eficacia sobrenatural, cuál es el único verdadero sistema para hacer la Obra de Dios: la santidad personal. Es así como podremos exclamar con la Iglesia: *el Espíritu del Señor llenó toda la tierra*⁸.

LOS APOSTÓLES hablaron en muchas lenguas diversas, en la mañana de Pentecostés. El milagro del don de lenguas nos enseña la misión universal, católica, de la Iglesia de Cristo. La Iglesia tiende a extenderse por todas partes, entre todas las gentes, para renovar la faz de la tierra por la fuerza del Espíritu Santo. A nosotros nos toca cooperar en esta labor por la salvación de las almas.

Es un dolor ver que, después de veinte siglos, haya tan pocos que se llamen cristianos en el mundo y que, entre los que se llaman cristianos, haya tan pocos que tengan la verdadera doctrina de Jesucristo. Os he contado alguna vez que, contemplando un mapamundi, un hombre que no tenía mal corazón, pero que no tenía fe, me dijo: mire, de norte a sur, y de este a oeste, mire. ¿Qué quiere que mire?, le pregunté. Y ésta fue su respuesta: el fracaso de Cristo. Tantos siglos

(8) Ant. ad Intr. (Sap. I, 7).

procurando meter en el corazón de los hombres su doctrina y vea los resultados: no hay cristianos.

Me llené, al principio, de tristeza; pero, enseguida, de amor y de agradecimiento porque el Señor ha querido hacernos cooperadores libres de su obra redentora. Cristo no ha fracasado: su doctrina y su vida están fecundando continuamente el mundo. Su redención es suficiente y sobreabundante, pero nos trata como a seres inteligentes y libres y ha dispuesto que, misteriosamente, cumplamos en nuestra carne —en nuestra vida— aquello que falta a su pasión pro corpore eius, quod est Ecclesia (Colos. I, 24).

*La redención se continúa haciendo: y vosotros y yo somos corredentores. Vale la pena jugarse la vida entera, y saber sufrir, por amor, para sacar adelante las cosas de Dios y ayudarle a redimir el mundo, para corredimir*⁹.

La sobrenaturalidad de la empresa, la universalidad del mensaje, la necesidad que las almas tienen de nuestra labor debe servirnos de acicate para renovar nuestra confianza en Dios, para fomentar nuestros deseos de apostolado. *La gracia del Espíritu Santo no admite tardanzas*¹⁰. Tenemos que llegar a todos: *no puedes vivir de espaldas a la muchedumbre* —nos dice nuestro Padre—; *es menester que tengas ansias de hacerla feliz*¹¹.

(9) De nuestro Padre, *Carla*, 9-1-1959, n. 2.

(10) San Ambrosio, *Expositio Evangelii secundum Lucam* 2.

(11) *Camino*, n. 32.

Terminemos pidiendo a la Virgen que nos acompañe en nuestro camino, como estuvo junto a los Apóstoles aquel día de Pentecostés: que ruegue por nosotros para que el Espíritu Santo nos llene con su gracia. *Hagamos todas las cosas con la fe de que El mora en nosotros, a fin de ser templos suyos y El en nosotros Dios nuestro* TM, para que así cumplamos fielmente la misión divina que hemos recibido en el seno de la Iglesia de Jesucristo.

(12) San Ignacio de Antioquía, *Epístola ad Ephesios* 15, 3.

ÍNDICE

Nº	PAG.
TIEMPO DE CUARESMA	
112	<i>Miércoles de Ceniza</i>7
113	Jueves.....14
114	Viernes.....20
115	Sábado.....27
116	<i>Domingo I de Cuaresma</i>34
117	Lunes.....41
118	Martes.....49
119	Miércoles.....56
120	Jueves.....63
121	Viernes.....71
122	Sábado.....77
123	<i>Domingo II de Cuaresma</i>84
124	Lunes.....92
125	Martes.....101
126	Miércoles.....109
127	Jueves.....116
128	Viernes.....124
129	Sábado.....132
130	<i>Domingo III de Cuaresma</i>139
131	Lunes.....146
132	Martes.....154
133	Miércoles.....160
134	Jueves.....167
135	Viernes.....174
136	Sábado.....182

Nº	PÁG.
137	<i>Domingo IV de Cuaresma</i>189
138	Lunes.....196
139	Martes.....203
140	Miércoles.....209
141	Jueves.....217
142	Viernes.....224
143	Sábado.....231
144	<i>Domingo V de Cuaresma</i>238
145	Lunes.....244
146	Martes.....252
147	Miércoles.....259
148	Jueves.....265
149	Viernes.....272
150	Sábado.....279
SEMANA SANTA	
151	<i>Domingo de Ramos</i>289
152	Lunes Santo.....296
153	Martes Santo.....302
154	Miércoles Santo.....309
155	Jueves Santo (I).....316
156	Jueves Santo (II).....324
157	Jueves Santo (III).....330
158	Viernes Santo (I).....338
159	Viernes Santo (II).....345
160	Viernes Santo (III).....353
161	Sábado Santo.....362
TIEMPO DE PASCUA	
162	Resurrección del Señor (I).....371
163	Resurrección del Señor (II).....378

Nº	PAG.
164	Resurrección del Señor (III).....385
165	Lunes de Pascua.....393
166	Martes de Pascua.....399
167	Miércoles de Pascua.....406
168	Jueves de Pascua.....412
169	Viernes de Pascua.....418
170	Sábado de Pascua.....425
171	<i>Domingo II de Pascua</i>433
172	Lunes.....440
173	Martes.....447
174	Miércoles.....453
175	Jueves.....460
176	Viernes.....467
177	Sábado.....476
178	<i>Domingo III de Pascua</i>483
179	Lunes.....489
180	Martes.....496
181	Miércoles.....503
182	Jueves.....509
183	Viernes.....516
184	Sábado.....522
185	<i>Domingo IV de Pascua</i>529
186	Lunes.....536
187	Martes.....544
188	Miércoles.....551
189	Jueves.....558
190	Viernes.....565
191	Sábado.....571
192	<i>Domingo V de Pascua</i>578
193	Lunes.....584

N°		PAG.
194	Martes.....	592
195	Miércoles.....	598
196	Jueves.....	604
197	Viernes.....	610
198	Sábado.....	617
199	<i>Domingo VI de Pascua</i>	624
200	Lunes.....	631
201	Martes.....	637
202	Miércoles.....	643
203	Ascensión del Señor (I).....	649
204	Ascensión del Señor (II).....	655
205	Ascensión del Señor (III).....	661
206	Viernes.....	667
207	Sábado.....	674
208	<i>Domingo VII de Pascua</i>	680
209	Lunes.....	687
210	Martes.....	694
211	Miércoles.....	702
212	Jueves.....	709
213	Viernes.....	715
214	Sábado.....	721
215	<i>Solemnidad de Pentecostés (I)</i>	729
216	<i>Solemnidad de Pentecostés (II)</i>	737
217	<i>Solemnidad de Pentecostés (III)</i>	746
